Carlos
Monsiváis

A USTED [redacted] LES CONSTA

Antología de la crónica en México

Ediciones Era

Dibujo de la portada:
Abel Quezada

Primera edición: 1980
Primera reimpresión: 1981
Segunda reimpresión: 1985
Tercera reimpresión: 1987
Cuarta reimpresión: 1989
Quinta reimpresión: 1991
ISBN: 968-411-035-9
DR © Ediciones Era, S. A. de C. V.
Avena 102, 09810 México, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

→ A ←
Margarita García Flores

→ A ←
Manuel Fernández Perera

Índice

Nota preliminar, 13

Prólogo / Y yo preguntaba y anotaba, y el caudillo no se dio por enterado, 15

Antología

Manuel Payno
- *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*, 79
- *El coloquio. El lépero. La china*, 81

Guillermo Prieto
- *La invasión yankee*, 86
- *El grito*, 89
- *Los valientes no asesinan*, 92

Francisco Zarco
- *El presidente. La presidencia*, 97

Ignacio Manuel Altamirano
- *Una visita a la Candelaria de los Patos*, 104

Manuel Gutiérrez Nájera
- *La novela de un tranvía*, 109

Luis González Obregón
- *Currutacas y petimetres*, 115

Ángel de Campo, *Micrós*
- *El fusilado*, 122

Amado Nervo
- *El descanso de la marquesa*, 128

Crónica policial del siglo XIX
- *El asesinato del gobernador de Jalisco, Ramón Corona* [Luis Pérez Verdía], 131
- *Primitivo Ron* [Dr. Atl], 136

Martín Luis Guzmán
- *Valle-Inclán ante el juez*, 139
- *Tránsito sereno de Porfirio Díaz*, 142

Artemio de Valle Arizpe
- *Las tortas de Armando*, 149

Renato Leduc
- *Miguel Othón Robledo, un poeta olvidado*, 152

Mario Gill
- *La huelga de Nueva Rosita*, 157

Ortega
- *Salvador Díaz Mirón*, 173
- *Luis G. Urbina*, 178
- *Vargas Vila*, 183

Salvador Novo
- *De* Return Ticket, 187
- *Narciso, rojo*, 188
- *Lombardotoledanología*, 191

José Alvarado
- *La ciudad de México*, 198
- *Algún día una lámpara votiva*, 201

Ricardo Cortés Tamayo
- *El bañero*, 203
- *El masajista*, 204

Fernando Benítez
- *María Sabina y sus cantos chamánicos*, 206

Arturo Sotomayor
- *Las hornacinas*, 221

José Revueltas
- *Un sudario negro sobre el paisaje*, 226

Gabriel Vargas
- *Ejemplos de* Don Jilemón *y* La Familia Burrón, 238

Ricardo Garibay
- *Las glorias del Gran Púas*, 242

Julio Scherer García
- *Para el presidente Mao, el mundo es China*, 248

Elena Poniatowska
- *La inteligencia frente al sufrimiento*, 253
- *¿Le muevo la panza?*, 257

Vicente Leñero
- *El derecho de llorar*, 271

José Emilio Pacheco
- *Últimas confesiones de Rousseau (1778-1978)*, 280
- *17 de julio, 1928: Toral, una imaginación*, 283

Miguel Reyes Razo
- *Ese maldito polvo que no deja de caer*, 288
- *Todo queda en la tienda de raya*, 291

Carmen Lira
- *El Desengaño: hablan los campesinos*, 295
- *Nicaragua, "en el peor momento de su historia"*, 305

Héctor Aguilar Camín
- *Ataca matraca*, 309
- *En un palco y al pie de la grilla*, 315

José Joaquín Blanco
- *Plaza Satélite*, 320
- *Panorama bajo el puente*, 322
- *La plaza del Metro*, 325

Jaime Avilés
- *Iztapalapa, otra vez*, 328
- *"Padre, quiero conocerte"*, 329

Crónica policial del siglo XX
- *Yoko: historia de un impune crimen policial* [Ramón Márquez], 333

Repertorio, 347

Bibliografía básica, 364

Nota preliminar

1

En 1978, publiqué en la colección Textos de Humanidades de la UNAM, la primera versión de esta antología. Para la presente edición he reescrito el prólogo, he agregado y suprimido crónicas y, también, he vencido el inútil y bizantino temor al abismo genérico entre crónica y reportaje. Persiste, con todo, una definición de trabajo de la crónica: reconstrucción *literaria* de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas. Esto implica la no muy clara ni segura diferencia entre *objetividad* y *subjetividad,* lo que suele traducirse de acuerdo a premisas técnicas: el reportaje, por ejemplo, requerido de un tono *objetivo,* desecha por conveniencia la individualidad de sus autores: de este modo, *Los ejércitos de la noche* de Mailer, donde el narrador es el protagonista confeso no sería un reportaje. En la crónica, el juego literario usa a discreción la primera persona o narra libremente los acontecimientos como vistos y vividos desde la interioridad ajena. Tradicionalmente —sin que eso signifique ley alguna—, en la crónica ha privado la recreación de atmósferas y personajes sobre la transmisión de noticias y denuncias.

2

A la presente antología la limita muy esencialmente, derivar, en la mayoría de los casos, su material de libros, por lo que los incluidos suelen ser más escritores que periodistas (y si insisto en distinción tan torpe y riesgosa lo hago sobre todo por facilidades de identificación laboral). Una antología irreprochable de la crónica en México necesitaría de la resurrección hemerográfica de un sinnúmero de textos espléndidos nunca recogidos en libros... Pese a esta deficiencia, confío en que este panorama sea muestra eficaz de un género magníficamente practicado entre nosotros.

3

Este trabajo se hizo bajo los auspicios del Seminario de Historia de la Cultura Nacional del Departamento de Investigaciones Históricas

del INAH. Agradezco a Enrique Florescano y Sonia Lombardo su apoyo, y a mis compañeros Nicole Girón, José Emilio Pacheco, Héctor Aguilar Camín y José Joaquín Blanco sus críticas. Debo a José Luis Martínez la inclusión de las crónicas policiales del siglo XIX y a Hugo Gutiérrez Vega la idea (que no la ejecución) de esta antología.

C. M.

Prólogo

Y yo preguntaba y anotaba, y el caudillo no se dio por enterado

I

HOMERO EN TENOCHTITLAN

A los conquistadores españoles la crónica les resulta instrumento de consolidación: a la gesta de tan bravos y leales súbditos le corresponde el canto homérico que combine intimidación y relatos majestuosos, ojos maravillados y la sangre chorreante en los altares. Los cronistas de las Indias observan, anotan, comparan, inventan. Su tarea es hacer del Nuevo Mundo territorio habitable a partir del coraje, la fe, la sorpresa destructiva ante los falsos ídolos. "Nuestra literatura —afirma Alfonso Reyes en *Letras de la Nueva España*— es hecha en casa. Sus géneros nacientes son la Crónica y el Teatro Misionario o de evangelización... La crónica primitiva no corresponde por sus fines a las bellas letras, pero las inaugura y hasta cierto instante las acompaña. Fue empeño de conquistadores, deseosos de perpetuar su fama; de misioneros que, en contacto con el alma indígena y desdeñosos de la notoriedad, ni siquiera se apresuraron muchas veces a publicar sus libros, y a quienes debemos cuanto nos ha llegado de la antigua poesía autóctona; y en fin, de los primeros escritores indígenas que, incorporados ya en la nueva civilización, y aún torturados entre dos lenguas, no se resignaban a dejar morir el recuerdo de sus mayores."

Cortés en sus *Cartas de relación*, Bernal Díaz del Castillo en *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Francisco Cervantes de Salazar, Motolinía, Sahagún, Mendieta, Durán, Muñoz Camargo o Hernando Alvarado Tezozomoc dan fe de este empleo múltiple de la crónica: sustitución o anticipación de la historia, argucia contra el olvido, regalo del proselitismo religioso, tributo funeral a los vencidos. Ya consolidado el virreinato, el recuento de hombres-como-dioses se diluye en la celebración de la Famosa México. Humboldt lo advertirá: la emoción auténtica ante las maravillas del Nuevo Mundo es más verificable en los cronistas que en los poetas. Al menguar o disiparse el entusiasmo que le anexó provincias a la Corona, la épica deja de ser inspiración cotidiana y se torna obligación de eruditos, y el recuerdo de antiguas hazañas que inflaman la mente es sustituido por la memoria del porvenir: los felices augu-

rios de la España que algún día brillará en estas tierras. Dice Bernardo de Balbuena en *Grandeza Mexicana*:

Mándesme que te escriba algún indicio
de que he llegado a esta ciudad famosa,
centro de perfección, del mundo el quicio;
su asiento, su grandeza populosa,
sus cosas raras, su riqueza y trato,
su gente ilustre, su labor pomposa.

He aquí un rasgo de la crónica virreinal que heredará la independiente: su condición de arte celebratorio que transmuta en hazañas los hechos comunes y vuelve de inmediato legendarias las hazañas recientes. Por crónica se entiende el ejercicio de la Historia como programa de estímulos: "que siendo los cronistas los que con los libros de la historia hacen patentes las memorias y sucesos pasados, asientan los presentes que experimentaban y dan norma para los futuros", se lee en el acta que designa primer cronista e historiador del reino de la Nueva España a Juan Francisco Sahagún de Arévalo.

Y por crónica se entiende también la reflexión que entrevera gusto descriptivo y conminación:

Señor diarista: Caminaba yo un día muy pensativo por la Alameda, y tan dado a la meditación y tan poseído de melancolía, que nada era capaz de distraerme. Advertí, sin embargo, un gran concurso de gente que corrían calle abajo, y deseando yo participar de él, tomé el partido de seguirles; luego supe que se dirigían al ejido de La Acordada a ver ajusticiar a unos desgraciados a quienes sus robos habían condenado a la muerte. Confieso que no me agradan tales espectáculos; pero menos por divertirme con ellos que por ver aquella zambra, no me contenté con seguirla, sino que me acerqué a los reos [...] Le juro a usted que me llené de horror al oír las desaforadas voces con que se procuraba animarlos a la confianza en Dios. Como los razonamientos dichos de improviso, aunque sean sobre materias traqueadas, jamás salen perfectos, los que allí oí me parecieron a la verdad los más oportunos. Un eco de voz dura y desapacible hería los oídos de los que la escuchaban y nos hacían conocer con cuánta repugnancia los escucharían los pobres pacientes. Añade usted a esto los gritos de la gente, los vendedores, el clarín y mil otras cosas capaces de distraer el ánimo de los reos. No es, pues, esto nada en comparación de lo que escuché después con escándalo. Uno de los circunstantes decía, hablando a otro: "Aquel míralo... ¡qué bien sentado va!... Ese, lleva ánimo... ¡Qué tales hígados habrá tenido!... etc." (En *El Diario de México*, noviembre de 1805.)

El pueblo no lee papelitos brillantes

El clérigo Juan Ignacio de Castorena se ganó sin saberlo la fama de precursor o iniciador de la prensa mexicana fundando en 1722

la primera de las tres *Gaceta de México* con informaciones religiosas (primordialmente), oficiales, comerciales, sociales, mineras y marítimas, que óptimamente causarían "admiración a los que las oyen distantes y serían crédito de México en todo el Universo". De paso, se topó con presiones inescapables: censura civil y eclesiástica, público escasísimo de ignorancia equilibrada por la pedantería. En su excelente investigación sobre la prensa en México, María del Carmen Ruiz Castañeda reproduce una declaración inequívoca:

> No se hacen [aquí] reflexiones políticas, porque se goza un gobierno pacífico, y porque las máximas de estado se gobiernan por el irrefragable dictamen de nuestro Soberano. Sólo se solicita el buen ejemplo para la posteridad y que sean pauta a las que serán las acciones heroicas de los que fueron. (*Gaceta de México*, núm. 6, junio de 1722.)

Ni sensacionalismo ni orientación: sólo ejercicio burocrático. Esto se prolonga a lo largo del siglo XVIII, mientras los criollos aprenden a leer en las *Gacetas* las aprobaciones a su orgullo nacional que se consolida lentamente y se filtra entre noticias de estrenos, fundaciones, orígenes de imágenes milagrosas e infinitas fiestas religiosas. Un sucesor de Castorena, Manuel Antonio Valdés, logra la gran innovación: sitúa el periodismo dentro de la categoría, franca y abierta, de inmejorable instrumento del poder público (Xavier Tavera Alfaro).

La experiencia de estas intimidaciones sucesivas y simultáneas lleva a José Joaquín Fernández de Lizardi, en las guerras de Independencia, a insistir en la función orientadora de la prensa y a exigir la libertad de expresión que —desde el derecho a vocear en la calle las publicaciones— le allegue a folletos, hojas de volantes, papeles y periódicos una cauda de lectores críticos: "*La Opinión Pública* y la *libertad de imprenta* —afirma Lizardi en el *Correo Semanario de México*— son el *bozal* y el *freno* con que se contiene a los déspotas, maliciosos y tontos". Nadie discrepa del credo que es consigna: en un país analfabeta (donde el gusto por la lectura distingue a la élite dentro de la élite), el periódico, instrumento constitutivo de la nación, representa y ordena las convicciones en pugna y es —no necesariamente en este orden— tribuna, escuela, ateneo, partido político, espacio de las bellas letras, foro agitativo, chantaje, novela por entregas. Es todo eso, pero nunca se nos olvide —insiste Lizardi— en que quien lo lee pertenece a una minoría privilegiada:

> [...] mientras los pobres, que son como cuarenta a uno en nuestro país, no disfruten ventajas conocidas, y puedan comer con menos trabajo, la suerte de la nación es incierta y precaria, porque [...] *el pueblo no lee*

papelitos brillantes y aunque los lea no los entiende, y busca los pesos en su bolsa y no en la de sus mandarines. Este es un axioma político que jamás deben perder de vista nuestros legisladores.

Las guerras de Independencia no modifican mayormente la certeza fatalista: si alguna cosa la prensa es coto de minorías. Algo consiguen: elevar el tiraje por urgencias propagandísticas. El tiraje de los dos números extraordinarios de *El Despertador Americano* que Hidalgo funda, es de dos mil ejemplares cada uno, cifra insólita entonces. Al periodista sin embargo, se le otorga una riesgosa encomienda: *Tribuno del pueblo.* Como tal, ha de enfrentar persecuciones, cárceles, rechazos, insultos. Todo está bien mientras consiga lectores y dé origen a la Opinión Pública. Si lo logra, el periodismo tendrá la respetabilidad (la influencia) que, por lo pronto, le niegan los títulos de las publicaciones. Fernández de Lizardi colabora en *El amigo de la Paz y de la Patria, El payaso de los periódicos, El hermano del perico que cantaba la victoria* y *Conversaciones del payo y el sacristán,* esta última serie muy exitosa en donde los argumentos dialogados —las posiciones se enfrentan y usted elije— ratifican el carácter servicial de la prensa que dramatiza versiones ideológicas opuestas y/o complementarias para que el público adopte, al verlo expresado con el mayor efectismo, el punto de vista que le interesa.

II

¿QUIÉN ES EL INFAME QUE HA ESCRITO EL ARTÍCULO?

"En nuestro país —afirma Armando Bartra en su prólogo a la antología de la publicación magonista *Regeneración*— la reflexión filosófica y social se ha desarrollado bajo la forma de un pensamiento político directamente vinculado a los problemas históricos concretos. Las aportaciones principales de los pensadores mexicanos, por lo menos hasta nuestros días, han tenido un carácter militante y han estado estrechamente unidos a la práctica social. El periodismo, y más particularmente el periodismo político, ha sido la principal y casi única expresión de un pensamiento teórico propiamente mexicano.

Por otra parte, el atraso social y la casi permanente inestabilidad política de la nación mexicana no han permitido el surgimiento de una reflexión teórica capaz de distanciarse de la inmediatez circunstancial y abordar, a partir de lo nacional, los grandes temas del pensamiento occidental [...] En términos más concretos, los pensadores mexicanos difícilmente se han encontrado en condiciones de sen-

tarse a preparar estratégicamente largos y sesudos trabajos; la brevedad y oportunidad del escrito periodístico de uso técnico se ha acomodado más a las posibilidades de una 'cultura nacional', en su más auténtico sentido."

Tal valor de la prensa —el espacio educativo, teórico y político por excelencia— niega o matiza enérgicamente la noción muy extendida de que en el XIX mexicano el pueblo no existió para las publicaciones, el gobierno o el público. Más bien, a las diferentes facciones las definió sobre la marcha su esfuerzo por evitar cualquier contagio de masas o su deseo de agregar paulatinamente a la mayoría a ese privilegio amurallado de las élites llamado Nación. Pese a todo sí existió el pueblo para prensa, gobierno y opinión pública; el pueblo o lo que ese concepto tan desgastado englobó: contingentes sujetos eternamente a tutoría, votos cautivos, miseria que atrasa o enturbia el florecimiento de nuestra riqueza, instintos sin guía civilizadora, incapacidad de asombro ante el progreso, lejanía y pasividad. Fue lo irremediable o lo todavía salvable, lo que nos retiene en la barbarie o lo que nos hace conscientes de nuestro compromiso social. En generosa respuesta, incorporándose dificultosamente informaciones y mitos en medio de su brutal marginación, ese pueblo se interesó siempre por lo ocurrido en la Nación que lo excluía. Véase, contada por Guillermo Prieto la acogida a *El Siglo Diecinueve*, en Zacatecas (1844):

> El día de correo se esperaba con ansia *El Siglo* y en cafés, tiendas, zaguanes y plazas, veíase un hombre leyendo el periódico en medio de una agrupación de gente [...] Para dar idea de la boga y la estimación de que gozaba en su época *El Siglo Diecinueve*, diré que en ese viaje tan dilatado y costoso que hice con la familia, no gasté un solo centavo; por todas partes recibía agasajos y se daban por pagados con conocer a uno de los que, aunque en escala muy ínfima, formaba parte de aquella brillante redacción.

El número de ejemplares impresos de un periódico podía ser casi simbólico. (Según Lepidus, una publicación en México necesitaba entonces una botella de tinta, un rollo de papel e ideas.) Esto no importaba. La cultura oral se encargaba de multiplicar influencias y alfabetizados y analfabetos de todos los sitios del país se conmovían por igual —aunque no del mismo modo— con poemas heroicos y editoriales flamígeros, y su conmoción influía después en los propios periódicos. Círculo casi perfecto: la noticia se convierte en el acontecimiento que se vuelve noticia. El pueblo (las afueras de la Nación) existió como escenario que orientaba el deambular de los actores.

Del editorial de un periódico decimonónico: "Reclamamos la vida de un inocente y se nos multó; trazamos la historia de las alcaba-

las para hacer conocer lo ruinoso de este impuesto, y el gobierno nos apercibió de su desagrado; preguntamos al diario semi-oficial cuáles eran sus principios, explicamos cuáles eran los nuestros y se nos contestó con una multa". Lo anterior podría ser adecuada sinopsis de algunas vicisitudes de la prensa liberal en un ámbito donde se creía devotamente (como en buena medida se sigue creyendo) en el poder de la Letra Impresa que redime incluso a quienes no pueden leerla. Ejemplo: en *Memorias de mis tiempos,* se evoca una escena de 1853. Guillermo Prieto en *El Monitor* y Eufemio Romero en *El Calavera,* han escrito contra Su Alteza Serenísima Santa Anna "con ponzoña de alacranes". El dictador los manda llamar:

> Al vernos en su presencia, se dirigió impetuoso a Romero, señalando el artículo en cuestión, y le dijo con voz sorda de cólera:
> —¡Eh! ¡dígame usted de quién es este artículo para arrancarle la lengua!
> —En estos casos, respondió Romero con frialdad extraordinaria, se hace la denuncia al Juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.
> —¡Yo lo he llamado a usted, so escarabajo, para oír de sus labios quién es el infame que ha escrito el artículo!
> Y contestó Romero con la misma imperturbable sangre fría que antes:
> —En estos casos, señor, se hace la denuncia al Juez, se ve quién firma el artículo y se procede como la ley manda.
> —¡Indecente!, continuó Santa Anna, ¡haga usted lo que le digo!
> —Pues señor, en estos casos...
> —¡Silencio, quíteseme usted de delante!
> Romero aprovechóse del iracundo pasaporte, y puso pies en polvorosa.
> Santa Anna, todavía excitado por la cólera, se volvió a mí, y me dijo:
> —¿Usted es el autor del artículo del *Monitor*?
> —Sí, señor.
> —¿Y no sabe usted que yo tengo muchos calzones?
> Yo como había escrito en tono sarcástico, aunque con miedo, quise seguir la broma, y le respondí:
> —Sí, señor, ha de tener usted más que yo.
> —Me parece que usted es insolente, y yo sé castigar y reducir a polvo a los que se hacen los valientes; eso lo ejecuta cualquier policía, pues usted o se desdice de sus injurias y necedades o aquí mismo le doy mil patadas. ¿Qué sucede?
> —En ésas estoy, en ver lo que sucede.
> A estas palabras, Santa Anna, apoyándose en una mesa que allí había, y levantando el bastón, se acercó a mí, y yo, por una puerta excusada, me escurrí violentamente; no sé si más temeroso o iracundo de la entrevista con el Dictador.

Independientes y *serviles,* republicanos y monárquicos, yorquinos y escoceses, federalistas y centralistas, liberales y conservadores: las interpretaciones y decisiones antagónicas del México del XIX sólo disponen de la prensa para exigir adhesión y solidaridad hacia sus pensamientos y ofrecimientos. "De nosotros, escritores públicos, pende la uniformidad de la opinión [...] En obsequio, pues, de ella, reprimid vuestros genios; ya no publiquéis sino ideas benéficas, que

consoliden cuanto sea dable la general opinión", dice un periódico de 1821. Las facciones promueven publicaciones cuya vida efímera se compensa por la intensidad de polémicas y diatribas. (La más permanente e importante es *El Siglo XIX* que funda en 1841 Ignacio Cumplido y dura con intermitencias señaladas, hasta 1896 y en donde la crónica parlamentaria es género fundamental.) Es la época del primer periodismo "totémico": el que se compra para ver reafirmadas y anticipadas las opiniones propias, para experimentar la ratificación emocional en los temas urgentes: federalismo o centralismo; república o monarquía; expresión libre o "callar y obedecer"; dependencia e independencia. Las etapas políticas se van midiendo por las facilidades absolutas, relativas o nulas concedidas a la prensa, por la resistencia de los periodistas a la cárcel, el destierro, la intimidación y la censura. El presidente Arista, en septiembre de 1852, emite un decreto prohibiéndole a la prensa noticias que directa o indirectamente favorezcan a los sublevados de Jalisco. En respuesta, *El Siglo XIX* aparece en blanco dos días seguidos; el gobierno da marcha atrás. Entre el frenesí libertario y la clandestinidad, los periodistas están muy conscientes de su papel fundamental en la vida pública, son el enlace interno de un país, el apoyo indispensable o el golpe mortal y por eso los mejores de entre ellos multiplican su actividad seguros de que el periodismo no es un oficio sino una misión política y patriótica, como lo demuestra la exigencia múltiple de *El Siglo XIX* en 1850: libertad absoluta de pensamiento, libertad absoluta de conciencia, libertad de la palabra, libertad de la correspondencia, libertad de imprenta, libertad de cultos, libertad de industria, libertad de contratos, libertad de testar, libertad de casarse, libertad de defenderse y llevar armas, libertad de reunión y asociación.

En *Prensa y poder,* un análisis del periodismo de la Reforma, Gerald L. McGowan observa dos fenómenos importantes. *El primero*: la negación de un rumor o de la existencia de una fuerza de oposición por parte de la prensa oficial siempre tiende a confirmar su existencia, de tal manera que implanta la duda y proporciona una mayor clientela a la oposición. *El segundo*: el periodismo de la época de la Reforma da más importancia a la interpretación de las noticias que a la propia noticia. Los periódicos son órganos de orientación y de combate, para conformar la opinión y, por lo tanto, no existe el concepto de reportero. El periodista no sale en busca de la noticia: la noticia busca un periódico donde ser publicada.

Las guerras de Reforma y la Intervención acrecientan la influencia del periodismo como práctica de afirmación radical. En el porfiriato, el periodismo deviene oficio desprovisto aceleradamente de resonancias cívicas y críticas.

III

DEFENSA DE LOS CUADROS DE COSTUMBRE

En 1845, en la *Revista Científica y Literaria de México*, Guillermo Prieto sostiene, defendiendo los cuadros de costumbre:

> [...] siendo los que hoy llamamos mexicanos, una raza anómala e intermedia entre el español y el indio, una especie de vínculo insuficiente y espurio entre dos naciones, sin nada de común, su existencia fue vaga e imperfecta durante tres siglos.

A la vaguedad y la imperfección hay que oponerle una *coherencia*, una *forma*. La exigencia primera es la creación de lo nacional ("promover cualquier cosa que se pudiese llamar nacional, hubiera sido una *tentativa revolucionaria*") y describirse es ir existiendo. Prieto se apasiona:

> Nosotros con pocas diferencias, por impericia, por desdén o corrupción, continuamos siendo extranjeros en nuestra patria. Los cuadros de costumbres eran difíciles, porque no había costumbres verdaderamente nacionales, porque el escritor no tenía pueblo, porque sólo podía bosquejar retratos que no interesan sino a reducido número de personas. ¿Cómo encontrar simpatías describiendo el estado miserable del indio supersticioso, su ignorancia y su modo de vivir abyecto y bárbaro?
>
> Nosotros, causa de sus males, nos avergonzamos de su presencia, creemos que su miseria nos acusa y degrada frente al extranjero; sus regocijos los vemos con horror, y su brutal embriaguez nos produce hastío [...]
>
> El resto de las costumbres españolas también lo ocultamos con vergüenza, mientras el anciano venerable de una familia representa el célebre *castellano viejo* de Fígaro, el niño mimado de la casa es un lion parisiense almibarado e ignorante, cuyo delicado tímpano, acostumbrado a oír mentar los *boulevards* y los *Champs Elyseés*, se heriría a los nuestros de Ixtacalco y Santa Anita. Ésta es la causa de la rechifla en contra de los que conociendo la noble misión de formar una literatura nacional, se hayan referido en sus composiciones a los objetos que tenían ante sus ojos.
>
> ¿Quién no llama ordinario y de mal tono al poeta que quisiere brindar a su amada, pulque en vez de néctar de Lico? ¿Quién no se horripila con la pintura de una china, a la vez que aplaude ciego a la Manola española, y recorre con placer los cuadros espantosos de Sué, refiriéndose a aquella familia nauseabunda de *Bras-Rouge* y de la *Chouett*? ¿Será culpa de los escritores hallar en una mesa el pulque junto al *champagne*, y en un festín el mole de guajolote al lado del suculento *roast beef*? [...] La vergüenza es para nuestros gobiernos, que aún no saben formar un pueblo; para muchos de nuestros hombres, que desdeñan pertenecer a su pueblo; el escritor cumple, porque entre más repugnante aparezca su cuadro, será más benéfica la lección que encierre [...]
>
> Hay otro inconveniente: el número de personas que en México lee es reducido, las costumbres comunes a ciertas personas se conocen al momen-

to, y la poca frecuencia de leerse estos escritos, hace que se crean llenos de alusiones personales. Ésta es sin duda la causa de que los hombres dotados de más elevado ingenio hayan sobresalido, o en las ciencias en el siglo pasado o en la poesía religiosa; y que ni los artistas ni los sabios, presenten nada verdaderamente nacional.

El debate está abierto: Prieto, como muchos de sus coetáneos y sucesores, defiende la existencia de un país y una sociedad. Si el poeta es el maestro de la Nación, el cronista es su memoria y en la crónica opone la realidad de las costumbres a la irrealidad de las pretensiones "cosmopolitas", erigiendo un género ambiguo que va del anticolonialismo al chovinismo y de regreso. Una literatura se objetiva así por sus temas irrefutables (*lo que vemos es lo que somos*), su idioma regional y su paciencia ante la escasez de lectores.

Un cuadro de costumbres no es sino una elección crítica. ¿Qué eligen los cronistas y narradores del XIX. Guillermo Prieto y Payno, Altamirano y Micrós, Zarco y Facundo? Seleccionan las estampas que respiran en lo literario calor hogareño; en lo político efusión patriótica; en lo nacional la riqueza de lo pintoresco, y en el recuento de viajes comprensión y alabanza del mundo. (Las crónicas viajeras son los prenoticieros de la época.) Recuérdense por ejemplo, los periódicos y revistas donde colaboró cuantiosamente Guillermo Prieto: *El Recreo de las Familias, Semanario de las Señoritas Mexicanas, El Museo Mexicano, El Ateneo Mexicano, Revista Científica y Literaria de México, El Álbum Mexicano, La Ilustración Mexicana, Presente Dedicado a las Señoritas Mexicanas, El Renacimiento, El Correo de México, El Semanario Ilustrado, El Federalista, La República, El Correo del Comercio, El Diario del Hogar, Don Simplicio* y su sucesor, *El Tío Cualandas, El Liceo Mexicano, Revista Nacional de Letras y Ciencias, El Mundo Literario Ilustrado.* Desde los títulos imperan los dioses tutelares: la Nación (o mejor, la palabra México, que todo lo encubre y todo puede significar) y el Hogar (la seguridad absoluta en medio del caos, la posesión de mujer e hijos, la femineidad reiterativa de las señoritas, la salvaguarda de costumbres y valores). ¿Qué desean los cronistas? Representar a las minorías de vanguardia y proteger, compadeciéndolas, a las mayorías astrosas, así desmerezcan y oscurezcan los paisajes urbanos y campiranos. Plazas y mercados, vecindades y accesorias, luces y fiestas de rompe y rasga; el pueblo no tiene nombre, tiene reacciones levantiscas y ánimos devotos que, si acaso, se aquietan o se sublevan en los arquetipos: los Juan Copete y las Concha Soria, "seres mitológicos" a quienes los cronistas, no disponiendo de lenguajes individualizados, personalizan gracias a proverbios, refranes y respuestas adquiridas en bodorrios y casamisas, convites y bailes. (Si los cálculos son correctos, se captura al lector con el uso impreso del habla cotidiana. *Así conversas. Sigue leyéndome.*)

Para que la nación surja, hay que apuntalarla con fe literaria y el relato de sus dolorosas gestaciones. Se trabaja —dice Prieto en el ensayo citado— para el porvenir:

> Pero no por esto debe desmayar el escritor de costumbres; sus cuadros algún día serán [...] como el tesoro guardado bajo la primera piedra de una columna.
>
> Si la primera de nuestras necesidades, como yo creo, es la de la morigeración social, si el verdadero espíritu de una revolución verdaderamente regeneradora ha de ser moral, los cuadros de costumbres adquieren suma importancia, aunque no sea más que poniendo a los ojos del vulgo, bajo el velo risueño de la alegoría y entre las flores de una crítica sagaz, este cuadro espantoso de confusión y desconcierto que hoy presentamos.

Se escribe —soñará Prieto— para vencer lo efímero, el olvido deleznable:

> Cuando adormilado en ilusiones felices llego a considerar que estos articulillos, parto de mi humilde fantasía, pueden convertirse con el tiempo en objetos de utilidad e interés; cuando el transcurso de los años les comunique el prestigio que tiene lo pasado y se consideren con la curiosidad que una medalla deforme o el idolillo de tosco barro o como la del jeroglífico medio borrado en una ruina, entonces el juego de la inspiración se apodera de mi alma, vuela suelta mi pluma, y en el horizonte inmenso de lo futuro tiendo la vista con íntima satisfacción. (En *El Siglo XIX*, 6 de junio de 1842.)

Escribir es poblar

De principios del siglo XIX hasta casi nuestros días, a la crónica mexicana se le encomienda verificar o consagrar cambios y maneras sociales y describir lo cotidiano elevándolo al rango de lo idiosincrático (aquello sin lo cual los mexicanos serían, por ejemplo, paraguayos). En el tránsito de la mentalidad colonial a la independiente —y en el mucho más documentable de la novela de costumbres a la novela realista— una colectividad pequeña, insegura de sus logros, incierta en su nacionalismo, ve en la crónica el espejo refulgente (ideal) de sus transformaciones y fijaciones.

Escribir es poblar. Durante un periodo prolongado el detallismo exhaustivo de los cronistas sirve a un propósito central: contribuir a la forja de la nación describiéndola y, si se puede, moralizándola. Documentemos al país, cedámosle los más variados y amenos ejercicios mnemotécnicos, que a los nacionales les dé gusto y les adule los pormenores de comidas, paseos, crímenes célebres, festividades y conmociones políticas, personajes ilustres o excéntricos, sobresaltos históricos e innovaciones de la moda. El folclor (aún sin connotaciones peyorativas) está allí, diseminado en banquetes, estre-

nos teatrales, pleitos, cárceles, hospitales... y centrado en el menosprecio al paisaje rumoroso: léperos y pelados, chinas y pinacates. Para ser escritor popular no se necesita mucho: ideología liberal, antagonismo con las obsesiones conservadoras, regocijo ante el espectáculo de la Calle en donde el pueblo es el marco (el escenario) que rodea hábitos y aconteceres de la élite progresista. Los escritores del XIX van a la crónica a documentar y, lo que les importa más, a promover un estilo de vida, aquel que ve en la reiteración de las costumbres el verdadero ritual cívico. Los cronistas son nacionalistas acérrimos porque desean la independencia y la grandeza de una colectividad... o porque anhelan el sello de identidad que los ampare, los singularice, los despoje de sujeciones y elimine sus ansiedades y su terror más profundo: ser testigos privilegiados de lo que no tiene ninguna importancia, narrar el proceso formativo de esta sociedad que nadie contempla. De allí, del miedo a la invisibilidad histórica, se desprende un sueño interminable en cuyo centro la Patria Agradecida bendice a quienes crean un país haciendo consciente a una colectividad de la índole de sus tradiciones (que se evocan para declararlas obligatorias).

De acuerdo al plan de afirmar la nacionalidad glosándola, la crónica oscila entre el turismo interno (de lances de charrería y paseos por Ixtacalco al descubrimiento de paisajes y caracteres a las figuras de veladores de barriada y policías hostiles) y una suerte de "filosofía nacional", el interrogatorio a lo desconocido o inexpresado: debemos indagar en la psicología colectiva que norma fatalmente nuestra conducta. Todo es política y esto incluye el inventario de comportamientos y pertenencias: si se quiere resistir a los invasores, eliminar o postergar a los reaccionarios y enseñar moderación y recato a los pudientes, se necesita —además de la burla como escuela de continencia— fortalecer a la Nación infundiéndole y aclarándole sus orgullos locales y regionales, recreando literariamente las formas de vida más ostensiblemente "mexicanas" y subrayando el desdén por la imitación de lo francés y la nostalgia servil de lo hispánico.

Para elaborar su cultura los conquistados deben apelar a las técnicas de los conquistadores. En este sentido, los cronistas del XIX son nuestros contemporáneos (o nosotros los reflejamos): en la perenne importación de procedimientos, en las dudas ante la nación formalmente constituida y en perpetua fuga o cabal desvanecimiento. ¡Ah identidad nacional! que tú escapes en el momento en que te creíamos asida. Si esa "identidad" también es sucesión de chantajes o querellas sentimentales, los asumidos y convalidados por estos cronistas aún nos corresponden: el fervor localista, respuesta al desdén de las metrópolis; la creencia nominalista en las "expresiones mexi-

canas", técnica de cohesión interna; la sátira, actitud siempre popular ya que la alta cultura es por naturaleza recinto de la solemnidad; la moraleja, disculpa ante el lector por haberlo sometido a la fábula del vicio.

IV

ESPEJO DE CONCORDIA Y UTOPÍA

Ignacio Manuel Altamirano, en 1869, reconoce que "es impropio" usar su *Crónica de la Semana* en la revista *El Renacimiento* para hablar de los miserables de la Candelaria de los Patos. Esa preocupación por los "desheredados" que determinará la obra de Ángel de Campo, *Micrós*, no será problema para los escritores modernistas quienes, ya seguros de lo impropio de la insalubridad y la pobreza, las desdibujan en la viñeta compasiva —si acaso llegan a mencionarlas— prefiriendo atenerse a lo respetable: la moda y la sociedad, el amor por el pasado, el afán de igualarnos a Europa que se disemina en diálogos y estampas donde las aspiraciones de una clase, fijadas entonces con ironías y sarcasmos, se le revelan a los lectores de hoy como su patetismo encantador... *Ay, hija, te pido por yerno un francés.*

"La tarea de cronista —explica Huberto Bátis— quedó fijada como educadora del público, para que apreciara el buen teatro y la buena música." Y, en el terreno de la vida cotidiana, a la crónica el porfiriato le delega la gran misión: ser el espejo de concordia, la certidumbre de que, así sea parcialmente, ya se habita en una realidad armoniosa.

En la crónica batallan —de modo sólo en apariencia opuesto— las dos tendencias: el cosmopolitismo y el nacionalismo de la estabilidad. El segundo se ocupa en alimentar y darle cuerpo a un orgullo patrio, entendido como el reconocimiento al medio en que se vive o, mejor, como la supresión del rencor y la vergüenza ante el hecho, ciertamente no festejado o siquiera entrevisto en Europa, de vivir la vida mexicana *y en México.* Al definir su colección de trabajos periodísticos, *La Linterna Mágica*, José Tomás de Cuéllar, *Facundo*, lo aclara: "*La Linterna Mágica* no trae costumbres de ultramar, ni brevete de invención; todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa; y dejando a las princesas rusas, a los *dandies* y a los reyes en Europa, nos entenderemos con la china, con la polla, con la cómica, con el indio, con el chinaco, con el tendero"

"Mi amante es de mi tierra, mi querida de París." Para los mo-

dernistas lo esencial es exhibir su *delicioso extranjerismo*. Novo, en su "evocación de Gutiérrez Nájera" examina el fenómeno y atiende las insuficiencias eruditas, las fallas hemerográficas:

> El resultado de este descuido documental —advierte— es que si ahora, sesenta años más tarde, pretendemos conjugar de las crónicas de Gutiérrez Nájera una doble imagen: la de su vida y la de la ciudad de su tiempo, naufraguemos, perdidos, en un mar de bellas, líricas poses de que la ciudad que las lea, las aguarde, las admire y aplauda, no aparece sino como el vago fondo de una vida refinada, europea, ultraculta: la peluquería de Micoló, el Hipódromo de Peralvillo, el baile de Chapultepec, la Concordia, el Jockey Club, las tiendas de la viuda Genin, Messer, Zepeda: los billares de Iturbide, y por supuesto los teatros: el Nacional, el Arbeu, el Principal. Podríamos ciertamente, con más o menos dificultades [...] localizar los sitios en que se hallaron estos mencionados por Gutiérrez Nájera. ¿Tendríamos así una imagen completa de la ciudad? ¿Era ella todo —o sólo— lo que el Duque Job condesciende a ver de su rostro amable y maquillado? ¿No habría barrios pobres, gentes en ellos incapaces de descifrar las citas francesas de sus crónicas o aún de leerlas?

Al respecto, Novo produce una explicación que también en buena medida lo explica:

> Si Gutiérrez Nájera consagraba la mayor parte de su producción a ganarse una reputación de afrancesado, sería porque también ganaba con ello su pan de cada día; que era esa la mercancía que le compraban a mejor precio, a mayor precio los lectores congruentes en sus consumos y demanda de mobiliario, arquitectura, modas, alimentación, pensamiento. Era pues la ciudad la que no quería —en su pluma, al menos, capaz de afrontar la demanda— saber de sí misma. Era ella la que así se menospreciaba, la que así exaltaba su posibilidad de llegar a parecerse a París. El Duque Job no hacía sino plegarse —claro que de buen grado— a la corriente.

La ciudad. Léase la clase dominante en cuyo seno un sector anhela el extranjerismo y otro demanda la reproducción de escenas y lenguaje nacionales. Para maleficiar el presente y beneficiar la tradición trabaja, en la crónica retrospectiva, Luis González Obregón (como después Artemio de Valle Arizpe); para extenuar la mezcla de espíritu romántico y apreciación realista, escriben Micrós o Manuel Payno; para inducir a la modernidad y atrapar al lector en la fascinación de la moda y el ocio de los poderosos, se desvela Gutiérrez Nájera. En el XIX y principios del XX, la crónica —con su carga de recreación literaria, subjetividad y materialidad de personajes y situaciones, con su exigencia de tramas morosas y elocuencia anecdótica— suele examinar las costumbres para las cuales hay tiempo: tiempo de contemplarlas, tiempo de vivirlas, tiempo de recordarlas sabrosamente. Dictamina Cuéllar en *La Nochebuena*:

> El objeto de toda reunión en buena sociedad es la conversación, el trato

de los unos con los otros, el estrechamiento de las relaciones superficiales, el fomento de las relaciones ya contraídas y la adquisición de nuevas relaciones. Los bailes, los conciertos y las comidas son puramente el pretexto social, pero no el objeto. Las personas cuya cultura está muy lejos de llegar al refinamiento, van a los bailes sólo por bailar, y a las comidas sólo por comer. Esta es la razón por la cual aquella sala se despejaba con la última nota de cada danza: los dos sexos eran el aceite y el agua que, sacudidos al compás de la música, se juntaban para separarse apenas entraban en reposo. No había un solo *pollo*, por desalmado que fuese en la calle, que osara atravesar solo el salón; aquello era un sacrificio casi doloroso.

Mercadotecnia de la época. Los escasos lectores le resultan al cronista —si tiene éxito— lo suficientemente numerosos como para compensar sus desvelos. Lo identifican, lo saludan, lo frecuentan en la hora cenital de la cantina, lo agreden, lo festejan. Un periodista conocido es celebridad por partida doble: sabe escribir y escribe sobre nosotros. Y los lectores demandan de sus periodistas el interés por su vida, por sus ánimos y desánimos: si te hago posible, dedícame atención, entusiásmate por mis intereses, infórmame de nuevo de todo el paisaje humano que me rodea. Ah, y no te olvides: incluye siempre advertencias recriminatorias en tus artículos, que no se pierda de vista tu intención moralizadora para que yo, tu interlocutor, no me sienta entregado al puro goce de la banalidad. "Yo he copiado mis personajes a la luz de mi linterna —agrega Cuéllar—, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena comedia humana, en la vida real, sorprendiéndolos en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios y a otros con el llanto en los ojos, pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles de vicio y virtud; de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre ridículo en los vicios y en las malas costumbres, o goce con los modales de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia..."

Noble empeño si los hay, pero un tanto retórico. Se trata más bien —y el caso de la pintura es ejemplar— de darle legitimidad artística a la vida en México; que el lector se resigne a no vivir en París y columbre con alegría el chovinismo de sus nietos, a ellos (a lo mejor) les parecerá magnífico residir aquí. La crónica es moderada en su desfile de tipos populares y sin embargo convence al lector: lo descrito no es accidente sino esencia. *No estás leyendo. Estás frente a un retrato de tu país. Seas o no arquetipo catalogado, eres lector que se mueve entre arquetipos y, por tanto, existes doblemente: verifica (reflexivo) los alcances morales de la conducta ajena y diviértete (frívolo) con los excesos del pintoresquismo, la vulgaridad o la pretensión.* Tales nostalgias del pasado y del presente

permiten un acuerdo social sobre la "Esencia Mexicana", que empieza siendo un recuento de costumbres y deviene certidumbre metafísica ("El Mexicano es...")

V

PERIODISMO AMARILLISTA Y PRENSA DE OPOSICIÓN

Desde los primeros años de la Independencia, fue claro que en una sociedad sin hábitos posibles de lectura crítica, el escándalo resultaba en la prensa camino natural para obtener y retener lectores. Lizardi, en su *Defensa de los francmasones* (1822) es contundente:

> Yo no puedo defender lo que no conozco, pero estamos a estas fechas tan adelantados en ilustración, que si el papel no se bautiza con un título escandaloso, no se vende y el autor pierde su trabajo y el dinero, y éste no todos tienen ganas ni proporción de perderlo.

En 1829, *El Sol* juzga la prensa de ese momento:

> De los [impresos] que se publican en el día son muy pocos los que merecen aprecio y producen un excelente efecto sobre el espíritu público. La mayor parte de los que se vociferan por las calles y portales, son los más a propósito para que beba el pueblo la crueldad y el deseo de sangre y de suplicios [...]

No todo es "amarillismo" (término que cundirá al propagarse mundialmente las técnicas sensacionalistas de los *yellow papers* de la cadena Hearst). También intervienen en esta alarma la reticencia "pudorosa" de los editores y la costumbre popular de unir la idea de "noticia" con la de "espectáculo violento". Como sea, el amarillismo acaba siendo la tradición más genuina de la prensa mexicana, hecho que no empañan —y sí más bien afianzan— las exacerbadas luchas ideológicas. (En 1876, José Negrete publica *Memorias de un merolico*, novela cuyo tema es la venalidad de la prensa liberal.) De allí el escaso respeto que un gremio le inspira al aparato pórfirista; según Porfirio Parra en su novela *Pacotillas* (1900), arriesga la vida quien se proponga cambiar el periodismo poco escrupuloso, y de 1867 a 1890 al periodismo se le asociará casi ineludiblemente con la venta al mejor postor. En su novela de denuncia, *El cuarto poder* (1888), Emilio Rabasa muestra al periodista experimentado (Sabás Carrasco) en plena instrucción del fogoso novato (Juanito Quiñones):

> Es muy sencillo el trabajo [...] ya se sabe que nuestra regla es defen-

der al gobierno, elogiar sus actos, aplaudir todas las disposiciones; y cuando la materia de éstas es de esas muy enredadas que no se entiende, se escribe en términos generales [...] Por ejemplo, se trata de una ley sobre la deuda pública, o sobre cosas semejantes, que yo no entienda, ni siquiera leo, porque es larguísima y cansada. Pues entonces digo que los beneficios de la ley son innegables y que demuestran la clara inteligencia, profundos conocimientos y patrióticas miras del ministro del ramo; que ya se hacía indispensable esa ley para el sostenimiento del crédito nacional; y otras frases así, amplias y que sin duda vienen como de molde. A veces se ve uno en ciertos compromisos, pero sale uno como puede.

La novela de Rabasa expresa el nuevo lugar común que se transmitirá de quienes compran y corrompen hacia los lectores: el periodismo es corrupción, servilismo, abyección. Sabás es el modelo del sometimiento: "quite usted Juan, eso de 'hasta cierto punto', porque el gobierno es perfecto hasta el punto de la perfección. Tampoco diga usted casi todos los empleados cumplen exactamente con lo que la ley prescribe, porque ese *casi* tiene olorcillo y sabor de conato de oposición vergonzante". Un periódico tiene las ideas de quien lo paga. Del diario mítico o paradigmático que Rabasa utiliza se tiran 400 ejemplares; 100 para los empleados de más categoría en la capital y 300 para los gobernadores de los estados, entre los cuales hay quien compra 50 suscripciones. "Todo, por supuesto, a cambio de elogios, o tal vez a cambio de silencio."

Esta visión degradada del periodismo sólo parcialmente acierta. Por el contrario, muchos, durante el porfiriato, confían hasta el límite en la consigna de Guillermo Prieto (1847): "La prensa es [...] el freno para sujetar las demasías de los gobernantes y poderosos, el apoyo más firme de la libertad y el medio más eficaz de difundir conocimientos y popularizar la instrucción". A ellos la administración porfirista les aplica en cuanto puede una censura férrea que va aquietando o suprimiendo. En sus primeros años de gobierno, Porfirio Díaz se ve obligado a tolerar una prensa devastadora que lo obliga a la vigilancia permanente; una vez afianzado, el dictador expresa sus rencores antintelectuales, su "desprecio profundo por la palabra y por la pluma [...] que había de dar al traste con las libertades públicas tan recientemente conquistadas" (Daniel Cosío Villegas). Los hombres de Díaz corrompen, conceden subvenciones y empleos, burocratizan, acusan de "jacobina" o "metafísica" a la prensa disidente y, finalmente, manipulan en el propio gremio para abolir el "fuero del periodismo" promulgado por Juárez en 1868 que indicaba jurados especiales para calificar los delitos de imprenta. "La prensa —escribe el periodista Juan A. Mateos— es ya una inquietud social porque ha acabado hasta por imponerse a la ley y dominarla; el fuero ha surtido su efecto sacando al escritor del Código Penal y declarando hasta cierto punto una impunidad peligrosa."

En 1883, bajo el gobierno de Manuel González, concluye este fuero y la secuela es inevitable para los periodistas de oposición: sanciones pecuniarias, castigos corporales, confiscación de prensas y útiles de trabajo, persecución a editores, impresores, cajistas y correctores, prisiones por "difamación", asesinatos. La persecución no doblega a la ácida resistencia que encabezan los caricaturistas. Al dibujante Constantino Escalante, fundador de *La Orquesta*, el gobierno de Maximiliano lo encarcela en una jaula; a Daniel Cabrera, fundador de la revista satírica *El Hijo del Ahuizote* lo arrestan más de cien veces y Jesús Martínez Carrión, fundador de *El Colmillo Público*, semanario de caricaturas, muere en prisión en 1906, víctima del tifo. Los periodistas independientes salen del país o trabajan en semiclandestinidad o en la clandestinidad nómada. La vehemencia persecutoria no evita la fuerza de la prensa obrera o los treinta mil ejemplares de *Regeneración* (que inician en 1904 Ricardo Flores Magón, Juan Sarabia, Librado Rivera y Antonio Villarreal) o la autoridad moral de *El Diario del Hogar* de Filomeno Mata. El gobierno de Díaz desea exterminar la prensa de secta o partido e insiste en la función unificadora: a la prensa le corresponde informar y sobre todo guiar a la sociedad, recordando que "el abuso pasionario provocó grave daño y frenó en no poca proporción el armonioso desenvolvimiento de nuestra economía y nuestra sociedad" (Novo). El periodismo dirigido por el Estado, antecedente de la Unidad Nacional.

La prensa oficial consiente innovaciones: en 1896, Rafael Reyes Spíndola inicia, bajo el patrocinio directo de Porfirio Díaz, un diario, *El Imparcial* que, al introducir la rotativa de alta velocidad, inaugura al precio de un centavo la idea del gran tiraje (no sólo para la época: en su auge, *El Imparcial* llega a los noventa mil ejemplares diarios) y con ello el cambio al periodismo industrial. Con rapidez, Reyes Spíndola subordina o elimina a la competencia. Dispone de servicios nacionales y extranjeros, ilustradores competentes, escritores afamados o afamables. Y de técnicas publicitarias a la moda: sorteos de regalos muy diversos, obsequios de novelas populares y atención cuidadosa a la propaganda mercantil. De allí la mención de "el tiro de ayer", señuelo para que los anunciantes eleven el volumen de su publicidad (Velasco Valdés). A la renovación publicitaria corresponde una periodística: Reyes Spíndola, vigilante asiduo de los formatos norteamericanos, decide —para no tener problemas con el director— reducir a una página los temas políticos y, compensatoriamente, introducir en los asuntos sociales la técnica del reportaje. Ahora el diario irá a la noticia y no esperará que ésta le llegue, demoledora, fatigada o frívola.

VI

LA CRÓNICA MODERNISTA

En el principio está la queja. El oficio del periodista es una condena, el pago por sobrevivir en un medio habituado a la improvisación, al fraude intelectual, a la imposibilidad de la especialización. Gutiérrez Nájera, quien dedica veinte de sus 36 años de vida a diarios y revistas, se conduele:

> No hay tormento comparable al del periodista en México. El artesano se basta a sí mismo si conoce su oficio, pero el periodista tiene que ser no sólo "homo duplex", sino el hombre que, como dice Valhalla, puede dividirse en pedazos y permanecer entero. Debe saber cómo se hace pan y cuáles son las leyes de la evolución; ayer fue teólogo, hoy economista y mañana hebraísta o molinero; no hay ciencia que no tenga que conocer ni arte en cuyos secretos no deba estar familiarizado. La misma pluma con que bosquejó una fiesta o un baile, le servirá mañana para escribir un artículo sobre ferrocarriles y bancos [...] Y todo sin tiempo para abrir un libro o consultar un diccionario.

Este trabajo de "galeote" del cronista lo esmera —en prosa hecha para el paladeo de sensaciones— en la invocación de los deleites crepusculares o la sabiduría de sociedad. El oficio es riesgoso porque puede destruir el talento, pero es más riesgoso morir de hambre. Hay que contentarse con nuestro paso efímero. Luis G. Urbina ve en la crónica "una literatura de pompa de jabón [...] Sólo un pretexto para batir cualquier acontecimiento insignificante y hacer un poco de espuma retórica, sahumada por algunos granitos de gracia y elegancia". No tan drástico, Gutiérrez Nájera insiste en lamentarse ("En México no se aprecia como debiera apreciarse el arte de narrar cosas frívolas con cierto esmero literario") y opta por la pedagogía: "La pluma del cronista debe tener dientes que muerdan de cuando en cuando, pero sin hacer sangre. Debía haber dicho con mayor verdad: es fuerza que la pluma del cronista pellizque con los labios. De otro modo, la crónica oscila entre la gacetilla incolora y el artículo descriptivo. Para quedar en el justo medio se requiere un prodigio de equilibrio".

Durante el imperio del modernismo la crónica no sólo indaga por los hábitos viejos y nuevos e intenta semblanzas de esos espíritus evanescentes y omnipresentes, lo Nacional y lo Moderno; también es un templo de la prosodia, espacio donde el ritmo verbal lo es todo, no hay mejor síntesis que una metáfora elaborada y de ser posible grecolatina y se escribe para ser leído acústicamente, casi para perdurar en lo efímero, en el intento de justificar al escritor que se dilapida en la prensa. "Martí —dice el admirable cronista

Rubén Darío— gasta sus diamantes en cualquier cosa. Sus prodigalidades de Aladino no deben asombrar. No hay sobre la tierra quien arriende mejor un periodo y guíe una frase en un *steeplechase* vertiginoso, como él; no hay quien tenga una troj de adjetivos como la suya, ni un tesoro de adverbios, ni una *ménagerie* de metáforas, ni un Tequendame verbal como el suyo." Darío también gasta sus diamantes en el periodismo seguro de que "no mata sino a los débiles. Un intelectual no encontrará en la tarea periodística sino una gimnasia que lo robustece". Para surtirse y desperdiciarse, los modernistas se obstinan en el perpetuo cerco de palabras de su centro espiritual, París, al que acuden "con todas las ilusiones, con todos los entusiasmos" y desde donde, espiritual o físicamente, discurren sobre los Temas Eternos (amor, vejez, patriotismo, muerte, soledad, ciudad, provincia, moda). A ellos los temas más dignos les resultan los que se prestan mejor al lenguaje exquisito (cincelado) que, así sea también su fruto, se opone a la rapidez periodística, circunscrita a "esa idea diaria, esa anguila escurridiza, esa liebre, esa flecha" (Gutiérrez Nájera). Véase un fragmento típico de Amado Nervo:

> Hay dos clases de caracteres para quienes la honestidad de un afecto supone la muerte del mismo: los altos y los humildes. Un pobre de espíritu y un Víctor Hugo son capaces de fabricar santuarios con los amores íntimos y benditos: el primero fabricará una capillita inmaculada para rezar a una virgen sonriente y fraternal; el segundo levantará una basílica prodigiosa (*L'art d'être grand-père*) con silleras de diamantes, con pórfidos grácil es que se empinan para besar el azul con oros eternos y mármoles de tersura milagrosa. Y un día se abordan las lindes del cambio de la muerte. Allá quedó el ave del paraíso desplegando al sol el absurdo policromo de sus alas; allá quedaron los sueños de grandeza como harapos de pabellones de guerra descoloridos y flotantes al azar de todos los vientos; quedó el cofre vacío y herrumbroso en que como joyeles guardamos nuestras vanidades, y es la hora del balance rígido y del triste examen.

Manías reminiscentes, páginas abrumadas de poesía, oratoria disfrazada. La prosa esculpida detiene al lector en contemplaciones absortas de "fiestas plásticas, sol y mármol, juventud embriagada en el último haxis del decadentismo". Rafael López (1873-1943) es ejemplo consumado:

El grito de antaño

> —Vamos al grito— nos dijimos la noche del quince, recordando el entusiasmo juvenil que años hace nos invadía en la fecha memorable. Un insurgente vientecillo del Norte se había llevado las últimas nubes que a manera de moños realistas encresponaban las gorgueras de la tarde, y las estrellas adelantaban con su pirotécnica celeste los fuegos artificiales que a poco nos darían el simulacro hiperbólico de los perdidos tesoros de Moctezuma. La noche se declaró guadalupana y con las manos cuajadas de diamantes hacía tremolar en sus basílicas azules la bandera de las Tres Garantías.

El "grito" de la provincia era un grito exclusivamente literario, hecho a base de consonantes y de corazón de membrillo para alisar las cabelleras indómitas. Los ripios y el pelo rebelde eran los habituales invitados de la fiesta.

VII

CRÓNICA Y REVOLUCIÓN

En *La evolución histórica de México* (1920), el porfirista Emilio Rabasa se queja de la "tolerancia" de Díaz hacia la prensa que, según él, mostró "una benevolencia que se tomaba por debilidad y que incitaba a la audacia". Rabasa no duda: "el periódico es el vehículo del contagio en una multitud esparcida [...] y [en México] por el contagio psicológico, obró la prensa por una difusión de noticias mentirosas que siempre pintaron el estado del país tan negro para el gobierno como brillante para los que lo combatían". Sin las noticias exageradas de los triunfos rebeldes —afirma— Madero no derriba a Díaz y sin el acicate de la prensa sensacionalista las facciones no se levantan en armas:

> La prensa, con las noticias de victorias revolucionarias en Chihuahua, alentaba a los sublevados de Sonora; con inventar un cabecilla que con gran número de hombres había aparecido en Zacatecas, daba bríos a todo el Norte y hacía brotar en Durango en realidad un nuevo partidario de Madero que ya veía la probabilidad del buen éxito.

Concluye Rabasa: "la obra de la prensa no tenía más mira que la explotación de la excitación popular". Lo contrario es más bien lo cierto. No dura mucho o no es muy persuasiva la libertad crítica que la Revolución Mexicana auspicia. La tradición más vigorosa de la prensa ha sido la adulación a la oligarquía y la mayoría de los reporteros desecha la experiencia directa para atenerse a sus prejuicios y consignas, volcando filias y (sobre todo) fobias sobre los caudillos campesinos y la "vesania y primitivismo" de sus tropas. La saña verbal contra Madero, Villa y Zapata se corresponde con el programa literario que no acepta como tema la violencia circundante. Sin embargo, hay antecedentes extraordinarios del uso denunciatorio de la literatura: *Tomochic* [1882] de Heriberto Frías, la novelización de la matanza de indígenas a cargo del ejército porfirista y *México bárbaro* [1908] de John Kenneth Turner, reportaje sobre el universo concentracionario de Valle Nacional.

Al levantarse la censura los periodistas anhelan con desesperación convencer o manipular para sus respectivas causas a sus interlocutores previsibles, a ese conglomerado cuyo consenso dará la in-

dispensable legitimidad a gobiernos o caudillos. Ya en 1911 —informa María del Carmen Ruiz Castañeda—, en el gobierno interino de Francisco León de la Barra, la Secretaría de Gobernación gira una circular a los editores de periódicos requiriéndoles su apoyo "*para concluir con la efervescencia o excitación que aún se nota en el pueblo y que de seguro se calmará con los persuasivos artículos que a tal fin se sirva usted dedicar*". Se acepten o no como "tranquilizantes" los periodistas de la década del diez, sí se sienten dirigentes civiles, pedagogos cuya obligación es guiar al pueblo, formando "la lógica y la conciencia de la revolución". La fe inamovible en la Palabra Escrita conoce otro momento de exaltación. Según los carrancistas, su lucha se libra con "armas y periódicos" por lo cual, al triunfo constitucionalista, procede la unificación esencial de la prensa.

Narrar la revolución es comprometer al lector, como lo prueba la crónica-reportaje de John Reed, *México insurgente* (1914). Reed, gran reportero de la lucha proletaria en Norteamérica, es enviado por la revista *Metropolitan* a informar del gran levantamiento campesino. Su técnica es compleja: incluye con igual perspicacia lo épico y lo cotidiano, se detiene en su objetivo, lo desarrolla y fija narrativamente, trasciende su sentido anecdótico y se abstiene de prédicas o concesiones explicativas. El gringo Juanito no quiere deslumbrar ni decir la Verdad Última: le importa escudriñar las raíces de ignorancia y represión, de ternura y emotividad que pueblan a los seres que, en forma unánime, la prensa de todo el mundo denuncia por crueles y primitivos. En Reed la crónica y el reportaje, convenciones genéricas próximas y trasvasables, se funden admirablemente para que, sin el menor desistimiento de la objetividad, los personajes vivan la verdad de sus acciones, no las inspiraciones o prejuicios del escritor. Esta maestría expositiva y analítica (llevada a sus últimas consecuencias en *Diez días que conmovieron al mundo*) se origina en el tiempo literario que requieren las estampas y sucesos revolucionarios, un tiempo literario febril y escultórico a la vez, donde el paisaje, el sueño de Pancho Villa o la utopía alcohólica de un combatiente son instancias equiparables pero no intercambiables.

Por su cuenta, Martín Luis Guzmán entiende lo anterior y en *El águila y la serpiente* (1926), hasta ahora nuestro mayor libro de crónicas, adopta, descriptivamente, una falsa neutralidad donde el temperamento clásico enjuicia a la barbarie, la prosa burilada es punto de vista que contradice la "intención objetiva", y la "perspectiva civilizada" es el mensaje. En su magistral evocación de una noche en Culiacán, la soledad se vuelve juicio contra la violencia revolucionaria y los adjetivos sobrecogedores y las citas de la mito-

logía grecolatina irrumpen con el fin de hacer aún más extraño y terrible un movimiento que atenta contra la propiedad privada y su homónima, la cultura:

> Era el Culiacán desierto de los días siguientes al sitio; el de las casas abandonadas; el de las tiendas vacías por el saqueo doble-saqueo de los federales al emprender la fuga; saqueo nuestro al entrar, urgidos también nosotros por las necesidades terribles de cada minuto. Y la desolación, pavorosa en el día, pero semioculta entonces bajo el manto admirable de una naturaleza rica y desbordante en pleno invierno, se alzaba durante la noche, del fondo mismo de las sombras, invisible y real, imponderable e inmediata. Bastaba el recorrido de unas cuantas calles para perder las nociones diurnas, para sentirse vagando en el interior de un cuerpo a quien el alma hubiese sido arrancada para escuchar, como venido de lo más hondo del enorme ser muerto, el latir de las propias arterias, allí brújula única, contacto único con lo vivo. En medio de la más completa soledad del campo o de la montaña siempre se oye de noche o se presiente, una palpitación vital; en medio de la ciudad en ruinas las tinieblas son lo más cercano al desvanecimiento del último soplo de la noche. Aun los súbitos fulgores de vida se desnudan entonces de su apariencia auténtica, se vacían de su contenido; el perro famélico que pasa de pronto, pasa como el espectro del perro; la voz lejana nos hiere como un eco —con la moral deshumanización de la voz en el eco—; el bulto que boga un instante en el espacio iluminado bajo el remoto farol es el aparecido del bulto, participa de la inconsistencia de lo plano, carece de su tercera dimensión. Y una imagen se agita entonces en la memoria, se apodera del espíritu y le comunica su estremecimiento: se ve a Eneas abrazando en vano la sombra de Anquises bañada en lágrimas que no mojan.

La maestría de Guzmán se aplica minuciosamente a igualar los acontecimientos revolucionarios con la noche del saqueo. En este nivel, *El águila y la serpiente* es la versión condenatoria de una revolución donde todas las acciones pierden su origen y su probable o segura razón de ser para convertirse en abstracciones que por sí solas califican y sitúan un movimiento, fenómenos sin pasado o porvenir que en su interminable condición de tiempo presente denuncian la maldad de la plebe. Así, en el espléndido relato "La fiesta de las balas", el asesinato masivo de trescientos prisioneros federales a cargo de Rodolfo Fierro, el lugarteniente de Villa, resulta acto típico y clásico de la lucha armada. Guzmán es explícito y en la conducta de Villa o Fierro cree ver el espíritu depredador y homicida de la Revolución, cuya mayor causa es la sed de sangre. En eso contrasta con Reed quien busca signos de solidaridad y valentía conscientes, de humillación y resentimiento concentrados, las razones que le expliquen al lector lo que éste, de otro modo, vería como desafuero e ignominia.

VIII

LA CRÓNICA: EMOCIÓN Y RENOVACIÓN

En 1893 Gutiérrez Nájera se confiesa: "la crónica, señoras y señoritas, es, en los días que corren, un anacronismo [...] La crónica [...] ha muerto a manos del *repórter* quien es tan ágil, diestro, ubicuo, invisible, instantáneo, que guisa la liebre antes que la atrapen". Ante "esos trenes relámpago [...] la pobre crónica, de tracción animal, no puede competir". Y se duele: "A medida que los escritores bajan, los *repórters* suben".

Tal distinción entre el cronista, maestro del arte de recrear literariamente la actualidad, y el *repórter*, mucho más amigo del sensacionalismo que de la sintaxis, se mantiene (amarga y resignada) unos años y es sustituida masivamente por la consideración jerárquica del reportaje, género de revelaciones y denuncias ante el cual poco tiene que hacer la crónica, relegada por lo común a banalidades, nostalgias o apuntes hogareños. Los cronistas se ahuyentan de la política, campo ya por definición del reportaje y se dedican a gozar en lo íntimo su manifiesta superioridad. Luis G. Urbina expresa sin ambages este orgulloso arrinconamiento en un texto memorable

> Es cierto que un cronista no es un artista. Mas no sé qué diablos tiene este género periodístico que, sin ser superior, requiere una expresión pulcra, un temperamento vibrante, una observación atinada, y, a ser posible, cierta dosis de fantasía para combinar y colorear las imágenes. Un cronista está a merced de los acontecimientos. La vida de los temas. El periodista los enfoca y los presenta con visualidad personal y, así, ofrece un panorama de la actualidad circundante elaborado por la sutileza de la observación y la brillantez del estilo.
>
> Obra efímera es —aseguran los literatos de planos superiores, los críticos, los filósofos, los eruditos. Y el fallo condenatorio es inexorable. Una crónica es como un cocuyo en la noche. Es una chispa en la oscuridad. Brilla y se apaga instantáneamente.
>
> Sin embargo, ¿qué cosa son las cartas de Madame de Sévigné o las Memorias de Saint-Simon? Y se me responderá: Pues eso: cartas y memorias. Y yo replicaré. Sí, pero unas y otras, son ante todo y esencialmente, crónicas de época, copias de ambiente, reproducciones del vivir cotidiano. De haber existido en nuestro tiempo María de Rabutin-Chantel y Luis de Ronbroy, no hubieran desdeñado dar a la estampa sus impresiones sutiles, en las gacetas y hojas volantes.
>
> Y añadiría, encarándome con el ceñudo filósofo. Señor: ese ligero trabajo del cronista es como el espejo por donde se ve pasar la vida. Entretenido en tus meditaciones, absorto en tus contemplaciones, ensimismado en tus investigaciones, ignoras, acaso, lo que la realidad tiene de tremendo y doloroso. Tal vez te olvidaste de que lo frívolo no suele ser sino la apariencia de lo triste, y de que con frecuencia, el cascabel de este Arlequín suena,

porque dentro de su hueca esferilla de metal, brinca una lágrima endurecida.

Pero ¡por Dios! Soy incorregible. Caí, como suelo, del lado de lo sentimental. Ya apareció la gota del llanto. Necesito circunspección y discreción. Mi frívola, mi efímera literatura de ocasión está pasada de moda. Es preciso vestirla conforme a los flamantes figurines.

Por tercera vez repito que está muy bien. ¿Pero cómo voy a componérmelas —otra repetición— para narrar mis paseos crepusculares por la Plaza de Santa Cruz, por los puestos de juguetes de Navidad, en los que se agolpan, multiplicados, los personajes de Gustavo Droz: papá, mamá y bebé?

Estoy mirando escenas curiosas. Y, sin quererlo, comienzo a enternecerme, Porque me siento niño, como los grandes, como los chicos. En estos días —impenitente visionario sentimental— veo que la tierra entera está poblada de niños. Todos somos niños.

Y tengo que refrenar la emoción. Veremos cómo salgo del apuro. (En *El Universal*, 8 de enero de 1928.)

Cuando Urbina escribe lo anterior ya una nueva corriente se expresa poderosamente en la crónica. En los veintes el sueño creciente de una Nueva Estabilidad persigue un mito: lo moderno, y el más hábil gestor de ese mito en el periodismo es Salvador Novo, quien —a partir de un idioma vitalísimo— fácilmente se desprende del legado de prosas poéticas y reconvenciones moralistas y funde en un sólo género crónica, artículo y ensayo. En los textos de Novo intervienen la erudición y la frase celebrable, el neologismo y el arcaísmo, la moda como criterio de calidad y la moda como nostalgia prematura, la celebración de lo circundante y el desdén por lo Trascendente. Gutiérrez Nájera popularizó la sensibilidad que lo había formado; Novo anticipa la sensibilidad que avasallará y al transmitir la modernidad la va inventando, con estilo que es en sí mismo *sensación contemporánea.* Con inteligencia y humor Novo traza de preferencia una sola crónica, la del personaje Salvador Novo quien armoniza la sabiduría del Ayer con las actitudes irónicas y cínicas de Hoy, quien sustenta en su cultura clásica un desafío dandista y la propaganda de otro medio de vida, ya no de la ciudad criolla, sino de la ciudad mestiza alucinada ante Norteamérica. Su virtud es su condena: cuando Novo abandona la vanguardia ilustrada y heterodoxa y se pliega, con dejadez ornamental, a una cultura inerte, sus crónicas pierden intensidad y sentido, devienen la excelente escritura del vacío social.

Manuel Manilla

IX

CASTRO, MANILLA, POSADA, OROZCO

En el XIX se da otra crónica perdurable —que se prolonga hasta las primeras décadas del XX, pese al avance ventajoso de la fotografía: la recreada ad libitum por el dibujo, la litografía, el grabado y la pintura, como parte de una estructura nacionalista que reclama el derecho a usar temas del país sin sentimientos de culpa académica o cultural. Por eso, los caricaturistas Constantino Escalante, Hesiquio Iriarte, Joaquín Heredia, José María Villasana y Plácido Blanco, cuando no reaccionan con virulencia ante los ires y venires del poder, prefieren trazar veleidosamente los sitios y los prototipos de una sociedad que crece y sobrevive mientras espera constituirse en nación, mientras aguarda la madurez de ánimo. Ellos están seguros de que lo que ven y les rodea es susceptible de tratamiento estético. Allí están los currutacos o la plebe, los edificios deslumbrantes y los paseos típicos: retengámoslo todo no en su impulso sino en su gracia, en su índole amable, alegre, deliberadamente *pintoresca.*

En sentido estricto, ninguno de estos artistas se propone hacer crónica, y su trabajo trasciende muy vastamente la rendición de cuentas de la sociología auxiliar, pero ellos, de un modo tanto o más persuasivo que el de los escritores, extienden y fijan las panorámicas de una sociedad, el modo usado por la cultura de una época para reconocerse a sí misma. Véase la obra admirable de Casimiro Castro (1826-1889). Castro confía en reproducir las bellezas memorables que el país contiene y, en dibujos y litografías, límpidamente inventa la armonía de los contrastes sociales, vuelve colorida a la miseria, le da al paisaje funciones inmaculadas de paraíso-sobre-la-tierra. (Veracruz o Tacubaya, contempladas por Castro, no son lugares sino cumplimientos de la utopía) y encubre con suntuosidad clásica una realidad caótica.

A eso se opone una perspectiva imperfecta, rijosa, vivísima. En Yucatán, Gabriel V. Gahona (*Picheta*) le confía al grabado escenas entonces "vulgares" o "pedestres" y que hoy se dejan ver como avanzadas del humor negro. A continuación, Manuel Manilla (1830-¿1895 o 1899?), grabador de la imprenta de Vanegas Arroyo, se propone una tarea que, de entrada, ignora cualquier glorificación académica. Manilla se sabe artesano y conoce su encomienda: grabar novenas, canciones, programas; hacer de su labor el reflejo divertido que alía consejas y realidades, lo soñado y lo verificable, el torrente de apariciones, personajes de la calle, robos, escenas patrióticas, envíos amorosos, estampas del toreo, presentaciones humorísticas. Puntualmente, Manilla exhibe riesgos y logros, alucinaciones y

LOS 41 MARICONES

Encontrados en un baile de la Calle de la Paz el 20 de Noviembre de 1901

Aquí están los Mariconcs

MUY CHULOS Y COQUETONES.

Hace aun muy pocos días
Que en la calle de la Paz,
Los gendarmes atisbaron
Un gran baile singular.
Cuarenta y un lagartijos
Disfrazados la mitad
De simpáticas muchachas
Bailaban como el que más.

La otra mitad con su traje,
Es decir de masculinos,
Gozaban al extrechar
A los *famosos jotitos.*
Vestidos de raso y seda
Al último figurín,
Con pelucas bien peinadas
Y moviéndose con chic.

José Guadalupe Posada

Abanicos elegantes
Portaban con gentileza,
Y aretes ó dormilonas
Pasados por las orejas.

Sus caras muy repintadas
Con albayalde ó con cal,
Con ceniza ó velutina....
¡Pues vaya usté á adivinar!

Llevaban buenos corsés
Con pechos bien abultados
Y caderitas y muslos.....
Postizos....pues está claro.

El caso es que se miraban
Salerosas, retrecheras
Danzando al compás seguido
De música ratonera.

Se trataba, según dicen,
De efectuar alegre rifa,
De un niño de catorce años,
Por colmo de picardías.

Cuando más entusiasmados
Y quitados de la pena,
Se hallaban los mariquitos
Gozando de aquella fiesta

Púmi que los gendarmes entran
Sorprendiendo á los *fotones*!
Y aquello sí fué de verse....
¡Qué apuros y que aflixiones!

Algunos quieren correr,
O echarse dentro el *común*
Otros quieren desnudarse
A otros les dá el patatús.

Una alarma general....
Lloran, chillan, y hasta ladran,
¡Qué rebumbio! ¡Qué conflictos!
Pero ninguno se escapa.

A todos, uno por uno
La policía los recoje,
Y á Tlapisquera derecho
Se los va llevando al trote.

José Guadalupe Posada

EL GRAN VIAJE DE LOS
41 MARICONES PARA YUCATAN,

Las impresiones de viaje—Resaltadas cual no hay más—De todos los maricazos Que mandan á Yucatán.

Sin considerar tantito
A nuestro sexo tan casto,
Ni el estado interesante
Que casi todas guardamos,

Hechas horrible jigote
A todas nos encajaron
En un carro de tercera
Del *trensote* Mexicano;

Revueltas cual chilaquiles
Fuimos con jergas soldados
Que injuriaban leperotes
Nuestro pudor con descaro.

Al pobrecito Soflo
Le dieron muchos desmayos
Con los continuos meneos
De este tren tan remalvado.

descripciones de una imaginación librada a sus propios riesgos. Nadie lo censura y nadie lo exalta. ¿A quién le interesa combatir o asumir culturalmente las supersticiones del pueblo?

Manilla es el primero en darle relieve formal a una gran empresa involuntaria y voluntariosa: el registro de las culturas dominadas, sus ideas, sus creencias profundas, sus diversiones y apetencias. Le corresponde a José Guadalupe Posada (1851-1913), que sucede a Manilla en su puesto con Vanegas Arroyo, llevar esa tendencia a una magnífica culminación. Posada trabaja en numerosos periódicos y publicaciones antiporfiristas y participa también de todas las demandas de una imprenta comercial. Él ni discrimina ni quiere discriminar temas o personajes; para qué, si todo puede incluirse: incendios de plazas de toros, epidemias de tifo, motines callejeros, cometas, amenazas de fin del mundo, anuncios publicitarios, publicaciones infantiles, sucesos espeluznantes. Con la reiteración a que obliga una producción de más de 20 mil grabados, Posada trabaja sin retórica o mayores fijaciones ideológicas. Quizás una sola: dar por sentado que la vida social del pueblo pertenece no a la civilización sino a la naturaleza y por lo mismo se describe o se traza de modo inmovilista: es y seguirá siendo. Es *natural* que ocurran apariciones, es *natural* que nazcan monstruos y todo debe contemplarse con la misma naturalidad y el mismo júbilo. En las *Gacetas Callejeras* el centro de la atención de Posada es lo que sucede fuera de la ley, a cuya observación sus clientes le dedican lo mejor de sus escalofríos de complacencia. Posada no juzga ni predica: atiende a la necesidad de ver en los asesinatos o en los casos célebres el espectáculo que compensa de la represión cotidiana. El Horrorosísimo crimen del Horrorosísimo hijo que mató a su Horrorosísima Madre o la captura y vilipendio de homosexuales de alta sociedad se consignan no con el fin de moralizar sino de divertir. Lo que desde arriba se promulga como moral desde abajo se ve como espectáculo (y luego se reproduce como opresión).

Posada nunca se pretende *popular* o *mexicano*. En su momento lo *popular* es aquello que, culturalmente, está fuera de lo *mexicano* (la conciencia del país a cargo de la élite) y, por lo mismo, sus calaveras no remiten a instintos ancestrales sino al uso magistral de convenciones de época (lo mismo sucede con su disidente, don Chepito Marihuano). En cuanto a lo popular, afirma Luis Cardoza y Aragón: "Posada era un artista que se acercaba al pueblo. Para empezar no se creía artista seguramente. Ignoraba su estado de gracia cotidiano. No olvidemos la integración —perdón por la palabra— con el autor del corrido (Constantino S. Suárez, y otros posiblemente), de la cuarteta, con la gracia del tipógrafo. Tenían la sensibilidad de lo que eran: pueblo mexicano, la imaginación, el

José Clemente Orozco

sentido de su fabulación, el genio o la inteligencia de objetivar, de darle forma con las ilustraciones, las palabras, el tono, el ritmo de los cantadores populares.Es decir, estos hombres no se acercaban al pueblo, no eran populares: eran pueblo". De allí su eficacia suprema como cronistas totalizadores.

Un gran continuador de esta tendencia es José Clemente Orozco, quien se inicia con caricaturas feroces en *La Vanguardia* (seguramente la mejor publicación de la época armada, hecha en Orizaba por un grupo en donde también figuran el Doctor Atl, Manuel Becerra Acosta y Luis Castillo Ledón) y que, en parte considerable de su obra, recrea y expone dos temas que son dos obsesiones de la época: los revolucionarios desconocidos (el descubrimiento del pueblo como violencia) y las prostitutas (el descubrimiento del sexo como regocijo social).

X

¿YA LEYÓ USTED EL ARTÍCULO DE DON LUIS CABRERA?

En las primeras décadas de este siglo, el periodismo sigue siendo la posibilidad más real de *otro* punto de vista sobre el poder, el espacio por antonomasia de la "opinión pública", concepto que actúa dificultosamente sobre los restos de las luchas ideológicas entre liberales y conservadores o los ecos de las disputas faccionales en la Revolución y que, para su desarrollo, depende del auge de las clases medias, de la existencia (casi siempre formal) de las instituciones democráticas, del aumento de la alfabetización.

En los veintes y los treintas la opinión pública es todavía patrimonio de los "entendidos" que eligen al artículo político como género determinante. Los lectores, seguros de que la prensa detenta el monopolio de la lectura que vale la pena, van a los artículos para saber qué piensan o van a pensar, se ayudan cotidianamente en la comprensión de sus cóleras e impotencias con los juicios e impresiones de sus escritores predilectos. Noticia es un hecho interpretado filosófica, cultural o políticamente por Vasconcelos, Luis Cabrera, Antonio Caso o Lombardo Toledano y el artículo es la pieza incandescente que —como en el XIX— concentra las preocupaciones agónicas y didácticas por el porvenir y es visión última de la realidad. Lo de siempre: en donde las opiniones abundan, la información escasea y cuenta más, a derecha e izquierda, el sueño histórico que se desearía ver cumplido que el examen del presente. La prensa se adelanta a la televisión en la tarea no de proporcionar información crítica sino de ocultar su ausencia.

A los escritores, el artículo les complementa ingresos y les da la retroalimentación vital; a los políticos retirados o en desgracia los aprovisiona de técnicas que abrillanten o rediman su imagen ausente. (Publicar artículos es señal de cultura y razón de prestigio en un medio dominado por la Cultura del Abogado: el tono oratorio, las referencias culturales con atraso de cincuenta años, las Grandes Citas y las pocas nueces.)

Según Javier Romero, la fecha parteaguas del periodismo moderno en México es el 12 de septiembre de 1896 al nacer *El Imparcial* que establece un concepto que habrá de perdurar. *El Imparcial* aspira ya a la condición de "gran prensa" y, a partir de su nombre, pregona una aspiración de "objetividad" que distará de cumplir. *El Imparcial* usa la tecnología procedente: introduce los primeros linotipos Mergenthale y las primeras rotativas y, para arraigarse, logra abatir el precio de venta: de los cinco o seis centavos de sus predecesores al centavo que le garantizan sus subsidios. Su "imparcialidad", insiste Romero, está en la renuncia al carácter doctrinario y en el manejo de la "noticia" que, a semejanza de sus correspondientes norteamericanos, desea ocultar la tendencia. El tiraje de *El Siglo XIX* fue de 700 a mil ejemplares; *El Imparcial* empieza en los ocho mil y, en 1907, según certifican diez notarios el 31 de enero, ha alcanzado la cifra de 104 529 ejemplares lo que ascenderá a 125 mil a mediados de ese año. Esto se debe a sus recursos básicos: el escándalo y la subvención oficial. Porfirio Díaz reconoció haberle entregado un millón de pesos a lo largo de diez años y justificó su "dádiva" por la necesidad de elevar la cultura en un medio donde el pueblo, analfabeta, no lee. Eso provoca juicios drásticos. En *México tal cual es* (1909), Carlos Fornaro afirma que más daño causa *El Imparcial* al país que una "inmensa nidada de culebras de cascabel esparcidas en el territorio".

Para promover *El Imparcial*, su director Rafael Reyes Spíndola patrocina torneos deportivos y hace sorteos entre los suscriptores con premios que suman diez mil pesos. Su material distribuido en ocho planas de siete columnas suele constar de lo siguiente: treinta columnas de anuncios, diez de cables, seis con noticias de comisaría, tres de notas "sociales y personales", dos sobre la cárcel de Belem, una de comercio y finanzas, tres de propaganda de grandes empresas, media de agricultura y ganadería y media dedicada a sociedades mutualistas.

El mensaje de *El Imparcial* es nítido: la prensa independiente ni es posible ni hace falta alguna. Ante tan terco servilismo y oportunismo la prensa de la Revolución Mexicana debe hallar su antecedente directo en la prensa liberal que fue parte esencial del esfuerzo de construir e imaginar sobre la marcha a la nación y principal

instrumento expresivo de los actores e intérpretes de la Historia. En su turno, la prensa de la Revolución institucionalizada va quedando en manos de empresarios que recurren de nuevo a la tradición aplastante de *El Imparcial* y, consecuentemente, de los lectores (más o menos) privilegiados que hacen del "periodismo de opinión" zona de la sabiduría envasada y el lugar común. No es aún tiempo de que en las universidades se concentren las mayores esperanzas y estrategias de la cultura nacional y lo que no ocurre en la prensa casi no existe. El periódico es la universidad cotidiana y es muy significativa la polémica filosófica de Antonio Caso y Lombardo Toledano en las páginas de *El Universal* (1935); si hoy nos parece abstrusa y tediosa, entonces ese intercambio de monólogos sobre el materialismo histórico y el Espíritu, es mito instantáneo que estimula política y culturalmente a un público ávido de saber si Caso, emplazado por la "excepción dilatoria" de Lombardo logrará probar "de un modo científico la dualidad del espíritu y la materia".

(Lo anterior puede describir lo ocurrido en la capital. En provincia, otra es la historia: intolerancia de caciques y jefes de armas, asesinato de directores de periódicos, improvisación permanente de reporteros, autocensura como seguro de vida. El "periodismo nacional" cuenta con una gran ventaja que le permite desarrollarse: su relativa impunidad.)

El "periodismo nacional": *El Universal* se funda en 1916 y *Excélsior* en 1917. Durante la primera guerra mundial, ambos apoyan la causa aliada y *El Demócrata* la causa alemana. Contradicciones semejantes dejan de ser posibles en pocos años, al acentuarse el monopolio informativo de Estados Unidos y la industrialización del periodismo.

A la crónica se le delega el registro de la experiencia cotidiana y el reportaje es el género victorioso. En 1922, el jovencísimo reportero Regino Hernández Llergo entrevista a Pancho Villa en su hacienda de Parral. Villa, su confianza ganada, se declara en receso pero insiste:

> Si Obregón no respeta la voluntad del pueblo en las próximas elecciones, voluntad que está muy clara en favor del señor don Adolfo de la Huerta, Francisco Villa no seguirá tranquilo sembrando la tierra en Canutillo. Francisco Villa volverá a montar en su caballo y detrás de él irán todos sus muchachos.

Premonición cinematográfica o bravata, es lo de menos; lo de más es que todos condecoran a la entrevista por su *byproduct* funerario: el asesinato de Villa a las pocas semanas, lo que garantiza el éxito de los reportajes amarillistas, que siguen prefiriendo la

"alarma moral" que sustituye a la "emoción histórica". *¿Cómo es posible que una revolución haya sido violenta? ¿Quién traicionó a quién y a quién le hubiera gustado traicionar a todos?* Para que nos corresponda, el formato de la noticia debe ser melodramático.

Rafael Alducín, director de *Excélsior* es, queriéndolo o no, discípulo directo de Reyes Spíndola y su adaptación de los métodos norteamericanos de publicidad. Él instaura —a semejanza del comercio norteamericano— el 10 de mayo como el Día de las Madres, da premios a la mejor foto de un niño recién nacido, a la flor más bella, a la mejor costura, al más hermoso nacimiento de Navidad. El desarrollo industrial requiere de vigor competitivo: cada reportero quiere ser inolvidable, hallar el *lado humano* de la noticia y conseguir *—al precio que sea,* como en las películas de Hollywood— la delantera. No regresen sin una exclusiva: el primero en entrevistar al primero que cruzó a nado el Lago de Chapultepec, el primero que profana la selva lacandona. *¡Conmuévete, lector!*: te hemos traído sorpresas, golpes del chantaje emocional ("¡Devuélvame a mi hijo!"), declaraciones increíbles ("Yo maté al que mató a Obregón"). Ninguna noticia tiene antecedentes o consecuentes, no puede ser ahondada o seguida porque perdería interés, noticia es lo irrepetible o lo monstruoso. La persuasión: las revelaciones a plana entera; la seducción: el *morbo verbal* que aquieta a lectores más ávidos de palabras estremecedoras que de información verificable. Este periodismo, enemigo de cualquier educación política, sólo acepta de su público el escalofrío visible que apenas disimula el placer. *Hoy no he muerto, hoy no soy un derrotado político, hoy no he caído en desgracia, hoy sigo siendo nadie o ninguno pero sobrevivo a las noticias catastróficas.*

La indistinción entre escándalo y proceso político se aclara con los temas de provincia. Una matanza: diez puntos, primera plana. La toma de una alcaldía: dos puntos, página de provincia. Detención de campesinos acusados de ambicionar las doradas mieses de un latifundista: un punto, búsquese la colocación en última página o archívese. Y al día siguiente del hecho, el silencio. Los reporteros se empecinan en la superstición ensangrentada: el tremendismo nos vivifica y sólo lo insólito es lo noticioso, noticia es que un campesino mate a una bala y no a la inversa. Lo "sensacional" se confina en los temas: la cuantía de un fraude, la matanza que obliga al cese de un gobernador, el enfrentamiento entre la decencia y la subversión personificados, etcétera. La intención es darle a la historia reciente del país el tono de una lucha sectaria por las ocho columnas y al inventarse así los "intereses del lector" se pospone indefinidamente el "interés público". En esta versión de los hechos, se sustituye la información sobre represiones con los reportajes sobre velorios y se enmascara la lucha de clases con teorías de la conjura. *Eres pobre luego atentas contra mi vida.*

La estrategia es impecable: sólo los temas exóticos diversifican el "soñar despierto" de los lectores. Verbigracia: el concurso de *Rey* por un día. Durante varios años, la revista *Hoy* elige a un pobre evidente (un barrendero, digamos) y lo nombra Rey-por-un-día (a semejanza del programa radiofónico norteamericano *Queen for a Day*). El viacrucis del triunfador: un sastre de lujo para que lo vista, comida con artistas y funcionarios públicos, hotel de primera, gran cena con actrices de moda. A lo largo del vilipendio, la cámara indaga en sus reacciones, las sorprende, las dispone museográficamente. El ubicuo fotógrafo registra el corolario del día siguiente: el rey destronado torna a sus labores de barrendero. Cine de Frank Capra o exaltación de la filantropía olvidadiza, una idea tan despiadada llama la atención, divierte, no causa conflicto moral alguno en editores o lectores.

XI

EL ESTADO Y LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

En noviembre de 1912, Francisco I. Madero, en un discurso ante los poderes de la Unión denuncia el *libertinaje periodístico* y le pide al Poder Legislativo leyes que fijen los límites de la libertad de escribir. Él, por su parte, respeta una libertad de prensa usada fundamentalmente para su linchamiento moral (confrontar los diarios *El Mañana, El Imparcial* o *El País* y la revista *Multicolor*). Más que consciente del destino de Madero, Venustiano Carranza promulga en 1917 una Ley de Imprenta. El Estado ya no vela por la impunidad de sus opositores y si Obregón consiente a la prensa, le envía autoentrevistas y de paso la corrompe, Calles no tolerará demostraciones de simpatía hacia los cristeros y apenas aceptará discrepancias dentro de unas reglas del juego que exigen crecientemente de la crítica no pretender jamás consecuencias reales. Si la persecución contra *El Machete*, órgano del Partido Comunista Mexicano, se encona es porque no se le considera prensa sino acción directa.

El presidente Lázaro Cárdenas entiende las cosas de otro modo. En su sexenio, muchas publicaciones, entre ellas la principal revista (*Hoy*) y el principal diario (*Excélsior*), atacan con saña el radicalismo o el reformismo —elija usted el calificativo ideológico que lo autodefina— del régimen. *Hoy* incorpora críticas (muy brillantes en ocasiones) a la prédica izquierdista y las adereza con una simpatía esporádica por nazis y fascistas. *Excélsior* intensifica sus obsesiones católicas, machistas y anticomunistas. Cárdenas no se inmuta. Su vi-

gorosa base social le permite asimilar, incluso requerir de estos ataques.

El presidente Ávila Camacho reimplanta otra tendencia gubernamental: al disminuir o cesar el apoyo espontáneo de las masas conviene *personalizar* los ataques. Critican mi gobierno, luego me están ofendiendo. El periodista Luis Spota nos transmite una anécdota significativa (adjetivo proverbial para las anécdotas del tercer orden):

> Estaba haciendo una suplencia en las *Últimas Noticias* y me encargaron que hiciera una nota sobre el "desayuno de la amistad" que cinco mil burócratas le ofrecieron al Presidente en el Campo Marte. Escribí mi nota, fusilándome el estilo de Novo, lo hice mal, claro. Decía yo que la señora del Presidente llevaba en el sombrero unos huevos fritos. Al otro día aparecieron en mi casa dos motociclistas para llevarme a Palacio. Esto me impresionó mucho. Sin explicaciones ni nada me llevaron y allá me recibió un señor muy afable; muy cortés; era el Presidente. Yo estaba asustadísimo. Me dijo: "Lo he mandado llamar para decirle que es usted un majadero. A las señoras se les respeta [...] Aunque aquí, entre nosotros, le confesaré que estoy de acuerdo con usted en cuanto a lo del sombrero de mi mujer [...] Cuando sea mayor y se case, comprenderá que a veces no es fácil convencer a la propia esposa de que algo le queda mal."

"*A las señoras se les respeta.*" Ya no se diga a los presidentes. Los múltiples relatos de esta índole, que mezclan la "reacción muy cordial y humana" con la susceptibilidad extrema ponen en claro una decisión: el Presidente es intocable, el límite de la libertad de expresión es su ejercicio independiente. Se extingue la crítica a la institución presidencial, precisamente la crítica que vertebra y da solidez a las demás. Si ya no se puede censurar al de más arriba, el periodismo pierde credibilidad, se confina a las bravuras o a las "verdades entendidas". Otro hecho, con final luctuoso: en 1940, la obra de teatro frívolo *El máximo pachuco*, alusión directa a Maximino Ávila Camacho, hermano del presidente electo, provoca respuestas violentas. Al autor de la obra, unos "desconocidos" lo asaltan a la entrada del teatro Lírico y lo dejan agonizando. Su muerte, curiosamente, tiene ciertos efectos inhibitorios.

Con Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán, la prensa industrial llega a una conclusión: si el gobierno es el Lector Preferencial, ni quién se preocupe por los Simples Lectores (existen, qué bueno, si no, ellos se lo pierden). Reaparece, tajante, la distinción porfiriana entre "libertad" y "libertinaje". Casi todos aceptan este distingo: para empezar, la mayoría de los periodistas formados en el autoritarismo y víctimas, cuando intentan la crítica, de una sensación de provisionalidad: "Gracias, señor, por auspiciar esa libre expresión que hoy nos permite darle las gracias". Los lectores especializados van aprendiendo a leer entre líneas y a contracorriente.

Tal "libertad de expresión" es regalo para unos cuantos, agresividad que se gasta en el desahogo y la crítica *soportables*: "Grita lo que quieras en la plaza pública para que después no andes fastidiando". El Estado fuerte es también el Estado-que-todo-lo-subvenciona y al profundizarse la "institucionalidad" gobernantes y líderes renuncian a cualquier sentido del humor o a cualquier respeto por la crítica favoreciendo la vieja consigna: libertades declarativas sólo para la minoría ilustrada. En donde impera el fetichismo de la Palabra Escrita el autoritarismo reafirma sus "caridades": la tolerancia, el afecto por la gratitud de los subordinados, la certeza de que la oposición es una alianza de frustraciones personales.

Violenta o discreta, traducida al idioma de la golpiza, el ahogo económico o el eufemismo, la censura se extiende e implanta como hecho natural. Para darle continuidad orgánica surge, juguete pródigo, el Boletín de Prensa. Que ya no se pretenda informar ni se interrogue hasta la exasperación a los funcionarios. Es mejor aceptar a "la fuente" (el surtidor de información oficial) como algo entrañable, que sustituye ventajosamente a la noticia con el escamoteo burocrático. Para los reporteros, "la fuente" es el sueldo verdadero (mucho más generoso y comprensivo)... y es la razón de ser de su labor. Unificada, la información sobre los actos mínimos o máximos del Poder se torna indistinguible o ilegible. Al reportero le importa conseguir "la fuente" adecuada, estar cerca del poderoso, asir ventajas y prebendas. El periodismo es el tecleo prestidigitador, la lírica fallida donde la información desaparece porque el lector que importa, el Único Lector en la Única Silla, la conoce de antemano del modo más completo e irrefutable. No sólo la prensa suele ser instrumento de presión y de chantaje de los grupos de poder económicos; no sólo la derecha se allega por motivos evidentes la propiedad de casi todos los medios masivos; también, el periodista desconfía de sus destinatarios, no se siente seguro de trabar con ellos una interrelación y prefiere enviar su mensaje interlineado a unos cuantos, a los dueños del poder político y económico, social y cultural. La información es aquello que empieza al terminar la lectura del periódico.

El Estado debe ser intangible. Para garantizarlo no basta con el perenne control de la prensa. Hace falta convertir a la autocensura en reflejo condicionado que se inicie en el acatamiento absoluto de la Primera Figura y prosiga en el respeto hacia todo el Establishment: los familiares (los amigos) del César no sólo deben parecer intocables, sino serlo. A la autocensura por inhibición y por convicción. "Disfruto tanto lo que podría decir que no lo digo." Surge el "embute", la compra que le cierra la boca al periodista y el gobierno, el dinero repartido sistemáticamente para que el gobierno y los empresarios compongan su "imagen de un medio" a través de la suma de

sus "adquisiciones". *Tus representantes individuales se dejan comprar, oh Prensa. No me mereces crédito como medio.* El "embute" va impidiendo la confianza de los lectores al traducirlo todo al idioma de los gajes, las compensaciones, las garantías de "influyentismo", los certificados de impunidad. Practicado masivamente, el embute es artesanía que —con fervorosa mímica— duplica los procedimientos de control de la industria de la prensa. Lo fundamental, las supresiones informativas y las obstinaciones en el apoyo o en la diatriba, no se producen al cabo de una acumulación de embutes sino en las negociaciones en la cúpula, en la permuta diaria de las ocho columnas, en la elaboración por las agencias transnacionales de visiones del mundo. La del embute es tarea muy circunscrita: vincula al lector con las reacciones que de él esperan las clases dominantes o, más específicamente, clarifica las relaciones reales e ilusorias de la prensa con el gobierno y la iniciativa privada e intercambia noticias cifradas en el seno de la oligarquía.

En nuestro medio, el periodismo ha sido vía intermediaria entre el poder y sus aliados y súbditos más cercanos, entre los poderes grandes y los subalternos, entre los dirigentes y sus posibles sucesores. En el interior de un sistema autoritario sólo la prensa ofrece líneas redistributivas de información. Por eso, el embute se prodiga para afantasmar una opinión pública ya de por sí incierta; quienes corrompen desean pregonarle a sus iguales o superiores las buenas nuevas de sus atributos adquisitivos, de una capacidad de compra que es, casi al pie de la letra, poder de decisión. El fin explícito del embute puede ser el desfile de metamorfosis: donde está un funcionario ampliamente enriquecido se angustia un patriota injustamente acusado, donde hay una administración en crisis se instala la utopía del pleno despegue. Pero también el embute es un ensayo (con luces) de opinión pública, escenificación de ires y venires del Prestigio ante esos seres afortunados que componen *de veras* la Nación capitalista: políticos, altos burócratas, banqueros, industriales... y los periodistas que atestiguan y divulgan hazañas y encumbramientos de los anteriores.

El embute es, en síntesis, un *informe interno*: no me interesa que crean lo que se publica sino que se den por enterados. La mitomanía es circular: quien manipule a quienes manipulan tendrá los cien años de perdón del juego de espejos; aquí están las denuncias viriles de una clase dominante tan generosa que recompensa con largueza las osadías críticas: "Yo, Prensa, destaco tu infalibilidad y tú, Gobierno, ratifica mi credibilidad". El sofisma es de una redondez clásica: se me compra porque se me teme. Se me teme porque no me dejo comprar. En la doble seguridad económica y social del embute, el beneficiado se siente importante y el donante actúa su mecenazgo

despreciativo: *tengo la diaria posibilidad de saber el precio de quienes dicen representar a la Opinión Pública. Soy superior a ellos moralmente porque los compro.*

En el gobierno de Miguel Alemán las autoridades ya están seguras: las ideas disuelven, agreden, incomodan... incluso el sarcasmo incita al motín. Un caso aleccionador: Jorge Piñó Sandoval, en la revista *Presente,* combate la corrupción alemanista, la voracidad de "los compañeros de banca" del Licenciado. A las denuncias sucede una incursión pistoleril que destruye las máquinas, saquea el taller y le deja lesiones permanentes a Piñó Sandoval. La "audacia crítica" se reserva a los caricaturistas obstinados en la docilidad: nunca, como en estos años, han sido tan bellos y resplandecientes los gobernantes.

En Estados Unidos la "guerra fría" se declara en 1947. En México, el ejemplo es prestamente imitado y el anticomunismo se hace fuerte en *Excélsior* y en la Cadena García Valseca. La histeria y la calumnia se abaten sobre los firmantes para la paz, los viajeros a la URSS, el funcionario que permitió la bandera comunista sobre el féretro de Frida Kahlo. Con el apoyo celoso de la Iglesia, el anticomunismo es ley en provincia y norma en las páginas editoriales. De allí la importancia de una publicación democrática o pluralista como *Siempre!* de José Pagés Llergo, fundada en 1953 (luego que Pagés renuncia a *Hoy* por una foto donde el yerno del presidente Alemán le envía una mirada conspicua a una bailarina de striptease ...) El clima persecutorio aísla a *Siempre!,* el anticomunismo arrincona por igual a liberales y stalinistas y la "guerra fría" le clausura casi todas sus libertades (o "confiancitas") a la prensa.

CLÁSICOS DEL PERIODISMO I: CARLOS DENEGRI

Hijo de diplomático, Carlos Denegri (nacido en 1910) goza —para la época— de insólitas ventajas formativas: idiomas, viajes, amistades cultivadas. De muy joven se incorporó al "buró fantasma", el equipo que Novo congrega en *Hoy* para la sección "La Semana Pasada" (Otros miembros del equipo: Luis Spota, Rafael Solana, Horacio Quiñones.) Fluido, capaz de las adjetivaciones más sobrecogedoras, sin noción de ridículo, Denegri se beneficia de la crisis de un periodismo maniatado y transforma en poderío e impunidad sus habilidades para crónica y reportaje. A fines de los cuarentas, inicia en *Excélsior* una columna, "Miscelánea política" que, inspirada en el trabajo del norteamericano Walter Winchell, se erige en profecía y admonición. Varios presidentes de la República y los correspondientes líderes del PRI azuzan, amedrentan, difieren, halagan, prometen y nulifican por medio de Denegri. El chisme suple a la crónica, la

sugerencia malévola al reportaje. Una mención negativa es una temporada en los infiernos. Los políticos profesionales se comunican internamente, reconocen jerarquías, dirimen odios o "liman asperezas" pagando puntualmente sus inserciones en "Miscelánea política". La influencia de Denegri concreta la ilusión colectiva de un Cuarto Poder. Novo lo retrata ostensiblemente: es el periodista corrupto de su pieza teatral *A ocho columnas*.

Denegri, el Influyente por definición: insulta, veja, golpea y es golpeado, intimida y humilla, vive en el escándalo y en la impunidad, es un señor de horca y cuchillo que, a caballo por Insurgentes, pasea maniatada a una sirvienta suya que "engañó al marido". Al baile Miscelánea de la República organizado en su honor, acuden casi todos los gobernadores de los estados y Denegri, Celebridad con Poder, llega en carroza, en la cumbre de su arrogancia; se lo permiten su conocimiento del subsuelo y los laberintos de la política.

Denegri se exacerba en insultos y adulaciones. Por vía de mientras, su descrédito tarda en alcanzar la información de los lectores y a lo largo de dos décadas él encarna el Periodismo Prestigioso, que mezcla las imágenes y los lenguajes que la Revolución institucional y la sociedad aceptan en los "divulgadores independientes": humillación ante los gobernantes, cursilería sin disimulo, religiosidad pregonada, rencor contra la disidencia, patriotismo de cilindrero y vocabulario profesionalmente culto (en donde, naturalmente, unas notas de campaña presidencial se llamarán "Periplo electoral"). Hoy, tal prosa lo confinaría en el humorismo involuntario. Entonces, impone en México los cánones de crónica, reportaje, artículo y columna política con la ayuda de la bendición presidencial, la despolitización y el fin del periodismo castizo y culterano.

En los sesentas la reputación de Denegri fastidia demasiado a los lectores deseosos de criterios contemporáneos y hartos de la adulación y el chantaje. Es una rémora en la nueva concepción de *Excélsior*. Pese a la eficacia de su equipo de reporteros se suspende "Miscelánea política". El primero de enero de 1970 la esposa de Denegri accede —de un tiro— al rango de autoviuda.

XII

EL AYER DIÁFANO Y EL HOY ANGUSTIOSO

Durante décadas, el agotamiento de formas tradicionales implica el acentuado declive de crónica y reportaje. La crónica había sido instrumento sutil (y subliminal) en la empresa de consignar y aclarar la

Identidad Nacional: esto hacemos, así nos comportamos: ergo, esto somos de modo intransferible. Una tarea casi notorial unció la crónica a una idea fija: recobrar el Paraíso Perdido, el México que se disgregó para dar paso al México que se desvaneció para dejar sitio al México que está expirando. La crónica, correa transmisora de vigores antiguos y agonías inminentes. En la sociedad de masas que se inicia deja de importar la celebración de las costumbres (que en el porfiriato congregó lectores) y el tema central es lo borrado o anulado por el tiempo, por el estallido demográfico, por la industrialización. El México que conocíamos ha desaparecido; el México que ignoramos nos rodea. En la etapa que casi oficialmente liquidará el 68, ni siquiera los mejores cronistas: Novo, Renato Leduc o José Alvarado, logran evadirse por entero de la nostalgia embellecedora y las insistencias comparativas entre el Ayer Diáfano y el Hoy Angustioso. Como género, la crónica se obstina en parecer reaccionaria: suyas son las evocaciones que construyen una realidad alternativa. Que desfilen piñatas, cenas de Navidad, la ciudad anterior al tráfico como metáfora de la eternidad, personajes inolvidables cuyo "molde" se ha roto, frases lapidarias de pintores y músicos, ingenio colgado de una percha, cortesía, caballerosidad, decencia, los desfiles de peatones que ignoraban el stress y el smog, las vecindades donde la vida íntima es quehacer comunal, las fiestas donde el buen humor y la fraternidad imperaron. Según esto, cronicar es insistir en la nobleza de nuestro pasado, recurso nacionalista que se opone a la norteamericanización del país, o disposición tradicionalista que repudia el caos y la subversión.

Una excepción magnífica: las crónicas de José Revueltas con su ferocidad lírica y sus cosmogonías del instinto y la lucha de clases. Pero el momento cultural no le es propicio y esta escritura febril no gana lectores. A Revueltas se le conoce entonces como personaje límite, pero no se leen sus libros y artículos, como tampoco hay demanda de información sobre marginalidad y luchas sociales. Durante tres décadas, el periodismo "nacional" se desentiende en sus crónicas y reportajes de la disidencia o sólo le da cabida taimada y escandalosamente para hurtarnos lo que en momentos decisivos de Norteamericana captaron John Reed, Upton Sinclair, Edmund Wilson o John Steinbeck: el proceso heroico y reprimido de la conciencia de clase. Casi no hay registros narrativos de huelgas y represiones agrarias, del aliento popular del henriquismo (1951-1952), del intento múltiple de independencia sindical (1958-1959), de la represión antivallejista (1959), de las invasiones de universidades (Morelia en 1956 y Hermosillo en 1967). De modo excepcional aparecen libros testimoniales: sobre el henequén (*Ki, la historia de una planta* de Fernando Benítez), sobre el Mezquital (*La nube estéril* de Antonio

Rodríguez), sobre la insurgencia (*La huelga de Nueva Rosita*, recopilación de Mario Gill, *Terror en el riel. Del Charro a Vallejo* de Jesús Topete).

CLÁSICOS DEL PERIODISMO II: ROBERTO BLANCO MOHENO

Flash-back. Década de los cuarentas. Un joven animoso entrega una carta de protesta en la redacción de *Hoy*. El director, Regino Hernández Llergo, la publica e incorpora al quejoso a una revista cuyo esplendor apuntalan semanariamente Novo, Villaurrutia, Vasconcelos, Nemesio García Naranjo, Luis Cabrera. El joven periodista —nacido en Cosautlán, Veracruz en 1920— es autodidacta sin mácula: apenas terminó su primaria se diversificó vendiendo periódicos, trabajando en billares y cantinas, siendo novillero y campeón de box amateur.

El periodismo, Universidad de la Vida que nos enseña a desprender ventajas del paso amargo por redacciones y borracheras y amores frustrados y burdeles y seres pintorescos y canallas sin nombre y políticos buenos y facilidades (rechazadas) para la perdición. El aprendizaje es duro: BM toma partido por los nazis, la redacción de *Hoy* conmina al director y Hernández Llergo despide al precoz falangista.

El aprendizaje es intenso. Blanco Moheno cuaja a la vez un estilo previsible y febril y un personaje del exceso. Él apoya su singularidad en la proclamación permanente de sus virtudes: sinceridad y hombría, desgarramientos del alma ante la miseria e "indignación crónica" ante la injusticia, virilidad y "garra". En tal "entrega" está desde el principio la carga autoparódica que lo convertirá en símbolo voluntario e involuntario. Mientras, un público ingenuo, incapaz de desconfiar, lo encumbra, lo admira por valiente y "suicida", entiende y comparte su asco ante poetisos maricones y comunistas apátridas, aplaude las denuncias que culminan en la exaltación del denunciante y compra pródigamente sus libros: *Un son que canta en el río, Cuando Cárdenas nos dio la tierra, Crónica de la Revolución Mexicana.*

Hay más de una semejanza entre Blanco Moheno y el senador norteamericano Joseph McCarthy: idéntica pasión escénica, idéntica "rabia sagrada" que se gasta en un frenesí verbal. En el caso de BM, las "escalofriantes campañas de limpieza", la promoción al mayoreo del "Yo acuso a . . .", la calidad autopregonada de "desfacedor de entuertos", prenden en un medio educado en y para el escándalo, reprimido y desinformado hasta la médula, sin organizaciones independientes, creyente fervoroso de la división del mundo entre valientes y gallinas, juaristas y conservadores, machos y hembras, periodistas

muy hombres e intelectualoides degenerados. El anticomunismo y el-liberalismo-a-costa-de-la-Edad-Media hallan aquí su cumbre individualista, su orgía palabrera y su expiación.

Ahora es casi imposible imaginar la fuerza de opinión de Blanco Moheno en los cuarentas y los cincuentas, su muy efectivo don de agitación. El lenguaje de apocalipsis en vaso de agua, las invectivas trepidatorias, la alarmada tipografía de mayúsculas y subrayados, deslumbraron a los jóvenes inquietos y críticos de provincia, provocaron motines y asaltos de la derecha, convirtieron en bestsellers a efusiones mitomaniacas.

Blanco Moheno coincide socialmente con el momento de la aparición en México del *muckraker*, el "expositor de ruindades", el reportero de denuncia que "escarba" en los basureros del capitalismo y en los primeros años del siglo hace posible el crecimiento del periodismo norteamericano. Él es ajeno a la pasión denunciatoria y a la coherencia política de Lincoln Steffens o Upton Sinclair; pero comparte con el *muckraking* varias características: el disfraz de "política informativa de clase" que mal oculta el acatamiento de las normas (José Luis Orozco); el chovinismo; la indignación moral actuada de la mitología liberal; la inconsistencia ideológica. Pero si Blanco Moheno no es *muckraker* —"escarba" poco y predica demasiado: es más declamador que reportero— sí anuncia el periodismo de esta índole.

He aquí un fragmento de la prosa de BM (de *Memorias de un reportero*):

> Cuando esa noche me derrumbé en una choza cerca del hombre de Jiquilpan, cuyos pasos oía más que su voz a través del tejamanil que hacía de separación en la paupérrima estancia, pude al fin llorar a mis anchas, llorar a pura ternura, a pura gratitud a un mundo que me permitía, con todas mis culpas, presenciar el milagro que es cada uno de los días de Lázaro Cárdenas el amigo de los campesinos, el jefe, el padre de nuestros verdaderos hombres. Y entonces sentí la vieja presencia de mi juventud, fornida ya, cicatrizada y curada de dolores, que señalaba la ruta, que me empujaba violentamente, pero con la bendición de una sonrisa, con rumbo a la ciudad, al circo enorme de la política, al tumulto de las pasiones y de los intereses, a la lucha que dignifica al hombre y que lo adulcigua y lo engrandece. Cuando al día siguiente abracé a don Lázaro lloré hacia adentro y lo abracé con las viejas manos sarmentosas de la vieja a la que le dio un pedazo de tierra; con las manos toscas y fuertes y honrosas de los miles de campesinos que lo aclamaron al entregarles sus lotes en los llanos de Antúnez; con las manos finas, pequeñitas, de la profesora rural que cantó con sus niños descalzos el Himno Nacional Mexicano para que lo oyera el señor general; con las manecitas adorables de los chiquillos rancheros que corrían sobre el fango para buscar a la madre, lavandera en el río, y al padre, labrador en el plan, gritando, con unas voces frescas pero seculares, nacidas de los hoyos profundos de la tierra:
>
> —¡Madre, que ai viene el Tata! ¡Padre, que el Tata viene!

En 1979, Blanco Moheno corona su carrera: es elegido diputado por el PRI.

XIII

LA "RECUPERACIÓN DE LA ESENCIA"

La crónica, recuperación de la Esencia, elegía por el México anterior a la sociedad de masas. Sin que parezca importar, la consignación de nuevas y viejas costumbres (el modo de vida, ideología totalizadora) se traslada al comic. Allí el genial Gabriel Vargas (*Los Superlocos, Don Jilemón, La Familia Burrón*) mantiene tradiciones profundas de la crónica con inventiva verbal y humorística. Vargas narra semana a semana los pormenores del alza de precios, la explotación laboral, los aplastamientos de la moda, el machismo de la indefensión, la promiscuidad como urgencia habitacional, el hampa como extensión de la policía, los hábitos juveniles, la solidaridad en la pobreza. Pero la fuerza de sus crónicas no radica en la exactitud sino en: a] la inventiva humorística, la elaboración de una picaresca donde la pobreza quiere dejar de serlo con ingenio, y b] la creación verbal que usa el insulto como extensión del cariño, y que se moderniza constantemente. Un trabajo tan infatigable y vasto no está exento de peligros: incluso en un gran autor como Vargas la extenuación del detalle puede convertirse en tipicidad y costumbrismo por decreto. (*Lo típico* es siempre lo opuesto a lo real.) Con todo, pese a repeticiones inevitables, la de Gabriel Vargas es la mejor crónica popular de varias décadas.

La crónica, como espejo/prisión del comportamiento se traslada al cine de barriada. Con tal de redimir el melodrama, los directores Ismael Rodríguez, Alejandro Galindo, Juan Bustillo Oro, Julio Bracho reproducen con la fidelidad que les es posible (el molde bienaventurado de la pequeña burguesía) los ámbitos familiares del pasado y el presente. Una invención del fin de siglo como don Susanito Peñafiel y Somellera (el porfirista que Joaquín Pardavé interpreta) merecería ser un artículo actuado y bailado de Gutiérrez Nájera. En la prensa, la crónica se engolosina en seres "excéntricos" o vencidos y en el anacronismo que desdeña a la ciudad que se expande: el cine "realista", para complacer a su clientela mayoritaria (y obligado por la censura) se despoja de violencias verbales o visuales, transforma rencor social en autocompasión y se infesta de arquetipos que son lujos-de-la-pobreza: el peladito (Cantinflas), el cinturita o gígolo (Víctor Parra o Rodolfo Acosta), el chofer de camión (David Silva),

la Noviecita Santa (Amanda del Llano o Blanca Estela Pavón), la prostituta-de-corazón-de-oro (Ninón Sevilla o Meche Barba), el cobrador o el taquero (Fernando Soto, *Mantequilla*), el artesano viril y generoso (Pedro Infante), los teporochos (Adalberto Martínez, *Resortes*, Amelia Wilhelmy). Los "valores de clase media" se universalizan y sólo flotan las virtudes del sometimiento.

Durante dos décadas el fílmico es el molde indiscutible. Desde mediados de los cincuentas, las costumbres declaradas "eternas" (*así es el pueblo*) ya no se promueven o se inventan en el cine, que aletarga o esfuma sus hallazgos reales o imaginarios. Adviene la televisión, medio desatento ante las tradiciones, al cual le basta con explotar el sentimiento de pérdida del pasado o de incomprensión del presente y que, para imponerse a su público, sólo requiere de la perenne actualidad de estereotipos y canciones. (*¡Cómo nos acordamos de lo que siempre está frente a nosotros!*)

CLÁSICOS DEL PERIODISMO III: JOSÉ GARCÍA VALSECA

José García Valseca nace en Puebla el 7 de enero de 1901 en el seno de una familia de clase media. Según su biógrafo oficial Enrique Cordero y Torres, su precocidad es incomparable: "Ya en la primera década de su vida el niño prefería trabajar a jugar. Y mientras la muchachada hacía honor a las canicas, a las carreras, el trompo, etc., José se ponía a 'editar' su periódico a mano con noticias de la escuela: Fulano iba en primer lugar, Zutano había sido castigado, los exámenes empezaban en tal fecha, etc. Era, en verdad, una 'rotativa' demasiado lenta. Unas veces hacía su 'periódico' en papel ministro, si era desplegado; o en hojas de cuadernos si era 'tabloide'. Pero ¡caramba!, el periodismo escolar no rendía ganancia alguna."

Vocación de self-made-man: García, "niño de negocios", compra recortes de jabón y les agrega hiel "para embellecer el cutis"/ hace grasa para zapatos/ vende empanadas de semana santa y charamuscas (a comisión), junto a un edificio que al cabo de los años comprará, trabaja en una botica y en una sastrería. Al estallar la revolución GV, de quince años, se alista en el ejército constitucionalista.

Su récord: 73 hechos de armas, relatados en 15 fojas útiles. En 1917, es capitán de las fuerzas del general Murguía. Al "serenarse" la lucha revolucionaria, GV edita en Puebla un periódico, *El Rayo*, con su hermano Nacho y Miguel Gil.

El Rayo dura poco. El jefe de armas lo clausura y GV retorna al ejército donde alcanza el grado de teniente coronel. A fines de 1920 se licencia para ser agente viajero. En 1926 instala en León, Guanajuato, un almacén, "La Gran Barata". Una inundación lo hace

rematar el negocio y mudarse a la capital. Allí compra el hotel Cántabro, en 5 de mayo. Otro fracaso. En 1928, va a San Andrés Chalchicomula (hoy Aquiles Serdán) en Puebla, a vender en abonos imágenes religiosas, discos, fonógrafos, loza. García Valseca quiere ser diputado. Quienes balacean su casa tajan sus ambiciones políticas y lo exilian a Oaxaca.

En Oaxaca, García Valseca es corresponsal de los diarios *La Prensa* y *El Nacional.* Disgustado por "el desdén capitalino ante la provincia" inicia una revista mensual, *La Antequera,* y en 1932, funda en el Distrito Federal otra, *Provincias,* de tres mil ejemplares a veinte centavos cada uno. A ese paso la riqueza se aleja y para resarcirse, se le ocurre una publicación de "bajísimo costo de venta, sencilla y popular". Razona García Valseca: el setenta por ciento de la población mexicana es analfabeta. ¿Y qué revista dispondrá de una enorme circulación si no le interesa también a *lectores* que no saben leer?

El resultado es *Paquito* (diez centavos el ejemplar), revista que pronto inunda misceláneas, pueblos y rancherías y desata la industrialización del comic popular. Luego *Paquita* (que en 1937 tira 320 mil ejemplares) y el éxito clásico, *Pepín,* suma de historietas melodramáticas que contrastan con la asepsia sentimental del comic de Estados Unidos. Otras revistas nuevas consiguen pronto demanda: *Mujercitas, Manos arriba* y *Farsa.*

La amistad con el general Maximino Ávila Camacho es definitiva en la carrera de GV. El rumor es insistente: gracias a Maximino, el hombre fuerte de Puebla, el coronel a principios de los cuarentas se adelanta al editor William Randolph Hearst y le gana el proyecto de una cadena de periódicos en México empezando con la frontera norte. El primer diario es *El Fronterizo* (Ciudad Juárez) con equipo viejo: una prensa duplex, tres linotipos anticuados y tipo movible. Poco después, *El Heraldo de Chihuahua* y *El Sol de Puebla.* No tardan los enfrentamientos y los acosos a políticos y, entre gobernadores que son derrotados y gobernadores que negocian, la Cadena va creciendo. García Valseca quiere un imperio: compra *El Continental* en El Paso, Texas y funda *El Sol del Centro, El Sol de Toluca, El Sol de León.* Su posición ideológica es nítida. Interrogado sobre la guerra mundial responde: "Guerra la que vendrá después; lo de ahora sólo ha sido juego de niños".

Una meta: impedir en provincia la contaminación izquierdista. Esto requiere un control que lleva, sin contemplaciones, a improvisar reporteros, editorialistas, formadores, linotipistas, prensistas. Si no hay escuelas adecuadas que los errores vayan siendo el cauce formativo. Los lectores de provincia se acostumbran a las notas histéricas frente a la Amenaza Roja que se corresponden con las zalamerías a los Altos Funcionarios. Que la tecnología coopere y unifique "infor-

mativamente": si la costumbre en provincia era recibir trescientas palabras diarias de información nacional, García Valseca decide que serán diez o doce mil palabras al día y, ante la imposibilidad de transmitir ese gran volumen por telégrafo, monta en 1946 una estación radiotelegráfica propia en la capital y aparatos receptores en cada uno de sus diarios. Inevitablemente, contrata los servicios de AP y de UPI.

Ya en los cuarentas el deporte se perfila como nuevo centro de la vida nacional y, a través de *Esto*, diario rotográfico especializado en deportes, García Valseca organiza en 1948 la carrera ciclista "Vuelta de México" en una extensión de 1 400 kilómetros y costo inicial de tres millones de pesos distribuido de modo meticuloso: dirección técnica, dirección administrativa, información, almacenes, hospedajes en cada una de las plazas, comedores, mecánicos, equipos transmisores, instalación de metas y tribunas, programas radiofónicos, motocicletas auxiliares, servicio médico, policía de caminos.

La respuesta popular es inmensa y en 1949 la competencia se internacionaliza. GV establece cursos de ciclismo avanzado y contrata instructores franceses para los "ídolos" mexicanos que surgen. Si el *Esto* es el diario más leído, "Ciclismo mexicano", la fábrica de bicicletas de GV, es un negocio óptimo.

La guerra fría exacerba, afina e industrializa el anticomunismo de la Cadena. Previsor, García Valseca contrata en 1947 —para *El Sol de Guadalajara*— a Miguel Ordorica, fundador de *Últimas Noticias* de *Excélsior*— de donde se le cesa por sus simpatías pronazis y a Salvador Borrego, autor del bestseller *Derrota mundial*, exaltación de Hitler y denuncia de la conspiración internacional judía. Para el belicoso y ubicuo plan de intimidación que es la Cadena, la mínima expresión democrática es traición a la patria, no hay mayor lealtad que el inmovilismo y el anticomunismo está inscrito en la más noble raigambre nacional.

García Valseca, personaje notable, frecuentado por celebridades, cuidado y procurado por los presidentes de la República, columna de las instituciones y bastión del mundo libre. En 1950, *Newsweek* se alboroza: "Ni en los días felices de William Randolph Hearst —propietario de 23 de los 1900 diarios en los Estados Unidos en los treintas— hubo entre nosotros editor periodístico con obra comparable a la de García Valseca".

Hay otra versión de los hechos según la cual un imperio se construye sobre chantajes a gobernadores, adulación al aparato político, habilidad para negociar la diaria compra de las adhesiones y las ocho columnas. La PIPSA condona con regularidad las grandes deudas de la Cadena y el apoyo a cada candidato a la Presidencia se cobra implacable y crecidamente. La Cadena se ofrece como el miraje patrocinado que obstaculiza cualquier acercamiento a la realidad. Lo malo

es que el espejismo cuesta caro. Según la leyenda, en el sexenio de Ruiz Cortines un gobernador inaugura una primaria y en la placa conmemorativa se puede leer: "Esta escuela se construyó con el dinero que no se le dio a la Cadena García Valseca".

El 7 de junio de 1951, García Valseca convoca a los directores de periódicos nacionales a honrar —en un banquete al presidente Alemán— quien, a los postres, exhibe su generosidad: "Más vale tolerar y soportar los yerros que en la difusión de las ideas se cometan, que el disminuir, así sea en parte mínima, la libertad de la opinión pública". *Tolerar y soportar.* Complacido, García Valseca propone y sus oyentes aceptan: el 7 de junio del año siguiente surge oficialmente el Día de la Libertad de Prensa.

El Haber Llegado tiene sentido si todos se enteran. García Valseca viaja por todo el país en su carro especial de tren "El Sol" con recámara, baño, cocina, comedor, despacho, sala, gabinete para invitados. Alguien lo interpela: "¡Caray! Viaja usted como magnate". Y él responde con sencillez: "Viajo como lo que soy". En el Xanadú mestizo de GV hay un salón de armas y un museo de sus fotografías y en sus ranchos todo lleva sus iniciales. El poder será autobiográfico y colosal o no será.

En 1965, aparece *El Sol de México* (dirigido por el tenaz Salvador Borrego) y en 1968 *Tribuna de Monterrey*, "trigésimo eslabón" de una Cadena que, para 1972, se declara constituida por 32 diarios, 36 rotativas offset de color, 64 rotativas de blanco y negro, 23 edificios de periódicos. No que sea muy compartible pero he aquí el propio y modesto avalúo de la Cadena: "Valor físico de las inversiones: 650 millones de pesos; valor estimativo de las cabezas de periódicos: 350 millones de pesos; valor total de la Cadena García Valseca: mil millones de pesos".

En 1972, el gobierno de Luis Echeverría compra la Cadena García Valseca, revendida en 1976 a Mario Vázquez Raña. Poco antes de su retiro, el coronel García Valseca, el emperador del anticomunismo profesional, afirma en una fiesta de aniversario de *El Sol de Puebla*: "Y para mí no tiene precio la satisfacción de que en el sitio donde hace muchos años vendía empanadas de vigilia, hoy venda empanadas de cultura".

XIV

LA OPULENCIA INDUSTRIAL (1940-1968)

Durante tres décadas, la vida periodística mexicana admite una des-

cripción casi homogénea: propaganda fascistoide, campañas de odio contra la disidencia política o moral, reinado decorativo de toreros y cantantes y estrellas de cine, gula por los temas de *Interés Humano* ("Bello festival del Día de las Madres en la cárcel de mujeres"), creencia en las páginas sociales como aviso triunfalista de la grandeza y la felicidad de una oligarquía, resentimiento de clases medias vuelto populismo, sumisión ante los distintos poderes. No hay ni puede haber *libertad de prensa*, si por ésta se entiende la representación de los intereses de las mayorías y las minorías segregadas. El periodismo es una industria capitalista cuyo deber es reprimir la disidencia, desalentar la politización, fomentar (con ayuda de las agencias internacionales) una visión histérica y medrosa de la realidad mundial. Para vigilar esta empresa de docilizaciones, el Esta do acude a su generosidad y al manejo político de su generosidad. El presidente Cárdenas funda en 1935 PIPSA (Productores e Importadores de Papel, S. A.) con el objeto de combatir el monopolio industrial "y fomentar mediante el abaratamiento del papel, los diversos aspectos de la obra cultural que con la imprenta cabe realizar". Pronto, este control gubernamental del papel periódico se convierte en clarísimo regulador de voltaje, una volátil y antojadiza memoria del Estado que se olvida de inmensas deudas o, de súbito, las recuerda. Esto condiciona o estrecha aún más los límites de la libertad de prensa y casi todas las publicaciones unifican su rendición al Estado y su lealtad al desarrollo capitalista. Sin el Estado fuerte, se insiste, corren riesgos la familia, la propiedad privada y —bienvenida al redil— la Iglesia.

Nada detiene una "modernización" exigida por la burguesía, garantizada por la veloz industrialización y la vecindad con los Estados Unidos, y reverenciada comercialmente por los medios masivos. Al Estado, o mejor, a esa sucesión de presidentes adictos a las mitologías y realidades burguesas, le conviene el dominio privado del radio, de la industria disquera, del cine, de casi toda la prensa, de la televisión; el conjunto, en una palabra que determina y construye la nueva tradición nacional. En todo esto, el papel de la prensa es confirmatorio: reitera esquemas mentales, favores, obediencias y —al reactivar la guerra fría el conservadurismo más cerril— sustenta en una moral feudal ya en pleno declive su rechazo de cualquier idea socialista o progresista.

"De aquí —escribió en el siglo XIX Francisco Zarco refiriéndose a los periodistas alquilones— nace el desprestigio de la prensa, de aquí el poco poder moral que ejerce en la sociedad y de aquí también que mucha gente considere casi como loco y excéntrico al periodista que se envanece de ser independiente." No es muy distinta la situación entre 1940 y 1968; en un medio donde el autoritarismo es

el gran criterio valorativo, la prensa escrita recibe —sin contradicción alguna— amplio crédito y severa desconfianza; quien trabaja en periódicos es un ser especial y/o un vendido, un vocero popular y/o un cómplice del poder. A nadie engañas con sus mártires, prensa, ya sabemos lo que realmente eres: a] válvula institucional de escape: "dilo ahora para que todos se desahoguen leyéndote": b] confesión al revés: importa más lo omitido que lo impreso; c] vano intento de neutralidad en la lucha de clases; d] chantaje abierto o petición de compra.

En la batalla de los medios, la derecha disemina la mentalidad colonial y, triunfo adyacente, apacigua o difumina el sentimiento antimperialista entre las masas. La estrategia de la coincidencia: en los cincuentas Milton Eisenhower, hermano del presidente de Estados Unidos, propone como única medida viable para extinguir en América Latina el antiyanquismo, el Plan Tanaca, cuyo objetivo es capturar las conciencias de las nuevas generaciones a través de los medios masivos. Solícita, la televisión promueve la implantación visual del *american way of life*, meta y nuevo ordenamiento ideológico de la burguesía en ascenso. En este sentido, norteamericanizar es convertir a los patrones de consumo en la nacionalidad verdadera de espectadores o lectores.

A eso, la izquierda opone en publicaciones de influencia y circulación errática o imprevisible, un alarmismo moral revestido de indignación militante que el despilfarro de clichés hace casi literalmente ilegible. Los grupos progresistas pagan cara la ausencia de autocrítica y las incertidumbres ante el Estado que de los días heroicos de *El Machete* desembocan en la respetabilidad de *El Nacional* (fundado en 1929 como órgano del Partido Nacional Revolucionario y en los treintas, principal publicación cardenista), cuyos lectores desaparecen al evaporarse el izquierdismo gubernamental. *Falso acertijo.* ¿En qué se parece *El Popular*, diario que dirige Vicente Lombardo Toledano y *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista Mexicano? *Respuesta genuina*: en que ambos están redactados en "stalinista", la jerga de los bloques prosísticos y las retahilas hipnóticas de adhesión a la causa de la paz, de los pueblos, de las luchas revolucionarias siempre a un paso de obtener la victoria.

A la excepción de *Siempre!* se une *Política* (1960-1967), dirigida por Manuel Marcué Pardiñas, que intenta hábilmente reproducir en México el clima ideológico de la Revolución Cubana. Pero en general, la izquierda sigue acudiendo al arrebato pasional y al insulto como técnica agitativa, lo que la revista *¿Por qué?* (1968-1974) llevará a su culminación y extenuación. En cada uno de sus titulares, *¿Por qué?* preconiza el fin del mundo conocido ("Salvador Allende llegó y se fue... pero dejó la confusión") y abandona en

su capacidad de injuria cualquier decisión de análisis. La crónica y el sentido del humor crítico hallan un practicante excepcional: Eduardo del Río, *Rius* (*Los Supermachos, Los Agachados*). No hay, de hecho, prensa marginal, y la burguesía se sobreexcita en las páginas de sociales de *El Heraldo* (fundado en 1965), con su exaltación mística del consumo y su desfile de los Elegidos, los cuic (conocidos antes como buenas familias, la Alta o la gente popoff) que, al encarnar la veloz mudanza de costumbres en las élites, someten a su influjo a un sector maravillado ante las fiestas y las costumbres de las que siempre lo alejarán razones adquisitivas.

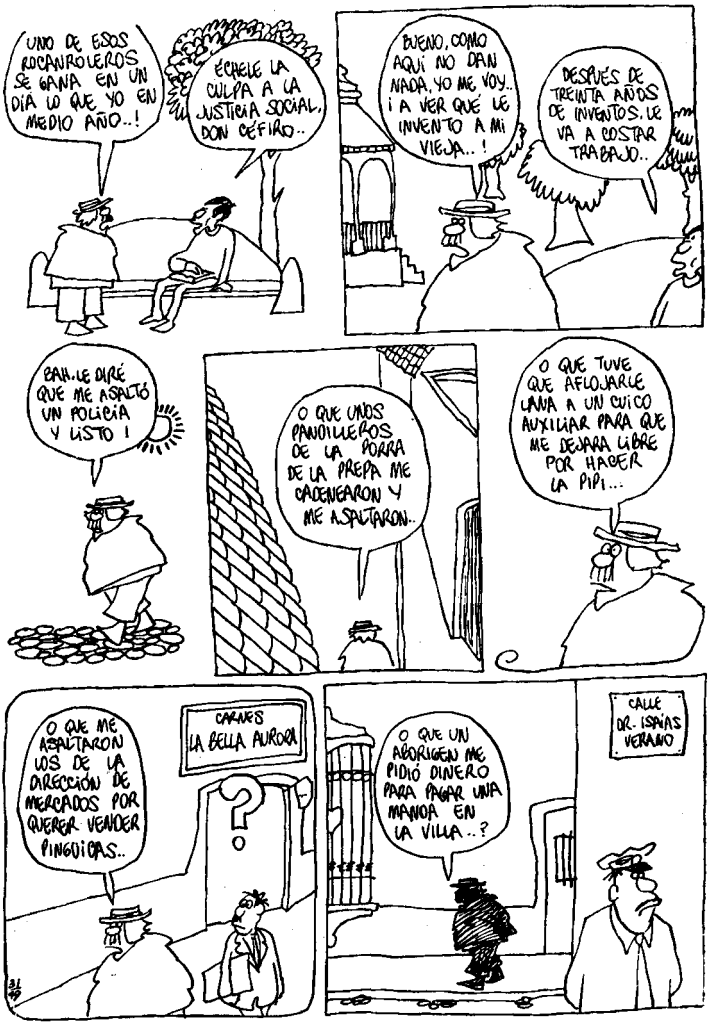
El gobierno de Cárdenas —informa Joaquín Ortega— también da origen a una oficina burocrática: el DAPP (Departamento Autónomo de Publicidad y Propaganda) de donde provienen las actuales direcciones de prensa, divulgación o similares que infestan secretarías de Estado, departamentos y jefaturas del gobierno federal y de los gobiernos estatales. Del DAPP surge la técnica que disolverá la información en ditirambos: los boletines oficiales. No que haga mucho falta toda esta destreza: no sólo los dueños de los periódicos están perfectamente conscientes de sus obligaciones, también los reporteros saben que el principio de su movilidad y de su influencia es la gratitud ante los poderosos.

XV

1968: EL PODER Y LA OPINIÓN PÚBLICA

El movimiento estudiantil de 1968 remueve o reagrupa a la célebre entelequia, la *opinión pública*, hasta entonces fetiche liberal o confluencia de rumores y rencores, impotencias y moralismo. Ante la represión, un sector comprueba su carácter de minoría dispersa, desea informarse y abandonar el esquema del lector hostil o desconfiado que examina el periódico a contracorriente. Es ya tiempo de un periodismo confiable y la oportunidad la aprovecha el grupo de *Excélsior* que expulsa del diario al enclave más reaccionario, lleva en 1968 a Julio Scherer a la dirección y, con su insistencia en el profesionalismo y su intención crítica que contrasta con el servilismo ambiental, en poco tiempo redime al diario del desprestigio acumulado.

Para que *Excélsior* sea vocero de exigencias y protestas democráticas, se requiere que las páginas editoriales recuperen su credibilidad y que el artículo, la crónica o el reportaje sean noticia al documentar y analizar la explotación y la represión capitalistas, y al darle rostro y connotación ideológica a los políticos (la abstracción que deja de serlo), a quienes se despoja de su aura misteriosa



Eduardo del Río, *Rius*

para hacerlos no accesibles (empresa que rebasa las virtudes de la prensa) sino visibles en su demagogia, su tontería declarativa, su paternalismo. Al recuperar e incorporar, con la parcialidad y las limitaciones inevitables, el punto de vista del lector, *Excélsior* se allega un poder real de veto y movilización, que se acrecienta al personalizarse la crítica a los funcionarios, en especial y novedosamente al Presidente de la República (tarea en que destaca Daniel Cosío Villegas).

Con *Excélsior*, la opinión pública conoce un resumen eleocuente y *diario* de sus aspiraciones, desasosiegos, visiones preapocalípticas, aprendizajes en la indignación moral (ésta no siempre es elogiable: el ánimo consternado sigue siendo la mejor evasión ante cualquier problema). He aquí un interlocutor del Estado, animoso y contradictorio, capaz de múltiples objeciones pero todavía en el espacio de las clases dominantes. Los reporteros, para corresponder a este anhelo de autonomía se muestran impiadosos, dueños de una saludable mala fe, ávidos de la declaración exclusiva y el ángulo sorprendente, todavía con las huellas formativas del moralismo y el catastrofismo, necesitados de combatir con cifras y frases candorosas del declarante cualquier optimismo programático. Que un órgano crítico hacía falta, lo comprueba la rápida conversión de *Excélsior* en el vehículo de comunicación interna del aparato político.

El apogeo de la desinformación dirigida culmina dramáticamente en 1968. En feliz y automática semejanza de radio y televisión, la gran mayoría de la prensa escrita se calla, difama, confunde por principio. De modo casi unánime se denuncia al movimiento estudiantil por apátrida, disolvente, comunista, enemigo de la familia y la religión. En vano. Todas las prédicas no disminuyen el vigor expansivo ni evitan las manifestaciones multitudinarias y el contagio politizador. La capacidad desmovilizadora de los medios masivos radica en su condición de vehículo persuasivo del aparato de represión. De otro modo, incita a la pasividad pero no tiene mucho que hacer ante el despliegue de las fuerzas históricas.

Esto acrece la importancia del periodismo crítico, uno de cuyos primeros logros, *La noche de Tlatelolco* (1970) de Elena Poniatowska, es un collage de voces sobre el movimiento estudiantil y la matanza del 2 de octubre, testimonio (hecho político) que anula cualquier voluntad de olvido y recupera —con sus propias palabras— las hazañas y la frustración colectivas.

El descrédito gubernamental obliga al régimen de Echeverría a la "apertura democrática" que aboga por un restablecimiento de la confianza donde el Estado siga fijando los criterios de Lo Moderno y recupere al sector ilustrado. Para esto, es indispensable disponer de la prensa porque en la televisión aún no se confía. El gobierno no puede ignorar a esos lectores y espectadores que en 1968 re-

chazaron la manipulación informativa. Mejor entenderse con las dudas, desconfianzas o inquietudes y reconocer, que por lo menos en un sector, ya no operan los procedimientos tradicionales. Sin mínima credibilidad no hay apertura y por eso el gobierno —siempre y cuando no se toquen sus "partes nobles"— auspicia y protege la crítica. *Excélsior* insiste y, la respuesta oficial es un golpe interno que, el 8 de julio de 1976, obliga a la salida del grupo encabezado por Scherer. La "apertura" termina en el descrédito: durante la crisis monetaria y política de 1976 (devaluación e insinuaciones de golpe de Estado) un rumor estratégico vale cien mil periódicos.

Paralelamente a este desarrollo inesperado de lectores críticos, la tecnología produce una explosión de comunicaciones, los mass media son ya ingrediente decisivo en la composición política del país, crecen y se multiplican las escuelas de periodismo (ciencias de la comunicación) y, de modo solemne, el comunicólogo se presenta en sociedad. La televisión quizás no sea ni la realidad ni buen periodismo, pero así la percibe el país, lo que en cierto modo la sitúa más cerca de la realidad que la realidad misma (Halberstam).

En el auge mundial del periodismo y de las escuelas de comunicación interviene el entusiasmo por los resultados de Watergate (*¡dos periodistas que con persistencia e instinto reporteril derribaron a Nixon!*). Watergate es un hecho político y un magnífico negocio: la historia como telenovela, la nación y el mundo siguen las peripecias del Gran Fraude, la política es *información seriada y estrujante* (no se pierda la próxima emisión).

CLÁSICOS DEL PERIODISMO IV: LA PROVINCIA

En la Revolución institucionalizada, el periodismo de provincia devino coto de caza: ¿para qué informar pudiendo optar por lo contrario, por las cuarentenas noticiosas que aíslen a los habitantes de los feudos o estados? Encomiendas para la prensa de provincia: primero, no tomarse demasiado en serio porque ya existe la prensa nacional; segundo, mantener el control que deriva de la suma de omisiones: que no se filtren matanzas de campesinos, denuncias de estudiantes, informes sobre la corrupción o sobre las variedades de la resistencia civil. En lugar de eso, halagos y complacencias, sitio destacadísimo para declaraciones oficiales, giras apoteósicas, llegan a nuestros lares los notables de la capital y el suceso de corte de esta semana obsesiona a los parroquianos de los cafés y bares especializados de este pueblo.

En las últimas décadas las excepciones no han contado demasiado: siguen rigiendo las banalidades, las adulaciones a orgullitos y cre-

dulidades locales ("La hija del Señor Presidente Municipal lucía bellísima"), el anticomunismo de hojita parroquial (Remember la Cadena García Valseca), los columnistas políticos en presta imitación de lo más lamentable de la capital. Generalización admisible sobre la prensa de provincia: maestría en el conocimiento de vanidades y debilidades, ortodoxia política, amor a las causas del Occidente Cristiano y capitalista, voracidad de la nota roja que es júbilo ante los espectáculos gratuitos.

Eso no le impide al periodismo de provincia crecer desaforadamente (en 1979, Baja California Norte tiene doce periódicos con 213 200 ejemplares del tiraje registrado; el estado de México 15 periódicos con 381 mil ejemplares: Guanajuato, 13 periódicos con 264 207 ejemplares). En la concordia del Estado y las Fuerzas Vivas esta industria pequeña y productiva otorga, además, dividendos sociales y culturales: "Señor director, lo invitamos a ser padrino de nuestra generación". No se necesita mucho para establecerse: un criterio que automáticamente se pronuncie por la Ley y el Orden y se deje uniformar por los boletines oficiales y el embute, por las bondades y chistes oportunos del obispo de la localidad ("Con usted no se puede, Monseñor...") y el miedo a la subversión.

La mayor garantía de este periodismo han sido las carencias de la prensa "nacional", su obsesión centralista, su decisión tajante —sólo recientemente modificada en publicaciones de vanguardia— de atender a lo que sucede en el interior de la República únicamente si hay motines, escándalos o giras presidenciales. Causa central del empleo cada vez más peyorativo del término *provincia* y del deterioro de la "cultura provinciana" es el aislamiento informativo que la televisión no disminuye sino refuerza: al parecer fuera de la capital sólo existen muertos, terroristas, acarreados o multitudes anhelosas de ver al artista de moda.

En provincia, los reporteros "excarbadores o expositores de ruindades" son imprescindibles por permitirle a sus lectores asomarse a las entretelas del poder, gozar de la indignación y el placer finalmente literario de asistir a un caso policial (no otro es el atractivo de ciertas novelas "políticas": contempla las profundidades de un sistema que nunca tomará en cuenta tu punto de vista, acepta que la política es sólo un anecdotario inmoral). El tono populista —por lo común insoportable— es ampliamente entendible en un medio tanto tiempo sometido al abandono del poder central y a los distintos saqueos que a sí mismos se dan el nombre de gobierno e iniciativa privada. En provincia, es muy explicable el éxito del periodismo de denuncia, por más amarillista que sea. En primer término se corren riesgos muy concretos que van de la supresión a la persecusión, del asesinato a la expulsión del lugar. Recuérdense las

afirmaciones del gobernador de Baja California Norte, Roberto de la Madrid, luego de suprimir a un diario de oposición, *ABC*, dirigido por Jesús Blancornelas: "No sólo respeto la libertad de expresión, sino que la respaldo [...] ¿Pero qué es lo que Blancornelas va a poner? ¿Va a poner la información que se le dio o va él a juzgar los actos de quien le dio información? Y aquí es donde creo que ha habido desviación, la libertad de expresión no dice el derecho de juzgar; el derecho no dice tampoco libertad de juzgar [...] No es el periódico el que debe ser juzgador ni tampoco enjuiciar porque entonces podemos caer en algo que no debe ser. Podemos caer en que no solamente serán los juzgadores, porque al rato van a querer ser los ejecutores" (*Unomásuno*, 14 de noviembre de 1979). Luego de décadas de abyección, es apenas lógico el entusiasmo en torno a los *exposés* que seguramente no organizan pero que son magnífica comprobación por escrito de lo que todos conocen o intuyen. "Que el gobernador era corrupto y nepotista ya lo sabíamos, pero él parecía ignorarlo..."

Una queja muy frecuente: la baja calidad informativa y el tono vulgar de muchísima de esta prensa sensacionalista. Eso es cierto y lamentable y pospone la formación de lectores críticos pero no otra es la tradición disponible ni otro es el habla de estos lugares, quienes exigen respeto no suelen darlo, el lenguaje agresivo no se distingue por la procacidad sexual sino porque sin énfasis hiriente este periodismo quizás no sería oído, la agresividad suele ser prerrequisito para quebrantar el silencio, el encono resume la falta de garantías, la carencia de profesionalismo, la distancia entre el verbalismo y los hechos.

También, en condiciones precarias, de modo irregular, decenas de grupos intentan propagandizar y comunicar usando sus propios recursos, respondiendo con una micromedia crítica a la macromedia institucional. ¿Quién ha oído hablar de *Prensa del Pueblo* de Cuernavaca, de *¿Qué hacer?* de Oaxaca, de *El Obrero Combativo* de Tijuana, de *El Martillo* de Chihuahua, de *La Palabra* de Durango, de *Ariete* de Celaya, de *El Cincel* de Zitácuaro, o de las innumerables hojas mimeográficas de las colonias populares? Son publicaciones deficientes (no hay otra) y quizás no existan ya en este momento, pero son, y eso les basta, medios expresivos irremplazables de las fuerzas sociales que emergen.

XVI

DE LA OPINIÓN PÚBLICA A LA SOCIEDAD CIVIL

El periodismo mexicano, industria incontinente. En 1980, el Dis-

trito Federal tiene 26 diarios (uno hecho por mujeres) e incontables revistas. La televisión tiene a su favor la rapidez y la contundencia noticiosa, pero sus limitaciones críticas y políticas acrecientan en vez de disminuir el poder de la prensa. "Sí —afirma Elias Canetti— todo se encuentra en los periódicos. Hemos de leerlos con el odio suficiente". Y los lectores siguen hallando en la prensa los estímulos que, implacablemente, les niega la televisión. Sin embargo, que nadie se llame (y nadie se llama) a engaño. El gobierno todo lo subsidia y la libertad de expresión es aquella franja entre la negociación y el compromiso. Pero el Estado, también, no puede exigir la sumisión absoluta sin vedarse a sí mismo informaciones vitales, sin renunciar a la formidable descarga catártica de esos lectores que son actores potenciales. El desarrollo capitalista requiere tanto de controles ideológicos como de los canales expresivos de la inconformidad.

Del golpe de *Excélsior* emergen dos publicaciones: el diario *Unomásuno* y el semanario *Proceso*. Son dos aportaciones básicas. A ambas les toca sintetizar un panorama donde las conmociones cambian de signo: las "malas palabras", antes imposibles, se incluyen ya sin protestas, pero todavía los efectos de las denuncias son reducidísimos y pocos se dan por enterados. La omisión (la indiferencia) hace las veces de comprensión (el punto de vista). Asesinatos, represiones, torturas, hambre, cacicazgo: la opinión pública llamada ahora *sociedad civil*, se informa y se inconforma con su anterior destino: sujetos de la fatalidad histórica, víctimas de la amnesia instantánea. También importa la cotidianeidad y hay que modificar la tendencia de sólo cubrir los acontecimientos explosivos o los actos de la cúpula, ignorando los cambios más sutiles, menos tangibles. (Lo que define el viejo axioma de la prensa norteamericana: "*We cover revolution better than we cover evolution*"). Hay que combatir el aislacionismo, insertar a México en la escena mundial y para ello, un hecho es determinante: la reubicación que al país le dan sus enormes riquezas petroleras.

El boom periodístico también fortalece vicios, entre ellos la muy productiva manía de alertar conciencias, de vender no noticias sino reacciones previsibles. Ejemplos en el sexenio de López Portillo: el abordaje periodístico de la corrupción y los pleitos internos del aparato político, material que, mal escrito y peor analizado, suele sostenerse en las moralizaciones y la falsa indagación política: "Nuestra publicación ofrece, a riesgo de su vida, estos increíbles documentos que prueban sin lugar a dudas que en el gobierno hay deshonestos". Al breve escalofrío le sucede el olvido y el nuevo orgullo chovinista de vivir en el país más corrupto del mundo. La "indignación moral" accede a un escaparate de lujo: la sociedad va al zoológico

o se asoma a las letrinas.

Hay ya una significativa prensa marginal en el país, pero *Unomásuno* es el primer diario sectorial cuya influencia excede con mucho a la del sector en donde se origina y al que en primera instancia se dedica. Hace diez años, no eran concebibles tantos periodistas, maestros e investigadores preocupados por la situación campesina y la realidad obrera. Con sus aciertos y sus defectos, *Unomásuno* es adecuado resumen de las vanguardias políticas y culturales, y es también un registro permanente de la ampliación o la estrechez de sus puntos de vista. No circunscribo el público de *Unomásuno* a profesores y estudiantes. Digo que este diario expresa de modo cada vez más nítido las luchas teóricas, las irritaciones políticas, la generosidad y la limitación de lo que ha sido el ghetto académico y que, a partir de una creciente confianza en la sociedad civil, insiste en su pertenencia integral a la nación.

XVII

EL PRESENTE AÚN NO ES HISTORIA

No morirán del todo: el reportaje sensacionalista y la crónica anticuaria y de nostalgia siguen acechando, vigorosa o desvaídamente, parte de una solución de continuidad que atrapa y confirma a un "lector inmóvil", indiferente ante lo que no sea insulto, bravata, autocomplacencia memoriosa, declaraciones que-ericen-la piel e identificación de periodista y provocador de oficio. No digo que se pueda o se deba prescindir siempre de esta óptica voluntarista: me limito a afirmar que su uso conminatorio empobrece en demasía.

Desde un punto de vista formal, una influencia muy renovadora en la crónica es, en algunos aspectos, el New Journalism, el nuevo periodismo norteamericano. Los trabajos de Norman Mailer, Tom Wolfe, Hunter Thompson, Truman Capote, Gay Talese, etcétera, han revivido el interés en un género, agregándole diversidad de técnicas, la feroz intromisión del Yo o de la moda, el culto por la "pequeña historia", el afán por documentar narrativamente los nuevos estilos de vida, la persecución de los personajes y las figuras arquetípicas. Si como tendencia dominante, el *New Journalism* es desplazado por el reportaje de investigación a-lo-Watergate, como tendencia impone perdurablemente actitudes y procedimientos.

Hoy, crónica y reportaje, lejos de mostrar su caducidad, importan más que nunca y es más deplorable su ausencia, su presencia escandalizada o su ejercicio rutinario. Por eso, resulta muy estimulante el desarrollo político y técnico del periodismo del que dan fe pu-

blicaciones como *Proceso* y *Unomásuno*. En los años recientes, se ha entendido la necesidad de multiplicar crónicas y reportajes, versiones indispensables en cualquier etapa de la lucha de clases, de documentar pródigamente los intentos de insurgencia sindical, la gesta de la Tendencia Democrática del SUTERM, las huelgas y las represiones, los presos políticos y los desaparecidos, las invasiones campesinas, los despojos de tierras, el impulso de los obreros de Nacozari o los trabajadores de Limpia del Metro. (Ese profesionalismo está ampliando ya considerablemente sus perspectivas, como lo prueban los excelentes reportajes y crónicas sobre Nicaragua, El Salvador y Guatemala.) Hay un nuevo país que se empieza a cronicar y documentar: el México de masas y desempleo, de frustración y esperanzas bajo la tierra. Todo está por escribirse, grabarse, registrarse. Entender, desplegar, reportear este nuevo país es primordial para el periodismo escrito, televisivo, fílmico, radiofónico, lo que exige e irá exigiendo el crecimiento de una prensa marginal y el aprovechamiento inteligente y crítico de los recursos de la prensa establecida.

Una encomienda inaplazable de crónica y reportaje: dar voz a los sectores tradicionalmente proscritos y silenciados, las minorías y mayorías de toda índole que no encuentran cabida o representatividad en los medios masivos. Ya no se trata únicamente de darle voz a los grupos indígenas, a los indocumentados, desempleados, subempleados, organizadores de sindicatos independientes, jornaleros agrícolas, campesinos sin tierras, feministas, homosexuales, enfermos mentales, analfabetas. Se trata de darles voz a marginados y desposeídos, oponiéndose y detruyendo la idea de la noticia como mercancía, negándose a la asimilación y recuperación ideológica de la clase dominante, cuestionando los prejuicios y las limitaciones sectarias y machistas de la izquierda militante y la izquierda declarativa, precisando los elementos recuperables y combativos de la cultura popular, captando la tarea periodística como un todo donde, digamos, la grabadora sólo juega un papel subordinado. De modo especial, registrar y darle voz e imagen a este país nuevo que, informe y caóticamente, va creciendo entre las ruinas del desperdicio burgués y la expansión capitalista, significa partir de un análisis de clase o, por lo menos, de una defensa clara y persistente de los derechos civiles. No pretendo que tal encomienda sea el único destino posible de la crónica y el reportaje ni columbro oleadas de periodistas radicales; consigno tan sólo una jerarquización ideal del trabajo periodístico. ¿Qué pueden informarnos crónica y reportaje de la situación actual? Por lo pronto, para citar a Valle-Inclán, que el presente aún no es la Historia y tiene caminos más realistas.

Febrero de 1980

Antología

☐ *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*

Querido Fidel:

Luego que hube apurado el último trago de madera me despedí de O****, él se metió en la cama y yo me dirigí al dormitorio general, situado allá en el fondo de la casa de diligencias .. Este establecimiento, como sabe todo el mundo, está situado en el callejón de Dolores: que era antes, a pesar de que se halla en el centro de la ciudad, uno de los más sucios y feos. Ahora se encuentran en él algunas casitas bastante aseadas, donde por lo regular hacen sus mansiones las hijas de la alegría, para que los "payos" y "extrangeros" no tengan que andar a tientas en esta clase de asuntos. Por lo demás el callejón tiene en la entrada una especie de pórtico y sus arriates con árboles y flores de uno y otro lado. Con verdad la casa de diligencias de México podía ser mucho más cómoda y digna de una negociación tan vasta. Los cuartos solos son demasiado pequeños y los dormitorios generales para los pasajeros lo más molesto que pueda imaginarse. En cambio hay un magnífico comedor, y en él una mesa redonda bien servida, y donde, salvo los inconvenientes de algunos comelones que suelen ocurrir, y que como agiotistas se absorben con extraordinaria presteza los manjares más exquisitos, se observa todo el decoro que puede desearse... ¡Ah! y el jardín flotante d'aprés, ¿un dibujo de los Semiramis? Seriamente este terrado con sus barriles de naranjos y macetas de flores no es del todo malo para tomar el fresco y una buena taza de café en las tardes calurosas.

Mas vamos con mi cuento. Guiado por el criado de guardia, que llevaba una candela en la mano, el mal humor en la fisonomía y el sueño en su andar, vacilante y flojizo, entré en el dormitorio y a fé que tuve que reir alguna cosa.

Un bárbaro, un cíclope, un cafre, un hotentote, "un demonio de la ruidera", yacía acostado en un catre, roncando de una manera tan bronca y terrible, que se creerían los rugidos de un león, o los truenos de un volcán próximo a reventar, Frente de él había un viejo, en camisa y calzón de lana, flaco y seco como el Hidalgo de la Mancha, que de pie en su cama interrogaba al roncador:

—Vecino, vecino, ¿se lo están llevando a usted todos los diablos?

El vecino roncaba más fuerte.

—Vecino, despierte usted o va a morirse de pulmonía.

El vecino roncaba más tenue.

—Así, vecino, quedito, siquiera nos dejará conciliar el sueño.

El vecino lanzaba un ronquido terrible.

—Maldita sea su estampa de usted, vecino, y una legión de diablos cargue con semejante animal.

—Tres horas hace, caballero, me dijo dirigiéndose a mí con ademán tiernísimo, que sufro la ruidera infernal de este hombre, y por supuesto no he podido pegar los ojos. ¿Qué horas son?

—La una de la mañana, le contesté.

—Ahí tiene usted, a las tres nos despiertan y...

—Y como tengo experiencia, le repliqué que casi siempre se encuentra uno en estas posadas con un roncador; de ahí es que preferí charlar hasta estas horas con un amigo, y... pero, ¿Quiere usted que despertemos a ese hombre?

—¿Cómo si quiero?

—Pues bien; finjamos un pleito usted y yo y caigamos sobre su catre a ver si le rompemos la nuca.

—¡Hombre!

—A no ser que se conforme usted con escuchar por dos horas más esta música.

—No, con mil diablos; y esto diciendo descendió de su cama y comenzó a decirme sendas majaderías: se las contesté; nos abrazamos; hicimos una ruidera espantosa en el pavimento de tablas, y concluimos por caer sobre el catre del roncador.

¿Pensará el lector que hizo algún aspaviento? Pues no... Se esperezó, entreabrió los ojos, se arrebujó en las ropas, se volteó del otro lado y siguió roncando.

El caso era para haberle dado un tiro en la mitad del cráneo. El viejo estaba frenético y tenía deseos... Hubo de acostarse y lo mismo hice yo.

Debe hacerse un elogio del colchón y de las almohadas, pues más bien parecen de cantería que de lana.

Apagamos la vela y entonces siguió el concierto más infernal que pueda imaginarse. El roncador impávido recorría todos los tonos de la escala desde el do hasta el silbido más agudo; los otros vecinos que se vanagloriaban de no roncar, se durmieron y hacían falsete a mi nombre: el viejo bilioso también concluyó por dormirse y roncar. Ya era un canto de canónigos llanos acabados de comer; ya era una piara de cerdos, alborotada; ya una porción de matracas del jueves santo; ya una bandada de cuervos graznando. ¡Qué armonías! ¡Qué semi-tonos! ¡Qué morendo y qué crescendo! Por supuesto el

ronquido del vecino del viejo sobresalía sonoro y enérgico: era el Galli de aquel diabólico concierto. Dios mío, ¡qué noche! Dieron las tres de la mañana y nos levantaron por lo que bendije a la providencia. De esta narración, que parecerá vacía y frívola, sacará el lector una lección; a saber: que cuando tenga que viajar en diligencia, o acuda a buena hora o mande separar un cuarto solo, pues en el dormitorio general se pasa siempre, a poco más o menos, una noche tan agradable como la que acabo de referir.

[De *El Museo Mexicano*, 1843]

□ *El coloquio. El lépero. La china*

Un gran cartel con diablos arrojando llamas, y otras figuras análogas, que estaba fijado en la boca del Portal, anunciaba para la noche la representación de un coloquio en el Palenque de los Gallos. Preferí esta diversión a la de jugar lotería en el café del Comercio, y de hecho a las ocho de la noche me fuí al sitio consabido. La entrada es por un estrecho zaguán y un lúgubre callejón, alumbrado por una vacilante candileja.

Aun en los más insignificantes pueblos de la república se encuentra una plaza de gallos. Cuando la población aumenta y el lugar progresa, entonces se construye una plaza de toros. El teatro anuncia ya un grado de civilización muy elevado, y en consecuencia sólo algunas capitales de los Departamentos poseen estos edificios. La plaza de gallos de Puebla (donde además según queda dicho, hay un bonito teatro) es a poco menos igual a los demás, es decir, construido con vigas y tablones, con su foro improvisado cuando las urgencias teatrales lo requieren. Estaba alumbrado con una araña (zancona) en el centro, que contendría hasta diez candilejas, y quince o veinte más repartidas en el proscenio o palcos. Así esta luz escasa, vacilante y rojiza, comunicaba a la concurrencia un cierto aire fantástico e imponente. La cazuela estaba llena de gente de ambos sexos y presentaba un conjunto bronceado de fisonomías severas y rarísimas. En los palcos había tal cual familia medianamente vestida, y uno que otro militar con ancho sombrero jarano y oscuro bigote que cruzada una pierna sobre otra jugaba con la guarnición de su espada con una mano mientras al descuido hacía con la otra significativas señas a una o más mozuelas que estaban cerca de él. En las gradas había menos gente y podía distinguirse entre la multitud de anchos sombreros blancos y de palma, uno que otro semblante de ángel, de alguna de esas preciosas chinitas, de que hablaré después. Todo este cuadro, como digo, estaba ilumina-

do por intervalos por aquella luz medio rojiza, y nada puede compararse al encanto y realidad de esta singular concurrencia, sino uno de esos cuadros tétricos y raros de la escuela holandesa.

Multiplicados gritos y silbidos anunciaban la impaciencia de los circunstantes; así es que el espectáculo comenzó por las cuadrillas del Mahometo, tocadas por un par de bandolones y un bajo, de que se componía la orquesta. En seguida se levantó el telón y comenzó el coloquio, que se reducía nada menos que a la representación de la vida de la Virgen, desde sus desposorios con S. José hasta el nacimiento de Cristo en Belén.

La Virgen era una muchachita de no mala figura, con voz de tiple, que me recordó la de Cayetana, antigua prima dona del teatro de los Gallos de esta capital. En cuanto a S. José era de tez bronceada y acento tan humilde, que pasaba a quejumbroso y plañidero. En cuanto a los vestidos eran exactamente propios y copiados de las esculturas que todos conocemos.

Los desposorios y la encarnación pasaron sin incidente singular, hasta los celos de S. José. Entonces el varón humilde y resignado salta las trancas y hace fuertes reconvenciones a María; mas tranquilizado por un ángel, le pide mil perdones, y siguen ambos esa vida de contemplación y de arrobamiento, hincados en línea recta.

La orquesta rasga materialmente un vals de Mariana, y al compás de esa música eminentemente mundana, se van elevando S. José y la Virgen hasta las bambalinas, no sin tener gran temor de caer.

Sigue la visitación de Santa Isabel, la huida a Egipto, finalmente el nacimiento del Salvador, y todos estos actos parodiales de la manera más ridícula. Los episodios son todavía más curiosos. El diablo, que ya tenía sus malicias de que pronto iba a nacer el Mesías verdadero, sale a cada momento a informarse con los pastores, y exasperado con sus respuestas necias o afirmativas, les da de puñadas, los intenta amarrar a un árbol, y se establece en el foro una lucha de puñadas, latigazos y carreras, que nunca deja de aplaudir con furor el público. Por lo demás, los tipos de todos los pastores son conocidos. Bato, un goloso sempiterno. Bras, un dormilón y borracho perpetuo. Fileno, erudito y taciturno. Gila, en pleito con su marido porque se come los tamales (anacronismo que por cierto no es el más singular); y Menga, celosa de Bras. De todo este conjunto de pastores chocarreros y fastidiosos, resultan parientes de la Virgen, de Santa Isabel, de San José y de Zacarías, y con su eterna y grosera pugna con Satanás, Asmodeo y el Pecado, y sus tonterías y obscenidades hacen reir a carcajadas al auditorio. Me acuerdo que en una escena, el diablo quita los calzones a Bato y lo deja en camisa; las pastoras salen y ríen de verlo desnudo, y el público ríe y aplaude semejante indecencia.

En cuanto a mí, divirtiéndome más con un grupo de concurrentes que no cesaba de comer huevos crudos con sal, y echar sendos tragos de aguardiente, comentando la representación y diciendo algunos refranes agudos, deploraba la vil parodia que se hacía de la parte más poética y más tierna de la religión católica. ¡Qué diferentes ideas se forma uno de la religión cuando ve esas apacibles pinturas de Murillo, a cuando mira representada la Santa Virgen por una cómica de la legua, o tal vez por una ramera pública! En tiempos antiguos, es decir, cuando Calderón compuso autos sacramentales, las costumbres eran acaso más puras, las creencias estaban más arraigadas, y el pueblo escuchaba con atención y piedad esas alegorías místicas, en que los vicios y las virtudes eran representados materialmente; pero hoy esa clase de espectáculos son altamente inmorales, pues no contribuyen mas que a poner en ridículo las creencias religiosas, y a despertar singulares dudas sobre las verdades del dogma. Cerca de las once terminó el coloquio con un jarabe y un palomo, bailados por Bato y por Gila.

Al retirarme a la posada reflexioné que dos especialidades sociales componían la mayor parte de la concurrencia del coloquio; a saber: el lépero y la china; digo especialidades, porque sus trajes, sus costumbres y su género de vida, es totalmente diferente del de las otras jerarquías de México. No pierdo la oportunidad de hacerte un bosquejo rápido de esta existencia singular, que se ha conservado intacta a pesar de los cambios y vaivenes que se han experimentado en las costumbres del país.

El lépero, procedente de padres pobres, artesanos regularmente, pasa los primeros días de su vida, no entre el chiqueo y el regalo, sino llorando en una mala cuna, porque su madre regularmente es criada de alguna casa, y sus quehaceres no le permiten cuidar con esmero a su hijo. Cuando ha crecido, se le manda a una escuela donde apenas aprende a mal leer, y cuando mucho a forjar imperfectas letras. El resto del día lo pasa en la calle, tirando pedradas, empinando un papalote, o revolcándose en el lodo, con algunos otros muchachos de su edad. Los padres por lo regular castigan con infinita crueldad las faltas leves del hijo, mientras le toleran otras graves, como por ejemplo el obsceno lenguaje, y los pequeños hurtos que comete en la vecindad.

El muchacho es grande, dicen los padres, y es menester ponerle a oficio. De hecho, se pone a la dirección de un maestro zapatero o carpintero, y allí tiene que aprender el arte por imitación y a fuerza de golpes y malos tratamientos. Si el muchacho es de mala cabeza, se enfada, huye de la casa paterna, y después de muchas aventuras, acostumbrado a la ociosidad, y necesitando dinero para sus vicios, se convierte en ladrón, ratero o en tahur perpetuo. Un

día lo cojen de leva y ya es un soldado, o bien una riña lo conduce a la cárcel, y se le ve en las calles con una cadena al pie. Si por el contrario tiene buenas inclinaciones, aprende el oficio, se establece, se casa, y entonces como hombre honrado, se le ve con su ancha calzonera con botonadura de plata, su camisa llena de randas, su mascada sujeta con un anillo al cuello, y su gran sombrero con chapetas de plata: concurre sin embargo a los toros, a las pulquerías y a las procesiones, porque su instinto de mezclarse con el pueblo, y confundirse en esas ruidosas alegrías de la plebe, no lo abandona jamás.

No se crea que en el lépero hay un conjunto predominante de malas cualidades: por el contrario, es vivo, inteligente, posee como nadie en el mundo el sentido de la imitación; es valiente, generoso y leal con sus amigos, apasionado con furor de su mujer o de su querida, y liberal hasta tocar en la prodigalidad, pues es sabido que un lépero gasta el domingo y el lunes todo lo que ha ganado en la semana. En Puebla más que en ninguna otra parte pueden encontrarse multitud de estos originales, porque allí, como en Guanajuato y Guadalajara, la plebe tiene un carácter singular. Los muñecos de cera y de barro, los jabones, los sombreros, la loza y los arneses para sillas vaqueras, pueden atestiguar el talento de los poblanos; así como las heroicas defensas que en las revoluciones han hecho de la ciudad, el valor que les es característico, y que no necesita más que impulsarse con una causa que los afecte íntimamente.

En cuanto a la china, esa linda y eterna compañera de las aventuras, de las penalidades y de las alegrías del lépero, es menester buscarla en Puebla o en Guadalajara, dejando a un lado esa multitud de mujeres sin poesía, y llenas de defectos físicos y morales, que con tanta gracia y propiedad han designado nuestros calaveras con el epíteto de arañas.

La china no recibe una educación más esmerada que los varones. Se la enseña a coser o guisar al estilo del país, a leer, y de memoria, el catecismo del padre Ripalda; pero cuando ella tiene quince años conoce todo el valor de sus atractivos, y no piensa más que ostentar ese traje nacional tan elegante, tan peculiar de México, tan lleno de gracia y de sal. El cutis de la china es rosado, suave y delicado como una nutria; sus ojos aceitunados, ardientes, y expresivos; su cabello negro y delgado, su cintura flexible, sus pies pequeños, sus formas todas redondas, esbeltas y torneadas. Este cuerpo tan seductor lo viste con una enagua interior con encajes o bordados de lana en las orillas, que se llaman puntas enchiladas; sobre esa enagua va otra de castor o de seda, recamada de listones o lentejuelas: la camisa es fina, bordada de seda o chaquira, y deja ver parte de su cuello, que no siempre encubre con un rebozo de seda llevado con

mucho donaire.

La china, a pesar de las alternativas, no deja de ponerse zapatos de seda, ni enaguas bordadas: es muy aseada en lo interior de su casa, lava ropa con perfección, guisa su mole y unas enchiladas deliciosas, y compone admirablemente el pulque con tuna, piña o almendra. No hay festividad pública donde la china no esté con su linda carita llena de atractivos: no hay calle por donde no se le vea airosa y galana, arrojar la enagua de una acera a otra, como suele decirse. No hay fandango donde no baile ese jarabe, ese palomo, y esos sones, cuyos autores jamás se conocen, tan alegres y tan bulliciosos. La china es extremadamente celosa, y esto algunas veces la arroja en peligrosas aventuras; es por lo común desinteresada y noble, y posee una inteligencia natural, y toda su existencia es de un amor que no varía ni con el infortunio ni con la prosperidad. Cuando su marido está en la cárcel no lo abandona; le prepara su comida y se la lleva; trabaja para proporcionarle ropa y dinero; llora y suplica ante los jueces, y no teniendo unas ideas tan estrictas sobre el honor y la fidelidad, es común que a cambio de sus favores, obtenga la libertad de su esposo; si este es soldado lo sigue a la campaña, participa de sus penas, y se la ve risueña en medio de las balas.

La china en fin, es un tesoro de hermosura, y un conjunto incomprensible donde sin embargo, así como en el lépero, predominan las buenas cualidades, y las malas se desarrollan, por causa de su descuidada educación.

¡Cuánto bien recibiría México, si los cuidados del gobierno se dirigieran a morigerar las costumbres y, a educar esta clase abatida, pero inteligente y bien inclinada de nuestra sociedad.

[De *El Museo Mexicano*, 1843]

☐ *La invasión yankee*

Los yankees se fueron metiendo galán galán, por toda la derecha de San Francisco y Plateros y por allá por la Mariscala.

Venían con sus pasotes muy largos y como que les cuadraba nuestra tierra, muy grandotes, reventando de colorados y con sus mechas güeras, con sus caras como hechas todas de un solo molde.

Muchos comiendo pan, calabazas crudas, jitomates; son de lo más tosco y de lo más sucio que pudo verse; van así desguangüilados y bausonotes con tanta plata.

Pues señor, que van llegando a la plaza.

En la plaza, aunque desparramada, había ya mucha plebe, hormigueaba dentro de los portales, se tendía por el cementerio de Catedral, se hacía remolino por las esquinas.

Formaron los yankees como por el centro de la plaza, tres lados de un cuadro con las espaldas al portal de las Flores y Diputación, portal de Mercaderes y frente a la Catedral.

En el interior de ese cerco se veían seis banderas suyas grandes, y dos estandartes como los de caballería.

Luego que estuvieron así plantados, se destacó una partida como de unos veinte hombres y se fue metiendo a Palacio; se nos figuró que iban como a degollar a alguno de nuestra familia.

En éstas, ya el gentío hervía por todas partes, las azoteas estaban cuajadas de cabezas, lo propio que las torres; la multitud se hacía olas que como que se columpiaban y hacían hincapié contra el cerco.

De los veinte soldados, unos aparecieron en el balcón principal de Palacio y salieron como a sacarnos la lengua y a decirnos: éste por mí; se oyó como un gruñido en toda la plaza.

Otros soldados subieron con su bandera y de un lado del cuadro de piedra del reloj la revolaban, como si nos pegaran un puñal en el pecho, aquello era darnos con el trapo puerco en la cara.

Scott estaba con su *gury gury* en el balcón de Palacio, como quien predica en desierto.

Grupos de mujeres desde abajo le gritaban, "¡cállate costalón...! ¡sí, brujo...!, ¡sí, tío Juan Rana...!"

En la esquina de la plaza del Volador, y subido como en alto, estaba un hombre; pelón, de ojos muy negros, de cabello lanudo y al-

borotado, de chaquetón azul, que hablaba muy al alma; su voz como que tenía lágrimas, como que esponjaba el cuerpo: "las mujeres nos dan el ejemplo, ¿qué ya no hay hombres?, ¿qué no nos hablan esas piedras de las azoteas?..." La gente gruñía con rumor espantable: la voz de aquel hombre caía en la piel como azote de ortiga... Aquel hombre era don Próspero Pérez, orador de la plebe de mucho brío y muy despabilado, como pocos.

Cuando él estaba más enfervorizado, y más en sus glorias los yankees, de por detrás de Próspero sonó un tiro de fusil y pasó silbando una bala; un grito de inmenso regocijo y explosiones de odio, de burla y de desesperación, acogieron aquello...

Los yankees se fueron sobre el tiro, acuchillando a la gente, atropellando a las mujeres y a los niños...

Entonces, como en terreno quebrado, varios hilos de agua se juntan y forman río; como en campo que arde aquí y allá, el aire junta las llamas y forman incendio, así la gente se juntó... y descargó balazos y pedradas, corriendo a la espalda de Palacio.

Los yankees seguían en persecución de aquella masa hostil... algunos léperos derriban a varios soldados... y la gente cae sobre ellos y los devora, dejando sus cadáveres medio desnudos... los calzones de uno de esos yankees enarbolados en un palo sirven de bandera...

Las mujeres hacían gran escándalo, llevaban agua, acarreaban heridos, vitoreaban, alentaban, se asían de los yankees, desarmando, arañando, mordiendo a los que cogían dispersos...

Los pelados se habían hecho muy fuertes en la esquina de Necatitlán; nadie pensaba en blandearse; pero faltaba el parque... alguno gritó... agobiado por el baleo... ¡Casa Nueva! —Eso no, dijo un hombrote desde una azotea en que estaba haciendo fuego... Eso no. ¡Jijo de una mala palabra el que se muera aquí! Muchachos, aquí está la honra del barrio.

Decir lo que pasaba en cada casa, fuera cuento de nunca acabar.

Aquí se lloraba, allá se pretendía huir; en otras partes todo era guerra; las mujeres servían agua y preparaban hilas, una rueda de muchachos hacía cartuchos. Muchas leperillas pedían limosna de pan, de carne y la repartían.

Había casas con las puertas de par en par con las sillas muy tiesas. las camas puestas, pero sin dueño.

El pueblo había estado como fiera y como llama, como mar y como aire fuerte, que vuela bramando.

Así sacó la cara el día 15, para ver lo que pasaba... tantos cartelones amanecieron en las esquinas firmados por don Reyes Veramendi con sermones y patrañas; a todos esos cartelones, les embarramos la cara de lodo y de algo peor en cuanto Dios echó su luz...

En la segunda calle de San Francisco, pusieron un gran cuartel los yankees y con eso y ser *decentes* los de por allí, quedó quieto ese rumbo.

Sin dirección, desangrándose, desgarrado, corriendo como ciego entre abismos buscando a la patria que se le iba de dentro de sus brazos, así fue el pueblo y así le vencía el abandono de sus defensores y de los poderosos; pero aquel ruido de guerra hacía compañía al alma, en ese ruido había patria y esperanza.

Era uno el R. P. Lector González, muy moreno, de negro copete, de mirada altiva; éste llevaba en alto un estandarte con la Virgen de Guadalupe, madre de los mexicanos y enemiga cerrada de la Virgen gachupina.

Este padre, como un gran general, a todo entendía, se encontraba en lo más recio del baleo, acaudillaba inmenso pueblo que como si fuera un solo niño lo obedecía.

Y qué palabras tan tiernas tenía aquel padre, y que cosas tan divinas sabía decir, era imposible a su lado ser cobarde.

Tan pronto el estandarte que el padre conducía, se veía por Loreto, como por los Ángeles, como sobre las azoteas, como en la torre Santa Anna.

El otro padre era el padre Martínez; delgado, calvito, de nariz armada. Ése daba el estandarte, se remangaba el hábito y marchaba delante de todos con un brío espantoso. A las doce del día 15 todavía estaba el ruido de la guerra en todo su fervor; quien se hubiera subido a esa hora en una torre de Catedral, habría podido ver fuego y horrores por el Cacahuatal y los alrededores de la Palma.

Los meros hombres de los diversos barrios allí se emparejaban; los tres frailes agitaban sus estandartes, los moribundos disparaban caídos sus armas gritaban: vengan a ver cómo mueren los hombres. ¡Viva México!, gritaban y ¡ras!... dale a los yankees hasta entregar el alma...

Avanzándose hasta cerca de Santa Catarina, para salir al encuentro a grupos que venían de por Santo Domingo, y la travesera de la Puerta Falsa, había salido el padre González; al pasar le vi pálido, iba perdiendo sangre.

Vi rodeado de yankees el estandarte del padre: "aquí de unos hombres", gritó y rasgué a mi caballo con mis espuelas, llegué a tiempo... Al atravesar el puente, con su espada un yankee. metió Esiquio todo su cuerpo y cayó clareado de parte a parte... se revolcaba en sangre, y gritaba: ¡adentro, muchachos!, ¡adentro, que ya ganamos!, ¡adentro! Así murió.

En esta trifulca sentí que se me escurría de debajo de las piernas el caballo... Estaba yo a pie al lado del padre a quien se le res-

bala la *mano* en el asta del estandarte, porque la bañaba su propia sangre.

Fui conducido al hospital de sangre: con todo que iba yo entregando el alma, y que pasaban por mí no sé cuántas cosas, tenía no sé qué alegría mi corazón, porque moría por mi patria.

Cuando llega el 15 de septiembre se cuelgan cortinas y se ponen luminarias. A la plaza, muchachos, a la plaza, vámonos al Grito y a recordar también... la fiesta del pueblo de 1847.

[De *Revista Universal*, 1875]

□ *El grito*

Serían las once de la noche, cuando a la muy dudosa claridad que nos rodeaba, percibí en la tropa cierta inquietud, cierta separación de grupos, pero distantes, a la vista de los centinelas que sobresalían derechos e inmóviles como los pilares. Con extraordinaria precaución, embarrancándome en las cercas y con menos ruido que el rodar de una pluma por los suelos, penetré hasta la recámara del señor Juárez y le di parte de lo que observaba.

El señor Juárez, vistiéndose y echándose sobre los hombros un capotillo con abertura para los brazos, y segunda capilla muy larga, me dijo —Ve, acércate y dame cuentas de lo que ocurra, sin despertar a nadie.

Me dirigí entonces al más numeroso de los grupos, después de contestar al quién vive, y vi a los soldados rastreando por el suelo con un afán desusado.

—¿Qué es eso, muchachos, qué buscan?

—Miren —dijo un soldado—, aquí está el *Güero* —y los soldados me rodearon.

—¡Oiga! —me dijo uno de ellos—, ¿pues qué no sabe ni el día en que vive?

—Pues ¿qué sucede?

—Que esta noche es el *grito*, señor, ¿qué nada le dice su corazón?

—Cierto, hijo, 15 de septiembre —exclamé avergonzado de mi olvido.

—Noche divina, *Güero*, la noche del *tata Cura*; pero ya lo ve; por más que buscamos y rebuscamos, no hallamos ni una hebra de ramitas para una mala luminaria.

—Vamos a buscar —y los soldados renovaron sus diligencias.

—Bravo dolor... eso de dejar de celebrar el *grito*...

—Si todavía nos acobijamos con la patria.

Tienen razón... Y el sentimiento que animaba a aquellos soldados era tan enérgico y tan tierno que había conmovido a las piedras.

Ya comenzaban a arder con basuras, astillas y palos viejos, unas cuantas luminarias que soplaban algunos soldados en el suelo, enrojeciendo las llamas ojos y carrillos. Yo corrí a ver a Juárez, quien se impresionó profundamente, diciéndome: —Coge todo el dinero que tenemos (ese todo cabía en el bolsillo de su chaleco), y dáselos para que celebren su *grito* los muchachos. Porque Juárez, que tenía algo de marmóreo en su fisonomía, que era como glacial en los más grandes conflictos, sentía profundamente, se apasionaba en lo más recóndito de sus entrañas, mejor dicho, era pasión sin estrépito, era como el sello de su conciencia y el que lo conocía a fondo podía distinguir algo de rudo y agreste en ciertos momentos, iluminado por una suprema bondad.

Autorizado por Juárez corrí a ver a mis hijos, a Negrete y a Manuel G. y a Francisco Yépez; grité, alboroté, y a poco cien luminarias ardían resplandecientes en el patio y los muchachos saltaban sobre las llamas, gritando vivas a la Independencia.

Negrete, con unos cuantos, puso cortinas en nuestros cuartitos y multiplicó las luces; corrió luego y exhumó del fondo de su baúl un sarape lindísimo que tenía la forma y los colores de la bandera nacional, lo enarboló en un morillo, y nuestras familias y nuestros hijos formaron el víctor y el paseo cívico más original y más grandioso que pueda imaginarse. Y he dicho grandioso porque las circunstancias, la fe en la causa y el ejemplo del soldado que ostentaba su culto grandioso de la patria, hacían de aquella solemnidad un acontecimiento sublime y lleno de ternura para nuestros corazones.

Alguien, y no sé de dónde, proporcionó al concurso una tambora gigantesca que atronaba el espacio, y un violín alharaquiento y tumultuoso que remedaba el alboroto en su desenfreno y la epilepsia en sus más desordenadas peripecias.

Juárez, por su parte, había reforzado una entelerida mesilla, fingiendo, con inspiración alrevesada de tapicero, una tribuna.

Rostros alegres, almas abiertas, muchachos preguntones, perros saltadores, empleados, mujeres, respirando júbilo, trémulos de emoción se agolparon a la tribuna.

Juárez, entre Iglesias y Lerdo, salieron a la ventana central en medio del frenesí, del contento y las tempestades de vivas y aplausos, acompañadas de la tambora y del violín que hacían trizas todas las armonías imaginables.

Cuando menos lo pensaba, me sentí arrebatado como por un torbellino, levantado en alto y colocado sobre la mesilla a guisa de santo en andas; mientras unos me decían: ¡habla!, otros a mi alrededor gritaban: ¡Silencio!, ¡silencio!, *hora* va el *Güero*, va a hablar el *tío* Guillermo.

Las circunstancias, el lugar, aquellas fisonomías tostadas por el

sol, y en que reverberaba la llama sobre el borde negro de un volcán en erupción, aquellas tapias, aquellas mujeres, aquellas montañas cercanas que imponían silencio a la entrada del desierto, todo el conjunto me impresionaba, de modo que dejé hablar a mi alma como si algo extraño me poseyese y yo fuera el espectador y el auditorio de mi persona y mi palabra.

—La patria —decía— es sentirnos dueños de nuestro cielo y nuestros campos, de nuestras montañas y nuestros lagos, es nuestra asimilación con el aire y con los luceros, ya nuestros; es que la tierra nos duela como carne y que el sol nos alumbre como si trajera en sus rayos nuestros nombres y el de nuestros padres; decir patria es decir amor y sentir el beso de nuestros hijos, la luz del alma de la mujer que dice "te amo..."

Y esa madre sufre y nos llama para que la libertemos de la infamia y de los ultrajes de extranjeros y traidores.

La gente se agolpaba a la mesa que flotaba como barca en recia borrasca, salían gemidos roncos de los labios y se enjugaban copiosas lágrimas de los ojos. Los soldados ¡oh! los soldados estaban sublimes, se les veía el orgullo de ser los vengadores de esa patria adorada, en sus exclamaciones vibraba la esperanza, los gritos... presagiaban victoria.

El discurso se interrumpía, era diálogo, era alarido, era la expresión de lo que mi alma sentía y reflejaba, y como lluvia de estrellas creía ver que caían de mis labios las palabras al hablar de Hidalgo y de la Independencia.

No sé cómo concluí, descendí en los brazos de Juárez, de Iglesias y de Lerdo, que me llenó de elogios.

Aturdía la tambora, varios concurrentes dispararon sus armas, el violín se hacía rajas, los chicos daban machincuepas, y el júbilo tenía algo de imponente y de sublime en su conjunto, y por nuestra situación que no es fácil que ahora la transmita el recuerdo.

Rendidos de gozar y de sentir, se fueron alejando los concurrentes... Un grupo de soldados se apoderó del violinista, y a guisa de serenata fue al frente de los balcones de Juárez a cantar *Los cangrejos, Los monos verdes* y *La paloma*; a esta última canción le pusieron los trovadores bélicos unos versos que cantaban con tal cariño y con tal ternura, que no pudimos contener las lágrimas cuando lo escuchamos; y a mí me conmovieron más que ninguno de los poetas que admiro. Decían así:

Si a tu ventana llega un papelito,
ábrelo con cariño, que es de Benito;
mira que te *procura felicidá*,
mira que lo acompaña la *libertá*.

[De *Diario del Hogar*, 1869]

☐ *Los valientes no asesinan*

La derrota de Salamanca aconteció el 1o. de marzo; el día 12 se recibió la noticia en Guadalajara; al concluir de leerla Ocampo, el Sr. Juárez se volvió a mí chanceando, y me dijo: "Guillermo, ha perdido una pluma nuestro gallo". Juárez era la personificación de la fe en la Reforma, y por eso triunfó.

Citóse a junta para las ocho de la mañana del 13.

Ahora está de todo punto cambiado el Palacio de Guadalajara; procuraré reunir mis recuerdos para describir, aunque sea muy imperfectamente, cómo se encontraba entonces.

El edificio, como ahora, está en un gran cuadrilongo dividido en dos secciones o patios, el exterior y el interior.

El exterior, que da en su frente con sus balconerías a la plaza y a las calles laterales de Palacio, estaba ocupado en su mayor parte por el Ministerio de Hacienda, que yo servía; el ala derecha, comenzaba por un pequeño despacho del Sr. Juárez y piezas corridas, habitadas por los Sres. Juárez y Ocampo; en esa ala se hallaba el comedor y un angosto pasadizo que comunicaba ambos patios; formaban el fondo de ese corredor los departamentos. El uno, que es hoy el salón de la Legislatura, servía para el Tribunal de Justicia; el otro estaba destinado a capilla; el ala izquierda tenía un cuarto pequeño en que yo dormía, y adelante estaba el Ministerio de Gobernación, que desempeñaba Cendejas en calidad de oficial mayor, por ausencia del Sr. Degollado.

El salón del Tribunal de Justicia era bastante espacioso; tendría de veinte a veinticinco varas de largo, por diez o doce de ancho. Lo dividían, como en tres naves, columnas robustas y elevadas.

Antes de llegar a su término el salón, se abría una plataforma con su balaustrada, gran dosel y vistosa sillería; a los lados de la plataforma había dos cuartitos de cuatro varas de ancho por seis de largo, con ventanas que daban al segundo patio; en una de esas piezas despachaba y en la otra dormía el Sr. Ministro D. León Guzmán.

Poco después de las ocho de la mañana estábamos en la junta, en el despachito del Sr. Juárez.

Al atravesar el corredor vi el patio, al que daba el sol en un lado; en el resto había fresca sombra, barrían y regaban el patio unos soldados; dos caballos hermosos estaban atados a los pilares, sostén del corredor.

En la primera puerta que daba a la calle había abocada una pieza de artillería, que relumbraba con el sol; sobre la cureña estaba sentado un soldado con la cabeza inclinada y el escudo de su chacó también reverberaba con el sol. Yo no sé a qué vienen estos deta-

lles; pero me caen de la pluma sin quererlo, y obedezco a ese impulso inmotivado.

Parece que veo a mis compañeros en el despacho del Sr. Juárez. Éste se hallaba en su característico frac negro, atento y fino como siempre; junto a la mesa estaban Ocampo, Cendejas al frente, León junto al balcón y yo a la izquierda de Ocampo.

Acordáronse varias disposiciones para proveer a la seguridad de la plaza, pues se notaba inquietud, y se consultó al general Núñez, valiente jefe, distinguido caballero, pulcro como nadie y de una fidelidad probada.

Era Núñez, alto, delgado, moreno y de ojos negros muy hermosos; su aliño era tal que le valía sátiras de sus compañeros de armas; antes que cuidar a su comida, cuidaba de que no le faltase en campaña su tina para bañarse y sus útiles de aseo; siempre estaba elegante como para asistir a un baile; jamás contradecía; sus objeciones eran tímidas, su voz dulcísima: nunca se permitía palabra alguna descompuesta con sus subordinados.

En el combate era Núñez temerario: parecía increíble su transformación; pero con el último tiro se disipaban sus iras y era bueno y humano con los vencidos.

Núñez había sido llamado a la junta para la consulta de algunas providencias militares.

Al terminarse la junta el Sr. Juárez propuso se dirigiese un manifiesto a la nación, diciéndole que nada importaba el revés sufrido, y que el gobierno continuaba con más fe y con mayor brío combatiendo, hasta lograr la consumación de la Reforma.

Como era muy frecuente en aquellos días, yo fui designado para redactar el documento de que se trataba; y me disponía a obedecer, cuando se abrió una puertecita excusada que tenía el despacho y apareció el Sr. Camarena, Gobernador del Estado, diciendo que le habían venido a avisar que el coronel Landa se había pronunciado en el cuartel del 5o., y la tropa se disponía a marchar para Palacio.

El Sr. Juárez dio orden al Sr. Núñez de que fuese a ver lo que ocurría, y se volvió a nosotros, continuando la discusión comenzada.

El Sr. Ocampo me dijo que no perdiera tiempo, y yo tomé unas plumas y papel para irme a escribir a la casa de mi querido amigo Jesús López Portillo, que veía como mía, donde me asistían y dispensaban mil atenciones, y donde me podía aislar para trabajar, como lo hacía con mucha frecuencia.

Es sabido que el general Núñez se dirigió al cuartel de Landa; que allí encontró la guardia sobre las armas y rebelada; que vitoreó al gobierno; que le rechazaron; que intentó coger por el cuello al oficial, y que un soldado que estaba detrás del corneta, le disparó un

tiro sobre el pecho, que le hizo bambolear, y no le produjo mal porque la bala quedó engastada en el reloj que tenía sobre el corazón, en el bolsillo del chaleco. Esta escena se ignoraba en Palacio.

Mis compañeros quedaron en el despacho del señor Juárez y yo salía con mis útiles de escribir en la mano.

Estaba remudándose la guardia, había soldados de uno y otro lado de la puerta; por la parte de la calle, al entrar yo en el zaguán para salir, se revolvían en tropel los soldados; a mí me pareció, no sé por qué, que eran arrollados por una partida de mulas o ganado que solía pasar por allí; me embebí materialmente en la pared, y me coloqué tras la puerta; pero volví los ojos hacia el patio, y vi, ensangrentado y en ademán espantoso, al soldado que custodiaba la pieza: gritos, mueras, tropel y confusión horrible envolvieron aquel espacio.

El lugar en que yo estaba parado era entrada a una de las oficinas del Estado; allí fui arrebatado, a la vez que se cerraban todas las ventanas y las puertas, quedando como en el fondo de un sepulcro.

Por la calle, por las puertas, por el patio, por todas partes, los ruidos eran horribles; oíanse tiros en todas direcciones, se derribaban muebles, haciendo estrépito al despedazarse, y las tinieblas en que estaba hundido exageraban a mi mente lo que acontecía y me representaban escenas que felizmente no eran ciertas.

En la confusión horrible en que me hallaba, vi que algunos de los encerrados conmigo en aquel antro salían para la calle impunemente; yo no me atrevía a hacerlo, pendiente de la suerte de mis amigos, a quienes creía inmolados al desenfreno de la soldadesca feroz.

Los gritos, los ruidos, los tiros, el rumor de la multitud, se oían en el interior del Palacio. Como pude, y tentaleando, me acerqué a la puerta del salón en que me hallaba, y daba al patio; apliqué el ojo a la cerradura de aquella puerta, y vi el tumulto, el caos más espantoso; los soldados y parte del populacho corrían en todas direcciones, disparando sus armas; de las azoteas de Palacio a los corredores caían, o mejor dicho, se descolgaban aislados, en racimos y grupos, los presos de la cárcel contigua, con los cabellos alborotados, los vestidos hechos pedazos, blandiendo sus puñales, revoleando como arma terrible sus mismos grillos.

En el centro del patio de Palacio había algunos que me parecieron jefes y un clérigo de aspecto feroz...

Algunos me instaron a huir, a mí me dio vergüenza abandonar a mis amigos. Luché por abrir la puerta... la cerraba una aldaba, que después de algún esfuerzo cedió: la puerta se abrió y yo me dirigí al grupo en que estaban los jefes del motín.

A uno de ellos le dije que yo era Guillermo Prieto, Ministro de Hacienda, y que quería seguir la suerte del Sr. Juárez.

Apenas pronuncié aquellas palabras cuando me sentí atropellado, herido en la cabeza y en el rostro, empujado y convertido en objeto de la ira de aquellas furias.

Desgarrado el vestido, lastimado, en situación la más deplorable, llegué a la presencia de los Sres. Juárez y Ocampo, Juárez se conmovió profundamente; Ocampo me reconvino por no haberme escapado, pero también hondamente impresionado, porque me honraba con tierno cariño.

Apenas recuerdo, después de los muchos años que han transcurrido, las personas que me rodeaban.

Tengo muy presente el salón del Tribunal de Justicia, sus columnas, su dosel en el fondo. Estoy viendo en el cuartito de la izquierda del dosel a León Guzmán, a Ocampo, a Cendejas junto a Fermín Gómez Farías; a Gregorio Medina y su hijo, frente a la puertecita del cuarto; a Suárez Pizarro, aislado y tranquilo; al general Refugio González, siguiendo al Sr. Juárez.

Se había anunciado que nos fusilarían dentro de una hora. Algunos, como Ocampo, escribían sus disposiciones. El Sr. Juárez se paseaba silencioso, con inverosímil tranquilidad; ya salía a la puerta a ver lo que ocurría.

En el patio la gritería era espantosa.

En las calles el Sr. Degollado, el General Díaz, de Oaxaca, Cruz Aedo y otras personas que no recuerdo, entre ellas un médico Molina verdaderamente heroico, se organizaban en San Francisco, de donde se desprendió al fin una columna para recobrar Palacio y libertarnos.

A ese amago, aullaban materialmente nuestros aprehensores; los gritos, las carreras, el cerrar las puertas, lo nutrido del fuego de fusilería y artillería, eran indescriptibles.

El jefe del motín, al ver la columna en las puertas de Palacio, dio orden para que fusilaran a los prisioneros. Éramos ochenta por todos. Una compañía del 5o., se encargó de aquella orden bárbara.

Una voz tremenda, salida de una cara que desapareció como una visión, dijo a la puerta del salón: "Vienen a fusilarnos".

Los presos se refugiaron en el cuarto en que estaba el Sr. Juárez; unos se arrimaron a las paredes; los otros como que pretendían parapetarse con las puertas y con las mesas.

El Sr. Juárez avanzó a la puerta; yo estaba a su espalda.

Los soldados entraron al salón... arrollándolo todo; a su frente venía un joven moreno de ojos negros como relámpagos: era Peraza. Corría de uno a otro extremo, con pistola en mano, un joven de cabellos rubios: era Moret... Y formaba en aquella vanguardia don

Filomeno Bravo, Gobernador de Colima después.

Aquella terrible columna, con sus armas cargadas hizo alto frente a la puerta del cuarto... y sin más espera, y sin saber quién daba las voces de mando, oímos distintamente: "¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!"...

Como tengo dicho el Sr. Juárez estaba en la puerta del cuarto; a la voz de "apunten", se asió del pestillo de la puerta, hizo hacia atrás su cabeza y esperó...

Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba a Juárez... yo no sé... se apoderó de mí algo de vértigo o de cosa de que no me puedo dar cuenta... Rápido como el pensamiento, tomé al Sr. Juárez de la ropa, lo puse a mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo... abrí mis brazos... y ahogando la voz de "fuego" que tronaba en aquel instante, grité: "¡Levanten esas armas!, ¡levanten esas armas!, ¡los valientes no asesinan...!" y hablé, hablé, yo no sé qué hablaba en mí que me ponía alto y poderoso, y veía entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba; sentía que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía a mis pies... Repito que yo hablaba, y no puedo darme cuenta de lo que dije... a medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba... un viejo de barbas canas que tenía al frente, y con quien me encaré diciéndole: "¿Quieren sangre? ¡bébanse la mía...!" alzó el fusil... los otros hicieron lo mismo... Entonces vitoreé a Jalisco.

Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían y así se retiraron como por encanto... Bravo se pone de nuestro lado.

Juárez se abrazó de mí... mis compañeros me rodeaban, llamándome su salvador y salvador de la Reforma... mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas.

[De *El Mundo Ilustrado*, 1906]

☐ *El presidente. La presidencia*

A gran Señor
Grande honor.

Hemos visto ya el palacio nacional en conjunto, y quedándonos en las puertas como si pidiéramos justicia. Tenemos que ver algo por dentro, y bueno es que comencemos por lo que presenta más dificultades.

Pasando con rapidez por el cuerpo de guardia, no vayamos a buscar un documento importante al archivo general, porque sólo se franquean a los que saben desfigurarlos en grandes tomos, tan indigestos como los cronicones de la Edad Media; no nos detengamos tampoco a agitar un pago en la tesorería, porque ya se acabó la indemnización; ni mucho menos en la alta secretaría de Estado que está más abajo que todas las demás. Atropellando pretendientes, diputados-correos, viudas plañideras y patriotas-agiotistas, entremos de rondón a la presidencia, como se llaman los salones en que la nación hospeda, generosa, al ciudadano que se elige para regir sus destinos.

Al acabar de subir la escalera se atraviesa un pasillo estrecho; de un lado el barandal de fierro, que es gloria de un antiguo presidente, del otro vidrieras cerradas que se abren de cuando en cuando, para dar salida a un *ordenanza*, o algún individuo de los que entran sin que nadie los vea.

En el otro lado del ángulo del pasillo se ven unas persianas, que muy de tarde en tarde se abren. Son las ventanas de la capilla del presidente o del Palacio; el diamante puede caer en el cieno más inmundo: así engastado entre los salones presidenciales hay una especie de oratorio en que nadie ora; hay un altar, que no inspira respeto, que no tiene apariencia religiosa. Las paredes de la capilla se han visto decoradas con los pasajes de la vida militar de Napoleón; en ella hay sillones y sofás como en una habitación cualquiera. ¿Para qué sirve esa capilla?... Es el templo del perjurio; allí es donde los llamados a los ministerios han jurado guardar y hacer guardar las leyes que han estado de moda; allí arrodillándose por mera fórmula es donde delante del presidente se profana lo más sagrado, y allí es donde el supremo magistrado del país proclama en

voz alta: "*Es secretario de Estado y del despacho tal o cual, el Sr. D. Fulano*". ¡Como él es quien hace nuevos secretarios, sucede muchas veces que a la hora de la proclamación olvida el nombre del electo y cuál es la secretaría que le encomienda!

Pero nos hemos metido por la ventana por mera distracción. Volvamos a nuestro camino con más calma, con más tranquilidad. Después de las persianas, otro balcón más; es el de los ayudantes del presidente, o más bien del ayudante de guardia. Este cuartito no presenta siempre el mismo aspecto; unas veces reluce a lo lejos un enjambre de entorchados áuricos, y los ayudantes son generales famosos; otras son jóvenes que comienzan la carrera de las armas, porque para ayudar al presidente quién sabe a qué, es preciso ser militar.

En México se cree todavía que honra estar cerca de los grandes personajes. Sólo así puede explicarse que ciertos hombres sean ayudantes, cuando sería mejor para ellos y para el país que se consagraran a las faenas de la guerra. Un ayudante tiene obligación de permanecer un día de cada seis u ocho en aquel cuarto, vestido de riguroso uniforme; tiene que acompañar al presidente en las circunstancias más difíciles, es decir, cuando concurre a la puerta o a la clausura de las sesiones, cuando va al teatro, a los toros, a la exposición, etcétera.

Debemos decirlo para honra de muy pocos; el presidente que ha tenido un número fabuloso de ayudantes, tuvo la ocurrencia de sacarlos de palacio y llevarlos delante del enemigo extranjero. Entonces, todos lo abandonaron, excepto dos o tres que con él afrontaron toda clase de peligros.

En el pedazo de corredor que está entre la presidencia y el senado, hay cómodos asientos para los que esperan audiencia, y no hace mucho se veían decorando la entrada cuadros en que de una manera vaga estaban representadas algunas virtudes, como el *patriotismo*, el *honor*, la *fortaleza*, la *caridad*, el *valor*, etcétera, como si todas estas zarandajas debieran acompañar al *escogido del pueblo* hasta el umbral de su alta magistratura y nada más. Pero todos esos emblemas han sido desterrados del palacio, como si también formaran corrillos de murmuradores. O todo o nada, esto me gusta; y además, ¿quién no sabe que las virtudes de los candidatos son como la humildad del porquerizo Sixto V, que alzó los ojos en cuanto halló las llaves de San Pedro?

Difícil es pasar de aquí a cualquiera que no sea ministro de Estado, diputado o periodista no ministerial, sino *presidencial*, adjetivo que si no se usa es sólo por no introducir novedades en el estilo. Sólo a la hora de audiencia es permitido al ciudadano contemplar a sus anchas al supremo magistrado del país. ¿Iré yo a la audiencia? No, porque nada tengo qué pedir ni qué decir... pero a pesar de esto,

lectores queridos, por mí sabréis lo que es la presidencia, lo que es ser presidente.

Os diré de paso que no me refiero a un momento dado, que no quiero conformarme con apariencias ni con adjetivos oficiales, y que deseo interrogar el pasado de todos los presidentes. Intrincada y atrevida empresa, ¿no es verdad? Sin embargo, adelante...

Suponed que es la hora que gustéis; el presidente por supuesto ha dormido, ha almorzado con tranquilidad, se ha vestido y se ha resignado a sufrir un nuevo día de su gobierno. A palacio nadie va temprano, excepto uno que otro ministro que quiere adquirir reputación de actividad. El presidente puede, pues, por la mañana tomar el aire del jardín, puede pasearse por sus habitaciones, puede recostarse sobre un sofá y hojear los periódicos buscando impaciente los elogios que se ha mandado hacer desde la víspera, o irritarse o mirar con desdén los gritos de la oposición. Pocos presidentes aman la lectura; los más de ellos sólo tienen tiempo para dar un vistazo a los avisos: ¿para qué es más?

Un hombre que gobierna a una nación entera ha de emplear su tiempo leyendo, ¡qué desatino!

Por la mañana es cuando los presidentes suelen concebir sus grandes medidas, como quitar los asientos del patio, o plantar un árbol en un rincón, o que haya tres centinelas en vez de dos, o que la guardia nacional añada a su vestuario una o dos tiras coloradas, y que las mochilas de la tropa se llenen de paja en una procesión, o que se les haga guantes con brin o con calcetines. Después de haber tenido estas grandes concepciones, el presidente no tiene más que esperar la visita cotidiana de sus ministros, de esas manos que le da la constitución y que le dan y le quitan los partidos.

Entretanto llegan esos señores, el presidente puede recorrer su habitación, puede mirar sus cuadros (las campañas de Napoleón) y admirarse a sí mismo. La habitación toda está amueblada de cuenta de la nación, cosa justa una vez que el presidente es su hijo más querido, y a veces la nación cuida tanto y con tanto amor del presidente, que en la tesorería se pagan las cuentas de la tina en que se baña, del carbón que sirve para calentar el agua, y le paga hasta paja y cebada, para sus caballos, se entiende.

Los dos primeros salones son puramente de tránsito, en el tercero ya hay una mesa con papeles y tintero: allí suele reunirse el ministerio, y allí lo oye el presidente.

Los ministros, como sabéis, son o deben ser cuatro, número que no todos pueden tener completo. Los ministros, o son notabilidades de los partidos, y entonces el presidente es un estafermo a quien ellos engañan, o son buscados por él, y entonces son unos infelices, unos miserables lacayos que están al lado del jefe del ejecutivo como má-

quinas de firmar. De manera que en nuestros gobiernos, o hay presidentes o hay ministerio: las dos cosas a la vez casi parecen imposibles.

Las juntas de ministros tienen, pues, dos aspectos diversos: o son una discusión fingida para hacer creer al presidente que él resuelve lo que ya está resuelto, o son una orden terminante a cada uno, una orden de cabo de escuadra, a que no hay nada que contestar.

En esas juntas muchas veces un ministro tiene el arduo trabajo de engañar a sus colegas, porque la perversidad se avergüenza de sí misma, y nunca tiene valor para presentarse a cara descubierta. Un ministro puede allí ponderar sus esfuerzos, su celo, su vigilancia por el orden público, a todo lo que se debe el haber descubierto una conspiración infame; dirá que sabe todos los detalles, que ha interceptado la correspondencia, que la revolución es inevitable; pero que él puede parar el golpe obrando con prudencia y sin dar un escándalo.

El presidente se alarma, porque para aterrar a un presidente hay tres cosas infalibles: una conspiración, una reclamación extranjera, y las amenazas del clero.

Los otros ministros quieren saber pormenores, uno de ellos propone prisionero y que se haga sentir todo el rigor de la ley. Pero el que lo sabe todo no puede decir nada, necesita para salvar al país unos cuantos miles de pesos; el presidente, por conservar su puesto, consiente en dar la suma de gastos secretos, firma un acuerdo, y los ministros sonríen con aire de burla, mientras el descubridor de conspiraciones está ufano y contento de sí mismo.

Repite este ardid varias veces, pero al fin el presidente en un lúcido intervalo, le dice: "Pues bien, que se pronuncien, usted y yo saldremos a caballo a batirlos". No le da ya dinero, el ministro pronostica la ruina del gobierno; pasan días y meses, y la revolución no estalla...

Los presidentes no pueden abrazar los ramos todos de la administración pública; prefieren algunos de ellos, y fían los demás al ministerio. Lo que miran con más predilección es la hacienda, y los contratos todos en que hay intereses que salvar.

Unos gustan de la guerra, y tienen una especie de consejo en que se habla sólo de forrajes y pezuñas, de cajas y de paso redoblado, de *imaginaria* y de *masita*. En todo esto, por supuesto, el ministerio no es oído, ni consultado.

Los que se dedican a la hacienda, generalmente conservan vacante esa secretaría; en todo lo que es finanzas es difícil que dos se pongan de acuerdo. Los descuentos de libranzas, las visitas de aduanas, la revisión de presupuestos, son asuntos que divagan y entretienen a los presidentes. De esto puede sacarse partido.

Las grandes cuestiones se dejan al gabinete; el presidente las más veces ignora cuál es el estado del país, no tiene más informes que los que le dan sus ministros; así, pues, una revolución, una invasión de indios, un ultimátum o una amenaza de algunas de nuestras *amigas* de extranjis, el último que lo sabe, si a saberlo llega, es el presidente de la república.

Cuando una carta particular, un periódico o una visita imponen al presidente de algo muy importante, al principio duda, pero después de oír a los ministros, vuelve a su habitual tranquilidad.

Un presidente es en México un ídolo envuelto en el misterio, como los dioses de los brahmanes; ni el pueblo, ni la opinión, ni nada llega hasta él. Hay cuatro hombres encargados de abusar de su nombre, y cuando esto no es así, él abusa de la bajeza de ellos. ¿No podrá encontrarse un término medio entre estos dos extremos tan vergonzosos?

Los presidentes generalmente son soldados, y, o son enérgicos y déspotas, o débiles, o muy virtuosos, o astutos e intrigantes.

El presidente enérgico debe hablar el lenguaje más soez; sus confidentes íntimos son los jefes que fueron sargentos y los agentes de policía. Su energía debe desplegarse contra el débil, contra la viuda y contra el meritorio, contra el subteniente; y contra los que algo pueden sólo prorrumpe en blasfemias.

El presidente virtuoso, siempre sonríe, oye misa todos los días y es un tipo de moderación. Debe no obstante padecer accesos de mal humor, que asusten a los que lo rodean. No gasta lujo para ahorrar todos sus sueldos, y entabla amistad con todos los que han sido sus enemigos.

El presidente astuto es el que engaña al ministerio; el que lo cambia ex-abrupto; el que ofrece empleos para captarse amigos, y cuando lo han servido no cumple sus promesas; el que en todo parece juglar o jugador de dados.

Los presidentes se dividen además en constitucionales, interinos, provisionales, etcétera, denominaciones todas que nada significan, pues tanto valen unos como otros.

El presidente, por regla general, es el hombre más nulo y más estúpido que halló un partido para gobernarlo a su antojo, o un soldado modelo de insubordinación y cobardía que intenta convertir al país en cuerpo de guardia.

La carrera para presidente ha sido siempre la de los pronunciamientos; un héroe de toda clase de regeneraciones, al fin tiene que llegar al poder a viva fuerza.

En los tiempos pacíficos y cuando el pueblo elige, está probado que lo que conviene a un candidato es tener entrada a los fondos

públicos para comprar electores y sostener periódicos, para fabricar en fin, opinión nacional.

Hay presidentes que olvidan todo lo pasado, y otros que quieren saciar cualquier resentimiento. Esto es facilísimo recurriendo a falsas delaciones y a bajas intrigas.

Atendiendo a la experiencia, parece que los requisitos legales para que un ciudadano pueda ser presidente, son modales bruscos, terca obstinación, mala ortografía, y a veces otras virtudes, como amor a lo ajeno, etcétera.

Tales han sido y serán, hablando en general, los rasgos característicos de los presidentes de México. ¡Admiraos luego de que el gobierno nada haga en bien del país!

Antes se subía por medio de una revolución y se descendía por medio de otra; el presidente pasaba a la condición de proscrito, y era después la esperanza de los descontentos.

Restableciendo el orden, ha cesado esta peripecia, y el presidente se procura una *para-caída,* cómoda, un empleo con buen sueldo.

En los salones presidenciales es donde son recibidos en toda forma los ministros extranjeros; un discurso en una lengua y otro en otra, y muchas cortesías es todo lo notable que presenta esta ceremonia.

A las comidas que suele dar el presidente nunca son muchos los convidados, y los gastos los paga la nación.

Hay un cuartito estrecho embutido en el baluarte; este cuartito es el retrete que prefieren todos los presidentes, y el blanco de los fusiles y de los cañones en tiempo de asonadas.

Suele haber al lado del presidente cuando es *activo,* una oficina en que se escriben todas las cartas que él dirige a sus amigos; ésta es la secretaría *particular* del presidente, y a pesar de ese adjetivo quien la paga es la nación. No creáis que en esa secretaría hay sólo secretos no; también es fábrica de diputados y de desórdenes.

Los bailes en la presidencia van cayendo en desuso, son innecesarios: ¿hay acaso lugar alguno en la tierra en que se baile más?

¡Y este es el poder ejecutivo del país! ¡Y así se quiere que se cumplan las leyes y que haya administración!

Si sembráis ortiga, ¿cómo queréis recoger grano?...

El presidente es inviolable, es decir, no puede ser juzgado por sus faltas, ni censurado por sus necedades. ¡Bueno! Todo lo podemos murmurar, excepto el origen de nuestros males. Esto se parece a la fábula india, que supone que la Tierra es conducida en el espacio por un dragón; el dragón por una tortuga, y la tortuga... es crimen tratar de saber quién la sostiene.

Hay otros detalles curiosos en la presidencia. La audiencia pública es una ceremonia cansada; generalmente los pretendientes se quejan de los ministros, el presidente toma informes de estos últimos,

y se fía de ellos. En lo demás, sería preciso quitarle su aire distraído y olvidadizo para que hiciese caso de cuanto se le dice.

El presidente puede descender hasta chancearse con sus ministros; pero con otra clase de gentes debe tener siempre un aire demasiado severo. Con los ministros extranjeros suele tener algo de amabilidad.

El presidente sólo tiene que hablar en público cuando se abren y se cierran las cámaras. Lleva un discurso en la bolsa, que le ha escrito cualquier ministro. Cuando esos discursos eran puramente saludos y cortesías, bien pudiera pensarse que eran obras del primer hombre del país; pero los ministros, al introducir la moda de los *mensajes* a la americana, han disipado toda duda en este punto.

En cuanto a costumbres, las del presidente o son aristocráticas, o de soldado, o democráticas. El que se llama a sí mismo decente, sólo trata con obispos y canónigos, y con gentes que suspiran por la dominación española; el que no quiere perder su aire militar, habla un lenguaje de taberna, y siempre lanza juramentos e imprecaciones; el que aspira a pasar por republicanísimo, cree que la libertad consiste en tratar con fascinerosos, y se empeña en salir a la calle envuelto en un sarape, o quiere ir a almorzar a un bodegón. En lo que toca a la vida privada siempre se tocan los extremos, o un ascetismo causado por los años y por la poca salud o un cinismo espantoso. No faltan memorias de aventuras galantes; pero no tienen esos escándalos el aire de las cortes de Luis XIV o de Carlos IV, sino que los presidentes pueden cuando más compararse a los héroes más vulgares de las novelas de Pigault Lebrun o de Paul de Kock.

No quiero seguir, porque tendría yo que ver cosas vergonzosas. He descorrido sólo parte del lienzo que cubre el cuadro.

Habrá quien diga que hay algo en este artículo de personalidades; pero ¿tengo yo la culpa de que ciertos entes pasen por personas?

[De *La Ilustración Mexicana*, 1855]

☐ *Una visita a la Candelaria de los Patos*

Este espectáculo nos recuerda otro más triste aún, porque no está alumbrado ni siquiera con los pálidos rayos de la esperanza.

El miércoles, guiado por un noble y caritativo amigo nuestro, hicimos una visita a uno de los barrios más espantosos de la ciudad. Vimos de cerca a los que legítimamente pueden llamarse los Miserables de México.

Está situado al extremo sureste de la opulenta población, y colinda ya con esos pantanos infectos cuyas plantas palustres, meciéndose tristemente a impulsos de las brisas del valle, nos causaron una sensación de tedio difícil de expresar. Aquel aspecto de desolación nos trajo a la memoria las tristes palabras que los historiadores atribuyen a los embajadores de Huitzilíhuitl, segundo rey de México, cuando fueron a pedir a la hija del señor de Atzcapozalco para casarla con su soberano. *"Ten lástima* —dijeron al orgulloso Tozozomoc— *de aquel tu siervo el rey de México, metido entre espadañas y carrizales espesos."*

De lástima, en efecto, son dignos los infelices que viven en aquellos lugares cenagosos, aspirando los miasmas mortales que inficionan allí el aire, y mezclándose entre los reptiles, que por asquerosos que sean les sirven casi siempre de alimento.

Cuentan las antiguas tradiciones que los desgraciados aztecas que se vieron obligados por el odio de los pueblos del valle a refugiarse en las lagunas no tuvieron otro recurso para alimentarse que el que les ofrecían la miserable pesca de las ciénegas, los reptiles y los más inmundos productos del lago.

Pues bien; los miserables de entonces tienen aún herederos, que obligados, ya no por el odio sino por la indiferencia de la gran ciudad, se arrastran a sus orillas llevando una existencia, que abrevian por fortuna, el aire malsano, el hambre y la intemperie.

Un escritor amigo nuestro decía, con razón, hace pocos días, que el *centro dorado* de México ignora que está rodeado por un cinturón de miseria y de fango. Efectivamente, causa horror y tristeza semejante consideración.

Nosotros no hemos podido visitar más que una parte muy peque-

ña de ese círculo de infelicidad, pero por él nos formamos idea de lo restante.

Del otro lado del canal que pone en comunicación los dos lagos y atraviesa la ciudad, está el barrio de la Candelaria de los Patos, la plazuela de la Alamedita, los Baños de Coconepa y otros rincones en que parecen esconderse la miseria más abyecta, la ignorancia más vergonzosa, el pauperismo en estado de salvajez.

Desde que se atraviesa el puente de la Soledad de Santa Cruz y se pierde uno en aquel laberinto de callejuelas sucias e infectas, todo anuncia que se ha entrado en la región de la fiebre y del hambre. Las grandes casas de vecindad son antiguas y destartaladas: en sus numerosas, estrechas y oscuras viviendas, yacen hacinadas generaciones enteras de miserables, las calles no sólo son desaseadas sino inmundas, la atmósfera es asfixiante, los grandes hoyancos que hay en aquellos empedrados del tiempo de los virreyes están llenos de una agua cenagosa y negra que exhalta miasmas mortíferos, y en suma, por allí circulan centenares de hombres, mujeres y niños envueltos en harapos, y en cuyos semblantes enflaquecidos se revelan, con sus más lastimosos caracteres, la necesidad y la agonía.

Pero al llegar a las calles contiguas a la plazuela de la Alamedita, a Coconepa, a Candelaria, el horror se aumenta, porque el aspecto de casas, calles y gentes llega al último extremo a que pueden alcanzar la miseria y la enfermedad.

Casi todas las casas son de vecindad y contienen centenares de pequeños cuartos, cuyo precio de alquiler por mes varía desde cuatro reales hasta dos pesos.

Muchos de estos cuartos no tienen sino seis pies cuadrados, y en ellos parece imposible que se aloje una familia de seis u ocho personas. Son verdaderos ataúdes en que el pobre sepulta su agonía, esperando la muerte.

Allí duermen ancianos, madres y niños, sobre un tinglado viejo y negro por entre cuyas aberturas brota el fango de la laguna.

Visitamos muchas de estas mazmorras en que extinguen la condena del destino los desheredados de la sociedad.

En la mayor parte de semejantes viviendas encontramos a cada familia agrupada silenciosamente en derredor de un brasero apagado y vacío. A veces veíamos al padre con la mano en la mejilla, considerando aquel cuadro de su hogar con honda desesperación. A veces la madre consolaba llorando a los hijos desnudos y hambrientos, otras los pequeños parias yacían rendidos de debilidad en viejas y sucias esteras, reclinando sus cabecitas enfermas en montones de asquerosos guiñapos.

No vimos, con todo, en aquel infierno, un rostro feroz en el que pudiéramos traducir el odio de los hambrientos contra los dichosos

de la tierra. Tal vez a causa de nuestra penosa preocupación, sólo percibimos en las miradas la más humilde resignación, y en las palabras el dolor y la conformidad con la suerte. Aun encontramos a un niño de 10 años raquítico y agonizante por la fiebre, que nos repetía desde su pobre pedazo de estera una relación cristiana sobre la existencia de Dios, seguramente aprendida entre los sufrimientos del desamparo, como un consuelo y como una esperanza. Tampoco encontramos allí la sentina de los vicios y crímenes que amenazan a la sociedad, no: sólo vimos padres de familia rodeados de hijos, artesanos honrados sin trabajo, madres que caminan una legua para ganar un jornal pequeñísimo y que vuelven a su tugurio a partir sus tortillas con sus tiernos hijos.

Hay allí cerca, entre los basureros y la inmundicia, pequeños prados en que crecen los insustanciales *quelites* con exuberancia. Estos *quelites* cocidos en agua simple forman, con algunas tortillas, el alimento diario de estas tribus hambrientas.

Hemos contemplado cuadros desgarradores. Un zapatero tullido que mantiene a sus seis hijos y a su mujer difícilmente, aunque su trabajo no le produce lo bastante para vestirlos. Un peón albañil, que teniendo hace un año los pies hinchados, apenas puede trabajar dos horas diarias, y con esto y con limosnas que pide da de comer a su mujer y a cuatro hijos, de los cuales los más pequeños son gemelos; una mujer enferma de flujo que hacía ocho días que estaba abandonada en su petate sin tener con qué curarse, y que nos dijo que estaba esperando con paciencia la muerte que no tardaría; y ancianas que hacían con trapos viejos cojines para planchar o gallitos de carrizo para los muchachos, y en fin, a niñitos tísicos y moribundos que, tendidos en el suelo y mirando fijamente con ojos tristes al cielo, esperan sin quejarse la vuelta de la pobre madre que se ausenta para vender sus miserables artefactos.

En esto no hay exageración, antes nos quedamos cortos. La respetable persona que nos acompañó, es testigo de que callamos muchas miserias y corremos el velo sobre multitud de cuadros más dolorosos todavía.

Pues bien: hasta esa región de miseria y de muerte parece que no llega el cuidado de la edilidad mexicana; al menos, el desaseo, la infección, la mendicidad no son ciertamente indicios que revelen que la autoridad del municipio fija allí una que otra vez su paternal mirada.

Hasta allí tampoco llega el lujoso carruaje del sabio médico que, cumpliendo con su ministerio de caridad, vaya a llevar a los que mueren en el abandono el auxilio salvador de la ciencia. Hasta allí no llega tampoco el ángel de la caridad bajo la forma de una dama tan bella como generosa. Parece que este ángel de la caridad no

gusta de manchar sus alas de seda en aquellos lugares pantanosos y horribles, y se limita a volar donde le vean los curiosos del centro de la ciudad; parece que gusta más de aliviar a los miserables de levita y de crinolina que saben convertirse después en trompetas de la fama. Bueno y santo es esto; pero aquellas gentes no sólo sienten las amarguras de estar privadas de una exigencia de lujo, sino las torturas de estar privadas de alimentos.

Hasta allí no llega tampoco el sacerdote llevando los consuelos de la fe y los socorros de la caridad. Ya se sabe que el sacerdote frecuenta los lugares donde recibe limosna, no donde es necesario darla.

Quizás estas palabras provoquen numerosas protestas. Hoy están de moda las protestas contra la verdad. Sea en buena hora, las escucharemos complacidos; pero la única respuesta que daremos a los que las hagan será invitarlos a ir con nosotros a ese lugar que acabamos de describir, y en el que, según los informes tomados, la filantropía no se ha aparecido jamás en los últimos tiempos. Una que otra persona, como la que nos sirvió de guía, suele llevar, impulsada por sus sentimientos generosos aunque aislados, algunos recursos.

Pero la miseria que allí reina reclama los cuidados constantes de la autoridad y de la beneficencia. El socorro aislado y casual no alivia sino durante un día. Aquel miembro paralítico de la ciudad de México necesita curarse, necesita participar de la savia vigorosa que circula en el centro y que no llega a comunicarle vida. Aquello se muere, aquello deshonra a la capital de la República.

Nadie piensa en el bienestar de cuatro o cinco mil moribundos que se arrastran allí, cuya condición moral es la que puede concebirse, conocida su situación física. De ahí tienen que salir el vicio como un miasma; el crimen, como una venganza contra la indiferencia social. Y ¿qué hace la autoridad? La autoridad se conforma con tener su policía. A bien que el patíbulo vendrá a corregir el mal que no quiso evitar la indolencia. Si uno de estos desgraciados roba o mata, cae sobre él la mano pesada de la sociedad, mano que no le alargó un pan, ni un silabario, ni extendió hasta él una punta del manto tutelar de la educación que encubre a las clases más felices. Los tormentos del presidio o el aspecto amenazador de la pena de muerte, he ahí todo lo que sabe poner la sociedad ante los ojos de los que tienen hambre e ignorancia para hacerles amar la virtud. ¡Reflexión espantosa y que hace helar la sangre en las venas de los que saben todavía amar al pueblo!

Cuando estábamos en medio de aquellos pantanos, cuando penetrábamos en las tinieblas de aquellas *oubliettes* en que parecen condenados a un abandono eterno tantos centenares de infelices, ¡oh!, ¡cómo nos acordamos de las *sociedades caritativas* que se han organizado

en México con el objeto de aliviar la suerte de los proletarios!

Nos acordamos de las *Conferencias de señoras* y pensábamos que Vicente de Paul, su bendito patrón, si hubiera vivido aquí, ya habría recorrido estas regiones y habría llevado a ellas los consuelos de su ardiente caridad.

Ya parece que se nos responde: que las *Conferencias de señoras* tienen muchos pobres a quienes socorrer en el centro de la ciudad. Es cierto: pero la caridad debe ser como Dios, estar en todas partes y saberlo todo. Ojalá que un socio de las *Conferencias*, sin tener en cuenta nuestras opiniones políticas y religiosas y juntándose con nosotros, como Cristo con los samaritanos, nos tomase por guía en sus excursiones piadosas; nosotros le conduciríamos a lugares en que podría ejercer su misión.

Nos acordamos allí también de los médicos de México. Un paseíto de una hora por aquellos arrabales daría más satisfacción a cualquiera de nuestros doctores que la curación ruidosa de alguna vieja opulenta o de un magnate destruido por los placeres.

También a esto se nos podrá responder que para eso hay hospitales.

Es cierto; pero ni todos los pobres pueden ir a esas casas, ni todos los pobres caben en ellas. Es preciso buscarlos como hacía Juan de Dios para conducirlos a mejor morada o asistirlos allí, si lo primero no es posible.

Naturalmente nos acordamos también del Ayuntamiento, y reflexionamos que si bien es útil y bello plantar árboles y hacer jardines en la Avenida de los Hombres Ilustres, para decorar así las más hermosas calles de la capital, sería necesario, indispensable a la higiene, plantar también más árboles del lado de oriente para purificar aquella atmósfera deletérea, que mantiene allí el foco de las fiebres que azotan de vez en cuando los barrios elegantes de la ciudad. Y sobre todo es necesario el aseo; allí no hay aseo absolutamente, y todo lo que dijéramos sobre esto sería pálido comparándolo con la realidad. Estamos seguros de que si un munícipe viajara por aquellos barrios, saldría de ellos con un malestar de estómago indecible.

Y esto no es más que una parte del círculo negro que rodea a México. Los demás suburbios, como Santa Ana, como Santa María, como San Pablo, están lo mismo. Nosotros rogamos a todos, a economistas, a ediles, a médicos, a sociedades, a escritores, que piensen en la mejora, en la salvación siquiera de aquellos desheredados de la suerte.

Terminaremos, no sin ofrecer que volveremos a hablar de esto, por más que en la *Crónica de la semana* sea impropio, y por más que nos expongamos a las más acres censuras de parte de los que se burlan de la desgracia y de la moral.

[De *El Renacimiento*, 1869]

☐ *La novela de un tranvía*

Cuando la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorre sentado en la imperial de algún ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso, el vagón se detiene, y, abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando a Dios dar, y detrás del paraguas la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para que los israelitas lo atravesaran a pie enjuto. El paraguas escurre sobre el entarimado del vagón, que a poco se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero, y un benéfico rocío baña las caras de los circunstantes, como si hubiera atravesado por enmedio del vagón un sacerdote repartiendo bendiciones a hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua hasta una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no la manche. En la calle la lluvia cae conforme a las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Mas en el vagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniaturesca arca de Noé, sacando la cabeza por el ventanillo: no en espera de la paloma que ha de traer en el pico un ramo de oliva, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El vagón, además, me lleva a mundos desconocidos y a regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy a ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los Ayuntamientos, con

paternal solicitud, cuidan de pintarlas con lodo mensualmente.

Más allá de la peluquería de Micoló hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequesquite, y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieles rojas hagan frecuentes excursiones a la plazuela de Regina. La mano providente de la Policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por adentro de pieles sin curtir. Son casas habitables, con escalera y todo. En ellas viven muy discretos caballeros, y señoras muy respetables, y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara a la calle en el centro de la ciudad.

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo por que atravesaba, volví los ojos al interior del vagón. Un viejo de levita color de almendra meditaba apoyado en el puño de su paraguas. No se había rasurado. La barba le crecía, "cual ponzoñosa hierba entre arenales". Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar... ni una peseta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, a menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicatoria es como sigue:

A la prematura muerte de mi abuelita
a la edad de noventa años.

La levita de mi vecino era ya muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto a la intemperie, debía asemejarse mucho a las banderas que los independientes sacan a la luz el 15 de septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decencia. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado, y con hijas. ¿Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por la que habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas

y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas. ¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj y dije para mis adentros: —Son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va a darles un vahido! Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá, es blanco, y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No habrá en la casa nada que empeñar. ¡Como los alquileres han subido tanto! Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa, y el propietario les embargó los muebles. ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Caín!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traída y la peor llevada. Estas niñas son de buena familia. No están acostumbradas a pedir. Cosen ajeno; pero las máquinas han arruinado a las infelices costureras, y lo único que consiguen, a costa de faenas y trabajo, es ropa de munición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el doctor asegura que, si Dios no lo remedia, se van a la caída de las hojas. Necesitan carne, vino, píldoras de fierro y aceite de bacalao. Pero, ¿con qué se compra todo esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser su apoyo tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo; todo está muy caro, y los amigos llegan a cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran! Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respecto a las otras, ya sé bien a qué atenerme. ¡Me han costado tantos disgustos! Nada, lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas a tener palco en el teatro, ni carruajes, ni cuenta abierta en la Sorpresa. Si es joven, yo la educaré a mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de amor, un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano podemos mantenernos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho, y como la voy a sujetar a un régimen higiénico, se pondrá en poco tiempo más fresca que una rosa. Por la mañana, un paseo a pie en el Bosque. Iremos en un coche de a cuatro reales hora, o en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho fierro. Con eso y con tener

una casita por San Cosme; con que ella se vista de blanco, de azul o de color de rosa; con el piano, los libros, las macetas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque
Una casa en la heredad;
En la casa pan y amor...
¡Jesús, qué felicidad!

Además ya es preciso que me case. Esta situación no puede prolongarse, como dice el Gran Duque en La Guerra Santa. Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco de penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso? ¿con la rubia? ¿con la morena? Será mejor con la rubia... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En esto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto —continué diciendo para mis adentros— le seguía. La verdad es que mi suegro, visto a cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría, si me viera de bracero con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le habría dado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados: parece que los acababan de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual me agrada, porque es indicio de tontera; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y a la misma hora dos... cuatro... cinco... siete veces. Siempre baja del vagón en la plazuela de Loreto y entra en la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve a cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va a novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las novelas de Gustavo Droz, que el *Menosprecio del Mundo* del padre Kempis; tiene una mirada, que si hablara sería un grito pidiendo bomberos. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas; no se fíen ustedes, aunque las vean

tan frescas en el agua: queman la lengua.

La señora de treinta años no va indudablemente al novenario. ¿Adónde va? Con un tiempo como éste nadie sale de su casa si no es por una grave urgencia. ¿Estará enferma la mamá de esta señora? En mi opinión, esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa particular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes. Tenemos, pues, que recurrir a otras hipótesis. Es un hecho constante, confirmado por la experiencia, que a la puerta del templo, siempre que la señora baja del vagón, espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Pertenece, por consiguiente, a otra persona. Ahora bien: ¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia o cosa parecida, cuyos miembros paguen coche a la puerta de todas las iglesias para que los feligreses no se mojen? Claro es que no. La única explicación de estos viajes en tranvía y de estos rezos a hora inusitada es la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe de ser un hombre acaudalado. La señora viste bien, y si no sale en carruaje para este género de entrevistas es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo no me atrevería a prestarle cincuenta pesos bajo su palabra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga o que sea como cierto amigo mío, personaje muy quieto y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches:

—Mi mujer tiene para el juego una fortuna prodigiosa. Cada mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijo!

Yo quise referirle alguna anécdota, atribuida a un administrador muy conocido de cierta aduana marítima. Al encargarse de ella dijo a los empleados:

—Señores: aquí se prohibe ganar a la lotería. ¡Al primero que se la saque lo echo a puntapiés!

¿Ganará esta señora a la lotería? Si su marido es pobre debe haberle dicho que esos pendientes que ahora lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En materia de alhajas sólo conocerá a su mujer, que es una buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Desgraciado! ¡qué tranquilo estará en su casa! ¿Será viejo? Yo debo de conocerle... ¡Ah!... ¡sí!... ¡es aquél! No, no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! Pero, ¿a mí qué me importa quién sea?

¿La seguiré? siempre conviene poseer un secreto de mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante. ¿Tendrá hijos esta mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ése será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición, es una villanía. Pero al fin, ese hombre puede matarla sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar a sus criados que la arrojen a latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos —¡pobres seres indefensos!— nada pueden. La madre los abandona para ir a traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas a Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados a manos mercenarias; van empezando a desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas, mujeres. Ellos sabrán que su madre fue una aventurera, y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres, que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle a este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó.

Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe a su amante viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien: cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu amante caliente con sus manos tus plantas, entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado a la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del vagón. Yo vi su traje: no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado; después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue a su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia. ¡Qué tranquilo debe estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

[De *Cuentos frágiles*, 1883]

☐ *Currutacas y petimetres*

Pero los tipos característicos, *típicos* del año de 1810, y de sus inmediatos que le precedieron y sucedieron, fueron las madamas que vestían *a la dernier*, conocidas por los nombres de "petimetras, currutacas y pirraquitas", y los señoritos sus congéneres, llamados también "manojitos, currutacos y petimetres".

¡Válgame Dios! ¡Qué sátiras en verso, qué morales discursos en prosa, qué sermones tan edificantes y qué edictos tan empedrados de citas y textos de santos y autores profanos, se publicaron en diarios y gacetas y en diversos impresos, sobre los trajes y costumbres de aquellos señorones y de aquellos señoritos!

Las currutacas, ellas mismas confesaron públicamente sus pecados, diciendo ingenuamente que no habían nacido ni para esposas ni para madres de familia; que su principal mérito sería granjearse el aprecio público, con la brillantez de su exterior en modas, *dijes* y demás chucherías que llevaban, pues su genio y carácter desventurado no les permitía ni coger el punto de una media. Sus ocupaciones favoritas eran las últimas modas, los afeites y aumentar con nuevas gracias el gran caudal de su peculio. Poco les importaba que hubiese censores de sus trapos y *habitudes*. Preocupábanse sólo en inquirir el valor y mérito de un suspiro, calcular el precio inestimable de una sonrisa, analizar minuciosamente los túnicos *de medio paso*, las cintas para el zorongo, las formas del zapato, las filigranas y bordados del velito, las "motrices vueltas del abanico" y todos aquellos pormenores y minucias que les hacían recomendables a los ojos de pirrocos y petimetres. No les dolía que las llamasen "locas", pues "locas" habían sido sus madres que las enseñaron "a hacer la cortesía, a girar sobre los talones, a sonreir al soslayo, a torcer el *hociquito*, a contonear el cuerpo y darse toda la prosopopeya" que las hacían tan apreciables y tan gratas en la sociedad de currutacos y manojitos!

Si bien es cierto que muchas petimetras vestían honestamente basquiñas de tafetán, con guarniciones de terciopelo y blonda al canto; mantillas de sarga, con guarnición del mismo terciopelo; basquiñas de largo fleco guarnecidas de terciopelo y blondas, y mantillas de antolas, o blancas y airosas de anchos flecos, las había también

que usaban basquiñas de red y mantillas transparentes... Aquí estaba lo pecaminoso.

Más aumentaba lo pecaminoso con lo censurado por moralistas, en prosa y verso, en periódicos y pastorales: y era la obscena costumbre de llevar basquiñas muy escotadas por la espalda, con los senos y los brazos desnudos. Tal costumbre la condenó el Prelado, porque "era incendio de concupiscencia", que abrasaría "las almas"; vestido, "en que la calidad del corte y de la tela estaba poniendo delante de los ojos, aunque fuese encubierto, lo que no permite nombrar el pudor".

Deben de haber sido demasiado crudas aquellas desnudeces, porque no sólo arzobispos escrupulosos como el Sr. Lizana, también escritores que nada tenían de mogigatos ni de hipócritas, clamaban en todos los tonos en contra de aquellas modas de su tiempo, y describen las inconveniencias de los trajes.

En unos versos que intituló el autor *La virtud abandonada por el lujo libertino*, hablando de las currutacas, decía:

Sus trajes escandalosos,
desnudos pechos y brazos,
de la obscenidad son lazos,
que ponen á los virtuosos...
En los días más festivos
se presentan indecentes,
incautas é irreverentes,
con ademanes lascivos...
Con los túnicos estrechos,
y zapatos de colores,
solicitan compradores
de sus deshonestos pechos...

Y en otros versos que llevan el título *Los Consejos de una madre á su hija doncellita*, dice aquélla a ésta, hablándole del vestido:

Este un traje sea,
que la moda hace amable hasta una fea:
el túnico traerás, bien embarrado,
de tafetán, de *coco* muy delgado,
ó ya de muselina,
ó de otra cualquier cosa, pero fina,
el caso es que el pellejo
se deje traslucir: este consejo
mi alma, porque te asombre,
hará que cualquier hombre
en viéndote, al instante
deseara por lo menos ser tu amante,
y más si el tuniquillo
sube una cuarta arriba del tobillo:
si tiene su desgote, de manera
que los pechos descubra, que es friolera
andar con pañueletas
propias para la edad de las chancletas;
pues tienes lindos brazos,
desnúdatelos todos, que son lazos
en que caerán, no digo los mocitos,
sino los viejos más chucharraditos:
las medias, ya se sabe

tendrán color de carne, cuanto cabe,
que es una moda honesta y esquisita
que da á entender quién es la señorita
que tales medias usa,
á más de que lo que se usa, no se excusa:
y cuando las doncellas
no pueden por el lujo andar sin ellas
con las piernas peladas,
han hallado este arbitrio, que pintadas
las medias del color que yo las veo,
manifiestan al menos, el deseo
con que todas quisieran
andar desnudas porque así las vieran...
el chal, si es de color, tráelo de modo
que muestre el pecho y que descubra el codo,
y si fuere de iglesia, ó negro sea,
súbelos á la cabeza, que se vea
toda la espalda, brazos y pescuezo,
pechos y cara, mi alma, pues con eso
conocerán tu intento
y que los traes no más por cumplimiento

A más de lo deshonesta, fue ridicula la indumentaria de las currutacas, incómoda y martirizadora siempre, como ha sido la de toda mujer que rinde culto a la voluble Diosa. Comenzando por los pies, los zapatos parecían pezuñas de borrico: mucha trompa y cuadrada, mucha pala y asiento ninguno, porque oprimidos los dedos, caminaban las madamas haciéndose violencia, sacudiéndose como ranas temblonas, y con huellas manifiestas de callos, clavos y gavilanes. Las medias habían de ser precisamente de *color de carne de doncella*, quizá de *doncella* blanca, porque doncellas había en México, indias, mestizas, pardas y negras. Sobre la ropa interior callan discretamente las crónicas, pero el túnico mal encubría brazos, pechos y espaldas, y estaba tan ajustado y ceñido al cuerpo que seguía todos sus contornos. Remataba la cabeza el peinado, verdadera furia de cabellos, enmarañado laberinto de rizos, cintas y flores, con canastillos invertidos que por irrisión llamaban gorros o sombreros, muy semejantes a los que hoy se usan.

El traje no era nacional. Procedía de la patria común de todas las modas extravagantes y caprichosas, y el Ilustrísimo Prelado a que hemos aludido, en su erudita y edificante Pastoral, nos informa menudamente de dónde provenía y quiénes lo confeccionaban.

"Lá fábrica diabólica de modas se halla establecida, autorizada y protegida en la Ciudad y Corte de París hace ya mucho tiempo: dirige, circula, y vende á buen precio sus manufacturas á todas las demás cortes, que recibiéndolas con aplauso y con comercio pasivo, las comunican á las demás poblaciones con el activo, tan executivamente que todo el inmenso espacio del océano no ha podido impedir, que después de haber pasado progresiva y prontamente de París

á Madrid, y de Madrid á Sevilla y Cádiz, hayan dexado de llegar también a los países remotos de las Américas.

"Esos mismos, que, como estáis ahora leyendo cada día en los papeles públicos, no tienen Religión, fe divina ni humana, palabra ni vergüenza: que en defensa de la traición más vil y en desahogo de su impiedad y codicia, roban y cañonean los Templos Sagrados de nuestra España: que con una irrisión sacrílega de los misterios y de los ministerios más santos de nuestra Religión Católica, se ponen públicamente las Albas y las Casullas Sacerdotales sobre el vestido militar y petulante que les caracteriza: esos mismos (casi que no nos atrevemos á decirlo), esos mismos (se estremecen las carnes, desfallece el espíritu, y se conturba toda el alma al pronunciarlo), esos mismos que en los copones que han robado á las Iglesias... ¡ó gran Dios, Dios de las venganzas! levantaos y juzgad vuestra causa contra esos profanadores incrédulos, que llevan las formas consagradas en el equipage, como el mueble más despreciable de su tren orgulloso! esos mismos que han echado a las Esposas de Jesucristo de sus Conventos: que han forzado á pecar á las casadas: que han hecho gala de llevar públicamente en las Bayonetas los pechos de las mugeres: esos mismos, ó los compañeros que han dejado en Francia, quizá peores que ellos; esos, sus mugeres y sus hijas, sus parientas y concubinas: esos son los autores, los inventores originales, que para destruir nuestra fe y apoderarse de nosotros y de cuanto tenemos, han introducido, y propagado en México el estilo, la costumbre perversa, la moda abominable y venenosa de que lleven las Señoras el pecho y brazos descubiertos, y un vestido los hombres que exite y provoque con su vista á las mugeres: esos son los que creciendo siempre en soberbia y en invenciones malignas a semejanza de los espíritus infernales, están introduciendo con astucia diabólica las medias de color de carne, y enrrejado ó calado diabólico..."

Pero ni las citas del Santo Rey Profeta, del paciente Job, de San Gregorio Magno, de San Antonio de Florencia, de Santo Tomás de Aquino, de Tertuliano, de San Clemente Alexandrino, de San Agustín, de San Francisco de Sales, de San Jerónimo, de San Pablo, de San Juan Crisóstomo, de San Carlos Borromeo, y de otros textos de la Biblia, de los Santos Padres, Pontífices, Arzobispos y Obispos, Sínodos y Concilios, que con tanta erudición enumera la Pastoral del Arzobispo de Méxco, convencieron a las currutacas, petimetras y pirroquitas, ni arrinconaron sus trajes deshonestos, no obstante las excomuniones que en infinidad de casos fulminaron muchos de los varones venerables y santos mencionados. Porque todo ello les entraba por un oído y les salía por otro, y haciendo dengues y cambiando de conversación, decíanse unas a las otras:

Dices muy bien, que refutar la Moda
siempre ha sido majar en hierro frío;
hablemos de otra cosa, pues el Mundo
fué siempre, es ahora y ha de ser el mismo...

Los currutacos o petimetres en 1810 corrían parejos con las supradichas madamas, por su calzado extravagante que a veces parecía lanceta y a veces barco veneciano; las medias detenidas con hebillas, a fin de no descubrir la falta de calzones; los pantalones, cortos o largos, les nacían en los sobacos; las camisas o camisolitas, muy almidonadas y encarrujadas; los chupines, colgados de *dijes;* y los casacones o *fraques,* llegábanles hasta el tobillo, muy abotonados al pecho, pero tan angostos por la parte de atrás:

Que hablando sin mentira
No era otra cosa que una pobre tira,
Que el aire la volaba,
Y al infeliz trasero destapaba.

Tales señoritos más semejaban monas que monos; de hembra parecían sus cuerpos, y era difícil distinguirlos de las hembras, por el mujeril peinado, del que pendía una balcarra en cada lado y zarcillos o aretes en cada oreja.

Los poetas de aquel entonces los pintan con viveza y exactitud, y sería robarles los pinceles y privarnos de sus versos festivos y graciosos, si los cambiáramos en prosa. He aquí un Soneto:

Yo visto, ya vé Vd., perfectamente,
mis medidas son sutiles y estiradas,
las hebillas preciosas y envidiadas,
los calzones estrechos sumamente;
Charretera á la corba cabalmente,
mis muestras son de *Cabrier,* muy preciadas,
mis sortijas en miles valuadas:
sombrero de tres altos prepotente.
Sé un poco de francés y de italiano,
pienso bien, me produzco á maravilla,
soy marcial, y á las damas muy atento.
¿Tengo, Señor, razón de estar contento?
¿Qué me falta? No más de una cosilla...
¡temor de Dios... y algún entendimiento!

Pero el Soneto dibuja el retrato sólo de busto, la letrilla que sigue, lo traza de cuerpo entero:

¡Señor petimetre:
sea bien venido!
¡Oh qué bien peinado!
¡Y qué bravo chico!
¡Callen los Adonis,
perdone Narciso...!
Un dulce parece...
¡Qué terso, qué limpio
qué rizos, qué olores,
qué gusto en vestidos,
qué puesto en las modas,
qué arte, qué brío!

Las damas le aclaman
por parisién fino.
Los gestos estudia,
sabe los cumplidos,
se postra hasta el suelo,
saluda expresivo:
lisongea, adula,
anda muy pulido
de minué con pasos,
haciendo pinitos.
ninguna le gana,
de cuantos se han visto,
á coger pañuelos,
alzar abanicos,
saber dar el brazo,
dulces esquisitos;
llevando dos cajas
de rapé, y palillos:
á doblar mantillas,
componer un rizo,
mondar una pera,
trinchar de lo lindo.
Él dibuja, borda,
y para decirlo,
en una palabra,
es estuche vivo.
Habla con remilgos,
busca terminillos:
hace cuatro versos
aunque robe cinco:
dice dos refranes,
textos... infinitos;
y al ver las damas
tan raro prodigio,
dándole la borla
de Doctor eximio,
pasa entre ellas plaza
de más erudito,
discreto, elocuente,
sabio y entendido.
que los Cicerones,
que los Tito Livios,
que los diccionarios
y los Calepinos!

Fuera de tales habilidades y talentos, las más veces el vivaracho señorito no tenía otro modus vivendi que hacer trampas, pegar topillos, dar sablazos. La casta de los arrancados era numerosa, y otro poeta festivo y modesto de 1810, que se ocultó bajo el seudónimo de *El Chulito Flégile Pávea*, describe a los currutacos bajo este aspecto, informándonos que los llamaban también "recetantes, planchados, o manojutis mexicanos". Tiene la palabra, oigámosle:

En México viven
ciertos hombrecillos;
con perdón de ustedes
voy á describirlos.
Ellos son muy pobres,
no tienen destino
ni colocación;
pero son tan vivos
que pasan la vida
de ageno bolsillo:
ellos se levantan
rabiando de frío,
de su *como-cama*,
de haber mal dormido:
á ponerse empiezan
su *como-vestido*
que consta de piezas
que á otros han servido;
y después acuden
á un *como-lebrillo*,
que tienen con agua
siempre prevenido;
y haciendo mil gestos,
por causa del frío,
se lavan el rostro,
y con un cepillo
cruelmente se estregan
entrambos carrillos,
y queda aquel cutis,
que antes tan pajizo
por el hambre estaba,
de buen colorido:
van al *como-espejo*,
que es tan reducido,
que no cabe un ojo,
para en él ser visto:
cuando ven que están
muy cari-raídos,
salen á la calle
con aspecto altivo;
se entran á un Café,
y entre los corrillos
de conversación
se introducen finos:
en todo dan voto,
como hombres instruídos

en todas materias.
Si hay algún amigo
que ofrezca café,
chocolate hervido,
ponche, té, ó alguna
cosa de lo mismo,
que en la casa venden,
luego es admitido
y el convite, y comen
que es bello prodigio,
como que es de coca...
Mas si el cruel destino
niega este socorro
¡pobres manojitos!
Se van al Portal,
pasan el martirio
de ver tanto bueno
como allí advertimos:
clavan en la fruta
los ojos hundidos:
si hallan quien ofrezca
queso, fruta, vino
etcétera... admiten
al instante mismo;
mas si esto no encuentran
¡pobres manojitos!
No dejan Café,
fonda, bailecillo,
donde no se metan
por ser socorridos...
¡Pobres *recetantes*,
pobres *manojitos!*

Y el buen diarista, a quien debemos la conservación de estas pintorescas y antiguas estampas, que representan tan al vivo a los señoritos mencionados, puso una nota importante a los últimos versos de la letrilla; nota en la que asegura que los *manojitos*, cuando iban a los bailes, mejoraban de sombrero o capa, cambiando uno ú otro, *invito Domino;* y que de allí salían, como los de Calatrava o de Santiago, *Caballeros Armados*, espada o sable ajeno al cinto, que impensadamente se llevaban, mientras que el dueño embobado, bailaba un *minuet* a contradanza, entretenido con mirar los ojos seductores de una *currutaquilla*, tal vez del otro cómplice, y sin fijarse en las afiladas uñas del atrevido y audaz petimetre, digno émulo de la currutaca, y ambos coco y pesadilla de moralistas, prelados y poetas satíricos del año memorable que venimos historiando.

[De *México en 1810*, 1911]

□ *El fusilado*

Al señor don Enrique de Olavarría y Ferrari

El alba, un alba de espléndido colorido, comenzaba a dilatarse derrochando sus toques en el horizonte. Allá flotaban los indecisos contornos de la bruma, destacados apenas en los matices delicados de las manchas de claridad en un fondo gris azulado que evocaba el recuerdo de las irisaciones del nácar. En la banda rosa del amanecer, la nube se teñía como un fantasma ensangrentado, como una túnica de novicia iluminada por un reflejo de incendio, errabundo Proteo que al capricho va del aire, ya pálido encaje, ya vivísimo copo que se disolvía por fin en un lago de blonda claridad. Una orla de lila invadía las fronteras dudosas de la noche, en cuyo fondo sombrío, llama de plata, la estrella del Boyero parpadeaba para perderse.

Y bajo aquel kaleidoscopio inmenso, bajo aquel poema matinal de la luz indecisa, como un contraste despertaba la ciudad dormida, masa de sombras do se adivinaba sobre la confusión de los techos una silueta de torre o la curva armoniosa de las cúpulas; pero la luz no redimía la miseria del suburbio, que ruido por ruido, comenzaba a pulular tras el primer silbato de la fábrica, el primer repique de un campanario de parroquia y el dilatado clamoreo de los gallos, esos heraldos de la diaria fatiga.

Y la mirada, que veía una Beatriz de cándida veste en cada nube; la mirada, que languidecía perdiéndose en el Levante, olvidaba la ternura de los cielos ante esa mancha roja, la flama que pugnaba por brillar en la cárcel de vidrios opacos de un farol de suburbio aún encendido; contrastaba la tímida claridad de la madrugada, violentamente herida por las bandadas de luz que arrojaban a la acera las lámparas de petróleo de una panadería y de una tienda, ante las cuales con grandes canastas tiritaban los pilluelos.

Mal envueltos y tosiendo, barrían y regaban los porteros; un vendedor de té atizaba las brasas de la enorme cafetera en forma de casa, y un jaletinero pregonaba su mercancía con voz cansada.

El suburbio despertaba: la alborada creciente cincelaba con finísimos detalles aquel enjambre de casuchas con techos de paja erizados

de barbas; las barras torcidas de humildes palizadas, el poste encorvado que sostenía un farol roto, un árbol enfermo, un fleco de tules tendido de una pulquería, el santo de piedra de una esquina, y allá en lontananza, en el fondo del cuadro, cual si flotara como un islote de escoria en las incandescencias, envuelto por las nubes, se erguía un crestón de montaña.

Las carretas escandalosas salían de los corrales. Un mayordomo con bufanda y a caballo vigilaba el desfile; vaciaban en la banqueta el agua sucia de un figón, y una familia con blusas de viaje cerraba de golpe la portezuela de un coche de alquiler, cargado en el pescante con un baúl maltrecho.

Numerosos peatones se dirigían al potrero cercano; eran los vecinos del barrio, desmañanados y que ya silbando, ya cantando o dialogando en voz alta, escandalizaban a las calles silenciosas. Allá a lo lejos, rumbo al centro, se adivinaba una masa negra, algo como una ola oscura que se adelantaba coronada por cortas flamas, que recordaban un trigal herido por el sol: aquel puntilleo eran las bayonetas de los soldados. Llegaban las primeras tropas. El rítmico marchar tenía algo de extraño en aquella hora; pronto se divisó un oficial a caballo y después la infantería con uniforme de gala, en cuyo fondo oscuro brillaba el metal de los botones.

Nuevas caravanas de transeúntes invadían las aceras, su andar era precipitado, la fatiga cortaba sus diálogos, bajaban al medio de la calle y rodeaban a la tropa; al parejo de ella, trotando, con el rebozo caído y el muchacho a la espalda, con grandes sombreros anchos, las soldaderas los seguían, escoltadas por sus perros que, locos, contentos, con la lengua de fuera, inquieta la cola y el paso ligero, esquivaban los puntapiés y los pisotones.

Algunos balcones y ventanas se entreabrían, caras descoloridas asomaban tras alzados visillos y en los zaguanes y quicios de accesorias aparecían hombres curiosos envueltos en una frazada o en una manta, niños en camisa y mujeres friolentas.

Muy lejos sonaba una música, dominando un rumor creciente la caballería, que se acercaba al paso, confuso rumor de pisadas de herrados cascos, choque de vainas y sables, sonar de guarniciones, estornudos de caballos y voces de mando. Nuevas tropas se les unían en las bocacalles para formar no sé qué pulular en forma de serpiente, largo cordón oscuro erizado de puntas metálicas.

Bien podía saberse lo que aquel aparato significaba, porque en todas las conversaciones se decía que en el llano, en el llano poco distante, iba a ser fusilado el corneta Margarito López.

Ya era de día. Un último harapo púrpura, un celaje vagabundo se perdía en la postrera raya de áurea transparencia. El sol retiraba su clámide de oro de las cosas, dejando al cuadro toda su pobreza.

Ya podía verse la fealdad del arrabal, ese muladar de casas vetustas y ruinosas, las empolvadas paredes, las callejuelas tortuosas, la zanja a flor de tierra, surcada por esas vegetaciones pálidas, esa enfermedad que se nutre de burbujas venenosas y de aguas hediondas que se teñían de negro, olían a alquitrán y arrastraban irisados manchones de grasa al recibir los desechos de una fábrica de gas; la corriente entonces se hacía lenta, las ondas eran viscosas y se arrastraban con pereza, serpeaban entre bordes deslavados, y a lo lejos, al reflejar el cielo de la mañana, se tornaban en brillante galón de un azul delicadísimo.

Volutas impuras se desprendían de los techos de los jacales; el perro, confundido con cerdos y gallinas, el perro salvaje, el perro hosco de rancho, el husmeador del muladar, inquietado por la muchedumbre, lanzaba un ladrido pertinaz y desesperado.

En pleno llano se levantaba del suelo una nube de polvo sofocante, y crecía para envolver a la muchedumbre; de su seno gris no surgían más que el busto de los soldados, la grupa de los caballos y el aleteo rojo de las banderas. El populacho seguía con chiflidos el compás de un pasodoble que tocaba la banda. Y la multitud que desbordaba las calles estrechas, se perdía como una mancha en la inmensidad de aquel llano monótono, seco, trágico.

Vasta extensión gris donde rastreaban miserables e hirsutos pastos, carbonizados allá, muertos más lejos por la lepra blanca del salitre u orlados por amarillenta pelusa. Un montículo de tierra, la osamenta de un asno, blanqueada por el sol. una planta enana, interrumpían aquella mansión de tonos cadavéricos de una tierra infecunda, asoleada, muerta. A la derecha, entre doble hilera de chopos escuetos, corría la vía de un ferrocarril; plataformas, furgones color de ocre y vagones abandonados, cubrían la fachada de una estación con techo de lámina; a la izquierda se alzaban los bordes de una zanja, trepados por taciturnas ortigas de flores anémicas y terrones de lodo endurecido, de donde colgaban resecas espadañas, que enmarañadas en las grietas hacían pensar en las cabelleras de no sé qué muertos mal enterrados.

Y en el fondo del paisaje, como si fuese una ruina, se erguía la Escuela de Tiro, aún no concluida; por el ojo de un arco se miraba un trozo de limpio azul y un vellón de nube, única nota serena y dulce en aquella soledad patética.

Las ráfagas refrescantes de la mañana pronto se calentaban en aquel sueño bañado de sol. Las tropas, empolvadas, formaban el cuadro; la plebe trepaba a las eminencias, se echaba por tierra y lanzaba comentarios al aire libre. Veíanse pulular puntos negros en la lejanía, sombreros de palma, las manchas de color vivo de una frazada, la blancura de una manta, el azulear de los rebozos de las

mujeres; coches de sitio con gentes hasta en el pescante, jinetes al galope, toda esa abigarrada pléyade que denuncia las ferias, las grandes paradas y los desórdenes.

Niños rojos de fatiga, con el sombrero en la nuca, la corbata deshecha, las medias destacadas y caídas sobre el zapato blanco de polvo, a manera de polainas; jadeantes y empapados en sudor, querían ver, metían la cabeza entre dos espaldas de lépero, se abrían camino con los codos, se aventuraban entre las ancas mismas de los caballos, que se estremecían cosquilleados por la valla que tenían atrás. Los que llevaban reloj decían que ya la hora se acercaba, y todos miraban con impaciencia. La menor polvareda hacía correr un estremecimiento en aquel mar humano; todos se empujaban, se empinaban para ver; un señor de edad se subía sobre los hombros a un niño rubio, en cuyas pupilas de un límpido azul se adivinaban mil preguntas; otros abrían quitasoles blancos; las mujeres, sombrillas de color, mientras que los jinetes se paraban en los estribos dominando aquel mar de cabezas; un pilluelo atrevido había logrado que lo dejaran pararse en el techo de un coche, y sus amigos, para no fastidiarse, apostaban a quién tiraba más lejos una piedra.

El calor crecía, el sol picaba, las mujeres hacían de sus rebozos una capucha protectora; algunos varones improvisaban con el pañuelo un quitasol, o secábanse la frente y el hule de sus sombreros, dándose aire con éstos. Las posturas denunciaban el cansancio, parábanse todos en un pie y los despreocupados, por último, tendían un paliacate en el suelo y se sentaban abrazándose las rodillas.

De la estación cercana se escapaban algunos ecos: el soplo intenso del vapor de una locomotora, sonoros martillazos, silbatos de aviso y una máquina lista a partir, sola en medio de la vía, llamaba la atención de los curiosos. Brillaban, heridos por el sol, el émbolo, la campana de bruñido bronce y las cintas de cobre; un hombre, una mancha con blusa azul, aceitaba las ruedas; tras dos cortos silbidos avanzó lentamente, sonando su campana: iba a quitar de la vía unas plataformas cargadas de piedra.

Ya se había formado el cuadro, un inmenso cuadro. Rielaba la luz en el metal de las armas y de los uniformes, interrumpían la corrección de las filas alineadas los tambores e instrumentos de los músicos por tierra. Los oficiales un paso al frente, los jinetes que recorrían la línea, y sobre las cabezas los guías rojos y las banderas. Un punto negro, un perro, se había deslizado hasta el centro; quizá le espantó hallarse en aquella extensión, cerrada por una muralla humana, que echó a correr desesperadamente en medio de la atroz rechifla del populacho. Y allá en el fondo se erguía un montículo, el lugar donde paraban a los reos; no sé qué planta carbonizada lo coronaba. Se abatían en ella algunas aves juguetonas, que pare-

cían las flores negras de aquellas ramas escuetas y torcidas.

¡Ahora sí!... Hubo un largo estremecimiento, sonó una corneta, después otra y fueron corriendo los toques y oyéndose más débiles a lo lejos. ¡Sí!... Allá, envuelto por el polvo, venía un coche escoltado por la Gendarmería Montada, al galope, y detrás, cayendo y levantando, una ola de pueblo. El desorden era incontenible, los caballos se encabritaban, los cuellos se tendían y de las secas bocas se escapaba un soplo jadeante de curiosidad y de emoción.

Fue una rápida aparición; el coche pasó a la carrera, en medio de un murmullo que crispaba por su significado; apenas se podía ver el sorbete de un repórter en el pescante, dentro del coche un soldado sin kepís, rapado a peine, con los ojos bajos; un fraile muy pálido con un crucifijo en la mano, y el puño de la espada de un militar. El vehículo se detuvo a lo lejos. No había en aquel momento más que un solo latido en la inmensa multitud, una sola respiración, una sola mirada intensamente fija en aquel montículo donde los pájaros retozaban.

El silencio era absoluto, el eco repetía los gritos del Mayor que notificaba a la guarnición la pena que iba a sufrir el corneta... y se oía muy claro el rodar de la máquina, que volvía sonando su campana y resoplando; aquella campana lenta adquiría sonoridades elegíacas.

El coche se alejó. Viose un grupo de gentes vestidas de negro frente al montículo, un hombre pequeñísimo por la distancia, al que abrazaban, una hilera de soldados, un oficial que producía un relámpago con la espada, después fingía un a fondo, seguido de una descarga desigual... Un hombre que caía boca abajo, y entre la blanca humareda teñida suavemente de azul, la parvada de los pájaros que volaban azorados del montículo lanzando sus trinos y yéndose a posar en un alambre de teléfono.

La máquina se había enganchado a los vagones, la campana volvió a sonar y se vio el desfile de los carros en cuyas ventanillas se destacaban los rostros de los pasajeros.

Las tropas desfilaban frente al fusilado, y al grito de "¡vista a la derecha!" del oficial, respondió la despedida del silbato, tan agudo grito, tan intenso ¡ay! que parecía un sollozo desesperado.

*

Un perro olía las manchas de sangre, y un oleaje bárbaro rodeaba un carro de ambulancia; todos corrían tras él, y en la muchedumbre, como un animal perdido, una mujer galopaba desesperada, llevando a la espalda un niño que reía tirándola de las trenzas; no sollozaba, lanzaba desesperantes alaridos, sacudida por el dolor, con-

vulsa y bebiéndose dos hilos de gruesas lágrimas.

La máquina silbó en la curva una vez más, y su penacho de humo, después de flotar lento en el aire, se abatió en el llano bajo el sol espléndido de un día alegre, azul, primaveral.

[De *Cosas vistas*, 1894]

☐ *El descanso de la marquesa*

—¿Y adónde va usted este verano, mi querida marquesa?

—A descansar al campo, amigo mío. ¡Estoy muerta de fatiga! Piense usted en lo que he hecho este invierno... En primer lugar, el trabajo que me han dado los dos asilos de que soy presidenta. Faltaba todo: camas, ropa blanca, mantas... He escrito más de mil cartas; he organizado tres funciones teatrales, dos gardenpartys y dos cotillones de sociedad... ¡Y luego mi vida social! Llevo la estadística: doscientos bridges, ochenta tés, ciento veinte comidas, setenta y cinco almuerzos (fuera de los de casa), y las semanas de guardia en Palacio... Estoy muerta, amigo mío, y me voy a Biarritz a una villa solitaria, a reposar siquiera tres meses. Ya tengo mi programa.

—¿Quiere usted decírmelo, marquesa?

—Es muy sencillo: Me levantaré a las diez... ; ¡ni un minuto antes! A las once habré acabado mi *toilette,* ¡y a caballo!, al bosque, con "Auto". (Auto es el perro de la marquesa.)

—¿Y después?

—Volveré a la villa a la una e inmediatamente, en la playa cercana, por prescripción médica, tomaré un baño de mar... Necesito tónicos, amigo mío. De otra suerte, me voy a poner neurasténica. Piense usted: "doscientos bridges, ochenta tés, ciento veinte comidas, setenta y cinco almuerzos..." Un baño de mar me hará mucho bien...

—¿Sabe usted nadar, marquesa?

—Como un delfín...

—Diga usted más bien como una sirena.

—¿Usted cree que las sirenas nadaban bien?

—Cuando menos nadaban elegantemente... Además, debían estar muy "entrenadas", para poder sacar el pecho fuera (el maravilloso pecho, que latía con el mismo ritmo de la veleidosa ola eterna...) y tener las manos libres...

—Las manos libres, ¿para qué?

—¡Para tocar la lira, marquesa! ¿No ve usted que se acompañaban con la lira sus canciones?

—¿Qué canciones?

—¡Ah!, mi querida marquesa; he aquí justamente lo que no ha podido averiguarse nunca. Ya Edgar Poe se lo pregunta en un epígrafe: "¿qué canción cantaban las sirenas?" Misterio... Pero divago, amiga mía, y me olvido de su programa. Después del baño almorzará usted, naturalmente.

—Almorzaré, sí; a la una y media.

—¿En la villa?

—Alguna vez, claro, en la villa; pero en la mayor parte de la semana, fuera. ¡Qué quiere usted!, hay tantos amigos que la invitan a una... De dos y media a cuatro, ya sabe usted: el café en el hall, los "potins" del balneario. Hay que murmurar un poquitín, ¿verdad? Eso no es pecado. Eso es la salsa de la vida... Hablo de murmuraciones "blancas"; crítica de trajes, por ejemplo... ¿Verdad que eso es inocente?

—Es la inocencia misma, marquesa, y ayuda a refinar el gusto.

—A las cuatro, me voy al golf, un día sí y otro no.

—Sé que es usted habilísima...

—No lo hago mal. Y tengo mucha resistencia. A veces corro dos horas sin descansar... Pero por lo regular juego hasta las cinco, el "día sí".

—¿Y el "día no"?

—El "día no", a las cuatro hago una excursión en automóvil. Voy a San Sebastián; a veces a Pau; otras, a merendar a Rentería; otras, a Cambó, etcétera, etc. Tengo ahora un Peugeot espléndido.

—¿Cuántos a la hora?...

—Hasta cien, amigo mío, cuando se puede. ¡No hay nada que me entone tanto como cien a la hora!

—¿Y la merienda?

—El "día sí" (esto es, cuando juego golf) la tomo en Biarritz, al volver, en casa de Miremont... Se charla un poco, se ríe.

—Se critican trajes...

—Sí, murmuración "blanca", ¡ya sabe usted!

—Y un poco de flirt...

—Claro, un poco de flirt...

—¿Y después, marquesa?

—Después, hay que vestirse para la comida...

—Comerá usted en la villa...

—¡Quia! Si no me dejan... Es decir, como alguna vez; cuando invito yo, por cumplir.

—Y el *après diner*, ¿en qué lo emplea usted, marquesa?

—Pues mire usted, muchas veces me quedo con amigos en el hall del Palais hasta la media noche. Se juega el bridge, se charla... o se bailaba el tango... la danza del oso... ¡qué sé yo!

—¿Y pasada la media noche?

—Al casino. ¡A los caballitos!...

—¿Gana usted?

—Pierdo, porque busco el desquite. A veces me quedo hasta las dos de la mañana esperando la "chance"... Conque ya sabe usted, mi querido amigo, cuál será mi programa. Le aseguro a usted que necesito una vida así, "de reposo"; siquiera dos meses. Estoy muerta de fatiga con este Madrid... ¡Compadézcame usted, amigo mío, compadézcame usted!

—Felizmente, con el programa "tan descansado" que me detalla usted, para el otoño se encontrará como nueva...

—Lo necesito, amigo mío, porque en octubre estoy invitada a un castillo de la Loire, a varias cacerías... y eso fatiga un poco.

—Beso a usted los pies, marquesa.

—*Au revoir*, amigo mío, y venga alguna vez a verme a Biarritz. Necesita usted también reposar un poco.

—Iré, marquesa, y recitaremos en el jardín, a coro, "Qué descansada vida", de Fray Luis...

—¡Eso es! ¡Eso es!

[De *Crónicas*, 1928]

Crónica policial del siglo XIX

[Luis Pérez Verdía / Dr. Atl]

☐ *El asesinato del gobernador de Jalisco, Ramón Corona*

El domingo 10 de noviembre, a las cuatro y media de la tarde, para obsequiar una invitación que le hicieran unos actores de una modesta compañía dramática, se dirigía Corona al Teatro Principal a la representación de *Los mártires de Tacubaya,* acompañado de su esposa a quien daba el brazo y de su hijito Carlos, que llevado de la mano por su ama iba por delante. Por la calle de Pedro Moreno anduvo dos cuadras y dio vuelta a su derecha por la de Degollado, tomando la acera que ve al Oriente, y cuando casi llegaba a la del Carmen (hoy B. Juárez) cerca de la esquina, fue violentamente agredido por la espalda, por un hombre de la clase media, que sin ser advertido lo seguía, y de puntillas y aprisa se le acercó, hundiéndole un puñal en el cuello y asestándole un nuevo golpe en el hombro derecho. Al sentirse herido dio media vuelta para enfrentarse a su agresor, pretendiendo sacar un pequeño verduguillo de su bastón de puño de marfil, lo que no pudo hacer porque la lesión le había desarticulado el brazo; entonces el agresor le dio otra puñalada en el vientre y como la señora tratase de interponerse, también a ella le infirió una herida que resultó ligerísima porque las varas del corsé contuvieron el arma.

Corrió luego el asesino para la mitad de la calle y allí violentamente se dio cuatro puñaladas, atravesándose el corazón y cayendo muerto en el acto. Corona, que salía de su sorpresa, al ver aquello le dirigió estas nobilísimas palabras: "*desgraciado, ¿qué haces? te perdono*" y sin decir más dio la vuelta y se dirigió a Palacio a pie, con mil trabajos y dejando un reguero de sangre. Apenas pudo llegar hasta la Inspección de policía, de donde en brazos lo subieron a sus habitaciones.

Llegaron a poco los Doctores Garciadiego, Bustamante y Arce y otros muchos que declararon que las tres heridas eran graves, siendo mortales la del cuello que exponía al paciente al choc y la del vientre que había roto los intestinos.

La noticia se esparció por toda la ciudad con la rapidez del rayo y cuando yo llegué un cuarto de hora después, lo encontré con terribles dolores, con una resignación profunda y lanzando en voz

baja un continuado ¡ay!

Di parte de lo acaecido al Presidente de la República y como a las ocho de la noche se trató por los médicos de hacerle la laparatomía para coserle el intestino roto. El Gral. Galván con sumo interés propuso que para eso se llamase a un cirujano de México, a lo que se oponía el Dr. Bustamante por creerlo depresivo para el cuerpo médico de Guadalajara; pero la gravedad subía de punto y bien pronto quitó toda esperanza: a las siete y cincuenta y cinco minutos de la mañana del 11 de noviembre de 1889 exhaló el último aliento a los cincuenta y un años de edad.

Había nacido en el pueblo de Tuxcueca a orillas del Chapala, de padres muy pobres, pero dotado de muy buena capacidad, de un gran corazón y de un valor temerario, tomó las armas en defensa de la Constitución en noviembre de 1858 y se elevó rápidamente, dando siempre ejemplo de moralidad y orden.

El Gral. Riva Palacio que lo conoció en los combates y lo trató en los salones, lo juzgó en estos términos:

"Corona era un hombre tan dulce en su trato familiar como rígido en el servicio. A los que no le trataron íntimamente o que le trataron sólo como hombre de sociedad, les hubiera parecido increíble que el General fuera el mismo hombre que el amigo.

"El valor de Corona no era el valor del entusiasmo loco, sino el frío y reflexivo del hombre de corazón grande. Por inminente que fuese el peligro, apenas podía conocerse su preocupación por un ligero fruncimiento de cejas y por la mayor fijeza en la mirada.

"Como patriota tuvo siempre por México el amor respetuoso que se profesa a una madre; así es que buscaba y pensaba sólo en su bien.

"Si abrigaba en su corazón algunas ambiciones, era con el deseo de llevar a cabo proyectos con los que creía engrandecer a la patria y buscar el perfeccionamiento social. Deseoso siempre de aprender en el libro del mundo y de la experiencia, fijaba una atención tenaz en las conversaciones de los hombres a quienes él tenía en algo y cuando había encontrado en ellos alguna idea que le pareciera digna de aprovecharse, decía con mucha ingenuidad: 'Repítame eso o explíqueme eso'. Y era seguro que no lo olvidaba nunca.

"Dotado de gran memoria y de notable penetración, aprovechó como pocos hombres el trato social, y por eso aún prescindiendo de su valor, pudo ocupar siempre un lugar tan distinguido en su país."

Se le consideraba en toda la nación como abocado a la Presidencia de la República y aunque eso halagaba su amor propio, jamás pensó en conseguir tal fin por medios ilegales, y así fué que

cuando tuvo lugar el último pronunciamiento del Gral. García de la Cadena en octubre de 1886, se le invitó para que tomase parte en la conjuración mostrándole el compromiso de muchos altos jefes del Ejército y haciéndole proposiciones tentadoras; pero cerró los oídos a la seducción y contestó que nunca mancharía su hoja de servicios con una deslealtad al Gobierno, ni se valdría de medios revolucionarios.

A su regreso de España algún periódico serio publicó su retrato con esta expresiva quintilla:

De inteligencia, valiente,
y de una honradez notoria
¿Quién al verlo no presiente
Que coronará su historia
Siendo un digno Presidente?

En el Gobierno del Estado desplegó incansable actividad y dió muestras de una afabilidad y una moderación inauditas: jamás se alteraba, recibía a todas horas y toleraba sus pocos enemigos, oyéndolos siempre y colmándolos de atenciones. En una ocasión en que me enseñara una carta que acababa de recibir de un funcionario federal, bastante irrespetuosa y hasta insolente, diciéndole yo que me parecía no debía contestarle, me respondió con calma: "No, amigo, si Ud. encuentra en su camino a un *meco* ¿se vuelve Ud. *meco?*"

Su amor a la Instrucción Pública se patentiza con la siguiente anécdota de la que salgo garante. Debiendo verificarse la distribución de premios en todas las escuelas del Estado en julio de 1889, no había disponibles en la Dirección de Rentas mil pesos que se necesitaban, lo que hizo que tal acto se retardara, e impuesto el Gobernador de la causa, me ordenó que fuese con el Director Sr. Gómez y le expresara que me entregase inmediatamente aquella suma sin pretexto alguno y que si carecía de fondos hiciera uso de los *papelitos* que él le había entregado.

Cuando cumplí sus instrucciones, el Sr. Gómez me hizo saber que los *papelitos* susodichos eran unos pagarés extendidos al Banco Nacional por Corona en lo particular, y de esa suerte comprometiendo su crédito personal fue como se pudieron efectuar los premios a los niños.

La noticia de la muerte de aquel buen gobernante fue anunciada luego por el cañón que estuvo haciendo un disparo cada cuarto de hora, y la noticia llenó de pesar a toda la sociedad. El cadáver se expuso en el salón principal de Palacio, erigido en capilla ardiente y estuvo rodeado por todos sus amigos.

El asesino, Primitivo Ron, era un joven de 22 años que había

sido director de la escuela de Mezquitán, de la cual fue destituido por violaciones al laicismo legal, pues hacía allí propaganda protestante. Su cadáver fue llevado al anfiteatro, donde se conserva su homicida mano, y en sus ropas se le encontraron algunos papeles sin importancia y el siguiente escrito de su puño, que revela su demencia y el pernicioso influjo del más desconsolador materialismo en su espíritu herido por la ambición y el desengaño, que llegaba hasta juzgarse inflamado por ardiente caridad en los momentos mismos en que se aprestaba al crimen:

"MANIFESTACIÓN. MI DECISIÓN (sic) SUICIDA. Próxima está la hora en que debo concluir, mis órganos cerebrales y mi Dignidad no pueden dejar de funcionar y por eso no se resienten a cumplir con su misión humana —¡suicidarme! he aquí el único remedio que encuentro en este planeta para mis dolorosas enfermedades— como la suerte del muy patriota guerrero Eshuahuácatl y del literato y profundo filósofo Manuel Acuña, es mi destino y no hay un ser que lo impida, luego esa es la voluntad del Ser supremo, voluntad que yo debo cumplir gustoso.

"Si me suicido es por las razones siguientes: 1a., porque desde que nací he sufrido intensamente. 2a. Porque he sido despreciado por las mujeres, prueba de ello es que jamás he tenido una novia. 3a. Porque he sido injustamente la burla de mi parentela, de mi tierra natal, de la I. M. E. del Sur, del Gobierno del Distrito Federal de México, de la junta Directiva de estudios de Jalisco y del Comercio. 4a. Porque no puedo remediar la situación de mi familia, de las viudas, de los huérfanos, de los heridos, de los enfermos, de los caminantes, de los soldados y de la humanidad doliente. 5a. Porque para mí no hay goces de ninguna clase, pues el aroma de las flores, el dulce de las frutas, el canto de las aves y los ecos de la música no deleitan a mis sentidos, por el contrario sufro mucho al ver que todos no pueden gozar, como yo lo deseo y 6a. Porque yo no quiero sufrir más en el porvenir; no quiero echar al mundo hijos que sean desgraciados. Por eso pues mi ser atribulado no encuentra fuente alguna donde saciar su sed más que en la del suicidio. —JUSTICIA.— Si yo me suicidara únicamente, se burlarían de mí los teólogos y sus admiradores diciendo: Vean el paradero fatal que tienen los ateos ¡suicidarse! como su único recurso; pero no, yo quiero hacerme justicia porque en los tribunales no existe como creo que no habita casi en el mundo.

"Haré que baje al sepulcro conmigo el que es causa de mi suicidio. Sí, que muera el General D. Ramón Corona. ¡Qué muera para que escarmienten todos los Gobernadores de los Estados de la República y todos los gobernantes del mundo! ¡Que sea esto para escarmiento y felicidad de muchos gobernadores presentes y futuros!

"Y vosotros ¡futuros críticos! no soy asesino; prueba satisfactoria que mi nombre no consta en ninguna cárcel u hospital. Si no lo desafié a muerte porque no habría aceptado mi desafío.

"Aclaración anatómica y fisiológica. Bien pueden los ilustres médicos Don S. Garciadiego y D. Perfecto Bustamante hacer autopsia a mi cadáver y estudiar minuciosamente mis cuarenta y tres órganos cerebrales para que examinados los órganos de la amatividad, acometividad, aprecio de sí mismo, Benevolencia, Imitación, Idealidad, Sublimidad y Maravillosidad vean cuán voluminosos están así como los de las funciones que ejercieron. Y así se verá si el sistema de Francisco José Gall está de acuerdo con todos mis actos humanos, pues poniendo por testigo a toda la sociedad de Sayula, Zacoalco, Zapotlán, San Gabriel, Autlán, Guadalajara, Ocotlán, Poncitlán, Tequila, Ameca y algo de México; manifiesto que nunca fui egoísta, ambicioso, lujurioso, huraño, hipócrita, cruel y calumniador. *Mi familia...* MI CREADORA.— Madre Naturaleza, origen y fin de mi ser: Tú que estás llena de infinito amor, a ti te dirijo quizá por última vez mi feneciente voz. Muero creyendo y esperando y con el corazón iluminado con la antorcha de la caridad que tanto amé, yo creí que era otra mi misión humana; pero no, esta nomás es. Bajo pues al sepulcro con la plena satisfacción de que cumplí siempre con mis deberes. Te suplico, ¡Madre hermosísima! omnipotente, amorosa y sapientísima! que si existe Dios más allá le digas que yo no puedo reconocerlo porque no le he conocido, ni le conozco aún; que si más allá de la tumba, se da a conocer conmigo, entonces yo donde quiera después lo reconoceré.

"Y tú, naturaleza, que te has dado a conocer conmigo, a ti sí te reconozco, tú eres mi principio, mi origen, mi madre, mi protectora, mi refugio, mi consuelo y mi fin. A ti te seguirá reconociendo mi ser corpóreo que vendrá a ser flores, cuyo aroma embriagará a las doncellas púdicas; que vendrá a ser pan que mitigará el hambre de la pobre esposa, de los llorosos hijos, de la desamparada viuda y de los infelices huérfanos: que vendrá a ser frutas cuyo sabor satisfacerá el gusto de las canoras aves y que vendrá a ser pasto que mitigue el hambre de los trabajadores animales. Y mi alma, este ser incorpóreo, que vuelve a tornar a su lugar hacia tu amante seno. Recíbela pues Madre Naturaleza:

"Yo deseo habitar en otros Cielos y tierras nuevas donde more la justicia para gozar en unión de los humanos pasados, presentes y futuros.

"Mansión de Empédocles, Critias, Litré, Ramírez, Acuña, Danton, Jesús y Voltaire, recibidme en vuestro seno, la Inmortalidad feliz o la Tumba.

"Viva el ilustre Naturalismo y el sapientísimo Panteísmo. *Primitivo Ron.* Una rúbrica. Guadalajara. Noviembre 6 de 1889."

[Luis Pérez Verdía,
Historia particular del Estado de Jalisco, 1952]

□ *Primitivo Ron*

Me había dado la chifladura de estudiar pintura y entré de aprendiz en el taller de un pintor que se llamaba Felipe Castro, un viejecito muy amable, muy trabajador, que conocía muy bien su oficio y que pertenecía a la Escuela Académica.

A los pocos meses de entrar en el taller, don Felipe me encomendó el trazo de un gran cuadro que representaba la glorificación de la Virgen del Carmen. Trabajé con empeño. El maestro encontró de su agrado el dibujo y me indicó que podía comenzar a darle color. Empecé con grande entusiasmo a embarrar la tela un domingo por la mañana, muy temprano, y no abandoné el trabajo hasta cerca de las cuatro de la tarde. A esa hora abrí uno de los balcones del taller y me puse a mirar la calle de la Maestranza, desierta en aquel momento. Yo me solazaba pensando en los elogios que el maestro haría ante la pintura esbozada, cuando vi aparecer en el fondo de la calle tres hombres que venían despacio y que se detuvieron bajo mi balcón. Traían un aire misterioso. Yo me incliné para verlos bien. Reconocí a uno de ellos: era mi amigo Primitivo Ron —un muchacho alto, delgado, muy nervioso a quien le decíamos "el loco Ron". Era hijo de un profesor de instrucción primaria extremadamente severo en su conducta, en sus modos y en su vestir —siempre andaba vestido, a pesar de su pobreza, de levita negra, sombrero de bola, corbata de tirita— y revestido de una grande dignidad. La madre era una santa señora alta y gruesa, muy blanca y muy guapa, Tenía varias hermanas muy bonitas y un hermano, que también era profesor.

Primitivo Ron siempre andaba exponiendo entre sus amigos fantásticas teorías. Nos divertía mucho su modo de hablar incoherente y chispeante a la vez. Tenía un tic nervioso que le hacía contraer un extremo de la boca y guiñar constantemente el ojo izquierdo. Era extremadamente sensible: la más pequeña observación lo impresionaba, y cuando le gritábamos o reñíamos con él, bajaba los ojos, palidecía y se quedaba como asustado.

Yo no alcanzaba a oír lo que Primitivo y los otros dos tipos decían, pero me pareció que lo reprendían. Iba a gritarle: Primitivo, Primitivo, ¿qué andas haciendo?, cuando me distrajo el movimiento

de dos figuras que aparecieron en el otro extremo de la calle. En ese momento los tres hombres precipitadamente abandonaron el lugar en donde estaban y atravesando la calle se apostaron en una esquina.

Las dos personas que me llamaron la atención eran el general Corona, gobernador del Estado y su mujer.

Yo sentí al verlos el entusiasmo que teníamos todos los estudiantes de Guadalajara cuando veíamos al general. Él se había conquistado por sus proezas militares y por la protección decidida a la juventud, una simpatía incomparable. Tenía, además, una magnífica presencia y modos muy amables con todo el mundo.

El general venía vestido de ceremonia —levita negra cruzada, pantalón a rayas, sombrero de copa y caminaba parsimoniosamente. Daba el brazo a su mujer. Su mujer vestía también de negro y llevaba sobre el pecho una gran cadena de oro con un reloj prendido hacia el lado izquierdo.

El general y su mujer llegaban ya casi a la esquina de la calle para dar vuelta hacia el Teatro Principal, donde se daba una fiesta estudiantil, cuando Primitivo Ron se desprendió de los otros dos individuos que lo acompañaban, y a paso lento se dirigió a la esquina que el general debía voltear y ahí esperó un momento. Llevaba la mano derecha metida entre el saco y el chaleco, y al llegar el general junto a él se le echó rápidamente encima y lo acribilló a puñaladas. La señora se interpuso y Primitivo Ron le asestó una puñalada que hizo pedazos el reló.

El general se tambaleó, se recargó contra la pared, inclinó la cabeza y buscó la ayuda de su mujer...

Primitivo Ron corrió a la esquina de donde había venido, y uno de los individuos que lo esperaban le hundió varias veces el puñal en el corazón. Primitivo Ron cayó sobre la banqueta chorreando sangre, con la cabeza sobre las piedras del arroyo y los pies junto a la pared.

En toda esta escena no hubo un grito, y fue tan rápida, que apenas pude darme cuenta de su desarrollo. Yo estaba paralizado por el terror. Quise gritar pero no pude. Quise bajar corriendo pero mis piernas no me sostuvieron. Al fin trastrabillando entré al taller y me dejé caer sobre una silla. Allí me encontró el maestro, que llegó nerviosísimo, porque ya la gente le había contado el crimen —de muy distinta manera a como aconteció—. Yo le referí minuciosamente lo que había visto.

—Lo mejor será que te calles, me dijo, porque si dices algo te van a despachar al otro mundo. Esto es una cuestión política.

En mi casa me amenazaron si yo hablaba y me encerraron en un cuarto.

Al día siguiente un periodista, que era al mismo tiempo profesor de literatura, Manuel Caballero, precursor del sensacionalismo de Hearst, publicó una extra de *El Heraldo* lleno de grandes encabezados rojos exponiendo en forma muy sensacional el asesinato del general Corona y el *suicidio* de Primitivo Ron. Las planas del periódico estaban llenas de impresiones de manos ensangrentadas.

La gente no creyó en la historia del *suicidio*. ¿Cómo es posible —decía todo mundo— que un hombre haya podido darse él solo cinco puñaladas en el corazón? En todas partes se contaba en voz baja que en aquel hecho sangriento estaba la mano de Porfirio Díaz, presidente de la república.

Cuando se supo que había un testigo del suceso, se buscó a ese testigo pero no se le pudo encontrar porque ya lo habían escondido —mi padre, prudentemente, me hizo desaparecer.

Al cabo de algún tiempo, cuando ya la excitación pública se había calmado, me pusieron en libertad, sacándome de un sótano donde me tenían. Yo estaba ansioso de oír lo que la gente decía, de contar la verdad y, sobre todo, de ver el corazón de Primitivo Ron, que según informes que yo había recibido secretamente, se conservaba dentro de un frasco en una sala del Hospital de Belén.

Al hospital fue mi primera salida, en compañía de un amigo. No nos atrevíamos a preguntar a nadie dónde estaba el corazón de aquel hombre, pero como mucha gente iba a verlo, pronto nos enteramos del sitio. En una sala pequeña, sobre una mesa, había un gran frasco blanco lleno de alcohol y dentro el corazón de Primitivo.

Alrededor había un grupo de gentes muy atentas a las explicaciones que daba un personaje sobre el extraño suicidio.

Era un hombre de fuerte complexión, moreno, con una gran barba negra, de boca sensual y autoritaria. Los ojos de este hombre eran penetrantes y malévolos. Cuando me vio, dejó de hablar y me miró —me miró con rabia— amenazante.

A pesar de mis pocos años y de mi situación embarazosa ante aquella gente y delante de aquel hombre agresivo, sentí una oleada de indignación, y quise hablar. Mi amigo lo notó, me hizo una seña misteriosa, me llamó aparte y cuando hubimos salido de la sala me dijo:

—¡Si tú hablas, te van a poner el corazón en otro frasco de alcohol!

Yo me callé, cobardemente, desde entonces, y hasta hoy cuento la historia.

[Dr. Atl, *Cuentos de todos colores*, 1933]

□ *Valle-Inclán ante el juez*

Asegura Manuel Azaña —doctor *honoris causa* en pronósticos de esta índole— que el estreno de *El hijo del Diablo,* de Joaquín Montaner, se recordará como lo más saliente de la vida literaria del otoño de 1927. ¿Se recordará en efecto? De cualquier modo, el suceso merece que la crónica lo recoja, consignándolo en sus dos etapas: la teatral y la jurídica.

ETAPA TEATRAL

Una noche, en el teatro Fontalba, *El hijo del Diablo* sale a luchar con la psicología característica del público de los estrenos y hace valientemente sus primeras armas. Se trata del drama del hijo de Don Juan, del drama de un pequeño Tenorio en quien se suponen todas las cualidades heroicas de su padre, menos dos que le faltan: el genio de la acción (o sea: la buena suerte) y la fortaleza y destreza físicas. Hay, pues, todo un mundo imponderable —los sedimentos de una tradición magnífica— dispuesto a contribuir al triunfo del drama en su noche de prueba.

Así es. Los actos primero y segundo pasan con entera felicidad. Fácil en apariencia —sincero, convencido— el auditorio otorga a manos llenas sus favores: la claque está victoriosa; los amigos del dramaturgo, radiantes. ¡Cuántas veces no ha tenido éste que salir a la escena para escuchar el homenaje que se le tributa! ¡Cuántas no ha habido que levantar el telón para que Margarita Xirgu y demás actores hagan dique a la marea de aplausos que va hacia ellos!

Pero llega el tercero de los cinco actos. Aquí la Xirgu logra uno de esos momentos propios de su manera, de su temperamento, de su voz. La situación dramática del personaje que ella encarna la invita a desenvolver el clímax: ella lo violenta a su modo. El corte rotundo y romántico de los versos que pronuncian sus labios parece exigirle lo más agudo de su énfasis; ella lo prodiga sin regateos. Entonces —cosa inevitable— estalla el aplauso estruendoso, la ovación ensordecedora con que el público, dócil al carril, premia la obra del poeta y la interpretación de la artista. Y de esta suerte —algunos

lo temían; muy pocos lo sospechaban— el vicio de la bonanza va a engendrar la borrasca y a desencadenarla.

Porque entre las voces que claman de entusiasmo descuella una tan clara, tan enérgica, tan cálida, que los aplausos parecen abrirle sala para que ella sola recoja la gloria ambiente y la exprese. Es una voz hecha a dominar tempestades. Los bravos, opacándose, le forman marco. Ella grita: "¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Muy bien!" Y justamente entonces, en la fugaz coyuntura del clamor y el silencio —en el supremo éxtasis colectivo del ¡muy bien!— rompe otra voz (ésta más convincente, más autoritaria, aunque más suave), la cual toma por asalto el baluarte laudatorio con tres frases de resonancias también paralelas:

—¡Muy mal! ¡Muy mal! ¡Muy mal!

Se hace el hueco de la sorpresa. Luego se arma un alboroto enorme... "¿No fue la voz de don Ramón del Valle-Inclán?"... "¡Sí, su voz ha sido!"... Cien espectadores del patio de butacas se ponen en pie y buscan con la mirada el sitio de donde partieron los gritos desaprobatorios. Otros gesticulan, amenazan, rugen. Vuelven los aplausos y los bravos, ahora en son de desafío. La atmósfera placentera de la sala se tiñe de ira. En el foro, la Xirgu, jadeante de emoción —la emoción del drama, la de la censura, la del escándalo— va desmayándose. Un temblor se apodera de ella: le sube de los pies, de las manos; le alcanza el rostro, una de cuyas mitades, por la región de la boca, se entrega a estremecimientos independientes, anárquicos.

Los cien energúmenos cercan, a distancia, a don Ramón:

—¡Fuera! ¡A la calle!

Pero don Ramón, gran estratega y excelente táctico, no se mueve de su asiento: tal como está, lo defienden varias filas de butacas. En torno suyo, además, va congregándose un grupo de amigos que acude en su auxilio. Allí están Araquistáin, Negrín, Rivas-Cherif, Vighi, Chabás y otros veinte.

Entra el delegado de la policía:

—Tenga usted la bondad de salir.

—No me da la gana.

El delegado:

—¡Le mando a usted que salga!

Don Ramón:

—Le mando a usted que cumpla con su deber: ¡a la cárcel con los que aplauden!

Arrecian los gritos, pero ahora en dos órdenes contrapuestos: los del aplauso; los de la censura.

—¡A la calle!

—¡Viva Valle-Inclán!

—¡Fuera!

—¡Viva!

Margarita Nelken asoma la cabeza entre las columnas de un palco. Varios grupos de señoras aplauden a don Ramón: responden en el patio, en la galería. Don Ramón se levanta y saluda. En la gradería más alta se produce una contienda local...

ETAPA JURÍDICA

Hace veinticinco años —Luis Bello acaba de recordarlo— Valle-Inclán fue a parar al juzgado de guardia después del estreno de *La Tempranica*, zarzuela de ingrata memoria. Al dar sus generales, dijo entonces en el capítulo relativo a su profesión:

—Mayor general de caballería del ejército mexicano.

Y amenazó con representaciones diplomáticas por parte del gobierno de México. Eran los días heroicos de la juventud.

Esta vez, terminado el estreno de *El hijo del Diablo*, la policía se encarga nuevamente de Valle-Inclán y lo conduce al juzgado de guardia. Pero los medios de que don Ramón se vale ahora para justificar su conducta son mucho más sabios y sutiles que los de antaño.

Está ante el juez, con un guardia a la derecha y otro a la izquierda. Oigamos cómo se defiende. El juez acaba de decirle, con palabras inteligentes y ademán humanísimo:

—Un gran escritor como usted... digo poco: una de las mayores personalidades de España, no estaría en este sitio sin mediar razones poderosas. Explique usted el caso.

Don Ramón:

—Se trata, señor juez, como lo verá usted pronto, de un mero conflicto de autoridades. El señor delegado de la policía está investido de cierta autoridad merecedora de acatamiento en la jurisdicción que le es propia: esto es innegable. Pero esa autoridad carece de validez en la jurisdicción que a mí me corresponde. Él tiene la misión de guardar el orden material en los lugares públicos; yo la de velar por las verdades estéticas en el dominio del espíritu. Cumpliendo, pues, con mi deber, hube de salir en defensa de los fueros del arte durante la representación de esta noche en el Teatro Fontalba. Nada más natural ni plausible. Pero el delegado de la policía, confundiendo lamentablemente el arte con la calle, incurrió en el error de invadir mis atribuciones...

El juez:

—Muy bien, señor Valle-Inclán. Solamente que...

Don Ramón:

—Permítame usted que termine... ¿Hace falta citar textos para que se definan las responsabilidades del incidente? No lo creo. ¿Cuál debió ser la conducta del delegado? Ponerse a mis órdenes en caso

de requerir yo sus servicios. Así lo manda la naturaleza misma de nuestras autoridades respectivas. La suya —el nombre de su cargo lo indica— no es autoridad propia, sino delegada, trasmitida en virtud de un nombramiento burocrático, endeble y pasajero, y, en consecuencia, sujeta a la falibilidad de todo lo artificial, de cuanto no toma origen de sí mismo. No así la autoridad mía: ésta, lejos de provenir de nada ni nadie exterior a mí, está en mí mismo, tiene en mí su razón de ser y su origen. Es, en otros términos —tal se sigue de los más elementales teoremas de Spinoza—, de esencia análoga, ya que no idéntica por su alcance, pues yo no soy omnipotente ni omnipresente, a la autoridad de Dios. Es inconcebible, por lo tanto, que cuando la ejerzo pueda equivocarme: tanto equivaldría a negarla yo mismo, es decir, a negarme, lo cual sería absurdo. Dije "muy mal, muy mal." Y, en efecto, aquello estaba muy mal. ¿En qué pueden modificar este juicio, hecho por mi autoridad legítima, toda la fuerza muscular y todas las porras de todos los gendarmes, de todas las policías de todos los países? En nada, evidentemente. Yo mismo he de morir antes que mi autoridad desaparezca. Mi autoridad, en su demarcación estricta, es inmutable y eterna como todo lo que tiene origen divino. Ahora bien...

El juez:

—Basta, señor Valle-Inclán, basta...

Don Ramón:

—Iba a citar metódicamente los textos respectivos...

El juez:

—No hay para qué. El delegado debió cumplir su deber de modo muy diverso. ¿Quiere usted que yo mismo dicte su declaración?

—En ese punto usted me manda, señor juez.

—Perfectamente: dentro de diez minutos podrá usted retirarse.

[De *Crónicas de mi destierro*, 1964]

□ *Tránsito sereno de Porfirio Díaz*

Por abril o mayo de 1915 don Porfirio y Carmelita volvieron a París. Mejor dicho, volvió entonces a París todo el pequeño núcleo de la familia: ellos dos, los Elízaga, los Teresa, y Porfirito con su mujer y sus hijos. La explosión de la Guerra Mundial los había sorprendido mientras veraneaban en Biarritz y en San Juan de Luz, y a casi todos los había obligado a quedarse en las playas del sur de Francia el resto del año de 1914 y los cuatro primeros meses de 1915.

En París don Porfirio reanudó su vida de las primaveras anteriores. Fue a ocupar con Carmelita —y los Elízaga, como de costumbre— su departamento de la casa número 28 de la Avenida del Bosque.

Todas las mañanas, entre nueve y diez, salía a cumplir el rito de su ejercicio cotidiano, que era un paseo, largo y sin pausas, bajo los bellísimos árboles de la avenida. Generalmente lo acompañaba Porfirito; cuando no, Lila; cuando no, otro de los nietos o el hijo de Sofía. Su figura, severa en el traje y en el ademán, había acabado por ser a esa hora una de las imágenes características del paseo. Cuantos lo miraban advertían, más que el porte de distinción, el aire de dominio de aquel anciano que llevaba el bastón no para apoyarse, sino para aparecer más erguido. Porque siempre usaba su bastón de alma de hierro y puño de oro, tan pesado que los amigos solían sorprenderse de que lo llevara. "Es mi arma defensiva", contestaba sonriente y un poco irónico.

Cada semana o cada quince días, Porfirito alquilaba caballos en la pensión de la Faissandérie, próxima a la casa, y entonces, montados los dos, prolongaban el paseo hasta el interior del bosque. Aquellas caminatas, lo mismo que las otras, le sentaban muy bien: le vigorizaban su salud, ya bastante en declive, de hombre de ochenta y cinco años: le entonaban el cuerpo; le alegraban el espíritu.

Por las tardes, salvo que hubiera que corresponder alguna visita, se quedaba en casa. Era la hora de escuchar las noticias de los periódicos, que le leía el Chato, y de escribir o dictar cartas para los amigos que todavía no lo olvidaban. Porfirito llegaba a poco, y entonces era éste el encargado de la lectura, o, juntos los dos, o los tres —y a veces también con algún amigo—, estudiaban la marcha de la guerra y veían en unos mapas plantados de banderitas blancas y azules las posiciones de los ejércitos.

De la colosal contienda europea, a don Porfirio sólo le interesaba lo estrictamente militar, y esto en sus fases de carácter técnico. Sobre el posible resultado humano y político, ni una palabra. No tenía preferencias por unos ni por otros, o, si las tenía, las callaba, acaso por iguales sentimientos de gratitud hacia franceses, ingleses y alemanes, que lo habían recibido con análogos extremos de cordialidad. Francia lo acogió con los brazos abiertos; el Káiser le pidió que viniera a sentarse a su lado; en el Cairo, lord Kitchener lo recibió oficialmente en nombre del gobierno inglés.

Un día a la semana su distracción eran los nietos, a quienes profesaba cariño profundo, si bien un poco reservado y estoico. Porfirito, que vivía en Neuilly, llegaba con ellos desde por la mañana. para alargarles la estancia con el abuelo. Aunque Lila se mostraba

siempre la más afectuosa, él prefería al primogénito, que era el tercer Porfirio.

Por las mañanas, o por las tardes —o a comer con él, con Carmelita y los Elízaga—, a menudo venía también María Luisa, la otra cuñada, a quien acompañaba a veces su hijo José. Lo visitaban con asiduidad Eustaquio Escandón, Sebastián Mier, Fernando González, la señora Gavito. De cuando en cuando se presentaba algún otro mexicano de los que vivían en París o que por allí pasaban.

Carmelita lo acompañaba siempre, salvo en la hora del ejercicio matinal. Se desayunaban a las ocho, comían a la una, cenaban a las nueve, se acostaban a las diez. Como el departamento no era muy grande —se componía de un recibimiento, una sala, un comedor, dos baños, cuatro alcobas— aquella vida, sosegada y uniforme, transcurría en una atmósfera de constante intimidad y de un sabor netamente mexicano. Porque a toda hora se entretejía allí con la vida diaria, en lo importante y en lo minúsculo, la imagen de México, y aún había presencias accesorias, y otras, mudas, que la evocaban. El cocinero, el criado, las recamareras eran los mismos que con don Porfirio habían salido al destierro desde la calle de Cadena. Algunos de los muebles habían estado en Chapultepec.

También las conversaciones giraban alrededor de México, pero no de México como entidad actual, sino de un México convertido en sustancia del recuerdo. Era Oaxaca, era la Noria, eran matices o anécdotas de la vida, ya lejana, y tan diferente, que se había quedado atrás. Sonriendo recordaba él al viejo Zivy asomado a la puerta de "La Esmeralda" y diciéndoles a sus empleados: "Pongan el cronómetro a las ocho menos tres minutos: allí viene el coche de don Porfirio." A veces comentaba alguna frase de don Matías Romero, o de Justo Sierra, o lo que en tal ocasión había tenido que hacer Berriozábal, o Riva Palacio. De lo del día, de la lucha regeneradora o asoladora —unos se lo insinuaban de un modo, otros de otro—, no había para qué hablar. En esto su juicio era terminante: "Será buen mexicano —decía— quienquiera que logre la prosperidad y la paz de México. Pero el peligro está en el yanqui, que nos acecha". De allí no había quien lo sacara ni quien se saliera. Sólo un suceso le merecía juicios en voz alta: el crimen de Victoriano Huerta. Lacónico, lo declaraba execrable; y concluía luego, para no dar tiempo a más amplias opiniones: "¡Pobre Félix!"

A mediados de junio empezó a sentirse mal. Le sobrevino la misma desazón de dos años antes en Biarritz, la misma fatiga, los mismos amagos de bronquitis y de resequedad en la garganta. Pero ahora lo acometían más fuertes mareos al mover súbitamente la ca-

beza y se le nublaba más lo que estaban viendo sus ojos. Le zumbaban los oídos al grado de ahuyentarle el sueño. Se le dormían los dedos de las manos y de los pies.

Por de pronto no hizo caso: su hábito le ordenaba no enfermarse. Luego, consciente de que su malestar se acentuaba, mandó llamar al doctor Gascheau, un médico del barrio, que ya lo había atendido de alguna otra dolencia, ésa más leve, y que le inspiraba confianza y simpatía.

A él Gascheau le dijo que aquéllo no era nada: el cansancio natural de los años; convenía evitar todo ejercicio, todo esfuerzo; debía descansar más. Pero a Carmelita y Porfirito el médico no les disimuló lo que ocurría: era la arterioesclerosis en forma ya bastante aguda. Como dos años antes en Biarritz, quizá el enfermo se sobrepusiera y se aliviara; pero había más probabilidades de que eso no sucediese.

Don Porfirio dejó de salir. Ahora estaba sentado en una silla que le ponían junto a la ventana. Desde allí miraba los árboles de la avenida, que diariamente lo habían acompañado en sus paseos. Se entretenía en escribir, de su puño y letra, una que otra carta. Le contaba a Teodoro Dehesa los detalles de su mal. Cansado o absorto, volvía la vista hacia la ventana; contemplaba las puestas de sol.

Cerca de él siempre, Carmelita le conversaba para distraerlo. Procuraba que los temas, variando, lo interesaran. Esfuerzos inútiles; a poco de abordar ella cualquier asunto, el pensamiento de don Porfirio y sus palabras ya estaban en Oaxaca o en la Noria. "¡Cómo le gustaría volver!" "Allá le gustaría descansar y morir".

El cuidado por el enfermo aumentó las visitas; pero se procuraba abreviarlas para que no lo fatigasen. Él pedía que le trajeran a los nietos y que los tuvieran jugando allí: eso no lo cansaba. Llegaba Lila con sus halagos; venía el segundo Porfirito a dejarse querer. Había un recién nacido; Luisa, la nuera, se acercaba a la silla, le ponía en las piernas al niño, y entonces él se quedaba mirándolo en ratos de profunda contemplación.

Para ocultar un poco la inquietud —porque todos estaban inquietos y temían revelarlo— Porfirito y Lorenzo comentaban entre sí la guerra, o con Carmelita, o con Sofía, o con María Luisa, o con José. Don Porfirio atendía unos instantes y luego tornaba a su obsesión: "¿Qué noticias había de Oaxaca?" "Otros años, por esa época, la caña de la Noria ya estaba así" —aseguraba levantando la mano—. Se detenía en el recuerdo de su madre y de su hermana Nicolasa, o evocaba conversaciones y escenas de tiempos ya muy

remotos: "Borges, el segundo marido de Nicolasa, le había dicho una vez esto o aquello".

El 28 de junio tuvo que guardar cama, pero no porque algo le doliera o lo quebrantara particularmente, sino porque su desazón, su fatiga eran tan grandes que apenas si le dejaban ánimos de hablar. El hormigueo de los brazos, la sensación de tener como de corcho los dedos de las manos y de los pies, le atacaban ahora más a menudo. Procuraba no mover bruscamente la cabeza para no desvanecerse.

Gascheau, que venía a mañana y tarde, le dijo que sólo eran trastornos de la circulación; que si se sentía mejor en la cama, le convenía no levantarse; acostado sentiría menos los desvanecimientos y no se le nublarían tanto los ojos. "Sí —comentaba él, con acento de quien todo lo sabe—: la circulación", y paseaba la vista por sobre cada uno de los presentes, para quienes, en apariencia, todo seguía igual. Porque realmente sólo los accesos de tos, por la resequedad de la garganta, parecían ser algo mayores.

Cuando se iba el médico, don Porfirio decía, dirigiéndose a Carmelita, la cual no lo dejaba ya ni un instante: "Es la fatiga de ¡tantos años de trabajo!"

El día 29, hablando a solas con Porfirito, Gascheau advirtió que el final podía producirse dentro de unos cuantos días o dentro de unas cuantas horas. El abatimiento físico, no el moral, empezaba a adueñarse de don Porfirio, que ya casi no se movía en su cama. Ahora tenía mareos continuos, y la resequedad de su garganta se había convertido en molestia permanente.

Esa mañana pidió que viniera un sacerdote. Por la tarde le trajeron uno, español —de la iglesia de Saint Honoré l'Eylau—, al cual dijo que quería confesarse. Hizo confesión y en seguida se habilitaron altar y capilla para que comulgase. Además de aquel sacramento, recibió ese día la bendición apostólica, que le trajo el padre Carmelo Blay, un sacerdote mexicano del Colegio Pío Latino de Roma, a quien él conocía. Don Porfirio manifestó extraordinaria beatitud al verlo y puso visible atención a las sagradas palabras. El padre Carmelo Blay también lo ungió con los santos óleos.

A media mañana del 2 de julio la palabra se le fue acabando y el pensamiento haciéndosele más y más incoherente. Parecía decir algo de la Noria, de Oaxaca. Hablaba de su madre: "Mi madre me espera". El nombre de Nicolasa lo repetía una y otra vez. A las dos de la tarde ya no pudo hablar. Era una como parálisis de la

lengua y de los músculos de la boca. A señas, con la intención de la mirada, procuraba hacerse entender. Se dirigía casi exclusivamente a Carmelita: "¿Cómo?" "¿Qué decía?" "¡Ah, sí: la Noria!" "¿Oaxaca?" "Sí, sí: Oaxaca, en Oaxaca; que allá quería ir a morir y a descansar".

Se complació oyendo hablar de México: hizo que le dijeran que pronto se arreglarían allá todas las cosas, que todo iría bien. Poco a poco, hundiéndose en sí mismo, se iba quedando inmóvil. Todavía pudo, a señas, dar a entender que se le entumecía el cuerpo, que le dolía la cabeza. Estuvo un rato con los ojos entreabiertos e inexpresivos conforme la vida se le apagaba.

Perdió el conocimiento a las seis. Por la ventana entraba el sol, cuyos tonos crepusculares doraban afuera las copas de los castaños. Los rayos, oblicuos, encendían los brazos y el asiento de la silla y casi atravesaban la estancia. Era el sol cálido de julio; pero él, vivo aún, tenía ya toda la frialdad de la muerte. Carmelita le acariciaba la cabeza y las manos; se le sentían heladas.

A las seis y media expiró, mientras a su lado el sol lo inundaba todo en luz. No había muerto en Oaxaca, pero sí entre los suyos. Rodeaban su cama Carmelita, Porfirito, Lorenzo, Luisa, Sofía, María Luisa, Pepe, Fernando González y los nietos mayores.

Se llenó la casa con funcionarios de la República Francesa y con delegados de la ciudad de París. Vino el jefe del cuarto militar del Presidente Poincaré; se presentó el general Niox, que había recibido a don Porfirio a su llegada a Francia y le había puesto en las manos la espada de Napoleón; desfilaron comisiones de los ex-combatientes. Acababa de morir algo más que una persona ilustre: el pueblo de Francia rendía homenaje al hombre que por treinta años había gobernado a otro pueblo; el ejército francés traía un saludo para el soldado que medio siglo antes había sabido combatirlo. Pero eso era el valor oficial: el duelo íntimo quedaba reservado para el país remoto y presente. Porque lo más de la colonia mexicana de París acudió en el acto trayendo su reverencia, y otros hijos de México, al conocer la noticia, llegaron desde Londres, desde España, desde Italia.

Quiso Carmelita que se le hicieran honras fúnebres. El servicio religioso, a la vez solemne y modesto, se celebró en Saint Honoré l'Eylau, y allí quedó depositado el cadáver en espera de su tumba definitiva. Año y medio después se sacaron los despojos para llevarlos al cementerio de Montparnasse. El sepulcro es una capilla pequeña, en cuyo interior, sobre una losa a modo de ara, se ve una urna de cristal que contiene un puño de tierra de Oaxaca. Por fue-

ra, en lo alto, hay inscrita un águila mexicana, y debajo del águila un nombre compuesto de dos palabras.

Rugía en México la lucha entre Venustiano Carranza y Francisco Villa. El 2 de julio Carranza recibió en Veracruz un telegrama que lo apartó un momento de las preocupaciones de la contienda. El mensaje venía de Nueva York y, conciso, decía así:

"Señor Venustiano Carranza, Veracruz: Prensa anuncia estos momentos hoy siete de la mañana murió en Biarritz el general Porfirio Díaz. —Salúdolo afectuosamente. —Juan T. Burns."

[De *Muertes históricas*, 1958]

☐ *Las tortas de Armando*

Pues bien, para mí —para mí y para muchos, para una infinidad—, ese callejón no era sino la tortería de Armando. "Las tortas del Espíritu Santo", se les decía a las que con tanta habilidad y sabrosura confeccionaba Armando Martínez; después se les dijo, ya que tuvieron fama, sólo "tortas de Armando". En un zaguán viejo y achaparrado estaba instalada la tiendecilla; no ocupaba todo el zaguán, no, sino que éste, con un tabique de madera sin alisar, hallábase dividido a la mitad: una se destinaba al pequeño establecimiento, la otra era la entrada al antiguo casón, que se cerraba con una recia puerta con clavos cabezones. El caserón a que aludo, ya reconstruido, hoy ostenta el número 38.

Era un placer grande el comer estas tortas magníficas, pero el gusto comenzaba desde ver a Armando prepararlas con habilidosa velocidad. Partía a lo largo un pan francés —telera, le decimos—, y a las dos partes les quitaba la miga; clavaba los dedos en el extremo de una de las tapas y con rapidez los movía, encogidos, a todo lo largo, y la miga se le iba subiendo sobre las dobladas falanges hasta que salía toda ella por la otra punta. Luego ejecutaba la misma operación en el segundo trozo; después, en la parte principal, extendía un lecho de fresca lechuga, picada menudamente; en seguida ponía rebanadas de lomo, o de queso de puerco, según lo pidiera el consumidor, o de jamón, o sardinas, o bien de milanesa o de pollo, y sólo con estas dos últimas especies hacía un menudo picadillo con un tranchete filosísimo con el que parecía que se iba a llevar los dedos de la mano, con la punta de los cuales iba empujando a toda prisa bajo el filo los trozos de carne, en tanto que con la otra movía el cuchillo para desmenuzarla, con una velocidad increíble.

Con ese mismo cuchillo le sacaba tajadas a un aguacate, todas ellas del mismo grueso. Para esto se ponía la fruta en el hueco de la mano y con decisión le metía el cuchillo por una punta y al llegar al lado contrario lo inclinaba, con lo que el untuoso pedazo quedábase detenido en la ancha hoja, y luego hacía el movimiento contrario sobre el pan y las iba tendiendo sobre él con una inigualada maestría, hasta cubrir las porciones de pollo, milanesa o lo

que fuere, y en seguida las tapaba con rajas de queso fresco de vaca, en el que andaba el tal cuchillo con un movimiento increíble de tan acelerado, que casi se perdía de vista. Esparcía pedacillos o bien de longaniza, o bien de oloroso chorizo, y entre ellos distribuía otros trocitos de chile chipocle; mojaba la tapa en el picante caldo en el cual se habían encurtido esos chiles y con una sola pasada dejábala bien untada con frijoles refritos y la ponía encima de aquel enciclopédico y estupendo promontorio, al que antes le esparció un menudo espolvoreo de sal; como final del manipuleo le daba un apretón para amalgamar sus variados componentes, y con una larga sonrisa ofrecía la torta al cliente, quien empezaba por comer todo lo que rebasó de sus bordes al ser comprimida por aquella mano suficiente.

También preparaba tostadas, que aderezaba igualmente con singular prontitud y esmero y que eran de precio inferior a las tortas magníficas. Estaba con Armando tras el minúsculo mostrador una viejecilla alta ella, enlutada y silenciosa, que ocupábase solamente en servir la riquísima chicha, y cuando no andaba en esta tarea insignificante, tenía las manos cruzadas sobre el vientre, viendo como en perpetuo arrobo la calle. "Juanita, una chicha", decía Armando de tiempo en tiempo, con voz tiplisonante, y en el acto la callada mujer servía el líquido amarillento y frío en un alto vaso de vidrio, y después de esta operación tornaba a poner sus miradas vagas en la calle.

Cuando Armando estaba entregado a su tarea con gracia y experta destreza, nadie osaba proferir ni una sola palabra, o, si acaso se hablaba, era en voz baja, sin quitar los ojos ávidos de los acelerados y magistrales movimientos del cuchillo. Apenas se concluía la elaboración complicada de una torta, cuando ya andaba preparando otra con ligereza, y después otra y otra más, y todas ellas con esmero y prontitud indecibles. En la puerta se aglomeraba, saboreándose, el gentío, y sólo se escuchaba en aquel amplio silencio, como esotérico, la voz que decía: "Armando, una de lomo", "Armando, una de jamón", "Armando, tres de pollo para llevar"; "Armando, dos tostadas"; y así el pedir y el complacer era interminable.

Vivíamos varios estudiantes de leyes en la calle de Santa Catarina, No. 3, y desde allá, al anochecer, después de haber estudiado toda la tarde —aclaro: toda la tarde en tiempo de exámenes—, la emprendíamos a pie hasta la lejana calle del Sapo, en donde tenía casa un querido y generoso condiscípulo a quien llamábamos el *Campamocha* —su nombre de pila es Mario Camargo, que ahora es gran abogado y rico propietario—, para que nos convidase con unas tortas, lo que siempre hacía lleno de gusto. Todo el camino hasta llegar al callejón del Espíritu Santo, hablábamos ya de derecho

civil, ya de derecho constitucional, o de romano, o de otras materias áridas de las que pronto nos íbamos a examinar ante rígidos jurados. Pedíamos las insuperables tortas, siempre de lomo, que eran las más baratas, costaban diez centavos, y muy pronto, llenos de placer, las encomendábamos a los dientes, saboreándolas con inmenso gusto. Comíamos y callábamos como unos santos. Con el sabor detenido aún en la boca, tornábamos a hacer la larga caminata, rumbo a nuestro albergue de Santa Catarina, y al ir caminando por calles y calles seguíamos repasando lecciones de jurisprudencia que no aprendimos o no entendimos del todo, por lo que mutuamente nos aclarábamos puntos oscuros.

No sólo se asocia la tortería del Espíritu Santo con el amargo tiempo de exámenes, en el cual un padecer inenarrable, una tremenda zozobra nos envolvía, y nos punzaba un constante malestar, sino que el callejón ése está con delicia en el tiempo plácido y festivo en el cual sólo vivíamos para golosinear y embromar; íbamos a menudo a ver a Armando, tan a menudo como nuestros bolsillos, siempre exhaustos, nos concedían esa magnífica licencia, y muchas veces ni la necesitábamos siquiera, puesto que el buen Armando nos fiaba para que le pagásemos a vuelta de buena fortuna, que era el fin de mes. Entrábamos en su tiendecilla y con mucho donaire y gana embaulábamos nuestras magníficas tortas de lomo; de pollo, sólo cuando estábamos ricos: costaban quince centavos. No había para nosotros en ese tiempo manjar más regalado que ése, que tenía el incomparable aderezo del hambre. En esos felices años el corazón estaba en el vientre, así éramos de gargantones y desaforados golosos. Nuestro bello ideal era comer a pasto y a tabla de patrón, como se dice en el gracioso *Estebanillo González*.

En mi recuerdo está una tierna gratitud para Armando Martínez por los instantes que me dio, siendo yo estudiante, de felicidad pasajera, pero felicidad al cabo, con sus tortas suculentas, saboreadas siempre, entre la charla labiosa y cordial de mis excelentes compañeros de estudios, que hasta la fecha nos hemos mantenido henchidos de viva cordialidad, nuestras diferencias a lo largo de la vida únicamente han sido encimeras. Rememoramos a menudo con renovada delicia nuestros venturosos días pretéritos, y convenimos con parecer unánime, que el sabor de las tortas que ahora se hacen, ya no es el mismo que tenían las de nuestra época, a pesar de tener los mismos componentes. ¡Ay, los años, los pícaros años!

[De *Calle vieja y calle nueva*, 1949]

□ *Miguel Othón Robledo, un poeta olvidado*

"Ya que tienes la oportunidad, ¿por qué no escribes tus recuerdos de esos últimos románticos de que hablas, que, de todos modos, merecen recuerdo? Carlos Sierra ha recogido ya las obras, tan completas como le ha sido posible, de Miguel Othón Robledo (el original está atorado en Bellas Artes) y de José D. Frías. Esta última la tengo yo con el encargo de escribir unas notas preliminares para el Fondo de Cultura Económica. Cualquier cosa en que pueda servirte..." etcétera...

Esta amable invitación de Porfirio Martínez Peñalosa, quien se ha consagrado a la piadosa tarea de desenterrar y reivindicar la memoria de poetas olvidados, me mueve a rebuscar, no en mis archivos o ficheros, que no los tengo, sino en mi memoria algunos recuerdos y rasgos, más que de la poesía ya tan absolutamente olvidada, de la tormentosa y atormentada vida del vate jalisciense Miguel Othón Robledo, quien en los umbrales de mi juventud me deslumbró, como a tantos otros, con su resignación heroica, para todos los dolores y todas las desventuras; con su desprecio, que a mí me parecía satánico, hacia todo lo que entonces se consideraba humano y divino.

Tipo de Dostoievski, Miguel Othón me enseñó desde temprano a vivir o, más exactamente, a mal vivir, y quiero en cambio consagrar a su memoria no un minuto de silencio —que ya ha padecido muchos— sino más bien, cinco minutos de charla. Triste Miguel Othón. De las dos tragedias, la tragedia grande y la tragedia chica fue ésta, la chica, la consuetudinaria, la simple, la monótona y en ocasiones ridícula tragedia de vivir la que, hasta su muerte, le mordió los talones tercamente.

Año de desgracia de mil novecientos trece. Don Victoriano Huerta, general, católico, apostólico y mariguano en el poder. El jabón comenzaba a ser en la República artículo de primera necesidad y, por ende, la desprestigiada bohemia literaria a base de corbatón, tequila y negro en las uñas daba sus últimas boqueadas. No obstante, mientras el vendaval de la Revolución levantaba jubilosas tolvaneras en los desiertos del Norte, aquí en la capital, en las tabernas de barriada, pontificaba todavía una desmedrada caterva

de poetas malditos que no por ser poetas habían escrito ningún poema ni por ser malditos asustaban a nadie, pero que ostentaban —dizque *pour épater le burgeois*— la catadura monstruosa, la inextinguible dipsomanía y hasta la cojera providencial del pobre Verlaine a quien, entre paréntesis, ninguno de ellos había leído. Y el arquetipo de toda esa caterva era Miguel Othón Robledo, el inspirado vate jalisciense, solamente que en él la actitud era genuina, porque Miguel Othón Robledo era atrozmente feo, atrozmente poeta y atrozmente desventurado.

Bajo de cuerpo y ancho de espaldas, en el rostro pétreo unos ojillos mongólicos y malignos, la nariz chata, la boca ancha que dejaba escapar a veces, entre los dientes menudos y separados, una entrecortada risa de niño... ¡Ah... y su melena...! una melena luenga, lacia y muerta que, juntamente con sus sarcasmos, tremolaba orgullosamente por las cantinuchas de la Mariscala, Medinas y Santa María la Redonda.

Ahí alguna vez, ante un auditorio de burócratas misérrimos, el eximio vate Juan Gualberto Herrera declamaba con amplio ademán, voz pausada y ojos extáticos las estrofas sonoras de su última lucubración —así decían ellos: lucubración... "Esclava, tráeme vino de Lesbos..." Y el comentario incisivo de Miguel Othón no se hacía esperar: "Don Juan, ¿para qué quiere usted vino de Lesbos habiendo tan buen pulque en la Villa?...— Porque, en efecto, el eximio vate Juan Gualberto vivía con mujer, suegra y numerosa prole, en la Villa de Guadalupe, en donde además de eximio vate era escribiente de comisaría.

Pero la república echaba lumbre: Pancho Villa tomó Torreón, ya el general Rodríguez evacuó Mazatlán... anoche llegaron los zapatistas hasta las goteras de Tlalpan... Parece que Huerta se va...

Y de pronto irrumpen en la taberna tres o cuatro tipos con inconfundible aspecto de rufianes que cargan con los cuatro o cinco borrachines que en la alta noche, alumbrados por la llama azulenca del alcohol, se permiten predecir en voz baja el triunfo de la Revolución. Y da la casualidad que entre aquellos cuatro borrachines está ni más ni menos que Miguel Othón Robledo, el inspirado vate jalisciense que usufructúa por el momento el imprescindible título de último bohemio.

El embate de la Revolución abría surcos tremendos en las filas militares del usurpador. Fértil en expedientes, llenaba mediante el eficaz sistema porfiriano de la leva y una banda de sabuesos, sacaba despiadadamente a los hombres de las cantinas, de los talleres y de sus hogares para llevarles al matadero. Hay pues que salvar a Miguel Othón, hay que rescatarlo a toda costa, hay que mover influencias, hay que... Pero ya no es necesario, parece que ahí

viene... En efecto, aquí está ya sano y salvo; lo han soltado, pero su voz pausada y ronca lanza tremendos anatemas contra el mariguano Huerta, contra el militarismo imperante, contra los esbirros, contra los rapabarbas de la cárcel de Belem que le han rapado... y contra toda esta abyecta sociedad que no se levanta en masa en son de protesta contra la ignominia de rapar a un poeta, ignominia que él, Miguel Othón Robledo lavará, si es preciso, con su sangre.

Mil novecientos catorce..., mil novecientos dieciséis..., mil novecientos dieciocho... "Ya la Revolución degeneró en gobierno"; la capital se llena de hombres de fiero aspecto y sombrero texano que disfrutan desenfrenadamente de la vida; de la vida que, según ellos, estuvieron a punto de perder más de una vez; con estos hombres se presenta también, de regreso, Miguel Othón Robledo, ordenando en las tabernas y en los cabarets copas de *leche de tigre*, raro coctel que se jacta de haber inventado y que, a decir de los expertos, no es otra cosa que ajenjo rebajado (*sic*) con catalán; el poeta relata fantásticas aventuras revolucionarias y, como nunca, luce su ingenio pirotécnico:

"En Tampico fusilé a un gendarme... en Monterrey fusilé a dos gendarmes... en Torreón fusilé a cuatro gendarmes... en Chihuahua fusilé a ocho gendarmes..." —y así hasta el infinito. Y su sed insaciable de venganza y su fobia contra los polizontes persistía aquí en la capital, en plena paz preconstitucional, cabe la barra lustrosa de sus caras cantinas de barriada.

"Anoche —relataba— se me ocurrió dormir encaramado en un árbol del Jardín de San Fernando; venía yo cansado desde las Trancas de Guerrero... Llegó un genízaro y desde abajo me increpó: "¡Hey... ¿quién es usted...?, ¿qué hace allí?... Bájese o lo bajo... Yo, desde mi altura, le contesté con voz cavernosa:

Yo... soy un enorme pájaro que vela cabizbajo,
Si quiere volaré a otro árbol pero no me bajo.

Y el gendarme huyó despavorido.

Miguel Othón estaba en bonanza y, más aún, estaba enamorado, enamorado en el mismo tono trémulo que puso en su plegaria:

Haz el milagro, Virgen María,
de que me miren sus ojos claros,
de que me amparen sus rubias trenzas...

Miguel Othón estaba enamorado y estaba en bonanza y esto originaba en él una gran seguridad y, correlativamente, una desmesurada egolatría. Un amigo lisonjero le dice: —"Para mí sólo hay dos grandes poetas en México, Díaz Mirón y usted", y Robledo,

profundamente indignado: "Por qué no dice usted que yo y Díaz Mirón...?"

Mas como el tiempo pasa y destruye — todo el miraje que urde el ensueño..., muy pronto el *prisma roto mostró el engaño*, porque el recatado instinto pragmático que duerme en toda muchacha en estado de merecer hizo que los ojos verdes de María Moctezuma, la bienamada, buscaran algo más consistente que la nebulosa gloriola de Miguel Othón.

Ya, también, la generosidad de los amigos comenzaba a cansarse porque —hay que decirlo— la amistad de Miguel Othón era cosa tremenda; había que pasarse la noche con él, recorriendo los más abyectos figones, bebiendo las más venenosas mixturas, riñendo con hampones, taberneros y gendarmes a quienes él con absoluto desenfado injuriaba, porque al fin y al cabo las noches que dormía en la Delegación eran las únicas noches que dormía bajo techo.

Ya estaba al margen de todo, ya nada le importaba, ni Dios ni el diablo; corría desatentadamente hacia el fin; sus sarcasmos alcanzaban en aquellos días una crueldad acérrima. Y no obstante, cierta radiosa tarde de mayo entró, quién sabe por qué o para qué, a la Iglesia de la Concepción; un grupo de niñas vestidas de blanco ofrecía rosas a la Virgen; el humo del incienso ascendía en lentas volutas, el coro y el órgano cantaban unciosamente y los ojillos mongólicos de Miguel Othón se llenaron de lágrimas y su voz ronca y pausada pronunció: "Vámonos de aquí... Esto me hace daño..."

Y de pronto los venenos ingeridos, las enfermedades mal curadas y las noches sin dormir y los días sin comer; la incuria, el abandono... qué sé yo, le hicieron crisis con una violencia horrible: los dientes se le cayeron en unos cuantos días, el maxilar inferior se le hizo astillas, el mentón se le convirtió en una llaga purulenta. Miguel Othón Robledo comprendió que pronto se libraría de su miserable cuerpo atormentado y se tornó beatífico.

"No quisiera —decía sonriendo con una sonrisa monstruosa—, no quisiera morir porque la Muerte es tía mía por parte de madre y yo detesto a los parientes." "A veces el dolor es tan intenso que no me queda más remedio que pararme a leer los rótulos de las tiendas..." "¡Ah! —decía—, si yo como Verlaine hubiera nacido en París... porque en París la misma miseria es dorada", pues era curiosa la idea que Robledo tenía de la miseria verleniana que frecuentemente se complacía en comparar con la suya propia. Verlaine tenía su dolorida pierna. Miguel Othón su destrozado maxilar... Pobre Robledo... Si hubiera conocido en París, por el rumbo de la vieja Plaza de Contrescarpe, a cincuenta pasos de la taberna de la *Pomme de Pin* y del Hotel de la *Grosse Margot* en donde *sieur* François Montcorbier, alias Villon, acostumbraba armar sus bron-

cas, el triste cuchitril en donde Verlaine, su ídolo, murió... ¡Triste zaquizami parisiense, ni más desdorado ni menos sórdido que las pocilgas del callejón de San Camilito o que los hoteluchos de la Plazuela de Juan Carbonero, en los que él, Miguel Othón, solía pasar las noches...!

En una tabernucha de esa misma plazuela —hoy Dos de Abril— se instaló a esperar la muerte. Se alimentaba exclusivamente de tequila, "homenaje a mi aldea natal —explicaba— y de pepinos, que según aseguraba, aclaran mucho la inteligencia. Un día, al fin, abandonó su cubículo y con paso tardo se encaminó al hospital; de vez en cuando, en el trayecto se detenía a leer los rótulos de las tiendas. Días después algunos periódicos —él fue periodista— insertaron entre dos banales sucedidos, la noticia de su muerte. Algunos amigos que recibieron la noticia del sentido deceso mientras danzaban en un baile de máscaras, acudieron a velar el cadáver vestidos de arlequines y otras fachas. Dejó escritos dos libros que nunca se han publicado. Es posible que si alguna vez vuelve a ponerse de moda la poesía desesperada, se reivindique la memoria de este bardo a quien invariablemente se confunde con aquel otro que también ostenta el nombre de Othón, pero en el apellido...

[De *Historia de lo inmediato*, 1976]

□ *La huelga de Nueva Rosita*

Las condiciones de trabajo de los mineros de Palaú, son las peores en todo el sistema.

Los obreros trabajan arrastrándose por los cañones inundados que no tienen arriba de 60 centímetros de altura. Se trabaja con métodos primitivos. No hay garantía para la vida del trabajador.

*

25 de septiembre de 1950.

1 300 trabajadores de Palaú abandonan la mina. Los obreros habían solicitado la revisión de su contrato de trabajo con la Compañía Carbonífera de Palaú, S. A. Se corrieron los trámites de ley y se iniciaron las pláticas en Sabinas, Coah., entre las dos partes. La Junta Federal de Conciliación y Arbitraje dio entrada a la demanda sin ninguna objeción. Todo iba bien. La empresa se mostraba dispuesta a llegar a un arreglo con sus trabajadores. Éstos pedían aumento de salario, médico y medicinas para sus familiares y 4 días más de vacaciones al año...

De pronto surgieron las dificultades: la Secretaría del Trabajo ordenó a la Junta de Sabinas suspender la tramitación de la demanda "porque ésta no se había presentado por conducto del Comité Ejecutivo presidido por Jesús Carrasco".

*

Palaú está en huelga. Lucha por sus demandas y por la independencia del movimiento obrero. La Sección 28 del Sindicato de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la República Mexicana (STMMSRM) se alzaba contra la ingerencia gubernamental en la vida interna de las organizaciones.

*

La Mexicana Zinc & Co., subsidiaria de la American Smelting

& Refining Co. (ASARCO), alentada por el apoyo del Secretario del Trabajo, Lic. Manuel Ramírez Vázquez, inició la ofensiva contra sus obreros violando el contrato que con ellos tenía firmado. Los trabajadores protestaron. Ante la amenaza de huelga la empresa yanqui, con el apoyo de la fuerza armada, ocupó el local de la Sección 14 del STMMSRM, en Nueva Rosita, Coah. La población se llenó de fuerzas federales. Los obreros sesionaron en la plaza pública; el pueblo en masa participaba en estas reuniones. Desde las azoteas, las ametralladoras apuntaban hacia la multitud. El acuerdo fue unánime: "Huelga, Huelga".

Se designó a Pancho Solís, obrero de base, Presidente del Comité de Huelga.

*

El 16 de octubre, a las 12 horas, toda la población de Nueva Rosita se congregó para aplaudir a los obreros que salían de la mina, para iniciar el movimiento de huelga. Al mismo tiempo los mineros de Cloete abandonaban el trabajo y se concentraban en Rosita. 4 500 trabajadores de la Sección 14 y su Fracción I, se reunieron a las puertas de la empresa yanqui para celebrar un mitin. Decía doña Adela Ochoa, esposa de un minero, y madre de otros tres:

—¡No veo entre los huelguistas a uno de mis hijos; pero yo les aseguro que si no secunda el movimiento, no volverá a poner los pies en mi casa!

*

Para someter por hambre a los huelguistas la empresa imperialista, apoyada por el Lic. Ramírez Vázquez, congeló los fondos sindicales y cerró la Cooperativa de Consumo y sus dos sucursales, creadas con el dinero de los trabajadores. Clausuró también la Clínica Médica, formada con el descuento que se hacía a los salarios de los obreros. Cooperativa y Clínica representaban cerca de $5 millones, patrimonio legítimo de la Sección 14 del STMMSRM.

Se censuró la correspondencia de los mineros y los bancos locales se negaron a descontar documentos suscritos a su favor.

Los niños, privados de alimento y atención médica, enfermaban por centenares. La compañía yanqui amenazó a los médicos privados, que prestaran sus servicios a los huelguistas, profesionalmente.

*

Nueva Rosita fue declarada en estado de sitio.

En la ciudad quedaron suspendidas las garantías individuales. Los ciudadanos eran detenidos en las calles, registrados e interrogados. Los grupos mayores de tres personas eran disueltos a culatazos. Las patrullas federales, armadas con ametralladoras, recorrían en camiones las calles de la ciudad día y noche.

Alemán declaraba: *"Éste es un régimen de derecho"* y sonreía, sonreía...

*

En México se organizó el Comité Nacional de Defensa y Solidaridad con las Huelgas Mineras en el que participaban algunas organizaciones y personalidades. Su misión era promover la ayuda solidaria a los huelguistas. Empero, en ocasiones su interés lo llevaba a traspasar los límites de la simple solidaridad y el Comité asumía las funciones de una segunda dirección del movimiento de huelga. Sus conceptos de lucha enérgica, revolucionaria, apoyándose particularmente en acciones de masas y en actitudes resueltas, se oponían al criterio de ciertos dirigentes empeñados en hacer creer a los obreros que el señor Presidente resolvería el problema favorablemente.

Los mineros de Rosita estaban desconcertados: ¿Cuál de las dos tácticas era la correcta?

*

Los trabajadores del mundo acudieron en ayuda de los mineros de Rosita. Se recibieron donativos de la Federación Sindical Mundial, de la Unión Internacional de los Sindicatos Mineros de la República Democrática Alemana, de los Sindicatos Mineros de Polonia, de la International Mine, Mill and Smelter Workers (de Estados Unidos y Canadá), de la Federación Pan-China del Trabajo, de los Sindicatos de la Industria Metalúrgica y Minera de la República Popular de Rumania, de la Unión de Trabajadores Metalúrgicos de Checoslovaquia, etcétera.

Los únicos que estaban en contra de los mineros eran la empresa yanqui, el gobierno mexicano y los periodistas subsidiados que inventaban toda clase de calumnias en contra de sus compatriotas en beneficio de la American Smelting & Refining Co. Los periodistas honrados de la metrópoli que se ponían en contacto con los obreros de Rosita, eran aprehendidos y expulsados de la ciudad por las autoridades militares.

*

Algunos intelectuales revolucionarios de la ciudad de México reunieron dinero para ayudar a los huelguistas y comisionaron a Esperanza López Mateos para que llevara esa ayuda a los obreros y sus familias, en Rosita. Sus actividades fueron consideradas como sospechosas, por lo que fue obligada a comparecer ante el general Pliego Garduño.

—No sabía, dijo Esperanza al general, que la línea divisoria de mi país se hubiese corrido tanto hacia el sur y que yo estuviera pisando suelo extranjero...

El general se puso rojo de vergüenza pero Esperanza tuvo que abandonar, contra su voluntad, Nueva Rosita. Otro tanto le ocurrió al compañero Ángel Bassols Batalla, y a otros más. En la ciudad gobernaba Henry J. Sanford, gerente de la Mexican Zinc & Co., empleado del *trust* Morgan.

Esperanza puso un mensaje a Miguel Alemán, pero el señor Presidente insistía: *Éste es un régimen de derecho*, y sonreía, sonreía...

*

En México —25 de octubre— se organizó un gran acto de solidaridad con los huelguistas:

—Lo de Palaú y Rosita, dijo Antonio García Moreno, es un atraco al derecho de huelga...

Abdenago Fraustro demandó la solidaridad efectiva, no teórica, de los trabajadores:

—Las palabras son hembras, dijo, los hechos son machos...

Dijo doña Adela Ochoa:

—¿De qué ha servido la sangre derramada desde 1906?... Los derechos conquistados no podrán arrancárnoslos nunca, a pesar de las traiciones de los "panzas blancas" de allá y de acá...

Adán Nieto expresó:

—Lo mismo en Cananea que en Rosita, los mineros han sido y son los pioneros de las luchas por los derechos obreros...

Juan Manuel Elizondo, senador de la República, metalúrgico, ex-Secretario General del STMMSRM, sentenció refiriéndose a los mineros de Rosita.

—Si los abandonamos, nos habremos traicionado a nosotros mismos...

El Lic. Vicente Lombardo Toledano, después de hacer una larga historia del desarrollo del derecho obrero en México, anunció que el señor Presidente había dado ya órdenes al Lic. Manuel Ramírez Vázquez para resolver el conflicto de Rosita favorablemente...

*

La ayuda solidaria no era suficiente; las remesas de víveres a veces tardaban semanas en llegar. En esos días, los niños y las mujeres se iban al rastro de la ciudad a recoger del suelo la sangre y las tripas de los animales sacrificados. Esa bazofia, hervida, era su único alimento durante la mañana, tarde y noche...

El crédito para los mineros se había cancelado en las tiendas de Nueva Rosita... Más de treinta mil personas dependían, para subsistir, de la solidaridad de los trabajadores mexicanos.

*

En las escuelas los hijos de los huelguistas luchaban contra los hijos de los "panzas blancas". Para evitar esas dificultades lo más lógico fue, naturalmente, expulsar de los planteles a los hijos de los trabajadores en huelga... ¿Quién puede dudar, en este caso, del buen juicio de las autoridades educativas?

*

La mano de obra escaseaba. La producción era insuficiente en la mina. La empresa empezaba a resentir pérdidas considerables. Entonces decidió comprar mineros. Pero los mineros no estaban en venta. Surgió luego el mercado negro de los mineros que consistía en pagar fuertes sumas a los que lograban convencer a un minero de que debía volver al trabajo. Hubo quienes hicieran buenos negocios convenciendo a huelguistas de poca conciencia de clase.

Fueron muchos los casos de madres que arrojaron de su casa a los hijos que abandonaban el movimiento. Parejas de recién casados se separaron por esa causa, lo mismo que otras que tenían hasta treinta años de vivir bajo el mismo techo.

*

Ambrosio Guajardo había sido jubilado pocos días antes de que se iniciara el movimiento de huelga. Recibió $6 mil por concepto de "terminación". Incapacitado para el trabajo, con su mujer enferma y sus cuatro hijos en huelga, cedió los $6 mil para el fondo de resistencia, sin esperanza ninguna de recuperarlos, y pidió que se le incluyera en la lista de los huelguistas, para recibir su "chivo" de $25.00 semanarios en mercancías.

Otro de los mineros había estado haciendo una alcancía, desde muchos años atrás, para que, al morir, se le hiciera un entierro decente. Quería ser sepultado en una buena caja, que en su velorio se sirviera café con un buen *piquete* y, si era posible, que le tocaran sus

piezas favoritas... Renunciando con mucho dolor al sueño de toda su vida, cedió sus ahorros para la lucha y se resignó a ser sepultado como cualquier hijo de vecino...

*

El pueblo de México vivía con angustia la lucha de los mineros de Rosita, sintiendo la desesperación de la impotencia y el odio contra los líderes traidores que habían abandonado a sus hermanos de clase...

Por lo menos simbólicamente, el pueblo no abandonó a los mineros de Rosita. En el Comité Nacional de Defensa y Solidaridad con las Huelgas Mineras, presidido por el obrero Felipe Sánchez Acevedo, viejo luchador que de joven se había enfrentado a la dictadura porfiriana, se reunían los estudiantes, las mujeres, los intelectuales, los profesionistas, los artistas del Taller de Gráfica Popular... Sí, el pueblo estaba con los mineros huelguistas...

*

Las mujeres de Rosita organizaron la Alianza Femenil Socialista Coahuilense; la encabezaban Lupe Rocha, Adela Ochoa, Juana Salas, Blanca de Santos, Consuelo Bonales de Solís, Juana Jasso, Amelia Mata y otras valientes luchadoras. La Alianza se enfrentó a las bayonetas de los soldados; desfiló por Rosita y se presentó ante el Jefe Militar a reclamar garantías. Provistas de una enseña patria, las mujeres obligaron a los soldados a cuadrarse y dejarles libre el paso. La relación que Blanca de Santos hizo al general Pliego Garduño, de los sufrimientos de los huelguistas, arrancó lágrimas al militar. "Desde entonces —comentaron las mujeres— les perdimos el miedo a los uniformes, comprendimos que en el fondo, los militares son tan humanos como nosotros." El general no podía hacer nada, obedecía órdenes superiores...

*

Mr. Kniffin, el primer gerente de la mina, era un buen hombre. Antes de morir, en Acapulco, pidió lo sepultaran en Rosita, "cerca de sus obreros". En su lugar quedó Mr. Henry J. Sanford que había llegado allí hacía muchos años como capataz. Hombre rudo, ignorante; odia a los mexicanos porque uno de ellos le quitó la novia hace algún tiempo... Los mexicanos no odian a los norteamericanos, cuando éstos son como Mr. Kniffin: humanos, comprensivos, democráticos. Sanford se hizo odiar porque él, a su vez, odia a los mexi-

canos y a México, en general, como lo reveló una vez que pisoteó, a la vista de todos, la bandera de México...

*

El 23 de diciembre, en El Ranchito, Col. Hidalgo, se celebró la Navidad para los hijos de los huelguistas. La Alianza Femenil había reunido dinero para agasajarlos. Más de cinco mil niños aplaudieron los garrotazos tremendos que asestaban a una piñata que representaba al traidor Jesús Carrasco. Todos querían quebrarla. Cuando se rompió, el viento distribuyó entre la multitud millares de pequeñas tiras de papel, en cada una de las cuales había una consigna de lucha: "*¡Arriba el derecho de huelga!*" "*¡Muera Jesús Carrasco!*" "*¡Mueran los panzas blancas!*" Luego, las mujeres repartieron a los niños pequeñas bolsitas con fruta y dulces.

¡Fue una posada magnífica!

*

El cura gachupín Pedro C. del Real predicaba desde el púlpito en contra de los huelguistas. En el confesionario, en los hogares, hacía uso de todos sus recursos para romper la huelga. Amenazaba con la excomunión a los huelguistas y sus familiares; se negaba a bautizar o impartir cualquier sacramento a las familias de los obreros en huelga. A las prédicas del cura, los obreros les llamaban las "misas sindicales".

Todos eran católicos, a su manera, pero se cuidaban de hacer interferir la religión con la lucha de clases. Muchos de ellos habían oído algo acerca de que la religión es el opio del pueblo...

*

En vista de que pasaba el tiempo y no se resolvía el conflicto, los mineros decidieron emprender una marcha de protesta, a pie, hasta la ciudad de México. Los dirigentes se opusieron. García Moreno envió un mensaje ordenando la suspensión del acuerdo, pero los mineros estaban decididos. La situación en Rosita era insoportable: sin libertad, sin alimentos, sin nada. Docenas de niños habían muerto por falta de atención médica y las agencias funerarias, a las que se adeudaban ya más de $100 mil, se resistían a seguir sepultando a crédito a los hijos de los huelguistas. Nueva Rosita era un campo de concentración para los mineros. Al huir de él, sentían que se encaminaban hacia la libertad.

*

El día 20 de enero de 1951, cerca de cinco mil huelguistas, acompañados muchos por sus familias, iniciaron la caminata hacia la capital de la República. El presidente del Comité de Huelga se hallaba en México; al conocer la resolución de los mineros corrió a su encuentro, para detener la caravana. Al encontrarla, en Sabinas, en plena marcha, Consuelo Bonales, su mujer, se adelantó:

—Pancho, le dijo, ¿vienes a dirigir la caravana o a regresarla? Si es esto último, aquí nos separamos, porque la caravana no se detiene y yo me voy con ella.

Solís tomó su puesto al frente de la caravana.

*

Decía la prensa capitalista:

"... Son un pequeño grupo de agitadores comunistas." "Se trata de agraristas y campesinos, pagados, que vienen cometiendo toda clase de tropelías, robando gallinas y escandalizando." Luego se dijo que la caravana se había desintegrado... que los líderes venían en lujosos automóviles y los mineros a pie... que un grupo de pistoleros mantenía la caravana por medio del terror, etcétera. Pero la enorme columna avanzaba por la carretera, imperturbable, silenciosa y digna.

Era un pueblo en marcha.

Al frente, Pancho Solís y Ciro Falcony, los jefes de la caravana; una bandera nacional con la Virgen de Guadalupe en el lugar del escudo nacional, una enseña patria auténtica y el estandarte de la Sección 14 del STMMSRM. Detrás, la columna en correcta formación militar.

*

La caravana se organizó en grupos de 56 personas: 50 soldados, un jefe y cinco ayudantes. Cada uno de estos grupos se dividía, a su vez, en otros de 11 personas: 10 soldados y un jefe. La impedimenta era conducida en grandes camiones que se adelantaban a la columna y establecían el campamento. Las mujeres —nuevas Adelitas— conducidas en esas trocas, preparaban los alimentos para todos. Al llegar al lugar escogido por el jefe de la Comisión Especial, Raymundo Rodríguez, cada grupo buscaba el lugar donde instalarse, se encendían los vivacs y la gente se entregaba al descanso, si eso le era posible, considerando el frío (10 grados bajo cero), las garrapatas, el pinolillo y los dolores de las heridas en los pies.

A las 6 de la mañana el clarín de órdenes daba la orden de partir. Cada jornada era de 25 kilómetros.

*

Los primeros días fueron los más duros: en primer término los terribles fríos de enero, en una región donde los inviernos son extremadamente crudos; luego, los pies ampollados, hinchados o partidos. Muchos obreros prefirieron quitarse la tortura de los zapatos y caminar con los pies descalzos, dejando las huellas de sangre en la carretera. Pero de ninguna manera estaban dispuestos a dejar la columna.

*

En Saltillo, el 5 de febrero, se organizó un gran mitin frente al palacio de gobierno. El acto duró tres horas. El gobernador del Estado, Lic. Raúl López Sánchez, trató de forzar un arreglo con la empresa, pero las condiciones propuestas por ésta eran inaceptables. Se acordó seguir adelante. Todo el pueblo de Saltillo acogió con cariño a los mineros. Dijo el párroco, emocionado: —Si éstos son comunistas, ¡yo también lo soy!

Y luego, bendijo a la caravana.

*

En Monterrey, agentes provocadores trataron de distribuir botellas de tequila entre los caravaneros, para embriagarlos y orillarlos al desorden. La comisión de vigilancia frustró sus intenciones. El gobernador Morones Prieto se interesó por los mineros:

—La caravana no sale de Nuevo León —dijo— sin que se haya arreglado el asunto.

Invitó a los gobernadores de Coahuila y Tamaulipas para que, unidos, hicieran gestiones cerca del Presidente Alemán. Todo fue infructuoso.

*

La Caravana llegó a Ciudad Victoria, Tamps.

¡Nunca olvidarán su paso por Tamaulipas, los mineros de Nueva Rosita!

Al llegar al ejido Cuauhtémoc, todos los niños de la escuela, formados, con su maestra al frente, salieron al encuentro de la caravana. El jefe de la sociedad de alumnos y el jefe de la caravana, se saludaron. Dos generaciones se estrecharon en un abrazo. Los niños, serios como hombres; los hombres lloraron como niños. Ciro Falcony, con un nudo en la garganta, apenas si pudo dar las gracias cuando pusieron en sus manos los ahorros escolares: $17.50.

*

De todas las rancherías campesinos pobres salían de los jacales al encuentro de los caravaneros llevándoles comida, fruta o por lo menos una expresión de simpatía. Aquellas mujeres demasiado pobres, que no tenían nada qué ofrecer, dieron a los mineros de la caravana lo único que les podían dar: su bendición. Con lágrimas en los ojos las abuelas campesinas hacían una torpe cruz con sus dedos nudosos y santiguaban a la caravana. Esa bendición del pueblo acompañó a los mineros en todo su largo recorrido.

*

Dificultades muy graves se presentaron en la cuesta de tres mil metros de altura entre Valles y Jacala, por las características del terreno; allí la carretera se desenvuelve entre la montaña y el precipicio. Ante la imposibilidad de acampar allí los ejidatarios de La Laguna transportaron en sus trocas a la caravana.

*

En Taxquillo, Hgo., los mineros quedaron sorprendidos: a su paso salieron en vez de los grupos acostumbrados, de campesinos llevando obsequios, unos seres humanos cubiertos de harapos desgarrados, con la mano extendida en demanda de un pedazo de pan. ¿Cómo era posible esa miseria a las puertas de la capital? Los miembros sintieron vergüenza de su propia hambre, que era opulencia frente a la miseria de los indios del Mezquital. Impresionadas, las mujeres de la caravana entregaron sus víveres a los indios olvidados.

*

Llegaron a San Cristóbal Ecatepec, el lugar donde fuera fusilado en 1815 el cura don José María Morelos. La caravana rindió homenaje al héroe de la Independencia haciendo guardia ante el monumento levantado a su memoria y guardaron varios minutos de silencio. Luego, los mineros visitaron el museo histórico improvisado en una de las salas de la casa donde estuvo preso el libertador. Los mineros comentaron, después:

—Encontramos allí ofrendas de todos los presidentes de México al gran Morelos, con una sola excepción: la del Presidente Miguel Alemán.

*

Cinco horas más de marcha y la caravana se instaló en los Indios Verdes, a las puertas de la ciudad de México.

Habían recorrido 1 500 kilómetros para solicitar audiencia del Presidente de la República.

El sábado, 10 de marzo de 1951, a las 11.30 horas, el clarín de órdenes de Pancho Solís tocó a reunión frente a los Indios Verdes. A las 12 horas se inició la marcha. Millares de personas se habían congregado para acompañar a los mineros en la última etapa de su recorrido hasta el Zócalo. Obreros, intelectuales, artistas, todo el pueblo de la capital estuvo representado. Al llegar al Monumento a la Revolución, la caravana hizo alto y rindió homenaje a los héroes de 1910.

Al pasar frente al Hotel del Prado los turistas les arrojaron flores, serpentinas y confetti; los mineros, descubiertos (en un acto de gran respeto hacia la capital) agradecían aquellas muestras de simpatía levantando de vez en cuando la mano. En la avenida Juárez y en Madero los metropolitanos aclamaron a los caravaneros: "¡Vivan los mineros de Rosita!" "¡Arriba C'ahuila!"

*

En el Zócalo una multitud enorme los esperaba. Frente al Palacio Nacional, desde un camión improvisado como tribuna, se realizó un mitin. Habló al pueblo Lupe Rocha, dirigente de la Alianza Femenil. "Nosotras comprendimos —dijo— que no sería llorando como ayudaríamos a nuestros hombres y nos lanzamos a la lucha... No, no serán los gringos los que vengan a imponernos el yugo; les doy mi palabra: ¡eso no ocurrirá!..."

—¡Arriba las Adelitas! —fue el grito que salió de miles de gargantas. Pancho Solís dijo:

"Somos un grupo de mexicanos que amamos a México como el que más; cuando la expropiación petrolera, la Sección 14 —Nueva Rosita— aportó $75 mil para ayudar a pagar a las compañías extranjeras... En Rosita vivíamos en un campo de concentración; nuestra cooperativa con $1 1/2 millón en mercancías nos fue clausurada y nuestros hijos están muriendo de hambre... Los periódicos nos han llamado asaltantes, comunistas, robagallinas... Pero a los gobernadores de los estados por donde pasamos les consta que la caravana no ha dado un solo motivo de queja... La única misión que *traye-mos* a México es pedir justicia...

Cinco mil manos de mineros se alzaron.

Los balcones del Palacio Nacional estaban desiertos. De miles de pechos brotó la consigna, repetida centenares de veces:

—¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia!

Los mineros no despegaban los labios. Con el brazo en alto mostrando su credencial de obreros mineros, se mantenían firmes y

serios dejando que los metropolitanos demandasen justicia para ellos.
Pero los balcones del Palacio Nacional estaban desiertos...

*

A las cinco de la tarde terminó el mitin. Los mineros marcharon a ocupar el centro deportivo 18 de Marzo, el nuevo campo de concentración que se les había asignado en la capital de la República, la soñada capital de su patria, que la mayoría visitaba por primera vez. La Secretaría de Salubridad y Asistencia ofreció alguna ayuda; lo que proporcionaba cubría algo así como la tercera parte de las necesidades fundamentales; el resto lo aportaba el pueblo. Ropa, medicinas, alimentos, les fueron proporcionados, si no en abundancia, sí con un gran sentimiento de fraternidad y solidaridad humanas.

Los estudiantes visitaban a los mineros llevando mariachis y se improvisaban fiestas en el teatro al aire libre para hacer menos amarga la situación de los huelguistas.

*

Los mineros solicitaron audiencia del Presidente de la República, para plantearle su problema. El Lic. Alemán no pudo recibirlos; "*tenía muchos otros asuntos importantes que tratar*". Los mineros habían caminado en vano 1 500 kilómetros; habían pasado hambre, frío y toda clase de privaciones durante cincuenta días en una marcha sin precedente en la historia de México. Estaban seguros de que cuando el Presidente de México les escuchara, les haría justicia... Pero no se trataba del problema de los mineros de Rosita; era el problema de la independencia de la clase obrera mexicana. Los mineros de la Sección 14 habían hecho suya la causa de todo el proletariado nacional. Ellos estuvieron siempre en su puesto. ¿Qué hicieron por su parte los dirigentes del proletariado mexicano? ¿Estuvieron ellos en su puesto, al lado de las masas? Sabiendo que se trataba de una cuestión decisiva para la clase obrera, ¿se libraron las batallas decisivas? No; el proletariado traicionado por sus líderes, no presentó combate. Siguió la política oportunista de esperarlo todo del "señor Presidente" fingiendo creer que éste obraría con estricta justicia y apego a la ley.

El "señorpresidentismo" sustituyó a la táctica revolucionaria y los mineros de Rosita fueron sacrificados.

*

Alemán designó una comisión gubernamental para que estudiara el

caso de los mineros de Rosita; la formaron los señores Adolfo Ruiz Cortines, Secretario de Gobernación; Lic. Francisco González de la Vega, Procurador General de Justicia de la Nación y Lic. Eleazar Canale, Subsecretario del Trabajo. (Este último se abstuvo de asistir a las reuniones "por motivo de enfermedad".)

—¿Cuántos días piensa estar en México la caravana? —preguntó don Adolfo Ruiz Cortines a Pancho Solís, en la primera entrevista.

—Hasta que se arregle nuestro asunto —contestó el jefe de la caravana— a pesar de que la Secretaría de Salubridad nos ha comunicado que el sábado, 17 de marzo, se suspenderá la ayuda al campo 18 de Marzo.

Don Adolfo cogió el teléfono y gestionó que la ayuda a los mineros se prolongara por todo el tiempo que estuviese la caravana en México.

*

El 17 de marzo toda la caravana se trasladó al Hemiciclo a Juárez, para rendir homenaje al Benemérito. La bandera de los huelguistas, con la Virgen de Guadalupe en el lugar del escudo nacional, ondeó durante 15 minutos a los pies del reformador. Luego se hizo un mitin. Hablaron Adán Nieto, Abdenango Fraustro y otros.

Por primera vez, el símbolo guadalupano, en manos de mexicanos patriotas, rendía homenaje a don Benito Juárez.

*

Para apoyar a los representantes mineros que discutían con la comisión gubernamental, el Comité de Defensa de las Huelgas Mineras decidió realizar el día 10 de abril un gran mitin en el Zócalo. El gobierno ordenó que se impidiera salir del campo 18 de Marzo a los mineros de la caravana. El día señalado, las mujeres se amotinaron frente a la puerta sur del campo, tratando de salir; la policía se concentró en ese lugar, en tanto los mineros escapaban por el extremo opuesto. Empero, el acto solidario no pudo realizarse porque la policía lo impidió a culatazos. Hubo heridos y muchas aprehensiones.

Alemán aseguraba que el suyo era un *"régimen de derecho"*, pero el pueblo decía que era un *"régimen de derecha"*.

*

Los mineros recibieron el dictamen de la comisión gubernamental. *"El conflicto dimanó* —decía éste— *de la resolución dictada el 2 de octubre de 1950 por el Grupo Especial No. 4 de la Junta Federal*

de Conciliación y Arbitraje, por el que se tiene por no presentado legalmente, el pliego de peticiones y por no hecho el emplazamiento de huelga en contra de las Compañías Carboníferas de Sabinas, S. A. y Mexican Zinc & Co."

La comisión dispuso que las empresas de Nueva Rosita y Cloete, así como el Sindicato buscasen la manera de reponer "desde luego", hasta mil trabajadores en sus derechos de antigüedad de empresa y que las vacantes que se fueran presentando se cubriesen, de preferencia, con los restantes trabajadores de la caravana.

El gobierno ofreció tierras y crédito a los mineros que quisieran dedicarse a la agricultura y empleos en las obras públicas a los trabajadores especializados. Suscribieron el dictamen los señores Adolfo Ruiz Cortines, Francisco González de la Vega y Romeo León Orantes, presidente, este último, de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje.

*

El Jefe de la Policía, Gral. Othón León Lobato, comunicó a los jefes de la caravana que, a partir de ese momento, les quedaba prohibido a los mineros abandonar el campo 18 de Marzo. Los cinco mil trabajadores que habían caminado 1 500 kms. para pedir justicia, perdían en un momento sus derechos civiles y se les privaba de la libertad. El campo fue cercado por la policía y se convirtió en la cárcel más grande que ha conocido México hasta la fecha; algunos mineros le llamaban la *Cárcel Miguel Alemán.*

Al cúmulo de injusticias cometidas contra los hombres de Rosita, se agregaba otra más. Pero, ¿cuál era el delito de esos hombres? Luchar por la autodeterminación del movimiento obrero mexicano.

*

Los mineros deliberaron. El dictamen fue rechazado. "Eso mismo —dijeron— nos lo proponían las empresas en Rosita, y luego en Saltillo; es lo que nos ha estado ofreciendo la Secretaría del Trabajo y nosotros hemos rechazado." Después de cinco meses de huelga, de haber caminado 1 500 kms. para ver al Presidente, cuando han muerto de hambre y falta de atención médica decenas de niños en Rosita, la comisión nos entrega una resolución que lo único que hace es sancionar la ingerencia de la Secretaría del Trabajo en el régimen interno de los sindicatos, establecer como válida la violación del derecho de huelga...

"Al desentenderse del fondo del problema, la comisión deja en pie todas las injusticias que hemos sufrido en el curso de nuestra

huelga. Y para resolver los efectos de esas arbitrariedades, los señores de la comisión expresan que han logrado de las compañías la reposición de mil trabajadores con sus derechos de antigüedad de empresa, lo que significa que un mecánico de primera, que ha adquirido esa categoría en el escalafón mediante ascensos en 15 o 20 años, regresará al trabajo como peón o trabajador de nuevo ingreso..."

*

Los partidarios del "señorpresidentismo" insistieron en que el camino era ver al Presidente Alemán, pero éste se hallaba de vacaciones, descansando de sus "agobiantes" labores.

La huelga se había perdido.

No era una derrota de los mineros de Rosita, sino de toda la clase obrera mexicana. Con ella perdía su independencia la organización obrera y el destino inmediato de los trabajadores quedaba en manos de la burguesía reaccionaria. Según la filosofía alemanista ese paso —el sometimiento de la clase obrera— *"era necesario para promover la industrialización del país"*.

*

El gobierno puso un tren a la disposición de los mineros, para que regresaran a Rosita. El día de la partida, miles de gentes se congregaron en la estación de la Villa de Guadalupe para despedir a los caravaneros. Éstos recibieron una nueva ofensa: el tren que se les había destinado se componía de una serie de jaulas de las que se usan para transportar ganado.

El senador Juan Manuel Elizondo consiguió que les pusieran coches de pasajeros. La caravana salió de regreso, derrotada pero no vencida, el 20 de abril, a las cinco de la mañana.

En el camino de regreso, el tren de jaulas que precedía al de los mineros, descarriló. Nadie les quita a los caravaneros de la cabeza la idea de que agentes de Jesús Carrasco y Manuel Ramírez Vázquez desclavaron la vía para provocar una hecatombe y dar así solución definitiva y permanente al problema de Nueva Rosita. El azar hizo que se interpusiera un tren en su destino; de otro modo, miles de mineros hubieran perecido en el accidente... Pero ese día los mineros estaban de suerte, como Rosita Alvírez: de los tres tiros sólo uno era de muerte: el fallo de la Comisión Gubernamental.

*

La llegada a Rosita fue un suceso indescriptible. Los hombres vol-

vían a sus hogares con las manos vacías a confrontar en los suyos los estragos de la miseria y el terrible impacto moral de la derrota. Sin trabajo y sin recursos para rehacer su vida en una nueva actividad desconocida, enfermos de silicosis, cargados de hijos...

¿Qué iba a hacer, por ejemplo, Agapito Maltos, el cantor de la caravana, con su mujer y nueve hijos?

Cada familia era una tragedia, inclusive las de los "panzas blancas" que habían traicionado al movimiento: se habían salvado del hambre pero no de la vergüenza y de la conciencia culpable...

[De *La huelga de Nueva Rosita*, 1952]

☐ *Salvador Díaz Mirón*

Salimos de México en el primer tren que corrió a Veracruz, todavía bajo la amenaza de la huelga reciente. Llegamos retrasados cuatro horas, con el tiempo necesario para ofrecer nuestro saludo al mar, encerrarnos en el cuarto del hotel y enviar nuestra tarjeta al de la lira resonante.

Esperamos la tarde.

Aquella primera noche, mientras impacientes aguardábamos en los portales del "Diligencias", habíamos empleado ya todas las argucias para entrevistar a Salvador Díaz Mirón. "Es difícil y es sencillo verlo", nos afirmaron. Cierto: es difícil y es sencillo ser recibido por el poeta. Cualquiera, el más humilde, es admitido a conocerlo, a escucharlo, pero a los periodistas nos niega la entrada, la casa está cerrada para nosotros. No respondió una sola línea a la nota que le dirigiéramos.

Un mozo, deseando sernos grato, con el orgullo de los veracruzanos por su poeta, nos dijo:

—Aquélla es la mesa de Salvador Díaz Mirón.

Pero él no llegó, porque sólo éramos unos impertinentes periodistas, deseosos de violentar su retiro.

Esa segunda noche preparábame, en silencio, para la aparición apolínea. Después de dos horas de espera, el mozo se acercó a decirnos:

—Ya está ahí.

Atravesamos entre las mesas, entre la indiferencia de los arriesgados turistas, que ir en aquel tiempo a Veracruz, era como visitar un país salvaje. El poeta leía un diario. Nos invitó a sentarnos. Esperamos que concluyese. El sombrero blando, gris obscuro, lo tenía echado sobre la nuca, con descuido; el pantalón negro y amplio seguramente estaba sin aplanchar, como el saco de alpaca, que le queda grande. El chaleco es de todos colores. Los anteojos, ¡oh, los anteojos!, llevan aro dorado.

Nos exigió palabra de honor de no ir como periodistas, sino como amigos:

—Si no acceden, estrecharé su mano y cada quien irá por su lado.

¿Qué es lo que van a decir de mí? Las entrevistas me tienen azorado. En una de ellas un señor me llama "Salvadorcito" y habla de mi admiración por Napoleón, porque uso un dije que es un recuerdo amoroso de mi hijo. Eso me avergüenza, lo mismo que al periódico; esas cosas no deben publicarse, ni siquiera por amistad: tal parece que nadie lee lo que llevan a la redacción.

El poeta habla colocando a cada momento su mano derecha sobre el hombro del que lo escucha. No le encontré en la voz aquel antiguo tono épico de los ocho discursos. Le interrogué por los volúmenes anunciados y no aparecidos:

—*Triunfos* reúne en título lo disperso, anterior a *Lascas*. *Astillas* está imprimiéndose en España y debe llegar pronto a México. Estoy concluyendo un nuevo libro de versos. Hijito, todavía no tiene nombre...

Díaz Mirón sustenta dos cátedras en el Colegio Preparatorio: Historia y Literatura; una en la Naval, Historia; y desempeña una comisión. Según él, es poco: sólo para vivir. Interesado vivamente por las noticias políticas, sobre la próxima elección presidencial, tuvo este juicio:

—*¡Dios libre a México de una nueva revolución, que sería la ruina de la patria!*

Accionando lenta, trabajosamente, por la mano baldada, descubrió, entre una confusión de cartas sucias, la que le enviara el Consejo Cultural ofreciéndole solemne homenaje a él, a Jacinto Benavente y Gabriela Mistral. Con desdeñosa suavidad:

—En una carta que, para mí, es alta honra. Sí acepté, con la condición de que me avisaran ocho días antes, para llegar a México y adquirir un traje decente con el que presentarme, porque no lo poseo, hijito...

Rechazó mi explicación sobre por qué rehusara Jacinto Benavente:

—No, hijito, creo que no es eso, salvo tu mejor parecer. Benavente no quiso verse solo, y seguramente pensó: "Si Díaz Mirón y la señorita Mistral no aceptaron, yo solo no puedo recibir tal homenaje".

Arqueles Vela le preguntó su opinión sobre el nuevo movimiento artístico. Contestó:

—Recibí una carta de Maples Arce, solicitando que le hiciera un prólogo para su libro. Llegó tardíamente, pero de ninguna manera lo hubiese escrito, porque no acostumbro darlos, ni los pido para mis libros. Poco después me dijeron que Maples habíame atacado en un manifiesto que publicó en México.

Repentinamente recordaba que éramos reporteros, volvía a exigirnos el no decir palabra de lo que escucháramos. Halagado, porque en el fondo le satisfacen las visitas, tiene la pose de la humil-

dad: "Ustedes son muy buenos con este pobre poeta". Refiriéndose a una selección de sus poemas, publicada por una editorial rapaz, y a la reimpresión española de *Lascas*:

—Las dos ediciones están llenas de errores y no sé cómo Rafael López dejó pasar tan numerosas faltas. Jamás recibí un centavo por ninguna de ellas, porque nos despojan.

Asentimos. Y luego, el Díaz Mirón de la leyenda:

—Algunos amigos de mis versos quisieron que el Congreso me concediera una pensión, para que pasara el resto de mi vida consagrado a la labor literaria, pero no seré gravoso a mi patria, mientras tenga fuerzas para el trabajo. Cuando las pierda, iré a un hospicio.

El poeta se despidió. Su figura perdíase en la calle mal iluminada por las llamas temblorosas de los faroles.

Habíamos vagado por los barrios bajos del puerto, entre mujeres de extraños matices y marineros de alejados océanos.

Encontramos al poeta leyendo los diarios. Abrió el pequeño volumen de *Poesías escogidas* de Rubén Darío, editado en París por Ventura García Calderón. Leyó:

En las pálidas tardes
yerran nubes tranquilas
en el azul: en las ardientes manos
se posan las cabezas pensativas...

No concluyó el poema, Fríamente:

—Hijito, están muy bonitos tus versos.

Observaba yo el dije con el perfil de Napoleón, y la bolsa alta del chaleco deformada por el peso del reloj, y el cabello y el bigote negrísimos. El poeta nos hizo el don de su primera conferencia, sobre Cosmogonía y Matemáticas y sobre la simplificación de la enseñanza de ambas, conforme a la pedagogía moderna. En dos de mis tarjetas resolvió sintéticamente dos ecuaciones de segundo grado. Inspiración astral la del poeta:

—Einstein nos abre nuevos horizontes, pero no trabajó con geometría euclidiana, porque el espacio no es euclidiano; a pesar de lo limitado de las enseñanzas, lo que aprendemos nos basta para las necesidades de este bajo y miserable mundo. Yo siempre procuro que mis discípulos comprendan la divina armonía de los números.

Era como si estuviésemos separados de los otros, porque habíamos construido nuestro silencio. No nos llegaban las palabras de los meseros y de los clientes del café, ni las miradas de las mujeres.

Mostraba Díaz Mirón interés por las noticias, por los cambios. Nos confirmó el rumor de su viaje a México, ese viaje que no ha

hecho y que tal vez nunca realice:

—Sí, esta semana iré al arreglo de la edición de un nuevo libro de versos, y, no lo oculto, a hablar con Vasconcelos, que me ofreció dos clases en la Preparatoria. No podría decirte si volveré al periodismo, porque el hombre propone y Dios dispone. En 1913 salí de Jalapa, confiando en retornar pronto, y no volví a ver a mi familia, sino al regreso del destierro: no hay que afirmar nada. Ustedes, quizás sí, porque son jóvenes y están llenos de ilusiones; yo no, que soy un viejo poeta aleccionado por la vida.

¡Qué intensa amargura en el tono de esta frase! El solitario orgulloso y rebelde se conmueve al afirmarle yo que a su llegada a México los jóvenes le harán un gran recibimiento. Rehusó:

—Favor tuyo, hijito...

Nuevamente, nuestro silencio lleno por el vasto rumor del mar. El poeta toma de un sorbo su vaso de café con leche y se limpia los bigotes negrísimos, más que la cabellera todavía en penacho. Como llegara un joven veracruzano, nos presentó:

—Los quiero porque aseguran que mis palabras no trascenderán a ningún periódico, y son muy buenos con este pobre poeta. No sé cómo pagarles sus bondades. Comprendan que no deseo exhibiciones, que no necesito exégetas, porque no tengo nada que decir al público y que, si lo tuviese, lo diría yo mismo, porque el exégeta puede ser imbécil.

La noche tornábase estruendosa y bárbara. Lejanas luces desvelaban las olas del "mar latino".

Ésta es la casa de un poeta. Pequeña, en un piso de la calle de Zaragoza. Nuestra constancia logró forzar la entrada. A las diez y media, Díaz Mirón sale del baño, con los bigotes aún más negros. El brazo izquierdo pende inerte. La mano, semienvuelta en una venda, es una mano estéril. Cuando el poeta desea destruir un papel, lo hace utilizando la diestra y los dientes. Nos saluda amablemente, nos recuerda nuestra promesa de no publicar nada.

Toda una conspiración ideamos Arqueles Vela y yo para obtener fotografías, que el poeta hace veinticinco años que no se retrata, que huye de las reuniones con kodak, que esconde el rostro en el instante decisivo del lente.

—Estoy despojado de vanidades y de orgullos, pero no de dignidad. Alejado de la vida pública, *quisiera ya cerrar los ojos para no ver el desastre de la patria.*

Se sienta. En el espejo ve la cámara envuelta en un lienzo negro, ese lienzo que es casi divino, porque crea para el fotógrafo un mundo distinto, de sombras y luces diminutas. Continúa:

—Pertenezco al coro de la tragedia antigua. Supongo que ustedes estudiarían lo suficiente de literatura para conocer el papel del

coro en las creaciones trágicas: comenta el suceder de los acontecimientos, sin mezclarse en ellos. Así yo: no tomo parte en los hechos, pero me lleno de alegría, si son faustos para la patria; de tristeza, si son infaustos.

Callamos. No sabemos de qué hablar. El poeta sale breves momentos y regresa con una serie de cuartillas. Va a leernos un estudio, acaso un discurso. (Vela me hizo notar, pasados varios días: "Es el discurso para el homenaje del Consejo Cultural".) Frases aladas y armoniosas, repujadas como una joya. Evoco unas:

"El poeta debe estar lleno del espíritu santo de los presagios." "El músico escucha voces celestes."

En las líneas iniciales declara su admiración por Jacinto Benavente, al que le quita el "don" no por falta sino por exceso de respeto, y por Gabriela Mistral, "la del nombre dulcemente evocador". Del primero prefiere *Cartas de mujeres* y *La losa de los sueños,* porque en esta comedia encuentra "toda la vida, con sus miserias y sus dolores". De Gabriela Mistral lo conmovió "El grito", por la angustia que palpita en esa página y que es la angustia de "la nación condenada, por la fatalidad geográfica e histórica, a ser absorbida por otra más poderosa".

En tanto habla, ha colocado las cuartillas sobre el brazo inerte, y difícilmente las pasa, una a una. Siempre habré de verlo en esta actitud, un poco inclinado, así, sobre los pliegos escritos. Le escuchamos atentos, porque ensáñase contra los críticos, los entrevistadores y los prologuistas. Narra cómo un crítico, sin haber leído *Nuestra Señora de París,* declaró vulgar el asunto; destroza el prólogo de las obras de Cervantes, que lleva la edición de Rivadeneyra:

—Es de alguien que pasa por magnífico prologuista. Por eso jamás escribo prólogos, para que mis pecados no recaigan en otros, y no los pido por no llevar culpas ajenas. Es indiscutible que ese señor no conocía el limpio espíritu de Cervantes. Tampoco hago crítica, porque considero que detrás de cada crítico hay un escritor fracasado: Sainte-Beuve, después de publicar una novela y un volumen de versos, que pasaron inadvertidos, se dedicó a enseñar a los escritores franceses cómo hacer versos y novelas.

Califica de extraño y original a Vasconcelos y lo prueba leyéndonos los párrafos de *Estudios indostánicos* que tratan de la magia de los sueros médicos y el poder volar con el ombligo y el coxis. Sonriendo:

—Aun cuando yo nunca he volado, ¿por qué dudar de que otro lo haya hecho, no en el sueño, sino en la vigilia perfecta?

Solicito el retratarnos a su lado. Él, que no olvida:

—Tengo su palabra de honor de no publicar nada, y el honor es sagrado.

En los minutos que el fotógrafo prepara la cámara, Díaz Mirón:

—Voy a recitarles uno de mis últimos versos, "Los peregrinos", escritos sobre un motivo del Evangelio de San Mateo, el que fue publicano. Porque hubo cuatro evangelistas...

Se acerca, como a un asalto. Se pega al oído del que lo escucha. Es sonora su voz, impetuosa como un torrente. Sus versos son los de quien, renovándose, conserva la estirpe. Me estremece, cantando a los que iban por "la vía encharcada de sol..."

Posamos. Todo en el fotógrafo es lento. Díaz Mirón, hombre de todos los momentos, como quería Gracián, diserta sobre los lentes alemanes y adjetiva de plagiarios a los americanos. Ya libres, en el descanso:

—Nada de lo conquistado por la violencia ha persistido. Después de la Revolución Francesa, los más vehementes entre los republicanos se colocaron al servicio de Napoleón, el más odioso de los dictadores, un verdadero azote de la humanidad. Yo soy el más antiguo de los socialistas mexicanos, aquel que hace más de veinticinco años escribió "Los parias", "A un profeta", éstos con dedicatoria a Henry George: "*Santa la Poesía*".

El mundo comunista es un sueño imposible: entre sangre salimos de él. Pasamos por la esclavitud, la servidumbre y la organización proletaria, y vamos hacia el colectivismo, una forma más justa de vida.

La sociología y la economía originan el último discurso de Díaz Mirón. No quiere dejarnos partir. Nos detiene, para resumirnos su credo artístico:

—El público debe dar absoluta libertad al poeta y éste queda obligado a tener completa sinceridad.

Todavía en la puerta estamos media hora o más. Sobre Diego Rivera:

—Será un gran espíritu, ya que se atreve a pintar la cosmogonía...

Al despedirnos, nos elogia. Salí conturbado, arrepentido. Es, de mis visitas a hombres, a mujeres, de ésta de la que conservo huellas más imborrables, huellas que no destruirá el tiempo.

□ *Luis G. Urbina*

A Pablo González Casanova

Mañana de domingo, encapotada de lluvia. Un domingo triste. "Irá a una casa humilde", anunciómе el poeta, como preparándome el ánimo para la monotonía del agua y lo pluvial de su espíritu. Después, el maestro, siempre amable, al despedirse quiso saludar lo

que él cree mi juventud entusiasta: "¡Feliz Ortega!" Y hube de res-
ponderle, con la resignación del indio: "No tanto como usted, maes-
tro". Sonrió, con la sonrisa dulce, maliciosa e irónica del indio, y
moviendo la cabeza aceptó: "Sí, porque ha vivido menos".

Regresa sin que al parecer haya cambiado. Los compañeros que lo vieron partir y yo, que lo vi en un corredor de la Preparatoria, rodeado de alumnos precozmente escépticos, lo encontramos lo mismo, en la mirada el brillo de los años pasados y vividos, sustituido, a veces, por una opacidad melancólica. Estimando halagarle, le recibimos diciéndole: "El tiempo no pasa sobre usted, maestro". No; sino que explica que se coloca interiormente unos polvos que le conservan la animación del rostro. Pero él sabe que vivió, gozó, amó, viajó...

—¡Y he cantado! —concluyó, con el orgullo del indio.

Hablábamos de Venecia, de Roma, de París. De Venecia, de acero durante el invierno; clara y luminosa en la primavera, época propicia para recoger en las campiñas el rocío floral con el que debía lavar su cuerpo la dogaresa. Conversábamos de Anáhuac...

"Irá a una casa humilde —me previno el poeta—, una casa en la que voy pasando la vida pobre, casi miserablemente." No atendía yo a sus palabras, sino a su voz, esa voz monocorde que tenemos nosotros los indios, y que engaña, y sugestiona, y atrae, y convence, y repele, y acaricia, que va de la esclavitud a la altivez. No atendía a sus palabras, sino a esa actitud suya que es la del que lleva sobre sí el peso de una existencia no estéril, y que hace vibrar aún los nervios de la lira.

Lo busqué, el sábado en la tarde, marchando bajo un aguacero que era como un resto del diluvio. Pensaba, al recorrer las calles del barrio, en las quejas del poeta, de sincerísima, desconsoladora amargura. La vecindad tiene un patio amplio, en el que dos, tres niños, juegan, corren, gritan. El corredor del patio tiene dos, tres macetas, en las que las plantas no crecieron como habitúan en estas tierras feraces. La casa, sí, es humilde. Confieso que esperaba algo distinto para quien escribiera *El corazón juglar*. La primera impresión es penosa. Afortunadamente, no encontré al poeta.

Mañana dominical, encapotada de lluvia. Una de estas mañanas en que uno pide el diluvio o el arco iris, definitivamente. No conseguía olvidar lo visto, lo oído la tarde anterior: las macetas con las plantas anémicas; el patio escasamente animado; los gritos de los dos, tres niños que jugaban, corrían con timidez.

Encontré al poeta escribiendo, en pijama, la tiniebla de la noche y la luz del día reunidas en la pupila de indio, para dar máxima claridad vibrante a las frases, que íbanse desprendiendo del extremo de los dedos magnéticos. Escribe en un extremo de la pieza, de es-

paldas a los balcones, para que estén bien iluminados los pequeños pliegos de papel en los que van apretándose las líneas, las letras, rítmicamente. Escribe con lentitud, como para dar espacio a las ideas y que éstas se desenvuelvan libres y unidas. No alcancé a distinguir una sola corrección.

Interrumpió la labor para recibirme. (En la mesilla acumulábanse revistas y periódicos, dos libros —uno de Araquistáin, otro de Concha Espina—; los pliegos de papel, uno sobre el otro, desprendidos como hojas del fuerte árbol del espíritu.) Retratos antiguos, de ésos que Núñez y Domínguez —"Mi vida está llena de nombres de mujer..."— publicara. En un cuadro está Urbina con los ojos luminosos, el bigote escaso, los labios golosos. Retratos de modas, de juventudes pasadas y extintas, pero que retornarán inevitablemente. El poeta extendía las manos breves y nudosas, cuidadas, morenas, en las que los dedos están habituados a la pluma, al lápiz. La asociación impuso que él murmurase la primera estrofa de "La elegía de mis manos".

Regresa desilusionado, abatido tal vez, pero sin el cansancio de otros:

—Me encuentra trabajando, haciendo por la vida; y esté seguro que quisiera ya no escribir, sino hacer algo distinto.

Hizo a un lado las cuartillas, la pluma, el tintero. Estoicamente, como un indio, preparábase para hablar de sí mismo, que es la más molesta de las formas de tormento.

Le pregunté por Veracruz y por Díaz Mirón. No es posible para mí olvidar al "puerto bullente" y al poeta orgulloso, y las dos voces resonantes, conforme al adjetivo de Rubén Darío: la del mar y la de la lira vasta y magnífica como la de los rápsodas griegos. Veracruz se le mostró a través de los aguaceros torrenciales del trópico, sinfónicos como una selva. No vio, por malos informes, al artífice de *Lascas*. Aseguré:

—Un conversador supremo.

Volvía a escuchar el verbo cálido y armonioso del Díaz Mirón de los veinte discursos, moderno y antiguo —Esquilo, Platón y Einstein, Sem Benelli y Tolstoi—, límpido y oscuro como los "ojos de agua" de mis tierras.

—Sí, es un conversador de discos que cansa cuando repite seis o siete veces la misma disertación sobre igual tema, como Valle-Inclán. Conocí a los que, seguramente, han sido de nuestros mejores conversadores, y que es difícil serlo: a Guillermo Prieto, Altamirano, Juan A. Mateos, Joaquín Cardoso, Justo Sierra. Pero era que actuaban en un medio más amplio, de más unión, y eso les obligaba a hablar. Encuentro que la juventud está dividida en grupos de dos

o tres, separada, distanciada, y entonces explícase uno que los muchachos callen. Tiene, también, el caso de un orador que no era buen conversador: Urueta. Urueta necesitaba exaltarse, inspirarse.

La voz monocorde, pero no monótona, amable y discretamente variada, teñía de realidad las figuras de los amigos desaparecidos. Urbina no acciona. Pocos indios movemos las manos, y eso casi nunca con medida, con equilibrio. Pero cuando uno de nosotros lo logra, ¡qué incomparable sugestión despréndese de él! Seguimos siendo monolíticos, con alegrías y dolores sordos.

—No sé...

Ignora si quedará en México, que sabe tener derecho al reposo. o si volverá a salir, que no le agrada el hacerlo. Como le interrogara sobre nuestra literatura:

—¿Y quién dice que no existe? Sí, una literatura de reminiscencias, como le escribía en una carta a Luis Quintanilla, el de *Avión*. Veo con creciente interés las nuevas formas poéticas y espero de ellas una depuración, un perfeccionamiento. Yo bien hubiera querido modernizarme, pero no lo he logrado.

Pasa despaciosamente la mano sobre los papeles en que escribió. Me fijo entonces: sus ojos están apagados, sin ese brillo que tienen en las fotografías. ¿Quién veló esa lámpara? Seguramente no es sino por unos rápidos, escasos momentos, porque vuelve a lucir. Insiste:

—Llevo muy cerca de cuarenta años de periodista y quiero dejar el oficio. Nosotros estamos mal colocados, Ortega, porque no somos declaradamente literatos o periodistas y por ello sufrimos mil contingencias. Si tiene una oportunidad, salga del periodismo, libértese. Yo disfruté altos sueldos, de editorialista, de cronista, y como ustedes, iba con las tiplecitas, y sé hoy que eso es pasajero. Aquellos de mis discípulos que de Preparatoria se lanzaron a él, lo hicieron contra mi voluntad. Fíjese en Gómez Ugarte, que es director de *El Universal*, que escribe versos humorísticos, y que pudo haber dejado una obra consistente, porque era un poeta.

Por aquello de las tiplecitas, conversamos de mujeres. Afirma Urbina que los generales y los ministros terminaron con las mujeres románticas, con las mujeres desinteresadas. Y yo, con experiencia reciente, le pregunté:

—¿No pasó usted por la sensación penosa de no lograr el conocimiento total, íntegro, de una mujer?

Y él:

—Sí; las mujeres son como las ciudades, que no termina uno de conocerlas nunca, porque se llenan de misterios y de secretos, se cubren de velos y enredan sus calles. Precisa un trato largo e íntimo. minucioso y tenaz, para que, cuando menos confiamos, se nos manifiesten.

Encuentra a México triste. La ciudad, efectivamente, es triste, sin el café, sin los teatros en número, sin las exposiciones y los conciertos frecuentes. Prefiere, de sus libros, *El corazón juglar*, y de sus versos los *Poemas crueles*, aquéllos que "los críticos consideran más malos".

—Tal vez por ello —comenté.

Negó Urbina. No es por eso, sino porque se encuentra más en ellos. Le narro mi visita a Balbino Dávalos, en San Ángel, preocupado el traductor de Gautier por el ocultismo y el budismo, por el espiritismo, por todo lo que viene de Oriente, inclinándose sobre los textos originales, para descifrar el secreto de la vida y de la muerte. Urbina, que escuchaba:

—Todos mis amigos atraviesan esa crisis, que es como una reacción contra el antiespiritualismo ambiente. Balbino Dávalos desde numerosos años atrás tiene la curiosidad. Tablada recién me escribió, pidiéndome ingresara a la Teosofía, que da la única razón de existir. No sé...

Ninguno sabe: ni él ni nadie. Sobre movimiento social:

—Estoy asombrado de la inquietud, del miedo de nuestras gentes, que ven cosas terribles cuando en verdad el movimiento ni siquiera se inicia aquí, cuando todavía falta lo esencial. Yo escribiría en pro de las nuevas ideas, porque está vecina la última lucha entre el capital y el trabajo, y nosotros, proletarios como los obreros, debemos estar con ellos.

Muestra sus conocimientos sobre organizaciones obreras, capitalistas. Confiesa que continuará escribiendo versos, por hábito, y porque le divierte, pero que tras de *Los últimos pájaros*, no publicará un solo poema.

—¿Y qué hará usted?

Contestó:

—Prepararme para el fin, irme acostumbrando a pensar en la muerte.

Rechacé:

—No, maestro, todavía vivirá largo. No importa que sus libros lleven títulos crepusculares: *Lámparas en agonía*...

Y él:

—A todo lo largo de mi obra va el pensamiento de la muerte. Recuerde: *Puestas de sol*. En tanto las lámparas estén en agonía, aún hay vida. Pero, como los místicos, interesa irse haciendo, con serenidad, a la idea de la muerte...

□ *Vargas Vila*

Salía de la estación rodeado de admiradores. Es de pequeña estatura, un poco grueso; de mirada, gestos y hablar que quieren ser olímpicos. Voz despectiva y seca. Al editor Gerardo Sisniega, que se ofrecía para acompañarlo, le contestó brevemente:

—Gracias. Mi secretario es el encargado de estos asuntos.

Puso cara hosca para defenderse de los que lo asediaban. Mientras iba hacia el automóvil, una voz suelta gritó entre la lluvia:

—¡Viva Vargas Vila!

Respondieron tres, cuatro voces. Parecía que llegaba un líder político o un mal novillero. Vargas Vila saludó brevemente, sin detenerse. Camina apresurándose, haciendo como que quiere huir de la gente. Alega que no debe ser turbada su soledad. Aquí, en México, precisamente hemos aprendido a ser solitarios y no buscar a nadie, pero al mismo tiempo a no rechazar a los que se nos acercan. Tenemos siempre un saludo y una sonrisa amable.

Al quedarme sólo, me interrogué: ¿es éste el hombre que, según sus admiradores, tiene espiritualmente la altura del Ande?

Ningún intelectual acudió a saludarlo. Se sabe, de hace tiempo, todo lo que va a decirnos.

Recibe al medio de la tarde, no antes, porque descansa después de la comida. Al presentarse uno, se levanta, tiende una diestra seca, invita a tomar asiento, repite:

—¡Piérdanme el miedo!

Al oírlo, pensé que el señor Vargas Vila se toma por un Zeus Fulminador.

Al hablar el tono de su voz es monótono, pardo, gris. En la tribuna, será incapaz de conmover multitudes. Accede a retratarse, como concediendo una merced.

—No puedo negarme, porque antes he permitido lo mismo a otros fotógrafos.

Desde la sala, veíamos la estatua de Colón, arropada en la lluvia. Alguien —mejor no nombrarlo—, recordando declaraciones recientes del panfletario, lo halagó:

—Señor, ahí está su colega.

Con tono sumiso y devoto, con actitud sumisa y devota. Vargas Vila sonrió, para responder:

—¡Somos los dos monumentos!

Afirmaciones como ésta las he oído innumerables ocasiones, más bellas. Habla, es él quien habla, y permite bondadosamente que los demás escuchen. Al terminar el maestro —de ellos— una frase, hacen signos de aprobación, de admiración. El aspecto de abad

de Vargas Vila no corresponde a lo que dice: viste irreprochablemente, calza a la última moda, sin descuidar un solo detalle. En la mano izquierda lleva un inmenso anillo.

Hace la crítica de la entrevista. En una pausa, descuelgo una pregunta:

—¿Cómo encontró usted a Díaz Mirón?

Al hablar, permanece inmóvil, las manos cruzadas. No acciona. no gesticula. Quizás para dar impresión marmórea, de estatua.

—Admirable, como siempre. Fuerte y digno. Díaz Mirón es en la poesía casi lo que yo en la prosa, un caso único que no tiene antecedentes ni tendrá sucesores. De obra perfecta, inmortal.

Lo compara con Hugo. Después, al querer situarlo dentro de la literatura mexicana, se confunde lamentablemente. No sabe si es anterior o posterior a Nervo y Urbina. Alguien acude en su auxilio. Y continúa:

—Vengo a México a enfocar, a mi manera, el estado espiritual, político e intelectual. Pero no me acercaré a los escritores para que luego no se me acuse de violar amistades, y vayan diciendo que hablo mal de ellos después de aceptarles un banquete. Compraré libros, y usted me verá agotar los de los autores mexicanos que desconozco.

Se obsesiona con esto y con su "LÍNEA RECTA". Insiste sobre ello veinte, treinta veces. Cuenta que Valle-Inclán repetía incesantemente el índice de *Rosas de la tarde*, afirmando:

—Esto es poesía —y aconsejando a Vargas Vila que escribiera versos.

—Yo le dije —prosigue con esa voz gris, parda, monótona— que de hacerlos serían los más malos de América después de los de Bobadilla. Acabo de saber que Valle-Inclán está gravísimo, y lo siento, porque es el único prosista de España desde el siglo XVIII. Fíjese bien en lo que digo: es un portentoso estilista y no un pensador. España no tiene uno solo.

Llueve, y el cielo se divierte jugando con los relámpagos. El tono igual de Vargas Vila continúa:

—Cuando inquirió Valle-Inclán si escribía yo en castevillano, le contesté: "¡No! En Vargas Vila." Y es cierto, violo la gramática. las leyes todas del lenguaje. Y él se fue diciendo: "¡Jesús! ¡Jesús!" Sus ideas no las discutimos, son otra cosa, pero no cabe duda que es el primer prosista en español.

(Esperé que dijese: Después de Vargas Vila.)

Habla mal de la Argentina, en la que, según él, sólo existe el culto del vientre y del músculo, y por ello las dos grandes glorias son Lugones y Firpo.

—En cambio, Montevideo es maravilloso. Es cierto que han ido más lejos de mis ideas, pero no por eso dejo de reconocerlo. Todas las grandes intelectualidades están encaminadas hacia la política, y por eso la literatura no tiene el desarrollo que debiera gozar. Cuando el Ágora está llena, los jardines de Academos quedan vacíos.

Concluyó:

—Es un país único. Buenos Aires, lleno como está de diarios, no tiene un solo diarista, porque llegan a él un sueco, dos suecos, tres suecos, se unen, e inmediatamente fundan un periódico. Todo lo que no sirve va a caer en el periodismo.

Brasil es distinto. En esa república leen mucho y tienen una sensibilidad finísima, porque todo tiende al arte como único fin.

¿Chile? No, no lo visité; no estaba en mi ruta.

Habla, es él quien habla. Abandona los temas sociales y dice de Juana de Ibarbourou:

—Sería para mí el más alto de los poetas del Continente, si no viviese Díaz Mirón. Y toda una mujer. Como yo le dijera en una reunión que había quien hubiese sacrificado a su esposo un amante, riquezas o cualquiera otra satisfacción, pero no una gloria, contestó con una frase portentosa: "No es a él a quien se la sacrifico, sino a mi hijo." Y al decirlo señalaba a un niño de cinco o seis años.

No necesita de tomar alientos, es inagotable. Escuchándolo, se explica uno que pueda llenar cuarenta páginas de *Némesis*, él solo. No calla nada de lo que se le ocurre:

—Bella, sí, la Ibarbourou es bella. Y como los que la visitaban no todos iban con intenciones intelectuales, el marido le prohibió recibir a nadie, y aun escribir versos. Y su verdadero apellido no es Ibarbourou, sino Rodríguez. Y ahí tiene usted el ridículo de Unamuno, apoyándose en él para encontrarle raíces en España, y hablando de escritores vascos que lo habían llevado. Ibarbourou es el esposo.

Entonces sigue con Unamuno, con los escritores españoles. La voz igualmente seca y monótona, sin inflexiones, sin matices:

—D'Ors es un caso de conmiseración: hace esfuerzos tenaces por pensar, sin lograrlo nunca. En general, en España no existe un solo pensador. Labor la de los sindicatos obreros, que tienen instalados grandes ateneos con bibliotecas completísimas, y que pagan conferencias como ninguna otra institución. Leen a los grandes escritores literarios.

Al decir esto último, quizá sin quererlo, se señala a sí mismo con un suave movimiento de la mano.

—Son los obreros los que hacen obra, sintiendo encima al patrón avaro, a una burguesía soñolienta, una nobleza frívola y un rey que no sé cómo calificar. Imagínese lo que será el día que decidan hacer

la revolución, que llegará al soviet porque es imposible que se instale la república. Lerroux, el jefe de ella, está vendido, ha descubierto caminos inéditos en el venalismo político.

Inagotable es, hay que repetirlo. Incansable:

—Europa ha caído en la barbarie. La civilización está hoy en América.

Protesto, entonces sí protesto. Porque para mí, Europa está más allá de la civilización, ha salido de ella, es cierto, pero para adelantarla. Y nuestros países de América —exceptuando Brasil y el Uruguay—, sobre todo México, están dentro de una barbarie densamente tropical.

Replica:

—Según lo que usted entienda por civilización. Pero vea, han caído en un reaccionarismo absoluto. Italia no tenía sino dos caminos: el soviet y el fascismo. Eligió el último. En España la monarquía se jugó la última carta con la dictadura militar; si pierde, es inevitable la revolución social.

Tornamos a oírle cosas de América. Como yo intentase loar a Chocano por haber domesticado a Pancho Villa:

—No diga eso, que lo único que hizo fue huir del tigre antes de que lo devorara, sin haberlo domesticado nunca. Hablar de Chocano ensucia los labios. Y si no que lo digan los que nos cotizamos, cuando el robo de la esmeralda y lo del cheque falsificado.

Interrogaron:

—¿Qué le parece a usted Gabriela Mistral?

Inmóvil, dejó fluir sus palabras:

—Tengo vaga idea de que es una especie de apostolesa, un Cristo con faldas. Pero he leído poco de ella, y no podría emitir un juicio definitivo; tengo el respeto de mis ignorancias, y ésta es una de ellas.

(El divino maestro dio ese juicio perfecto y absoluto en Colombia. Tal vez no lo recuerde.)

Teníamos que concluir por D'Annunzio. Cuando Vargas Vila habla del poeta italiano, dice: *Yo y D'Annunzio.*

—Vea si es inmortal que no ha muerto después de que le hicieron Príncipe de Montenevoso, uno de los hechos más ridículos de su vida. Resiste porque realmente es grande...

Recomendó:

—No le pido a usted que sea favorable a mí, pero sí que transmita fielmente mis palabras.

Tuve el orgullo de contestarle:

—Nunca nadie me ha rectificado.

Me invitó a volver. Salí. Quedé solitario y libre frente a la noche.

[De *El Universal*, 1926]

□ *De* Return Ticket

Mientras tanto, podemos nadar, ¿podré yo hacerlo? Nunca mejor que ahora, comprendo que el mundo está superpoblado. La gente estorba al individuo. ¡Cuántas veces he buscado, sin hallarlo, un paraje desierto en mi vida! ¡Un sitio donde dar rienda suelta a todo lo salvaje que llevo dentro, olvidado de que soy yo, confundido con la naturaleza! ¡Abrazarme de un árbol, correr, saltar, gritar o simplemente quitarme los zapatos y el saco, sin temor a que alguien me mire! Este rubor a revelar mi identidad se exacerba hasta el límite cuando se trata de comparecer en traje de baño delante de gente. ¡Cómo me gustaría nadar si nadie me viera! ¡Cómo detesto a todos estos descarados que se asolean, tumbados en la arena, y a todas estas *flappers* llenas de colorines, que nadan tan bien! Me siento demasiado alto. Me siento también débil y flácido, a pesar de mi grasa, si comparo los míos con los brazos musculosos de esos señores. Me debo de ver muy jorobado; ¿y qué pensarán de mis piernas, tan peludas? Luego, no sé nadar. He dicho ya otra vez que detesto los baños turcos públicos. Pero siquiera en ellos no está uno obligado a lucir ninguna destreza, mientras que aquí necesito mover los brazos y avanzar con ellos, yo que sólo sé adelantar con los pies. Todo este tiempo he estado ardiendo de vergüenza, dentro de mi enorme bata pintoresca, mirando mis pies, deformados por el calzado y cuyos dedos se enciman, rectangulares, como cigarros habituados a estar en caja, ya fuera de la caja. Tendré que decidirme, sin embargo. O vuelvo a mi cuarto o entro en el agua. En realidad, absolutamente nadie ha reparado en mí. Rupert y Eugenie, a lo lejos, me llaman, semejantes a peces. Hay unos muchachos hawaianos, morenos, que enseñan a nadar. Recurro a uno de ellos, y, con toda la seriedad de su profesión, me conduce al agua, que parece rechazarme. ¡Oh, mi primer contacto con el océano! Yo avanzaba, de la mano de mi instructor. *Lenta me embiste — su dulce lengua de templado fuego.* Ya soy todo suyo. Entra en mi boca, estruja mi cabeza, llena mi oído de rumores profundos. Me levanta en sus manos múltiples y mis brazos en vano buscan asirlo. Me abandono a flotar o a hundirme. ¡No estoy nadando! Yo no estoy aquí para los demás, ni quiero lucirme, ni tengo ningunos propósitos, ni deseo

aprender a nadar, ni a ninguna otra cosa. En vano es que me digas, oh sabio instructor, que accione con los brazos. No quiero ir a ninguna parte. Con el cuerpo en el mar, mis ojos pueden ver el cielo y la tierra, y esto me basta.

Renuncia a enseñarme y conversamos dentro del agua, trozos de conversación, mientras yo floto como una botella y él hace piruetas en el agua. Me dice que él también es español, como yo. Que se llama Tony Guerrero, sino que no habla nada de español, ni su padre tampoco. Tiene un hermano mayor, *beach boy* como él. Está tostado por el sol; pero cuando se quita el *bathing suit* azul, le queda otro *bathing suit* blanco, de su propia carne. Se sustenta de clases de natación y de ukelele, desnudo día y noche en la playa. Sólo los domingos en la mañana se pone zapatos y vestido. Algunas americanas, románticas se retratan con él y vuelven a embarcarse. Recibe cartas afectuosas, pero no se acuerda de las personas que se las mandan y nunca les contesta. Antes podía dar clases de ukelele en los cuartos del hotel pero ahora ya no permiten la entrada de los *beach boys*, y tiene que cumplir al aire libre su programa educativo. Quisiera ir a la Mainland, algún día...

Si yo fuera un escritor, meditaría en la vida de estos muchachos, seres mitológicos, producto del mar. Algunos hay ya viejos, con un amargo y duro brillo en los ojos pletóricos de océano. Van siendo vigías, luego encargados de las regaderas de agua dulce y luego, supongo yo, se mueren. Debe de haber una infinita poesía en sus existencias. Se parecen a Tabaré.

Vuelvo a sentirme cohibido al desfilar hacia el elevador. No volveré a bajar en estas fachas a la playa. A las cinco, cuando mire desde la ventana que ya están nadando las gentes, me pondré en traje de baño, llenaré la tina y, cerrando los ojos, agitaré en ella los brazos. Siempre he preferido la imaginación a la realidad. En este elevador que baja a la playa hay unos avisos: UNDER NO CIRCUMSTANCES WHATSOEVER WILL BEACH BOYS BE ALLOWED INTO GUESTROOMS.

[De *Return Ticket*, 1928]

□ *Narciso, rojo*

Narciso Bassols surgió a la vida política mexicana de un modo repentino y arrollador. En sus tempranos treinta, cuando el fatigado Ortiz Rubio asumió la presidencia, llegó una mañana, a pie, a la Secretaría de Educación, tomó el ascensor, llamó a los asombrados jefes de departamento, les dio la mano y les pidió la renuncia. Luego se encerró en su despacho hasta pasada la media noche, concentró

datos, celebró entrevistas con los técnicos, puso en el Departamento Administrativo a un joven tacaño; compró una pistola para matarlo si alguien robaba una fracción de centavo; corrió a su cortesano elevadorista; compraba su propia gasolina. A los dos meses de desveladas, tenía bien sujetas las riendas de la Educación, comenzó a emprender giras heroicas a caballo por sierras inéditas, a ceder un sueldo excesivo para su ascética vida a los campesinos. Exhaustivo, ignorante de la fatiga física, exprimía a sus subordinados, iba hasta el fondo último de los problemas, desterró el romanticismo del maestro mártir, exigió trabajo. Los maestros cacarizos y de manos húmedas comenzaron a gruñir, se agruparon en torno a líderes que defendían sus leyes de escalafón y de inamovilidad. Sus discursos se estrellaban contra la fría razón serena del ministro intachable.

Era la época de los ministros *gourmets*, comodines, festivales. En el grupo, el austero Bassols tenía el valor de un ácido corrosivo que acabaría por atacarse a sí mismo. Coincidía con Calles en un odio furioso a los curas, y representaba en una administración planeada por él, una ostensible bandera de honradez, de inteligencia y de trabajo. El coleccionista Pani pretendió mejorar el Museo Nacional, perteneciente a Educación, y encargarse de las obras; manejaba también la construcción del Palacio de Bellas Artes. Bassols hizo presupuestos, los comparó, descubrió que encima de ser los suyos mucho más económicos, no había razón para que Hacienda manejara asuntos de Educación, y se entabló una pugna sorda entre ambos. La mano izquierda tradicional de Pani se estrelló contra la derecha que le dejó tendida Bassols en las antesalas presidenciales de Abelardo Rodríguez, que puesto a elegir, se quedó con Bassols; dejó a Pani en situación de poder atender con mayor holgura sus construcciones y redactar sus memorias.

Superior a las fuerzas de un solo hombre resultaba controlar la marejada pedagógica y lideresca que se le venía encima, y en memorable y larga renuncia, Bassols dejó la Secretaría de Educación en manos más miméticas. Rodríguez lo encargó de Gobernación. Poco tiempo le bastó para comprender que era entonces difícil suprimir el juego, gobernar conforme a su inflexible concepto de gobierno, y volvió a renunciar. En su casa, sumido entre papeles, seguía trabajando; su consejo era constantemente solicitado, y al ascender a la presidencia el general Cárdenas, Bassols fue nombrado ministro de Hacienda. Ningún lecho de rosas; le tocó sortear la devaluación del vecino dólar en sus repercusiones mexicanas, evitar drásticamente la fuga de la plata durante una alza de metal blanco que nadie sabía lo que pudiera durar, imprimir billetes de a peso y acuñar tostones enanos. Cuando su integridad lo llevó a retirarse de un puesto al que la gente creía que lo había llevado la

amistad y el favor de un caudillo eliminado, dejó las arcas repletas, sólido el crédito mexicano.

Meses después fue nombrado ministro en Londres y representante ante la Liga de las Naciones. Exhaustivo, versátil, sólidamente preparado en todos los aspectos de su profesión de abogado, no hizo escuchar la voz de México al son de una guitarra, sino con razones contundentes. Ponía constantemente en aprietos las tranquilas reuniones de M. Avenol, en que es la costumbre dar forma fácil a la consigna de Inglaterra. Eduardo VIII conversó con él por más de dos horas al recibir sus credenciales. Ambos vestían de saco.

A su inflexible, convencida testarudez, debe la España azañista la ayuda material que México le ha prestado y —lo que es más valioso aún, menos expuesto a las vicisitudes de un naufragio—, la sutil interpretación de la legitimidad del derecho de Azaña de adquirir materiales de guerra en los países con quienes cultive relaciones. El discurso de Bassols en el Consejo de la Liga sobre este asunto no tiene réplica, y en su diáfana exposición se apoya sin duda el razonamiento de la nota que México envió la semana pasada a M. Avenol para definir una vez más la posición de México con respecto al conflicto español.

Mientras el congruente Bassols se afanaba por representar a un México ideal y congruente ante la Liga y en Londres, se celebró en Buenos Aires el Congreso de Paz convocado por Roosevelt. En una de sus últimas sesiones, se propuso enviar al Papa un telegrama de felicitación por su labor pacifista; la moción fue aprobada por una indolente, distraída unanimidad, que incluía a México. Al enterarse Bassols de un telegrama que la Liga tendría que transmitir al Vaticano, pidió explicaciones a México, encontró inusitado que su gobierno felicitara "al llamado Papa", cuya existencia ignora oficialmente, y exigía el retiro de México de aquella distraída unanimidad. Nuestra cancillería consideró que la cosa no tenía importancia ni valía la pena; pero el hereje Bassols envió la cuarta renuncia irrevocable de su vida política.

La semana pasada Bassols hizo su debut en el periodismo mexicano, con un artículo breve, contundente, aparecido en *El Universal*. Sin rodeos, diseca el "respiro salvador" de Blum, pone de manifiesto la claudicación que al programa mínimo del Frente Popular, en que coincidieron los diversos partidos que lo integraron, significa el abandono, que ya no podrá ser momentáneo, del programa mínimo por "altas razones técnicas", que mal encubren la presión simultánea de una Inglaterra culpable de la traición francesa a España, y del timorato presidente Lebrun. Bassols escribe ahora como ha obrado siempre, con —para usar sus propias palabras— "esa inflexibilidad que destruye a los sentimentales y a los tontos". Y

con la sabrosa libertad de quien no tiene ya que "acordar" lo que expresa.

[De *Hoy*, 10 de abril de 1937]

□ *Lombardotoledanología*

LOS SIETE SABIOS

Cuentan quienes fueron compañeros de estudios de don Vicente Lombardo Toledano —que algo tiene del Duce, por su origen italiano—, que hará cerca de treinta años que ensayó, intentó y pretendió ser médico, ingeniero y químico. Salió, pues, de la Preparatoria, llegó a medicina, le olieron mal los cadáveres del anfiteatro de disecciones o no tuvo fuerzas para estudiar la anatomía, o no sirvió para el caso, o simplemente aprendió lo que creyó necesario para sus futuras actividades y, como se dice proletariamente, destripó. Volvió a la prepa, cursó algunas matemáticas y llegó a la escuela de ingenieros; ahí los números y las integrales no se llevaron con el temperamento fogoso y hablador o discursero de un líder en potencia. Tiró sus tablas de logaritmos junto con la regla de cálculo, y emprendió una nueva aventura después de su segunda destripada. Fue, por último, a lidiar con la química y se produjo la tercera destripada por culpa de Avogadro y Ampere, los aldehidos, las cetonas, los ácidos aminados, las proteosas y demás fantasmas de la heredera de la Alquimia.

Un padre enérgico no permitió más turismos educativos a su hijo Vicente y lo obligó a que su último ensayo fuera el definitivo. No tuvo más que apechugar con la dictadura paterna el jovenzuelo, y se lanzó a la escuela de Jurisprudencia, eterno paraíso donde la sabiduría penetra por ósmosis a los estudiantes. Sucedió esto cuando un grupo de prodigios estudiaba con excepcional y desacostumbrado éxito, al grado de que siendo ellos seis, más el que llegaba alevosamente después de sus ensayos turístico-pedagógicos por otras facultades, se completaron los siete y formaron el grupo que pronto fue calificado como el de "los siete sabios de Grecia"; Miguel Palacios Macedo, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Narciso Bassols, Daniel Cosío Villegas, Octavio Medellín Ostos y Alfonso Caso.

DISCÍPULO DE CASO

En aquella época, los siete se trataban familiarmente y se llamaban recíprocamente por sus nombres, Manuel discutía con Vicente pero

Alfonso decía que Chicho no estaba en lo justo sino que Miguel debería dar sus luces; Octavio creía que aparte del apasionamiento de Narciso había que admitir mejor los puntos de vista de Daniel. Los siete también, sin lugar a duda, fueron modelos de estudiantes cumplidos, honorables, inteligentes, respetuosos y macheteros; el centro de gravedad, aunque en la actualidad algunos lo nieguen, alrededor del cual se formó el grupo de prodigios, fue don Antonio Caso. Y, aunque parezca extraño, es el caso que Vicente fue el discípulo predilecto de don Antonio.

PROFESOR DE MORAL

Provisto don Vicente de su poliédrica cultura, de miradas lánguidas, manos largas, piel transparente de anémico, hombros levantados, fama de estudioso, prestigio comunicado por el filosófico manto protector de don Antonio Caso y una lengua que decía graves sentencias, con mucho éxito explicaba el bien y el mal a través del pensamiento de todos los filósofos de todas las épocas. Rivalizando sólo con San Francisco de Asís, tenía éxtasis de elocuencia en el aula "Justo Sierra" y casi con lágrimas en los ojos explicaba a los mozalbetes su sentencia favorita: "la vida es buena y hay que vivirla porque es buena". Los seis restantes sabios eran también profesores nuevos en la Preparatoria: el licenciado Bassols reprobaba implacable a la mayoría de sus discípulos de lógica; el licenciado Cosío Villegas explicaba la caridad cristiana en sus cursos de ética, igual que el licenciado Medellín Ostos, y así sucesivamente. Lombardo Toledano superó a todos y la editorial Cultura publicó su libro de ética. Fueron discípulos de don Vicente, entre otras personas distinguidas, Leonor Llorente y Alejandro Gómez Arias.

DIRECTOR DE LA PREPARATORIA

Con tanta fama, con tanta sabiduría, con tanta elocuencia, fácilmente llegó don Vicente a la dirección de la Preparatoria. Ahorró la renta de su casa y se acomodó a vivir en el mismo edificio de San Ildefonso; mandó arrancar la alfombra de la dirección, se enceró el piso, se construyó un cancel y don Vicente Lombardo Toledano se dispuso a gobernar. Es justo decir que todavía, hasta entonces, nada había hecho don Vicente que aminorara su decencia, y sus méritos y su obra eran dignos de justas alabanzas y si esto lo hubiera sabido don Quijote habría agregado: "para memoria en lo futuro". Estudiaba, hacía excursiones científicas con los naturalistas, editaba libros de texto, compraba equipos de labo-

ratorio, libros para la biblioteca y, en una palabra, todo marchaba bien.

GOBERNADOR

Mucho se podría decir acerca del accidentado y breve gobierno en Puebla del gobernador Lombardo Toledano; pero, en esta nueva ciencia, para los fines de la lombardotoledanología, sólo es necesario considerar los hechos fundamentales. He aquí el test: como sucede en México, inesperadamente llegó la indicación de que el gobernador de Puebla no gobernaría más porque ya no era gobernador. Dicen unos, que don Vicente tripuló un automóvil y corrió velozmente hacia la capital. Dicen otros, y esto es lo mero bueno, que "pian pianito" se llegó al tren del ferrocarril provisto de papeles, sellos y secretarios y modificando "legalmente" las fechas (lo cual significa: poniendo ilegalmente fechas atrasadas) dictó, escribió, firmó y selló una serie de acuerdos según los cuales, todo el estado de Puebla quedaba repartido. Así como suena, repartió todo Puebla. Lo malo no está en la repartición, sino que en su obsequio lo hizo de manera alevosa e ilegal.

CROMISTA

Si en la actualidad sufre don Vicente un cólico, la culpa es de Morones; si tiembla en México, la CTM declara por conducto de su secretario general, que Morones y Calles y la reacción prepararon y organizaron el movimiento sísmico; si no llueve o llueve demasiado, Lombardo Toledano explica dialécticamente que eso se debe a maniobras ocultas de la CROM. Plutarco Elías Calles, Adolfo Hitler, Luis N. Morones, Benito Mussolini, Julio Ramírez y el rey de Inglaterra son enemigos personales de Lombardo Toledano y José Stalin.

No hace mucho tiempo, desde las columnas de *El Universal*, el camarada Lombardo regañó a los revolucionarios de México, y a nombre del proletariado universal (que él representa) les pidió cuentas. Unos cuantos señores entre los que figuró don Luis Cabrera, respondieron. Pero nadie se acuerda de que el sin par Lombardo Toledano militó al lado de Morones como a todo México le consta, y si Morones fue, es y será callista, don Vicente, al menos, fue también partidario de Plutarco y por más que diga, algún día tendrá que explicar, entre otras muchas cosas, su actividad en la CROM al lado de Morones.

ARTISTA-MARXISTA

Cuando el licenciado Bassols era ministro de Educación, meditó, calculó y pensó y al fin desarrolló un plan inteligente para sanear a la Universidad. Puso en la rectoría al químico Roberto Medellín, le dio todo su apoyo junto con uno de los más elevados presupuestos con que ha contado la Universidad, y dejó actuar a don Roberto. Lombardo era consejero universitario y debido a la antipatía que suscitaba por sus ligas con Morones, no pudo ser ni director de Jurisprudencia ni de la Preparatoria y al fin se conformó con serlo de la academia de Bellas Artes. Como era de esperarse y como es habitual en el camarada, disparató cuanto pudo por la elemental razón de que una cosa es ser abogado y otra muy diversa haber pintado cuadros, modelado, esculpido o fundido estatuas o entender de martillos y cinceles o de academias de desnudo o de anatomía artística. Transcurrió el tiempo y el discípulo de Morones prendió la mecha del fuego marxista en la Universidad. El resultado fue genuinamente universitario: palos, cohetes, ladrillazos, maldiciones, mítines, discursos, asaltos a la Universidad, moquetes, escupitajos, gritos destemplados, politiquería vulgar y algunos balazos al aire. Sin embargo, hubo algunos hechos dignos de la sabiduría de Ripley: el enérgico, químico, bioplatino don Roberto Medellín, perdió la energía que hasta antes lo había caracterizado en el Departamento de Salubridad Pública (porque no es lo mismo cesar a empleados muertos de hambre en la máquina devastadora de la burocracia, que tratar de disciplinar a una horda de mozalbetes universitarios fatuos, holgazanes, majaderos por naturaleza, sin sentido de responsabilidad); algunos biólogos se asustaron de que no había libertad, a pesar de que en la prepa y en medicina enseñaban precisamente eso, el profesor Ochoterena y el doctor Ocaranza, pues en las clases de biología se empezaba por demostrar primero la incompatibilidad del libre albedrío con el determinismo biológico; y el camarada, marxista, jurista, artista y revolucionario Lombardo Toledano, estuvo emperrado en llevar a la dirección de la facultad de arquitectura, nada menos que al santísimo, catoliquísimo y reaccionarísimo amigo de don Alberto de J. Pani, don Federico Mariscal.

UNIVERSIDAD OBRERA

Pasó la tormenta y dentro de la Universidad quedaron los más duchos, y fuera de ella se encontraron el marxista Lombardo Toledano y sus socios. Los negadores de la libre cátedra y demás libertades que sustenta y defiende la Universidad, inventaron primero

la Universidad Gabino Barreda, que en poco tiempo y con mucho dinero, fracasó. Posteriormente surgió la "Universidad Obrera" a donde van a dar algunos de los ardidos y fracasados profesores que no dan chispa en la autónoma, y una parte de estudiantes que debido a su impuntualidad, sus reprobadas, etcétera, tampoco caben en la Universidad Nacional. La Universidad Obrera, o más lacónicamente, la UO, ilustra a pocos obreros porque, en primer lugar, los camaradas apenas si tienen tiempo para trabajar y ganarse penosamente lo necesario para subsistir, y además, porque la mayoría de lo que se enseña en la citada UO no interesa a los obreros. Baste como botón de muestra, el caso de la señora Ana María Reyna, distinguida profesora de la universidad mencionada, ex-estudiante de la Preparatoria, ex-bióloga, ex-estudiante de medicina, ex-estudiante de ciencias químicas, ex-psicómetra, ex-discípula de Moisés Sáenz, ex-trabajadora social, ex-profesora de psicología social, ex-rusa (porque hubo un tiempo en que prefirió usar el sonoro apellido de su primer marido, don Nicolás Olekiewickz). Pronto será ex-consejera y esperamos que no habrá de terminar hasta que no se ex-tinga. Pero la UO goza de una cuantiosa subvención que le da hasta la fecha la Secretaría de Educación, y cuenta con el "Laboratorio Iván Petrovich Pavlov" en el cual pueden encontrarse: un lavabo, una estufa, seis repisas de cristal que soportan unos cuantos matraces y tubos de ensayo, una repisa de madera donde están contra la pared tres microscopios, tres bancos y una mesa de exploraciones clínicas; en este portentoso (y único en su género) "laboratorio", solamente es posible hacer cuatro cosas: el ridículo, engañar a los inocentes, exhibir una ignorancia radiante y maltratar el nombre de Pavlov.

Probablemente don Vicente piensa que todos los ciudadanos mexicanos son redomadamente ignorantes, pues de otro modo no se explica su atrevimiento al decir (en perennes letras de molde) tan graves inexactitudes como éstas: que la clase obrera hoy tiene a su disposición un "centro de investigación científica que encauzará sus esfuerzos al estudio de las medidas técnicas necesarias para el mejoramiento del proletariado nacional", y con tres microscopios pegados a la pared y su estufa y demás componentes del "laboratorio" dedicado a Pavlov, van a estudiar los sabios de la UO "la constitución y fisiología del individuo" en función de los "factores geográficos, geológicos y climatológicos", "los recursos naturales y su aprovechamiento y beneficios industriales", las "condiciones de salubridad, comunicaciones, servicios públicos, centros de cultura, etcétera", la "higiene de las fábricas, talleres y otros centros de producción", el "medio familiar, costumbres, ingresos, ración alimenticia, vestidos, etcétera", la "higiene de la habitación", el "estudio

antropológico del individuo (antropométrico, psicológico y genético)", el "estudio del individuo desde el punto de vista médico". A esta revoltura inconexa de temas llama, sencillamente... ¡¡Biotipología!!, el gran Lombardo Toledano; tan inusitada barbaridad sólo es explicable pensando que quizás el camarada inventó una nueva biotipología tan singular, que nada tiene de común con la ciencia actual biotipológica. Hasta la fecha no se conoce estudio científico alguno que abarque un programa tan pretensioso, y ni la fundación Rockefeller, ni la Guggenheim ni otras instituciones como éstas (bien provistas de sabios, laboratorios y muchos millones de pesos) han podido realizar una proeza como la planeada por la UO. "Geógrafos", "geólogos", "economistas", "biólogos", "médicos y antropólogos", según el decir de la UO que los cuenta como maíces, bajo la dirección del señor Ancona H., van a realizar tan incomparable monumento de investigación científica y asombrarán, sin duda, al mundo, cuando llegue ese esperado día en que demuestren que sin sabios, sin equipos de laboratorio, y sin dinero es posible hacer lo que no han podido realizar las más prestigiadas instituciones del mundo durante muchos años de existencia.

REVOLUCIONARIO

De una manera permanente, el camarada Lombardo se asocia con sujetos paradójicos y pelea en contra de un sustituto de un padre poderoso. Su primer consejero fue su padre, quien lo obligó a estudiar leyes. Su segundo mentor fue don Antonio Caso, quien lo descubrió, lo enseñó y lo apadrinó echándolo al mundo de los intelectuales clasificado como un ejemplar filosófico, inteligente y estudioso: don Vicente peleó con él, públicamente. El tercero fue Morones, quien lo exhibió como incansable luchador por la causa obrera y el camarada Lombardo peleó por tercera vez, maniobró e insultó a Morones. El cuarto es tranquilo, calmado, a veces lo tira a loco, pero lo deja que como muchacho malcriado siga dando la lata; es un poco consentidor y demasiado paternal, es el general Cárdenas, quien debido a su democrática tolerancia permite que Lombardo haga la revolución social repartiendo puestos a sus socios, incluso en la Cámara de Diputados.

Nuevamente el camarada empieza a pelear con su cuarto mentor: le hace huelgas locas, plagia a Dios y dice: "mañana habrá luz", acusa a los fascistas de hacer complots con chinampinas; alarma a las gentes con las revelaciones sensacionales de que pronto México se verá como España; intranquiliza a los tontos que le creen cuando anuncia la revolución social; hace mítines, manifiestos de protesta; un día "respalda" al general Cárdenas, otro dice que no sirve su

gobierno; desfila en las manifestaciones bien cuidado por pistoleros y en el banquete de mil personas que se sirvió en su honor, la pobrecita Cámara de Senadores quedó reducida a polvo.

Para sus fines, como se dijo, el sin par Lombardo se rodea de sujetos paradójicos que en ningún caso podrán opacarlo. El licenciado Víctor Manuel Villaseñor es inteligente, estudioso, culto y viajero, pero como felizmente usa coche propio, trajes de casimir inglés, casas de productos y viaja en primera de primera y ostenta un tren de lujo, no hay el más pequeño peligro de que nadie lo tome en cuenta como socialista sincero; el abogado Xavier Icaza, de rancio, aristocrático y conservador abolengo, provisto de coches, casas, sueldos elevados, poesías a la Virgen de Guadalupe y fallos contrarios a los intereses de los trabajadores, queda colocado también dentro de la categoría de los socialistas con dinero y, como en el caso anterior, a pesar de los retratos que hace de sus familiares en el "futuro", tampoco puede opacar a Toledano; sus discursos beatos cuando "la persecución" y los disparates bilingües que hace poco pronunció el joven licenciado Alejandro Carrillo en los Estados Unidos y en Europa, junto con sus elevados sueldos tanto en el Gran Consejo de la Educación Superior y la Investigación Científica y en la UO y en la UGB, lo dejan muy por abajo del camarada Lombardo y tampoco éste podrá nunca eclipsarlo; y algo por el estilo, puede decirse de la señora Reyna (la del Paraíso Terrenal), del señor Ancona, del señor Antúnez y de otros más.

La semana pasada el general Cárdenas ninguneó a Lombardo Toledano haciendo público el desprecio que siente por los habladores, y la seguridad de su gobierno; los senadores lanzaron ataques al camarada secretario general de la CTM y se fueron "a la cargada" de las declaraciones del presidente; es lástima que no se hayan anticipado; mil cenadores cenaron con Lombardo para demostrar públicamente mil cosas: que son mil los intelectuales que lo respaldan, y mil también los que están contra el general Cárdenas, y mil los que esperan mercedes del líder Lombardo, y mil los que reprueban la actitud del Senado, y mil los que buscan pretexto para hacerse notables e importantes. Mejor habría sido uno sólo y no mil... montoneros. Han pasado ya muchas semanas desde que el licenciado Lombardo Toledano dijo que "el ideal socialista es idealista porque comienza en los bienes materiales y termina en los inmateriales", o sea, que el ideal es idealista; y, la semana pasada, el camarada Cantinflas, poniéndose a la altura de Lombardo Toledano, en el semanario *Todo*, declaró que hay momentos momentáneos cuando dijo: "Camaradas, hay momentos en la vida que son verdaderamente momentáneos."

[De *Hoy*, 21 de agosto de 1937]

□ *La ciudad de México*

Lección en el Tenampa. Si alguno de los jóvenes discípulos de don Jesús Silva Herzog abandonara, por una vez, los textos de Economía Política o los estudios de Sociología y si dedicara esas horas aparentemente perdidas a caminar por los rumbos del *Tenampa,* encontraría, tal vez, que el pintoresco barrio ofrece dos aspectos completamente diferentes, pues hay un *Tenampa* de día y otro de noche.

Por la noche los mariachis llenan la calle, desparramando al aire libre sones jaliscienses y michoacanos que más o menos púdicas señoritas escuchan desde los automóviles, mientras en las tabernas, hay mozos que discuten la desesperanza al calor de ponches de granada con corazones de nuez y viejos que, todavía, arreglan enfáticamente la República, enardecidos con el tequila de perlitas. La Plaza de Garibaldi ve pasar, entre los focos de los puestos de té de canela con alcohol y las pequeñas llamas de las vendimias de discutible barbacoa, de heterodoxo pescado frito y de pambazos tristes, a conscriptos desbalagados, mozas del partido, poetas inéditos, adolescentes vagabundos, andróginos, cancioneros de tangos o de quejas yucatecas, mecánicos, existencialistas alborotados, estudiantes y meseras.

En el oscuro y estrecho callejón de San Camilito se esconden los vendedores de marihuana disfrazados de boleros y el sombrío pasillo de La Amargura da entrada a los tugurios de la cerrada Plaza de Tlaxcaltongo. Las figuras delictivas, que tan brillantemente explica Francisco González de la Vega, toman forma entre el ambiente espeso del mesón del callejón de Los Locos y uno que otro gendarme se refugia a jugar cubilete en la cervecería que abre sus puertas en la esquina de Montero. No falta un rincón donde han encendido una fogata papeleritos y niños callejeros.

Dos mundos en la banqueta. En el *Tenampa* de día, las tabernas cierran sus puertas y las abren los estanquillos y los vendedores de frutas y legumbres. El sol barre la escoria de la noche y los pasillos de las vecindades de Honduras, recién regados, dejan escapar una limpia humedad y permiten contemplar fugitivamente las macetas de geranios y las jaulas de los pájaros. En una esquina de la plaza, una pequeña casa de un piso ostenta su fachada cubierta de enreda-

deras provincianas y abre sus puertas hacia el alegre tendedero del patio.

Delantales de percal olorosos a goma, esbeltas escobas y relucientes vajillas de barro asoman en las pequeñas tiendas, sin que falte la pequeña librería que ofrece a los ojos pasajeros el *Derecho Penal* de Carrancá Trujillo —nada menos— y la *Alimentación de México* del doctor Ramos Espinosa, junto con el *Moderno secretario de los amantes* y las poesías de Antonio Plaza.

La frágil Estela se presenta. Pero hay dos momentos en el día que acaso resulten seductores para el joven discípulo de Silva Herzog. Uno es a las siete de la mañana, en el momento en que los mariachis desvelados empiezan a retirarse y salen de las puertas los obreros con la cabeza mojada y las mecanógrafas con las mejillas frescas y —como la frágil Estela— los ojos brillantes de novedad. Es, pensará quizá el discípulo de don Chucho, el instante en que coinciden dos mundos: el que se acaba con la noche, la frente marchita y apagadas las miradas, y el que nace con el día. Y en la misma banqueta se encuentra la mesera fatigada que cumplió su ciclo y el ángel dactilógrafo que inicia nuevas esperanzas.

El otro momento es a las ocho de la noche; entonces ocurre lo contrario y los bebedores de ponche llegan cuando se recogen en sus casas las señoras decentes; cuando se encienden las llamas decadentes de los puestos de hojas con alcohol y se apagan las lámparas de la mesa hogareña. Dos mundos vuelven a encontrarse sobre las baldosas, fugitivamente.

Y no sería difícil que el joven discípulo pensara con leve irreverencia que el ciclo del *Tenampa* bien puede interpretarse de acuerdo con Spengler o con el más moderno Toynbee y equipararse al pasado, cuya vuelta persigue al aparentemente joven Gutiérrez Lascuráin con un mariachi desmañanado y al futuro que otros esperamos, con los brillantes ojos de la frágil Estela.

Es posible... pero los discípulos de Silva Herzog nunca van al *Tenampa*. Allí sólo llegan, entre investigadores y sedientos, los de José-Gómez Robleda, encabezados por Alfonso Quiroz Cuarón, único detective a la altura del arte... ("México de Día y de Noche." *El Nacional*, 22 de noviembre de 1949).

Los rincones de la noche. Tienen diferentes nombres, pero todos se parecen. Son los rincones de cierto México nocturno donde gachupines con grasienta chamarra expenden habanero compuesto por alumbre, tintura y extrañas esencias. Uno se llama *Bombay*, otro *Montealbán*; el de allá *London*, *Klondike* el de más acá, *Imperio* el de la esquina; *Babalú* éste, *La Conga* aquél. No falta tampoco *La Michoacana*, ni cuesta trabajo dar con el *Olímpico*, el *Atzimba*, *La Tapatía*, *El Ángel Negro*, *La Malagueña* o el *Manolín*.

Caminad de noche por Guerrero: los danzones y las luces señalan los mil lugares donde puede conseguirse veneno a precios caros. Id por Lecumberri, por Vidal Alcocer, por Niño Perdido, por San Antonio Abad: allí veréis un puesto de tacos enfrente de la puerta, una olla de hojas un poco más allá y las mismas luces e idénticos danzones: adentro, tras una puerta de vidrio opaco y sucio, un mostrador del mismo modelo con gachupín de la misma clase y habanero de igual calidad.

Se alternan la sinfonola y una orquesta de cuatro músicos envilecidos por la miseria y el contacto con la carne desolada y triste. En todas partes el cuadro se repite: el humo denso, el olor del drenaje descompuesto, la gorda que se ríe a carcajadas y la cacariza llena de polvo, la esbelta con cara de ángel maltratado y la curvilínea con zapatos verdes.

Danzones con habanero y ficha. Hasta los apodos reinciden: lo mismo en *El Infierno,* que en el *Babalú,* o en *La Michoacana* encuentra el desvelado a la *Mosquita,* la *Bracera,* la *Rorra* o la *Tacón-de-fierro.* Y, entre los músicos, el *Cuatro-ojos,* el *Llanta-baja* y el *Pescado* encuentra su homónimo en la *Jarocha,* el *Bugambilia,* la *Tapatía* o el *Muchacho Alegre.* Un habanero con ficha, un ponche para señoras o una cuba para las rorras tienen el mismo sabor, precio parecido y color semejante en todas partes.

Los vendedores de huevos cocidos y de pepitas enchiladas conocen bien los sitios y tienen su geografía nocturna particular. También los que ofrecen toques eléctricos y los que distribuyen fotografías obscenas.

"Ey, familia... danzón dedicado a la güera Esther y amigos que la acompañan." Se apaga la luz y a mover la cintura. Overoles y sacos lustrosos. La cara complaciente de un gendarme y el ademán relativamente bravío del inspector-autoridad. Una mesa llena de pequeños vasos y un mesero distribuyendo fichas. La *Cacariza* ebria en un rincón y la *Gorda* con un muchacho que le pide otro anís doble. Un señor de bigotes con la que tiene cara de ángel maltratado.

Génesis del San Lunes. Esto es el sábado; pero también el lunes, el martes y todos los días de la semana. Ahí se quedan las medias para la hermana, los zapatos para la mamá, los libros para los niños y, muchas, muchísimas veces, la raya de toda la semana, el diario de la señora y la renta de la casa. Allí nace, entre luces veladas y llanto de sinfonola, el San Lunes. Y ahí sucede todo lo demás que ya sabemos.

Antes de anoche, el domingo, la policía se dio una vueltecita y encontró muchos jóvenes y muchas muchachas menores de edad; halló también gachupines satisfechos e inspectores disimulados. Pero

mientras no se acabe con el amparito, la mordida y las licencias para cervecerías con baile, todas las noches será lo mismo.

[De *El Nacional*, 6 de febrero de 1950]

□ *Algún día una lámpara votiva*

Iba a escribir acerca del acuerdo de las Academias de Lengua Española sobre el uso de la X en la palabra México, por razones, según se dijo, de orden lingüístico, histórico y sentimental. Es un tema alegre y da ocasión para jugar un poco a costa de algún académico mexicano, con la mente fruncida y llena de telarañas, empeñado en escribir el nombre de nuestro país con J, al estilo de los tradicionalistas españoles y en justificar dicho empleo, sólo por mantener un modo grato a los más rancios conservadores, esos todavía partidarios de la Inquisición, de Iturbide y de Maximiliano y quienes sufren de cólicos cuando ven la efigie de Juárez o pasan por el Hemiciclo.

Iba a escribir sobre eso, con buen humor y el deseo de hacer unas cuantas travesuras con el estilo y buscar en el vocabulario algunas palabras parpadeantes. Pero a última hora sentí vergüenza ante los lectores, pues hoy, jueves 3 de octubre, a los cuarenta y un años, por cierto, de la muerte del general Serrano en Huitzilac, la tinta de los periódicos parece oler a sangre. Se alude a 24 civiles muertos anoche, durante un mitin estudiantil, en Nonoalco, más de 500 heridos y centenares de presos.

¿Qué pasa en México? ¿Se han desatado funestos manes olvidados? ¿Vuelve nuestra historia a teñirse de rojo y llenarse de sombras ominosas? Abel Quezada, en su cartón de *Excélsior*, ofrece hoy sólo un cuadro negro y arriba una patética interrogación: ¿Por qué?

La expresiva, dramática tiniebla de Quezada parece ser una mezcla de confusión y de luto. Y eso, luto y confusión, es lo que flota hoy por la ciudad y, sin duda, por todos los ámbitos del país. A nadie impresiona, como hubiera ocurrido en otras circunstancias, el derrocamiento del presidente Belaúnde en el Perú por un grupo de militares. Todos somos presas del dolor y el desconcierto y a estas horas no se sabe todavía cuál será la suerte de los Juegos Olímpicos ni es posible advertir cómo será la situación nacional dentro de una semana, cuando este artículo aparezca en las páginas de *Siempre!*

En otros años, y en esta misma fecha, al señalar el aniversario de la matanza de Huitzilac, los comentaristas indicaban, satisfechos, la fortuna de que esos días de violencia, venganza y barbarie hubieran pasado para México y cada vez que se ha glosado un tumul-

to sangriento en alguna de las ciudades de la América Latina, se insistía en mostrar nuestra vida pacífica como un ejemplo en el continente y un beneficio derivado de largos y penosos sacrificios anteriores. Ahora todo ha cambiado y ya no sirven para nada las viejas palabras y las imágenes antiguas. En la Plaza de las Tres Culturas, orgullo de la nueva ciudad y muestra soberbia de nuestra historia, se ha derramado la sangre. Y es sangre de muchachos y de muchachas, de hombres y mujeres del pueblo. ¿Por qué?

La pregunta de Abel Quezada sigue sin respuesta, pues para encontrarla habría que esconder el dolor, apaciguar la ira, poner en claro el desconcierto. Y ello no es fácil en estas horas aciagas, cuando tantos cuerpos jóvenes yacen sobre planchas heladas y tantas madres con los ojos húmedos y en silencio de condena se disponen a encender velas humildes. Sólo queda, impotente, la protesta.

Había belleza y luz en las almas de esos muchachos muertos. Querían hacer de México la morada de la justicia y la verdad. Soñaron una hermosa república libre de la miseria y el engaño. Pretendieron la libertad, el pan y el alfabeto para los seres oprimidos y olvidados y fueron enemigos de los ojos tristes en los niños, la frustración en los adolescentes y el desencanto de los viejos. Acaso en algunos de ellos había una semilla de un sabio, de un maestro, de un artista, un ingeniero, un médico. Ahora sólo son fisiologías interrumpidas dentro de pieles ultrajadas. Su caída nos hiere a todos y deja una horrible cicatriz en la vida mexicana.

No son, ciertamente, páginas de gloria las escritas esa noche, pero no podrán ser olvidadas nunca por quienes jóvenes hoy, harán mañana la crónica de estos días nefastos. Entonces, tal vez, será realidad el sueño de los muchachos muertos, de esa bella muchacha, estudiante de primer año de medicina y edecán de la Olimpiada, caída ante las balas, con los ojos inmóviles y el silencio en sus labios que hablaban cuatro idiomas. Algún día una lámpara votiva se levantará en la Plaza de las Tres Culturas en memoria de todos ellos. Otros jóvenes la conservarán encendida.

Ayer parecía fácil escribir acerca de la X y la J. Hoy resulta imposible pues quedó enlutada la X de México.

[De *Siempre!*, 16 de octubre de 1968]

□ *El bañero*

Los partidos de fut sabrosos, a todo sol, son los domingos; porque además de todo se tiene tiempo de desentumir la pata para ir y ver cómo se avienta el pie. Antes del partido, tempranito, menos tempranito si siempre no hay preliminar de campeonato de reservas o si el preliminar no interesa, a los baños que están a la vuelta de la casa y pueden ser los de La Conchita, que están en Constancia 97, los de El Jordán, en Arcos de Belén —para *licar* de paso a los boxeadores— o los Lupita, por allá por Becerra entre Tacubaya y Mixcoac; el baño para meterse al ruso y expulsar las toxinas que nos achicopalan el buen humor y taran el cuerpo. El bañero y el masajista suelen ser los mismitos, son los personajes centrales de "el vapor".

¡Ropa para el 9!...

Toalla y sábana, ambos la forma estropeadita y la color percudida, entrega el solícito bañero. Toalla para la cabeza del bañista; sábana para sobre los hombros y luego para bajo los pies.

—Brillantina, loción... peine, jefe... ¿nada más?

Abre el hombre nuestra "suite" de aseo y se aleja a entregar más "ropas" y a levantar las que recién bañados abandonan olímpicamente en el suelo de los vestidores, después de secas sus mojadas desnudeces.

¡Los zapatos del 18!

—Van orita, jefe...

Deja en el dintel de la puerta los bien boleados zapatos y se mete el bañero al "vapor" donde en los mosaicos del piso, molduras de los espejos y ventanas, repisas y rincones hace recolección minuciosa de estropajos usados, tejas de jabón, hojas de rasurar y sus pegajosas envolturas, cascos de cerveza...

Sí, cascos de cerveza... Ni tantito tiene de raro.

La tarifa de 10 pesos cuesta pasarse una permanencia voluntaria en vapor general de cualesquiera baños de medio pelo. Se adquiere el boleto, se caminan pasillos con esteras de yute, entre bancas muy pintadas y plantas de sombra. El bañero interroga:

—¿Individual?...

—No; general...

Se contesta, pues ningún chiste tiene meterse en los cuartos de vapor exclusivo a restregarse la espalda cada quien con sus propias uñas. Se ocupa el estrecho recinto del 19: tabla para sentarse; gancho para la ropa; trozo de tapete en el piso, también de yute; alambrado en el techo. Se desnuda el del 9 y jabón y estropajo en mano, instrumentos básicos de limpieza y su traje de baño modelo padre Adán, penetra en el paraíso del bañero; día de campo entre cuatro muros.

Lugar en el que, como en seguida podremos ver, un buen hombre después de ser puesto "grogui" por el tratamiento masajista de un bañero, todavía se empuja su cervecita...

□ *El masajista*

Es, pues, la mañana de campo en el vapor general, dicho "ruso" en los baños de aquí y de allá. El señor prietito color de piano abre una llave y llena de agua fría un balde, luego lo vuelca sobre la plancha de granito para enfriarla de los vapores y se acuesta, al ratito ronca. El señor flaco y largo, como espina, está sentado en el piso echándole piedra pómez a la planta y talones de los pies; el otro, chaparrito, se pone de puntillas para rasurarse, viéndose en un desportillado espejo empotrado en la pared. Aquél, sentado como un Buda, contempla las pequeñas agujas calcáreas que cuelgan del techo. A todo esto, el vapor inunda el recinto hasta convertirlo en nube y hacerlo irrespirable.

—Una hojita de rasurar...

—Deme una restregadita con sal, por favor.

—¿Podrá cortarme este callo?... Ya no lo aguanto.

La restregadita, el callo, la hojita, el peine, la brillantina tienen una pequeña tarifa y el bañero la goza, pues es su lucha; el bañero que se pasa la entresemana a secas, sin casi meterse a los baños nomás milando en el vestíbulo del establecimiento, sábados y domingos es otro impecable Adán en su paraíso.

Mas el señor mofletudo, timbón, quiere masaje y el bañero experto pone una sábana sobre la plancha de granito clásica. El cliente acuesta su grasosa gracia y esto es empezar una lucha grecorromana en la que el único que lucha es el masajista, atareado en descoyuntar al prójimo, desatornillarle y atornillarle brazos y piernas, voltearlo al revés y al derecho y luego despacharle por todo el cuerpo como por sobre una tambora, sonoras tandas de palmadas, que interrumpe con grandes unturas, jabonaduras y desjabonaduras.

Después de cada tanda de palmadas surtidas, el bañero desborda

sobre aquel inerte cuerpo rápidos cubetazos de agua fría; y esto es volver a empezar.

El señor mofletudo y timbón se incorpora cada cinco minutos.

—Écheme mi cervecita —dice.

El bañero se la alcanza de debajo de la plancha.

[De *Tipos populares de la ciudad de México*, 1974]

□ *María Sabina y sus cantos chamánicos*

María Sabina es una mujer extraordinaria. Como a otros mexicanos notables, el reconocimiento no le ha venido de su patria, sino del extranjero. Roger Heim habla de la "personalidad poderosa" de María Sabina, y Gordon Wasson, su descubridor, la llama señora y en su primer encuentro escribe de ella: "La señora está en la plenitud de su poder y se comprende fácilmente por qué Guadalupe [mujer del síndico Cayetano García] nos dijo que era una señora sin mancha, inmaculada, pues ella sola había logrado salvar a sus hijos de todas las espantables enfermedades que se abaten sobre la infancia en el país mazateco, y que nunca se había deshonrado utilizando su poder con fines malévolos... nosotros hemos comprobado que se trata de una mujer de rara moral y de una espiritualidad elevada al consagrarse a su vocación, y una artista que domina las técnicas a su cargo. Se trata verdaderamente de una personalidad".

Por desgracia, el hecho de que María hable exclusivamente mazateco me ha impedido conocerla en toda su riqueza y su profundidad espirituales. No sin vencer una vieja desconfianza, accedió a contarme su vida en tres sesiones, y aunque tenía como traductora a la inteligente profesora Herlinda y esta mujer, nativa de Huautla, habla a la perfección el mazateco, pronto se reveló que no sólo era incapaz de traducir el pensamiento poético de María, sino que deformaba el sentido y la originalidad de su relato al pasarlo por el filtro de otra cultura y de otra sensibilidad.

Acompañada de su nieta o de un nietecito, María Sabina bajaba siempre por el cerro donde se apoya el hotel, lo cual me daba la impresión de que venía volando desde su remota cabaña. Descendía literalmente del tejado, desdeñando la puerta y la escalera, y como sus pies descalzos no hacían el menor ruido al pisar las tablas del corredor y se aparecía de pronto, sin anunciarse, de un modo enteramente fantasmal, no dejaba nunca de sorprenderme cuando decía cerca de mi oído con una voz muy suave: —Dali.

Su bisabuelo Pedro Feliciano, su abuelo Juan Feliciano y su padre Santos Feliciano, fueron curanderos. No conoció a ninguno de los tres —el padre desapareció joven, cuando María tenía cuatro años— de manera que no pudo aprovechar los conocimientos y las experiencias de sus antepasados.

La familia quedó muy pobre y la niña María Sabina, con su hermana mayor María Ana, debían pastorear un rebaño de cabras. El hambre las hacía buscar los muchos hongos que crecen en las faldas de los cerros y se los comían crudos, fueran comunes o alucinantes. Embriagadas, las dos niñas se hincaban y llorando le pedían al sol que las ayudara.

María, dejando la silla en que está sentada, se arrodilla en medio de la habitación y juntando las manos principia a orar fervorosamente. Se da cuenta de que las palabras son insuficientes y recurre a la acción para que yo tenga una idea precisa de lo que significó su encuentro con los hongos y el estado de religiosa inspiración en que la sumieron. Su rostro expresivo se ilumina reflejando la luz misteriosa de aquella primera embriaguez tan lejana en el tiempo y aún tan viva en su memoria.

—¿Por qué lloraba? —le pregunto.

—Lloraba de sentimiento. Lloraba al pensar en su miseria y en su desamparo.

—¿A partir de entonces comía hongos con frecuencia?

—Sí. Los hongos le daban valor para crecer, para luchar, para soportar las penas de la vida.

Tenía seis o siete años y ya cultivaba con un azadón la tierra de su padre, hilaba el algodón, tejía sus huipiles. Más tarde, aprendió a bordar, acarreaba leña y agua, vendía telas o las cambiaba por gallinas, ayudaba a moler el maíz y a buscar hongos y yerbas en el campo, es decir, trabajaba como todas las niñas indias levantándose antes del amanecer y no descansando un momento hasta la hora de acostarse.

A los catorce años la pidió en casamiento Serapio Martínez, un mercader ambulante que viajaba a Tecomavaca, a Tehuacán, a Córdoba, a Orizaba, cargando ollas, ropa y manta. En uno de esos viajes se lo llevaron a pelear los carrancistas o los zapatistas, no lo sabe bien, y volvió ocho meses después terciado de cartucheras, trayendo caballo y carabina, porque fue un soldado valiente.

María le dijo:

—Ya deja las armas. Sufro mucho y es necesario que vivas conmigo.

Serapio desertó. Anduvo comerciando fuera algún tiempo y la visitaba a escondidas. Nunca, en sus tiempos de comerciante o de

soldado, se olvidó de enviarle algún dinero. María, por su parte, siguió trabajando y ayudando a los gastos de la casa.

Esta unión —los indios no se casaban entonces— duró seis años. Serapio contrajo la influenza española y agonizó diez días echado en un petate. En vano lo asistieron los mejores curanderos de Huautla. El muchacho "estaba como loco" y dos días antes de morir, los brujos sentenciaron: "No tiene remedio. Perderás a tu marido".

Pasados los cuarenta días del luto oficial mazateco, María volvió a cultivar la tierra y a ocuparse de los tres hijos tenidos en su matrimonio: Catarino, María Herlinda y María Polonia. Naturalmente comió hongos para que le dieran conformidad y fuerzas para sostener a sus hijos. Vivió trece años viuda, cortando café en las fincas, bordando huipiles, realizando pequeños negocios. De tarde en tarde recurría a los hongos, pero a medida que su vida mejoraba y sus hijos crecían, terminó por olvidarlos. Concluido ese largo periodo de soledad —"aquí vivimos como monjas", aclara la profesora Herlinda—, la pidió un hombre llamado Marcial Calvo, brujo de profesión y tuvo con él seis hijos.

—¿Qué diferencia hay entre un brujo como Marcial y una curandera como María Sabina? —le pregunté a Herlinda.

—Yo adivino —responde María excitada—. Llego a un lugar donde están los muertos y si veo al enfermo tendido y a la gente llorando, siento que se acerca una pena. Otras veces, veo jardines y niños y siento que el enfermo se alivia y las desgracias se van. Cantando adivino todo lo que va a pasar. El brujo, rezando ahuyenta a los malos espíritus y cura por medio de ofrendas. Yo nunca comí hongos durante los doce años que duró nuestro matrimonio porque me acostaba con él y como tenía otro modo de curar, siempre le oculté mi "ciencia".

Marcial, aparte de ser brujo, era un mal hombre. La costumbre de beber aguardiente como una práctica asociada a su profesión, había hecho de él un ebrio. Casi no daba dinero y golpeaba a los niños y a su mujer, aunque estuviera embarazada. Del relato de María surge con frecuencia la palabra que ya otras muchas veces he oído en boca de los indios: sufrimiento. "Sufrí mucho; sufrí demasiado", dice resumiendo las diferentes etapas de su vida.

Su iniciación en la medicina mágica ocurrió durante los últimos años de su matrimonio, cuando enfermaron dos ancianos conocidos suyos que según la costumbre recurrieron a los servicios profesionales de Marcial. De nada valieron huevos, yerbas y oraciones. Empeoraban diariamente y hubieran muerto si María no interviene devolviéndoles la salud.

—¿De qué manera los sanó?

—Comiendo hongos. Cantando. Invocando a Dios Espíritu Santo, a San Pedro, a San Pablo, a todos los santos del cielo.

Marcial, al descubrir que María comía hongos y era una curandera dotada de fuerzas superiores a las suyas, se encolerizó y delante de los viejos le pegó a su mujer.

—María Santísima, sangré —exclama con los ojos relampagueantes de cólera.

"Estaba muy cansada, muy fatigada." La brutalidad de Marcial determinó que poco a poco lo "desechara", según la versión de Herlinda. Marcial "se metió" entonces con cierta mujer casada, vecina de María, que tenía hijos grandes, y una noche el marido y los hijos le quebraron a palos la cabeza. María oyó los gritos. Sin embargo, no pensó en Marcial y sólo al día siguiente fue que lo halló muerto en el camino. El marido engañado, con sus hijos, abandonó a la adúltera que hasta la fecha vive solitaria en Barranca Seca.

EL LIBRO DE LA SABIDURÍA

Hace veinte años murió el brujo Marcial. Veinte años que María ha vivido intensamente dedicada a la doble tarea de hacerse de una reputación como ço⁴ta⁴ci⁴ne⁴, "la que sabe", y de sostener a su familia cada vez más numerosa. Al principio las cosas fueron difíciles. Debía mantener a sus diez hijos —de ellos viven siete en la actualidad— y a su hermana María Ana, ayudándose con el azadón, el bordado, los cerdos y las gallinas o vendiendo aguardiente y comida a los viajeros que transitan por el camino real donde siempre ha tenido su casa.

El largo periodo de viudez lo ha pasado sola, no porque pensara mal de los hombres, sino porque teniendo tantos hijos no quiso volver a casarse y una vez que principió a trabajar con los hongos, los hombres dejaron de interesarle.

Sus primeros pacientes fueron los viejos que estaban para morir. El haberlos sanado le abrió un nuevo camino, pero no había perdido la fe en los curanderos y tenía miedo de curar a través de los hongos sagrados.

Lo que la resolvió a emplearlos nuevamente fue la suma gravedad en que se vio su hermana María Ana. Estando sentada o comiendo, de pronto "se ponía morada", apretaba las manos y se caía al suelo. Los brujos habían agotado con ella sus remedios y María pensó que si tomaba una gran cantidad de hongos podría ver la enfermedad y curarla.

Tomó en aquella ocasión treinta pares, y hallándose en el trance se le acercó un espíritu con un libro en las manos que le dijo:

"Aquí te entrego este libro para que puedas trabajar".

Ella era incapaz de leer el libro, porque no tuvo oportunidad de ir a la escuela, pero le fue dado el don de conocer los secretos de las

cosas y de adivinar el futuro "como si estuviera leyendo un libro". Debido a su fuerza mágica, los huevos que los brujos habían enterrado en lugares desconocidos del cuarto donde se hallaba su hermana, se desenterraban solos, venían a sus manos, y María sin volverse los tiraba al suelo, sabiendo así que la enfermedad no necesitaba los huevos y bastaba con el poder de los hongos. Cuando María volvió en sí y vio los cascarones de los huevos rotos comprendió que se trataba de una realidad y no de una alucinación provocada por los hongos.

Después de la milagrosa curación de la hermana, María comenzó a ejercer su profesión de curandera y a ganarse la confianza de la gente. Abandonó el azadón y no volvió a cortar café. Su vida mejoraba sensiblemente. Atendía a las parturientas, a los hombres que tenían un frío o un calor en el cuerpo; les devolvía el alma a los que la perdían por haberse asustado y ahuyentaba los malos espíritus.

En sus curaciones, María siempre ha usado exclusivamente tres clases de hongos: el llamado Pajarito, el San Isidro y el Desbarrancadero. El Desbarrancadero se encuentra en el bagazo de la caña de azúcar; el San Isidro en el estiércol y el Pajarito brota de preferencia al cobijo de los maizales o de las plantas que tapizan las húmedas faldas de los montes.

LA MUERTE DEL HIJO

Una escena ocurrida entre María Sabina y su hijo Aurelio la segunda vez que Wasson tomó los hongos, podría ilustrarnos acerca de la idea que María se ha formado del poder adivinatorio de los hongos. Escribe Wasson: "...la conducta de María fue en esta ocasión muy diferente... Ni danza ni elocución percutiva. Sólo tres o cuatro indios se hallaban con nosotros y la señora llevó con ella no a su hija, sino a su hijo Aurelio, un muchacho menor de veinte años y que parecía enfermo o anormal. Fue el hijo, y no nosotros, el objeto de su atención. A lo largo de la noche, su canto y sus palabras se dirigieron a ese muchacho como la expresión dramática, lírica, siempre conmovedora, del amor de una madre por su hijo. La ternura que impregnaba su voz mientras cantaba y hablaba, sus gestos cuando se apoyaba afectuosamente sobre Aurelio, nos agitaron hondamente. Extranjeros, nos habríamos sentido muy incómodos ante esta escena si no viéramos en la actitud de la curandera, poseída por los hongos, un símbolo de amor maternal más que el grito angustiado de una madre. Esta expansión sin trabas desencadenada verdaderamente por los hongos sagrados, era de tal calidad que pocos etnólogos podrían llegar a percibir".

Al entrevistar a María Sabina, como sabía que su hijo había muerto trágicamente, le pregunté si su actitud de esa noche obedeció a que ella presentía la próxima desaparición de Aurelio.

—Aurelio estaba triste —explicó María—. Esa noche me había dicho: "Mamá, sé que me voy a perder". —No digas eso —le contesté—, pero yo sabía que venía una desgracia y no podía detenerla.

—Después de la velada a que se refiere el señor Wasson, tomé hongos con mi hijo Aurelio y un amigo nuestro llamado Agustín. Cuando estaba en el éxtasis, apareció un hombre llevando enrollada una piel de toro podrida y gritó con una voz espantosa: "Con éste son cuatro los hombres que he matado".

—¿Oíste, Agustín, lo que dijo ese hombre? —le pregunté a nuestro amigo—. ¿Lo has visto? "Sí lo vi" —me contestó—. "Es uno de los Dolores." [Dolores se llamaba la madre del asesino.]

—Mi hijo Aurelio murió a los quince días. El Dolores, borracho, pasó corriendo por el patio y le clavó un cuchillo.

—¿Por qué lo mató? Debe haber una razón.

Herlinda se encargó de responderme:

—Aurelio era comerciante y el Dolores le debía cincuenta pesos. Tal vez por eso lo mató.

EL LENGUAJE DE LA DIVINIDAD

De la poesía de María Sabina, ès decir, de sus cantos chamánicos, tenemos el disco grabado por Wasson en un mal momento —María no estaba inspirada esa noche— y la traducción que hiciera la señorita Pike. Esta traducción presenta grandes lagunas que yo traté de llenar en mi segunda entrevista con María Sabina, pero fuera de algunas rectificaciones no logré aclarar el texto de la lingüista norteamericana. Su incapacidad para traducir numerosos pasajes, como la incapacidad de la profesora Herlinda, tal vez se deba más que a dificultades fonéticas al hecho de que María haya creado un lenguaje de su especialidad, incomprensible para los mismos habitantes de Huautla.

Ese lenguaje esotérico lo emplean los chamanes asiáticos, y los curanderos y sacerdotes mexicanos lo llamaban *nahualtocaitl*, el idioma de la divinidad. Lo que ha creado María Sabina no es precisamente un lenguaje esotérico, sino más bien un lenguaje poético donde las incesantes reiteraciones del salmo y de la letanía se encadenan a una serie de metáforas frecuentemente oscuras, a licencias y juegos idiomáticos comunes en los grandes poetas y a menciones de yerbas y animales desconocidos, que multiplican las dificultades ya considerables de la lengua tonal mazateca.

Los cantos de María hacen las veces del tambor chamánico, lo cual

no excluye que María recurra ocasionalmente al empleo de elementos percutivos. Las imágenes dispersas, ondulantes, soberanamente imprecisas del éxtasis, parecen ordenarse y cobrar un sentido gracias a sus cánticos. En mi tercera experiencia, recuerdo que saliendo del trance, después de un silencio, María cantó de nuevo y creó una melodía de tal suavidad, tan incitante —cada sonido abría mi carne saturándola de una infinita complacencia— que al terminar, como si se tratara de un concierto ejecutado con mano maestra, grité sin poder contenerme: —¡Bravo, María!

Heim, hablando del poder de los hongos, dice que ellos levantan el silencio. Hay entre el oído y el mundo de los sonidos un velo de silencio, como existe entre la luz y el ojo una atmósfera que absorbe los rayos de longitud de onda demasiado larga o demasiado corta. Los hongos descorren ese velo. Los sonidos adquieren una vibración peculiar; el mundo sordo recobra la plenitud de su orquestación y las más leves entonaciones de la voz, los roces más imperceptibles, se escuchan magnificados, traspuestos a un plano que ya no es el habitual, como si desaparecida la atmósfera terrestre a nuestros ojos les fuera dable contemplar sin daño la corona solar de los rayos X.

El mundo se hace melodioso o nosotros recobramos el oído perdido. Idioma de la divinidad. Andantes eternos. Silencios tan perfectos como la misma melodía. El universo es una sola voz. Música táctil, música que se siente, música que se ve. La alucinación de ese hombre acusado por haber comido peyote que declaró ante los jueces del Santo Oficio haber visto: "Muchas palomitas como lucernas y sobre el cuerpo caían gotas de agua, como cuando llovizna" [Aguirre Beltrán]. Palomas luminosas a millares surcando el espacio; música transformada en lluvia cayendo sobre el cuerpo desnudo. Vuelo de palomas, de luciérnagas, de diamantes líquidos, de cuentas verdes, amarillas, rojas; cubismo, tachismo, haciéndose, rehaciéndose, naciendo y muriendo, el motivo musical exprcsado en estas imágenes reales, visibles, sentidas por cada uno de los poros de nuestra piel, por cada uno de nuestros vellos erizados, por cada cabello, por cada músculo, por la masa del cerebro galvanizada, electrizada, receptora y productora a la vez de esa inexpresable melodía universal.

El éxtasis lo interrumpe bruscamente María Sabina pronunciando repetidamente el nombre de sus clientes. En este caso, mi nombre: "Fernando, Fernando, Fernando".

La profesora Herlinda intervino:

—Es necesario contestarle, "aquí estoy".

Hice un esfuerzo sobrehumano y respondí confuso:

—Aquí estoy.

Pienso ahora que es cruel arrancar a los embriagados de su trance, pero este llamado forma parte de la técnica de María, es un paso

del ritual que tiene posiblemente como objetivo interrumpir la cadena de los desdoblamientos y devolverle al paciente la conciencia de su personalidad.

Otras veces los llamados son menos personales aunque igualmente efectivos. Existe una deliberada voluntad de romper la secuencia del cántico, de mantener alerta al paciente o de impedir que su ser permanezca largo tiempo en una parte del delirio hecha de reminiscencias vergonzosas y de espantables metamorfosis. María cambia el tono, introduce cierto desorden, una complicación no prevista, una insistencia desagradable, lo que equivale a pasar de un extremo a otro del éxtasis, a vivir en la eternidad y recobrar el sentido del tiempo [...]

LA EXPERIENCIA DE LOS HONGOS

[...] Quería hablar, registrar esas imágenes —¿por qué ese estúpido afán de registrarlo todo?— mostrarlas a la posteridad, cederle ese legado incomparable, y sólo podía decirse una palabra, una palabra tonta, que me hacía reír tontamente.

LA NÁUSEA Y EL MAR

Ah, ah, ah qué deslumbramiento, qué nueva fuerza, qué metamorfosis se operaba dentro de mi cuerpo. Veo amanecer en la bahía de La Habana desde mi habitación en el piso 18 del antiguo Hilton. La niebla borda los tiernos azules de la costa, el mar rosado brilla como una tela de seda y abajo, en el pozo oscuro de las calles profundas, se deslizaban las luces de los primeros automóviles. Había llegado el socialismo, el fantasma cruzó el mar y estaba allí, invisible, entre los rascacielos norteamericanos y los anuncios de la Coca-Cola. Había llegado el socialismo y todos se sentían aparentemente igual. Yo había comido hongos y me sentía igual, si no fuera por ese peligro irracional que me acechaba. No debía asustarme. Si me asusto. Dios mío, estoy perdido, como aquella mañana en Acapulco cuando salí a buscar estrellas marinas y la resaca me empujaba mar adentro. Morir, idiotamente, lejos de ti, María, tendida indiferente en la playa, tu vello empapado de sal, tu sexo caliente empapado de sal, tus dientes de cal empapados de sal, tu pelo húmedo de sal, pantano tibio donde se retuercen y proliferan millones de horrendas criaturas. El agua salada me entra a bocanadas, una ola me arrastra y la náusea otra vez, la náusea surgiendo, brotando del intestino y reventando como una ola de podredumbre en mi boca. María Sabina, salmodia de grandes chamanes, arquitectura de luz, poderosa fuerza del espíritu,

luchando siempre contra la náusea y el imperioso deseo de orinar, pero no debo orinar, el agua tiene sustancias químicas que denunciarían la mancha amarilla de la vergüenza y ustedes, campeonas del triple salto, campeones mundiales del *crawl*, campeonas de nalgas duras y de esfínteres estrechos, sirenas de axilas rasuradas y ungidas de pomadas desodorantes y bocas abiertas al ras de las ondas, Señor mío Jesucristo, Virgen de Guadalupe, no, no quiero oír esas palabras, María Sabina, habla en mazateco, no digas una sola palabra que reconozca, no me devuelvas a la realidad, no digas una palabra que reconozca y destruya el éxtasis y regresen las náuseas y vuelva a sentir el temblor de la fiebre. Salgo del delirio, me escapo, abro los ojos. Beatriz, acostada junto a mí, está silenciosa e inmóvil. La esfera luminosa de su reloj brilla en la penumbra y su simetría, obra de la razón, me tranquiliza. Recobro el tiempo y lo mido, que es una manera de vencerlo. También recobro el espacio. Inchaústegui se ha sentado en una silla, junto a su mujer, y sus gruesas piernas me parecen columnas de Chichén Itzá. Logro sentarme en el petate. Una luz me ciega. Una luz fragmentada, una luz que vibra en una longitud de onda desconocida, una luz ultravioleta, mortal, destructora de los bastoncillos de la pupila, una luz que sale de rendijas en forma de cruz, el rayo de Jehová cegando a los adoradores del Becerro de Oro.

—Apaguen esa luz —logré decir—, es mi juez.

SECUENCIA DEL CARMEN

María canta y su canto me abre un túnel, un túnel de albañal, oscuro, denso, oleaginoso, que lleva los excrementos (fosforados) de la virgen, del mendigo, del arzobispo, del banquero, del santo, del atleta, del canceroso, y yo voy por ese túnel con mis propios excrementos deslizándome por esos túneles cargados de materias, de líquenes, de pólipos, de minúsculos globos que estallan, de tenazas de cangrejos, de valvas, de tentáculos ciegos, que llevan una lucecita verde en la punta carnosa, la estancia de 50 millones de años en el pleistoceno recordada súbitamente, el corte cerebral del pleistoceno excitado, la vuelta a los orígenes y a su horror, a su frío, a su náusea, a su combate sordo. Las palmas y el tambor, las palmas y el canto de María Sabina y el dolor de haber perdido a Carmen, ahogada en el río (porque así murió y no de un tumor maligno como lo hizo creer el Cónsul), y era necesario buscarla en el otro mundo, buscar a esa muchacha orgullosa, esa fuerte muchacha de carnoso cuello dominada por el sexo a quien yo los domingos sacaba de la tina chorreando agua tibia para amarla sobre las sábanas mojadas, mientras abajo sonaban las campanas del rosario. Padre Nuestro que estás

en los Cielos, no no, María Sabina, no me condenes a perderla con tus padrenuestros y tus avemarías, déjame verla una vez más que para eso estoy lleno del veneno de tus hongos; canta en mazateco o en chino, María Sabina, palmea. Ah sí, ya cantas. Hasta la puerta del túnel llega el puente del arco iris y yo subo por él entre las nubes y desciendo al fondo del mar. Verla allí, en ese espacio sin forma tapizado de plástico, de pequeños tubos grises, de rombos encarnados, en medio de esa decoración opaca y densa, frontera entre el mundo exterior y este mundo nuevo, es saber que está muerta.

Todo es posible ya. Vivir de nuevo en el cuarto del hotelucho, como hace veinte años, en ese cuarto sórdido donde lo único hermoso era su joven cuerpo desnudo y hablar con los muertos.

—Carmen, no puedo vivir sin ti —le digo.

—Iré a verte el sábado en la noche. Cenaremos juntos.

La mesa está dispuesta. Pollo asado, una botella de vino del país, un pastel alemán. Su camisa de seda bordada cuelga de un gancho en el baño; en la repisa los botes de crema, los frascos de perfume, el lápiz de labios, su cepillito de las cejas. Me siento a esperarla junto a la mesa. Abajo la ciudad zumba y el ruido de los tranvías entra por la ventana abierta. Soy el mismo joven miope y celoso que debe registrarlo todo mientras espera que suene el timbre de la puerta conteniendo los espasmos de su vientre. Una mosca principia a volar en torno de la lámpara. He hallado su libreta de direcciones y la hojeo en busca de un nombre, de un número de teléfono reciente. No pienso más que ella vendrá del otro mundo, no. Está viva, yo soy joven y estos veinte años últimos, su tumor en el cerebro, su misteriosa desaparición, han sido una mera pesadilla. La mosca zumba, revolotea sobre la mesa y la espanto con la mano. La náusea. La mosca vuelve tenaz y otra vez la ahuyento. Zumba golpeándose con la lámpara. Zumbido musical, sordo y rítmico, adormecedor. El mundo se ha vaciado. No oigo el ruido de la calle. Afuera es la oscuridad, la oscuridad opresora del abandono, de la soledad desgarradora. Ha cesado la música. La mosca está inmóvil sobre una rosa. Tomo la servilleta doblada y se la tiro encima; el jarrón cae en el mantel, se riega el agua y las rosas se deshojan. La mosca escapa y va a pararse en mi boca. Siento su contacto frío, su cosquilleo frío y la persigo con la servilleta hasta que se escapa por la ventana.

Vuelvo a sentarme. Los tubos amarillentos, los rombos encarnados tapizan la habitación y me aíslan, me confinan, me producen una terrible angustia. Estoy solo. Comprendo. Comprendo al fin. Esa mosca era ella y no volveré a verla. ¿No hay un contraveneno? Quiero salir. Quiero escaparme. Beatriz, dame la mano, tú eres el

contraveneno. Beatriz permanece callada y su silencio es un plástico espeso, aislante, irracional.

SER DIOS ES ESTAR ENVENENADO

En el éxtasis no estoy solo. Soy como los niños o como los perros que se superan cuando tienen espectadores de sus gracias. Soy un histrión que necesita un público.

El éxtasis es estar envenenado. Ser dios es estar envenenado. El veneno es la sustancia de que está hecho Dios. Dame otra copa de veneno. Veneno igual a euforia, igual a vuelo, igual a fuerza, igual a locura.

Laberinto. Tengo el hilo para salir del laberinto. Pecera. Acuario. ¿Soy yo el pez? ¿Soy el visitante del acuario? Me río. ¿Por qué sé que me río? Porque me río haciendo burbujas, porque yo mismo soy una burbuja, una burbuja como una pompa de jabón, una burbuja irisada, una burbuja de plástico, un globo traslúcido, una retorta, una esfera de cristal que rueda sobre un tobogán de cristal, que rueda, que rueda con otras esferas, con millares de esferas, con millones de esferas y caen, indefinidamente caen, indefinidamente resbalan en el espacio oscuro.

ELEVACIÓN Y CAÍDA

Sentía una poderosa fuerza dentro de mí. Seguramente —y ésta es una consideración muy posterior— había comido aquella clase de hongos temibles buscados por la nobleza indígena para sus fiestas y banquetes y pagados a precios muy elevados, ya que mi estado de ánimo era una mezcla de soberbia atroz, de elevada consideración de mí mismo y de un deseo de aventuras bárbaras que hubiera sido incontenible si mis fuerzas físicas no me traicionaran.

La idea de mi superioridad no me abandonó las dos primeras horas del trance. Ardía en llamas. No era la fuerza de mi juventud lo que recobraba, sino otro tipo de fuerza, una sabiduría nueva, una penetrante lucidez, una certidumbre deslumbradora de conocerlo todo y de abarcarlo todo, unida a una sensación de euforia y de alegría salvaje que me recorría como una corriente eléctrica. Dios, yo era Dios. Se desataban en mí posibilidades divinas que habían permanecido oscurecidas y subyugadas hasta ese momento.

Por desgracia, ni siquiera el delirio de la propia grandeza, de la súbita transformación en un ser divino nos es dable reconstruir una vez de regreso a nuestra condición humana. Ignoraba cómo se había operado la metamorfosis. *Simplemente* me había conver-

tido en un ser superior, en un genio que tenía un mensaje, algo muy importante que decir. Hablaba. Hablaba de pie, inspirado. Detrás de mí antropólogos, muchachas universitarias, innumerables personas asistían a mi transformación y apuntaban asombradas mis palabras.

[Reviso las notas taquigráficas que tomó la señora Inchaústegui y encuentro frases aisladas, imprecisas, siempre cortadas.]

El espacioso cuarto se hallaba en una semipenumbra. No puedo precisar si había luna o existía alguna luz velada. Con más luz tampoco hubiera sido capaz de fijar mi atención en un mueble, en un periódico, o en la tela de mis pantalones. La sensación de mi euforia, de mi fuerza, de mi exaltación mágica era total y me embargaba completamente. No volaba. No emprendía ascensiones místicas, no flotaba en el espacio. Estaba con los pies bien puestos en la tierra. El cielo estaba allí, en esa multitud que me escuchaba con reverencia y registraba febrilmente incluso mis gritos y mis exclamaciones.

No sé cuánto tiempo duraría aquella exaltación y si fue continua o la interrumpían los ruidos, las conversaciones o los incidentes que se sucedían en la cabaña. Sólo recuerdo las risas, las risas que iban a socavar la conciencia de mi superioridad. Las risas me hacían un daño atroz. Eran unas risas sarcásticas, que se burlaban de mí y me iban llenando de furia.

[Hallo en la versión taquigráfica mis protestas:] ¿Por qué se ríen? ¿De quién se ríen? Me ofendía aquella falta de respeto inaudita y atribuía a esas risas una intención maligna. Me sentía incomprendido, vejado, injustamente humillado. Todos los presentes eran mis enemigos. Aquella ridícula ceremonia era una farsa. Una trampa. Había caído en ella. Algo muy grave se estaba preparando en mi contra.

La trampa. He caído en la trampa, me decía. Todo estaba planeado, determinado de antemano. Estos indios no existen. Son comparsas. ¿Y María Sabina? Mi inteligencia no puede nada contra su fuerza primitiva. Ése es el gran peligro. La sinrazón. Lo mágico. Y los ojos. Los ojos como bolas, los ojos en racimos. Los ojos que me traspasan, irracionales, feroces, burlones, amenazantes, los ojos que no me dejan de juzgar, que no dejan de escrutarme un segundo.

Las risas se mezclaban a las voces, a los comentarios, a los juicios despectivos. La certidumbre de ser examinado, de ser escrutado se abría paso dentro de mí. Los asistentes se transformaban en mis acusadores: aquella muchacha embelesada, misteriosamente se convertía en un tribunal, en un juicio. Me juzgaban por simulador, porque debajo de la máscara de mi valor aparente, de mis resueltas actitudes,

de mi desinterés, existía un fondo de cobardía, una vacilación, un egoísmo no vencidos. Ellos conocían la verdad. Me habían atraído con engaños a esa trampa. No estaba en una cabaña sino en un tribunal. El mundo se disponía a arrancarme la careta. "He aquí al valiente. Al revolucionario. Ahora tiembla. Ahora está a punto de llorar. Déjenlo. No vale la pena. Ha envejecido. No lo dejaremos tan pronto. Es un buen espectáculo. Nos hace reír. Debe pedirnos perdón. Debe confesar su cobardía."

Trataba de defenderme insultándolos. El blanco de mi furia era mi buen amigo Inchaústegui que sentado junto a su mujer se esforzaba en dominar la angustia del trance:

—Monta otra farsa menos burda —le grité—. Estoy harto de falsificaciones. Es mejor la danza del vientre y menos aburrida. Me voy a la montaña con los antiguos brujos que no saben nada de *Life* ni de *Paris Match*. Tu exceso de profesionalismo te ha perdido. Estas bambalinas pintarrajeadas y estos falsos indios no engañan a nadie.

—Qué pedante —se oyó la voz de Beatriz sonar detrás de mis oídos.

La primera palabra reconocible la oí como un fallo condenatorio en el silencio espectante de la cabaña.

—Ah, tú también me traicionas. Buscaba tu comprensión y me cuelgas una etiqueta. Es tiempo de pegar etiquetas a los hombres. Los tendemos en el sofacito del analista, les hacemos vomitar sus sueños, sus miedos, sus frustraciones, sus tendencias nefandas reprimidas y nos queda su cáscara, su concha vacía. Me desarmas y no puedes armarme. He oído en China el molino de las oraciones. Viento. Rosarios. Letanías. La verdad. ¿Qué es la verdad, niña tonta? La verdad es ser dios y me llamas pedante porque yo soy un dios. Debo ir a la montaña. Arriba me espera Chicon Tokosho, el dueño de la tierra mazateca. Arriba, con los muertos, con los tigres, con los diablos, con los alegres duendes chaneques. ¿Sabes? La carne es el único dios de los hombres. Es el dios que más nos esclaviza y más nos humilla. Nos hace caer de rodillas, arrastrarnos implorantes, aullar en la noche, renunciar a nuestra dignidad, porque puestos a elegir entre el dominio solitario y el amor y sus debilidades vergonzosas, siempre nos quedamos con éste. Pero hoy es otra cosa. Creí beber el veneno y la muerte y bebí el elíxir de la sabiduría. La sabiduría estaba en mí, oscurecida y sin expresión y ahora se me revela. He estado cerca de la metamorfosis. La he presentido una noche. Subí a la Sierra Madre Occidental y a mis pies brotó la luna roja iluminando el silencioso oleaje de la piedra. Me acompañaban los huicholes, los hombres que luchaban por su tierra y estábamos juntos porque éramos compañeros de armas en aquella

lucha. Entonces rechacé el peyote. Me bastaba que me dejaran estar a su lado. Anduve entre los hierros de los aviones y de los tanques despedazados en Playa Girón y me bastaba eso. Ignoraba que existía esta magia, esta sustancia química capaz de cambiar a los hombres en dioses. ¿Cómo puedes, Inchaústegui, hablar de los indios si no conoces sus delirios, si no te has hundido en sus éxtasis, si no has bajado con ellos al infierno? ¡Ah catarsis, catarsis! Embudo que vacía la barrica demasiado cargada del inconsciente, absolución de los pecados, bautizo y comunión, resurrección entre los muertos, comparecencia en el Valle de Josafat, alivio infinito. Cambia, canta, canta, cambia. Ah, cielo cambiante, ah mundo cambiante. Hongos. Hongos. Hongos. Olvidado paraíso de los hongos. ¿Dónde leí que andaba por un bosque de hongos gigantes? ¿Bajo la sombra carnosa de los hongos gigantes, bajo las celosías delicadas de los hongos gigantes? ¿Sabías que los hongos andan en parejas? Yo devoré a un matrimonio de hongos, yo me tragué a dos esposos hongos. Ay, ay, gritaban, nos mastica la noche de nuestra boda. Ja, ja, ja. No sé si debo lamentarlo.

[En ese momento alguien enciende una lámpara eléctrica.]

—No, Inchaústegui, no enciendas ese reflector. El éxtasis debe realizarse en la penumbra, como los grandes y misteriosos ritos del pasado. Hay demasiados reflectores, demasiadas grabadoras y demasiados antropólogos que estudian mis reacciones. ¿Por qué se ríen? Los cirujanos no se ríen. El pentotal sódico. Se apagó la luz, mas no desapareció la sensación de ser acuchillado. La carne se defiende del bisturí. ¿Por qué se ríen? Yo no soy yo. El amor me ha abandonado y un hombre sin amor es una basura.

[Abro los ojos. Junto a mí, el ángel de la muerte extiende sus alas membranosas y lanzo un grito.]

—No se asuste, maestro —me dice Lucio—. Es la profesora Herlinda.

—Profesora Herlinda, profesora Herlinda —exclamo implorando su ayuda.

Herlinda procura tranquilizarme:

—El brujo de la mañana se venga. Lo está haciendo sufrir.

—¿Qué puede ese brujo contra mí? Es un brujo falsificado. Un mercenario. Me voy a la montaña. Estos diez últimos años he vivido en una montaña, la montaña de la madre de los dioses. ¿Acaso no lo sabían? En la noche, las mariposas de ojos brillantes y alas polvorientas resbalan por los cristales. Se abren las cúpulas y en el silencio golpean los relojes siderales. Dentro de la pirámide de Cholula se ríe el Dios Chapulín, se ríe de la Virgen Española, se ríe de los cazadores de estrellas. Yo oigo su risa en medio de la noche. Ésa es mi escuela. Inchaústegui. Una escuela dura, puedes creerlo.

Una mujer vieja cavó con sus uñas dos kilómetros de túneles en el interior de la pirámide y descubrió la cara de los dioses. Me los mostraba a la luz de una vela mientras aullaban los nahuales. Inchaústegui, me has traicionado pero no podrás vencerme. Una noche, frente a los volcanes, en el Observatorio de Tonantzintla, W. W. Morgan tomó el gis y trazó dos rayas gruesas en el pizarrón. "Eso es todo lo que sabemos de nuestra galaxia" —me dijo. Pobre Morgan. Se pasó la vida archivando estrellas, como tú archivando palabras sueltas de indios y sólo conocía dos brazos de la galaxia. Antropólogos de salón, medidores de cráneos, coleccionistas de tepalcates, ustedes no saben nada de México. Yo conozco México y yo conozco lo que sostiene al hombre en la tierra y lo que le impide caer hecho pedazos y degradarse. Su razón y su dignidad. Te ríes. Así se reían los sayones de la agonía de Cristo. Mi razón. Con ella me escapo a tu trampa de fantasmas.

[De *Los indios de México*, tomo III, 1970]

□ *Las hornacinas*

Ahí, en la esquina de las calles de Santiaguito —Uruguay— y del Puente de San Miguelito —2a. de Roldán— se alza todavía una casona de sólidos muros; sus paramentos nada tienen de notable; en los lugares donde el aplanado se ha desprendido, se ve la fábrica original: mampostería simple, ruda, como la de las primeras casas de la ciudad reedificada. Pero en la cúspide de tal esquina se ve un pequeño frontón quebrado que cubre nimia concha formada con argamasa y barro cocido. Forma una especie de refugio a Santiago Apóstol, cuya diminuta figura fue hecha en relieve sobre una laja; seguramente bajo su patrocinio vivía el propietario de esa finca, ubicada en el corazón del México antiguo, en lo que el siglo XX conoce todavía como barrio de La Merced.

*

A espaldas del convento de Santo Domingo, cuyas dimensiones asombran al viajero que recién llega a México-Tenochtitlán, corre una calle oblicua y anfibia; en su esquina con uno de los tramos de Santo Domingo, como quien va rumbo a la garita del Tepeyac, un caserón de sólida presencia se hace notable más que por lo espeso de sus muros, uno de los cuales fue hecho en leve talud, porque en su vértice superior, exactamente en la esquina, alguien mandó construir una suerte de breve, aérea capilla; breve para ser esto último, inmensa dado el sitio en donde está edificada. Tiene sus pilastrillas, su cupulín de azulejo; muchas labores que la enriquecen, un remate en cuyo centro abre sus cuatro aspas una cruz y, arriba, una corona. Todo esto, de factura barroca dieciochesca, es el mínimo templo de una imagen religiosa cuyo santuario, tan original, está a varios metros del suelo en lo que hoy es Brasil y Perú.

*

Una y otra son las muestras de la evolución de la hornacina metropolitana. La primera, del siglo XVI, la segunda del XVIII. No son la primera ni la última cronológicamente construidas, pero ambas

señalan una costumbre que es característica de la arquitectura civil mexicana de todos los tiempos, aparecida tan pronto deberes más urgentes permitieron reflexiones y actitudes devotas. Que México fue una ciudad de hornacinas queda patente recorriendo la ciudad antigua, en la que apenas habrá finca superviviente donde no sean admirados ejemplares de esa decoración religiosa, la mayor parte erigidos en las esquinas; sin embargo, la fiebre piadosa de aquellos tiempos no descuidó la fabricación de nichos, si no hornacinas esquineras, en lo alto de las portadas o en lo principal de la fachada, a un lado de la puerta.

Pero las típicamente novohispanas fueron como vigías urbanos, guardianes celestiales que preservaban a la creciente metrópoli de asechanzas y herejías. Las primitivas hornacinas fueron un mero hueco allá en lo alto de la arista principal de la casa; como con deseo de acogerse rápidamente al amparo y patrocinio del santo predilecto, los albañiles quebraban el ángulo superior, ensanchándolo a los lados, dándole la forma de un cuenco, aderezado apenas con delgada capa de enlucido. La forma piadosa quedaba a cargo de pilastrillas de ladrillo con una imposta más semejante a guión; obligados por la forma, cerraban aquella infinitesimal capilla, o altar como para ser llevado en la mano, con una especie de arco apuntado.

El habitante de la hornacina primitiva fue una imagen de piedra, generalmente tallada por los artesanos indígenas bajo la dirección del religioso que gobernaba la conducta del feligrés que podía erigir su hornacina después de haber edificado su hogar. Esto permitió que las imágenes destinadas a tan *sui géneris* santuario, tuvieran un carácter que reflejaba la conjunción de seres que corrían a ras de la tierra. Después, los huéspedes de la hornacina fueron de terracota o de cantera y representaban con mejor fidelidad al santo guardián, normalmente bien envuelto en hábitos de argamasa protectores contra la intemperie.

De estas hornacinas rústicas muchas supervivieron y pudieron guiar la sensibilidad del mexicano por los rumbos que siguieron sus ancestros en eso de mucho cuidar la salud del alma y la conservación de la ciudad amada. Dondequiera que una finca del siglo XVI o siguiente ha vencido el paso y el peso de los hombres, está la hornacina que ha visto muchas generaciones hincarse devotas a su pie, pasar susurrando la oración para las ánimas, o bien, detenerse para enseñar a los niños, en quienes se urden los nuevos destinos, el alto testimonio de la piedad y el sentido artístico de nuestros antepasados.

Primeramente aquellas hornacinas no tuvieron un estilo; el más exigente conocedor no encontrará en las hechas durante el "cinquecento" mexicano huellas platerescas ni renacentistas; sí, en cambio,

espíritu devoto. Al paso de los años, conforme la población crecía y la cultura ensanchaba sus círculos, aparece la voluntad de perfeccionamiento en las hornacinas; que marchan paralelas con el desarrollo de los estilos novohispanos. Así, la sobriedad del barroco primitivo: tejido de rojo o negro tezontle con incrustaciones de cantera, culmina en la hornacina que ha vencido y desterrado al torreón esquinero, atalaya de orgullo y temor, dejando en su lugar alto rendimiento devoto.

A ritmo con el engrandecimiento de la urbe ocupa lugar preferente la hornacina: ningún alarife o ningún arquitecto se atrevería a diseñar una casa en la que no tuviera sitio predilecto la hornacina; si originalmente la morada del guardián hogareño y citadino ocupó escasa media vara castellana de alto, al girar de los tiempos creció el santuario. Se proyectaba la casa: planta, alzado y perspectiva; se proyectaba la hornacina: planta, alzado y perspectiva en consonancia con la magnitud de la residencia y de acuerdo con su estilo.

Humildes en sus principios, como lo fue la ciudad nueva, alcanzaron la suntuosidad de ella misma; por eso aún miramos la sencillez de la que preside el tráfago mercantil en Santiaguito y el Puente de San Miguelito; la magnificencia elegante de la que corona la que fuera casa de los condes de San Mateo Valparaíso —en Isabel la Católica y Venustiano Carranza— y el escándalo ultrabarroco de la de Brasil y Perú; por eso el pasajero detiene su marcha para escuchar el diálogo de las hornacinas —suma de la elegancia arquitectónica— de las casas que fueron del Mayorazgo de Guerrero, en Moneda y Correo Mayor.

Si primeramente fueron varones a quienes se confió la seguridad espiritual urbana, después el fervor mariano puso confianza en advocaciones de la Madre por excelencia y fue nuestra Guadalupana multiplicándose, alternando con ella la Purísima Concepción. Entonces ya no fueron tallas rudas sino esculturas ejecutadas por maestros y artífices renombrados los que en sus talleres embellecían opalinas canteras hasta investirlas de dulce ternura, en tanto los arquitectos vigilaban la edificación de hornacinas que rivalizan en perfección con los mejores templos.

En los más esplendorosos momentos del barroco mexicano dieciochesco, la estípite monumental del Sagrario Metropolitano era miniada en la hornacina de casa principal; los grandes roleos de la Santísima cobraban acento de exvoto en lo alto de una esquina y el flamígero retorcimiento de la columna salomónica se tornaba llama de cirio pascual. Un día sabremos hermanar las grandes obras arquitectónicas con las breves obras maestras y encontraremos que acrecientan su fama Lorenzo Rodríguez, Pedro de Arrieta, Francisco Guerrero y Torres o Jerónimo de Balbás por las hornacinas que edi-

ficaron, esos templos levitantes en los que fuera tan rica nuestra ciudad.

Pero ¿exclusivamente imágenes religiosas ocuparon nuestras hornacinas? En los primeros tiempos —que se prolongaron bastante respecto a esta modalidad— la vigilancia supraterrena de la urbe fue confiada, lógicamente, a los santos del sexo fuerte, a los arcángeles belicosos del tipo de Miguel o Apóstoles de a caballo, como Santiago. Después la devoción se tiñó de amor y el culto mariano ocupó no sólo altares interiores sino que se proyectó hacia la morada celestial desde el aire libérrimo de la hornacina. Más adelante, cuando el ara exterior devino un poco más ornato y símbolo, su hueco fue llenado con signos cristológicos y marianos, o con los escudos de órdenes religiosas. Y más adelante —orgullo novohispánico, ostentación entre piadosa y mundana— un hecho altruista, una convicción personal, fueron publicadas en piedra o en relieves de argamasa. Pero la hornacina continuó caracterizando a nuestra ciudad.

Aún al correr de las centurias esta costumbre ha supervivido, sin grandeza ya; pero quien quiere darle un tono distinto —en esta época de mediocridades repetidas y de lisuras infecundas— al edificio que manda levantar, le aplica un remedo de hornacina prefabricada que afortunadamente nadie distingue sino con catalejos o con microscopio, según la altura a la que la encaramen la codicia y las pretensiones o la insignificancia que le aseste quien supone que hornacina es igual a un agujero en cualquier pared.

La hornacina —independientemente de cuestiones de credo—, es un elemento decorativo que tiene su lugar, que corresponde a un estilo y a un tiempo dados. Adquirió rango estéticamente distintivo en una ciudad que fue la más hermosa y la más importante del continente hasta bien corrido el siglo XX; pero aquella era una ciudad uniforme, unitaria desde el punto de vista urbanístico: alto porcentaje de calles simétricas, altura determinada para sus edificios. Las transiciones estilísticas no la hirieron con violencia sino hasta el momento en que, desertando de lo propio, de la creación propia —que tal fue el gran barroco mexicano del siglo XVIII, como prefiero denominar a lo que personas estimadas y respetables llaman ultrabarroco o churrigueresco—, el gusto por la moda (que es invocar lo transitorio, lo fugaz), desconcertó a la ciudad barroca implantándole la serenidad de lo neoclásico y neoclasicoide... ¡como si el mexicano tuviera algo que ver con la serenidad, con la frialdad del ángulo recto, con la piedra que al ser pulida se queda muda!

Nada tiene que hacer una hornacina esquinera en donde hay ausencia de columnas o de pilastras estípites o salomónicas; en donde no se comprende ni se utiliza (puesto que ya no se necesitan), roleos, encajes, florones, labores en argamasa o delirantes tallados en

piedra; mal se ve una pretendida hornacina —"nailon", además—, donde se ha sido malagradecido con el tezontle, la piedra maravillosa, sólida y plúmea, superior constructivamente a cualquiera de las invenciones comercialescas de última hora —abortos enclenques subsistentes el día y la víspera— que contrastan con ese material tan mexicano, eterno y que fue el factor determinante para darle fisonomía única a nuestra ciudad: el tezontle, el rubio tezontle elogiado conmovida y certeramente por el bachiller Juan de Viera en el siglo XVIII.

Por otra parte, si tenemos a la vista ciertas creencias, profundamente arraigadas en los habitantes de los dominios españoles, que los llevaban a tomar en serio el poder de las hechiceras, magos y nigrománticos; y si, con la certeza que dan el paso de los años y la limpieza de ánimo que confiere, para juzgar, la lejanía de tales actitudes, aceptamos la verdad de que incluso en las más altas capas sociales se daba pábulo a eso que hoy llamamos supersticiones, se aclarará aún más el por qué de la abundancia de hornacinas, especialmente en nuestra ciudad, del siglo XVI al XVIII.

La hornacina, con su imagen religiosa, no sólo fue un elemento estético urbano —lo que de por sí le da firme categoría, sino también el puesto avanzado, el lugar de vigilancia que los mortales dieron a las potencias celestiales para guardar una ciudad en la que el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición tuvo funcionando su "cárcel perpetua", su "patio de los naranjos" y su "quemadero" frente a San Diego. Por algo fue todo esto, por algo.

[De *México donde nací*, 1974]

□ *Un sudario negro sobre el paisaje*

1.

Dionisio Pulido, la única persona en el mundo que puede jactarse de ser propietario de un volcán, no es dueño de nada. Tiene, para vivir, sus pies duros, sarmentosos, negros y descalzos con los cuales caminará en busca de la tierra; tiene sus manos, totalmente sucias, pobres hoy, para labrar, ahí donde encuentre abrigo. Sólo eso tiene: su cuerpo desmedrado, su alma llena de polvo, cubierta de negra ceniza. El *Cuiyútziro* —águila, quiere decir en tarasco—, que fuera terreno labrantío y además de su propiedad, hoy no existe; su antiguo "plan" de fina y buena tierra, ha muerto bajo la arena, bajo el fuego del pequeño y hermoso monstruo volcánico.

Todavía hoy Pulido vive en su miserable casucha de Parícutin, el desolado, espantoso pueblecito. Es propietario de un volcán; no es dueño de nada en el mundo.

Como él, como este propietario absurdo, hay otros miles más, sobre la vasta región estéril de la tierra por la impiadosa geología.

He visto a uno, ebrio, muerto en vida, borracho tal vez no sólo de charanda, sino de algo intenso y doloroso, de orfandad, llorando como no es posible que lloren sino los animales. Estaba en lo alto de una pequeña meseta de arena, frente al humeante Parícutin, y de la garganta le salía el tarasco hecho lágrimas. "Era así", dijo en español, a tiempo que, vacilante, indicaba con sus dos sucias manos una dimensión: "así, de cinco medidas, mi tierrita..."

Inclinóse, sentado como estaba, para humillar su negra frente sobre la monstruosa tierra. Luego, al mirar a los que observábamos, volvió el rostro, invadido por agresiva ternura. Se dirigió a otro hombre, tarasco como él, que ahí mismo, en lo alto de la meseta, vende refrescos y cerveza a los visitantes. "Sírveles una cerveza a los señores", dijo como en un lamento suplicante.

Y a nosotros:

—No me vayan a hacer menos, patroncitos. Tómensela por favor —y su ternura era la misma contradictoria, extraña y colérica.

La "tierrita" de este hombre, tierrita pequeña, como un hijo, fue cubierta también por la inexorable ceniza del volcán.

He visto los ojos de las gentes de San Juan Parangaricútiro, de Santiago, de Sacán, de Angagua, de San Pedro, y todos ellos tienen un terrible, siniestro y tristísimo color rojo. Parecen como ojos de gente perseguida, o como de gente que veló por noches interminables a un cadáver grande, espeso, material y lleno de extensión. O como de gente que ha llorado tanto. Rojos, llenos de una rabia humilde, de una furia sin esperanza y sin enemigo. Dicen que es por la arena, el impalpable y adverso elemento que penetra por entre los párpados, irritando la conjuntiva. Quién sabe. Creo que nadie lo puede saber.

Sobre el paisaje ha caído la negra nieve. Sobre el paisaje y la semilla. Aquello en torno del volcán es únicamente el pavor de un mundo solitario y acabado. Las casas están vacías y sin una voz y por entre sus rendijas penetra la arena obstinada, para acumularse ciegamente. Tampoco hay pisadas ya. Nada vivo en la Naturaleza, en torno del volcán, sino algunos torpes pájaros de plomo, que vuelan con angustia y asombro, tropezando con las ramas del alto bosque funeral.

Explotábase antes la resina de los árboles. Al pie del corte practicado en el tronco, se colocaba un recipiente de barro sobre el cual escurría la aromada savia. Hoy rebosan negra arena los pobres recipientes y los árboles generosos mueren poco a poco, sin respiración.

Parícutin, el pueblecito, está solo y apenas unas cuantas sombras vagan por sus calles en desorden. En tarasco su nombre quiere decir "a un lado del camino", "en aquel lado". Ahora está verdaderamente "a un lado del camino". ¿Cómo se dirá en tarasco "al otro lado", al otro lado de la vida?

En San Juan Parangaricútiro hay un pavor religioso, una fe extraída del fondo más oscuro de la especie, cuando el hombre huía de la tempestad y un dios frenético ordenaba el Destino. Tarascos de Sirosto, de Santa Ana, desfilan en procesiones tremantes, arrodillados, despellejándose la carne. Piden perdón y que las puertas de la Gloria se abran para sus almas desamparadas, definitivamente sin abrigo. Las procesiones se realizan llevando al frente una bandera nacional y junto a ella, otra, sarcástica, de la Unión Nacional Sinarquista. "México ha agraviado a Dios", dicen los jefes sinarquistas, "hay que salvar a México del pecado". Y atizan el pavor con un fanatismo seco, intolerante, rabioso, agresivo. Se les ve agitando, con la conciencia fría y calculadora, de un lado para otro, atentos

sólo a su fin oscuro y primitivo. Las procesiones religiosas, de esta manera, resultan el más deprimente de los espectáculos.

VUELTA A LA ÉPOCA DE LA CONQUISTA

Hemos visto una —mis compañeros y yo— que entre todas las demás tuvo la virtud de impresionarnos particularmente. Fue por la tarde del día cinco. En todo el ámbito de la plaza escuchábase el canto, roto, inarmónico y tristísimo de las jaculatorias.

La plaza de San Juan impone por su aspecto, que no es antiguo, que está por encima de lo antiguo, por su aspecto de cosa que comienza, por su aire bárbaro. El espíritu, entonces, evoca alguna cosa, atávicamente, y se sobrecoge de pronto con una memoria remota y áspera. Así, como esta plaza, debieron ser las de los primeros días de la Conquista, vastas, desiertas, con los soldados españoles ahí, crueles y católicos. La iglesia de San Juan, sin terminarse de construir, contribuye a la visión: apoyándose en los andamios de sobre la pared, un malacate sirve para izar los grandes bloques de cantera para la torre inconclusa y esto mismo nos traslada a los tiempos duros y fanáticos, cuando se inició la conversión de infieles.

Porfiado, lleno de dolor, oíase el canto. Los indígenas, de rodillas, se dirigían al templo, la cabeza inclinada, pidiendo al Señor de los Milagros el perdón y la puerta del Cielo. Al frente una mujer levantaba la bandera sinarquista. ¿Qué entenderían aquellos hombres, sumisos y empavorecidos? El sinarquismo era para ellos, en aquel instante, como una forma de la religión; tal vez una forma de aplacar la ira de Dios. Pero también, quizá, ni siquiera del Dios católico, sino de aquel otro, terrible y sombrío, que desde el fondo de la tierra, vomitando fuego, había asolado sus verdes campiñas, su antigua tierra fértil, hoy calcinada. El sinarquismo era su miedo, su inseguridad, su desposesión, lo mismo que para sus viejos hermanos de la Conquista fue la negra cruz refugio por todo lo que se les había quitado, ceguera de piedad para no ver su desgracia.

Vimos eso terrible en la Plaza de San Juan Parangaricútiro. Vimos esa vuelta al seco pasado y otra vez vimos, también, las mismas fuerzas de negación, pesando sobre el alma elemental de los indios.

2. EL DÍA HECHO NOCHE

Tomamos el camino de la ceniza. A nuestras espaldas se quedó Morelia, cuyo cielo aún es transparente. Perdiéronse las hermosas torres de la antigua Valladolid y, por frente de nosotros, tan sólo restó la

recta, obsesiva línea de la carretera.

Me entretuve leyendo una biografía, extraordinariamente amena, de Francisco Pizarro, mientras nuestro camión nos llevaba en pos de aquel cielo negro y enrarecido de Uruapan. Cruel negocio de mercaderes, la Conquista del Perú; de mercaderes ignorantes y ruines, como el trujillano, o ambiciosos torpes como Diego de Almagro y Hernando de Luque. Vergonzosa página en la historia de España el "Contrato" de Panamá, en 1526, y vergonzosa, también, la "Capitulación" de la Reina nombrando Capitán General, Adelantado, etcétera, a ese chapucero de Francisco Pizarro, peor que Cortés.

Nuestro recelo de indios y mestizos, nuestro complejo de inferioridad —que tiene variedades tan extrañas, tan contradictorias—, todo lo humillado que tenemos, proviene de cómo fue hecha la Conquista, de quiénes vinieron para hacerla y del modo como les fue otorgada a los conquistadores, la merced de conquistar.

Atahualpa —Atabalipa, llamábanle los cronistas del XVI— cree en Pizarro. Confíase absolutamente en su palabra y acude a la primera entrevista con el Conquistador, sin arma alguna y con un gran regocijo, "muy holgado" de verlo. Sin encontrar ningún pretexto apoyándose en el cual pueda hacer prisionero al Inca —que Atahualpa no da pie para ello—, Pizarro recurre a la farsa monstruosa del nefasto cura Valverde, quien lee al Emperador quechua los Santos Evangelios, en voz alta y sin que el indio los entienda, pretendiendo mediante procedimiento tan absurdo como leguleyesco, que el Inca se convierta a la fe católica. Un gesto, un ademán de pura ignorancia por parte "del Atabalipa", hace al cura Valverde proclamar el sacrilegio y dar órdenes a los soldados de apresar al Inca, con un salvoconducto teologal como el de "yo os absuelvo, prendedle", o algo por el estilo. Y éste fue tan sólo un episodio entre muchos. La historia de la Conquista está hecha de numerosas felonías que, forzosamente, debieron influir sobre la contextura psicológica de nuestros pueblos, creándoles todo eso triste, resentido, lleno de desconfianza y prevención que tienen.

SOMBRA, LUZ, DESALIENTO Y ESPERANZA

En torno de nosotros extendíase el campo michoacano. Por esos rumbos, adelante de Morelia y aún adelante de Pátzcuaro, las cenizas del Parícutin no han causado un daño considerable. Vense aún los surcos rectos, oscuros, feraces y el cielo es claro, apenas ligeramente gris.

Más tarde corríamos junto a las riberas del lago de Pátzcuaro. Éste no es el de Lawrence. El de Lawrence es Chapala, pero sin embargo son parecidos o así lo creo. El caso es que, involuntaria-

mente, me puse a evocar la figura de aquellos niños indígenas que en *La serpiente emplumada*, dedícanse al juego bárbaro de hundir bajo el agua, por algunos instantes, a una pobre gallina a la que sacan, después para hundirla nuevamente, mientras aletea con desesperación infinita. Luego también, a los remeros de bronce que conducen a Kate —la heroína neurasténica, incomprensiva, a la vez extraordinariamente inteligente e insoportablemente estúpida—, a quien cautivan y sobrecogen con su hermosura.

Éste —se me ocurrió—, es México, sombra, luz, desaliento y esperanza; se precipita, como la tierra cuando se acomoda, en formaciones sísmicas, terribles, sangrientas, oscuramente nobles y plenas de dignidad interior.

Corríamos por la carretera, hacia la ceniza. El hecho era increíble pero nuestro paisaje de cristal de esos momentos, debía trocarse por uno sucio y borroso.

—En Uruapan —narraba un pasajero— a las doce del día tuvo que encenderse la luz en las calles. Era imposible ver, de tanta arena.

Tal vez no fuese cierto, ni fuese cierto, tampoco el propio volcán. Porque en México, tan vasto, todo ocurre como en la casa de los espejos y de pronto uno se topa consigo mismo o con una puerta que lo deja en el aire; es un país de irrealidad, de fantasías completamente verosímiles.

—Dicen que se hunde uno hasta las rodillas, en la arena de las calles de Uruapan.

Todos volvieron la cabeza hacia quien hablaba. Era un viejecito absurdo, con voz de mujer. "¿Quién lo traería?"

CON ESE POLVO TAL VEZ SE HIZO EL MUNDO

Pero nos acercábamos a la ceniza. El camión ya levantaba una columna de polvo, pese al asfalto de la carretera. Trátase de un polvo extraño, que se puede encontrar hoy y se encontrará todavía durante algún tiempo. Un polvo negro, que no pica en la nariz, un polvo singular, muy viejo, de unos diez mil años. Con ese polvo tal vez se hizo el mundo; tal vez las nebulosas estén hechas de él. Y los peces también, quizá, aquéllos de los primeros grandes mares.

Algo sentíamos en el espíritu, y de ninguna manera como sensación física. Como si regresase a un lugar ya conocido en el tiempo, pero el cual no se hubiera visto jamás; conocido sólo en el tiempo. O como si fuese uno testigo de alguna cosa anterior a uno mismo y anterior, igualmente, a los demás hombres.

Paracho afirmó la sensación: la gente de Paracho tiene esa actitud comunicativa, risueña y asombrada, de las gentes que ven nevar

en un sitio donde nunca ha caído nieve. Cualquier transeúnte o cualquier vendedor de guitarras o cualquier comerciante en jícaras de Quiroga, está presto a explicar cuanto se le pregunte sobre el Parícutin, y, de su peculio, a soltar toda la fantasía que le llegue a la imaginación, sin necesidad de preguntarle. Que si ayer era imposible llevarse una taza de café a la boca porque en un segundo llenábase de arena o que si tal otro día escucháronse imponentes ruidos subterráneos. En Paracho todos tienen esa nerviosidad alegre de quienes, de súbito, cambian sistema de vida o alteran la monotonía de su existencia con un suceso inesperado a la vez que común.

Aunque, en realidad, la ceniza de Paracho sube arriba de las banquetas y los techados de tejamanil están negros por el polvillo del volcán.

CARNITAS CON CENIZAS DEL PARÍCUTIN

A nuestra derecha —¡por fin!—. camino de Uruapan, elevóse la columna negra del Parícutin. Aún no nos encontrábamos bajo el penacho sombrío y sobre nuestras cabezas todavía brillaba un extraordinario cielo de estrellas. Tan poderosa como es, tan superior, tan llena de ciego misterio, la columna del volcán ejercía una extraña fascinación sobre nosotros.

Es difícil explicar los minutos de aproximación a esa zona de las tinieblas. Corríamos, raudos, hacia ellas, pero por un instante la circunstancia perdió el tono deportivo, para volverse vacía, atroz, angustiosa. Si el mundo fuese plano y uno corriera hasta llegar a su extremo, tal vez eso inaudito de encontrarse al borde de una dimensión inimaginable, correspondiera a la sensación de tal momento. Sobre nosotros, el cielo estaba dividido en dos: uno, encima justamente, con estrellas; otro, allá, sin medida, negro.

Volví la cabeza para mirar a Venus, final estrella náufraga, y de pronto me sentí ya bajo la lluvia que, hasta aquel sitio, lanza el Parícutin. Lluvia dura, arena vertical que hace de la atmósfera un tejido donde la luz se desmaya quedamente, como si le faltase la respiración.

En Uruapan la gente se mueve de un lado para otro, aprensiva, ya sin la desenvoltura de los de Paracho. Los transeúntes, con el pañuelo en la boca para no aspirar el polvillo del volcán, cruzan la acera mirando turbiamente los montones de negra ceniza.

—Imagínese usted —me dijo un pequeño propietario— que antes del volcán invertí tres mil pesos en la compra de una huerta. Ahora veré si los salvo. Quién iba a saber. Y la arena sigue subiendo.

Sus palabras eran muy serias. Visiblemente le preocupaba el problema, pues su huerta, de continuar cayendo arena, se echará a perder sin remedio.

En el mercado pregunté por el precio de la masa. La rolliza molinera repuso, con sequedad: "doce centavos el kilo, patrón".

Sin apartar la vista de sus manos extraordinariamente limpias. torné a preguntar, ya con un poco de ironía: "¿y antes del volcán?" La mujer me miró con estupor: "¿pues a cómo iba a valer si no a ocho?" Su respuesta fue de una sinceridad absoluta.

Sobre las famosas "carnitas" de Uruapan cae una fina lluvia de polvo. Casi no pueden comerse, de tanta tierra. Tierra del Parícutin. Pude observar una escena interesante: derrengado, flaco, con su cobija mal terciada sobre el hombro anguloso, un indígena se acerca a la fondera de un establecimiento, en la plaza, una guarecita. tarasca también.

—¿Pus no tienes tortillas pues? Dame un cincu...! —y tendía la moneda.

—Pus qué de tener. ¿Pus no se acabaron pues?

El indígena se comió su carnita sola, llena de tierra, sin el sabroso pan. delgado y redondo. de maíz.

• Un pavor oscuro. el retorno a las partes elementales del ser. la vuelta a la superstición primitiva, impele a los tarascos de San Juan, de Santiago y otros pueblos próximos al Paricutín, para salir a la sombría plaza de Parangaricútiro y rezar en las calles, llorar, pedir clemencia en deprimentes procesiones religiosas. Los sinarquistas les dicen: "hay que clamar por el perdón. México está en pecado mortal..."

• El niño huye para refugiarse en su casa, apenas habitada por la llama terca, por la porfía —llena de asombro, de ternura—, de sus padres que pese a todo, no quieren abandonar la tierra. Ese niño es tan grande, tan pequeño también, como la ceniza. Ignora todo. Hasta el doloroso, hiriente amor que se refugia allá adentro, en la sombra negra y definitiva de la choza terrible.

• Como si se hundiesen los pies en el primer polvo del mundo. Písase la soledad, un infortunio tendido en una sola dimensión solitaria, de abandono. Adelante de los pasos sólo un estupor denso, que sale de las miradas —con ceniza también—, de los desolados habitantes de la región deshecha y rota por el Parícutin.

• Repítese, como una obsesión enloquecedora, la palabra encarnizada: soledad. En todas partes; en el aire denso, negro; en esta casa sin puertas, sin hijos. Una soledad que muerde, una soledad que penetra en los poros invadiendo el cuerpo entero; una soledad para la que no alcanzan los sollozos.

• Se asiste como a la presencia sobrecogedora de los primeros días, cuando el mundo apenas se apagaba de su antiguo fuego. ¿Somos los primeros hombres sobre la vasta extensión, la vida primera, en este mar duro, que comienza?

• En modo alguno es una sensación física la que se experimenta a las faldas del volcán. Es, mejor, solamente el espíritu, que se vuelve interminable y vacío, sin punto de apoyo en una tierra donde todo comienza su agonía. Vuélvese, sin agua, de arena. debiendo ser refugio, el alma otra vez tenebrosa y oscura.

3. LA MAJESTAD DE LA TIERRA ANTES DEL HOMBRE

Los aficionados al volcán, los turistas de todas partes de la República, se agitan, nerviosos, esperando un camión que los lleve a San Juan. Escuchan todos los relatos, todas las exageraciones, creyéndolos a pie juntillas. Se dejan esquilmar tranquilamente por los camioneros que les cobran tres pesos por el viaje. Los camioneros obtienen, de cada excursión, noventa pesos. Quiere decir que deben cargar, apeñuscados en la forma más inverosímil, a treinta personas, en un mal camión en el que no caben veinte desahogadas.

A un amigo de Mayo, fotógrafo él también, se le ocurrió informarnos, frente a todo el grupo de turistas, ya subidos, después de mil trabajos, en el camión: "Se apagó el volcán. Ya no vayan. Aquello es puro humo". Lo dijo a voz en cuello y parecía muy satisfecho de habernos hecho el favor.

Los turistas lo miraron con unos ojos de rabia infinita. "¿Y a él qué le importa?"

¿A qué diablos tenía que meterse con el volcán, propiedad común, belleza del pueblo, más del pueblo que todas las honorables legislaturas juntas y que todo lo más inalienable de los ciudadanos?

La gente "de fuera", adora al volcán. Está dispuesta a cualquier sacrificio con tal de admirar la majestuosa, imponente fumarola del Parícutin. La gente de Uruapan no; es más escéptica. La gente de San Juan, más aún. Y la otra gente, la de Parícutin, la de Santiago. toda aquella que no usufructúa siquiera los beneficios del turismo, ésa ya no tiene esperanzas.

"¿Qué voy a hacer con mi tierra?" —se nos acercó un hombre en Parangaricútiro, los ojos terriblemente enrojecidos. "¿A comérmela?" Y después, con una lamentable sonrisa de apocada dulzura: "¡Deme un diez, patrón, para la charanda!"

SE EMBORRACHAN PARA LLORAR

En Parangaricútiro, los hombres, en su mayoría, andan borrachos por la calle. Borrachos de una borrachera sombría, silenciosa. Se emborrachan para poder llorar sin que se les haga burla. De cuando en cuando gritan. Invariablemente una mentada, dirigida a quién sabe quién. Luego piden limosna, sin el menor recato.

Y ahí está la iglesia, en mitad del pueblo. Y en torno de la iglesia, las cantinas. Y el sinarquismo.

El arroz, el maíz con que se les ayuda, por las autoridades, apenas es un remedio provisional. Quieren saber algo más, porque ya perdieron este año: debióse sembrar en marzo. Este año, ¿y el próximo?

Parícutin es terriblemente triste, en desorden, sin amparo, como

si una mano inmensa lo hubiese sacudido, desvencijado. En todo el tiempo que estuvimos ahí —cerca de treinta horas—, no llegué a contar más de veinte habitantes, entre ellos, desde luego, tres miembros de la Defensa Rural, con su carabina parda, sus cobijas cenicientas y los ojos prevenidos, fieros y quebrados a la vez como si hubiesen perdido un hijo.

Los saludamos:

—Buenos días.

—Natzaranscu (Buenos días) —respondieron como si nos contestaran desde otro mundo.

En Parícutin hay sólo unas cuantas casas de mampostería, las demás son de madera. Estas últimas están constituidas en tal forma, que los tablones de las paredes y del piso ensamblan como para desarmarse. De esta suerte no son inmuebles; se las puede trasladar de uno a otro sitio sobre una carreta tirada por bueyes.

Así emigraron los habitantes de Parícutin, en fila interminable, por esos caminos atroces, quién sabe a dónde. No respondían cuando se les preguntaba por su destino; apenas una mirada torva, absorta, como si acabaran de despertar de un sueño sin sentido. ¿A dónde?

—¡Quién sabe! ¿Ónde pues hay tierra?

HOMBRES DE ARENA

Son delgados, los tarascos de Parícutin, flacos y se han vuelto de arena ellos también, como sin sonido. Acaso conviértanse en piedra, verdaderamente. Tienen ceniza en los ojos, en los dientes, en la nariz, en las mejillas, y ya no se bañan, para qué, desde febrero, desde que apareció el volcán sobre los terrenos del Cuiyútziro, en los terrenos del águila, del águila ciega y muerta.

Nos rodearon con curiosidad, con un abandono terrible, únicamente como pretexto para moverse y no llegar a cosa sin mirada y sin espíritu.

—Natzaranscu (Buenos días) —otra vez—. ¿Van a *la volcana*?

Felipe Chávez, Bruno Rangel, Pedro Hernández, Esteban Rangel, Manuel Cervantes, Cipriano Gutiérrez, Fermín Santiago. Estos nombres también podían estar, con los clásicos torpes caracteres, dibujados sobre una prieta cruz. Los mismos seres que cobijan son como una cruz humana, de carne y lágrimas, con los brazos caídos sobre el cuerpo, cruz sin brazos, ambulante, peregrina fija, inmóvil en el sitio oscuro de la muerte.

—Yo tenía cinco medidas.

—Yo ocho.

—Yo era mediero.

Lo dicen secamente.

—Natzusco (Buenas tardes).

Y desde los "buenos días" a las "buenas tardes", hemos hablado con ellos, como dentro de una pesadilla en la cual se repitiesen, hasta la locura, las mismas palabras del tema obsesivo: la tierra, la resina, el tejamanil, todo de lo que se vivía, hase perdido para siempre:

—Y las vacas, jefecitos. ¿Qué haremos cuando se nos acabe el rastrojo?

EL "PADRE GEÓLOGO"

Aquello es la majestad de la tierra antes del Hombre. Cuando ella reinaba sola e inclemente, antes, siquiera, de los animales. La base del cono volcánico —nos lo dijo el ingeniero Ezequiel Ordóñez—, mide setecientos metros de diámetro, y la altura es de doscientos setenta a doscientos ochenta metros. Un pequeño volcán.

Ezequiel Ordóñez es un viejo gigante de setenta y tantos años, geólogo, que ama al volcán con todas sus fuerzas de roble derecho, de roble varonil.

Al segundo o al tercer día de la erupción, cuando el pánico se había apoderado de las gentes, el "padre geólogo", como desde entonces lo llaman los indígenas, fue el primero en impartirles consuelo, seguridad, confianza, en la medida en que esto era posible. Los tarascos de la región dicen que se llama Quisocho Ordoñie: graciosa deformación, en la lengua indígena, del castellano nombre de este personaje singular. Y Ezequiel Ordóñez es así, vasto, severamente cordial, recto, con una mirada de águila y grandes manos, como alas de ángel antiguo.

Cuando habla no aparta la vista de "su" volcán.

—Fíjese usted —afirma— cómo las volutas tienen un clásico aspecto de coliflor...

Nos explicó que en el Paricutín no se producen explosiones, sino que se trata de una "erupción continua".

—El volcán —dijo— se encuentra en su periodo máximo de actividad. Es decir, que en términos generales "no pasará de ahí". Ahora que quién sabe cuánto tiempo dure...

—Representa este fenómeno —agregó—, un ciclo volcánico muy antiguo, que tal vez se encuentre en su periodo de extinción.

Ordóñez tiene algo de apóstol, mezclado al hombre de ciencia que es. Quiere a los campesinos, los ayuda. En su campamento de observación siempre hay dos o tres, quietos, mudos, silenciosos, como piedras del volcán.

Sin embargo, Bañuelos —fotograbador, compañero nuestro en el viaje a Paricutín—, cree firmemente que Ordóñez no existía antes del volcán, y que de ahí, de sus entrañas, donde estaba estudiando,

fue arrojado durante la erupción. Pero no. Eso no es cierto, porque Ordóñez había escrito ya, en 1889, en la Revista de la Sociedad Antonio Alzate, un sesudo estudio sobre la erupción del Jorullo, ocurrida, como se sabe, en el año de 1759, que hasta pudo contemplarla el Barón de Humboldt.

EL VALLE DE MÉXICO

El "padre geólogo" observa el volcán por el lado Norte. Pero nosotros, por nuestra parte, decidimos admirarlo por el Noroeste, hasta una distancia aproximada de ciento cincuenta metros de su base. Nuestra osadía nos valió soportar —mientras huíamos despavoridos— una terrible granizada de arena gruesa que estuvo a punto de hacer que los guías —Manuel Mateo y Delfino Rangel—, nos abandonasen a nuestra suerte.

El admirable Mayo, en su afán de obtener las mejores fotos, se quemó los pies —no gravemente, por fortuna— al pretender subir por una cuesta que, con seguridad, ardía.

Cuando el día seis por la noche, avistando el Valle de México y la luminosa pedrería de la ciudad, le pregunté: "¿No te parece la ciudad de México, en estos momentos, con sus millones de luces, como la falda del Paricutín después de una bocanada de fuego?" Mayo asintió silenciosamente con la cabeza.

Sí. Ahora hay que preguntarnos: esa pedrería, esa arena luminosa de los palacios de nuestra ciudad, de los palacios de nuestros viejos y nuevos ricos, ¿no extinguirá, como aquella otra, los campos y la tierra, agostando las flores, cubriendo de ceniza improrrogable la tremenda patria?

• Desde muy lejos, viene la sed. Término sin saliva, de rasposa, acabada respiración. Con ser muchas, las lágrimas rezuman pobremente, hundiéndose en la profundísima geología de esta muerte cardinal, sin dejar una planta o una hoja o una palabra.

• No se mueve; es como un gracioso arbusto de piedra, condensándose cada vez más, con esa savia de ceniza que le sube por el pequeño cuerpo inmóvil. Las orejas tienen algo de ave candorosa, posada sobre la cabeza, por la cual crucen, tal vez, pensamientos, anhelos verdes.

• Las nubes, el nuevo, ruidoso cielo, los planetas diurnos, todo lo nunca visto, inanimado apenas, brota hoy de la tierra. Hay un olor, también, como si se nos recordase algún origen; las piedras aquellas de las cuales partirían los animales. Todo anterior al agua. En la frontera, justamente, del fuego y del agua.

• LOS HOMBRES LUCHAN CONTRA LA CENIZA. Luchan infructuosamente; la ceniza lo cubre todo y ha acabado ya, para siempre, con la fecundidad de la tierra.

• CENIZA, CENIZA, CENIZA. Y en medio de esta planicie estéril castigada con un furor inclemente, un hombre se pierde, después de haberlo perdido todo.

• NADA QUEDA. Ni la espléndida luz del cielo michoacano, ni los frutos de una

tierra regada con sudor tarasco. Nada, nada. Una tormenta de ceniza, una más, desciende sobre los árboles y los hombres con ciega furia elemental.

• Y UN PERIÓDICO; SU PERIÓDICO, lleva a estos hombres las noticias de los padecimientos de otros hombres en todas las regiones de la tierra. Acaso aprendan que el dolor ha de unir a los habitantes del mundo para construir uno mejor, más justo y hermoso donde nadie deba estar expuesto sin defensa alguna a la crueldad de la naturaleza.

[De *El Popular*, 9, 10 y 11 de septiembre de 1943]

☐ *Ejemplos de* Don Jilemón y La Familia Burrón

1

→

[De *Don Jilemón*, 1o. de marzo de 1953]

2

GRACIAS AL ENTUSIASMO Y TITANICOS ESFUERZOS DE DOÑA BOROLA, LOS TENDIDOS DE CABLE CUBREN LARGAS DISTANCIAS. UNA RUTA LLEVARA A LAS AMAS DE CASA AL MERCADO DE LA MERCED. OTRA, A LA IGLESIA Y OTRA MAS PASARA POR VARIOS JARDINES, TERMINANDO EN CHAPULTEPEC.
HIJA, SI LLEGA TU PADRE A COMER, LO ATIENDES TU. VOY A LLEVARME A VARIOS VECINOS A HACER UN AMPLIO RECORRIDO QUE SERVIRA PARA INAUGURAR LAS RUTAS.
PRIMERO ESTA ATENDER A MI PAPA.
¿QUE PASO? NO PAGUE NADA, SORAYITA. ESTE VIAJE ES PARO LLEVAR A LAS AMIGAS A CONOCER TODA LA OBRA QUE SERA ORGULLO DEL VECINDARIO.
NO TARDES MUCHO, MAMA. NO ME TENGAS PREOCUPADA.
ANTES DE ECHAR A CAMINAR LA CABINA AEREA, VAMOS A ENCOMENDARNOS A SAN CRISPIN. NUNCA ESTA POR DEMAS HACERLO.

[De *La Familia Burrón*, 7 de septiembre de 1979]

□ *Las glorias del Gran Púas*

—¿El pleito está arreglado, Rubén? ¿Tongazo?

Estábamos en los vestidores, a quince minutos de la pelea donde el ídolo de la Bondojo destazara en quince segundos al tailandés Paget Lupicanete, flan de encargo, mucho antes de que las lámparas acabaran de alumbrar completamente el enlonado del drama. El drama era de Olivares. Victoria relámpago que no creyó nadie entre los diez mil fanáticos que el imán del Púas y el colmillo del promotor gringo embodegaran en las graderías del *Sports Arena*, en Los Ángeles, aquella maliciosa noche del 2 de junio del 76: arranque del derrumbe definitivo de una maciza gloria mexicana, derrumbe que se vaticinara banderazo hacia el quinto campeonato mundial del otrora aclamado *Mister Knock Out* por la prensa deportiva del Imperio.

Sísifo casi de veras, inagotable casi, Rubén Olivares emprendía esa noche una nueva ascensión, a cuestas su fardo de mujeres, de alcohol, de mariguana, de parásitos, de coca, de vagancia, de tedio, de impaciencia, de desamor, de anarquía, de nota roja, carnitas y totopos y fatalismos y resignaciones y prodigiosas facultades naturales para el arte de desmadrarse entre las doce cuerdas.

—¿Cuánto tiempo más de este tren? —le pregunté dos semanas después en México.

—Ps lo que dure —dijo empujándose el tercer farolazo del día, poniéndole con fe a los de moronga. Eran las once a. m.

—¿Y luego?

—Ps luego ya nos preocuparemos de a ver qué ¿no crees? ¡Pero acábatela, no la platiques! Y qué vamos a hacer, a dónde vamos de aquí o qué vamos a hacer o qué. ¿Ya te la acabaste? Señor, aquí lo mismo, por favor.

—¿Lo mismo, Rubencito? Cómo de que no. ¿No quieres chicharroncito, Rubencito? En verde, va saliendo orita, te va gustar, regalo de la casa, mi Rubén.

—No señor, muchas gracias, nomás bebidas por favor.

—Ora mismo, Rubencito. Qué buenos chingadazos le acomodaste al chale ese, pa que se le quite ¿no mi Rubén?

—Es un boxeador como yo, señor, de eso vivimos.

Eso es rasgo saliente del Púas. No acepta familiaridad que no pida él mismo. Cuando lo llevó Nacho Castillo a la desvencijada suite monumental que me habían dado en el Alexandria Hotel, no lo bajé de "señor Olivares esto" y "señor Olivares lo otro", hasta que se rió y pidió permiso para pedir algo.

—Por supuesto, señor Olivares, dígame.

—Pues... que usted me hable de tú... porque... como que no checa... lo de señor Olivares me chivea.

—Sale. Tú eres Rubén y yo soy Ricardo.

Se rió con ganas, largamente.

—Qué pasa.

—Qué pasa.

—No ps me descontó, así no, no me la estire tanto, estuvo rudo.

—Por qué. Cómo entonces.

—Usté me habla de tú y yo le hablo de usted.

—No, no. Lo que es parejo, Rubén y Ricardo. Somos lo mismo. Aparte, yo también he andado en esto de las trompadas.

Nueva risa, como si hubiera yo dicho algo muy gracioso. Y se soltó ya en confianza: —Bueno. Sale. Si no, vamos a seguir de mamones... Y entns qué, cómo está este rollo, digo, qué pedo saco. Digo, con todo respeto ¡ay sí!

—Lo dicho. Tú me cuentas tu vida, tal cual; yo la escribo; el periódico la edita; y vendemos un millón de ejemplares.

—¿Un millón? Dónde fue el truene ¡ay sí! Y eso qué a cuánto.

—Chingo de luz.

—Para mirármelo a gusto ¡ay sí! ¿no? Chingo de luz para mirármelo a gusto...

Acabamos amigos entrañables esa primera reunión. Había llegado con "la señora de la Lindavista" y había estado conversando tumbado en el sofá, los pies sobre la mesilla de centro, los ojos entrecerrados, la voz soñolienta, extenuado por los bárbaros ejercicios del entrenamiento, y sobre todo por la dieta de agua.

—Ni un centílitro de alcohol, ni el asiento de un vaso de agua —dijo Rubén—. Es la cantinela del pinche doctor. No se sabe otra. Como el ojete lo único que hace es chupar en los bares y chuparme a mí la lana, pos qué le apura. "¡Ni un centílitro de alcohol! ¡Ni el asiento de un vaso de agua!" Jo de su pinche madre. "Hay que dar el peso naturalmente." Cómo no, si al cabo el que ladra es el buey, y alrededor los chingones cobra y cobra.

—¿Y cómo te sientes ahora, Rubén?

—No ps bien, para pelear, bien. De lo demás, bien jodido, bien pero del carajo.

—¿Principalmente el agua?

—Llegas a vender el alma por un trago de sidral. Me cai que

anoche empecé con la mamada de los botellones.

—Los botellones...

—Putamadral de garrafones de electropura, inchs camionzotes hasta el tope de garrafones, y unos méndigos charcos ¡divinos! Cascadas y cascadas por todos lados. Me cai que cierras los ojos y ya estás soñando agua, y parece que estás sudando a madres, frío frío y no te sale ni una puta gota de sudor.

—Ya estás en el peso...

—Ya casi. Para mañana voy a estar. Y ya nada más pasado mañana el pesaje a las diez, y a las diez y media ¡chingó a su madre! ¡me cai que me voy a tragar un pinche botellón de electropura yo solito, me cai. Y qué, cómo va estar la repartición.

—Veinte por ciento de las ventas para ti, quince para mí, diez para Nacho.

—¿Y el otro sesenta y cinco?

—Papel, edición, talleres, voceadores. El periódico no gana casi nada.

—Ta raro el pedo. Pa qué etons.

—Lanzar un libro que puede ser apasionante. Ganar algún dinero.

—Como cuánto, así en números al chile.

—Pues... para ti... como seiscientos mil, por ejemplo.

—Aaaaay ora sí me la restiraste, Garibay. Pura pasión y dinero y sin que me rompan el hocico... Bueno, que sea. Si tú también me transas no serás el primero. Aguanta ¿no? —se volvió a la señora de la Lindavista. La señora de la Lindavista agachó la cabeza, miró hacia la ventana, sonriendo—. Mi mujereita siempre está de acuerdo con su señor. Aaay me azoté, ¡me azoté de tan mamón! —Y rió durante un buen rato, repitiendo la frase.

A partir de ese momento la conversación tomó el rumbo de un verdadero campeonato de palabrotas. Me esforcé en superarlo, y cuando salió dijo:

—¡Eres un viejo a toda madre!

¿Viejo? Pensé. Y me adivinó Rubén, porque añadió aprisa: —No no, ps qué pasó ¿ya mandándome? qué pasó. Eres un señor de mucho respeto pero a toda madre.

Ahora, en los vestidores, cuando afuera ruge la bestia con la primera estelar de la noche, vuelvo a preguntarle:

—¿La pelea está arreglada?

Rubén hace un poco de calentamiento. Sombra, sentadillas, abdominales, cuello. Y con tanto, no sé si asiente como respuesta.

—¿En qué round se va a caer el tailandés? —pregunto.

Se acuesta en la banca y hace respiraciones profundas. Levanta un brazo y con el índice señala el techo.

—¿No es mucha bronca, en el primero? —pregunto.

—Hay que regresar a tambor batiente, como dicen tus cuates periodistas. "¡Olivares enrachado y en plenas facultades!" ¿No ves que mi público quiere verme otra vez en el pináculo? (Ríe) ¡Buitres ojetes!

—¿Y de ésta, Rubén?

—Dos más.

—¿"Chambas"?

—Seguro, chambas. Al rey hay que cuidarle el físico.

—Y de ahí al cuarto campeonato...

—¡Tas pendejo! ¡Perdóname, Garibay! Quinto, al quinto campeonato.

—¿Te lo darán?

—A güevo.

—¿Por qué a güevo?

—¡Porque conmigo se hinchan los cabrones! A poco voy a pensar que soy muy bueno o que me quieren mucho. Mira ¿no te digo? Ni siquiera acabó de vendarme el viejo ojete. ¡Mira cómo me dejó las vendas el hijo de su puta madre!

—¿Quién? ¿Qué tienen las vendas?

—El viejo ojete del Rosales. Deténme aquí, jálale fuerte.

—Pero estás mejor con Rosales que con el Cuyo...

—También te roba, sólo que más finolis. Viejo cábula. Échame ese extremo, eso, gracias, Garibay.

Estamos solos en los vestidores. Un pasillo largo, bancas metálicas en medio, espejos, casilleros de metal atornillados a las paredes. Huele a pintura fresca y a sudor rancio.

—¿Cómo te sientes?

—Cada vez mejor. Ya la sed me la peló, ya viste en la mañana.

—¿No hay miedo?

—No, ya orita no, ya que estás al filo de los chingadazos se te quita el miedo. En los entrenamientos a ratos sí se te arruga, por la bajada de peso ¿no? que te jode, y la espera, piensas ¡chingao, faltan semanas! y que no comes, no puedes beber, y siempre hay alguien que te está chinga y chinga: "que no, que cuídate, que este cuate sí tiene con qué", sientes que no va a acabar nunca el pinche entrenamiento. Pero ya después del pesaje te calmas. Tú me viste en la mañana cómo estaba yo. A lo macho que un minuto más y madreo al pinche comisionado.

En la mañana pasaron por mí a las diez en punto. Cruzamos de punta a punta la feísima ciudad. A las once al centavo estábamos en la ceremonia del peso. Habíamos llegado en una camioneta último modelo y en un coche último modelo también; al Púas le gustan los automóviles último modelo ("No sólo me cobran hasta el último centavo de impuestos los rateros de la aduana en México, sino que

todavía le inventan y le inventan, quesque cada tornillo extra es de lujo ¡y métele! Estos botes me han costado tres veces lo que cuestan de este lado." "Y ¿por qué no pides ayuda a alguna autoridad, Rubén? No te sería difícil conseguirla." "Chinguen a su madre. Pa qué. Si me roban que me roben los ojetes. Con otra madreadita cae la pachocha y me recupero." "Rubén, puede dejar de caer . . ." "Entonces empezaré a chingar a mi madre, Garibay. Ps qué le haces"). En la camioneta íbamos Rubén, Ignacio y sus cámaras, el Jarocho, el boxeador Enrique García y yo. Rubén, echado atrás, adormecido, pálido, cenizo, la boca abierta, helado y de endemoniado mal humor. Preguntaba, moviendo apenas los labios:

—¿El jugo de carne?

—Ya biene, ya biene, ái, Rubén —contestaba el Jarocho.

—¿El jugo de naranja?

—Ya biene ai Rupén; yo mismo me ocupé.

—¿El agua? ¿Las cervezas? ¿El coñac?

—Ya bienen, ya bienen, ai, no te apures por nada.

—¿Los chiles?

—Ya bienen ai, ya bienen, todo lo rebisé con tiempo. Rupén.

—Entonces por qué no le aprietas, hijo de la chingada, vas a vuelta de rueda.

—Ya le aprieto, Rupén, ya le aprieto, es que hay mucho tráfico, pero ya vamos a llegar, tú no te apures.

El Jarocho habla con descarado acento yucateco, y es el encargado del "Bradley's", el bar de Rubén, cerca de la mexicanada y con clientela de negros y ancianos alcohólicos sobrevivientes de Corea y Vietnam. Una de las meseras allí es la "señora del 'Bradley's'", rubita, bilingüe, señalada, de dulces sílabas.

Y en un lugar cualquiera bajo las graderías colocan una mesa, varias sillas y una báscula. Llegan médicos, comisionados, empresarios, mánagers, entrenadores, apostadores, vagos de banqueta, periodistas, fotógrafos, y arman todos una vocería ensordecedora y nadie comienza nada de nada. Los púgiles son fácilmente discernibles: éste que está acá, ése, aquél que camina enjaulado, aquel otro, como estatua. Se ven sombríos, pálidos, agrios, lacios e impacientísimos, conteniendo con mucha dificultad impulsos evidentes de venganza criminal. Un pequeño ejército de especialistas los ha preparado minuciosamente durante semanas y semanas, y los ha convertido en maquinarias casi perfectas para la violencia y el destrozo; del hígado a las manos, de la frente a los pies de cada uno de ellos es un hombre tranquilamente mortífero, matar a un ser natural de su peso les llevaría menos de un minuto; son muy jóvenes y son viejos maestros en humillaciones y pobrezas; son humildes, un poco estrábicos ya, ya un poco entontecidos; los amenaza la cegue-

ra, la idiotez y la mendicidad y poseen todos el campeonato indiscutible de la explotación padecida en la sociedad de consumo. Hoy en la noche ganarán algún dinero del que verán aparecer en su bolsa, si bien les va, la tercera parte. Tienen párpados duros y orejas tapiadas de carne cocodrila. Son reminiscencia aberrante de aquellos Áyax y Diomedes —gloriosos asesinos— a quienes Aquiles interrumpió el combate para que no quedara humillado ninguno de los dos.

Y aquí llega, el último, como conviene a su categoría, basilisco entre marañas de brazos y gritos. Rubén Olivares, El Púas, El Grande de la Bondojo, *Mister Knock Out*, El Alarido de la Raza Allende el Bravo, El Monstruo de la Taquilla, El Aloque Hecho Existencia Diaria...

[Fragmento]

□ *Para el presidente Mao, el mundo es China*

Ta Chai, 24 de abril. El Presidente Mao Tse-tung, que expulsó a Confucio de escuelas y universidades, lo eliminó del mundo chino y acabó con él como con el peor de sus enemigos, ha vuelto a leer al filósofo de la antigüedad oriental.

Algo que casi nadie sabía, que nadie se atrevería a decir, misterio en los misterios de Mao Tse-tung, fue contado por el primer ministro Chou En-lai, camino a la cúspide de Ta Chai, prodigio de esfuerzo y perseverancia.

El segundo en el gobierno chino, que canta más que habla, y parece frágil y es incansable, y llena de inteligencia su sonrisa, pues de ella se vale para conversar sin tregua, curtido de arrugas y jovial, como si la vida estuviera comenzando, dijo:

"El Presidente Mao está volviendo a leer a Confucio. También está releyendo los libros de los escritores del tiempo de la dinastía Ming".

El polvo del camino era una nube.

"Está repensando muchas cosas. La vida toda. Sus propias obras. A veces escribe mucho. Pero lee, sobre todo lee."

En un yip, encogido sobre una llanta de repuesto, uno entre ocho personas donde apenas cabían cinco, el piso del vehículo cubierto de botellas de refrescos, un cielo maravillosamente azul y el café apretado y duro de las montañas, Chou parecía ingenuamente humano y doblemente legendario.

Sudoroso, el saco abierto, había hecho de un alto funcionario mexicano su interlocutor y a él se dirigía, sujetándolo, como a todos, con la oscura luz de su mirada.

"El Presidente Mao está volviendo a los libros muy viejos. Emplea más de diez horas, todos los días, en leer y hacer anotaciones. Marca muchos volúmenes. El lápiz en la mano, el libro ante los ojos, es un cuadro familiar para quienes lo vemos con frecuencia."

Se hizo un largo silencio.

"He advertido en el estudio del Presidente Mao muchos libros y muchas fichas. Me parece el estudio de un lector muy organizado. Claro, lo he advertido en las fotografías", dijo el hombre a quien las circunstancias habían situado ante Chou En-lai.

Éste respondió con la lejana expresión de quien mira hacia adentro:

"El Presidente Mao es un hombre absolutamente superior".

Hubo un salto en su mente, como del sueño al despertar:

"Fuma mucho. El médico le ha dicho que le hace daño".

Era casi un remedo de conversación. No había hilo conductor de ideas. Frases sueltas, pero un solo sentimiento en quienes decían y en quienes escuchaban.

"¿Habla usted francés?", había preguntado el primer ministro.

"¿Habla usted inglés?", había respondido el funcionario mexicano como a la defensiva.

Chou contó que muy joven había formado el Partido Comunista Chino, en París, y había trabajado mucho con franceses. De ahí su francés impecable, no así el inglés "lleno de inseguridad y defectos" en que ahora se ha expresado.

"Nos decían los provincianos", recordó.

Es curioso. La ironía puede fotografiarse y aún filmarse, pero no puede ser descrita. Chou parecía burlarse de la época de los veintes, con la seguridad de quien comprueba cómo todo y todos han quedado bien atrás.

"Yo sé mucho de su vida", le dijo nuestro funcionario que en ese momento echó un vistazo al vacío y a la senda pequeña, una serpentina en la montaña, por la que avanzaba el yip.

"Si tuviéramos un accidente, los que venimos con usted pasaríamos a la historia."

Chou apartó la mirada del abismo. Momentáneamente desapareció la expresión de su rostro, un modo de hacerse máscara y una manera de contestar sin apelación. En su presencia no puede hablarse de la muerte.

—Y el Presidente Mao, ¿ha salido de China?

—Para el Presidente Mao, el mundo es China. Hay una eternidad: su patria.

—Pero, ¿ha salido de China?

—Dos veces. Cuando la victoria, después de la Larga Marcha, y algunos años más tarde. Las dos veces a Moscú.

Muy estrecho era el cañón por donde ascendían. Casi un embudo que dejaba ver como a través de catalejos las planicies artificiales creadas con ríos de sudor. Bajaron del yip.

"Voy a tratar de alcanzarlo. Pero él es veinte años más joven que yo", dijo Chou, la mirada en el rostro de Echeverría.

"Yo era como él. Tenía su mismo vigor."

Ante un vertedero humilde y portentoso, agua traída con las manos hasta el desierto, un misterio más de este paraje que había sido uniformemente café, parecido al Gobi y al que ya es posible imaginar como una pradera verde esmeralda, todo brillo y destellos, Chou tomó el brazo a nuestro funcionario.

—Usted quiere saber muchas cosas. Se le ve en cara. Sumérjase en la vida todo cuanto pueda, aunque desespere por respirar. La vida vale si el precio por pagar es la muerte.

—Será probablemente la primera y última vez que yo hable con usted.

—Quizá no. Gracias.

UN BALLET FRENÉTICO

Había sido estrujante el recibimiento a Echeverría. Miles y miles de niñas que cantan como ángeles, sonríen como criaturas, danzan como gnomos y se llenan la boca con toda suerte de imperialismos y terrores, de guerra y reivindicación. Las caritas pintadas como para representar en la ópera, los pequeños ojos rasgados vueltos una línea o casi un círculo, según el capricho o la habilidad para pintarse con verdes o azules, grises o amarillos, la sonrisa siempre a punto de carcajada, resultaban tan alegres como las flores de todos los colores que ellas agitaban con el ritmo de un frenético ballet.

Como fondo, un horizonte para la imaginación, los címbalos y tambores de guerra que de algún modo advertían que hay aquí desde bombas hasta cuchillos. Todo era ruido y danza, sonrisas y amenazas, la inocencia y la muerte enredadas como dos trenzas de color distinto. Estaban dados los elementos para llorar y reír, gozar y temer.

El mundo hecho una fantasía más allá de la ensoñación y la pesadilla. Nuevos colores y nuevos ritmos parecían, recién inventados, eternos los golpes sordos, las notas agudas que llamaban a la acción, a la lucha.

Cómo entender y en esos momentos para qué. Importaba dejarse llevar, transportarse, sentir lo que puede ser la vida cuando es pura vitalidad, bañarse en ella como en la tormenta, ver y retener, pasar de una niña vestida de niña a una niña vestida de soldado, apretado el fusil, un fusil que había que tocar para verificar que era de veras. Había que ver cómo las niñas se vuelven flores y cómo las flores parecen niños vivos. Había que ver también a esos seres musculosos todo tensión y fortaleza, el alma entera dejada ir en un golpe sobre la endurecida piel de tambores enormes, gigantescos.

Entre la multitud. Chou avanzaba con parsimonia de monje.

El infinito ante los ojos, la eternidad detrás y adelante de él, todo

por vivir, nada por agotar. Hombre sin prisas, sin muecas, apenas un ademán, la mirada directa, una placidez que lo cobija y aparta, pero no aísla, hombre de 76 años que oscila al caminar como en un principio de danza que repite y repite. Los cabellos grises, nunca un cigarro entre los labios, siempre a punto la sonrisa, da la mano como si la entregara, cambia palabras con cuantos puede, es él y es como todos. Aquí la fuerza es suavidad y amor, palabras y sonrisas, semiquietud en medio de un frenesí que es fiesta y enervamiento.

Por momentos, el misterio se concentra en este ser pequeñito, su fascinación en alguna forma es parte de la leyenda, pero escapa a ella, va más lejos, como la planta enterrada que precede a la huella. Es Chou el hombre que armoniza a la multitud y la hace una. Para él es la primera y la última mirada de los hombres y mujeres de Ta Chai. Él es los eslabones que abren y cierran la cadena, que la hacen círculo.

LOS NIÑOS, LOS JUEGOS

—¿Tú cuántos años tienes? —preguntaba sentado sobre la cama de una de las viviendas, limpia y pobre, dignísima, del pueblo de Ta Chai.

—Yo, 7, ¿y tú?

—Yo tengo 10 veces más que tú.

Reían los dos.

Y luego, preguntaba Chou a otro y a otro, hasta que diez, quince niños alcanzaban su edad y entonces los abrazaba y los acariciaba, con ojos que se habían vuelto como terciopelo.

Un periodista, lápiz en mano, mirada de cazador, inició el diálogo como pudo:

—Usted me tiene sorprendido.

—Es usual lo que aquí pasa. ¿No ve a los niños?

—Pero yo quisiera preguntarle...

—¿Qué le parece si hablamos en chino y jugamos los dos con los niños? No siempre puedo estar con ellos. Me imagino que usted tampoco, por su trabajo.

Chou salió al sol y caminó de prisa para acompañar a Echeverría, a quien con toda intención dejaba solo en largos trechos. Antes de reunírsele ya le expresaba simpatía. Al Presidente lo rodeaban unas cien personas. Había hecho un alto para beber un refresco y morder, como pan, una paleta helada.

El primer ministro llegó y diez manos le tendieron cuanto podía ofrecerse. Aceptó dos paletas que entregó y otras dos que fue ofreciendo más con la actitud que con la palabra. No había manera que algo conservara para sí.

—¿Nos veremos otra vez? —preguntó a Echeverría.

—Volveré como estudioso de los problemas chinos.

—No será posible. Dentro de unos años vendrá como presidente de la Cámara de Diputados, por lo menos.

Entretenido, Echeverría explicó algunos de los límites que marcan la política y las costumbres a los ex-presidentes de México.

—Como usted ve, es imposible.

Chou sonrió:

—Los valores no pueden desperdiciarse. Eso es lo que yo creo que es imposible.

Desde lo alto del lomerío en que se encontraba, hechas la tierra y el agua más por el hombre que por la naturaleza, Chou En-lai y su huésped hablaron del trabajo, la única seguridad del hombre, su único porvenir, su esencia.

[De *Excélsior*, 1975]

□ *La inteligencia frente al sufrimiento*

Desde muy joven nos espantó a todos por su desparpajo, su manera de vivir la vida a lo bestia, su "valemadrismo", sus gritos de "*yo no quiero hacer nada, yo sólo quiero que me dejen en paz*", "*a mí no me interesa ninguna carrera, yo no quiero recibirme. No quiero engrosar las ya apretadas filas de los imbéciles*". Insolente, nos apartábamos de él en las fiestas porque decía cosas terribles, hacía cosas horribles que luego comentábamos con terror: "¿A que no saben lo que hizo Juan García Ponce en la casa de Juan Soriano?... ¡Metió a una niña al baño, allí se encerraron los dos, pero como el baño de Soriano no cierra con llave..." Yo, a Juan García Ponce lo conocía de oídas, oía sus carcajadas estruendosas, lo veía de lejos, siempre corriendo, con su suéter de cuello de tortuga negro o su camisa de cuadritos, sus pantalones de franela gris, o sus sacos de *tweed* inglés, muy bien vestido siempre porque Juan se vistió desde niño como los colegiales de Eton, de gris y azul marino, calcetines jalados hasta la rodilla. Siempre oí decir: "Los García Ponce son ricos, son de la Casta Divina de Yucatán, yucatecos a morir" ... vivían en uno de esos gigantescos palacios en Mérica rodeados de palmeras, manglares, vegetación tropical dentro de la cual se tallaban los jardines que aparecen en las novelas de Juan; jardines o parques umbrosos hechos para el encuentro de la pareja. Sólo empecé a tratar a Juan cuando fuimos co-becarios en el Centro Mexicano de Escritores en 1956. En ese año el viejito Ruiz Cortines, que para entonces era muy, muy viejito, le entregó a Juan García Ponce el premio "Ciudad de México" por su obra de teatro *El canto de los grillos*. Juan entraba a la casita del Centro Mexicano de Escritores corriendo, la sonrisa en los labios, el pelo en los ojos. Algunos sostenían que era muy malo, que muchos vientos cruzados se daban cita encima de su cabeza, que todo lo iba quemando a su paso como Atila. Entraba y me saludaba: "¿Qué dices, taradita?", a Héctor Azar lo eludía y a los demás ni los tomaba en cuenta; jamás les dirigió la palabra. Así es que intercambiaba impresiones con Ramón Xirau, la señora Margaret Shedd y conmigo. Cuando leí un fragmento de una novela dizque sobre las antiguas haciendas de México, repleta de diálogos que decían más o menos así:

"¡Ah! —murmuró don Crispín dejando su cigarro sobre el cenicero de cristal cortado y llevándose a la boca una taza de humeante chocolate recién batidito— ¡Ah!" Juan García aullaba literalmente, interrumpía con un grito que todavía recuerdo: "¡Por Dios Elena, esto parece de Joaquín Pardavé!" En ese mismo año Juan nos leyó los primeros cuentos de *Imagen primera* y de *La noche*. Me parece que ya para entonces se había casado con Meche Oteyza; habían nacido sus dos hijos del mismo nombre, Juan y Meche, y vivían en un departamento del edificio grande y negro del Paseo de la Reforma, frente al Cuitláhuac también grande y negro con su carcaj (¡qué chistosa palabra!) de flechas. Me asombró saber que Juan era un padre amantísimo y tierno, que dedicaba mucho tiempo a sus hijos, y en efecto, una vez al visitarlo tuve que saltar triciclos y patines que Juan dejaba en el corredor porque él era quien bajaba a sus hijos a jugar al Paseo de la Reforma y los cuidaba mientras saltaban a la cuerda.

La carrera de Juan fue como la de un bólido; un libro tras otro, una crítica tras otra, uno y otro juicio sobre pintura. Siempre la hizo entre risas, divirtiéndose, burlándose de sí mismo y de los demás. Se burlaba de los llamados "valores nacionales", de las figuras patrias, gritaba que había que mearse en ellos. Yo me tapaba los oídos porque lo que yo buscaba justamente eran Héroes Nacionales y andaba en pos de Gastón García Cantú para que me hablara de El Zarco o de El Nigromante aunque me aburriera espantosamente. Las carcajadas de Juan eran entonces diabólicas. "Ya ves lo que te pasa por aburrirte. Te vas a tarar cada día más, taradita. Nunca hay que aburrirse, óyelo bien, nunca." Juan fue jefe de redacción de la *Revista de la Universidad* y de la *Revista Mexicana de Literatura* junto con Tomás Segovia.

Juan *todo* lo hacía. Un día el café; al otro, una nota de libros; al tercero un cuento, así en un santiamén, el cuarto un ensayo, y así, un día, porque falló el crítico de arte, Juan hizo la crítica y le gustó y se quedó. En esa época también, todos estábamos asombrados ante la belleza de una mujer que trabajaba en la Librería Francesa —otro lugar de reunión obligatorio—, rubia, quemada por el sol, llena de viento y de agua: Michele Alban, quien además no usaba *brassiere*, cosa que en los cincuentas, en los sesentas resultaba más revolucionario y más libre que todo el feminismo mexicano. Michele caminaba por el Paseo de la Reforma rumbo a la Librería Francesa y todos los automóviles se montaban los unos sobre los otros. Juan empezó entonces su carrera regular como crítico de arte en diversas publicaciones y escribió libros de ensayos; dio clases, conferencias y *simposia* en que las asistentes se le enamoraron desesperadamente. Octavio Paz empezó a escribirle desde París a

Juan y nos presumía: "Aquí traigo una carta de Octavio" y señalaba la bolsa de su saco como si llevara las Tablas de Moisés. En la carrera de Rosario Castellanos, Juan García Ponce resultó definitivo porque no vaciló en decirle que no publicara una novela citadina sobre los principios de vida en común de una pareja que a Juan no le gustó, sobre todo después de sus dos buenas novelas sobre las costumbres indígenas de Chiapas: *Balum Canán* y *Oficio de tinieblas.*

Juan García Ponce siempre fue sorpresivo. Se inició en la literatura acostado en un camión carguero que transportaba pacas de borra justamente de la fábrica de Elías Sourasky a la de su padre. Juan descargaba y cargaba las pacas de borra en compañía del machetero y luego se tiraba a leer encima de ellas, acostado, a Thomas Mann, a Herman Groch, a Robert Musil de quien es el descubridor o por lo menos el revalorizador en México como lo es también de Pierre Klossowski. Todos lo vimos hacer las cosas más imprevisibles, decidir un viaje en diez minutos, romper una relación en cuatro, pero nunca sospechamos su capacidad para el sufrimiento, y sobre todo, y lo que nos enaltece a todos, su inteligencia frente al sufrimiento; esa enorme y deslumbradora y descomunal inteligencia con la que ha sobrellevado su enfermedad. Hace doce años Juan supo que tenía esclerosis múltiple o en placas. Se trata de una enfermedad progresiva: la desmielinización de todos los nervios. Nuestros nervios están cubiertos de un hulito (al igual que los alambres de la luz) que se llama mielina. Al no tenerla, hacen corto y ya no pasa la energía. Sobreviene la parálisis. Le dijeron a Juan: "Poco a poco se irá paralizando". Juan hizo todo lo que pudo en contra de su padecimiento. Fue a España en busca de atención especial, a Estados Unidos, se sometió a varias operaciones, en México Ramón Álvarez Bullya, otro premio Elías Sourasky, aconsejó hormonas de chango (lo cual hace sonreír a Juan al mismo tiempo que advierte: "no sirvió para nada, verdaderamente"), durante meses tomó cortisona que lo hinchaba, en fin, Juan García Ponce llegó a la conclusión que la suya es una de las enfermedades contra la cual la medicina no sabe qué hacer. Es fácil diagnosticarla, es fácil enterarse de que el cuerpo deja de asimilar vitamina B y por eso los nervios se atrofian, pero hasta ahora nada ha sido eficaz en contra de ella, salvo la salud mental de Juan. Su lucha fue tan magistral que hizo cambiar la actitud de todos frente a su enfermedad. Como nunca se quejó, como nunca la mencionó, la parálisis progresiva de Juan empezó a verse bajo una luz distinta; la misma luz con la que la veía él, la de la valentía, pero no la que se pregona sino de otra más inteligente aún, y es ahí cuando uno piensa que la inteligencia llevada a esos extremos puede ser una forma suprema de la valentía. Le pregunté a Juan García Ponce

si desde el principio había aceptado su terrible enfermedad y me respondió textualmente: "No se trata de aceptarla o no, la enfermedad se te impone. O sea, yo no me rebelé contra ella porque no había contra qué rebelarse. La enfermedad es un fantasma sin nada, es una pura porquería y tampoco vas a dejar que te gane una porquería". Le pregunté entonces cómo un ser tan dinámico podía aceptar la silla de ruedas y dijo: "Porque uno tiene que tomar las cosas como vienen. Después de todo estar en la silla de ruedas no es una inactividad. Acuérdate de lo que dice Lope de Vega: 'Para andar conmigo me bastan mis pensamientos' ".

Los pensamientos de Juan han sido continuos, fuertes, pensamientos de vida, no de muerte. Hace once años, en 1967, desde el primer momento, cuando el neurólogo Mario Fuentes le dijo en su cara que le quedaban seis meses de vida, un año cuando mucho. "Lo que hice entonces —dice Juan— fue dar una vuelta en mi coche y meditar. Me estacioné en una calle y pensé: '¿Qué hago? ¿Me suicido?...' Como lo sabes mi defecto es la curiosidad e inmediatamente pensé: 'Me suicido y ¿qué tal si pasa algo en este año? ¿Qué tal si pasa algo maravilloso?' Decidí quedarme y arranqué mi coche diciéndome: 'Vamos a ver qué pasa en este año'."

A otra de mis preguntas sobre la invalidez, sobre si se siente inválido; Juan protesta: "Me niego a serlo. No es que me sienta o no inválido, es que no lo soy. Un inválido es alguien que no puede hacer lo que le importa y yo sí puedo hacer lo que quiero: escribir. Le dicto a Michele directamente a la máquina todas las mañanas —ahorita iba a hacerlo cuando me interrumpiste como una loca— sentado junto a ella viendo y leyendo lo que escribe. Es muy importante para mí contar con ella porque yo no podría dictarle sino a quien es casi como yo mismo. Escribo dos, tres páginas, algunos días llego hasta las cuatro hojas, cinco jamás, releo y después hago mis ejercicios, me baño durante horas. La vida diaria me parece absolutamente fascinante. Me despierto cada mañana y es una sorpresa maravillosa a pesar de que como tú sabes tengo un horario muy estricto... Michele me ayuda siempre y todas las noches, maravillosamente, se cambia de vestido para que yo no sepa cómo va a llegar aunque vive conmigo, como es lógico"... Yo insisto: "¿Y la rebelión, Juan, la rebelión?" "Pues rebelión yo sí sentí, sentí rebelión, ira, pero me di cuenta que no tenía sentido sentirlos sino ponerme a hacer lo que quería hacer realmente..." Y a otra pregunta acerca de la dependencia de los demás, lo cual suele humillar y hacerse sentir inválido, Juan exclama: "Eso sí es muy incómodo, eso sí, pero a todo se acostumbra uno, y por eso estoy seguro, Elena, de que no hay infierno porque al cabo de un tiempo ya no deben importarle a uno ni las penas, ni las llamas, ni los diablos".

En 1968, los policías se llevaron a Juan García Ponce a la delegación porque al ir a poner un desplegado de protesta en el periódico *Excélsior* lo confundieron con Marcelino Perelló, quien también andaba en silla de ruedas. Entonces Juan se debatió como león; le pidieron disculpas. De esto han pasado diez años. Entonces Juan sólo llevaba dos meses de no caminar, dos meses iniciados en este largo trayecto en el cual le prometieron seis meses, cuando más un año, y que Juan ha llevado heroicamente a los once años: once años que nos ha entregado, once años que nos honran, once ejemplares años de lucha que Juan minimiza ironizando cuando le pregunto a qué atribuye que sus amigos lo busquen tanto, se apoya con esta respuesta totalmente "garciaponciana": "Me buscan tanto por mi curiosidad como porque ellos mismos me interesan, porque yo me intereso en las cosas, porque soy divertido, porque en mi casa se come muy bien y se bebe muy bien, porque sé beber como un loco, y porque —como ya te lo dije antes, nomás que tú no pones atención en las cosas y se te olvidan—, mis amigos son en verdad muy buenas gentes".

[De *Comunidad Conacyt*, 1978]

□ *¿Le muevo la panza?*

¿Le mueva la panza? ¡Ande, cómpreme el último cachito para que se vaya a Europa, aunque no me lleve! ¿Grasa joven, chicles dulces, chocolates, cacahuates? ¿Le sirvo otro? ¿Quiere que se lo lleve a su coche? ¿Cuál le tocamos? ¿Le saco los golpes? ¿Cuál quiere, el rojo o el amarillo? A 1.50 la bolsita. Regálele su "topoyiyo" al niño, mire cómo le está gustando, ése para la señorita, de limón o de tamarindo. No, si ésas se pelan con los dientes, con chile o con sal. Si "ora" todo viene en su bolsita de plástico, está bien dulce ese camote. Mire nomás qué sucio lo trae, en un segundo se lo limpio, ahora sí, arránquese, ya ve que yo siempre acabo con la luz verde. Tapetes para su coche, si quiere mañana le traigo el retrovisor, ¿bien fría o al tiempo? Estas agujetas ya no le van a aguantar nada, los seguritos yo los importo de la frontera. Están bien fresquitas, las corté desde en la mañana, a las cinco de la mañana para que me alcance el día, se los doy a mi mamá, vengan mis veinte, los traigo de Toluca, legítimo de Chiconcuac. ¿Sí, no? ¿No, sí? Pura pulpa de tamarindo, es dulce casero. ¿Sí, no? ¿No, sí? Ándile, para persignarme con usted, ándile, ¿qué no ve que no he vendido nada? Al llegar a mi casa me pongo a acarrear agua, mi mamá no puede porque está mala de la espina, es de cuentitas de colorín, no, no se hacen feas, al contrario, se ponen más bonitas. Antes mi tío

tenía sus perritos bailarines y yo le ayudaba, les enseñamos a bailar en el comal, así de a uno por uno, y bien que saltaban, brinque que te brinque sus patitas, sí sirve, mire, no se le descompone, mire qué fuerte le hago yo, sóplele, es importado, palabra de honor, a mí se me dio tupidito, tupidito, de los Esteits, por eso sirve, de los meros Esteits. Quiébrese, quebrándose, quebrándose, pos no le dije que quebrándose? Cilindreros ya no hay, cilindros es que nadie quiere cargarlos, en La Merced, allá me surto, los vende un compadre de allá de mi pueblo que se vino nomás por la pura necesidá, mi papá ya no me pega porque como ya agarró la borrachera, combustible pa'l boíler, nomás se pone unas cuántas gotitas aquí detrás en el pescuezo, yo se lo pongo, mire, va a ver qué bien le queda. Él me las deja más baratas, por eso yo puedo darle buen precio, ¿sí, no? ¿no, sí?

Así, a puro pregunte y pregunte se les va la infancia. Van por las calles, sus ojos hechos una atroz interrogación. A veces suplican, a veces también se vuelven mendigos. A veces, la recochina vida los apachurra en la esquina. En los meses de febrero y marzo se convierten en papalotes de larga cola que rayan el cielo: todavía están unidos a la tierra por un mecate casi invisible. Entonces, uno dice levantando la vista: "Mira, allá va el alma de un niño mexicano: es de papel de china y de varios colores, es livianita, vuela bien, nunca arraigó en la tierra. Se la llevó la primera tolvanera, el primer remolino del año."

Cruz, cruz
que se vaya el diablo
y venga el Niño Jesús.

EL NIÑO JESÚS NUNCA VIENE

El Niño Jesús nunca viene. Tampoco lo hacen los Santos Reyes. A veces, las esposas de gobernadores, de funcionarios públicos, del jefe de la policía, reparten alacenas o juguetes y sonríen muy aerosolizadas de "spray", muy peinadas de salón, su penacho de vanidad y estupidez parado a lo Orozco en la cabeza, reteniendo a su costado su bolsa de mano bien cerrada, no se las vayan a volar los miserables. Y así aparecen en la fotografía. Cuando empezaba yo en el periodismo, las fufurufas, las divinas garzas envueltas en huevo, las guacamayas se me aparecían en todas las páginas de "Sociales" y les pintaba un globito surgiendo de su boca en el cual escribía algo así como "diario meriendo mis polvorones" y cuando me parecían menos intolerables: "Yo como Mazapanes Toledo" hasta que el jefe de Sociales un día se enojó: "¿En qué pierdes tu tiempo,

muchachita?" Manuel Becerra Acosta Senior me suspendió de *Excélsior* por escribir un sainete: "La caridad canastera" en que los niños pobres mataban a sillazos —con las sillas que un momento antes les habían obsequiado— a las damas vicentinas, o a las de la beneficencia, las Cadetes de Cristo, la Gota de Leche. El Mexicanito y el Cuit Poulet. Todavía hoy, pinto globitos que emanan redondos de los labios de las primeras damas en turno y concuerdo con el juicio de Petra quien comenta: "¿Verdad que eso lo hacen para salir en los periódicos?" Y con razón. Eso lo vemos en los diarios porque ES para los diarios, no para los niños. Los niños en México no reciben amor. Un poco de amor sería ya una cosa enorme. Pero no reciben ni un poco. De vez en cuando algún presidente los alza en vilo porque dijeron bien, con su vocecita aguda y ante un micrófono, una poesía a Juárez. Pero les va igual que a los ancianos. También el presidente, cada cuando y como, acerca su rostro al de alguna viejecita, la abraza y la devuelve a su miseria y a su soledad. "Reina por un día." Después nada. Los niños vuelven a la calle, blanden sus periódicos en las esquinas: "¡Mentira!" en grandes letras negras, ofrecen sus chicles de ventanilla en ventanilla, se lanzan como saetas, como avioncitos de papel sobre el parabrisas: "¿Se lo limpio, patroncito?" y guardan en su bolsa atascada por todos los accidentes del camino, el tostón, el peso del conductor. En la noche, en su tugurio, a veces tardan en dormirse; permanecen con los ojos bien abiertos en la oscuridad tirados sobre algún costal. Extrañan el bello rumor que hacen los hombres. Un papelerito me dijo en alguna ocasión: "Yo ya me acostumbré al ruido del centro, y ése es el que me gusta".

YO TENGO ILUSIÓN DE SER ALGUIEN EN LA VIDA PERO NO SÉ QUÉ ME PASA QUE NO PUEDO HACER LAS COSAS BIEN

Ubaldina Ortiz Martínez de Chilixtlahuaca, Oaxaca, sólo pide "las tres comidas". A los nueve años, ya cuidaba niños, lavaba ropa: sábanas, colchas, fundas, "todo lo que fuera de lavar", trastes, pisos, ventanas y paredes de mosaico, y les daba de comer a los niños en la boca. Trabajó con un maestro de escuela y con su mujer también maestra y a cambio, le permitieron asistir a la escuela. A cambio de ese privilegio, a la hora del recreo tenía que encerrarse a lavar los trastes del desayuno. "Desde la ventana de la cocina, yo veía a los niños de mi salón jugar, e incluso me gritaban: '¡Ubaldina!', y yo tenía unas ganas de salir a jugar pero la maestra me ordenaba: 'A tu quehacer' y ni modo de desobedecer. A las dos de la tarde, salíamos de la escuela y mis amigas se ponían a jugar y yo iba a

barrer la casa y los salones, y al terminar de comer lavaba de nuevo los trastes y terminando de lavar los trastes, me ponía a lavar la ropa; y terminando de lavar la ropa tenía que poner a cocer el maíz para poder hacer las tortillas para el otro día. Esos maestros fueron como mis padres, aunque tengo mis padres, porque mi madre tuvo hijos de tres hombres, y aunque me vio de niña, ya de grandecita, yo ya no quise estar en la casa porque éramos muchos, ocho medios hermanos y yo no quería a ninguno porque a mis medios hermanos los iba a ver el señor de mi mamá o sea su papá, y el mío, el que me dijo mi mamá que era mi papá, nunca fue. Por eso yo me hice corta, de mal genio, porque nadie, nadie me ha querido, eso es lo que yo creo, y yo sí quería a mi mamá, yo la obedecía, yo sentía bonito verla, aunque nunca me abrazó más que de chiquita cuando tenía que cargarme. Como éramos ocho no alcanzaba la comida, comíamos pura tortilla, y yo tenía rete harta hambre y cuando los maestros fueron a decirle a mi mamá que si me dejaba trabajar, a mí me dio gusto. Mi papá era el que más tenía en el pueblo —tenía y tiene todavía—, pero nunca me compró unos zapatos siquiera. Y es el más rico del pueblo; tiene molinos, refrigerador, estufa, tienda, animales, terrenos y una casa bien grande, la más grande del pueblo. Y a veces andaba él paseando frente de mí y veía que yo me iba cargando una batea de ropa al río y no me hablaba y yo tampoco le hablaba y yo no conozco el cariño de los padres, no lo conozco porque mi madre me entregó muy pronto con esos maestros para que yo pudiera hacer las tres comidas."

Ubaldina vive hoy por hoy en la ciudad de México, en el Pedregal de Santo Domingo, pero por más mal que le vaya en la ciudad no piensa volver a su tierra. "Ahora, yo no regreso al pueblo porque todo lo que se hace con la tierra para que se dé el maíz, yo no lo sé hacer; no puedo tejer sombrero, no sé moler en el metate; sólo puedo hacer tortillas pero cuando está hecha la masa, si no no, por eso que me manden a lavar platos, a acarrear agua, a lavar ropa, eso sí, todo eso puedo, pero menos lo del campo."

De niña, Ubaldina fue de ilusión en ilusión: "Fíjese, ya tenía yo doce años y todavía creía en los Santos Reyes porque me decían los maestros: 'A ver, si ahora sí te traen algo a ti, Uba, los Santos Reyes' y yo me acosté con la tentación pues, de que iban a venir los Santos Reyes. Tenía una curiosidad por verlos, ¡ah! pero antes del 6 nos dijeron que hiciéramos una carta en la que pusiéramos lo que cada quien quería que le trajera, y así, pensando si de veras se presentarían me dormí y cuando amaneció me dijo la maestra: 'Uba, esta pelota te la trajeron los Santos Reyes' y tenía un gusto con esa pelota y como era la primera vez que los Santos Reyes me traían algo, me creí como una niña de cuatro o cinco años: 'Al otro año, voy a pedir una muñeca', la pelota era mi primer juguete,

pero un día le pregunté a la maestra Lupe si de veras existían los Santos Reyes y me respondió: 'Pero ¿tú no sabes quiénes son los Santos Reyes?' 'NO'. 'Pues somos nosotros.' 'Entonces, ¿ustedes me trajeron la pelota?' y me respondió: 'Sí'. Me dio tristeza, pero a esos maestros los recuerdo más que a mis padres. Cuando uno está chico no se da uno cuenta pero de grande me pongo a pensar que por qué no tenemos a nuestros padres para poder vivir con ellos, platicar, ir juntos a alguna parte. Los sábados y los domingos, los maestros se iban al cine o al parque o a alguna excursión y me decían: 'Mañana, te levantas temprano para preparar lo que vamos a llevar'. Y si se iban al parque o al cine, también me tenía que levantar para lavar la ropa más importante. Cuando se trataba de lavar, me paraba a las cinco de la mañana y cuando se trataba de ayudarles a preparar las cosas a las seis, pero no descansaba nada porque a donde me acostaba era en el suelo y estaba duro, duro y cuando me levantaba en la mañana me dolía todo el cuerpo, porque el suelo estaba muy duro, y cuando hacía frío, sentía todo el frío por dentro, mucho frío y mucha soledad. (Por lo visto ni los maestros-patrones ni mucho menos Ubaldina conocían el Artículo 333 de la Ley Federal del Trabajo que dice: "Los trabajadores domésticos deberán disfrutar de reposo suficiente para tomar sus alimentos y de descanso durante la noche".)

"Al mes, me daban 50 pesos y me decían que no debía andar con vestidos retazados, un pedazo de un color y el otro de otro, con los guaraches rotos, y con mi sueldo me compraron un vestido y unos zapatos, claro, zapatos de los buenos no, pero tampoco eran chanclas." Ubaldina finaliza: "Yo tengo ilusión de ser alguien en la vida pero no sé qué me pasa que no puedo hacer las cosas bien; en la escuela de comercio me duermo porque como vivo con mi hermana y mi cuñado le pega mucho, yo me pongo muy nerviosa y me gana el sueño en la escuela, todo el que no dormí en la casa, por estar pendiente de los pleitos. No quiero vivir igual que mis padres, quiero ser diferente a mi familia, pero no sé cómo podré realizarlo".

TEODORA CRUZ, SE INICIÓ DE CRIADITA A LOS NUEVE

Teodora Cruz, otra muchacha menor de catorce años, también se inició de criada a los nueve, pero con menos suerte (dentro de la mala suerte, naturalmente) que Ubaldina, ya que a ella, su patrona la maltrataba: "Me ordenó que pusiera el café: 'Pon el café' y al mismo tiempo, me mandó vestir a la niña y ya que la vestí me gritó: '...Pero te estoy diciendo que pongas el café, o ¿no oyes, o estás sorda o qué tienes? ¿Eres o te haces?' y ¡zas! me dio un golpe en la cabeza". Esta misma Teodora Cruz, dejó de ir a la es-

cuela —aunque tiene muy bonita letra de molde— porque vio al profesor azotar contra el pizarrón a un niño que no supo hacer una suma y le sacó sangre de la cabeza. Otra niña, Magdalena Santoyo dice que la maestra les aventaba el borrador a la cara. "Nos agarraba a borradorazos." Otra, Asunción Pérez, "Chonita" cuenta que el maestro tenía una vara y si llegaban tarde, gritaba: "Nada de que se me hizo tarde!" y zas, zas, zas, los varillazos caían con fuerza. Estas tres muchachas que aún no cumplen los catorce años son ahora criaditas en México. Relatan una larga serie de infamias, como si fuera lo más natural del mundo. Les gusta más la ciudad de México que trabajar en su pueblo porque aquí no tienen que acarrear agua, ir por leña, regresarse a oscuras, traer masa del molino de nixtamal, echar tortillas en el comal. Les parece normal y aceptable que su único destino sea trapear, lavar trastes, sacudir y barrer. El sólo hecho de que no las maltraten ya es ganancia. Ninguna de las tres quiere volver a la escuela "¿Para qué? Si de todos modos vamos a seguir comiendo frijoles" o "No nos vayan a pegar los maestros". Nada esperan salvo el paso de los días. Sólo un niño, *cerillo* de la Conasupo me dijo que quería llegar a ser licenciado. pero sobre todo, que deseaba mantenerse soltero para tener un cuarto grande. "sólo para mí".

LOS "CERILLOS" SON UNOS PRIVILEGIADOS

Los *cerillos* de las grandes tiendas de autoconsumo son unos privilegiados al lado de los niños que tienen que buscarse la vida por las calles de México. a ver qué les cae, a ver cómo los trata la buena vida que siempre los trata mal, aunque ellos no parecen ni darse cuenta de ello. Me dediqué a entrevistar a algunos niños en estos días de Semana Santa y me azoró su absoluta sumisión. su incapacidad total para la rebeldía. De niña, cuando algo me parecía anormal, berreaba yo: "Es injusto" "No es justo" y todavía hoy, la frase, "es injusto" aparece innumerables veces en mi conversación, y supongo que esto es lo que me salva. Estos niños tienen pocas esperanzas, pocos deseos, no se dan el lujo de soñar, no sienten envidia por la suerte de los demás, al menos, así lo expresan. A un niño que sabía leer y escribir, de trece años de edad; Telésforo Martínez, después de dos o tres pláticas haciéndome la muy psicóloga, le di una hoja y un lápiz y le dije: "Ahora apúntame aquí en una lista, qué es lo que más te gusta" y después de un rato me la devolvió en blanco. "No sé." Entonces insistí: "Apúntame pues, lo que más te disgusta" y negó con la cabeza: "Nunca había pensado en eso, no se me ocurre nada". Se había abolido a sí mismo a tal grado que me recordó a aquel campesino que Guillermo trajo de Pue-

bla a México y a quien le preguntó nomás por pasar el rato: "Y usted, ¿qué sueña?" a lo cual el otro respondió: "Sabe usted señor, nosotros no podemos darnos el lujo de soñar".

Uno de los privilegiados, David Salomón Cruz García, por ejemplo, quien trabaja en la CONASUPO de "echar cosas en las bolsas", le da el dinero a su mamá. Saca cien pesos diarios —más o menos— y como son cinco hermanos, David Salomón no se puede quedar *con nada*; todo se lo entrega a su *mamá* y todo, absolutamente todo se va en la comida. Sin embargo, la madre, para recompensarlo, le da cinco pesos los domingos...

LA ESCUELA NO ME GUSTA PORQUE ALLÍ NO SE SACA DINERO

—"¿Y tú?" (sigo con mi encuesta, sobre todo ahora que se ha hecho una bolita de infantes que miran inquisitivos; siguen con interés el girar de la cinta de la grabadora, se dan de codazos y cada vez que interrogo a uno o que alguien responde repiten lo mismo: "Órale, no seas mamón" y el aludido responde: "No me digas mamón que te rompo la madre". En la grabación, escucho como en sordina: "Chiras pelasss", "un chingo", "güeno", "Posss no seas güey", "Yaaaaa te fregaron mano", "Güey, éjele", "Voy, voy, carnal", "Yaaaaa", "Pos ahi se va", "Simón, simón" todo este cantinflismo del cual sonreímos por no llorar como dice la canción. "Yo me llamo Joaquín Ortiz Carpio, ando en la boleada y mi hermano José también, pero como él está más grande se va a tocar a las casas ricas de Copilco y de la Romero de Terreros a ver si no tienen su carro sucio para que se los lave; también lleva el cajón de bolear para que la criada le saque a la puerta los zapatos del señor. Son un chingo, uno para cada día de la semana. Cuando Pepe mi hermano mayor se va, yo me quedo en la casa, porque mi mamá dice que todavía estoy muy chiquito y que sólo puedo trabajar dentro de la colonia y aquí en el Pedregal de Santo Domingo, sólo saco treinta pesos y sólo trabajo hasta la una de la tarde, hora en que me voy a la escuela. La escuela no me gusta porque allí no se saca dinero. Muchas veces, mi mamá no me deja salir a trabajar porque me manda cuidar a mi hermanita, cuidar los frijoles que no se vayan a quemar. (Mientras habla, el niño Joaquín frunce el ceño, preso de una preocupación demasiado honda para un niño de nueve años. Seguramente, nunca perderá su expresión de joven-viejo, de niño-que-ha-vivido, de niño sobre cuyos hombros pesa un fardo que no debería ser suyo, de niño que ya no puede volar porque le quebraron las alas, se las quebró la recochina miseria.) Una vez se me quemaron los frijoles y ese día no comimos y mi mamá me pegó. Cuando ella se va tem-

prano a la lavada, yo hago todo su quehacer, barrer, acarrear agua y echarla en el piso para que no se levante tanto el polvo, lavar los trastes del desayuno, tender camas y barrer la calle, y ya cuando viene, ella nos da de comer; a veces trae comida hecha que le regalan en las casas, o si no, nos da los frijoles que dejó calentando. Pero nosotros no somos pobres; tenemos dos casas porque mi papá nos dejó dos casas propias. Los sábados y los domingos también trabajo, pero me vengo a San Ángel o a la Ciudad Universitaria más temprano, porque si no, no saco nada de dinero. Allí me pongo a bolear los zapatos de los que llegan al juego. Si llego temprano saco como setenta pesos, porque la boleada la cobro a cinco y a veces también me dan un tostón de propina, un peso."

SEA LO QUE SEA, A NOSOTROS POR POBRES, SIEMPRE NOS VEN COMO DELINCUENTES

Pedro Rigueroa Ramírez se largó a Acapulco, harto de las palizas de su padrino que lo tenía de arrimado. Y eso que no era pobre el padrino, al contrario vendía naranja en La Merced. Pero a Pedro nunca lo quiso. Y tampoco lo quisieron las "autoridades", los mandamases del mercado, porque "sea lo que sea, pase lo que pase, a nosotros por pobres, siempre nos ven como delincuentes" y cualquier cosa que sucediera, la primera señora que gritara: "¡Mi bolsa, auxilio!", zás, el vigilante: "A ver, tú chamaco..." Por eso, Pedro le sacó cien pesos al padrino y se vino de aventón, con tanta suerte que un camión materialista lo trajo derechito a Acapulco y sin preguntarle nada. ¡A él qué le importaba si Pedro iba o venía! Escogió Acapulco porque allí había otros Ramírez, sus parientes, y porque desde niño vio el mar, y después, siempre, siempre lo extrañó. Lo recordaba de noche, el ruido que hace y lo veía centellear de día, a veces, con sólo entrecerrar los ojos tras el vidrio del camión. Primero, Agustina Ramírez, que era medio tía, le dio una canasta con dulces para venderlos en la playa. Pero es rete duro eso de cargar bajo el sol. El calor baja del cielo —también sube de la arena— en oleadas casi visibles. Y Pedro dejó la pinche canasta en el corredor. "Si no te la llevas, vas a ver de qué te mantienes porque yo no te voy a dar un centavo." Pedro no se preocupó. Un nuevo trabajo padrísimo estaba de moda en la playa, un trabajo pero ¡a toda madre!

ACAPULCO, MINA DE ORO DURANTE LA SEMANA SANTA

—¿Le muevo la panza?

—What does he want?
—He wants to do some kind of belly dance.
—¿Le muevo la panza, míster?

En Acapulco, todo se conjuga para que les vaya bien a los vendedores; las chéveres bien frías (y carísimas) los coco-fizz con hielos (y carísimos) las palmeras borrachas de sol, las olas azules con su encajito blanco, la harina que es arena. Un rebaño de vendedores deambula de playa en playa con sus collares de conchas, la crema de concha nácar que quita las cicatrices, sus güiros y sus maracas (el güiro es posiblemente el instrumento más sensual que ha dado la tierra), sus tamborcitos africanos, sus vestidos "de playa" colgados del brazo, bikinis de lunares, faldas amponas que levanta el viento de la tarde, sus canastos de dulce de coco, de pulpa de tamarindo que asientan en la arena ante cada posible comprador, el aceite en la botella de salsa búfalo con unas gotas de yodo para quemarse más negro, el jabón jaspeado de rosa también de coco (allá todo es de coco, hasta las cabezas huecas de los vacacionistas que se bambolean como cocos, separadas de sus cuerpos tatemados y enrojecidos; sólo se las atornillan de nuevo al subirse al autobús, al avión, al coche, de regreso a la ciudad, pero a veces las dejan arrumbadas peludas y cafés, en algún rincón de la playa y entonces bajan de los cerros yermos y secos, los campesinos y las parten de un machetazo y se ríen al verlas tan vacías. "¡Miren nomás las cabezas citadinas, puro aire, ni sangre tienen, miren nomás qué porquería de cabezas!"). En el mar, la vida es más sabrosa y en la playa los niños venden su panza la mueven pa'cá y pa'llá, mejor que en Estambul, mejor que las expertas en la danza de los siete velos, aunque en sus ombligos no haya ni leche ni miel, pa'cá y pa'llá así como vienen las olas, así como ondea la brisa, como se balancean las palmeras escobeteando el cielo azul, pa'cá, pa'llá, al borde de la miseria hasta que les tienden la moneda o el billete que guardan en el pantalón o entre sus dos tetitas tibias que apenas despuntan y entre tanto aletean ávidos, billetes sí, porque son billetes, a Acá va la billetiza, incluso a las playas de la naquiza, a Caleta, a Hornos, a Caletilla, a Puerto Marqués caen los de a diez, los de a veinte, cuando no de a cincuenta. "Yo cuando viajo no cuento el dinero" dice un burócrata borracho, su peine negro "Pirámide" encajado en la cintura del traje de baño bien fajado, verde brillante como el esmeralda del mar.

LOS TRAGAFUEGOS, LOS DRAGONES, LOS LANZALLAMAS

Eso en Acapulco, pero en el Distrito Federal, muchos niños, la calor sólo la tienen en la boca cuando avientan el chorro de petró-

leo después de un buche, hacia una pequeña estopa o tea, que a su vez ha de incendiar el cielo en llamaradas. Desde hace cuatro años proliferan en el Distrito Federal los "tragafuego" o los "dragones" que lanzan llamas con la boca para atraer la atención de los automovilistas. Dicen que ahora son treinta mil, entre los nueve y los cuarenta y cinco años, porque "El Greñas", el del Aeropuerto, el que recibe a los viajes, el que se pinta la cara ("me conviene, así no me quemo tanto, la grasa blanca me protege, la colorada también") tiene más de veinte años y según los niños Javier y Guillermo Sánchez, cuando se pasa de los veinte es que ya se anda por los cuarenta y cinco.

Los tragafuegos se encuentran en la Avenida Churubusco, en la Insurgentes, en el Paseo de la Reforma, en la Zona Rosa y en el primer cuadro, alias el centro. Desde que han cobrado auge tienen que andarse cuidando de la tecolotiza que les cae, sobre todo en los cruceros y los obligan a entregarles una feria. Lo mismo sucede frente a los cines: "Órale güeyes, venga mi azul, vengan mis veintes", y por veinte, treinta, cincuenta varos les aseguran que no se los van a llevar. Llevarlos ¿por qué? ¿De qué los pueden acusar? De lo que se les venga en gana —de asaltantes, de carteristas, de motos, hasta de guerrilleros. De hecho, el ingerir petróleo adormece la sensibilidad y son muchos los tragafuegos que no sienten la quemadura del petróleo cuando éste escurre sobre su mentón, aunque son muchos también los que se embarran grasa en torno a la boca y son más aún los que se protegen con un trapito la barba sobre la cual dentro de algunos años crecerá el pelo, o a lo mejor no les crece nada, campo minado, arrasado, y les dirán a sus cuates como si na' "A mí la gasolina me flameó la cara". Y la garganta qué. ¿No estará estrangulada por la quemazón? ¿Tendrán garganta todavía? Garganta para un día gritar que la vida los agarró por el cogote y los fue asfixiando hasta decapitarlos. Porque son muchos también los que antes de su actuación aspiran cemento para poder aguantar y soplar fuerte para que la lumbrada se vea más a toda madre: "Con el cemento se facilita el trabajo". Con el cemento se ahueca el seso, se le olvida a uno hasta el nombre propio, y el abrazo es infinito. Ser una brasa, eso sí, una zarza ardiente, un fuego que arde toda la noche entre los coches; escupir llamas, a poco ese trabajo no es más llamativo, más a todísima que la venta lánguida y aburridona de los kleenex, de los chicles, los cigarros, los globos, las flores. El público responde, el litro de gasolina cuesta tres varos, la estopa es aún más barata, se saca de veinte a treinta pesos diarios por vomitar lumbre y más los sábados porque algunos conductores andan a medios chiles y les da por ser manirrotos: entonces sí, aflojan la luz.

TODOS TRABAJAN POR LA LUZ

La Luz —todos trabajan por ella— por conseguir una poquita, por regresar a la casa aunque sea con una feria. El artículo 123 vigente de la Constitución prohíbe el trabajo de menores de catorce años, pero si esta prohibición se llevara a cabo, flaco favor les haríamos a los niños y a sus malhadados padres, si es que los tienen. El Artículo 123, bajo el Apartado A, establece los siguientes principios en la fracción II: "A la mujer y a los menores se les prohíbe dedicarse a determinadas labores peligrosas para su salud. La ley estima que el niño menor de catorce años no debe efectuar trabajos remunerados, ya que en esa etapa de su desarrollo físico y mental, la sociedad ESTÁ OBLIGADA a proteger su crecimiento y educación. Trato especial se otorga a la mujer antes y después del parto, en bien suyo y de su hijo". De sus obligaciones la sociedad no se acuerda, y el Apartado A, del Artículo 123 le sirve al Gobierno de papel del excusado porque los niños siguen en sus esquinas luchando a brazo partido. Casi todos los chavitos abandonan la escuela en tercero de primaria y una de las principales razones es que sus padres los sacan: "Ya estuvo bueno de jalársela, ya no vas a estar de güevón y de mantenido, ahora ponte a ayudar". Tienen entonces nueve, diez, once, doce, trece años y empiezan a trabajar de chicleros, de limpiaparabrisas, de boleros. Todos los tragafuegos con quienes hablé eran analfabetas y a ninguno le oí jamás un: "Quiero ir a la escuela". Lo que más anhelaban era irse a los Estados Unidos porque allá está la luz. Muchos de los tragafuegos vivían en pandilla: dormían juntos, compartían cemento y tíner, y, pegados los unos a los otros se piraban. Para ellos, los otros batos que no conocían los viajes ni la pandilla eran unos mamones; no le habían dado el golpe a la ciudad, bola de güeyes, nunca agarraron la onda, curiosamente se conservaron "más campesinos" durante un buen tiempo hasta que la ciudad se encargó de quitarles también a ellos su asombro y su torpeza.

"¿VERDAD QUE ES MEJOR SER GRINGO QUE MEXICANO?"

Cada diálogo entablado, grabadora en mano, me pareció terriblemente inútil. Ningún niño me dijo jamás: "Déme un peso". Ninguno me pidió nada a cambio de sus palabras. Respondieron mirándome a los ojos, con ojos duros y envejecidos por el traqueteo pero sin rencor alguno. (Alguna vez en cambio por Iztapalapa, intenté acercarme a un campo de basura donde los pepenadores habían levantado sus casas y cuando vieron mi grabadora y la cámara de Héctor García, quien ya de por sí es un hombre alto, nos recibieron a pe-

dradas y una verdadera jauría de perros salió de entre los escombros prestos a defender su tesoro.) Uno de los niños me pidió el micrófono y se puso a remedar a algún cantante de los que salen en la tele, hizo gestos y muecas simpáticas y los demás empezaron a reír. Me cantó "Sandy" de John Travolta en el más curioso spanglish que pueda imaginarse. La bolita de niños era amistosa, áspera resultó esta grabadora que a ellos les fascinaba. Uno, me dijo sin esperar respuesta: "¿Verdad que es mejor ser gringo que mexicano? Usted que es gringa, ¿verdad que le va bien?" Irreflexivamente hablé del futuro; no hubo respuesta. "Gran estorbo. la esperanza."

LOS ENTIERRAN ENTRE FLORES Y COHETES PORQUE SON ANGELITOS

Lo único que hacemos durante ocho horas al día es trabajar porque no podemos sentarnos a comer ocho horas seguidas, o hacer el amor de un tirón durante ocho horas o llorar ocho de las veinticuatro horas o beber. Pero sí resulta normal y honorable permanecer ocho horas sentado frente a un escritorio en una oficina, frente a una máquina de hilar en una fábrica. arriba de un tractor en el campo. Ocho horas en un día son muchas. una buena jornada. El trabajo, se nos ha dicho, nos enaltece. nos da nuestra personalidad. nos hace mejores, nos vuelve útiles y hasta valiosos. Alguien capaz de ganarse su vida está salvado de antemano en esta sociedad de consumo. El pilar de la liberación femenina es precisamente el de la independencia económica. "El trabajo te hace libre" decía el arco de hierro negro sobre la puerta de Auschwitz. En un país de desamparo como el nuestro, el trabajo de los niños es normal. Si no trabajan no sobreviven. Si no trabajan como Dios les da a entender y en lo que Dios diga, a la buena de Dios y hasta la hora que Dios quiera, no hay quien les eche un lazo. Si los padres no cuidan a sus propios hijos, mucho menos van a cuidar a los ajenos. En un país de analfabetismo, de desempleo. el trabajo de los niños no puede ser ni humillante ni degradante. Ni para los niños ni para los adultos. Por lo tanto, a los chavitos de menos de catorce años que pululan en la calle jodiéndose la vida nada les parece una afrenta. Los gritos, las patadas, la sangre machucada, los trancazos, las groserías son parte de *su* vida, les son naturales. inherentes. Que su jefe les dé órdenes. mentándoles la madre les parece justo. Al cabo ni madre tienen. O simplemente no les parece ni justo ni injusto. *es* y sansiacabó. Y no hay de otra. De tantos pisotones, los niños en México se van muriendo. caen. caen en el primer barranco. en medio de los desperdicios. y al caer descubren que tienen alas. Y también se las descubren los adultos y por eso se las pintan en la caja o se las

pegan antes de enterrarlos. Los entierran entre flores y cohetes porque son "angelitos".

NO SÉ NADA DE NADA

Al terminar este artículo me doy cuenta de que no sé cómo viven los niños que trabajan en México y no conozco sus condiciones. Platiqué con algunos tragafuegos, con tres muchachitas oaxaqueñas, un chiclero, un lavador de coches, un bolero, un cerillo, un paletero. Con cada uno permanecí una escasa media hora. Retuve sus "cuáis", su "luz", su "tira"; transcribí las cintas de la grabadora y en la noche me senté al borde de la cama a preguntarme: "¿Qué sé yo de los que trabajan en México?" La vida de los hombres tiene dos únicos sentidos: el amor y el trabajo y le dedicamos mucho más tiempo al trabajo que al amor. Repaso mentalmente los rostros de trabajadores; el del maquinista, el de la taquillera, el del repartidor de gas, el del panadero. Me dan las tres de la mañana y me pregunto: ¿Quién estará trabajando ahora? ¿Los que doblan el periódico, los linotipistas, los meseros de bar y de cabaret, los que descargan la mercancía en La Merced, las prostitutas? ¿Qué sé yo de ellos? ¿Qué de las enfermeras y los médicos de guardia en el hospital? ¿Qué del velador que cada mes presenta un recibo por veinte pesos a cambio de la seguridad de mi casa? ¿Qué del repartidor del gas, salvo que es fuerte y tiene una sonrisa blanca? Nada, nada, nada. ¿De los periodiqueritos? No tengo sino la imagen de unas hojas de periódico blandidas en el aire y la noticia gritada por una voz tensa, esforzada hasta el paroxismo. Por eso cualquier cosa que pueda decir sobre los niños trabajadores de México será superficial y vana. ¿Por qué? Porque en cierta forma, vivimos todos en el desamor, niños y adultos y porque tenemos un gran desconocimiento los unos de los otros. Cuando murió mi padre me di cuenta de que no sabía muchas cosas de él que tomaba por bien sabidas y que ahora nadie responde. En México, mi país, nada sabemos realmente de los que trabajan; una secretaria nunca nos ha descrito un día de su vida, un plomero tampoco. Suponemos que así es su jornada, la inventamos, leemos libros de antropología, de sociología. Un buen día nos informan que el cilindrero murió y que su cilindro quedó recargado contra el muro salitroso y nos preguntamos: "Bueno y ¿cómo era este hombre? ¿Quién era? ¿Lo sabe alguien?". Cuando se mueren, los hombres se llevan su memoria, su modo de ser río, de ser adiós y nunca como dice Rosario Castellanos. Y los niños se convierten en adultos y nos dejan con un palmo de narices. Somos un país de ignorantes, porque además de analfabetas, nada sabemos de nosotros mismos. Ni queremos "¿Pa' qué?" Personalmente me la vivo a base

de aproximaciones. Anoche, al transcribir las conversaciones de los niños, pensé: ¿Y de qué sirve este imbécil artículo? Sólo voy a engrosar las filas del folklorismo con mis: "Pos mire usted seño, la mera verdá, mi mamá se juntó con un borracho y pos, la mera verdá, me hartó y la mandé a la chingada". Pleonasmo. Ahora mismo puedo transcribir textualmente este diálogo con un chavito, pero no por ello dejo de sentirme el Cancionero Picot:

—¿Cómo te llamas?

—Arturo Cortés González.

—Y tus padres ¿viven?

—Nada más mi mamá, porque mi papá ya se murió.

—¿De qué?

—De un accidente.

—¿Cuántos hermanos son?

—Siete.

—¿Todos hombres?

—Nomás tenemos una Romanita; los demás somos hombres.

—Y ¿van a la escuela?

—Nomás hasta el tercer porque mi mamá dijo: "Hasta aquí aguanté darles para la escuela, más no puedo". Entonces todos se pusieron a trabajar. El mayor es obrero. Yo le hago a la boleada y gano bien.

—Y tú ¿cómo te llamas?

—Celso Mora, tengo trece años. No, no voy a la escuela; llegué hasta el cuarto y luego me puse a trabajar porque mi mamá ya me necesitaba; lavo coches y a veces voy a una paletería y me dan el carrito para salir a vender paletas. No pesa el carrito. Somos doce hermanos y yo soy el más chico, yo tengo que ayudarle a mi jefecita. Mis hermanos apenas si pueden con lo suyo.

—Y tú ¿quién eres?

—Vengo de Chonotla, Zacatlán, Puebla, vivo con mi hermana y ya no voy a regresar al pueblo, porque no me gusta cuidar vacas ni chivos y a eso me mandaban mis papás, por eso mejor me vine para acá. Gano poco pero prefiero la ciudad al campo. Allá me aburro.

Hasta aquí los imperativos categóricos: "Dime". "Cuéntame". "Responde". ¿Sirven de algo las respuestas? ¿No nos la estamos jalando todos?

[De *Fem*, 1979]

☐ *El derecho de llorar*

¿Qué pasará? ¿Revelará por fin mamá Dolores a Albertico Limonta quién es su madre? ¿Morirá don Rafael del Junco sin arrepentirse de su villanía? ¿Colgará los hábitos sor Elena de la Caridad para casarse con el guapísimo Jorge Luis Armenteros? Frente a tan angustioso interrogante, con los ojos en crisis y el corazón hecho polvo, un público sediento de lágrimas y decidido a apechugar con problemas que no son los suyos, se prende como una lapa a los increíbles avatares de la historia. Nada puede separarlo del aparato de radio, del televisor, de la pantalla de cine. Posiblemente explote la olla exprés, quizás el niño ruede por las escaleras o los grandes del mundo se declaren la guerra, hay otra guerra más importante —de nervios, de pasiones encontradas, de odio y cariño y sufrimiento, ¡mucho sufrimiento!— que exige y capitaliza toda nuestra atención. Porque más violento que la explosión de la olla exprés, es el estallido de la cólera con que Rafael del Junco —¿se acuerdan?— explota al saber que su hija mayor va a tener una criatura de ¡padre desconocido! Más conmovedor que el llanto del niño al rodar por las escaleras es el llanto de mamá Dolores cuando Albertico le grita: ¡Dímelo!; ¡te exijo que me digas quién es mi verdadera madre! Y más trascendente que la lucha en Vietnam, el problema del hambre o el crecimiento demográfico, es el ansiado encuentro, veinticinco años después, entre Elena —convertida en sor— y Jorge Luis, el amor de su vida. ¿Qué pasará? ¿Cómo desenredará el destino esta madeja de vidas? ¡Dios mío, no permitas que don Rafael arrebate a Mamá Dolores esa criatura inocente! ¡Virgen de la Caridad del Cobre!, acepta que Isabel Cristina se case con su ¡primo hermano!... sí, no importa, acepta que se case con su ¡primo hermano! Y se sufre mientras las súplicas rebotan en el aparato de radio, en el televisor, en la pantalla de cine. Y se llora, porque de lágrimas se formó este valle.

Parece exageración, parece burla, pero no, de veras, no lo es.

Aunque de primera impresión, dichos así, resulten caricaturescos estos comentarios —también la vida misma es a veces caricaturesca— expresan en síntesis el increíble fenómeno popular que desde hace diecinueve años viene produciendo en toda América *El derecho de*

nacer: la obra cumbre del más humano (¡) de los escritores: don (Don) ¡Félix B. Caignet!

EL SHAKESPEARE DEL MELODRAMA

La feliz historia de *El derecho de nacer*, desde su primera hasta sus últimas versiones, es casi tan accidentada y sorprendente como los melodramáticos episodios de su trama. Se inicia en Cuba, allá por 1948, cuando La Habana era todavía un gran hotel de Estados Unidos.

La primera escena (*entra suavemente la melodía tema de la obra*) nos muestra a un hombre de cincuenta y tantos años —frente amplia y diagonal, bigote en forma de pirámide, cabello primero lacio, restirado, y luego chino chino— sentado frente a una rémington. El señor Caignet, soltero empedernido, está a punto de comenzar a escribir una nueva novela de radio para la CMQ. De eso vive el señor Caignet: de escribir radionovelas —y canciones románticas en sus ratos de ocio— que desgraciadamente no pasan de conseguir un satisfactorio pero reducido éxito local. Hace un calor endemoniado y el señor Caignet apura de un sorbo el último trago de su taza de café. Se levanta para abrir la ventana. Pasea nervioso, concentrado, por la habitación.

De pronto (*acorde musical violenta la melodía tema de la obra*) un imprevisto golpe de brisa sacude las floreadas cortinas y desparrama por el suelo las cuartillas impolutas.

¡Ha entrado la inspiración!

Con un gesto que denota ansiedad, decisión, fiebre creadora, e ignorando que años más tarde será llamado el Shakespeare del melodrama, el Sófocles de los pobres, ¡el escritor más humano! (los demás escritores deben tener sangre de chango en las venas, comentó una vez Alberto Isaac) el señor Caignet coloca sus dedos velludos y ligeramente chatos sobre la rémington y comienza a dar a luz (*efectos de sonido: ruido de teclas*) la conmovedora historia de Elena del Junco: una linda joven de la más aristocrática sociedad habanera, primogénita del aristocrático chapado a la antigua y no menos rígido don Rafael del Junco, quien enamorada del hijo del peor enemigo de don Rafael (recuérdese Romeo y Julieta) se entrega a él en un rapto de amor, de locura, de éxtasis, de inexperiencia, y concibe en sus entrañas (ya no se siga recordando Romeo y Julieta) un ser inocente, un angelito, una criatura de Dios a la que por cobardes prejuicios sociales el canalla seductor desea privar de la existencia (*acorde musical dramático*). ¡Jamás lo permitiré! —responde Elena, iracunda—. ¡Jamás! Esta criatura que palpita ya en mis entrañas es una víctima de nuestro pecado, es inocente y

tiene... tiene... —titubea Elena como tomando bríos— ¡el derecho de nacer! (*nuevo acorde musical dramático*).

El señor Caignet lleva sus primeros capítulos a la radiodifusora. y el señor Goar Mestre —el Azcárraga cubano de aquellos tiempos— los considera OK, como siempre.

Señor Mestre (*lacónico*): Va a gustar esta obra.

Señor Caignet (*modesto*): Espero que sí.

Señor Mestre (*interrogativo*): ¿Cuántos capítulos tú consideras que aguantará la obra, caballero?

Señor Caignet (*dubitativo*): No sé... sesenta, setenta episodios... lo de costumbre.

Señor Mestre (*perentorio*): Okey. Perfecto. Muy bien. Hasta la vista caballero. (*Efecto de sonido: ruido de pasos que se alejan*).

Días más tarde, integrado el cuadro de actores con las voces de siempre, la radiodifusora CMQ difunde a través de 800 000 aparatos de radio distribuidos en los hogares de La Habana, Matanzas, Santa Clara, Camagüey, Santiago de Cuba, la heroica odisea de mamá Dolores (recuérdese el Ulises de Homero): esa inconmensurable negra que obedeciendo las súplicas bañadas en llanto de la niña Elena, toma en sus manos de santa al angelito que al fin nació, porque tenía el derecho de nacer, y para librarlo de los pérfidos planes del implacable don Rafael (*acorde musical violentísimo*) huye lejos, lejos, lejos, luego de jurar solemnemente a su niña Elena, en nombre de la Virgen de la Caridad del Cobre, velar por él como una madre y no decirle a nadie nunca, nunca, cuál es su origen (*música de fondo tristísima, desgarradora*).

•

CÁSCARA DE SENSIBLERÍA

La respuesta con que el auditorio recibe este drama que conjuga con sabiduría genial los ingredientes y los personajes clásicos del folletín (el amor traicionado de una linda joven, la cobardía sin nombre de un miserable, la necedad de un padre al que sólo importa el honor de un apellido, la abnegación de una humilde negra convertida en madre espiritual de un chiquillo primoroso, etcétera, etcétera, etcétera) es una respuesta de aceptación absoluta. El público se entrega a la historia. Sufre. Se irrita contra la injusticia del destino. Siente activada su compasión, su instinto maternal. Es la vida misma lo que está palpando... No, claro, no es la vida misma, porque en la realidad los problemas no se acumulan en forma tan inclemente, ni ocurren tantísimas felices —o infelices— coincidencias en el momento justo en que deben ocurrir, ni los seres humanos son pura generosidad, puro odio, pura rectitud, puro corazón, ni todo lo que se dice o que se hace tiene por fuerza una significación futura o

una trascendencia definitiva. La vida misma no es así de esquemática, desde luego, pero a golpes de suspenso y dirigiendo sus dardos emotivos al corazón, nunca a la inteligencia —¡eureka!, ahí está la clave— el genio del melodrama consigue imponer las reglas de su juego y convencernos de que la vida misma es así, así debería ser, así lo es al menos en este caso y a ver quién resiste un bombardeo continuo de penas y amarguras. El corazón de todos los hombres del mundo tiene una cáscara vulnerable de sensiblería. Que tire la primera piedra el que se considere libre de sentimientos cursis. Que levante la mano el que no se haya conmovido hasta la médula con una palabra melosa. Bienaventurados los ingenuos, los simples de espíritu, los inocentes. El que no se haga como ellos no entrará en el reino de los cielos ni podrá paladear melodramas perfectos como el del señor Caignet (*acorde musical apoteósico*).

Es así como el público cubano se clava frente a los aparatos de radio para oír crecer a Albertico Limonta. Ahora ya es un joven estudiante de medicina que adora a su nana negra (¡Albertico, luz de mis ojos, hijo de mis entrañas!), que disfruta de la protección de Jorge Luis Armenteros (a quien ha conocido casualmente y que resulta ser, nada menos, que un antiguo enamorado de ¡Elena! con la que don Jorge Luis estuvo a punto de casarse, pero no se casó porque ella le dijo bañada en lágrimas: ¡ya fui de otro hombre!) y que sigue sin saber —continuamos hablando de Albertico Limonta— ¡quién es su verdadera madre! (*acorde musical superlativo*).

Sin distinción de sexo, los radioescuchas devoran los episodios. Los radios de cantinas, billares, cafés, se transforman en panales humanos a la hora de la transmisión. Los empresarios de algunas fábricas se ven obligados a conceder permisos de media hora para que los obreros —en perfecta convivialidad con sus patrones— suspendan el trabajo y escuchen a Mamá Dolores gemir. Perdóname. Albertico, mi vida. perdóname que no te diga quién es tu verdadera madre. pero juré ante la Virgen de la Caridad del Cobre no decirlo nunca.

Los primeros en sorprenderse por ese éxito de locura son el señor Mestre y el señor Caignet.

Señor Mestre (*expresivo*): Caray. caballero. la obra está gustando mucho.

Señor Caignet (*satisfecho, pero lacónico*): Eso me dicen... eso me dicen.

Señor Mestre (*impulsivo*): Tenemos que alargarla. ¿Cuántos capítulos tú consideras que podrían durarnos, caballero? ¿Ciento cincuenta?

Señor Caignet (*decidido*): La prolongaré a ciento cincuenta.

Y el señor Caignet (*ruido de pasos que se alejan*) se retira a

escribir. Pero ya va llegando a los ciento cincuenta y el interés popular no se sacia. Crece. Exige que no se acabe. Por favor, señor Caignet, continúe, continúe, está formidable: don Rafael del Junco. convertido ya en un hombre anciano, ha sufrido un accidente, lo llevan al hospital, va a morir, necesita urgentemente una transfusión de sangre, pero a estas horas de la noche no se encuentra un donador con el tipo de sangre de ese anciano. ¡Yo tengo sangre de tipo universal!, grita un joven médico de guardia. Y tiende el brazo varonil. El médico es (*acorde dramático*): Albertico Limonta, y obviamente ignora que la sangre que va a donar es para salvar la vida de su abuelo. Con la sangre del niño que según don Rafael del Junco ¡no tenía derecho de nacer! va a recobrar la vida ¡don Rafael del Junco! (*acorde estrujante*).

CIEN CAPÍTULOS DE AGONÍA

Cuando la transmisión de la obra está en el clímax de la popularidad, rompiendo todos los *ratings*, el señor Mestre y el señor Caignet —tal vez contagiados por el mal fario de los personajes— reciben la primera mala noticia. El actor que interpreta a don Rafael del Junco se presenta en las oficinas de la CMQ para pedir... ¡un aumento de sueldo! (*golpe musical*).

Actor (*petulante*): Señor Mestre, la obra está teniendo un éxito inesperado y yo quiero ganar más. He decidido, caballero, no continuar trabajando si no me pagan el doble (*pausa expectante*). Usted sabe que no pueden prescindir de mí porque el público ya conoce perfectamente mi voz... No puede prescindir de mí. je je (*risa sarcástica*) firme mi nuevo contrato... (*imperativo*). Vamos, señor Mestre, ¡firme mi nuevo contrato!

Pero el señor Mestre grita. ¡No... nunca! (*ruido de pasos que se alejan, portazo*) y cuando el señor Caignet se entera de lo ocurrido, corre a su habitación, corrige un par de episodios y sorpresivamente victima con un ataque de apoplejía a don Rafael del Junco. Durante cerca de ¡cien capítulos! el abuelo se debate entre la vida y la muerte, sin pronunciar palabra. emitiendo tan sólo ruidos guturales ininteligibles. Va a morir. gimen los radioescuchas. va a morir sin arrepentirse de su villanía. ¡Morirá!, sentencian el señor Mestre y el señor Caignet al actor que interpreta a don Rafael del Junco, si insiste en su absurda petición.

Actor (*sumiso, derrotado*): Está bien. ustedes ganan caballeros. retiro mi petición... Acepto el mismo sueldo que tenía.

Y don Rafael del Junco (¡gracias, Virgen de la Caridad del Cobre!) recobra el habla. la salud, pide perdón a su hija, pide perdón a su nieto. pide perdón a mamá Dolores. y consiente que Albertico

se case con Isabel Cristina, hija de una hermana de Elena.

Ya se aproxima el final feliz, pero aún quedan algunos cabos muy importantes por atar. Los radioescuchas se entrometen en el destino de los episodios y escriben miles de cartas al señor Caignet. Es injusto que Elena continúe en el convento. No entró de monja por vocación, sino por desengaño, por amargura. ¡Sáquela de ahí! ¡Tiene el derecho de amar! Que se case con su fiel enamorado Jorge Luis Armenteros. señor Caignet. ¡No!, que se case con su seductor (quien por cierto ya está muy arrepentido: ¡fui un canalla!, ¡fui un cobarde!, ¡fui un miserable!) para que así se restituya el honor de la familia del Junco y Albertico legue a todos sus hijos con derecho de nacer un apellido aristocrático. ¡No! ¡Sí! ¡No! La discusión invade reuniones, tertulias, oficinas de gobierno; se convierte en tema de interés nacional hasta que intervienen (*acorde dramático*) las autoridades eclesiásticas de Cuba.

Autoridades eclesiásticas (*interviniendo enérgicas*): ¡Un momento! ¡Elena debe seguir siendo hasta el fin de sus días: sor Elena de la Caridad del Cobre!

Entonces Elena dice, con beatífica. con ejemplar dulzura: No, Jorge Luis, no, mi querido seductor: los amé a cada uno en su tiempo, pero ya no los amo. Ahora soy feliz en el claustro sabiendo que mi hijo ha realizado sus dorados sueños y que mi nana Dolores vivirá en una casita preciosa que mi padre le regaló como premio a su sacrificio... ¡No. ya no los amo! (*música de órgano, sublime*).

La obra ha terminado al fin, en el capítulo 314. Trescientos catorce capítulos de veinte minutos cada uno, que arrojan una duración total de 6 280 minutos: 104 horas de transmisión; un récord jamás superado en la historia del melodrama radiofónico.

UN FÉLIX CUALQUIERA

Convertido, con todo derecho, en un auténtico genio del folletín: el nombre de Félix B. Caignet invade América antecediendo entre admiraciones el título de la obra. Mientras en Cuba se adapta *El derecho de nacer* en forma de historieta ilustrada que le produce al más humano de los escritores 60 000 pesos semanales, en Brasil se supera el impacto radiofónico conseguido en la isla. Allí ya no son únicamente las fábricas las que suspenden el trabajo para oír los llantos de mamá Dolores; son los cines los que se ven obligados a hacer una pausa en la proyección de sus películas para transmitir la serie.

La obra llega a México en 1950 y nos enloquece. Por primera y por única vez en la historia, una radiodifusora de pocos recursos (la XEX de entonces) hace polvo los *ratings* de la W. Dolores del Río

como Elena, Manolo Fábregas como Albertico y Fedora Capdevilla como mamá Dolores, ponen a llorar a lágrima viva a todo el país.

De inmediato, los hermanitos Galindo deciden adaptarla para cine, compran los derechos por ocho años y arman un reparto impresionante (Jorge Mistral, ¡oh!, como Albertico; Gloria Marín, ¡ah!, como Elena; Julio Villarreal, ¡eh!, como don Rafael del Junco, y Lupe Suárez, ¡uh! como mamá Dolores). Pero ni los hermanitos Galindo ni el director Gómez Urquiza entienden la obra. Sin respeto alguno para el género melodrama, haciendo las cosas como se acostumbran a hacer cuando se hacen mal, sin el más mínimo aprecio por la sublime cursilería: producen un bodrio a la carrera, a como salga —al fin que la gente de todos modos llora— y convierten a Félix B. Caignet en un félix cualquiera.

Por otra parte, los intelectuales encaramados en sus delirios de grandeza, los mediocres que para sentirse inteligentes se creen obligados a decir: ¡oh, no, el melodrama, puaf!, organizan una conjuración encaminada a desacreditar esta obra maestra del folletín. Para insultar a un escritor le dicen: Tú escribes como Félix B. Caignet; para burlarse de una amiga le espetan: Lloras como personaje de Caignet; para herir a un político le gritan: Eres más falso y más imbécil que Caignet. Caignet: sinónimo de mediocridad. Caignet: sinónimo de ramplonería. Caignet: sinónimo de basura (*acorde musical doloroso*).

Pero el genio de la literatura lacrimógena se mantiene imperturbable conmoviendo al público sencillo y cosechando éxito y dinero, mucho dinero. Excéntrico como todos los genios, construye una quinta paradisiaca en Santa María del Mar, a media hora de La Habana, con rocas basálticas transportadas en barco (*acorde musical superlativo*) ¡desde México!

Luego adopta un niño huérfano, de siete años, mientras estalla la Revolución. Caignet queda legalmente incomunicado. No tiene fuera de Cuba quién lo apodere, quién cobre sus regalías, quién atienda los asuntos económicos de *El derecho de nacer*. Mientras Castro fusila contrarrevolucionarios, a Caignet le fusilan su obra aquí y allá. Aquí en México, RCN retransmite sin autorización la versión radiofónica mexicana, mientras los hermanitos Galindo —ya con los derechos caducados— continúan explotando su película.

Hasta que al fin Caignet, sobreponiéndose a una enfermedad ocular —¡está a punto de perder la vista! (*acorde dramático*)—, viejo ya como don Rafael del Junco, pero como él enérgico, decide poner un hasta aquí. Traba relación con Ángel Ladrón de Guevara, sostiene largas pláticas con él y en un documento histórico lo nombra —"basando el voto de confianza que le otorga la presente en el concepto que de él tengo como caballero honesto, característica de

su hombría de bien"— apoderado absoluto.

Ladrón de Guevara (*música alegre, con castañuelas*) entre inmediatamente en acción. Interrumpe con violencia las retransmisiones radiofónicas de la RCN (Albertico se queda sin saber quién es su verdadera madre), mete al orden a los hermanitos Galindo (que ya no podrán seguir explotando su película) y prepara una nueva versión cinematográfica a todo color, producida por Paco Díez Barroso. Al mismo tiempo vende nuevos derechos para la radio y para la televisión (*música exultante*).

Con la triste experiencia de la anterior película, la superproducción de Díez Barroso, dirigida por Tito Davison, se libra de caer en los viejos errores. Tanto Tito Davison, como el adaptador Edmundo Báez, comienzan promulgando su fe en la religión lacrimógena. No destazan la obra, la sintetizan, la comprimen hábilmente conservando esos golpes de suspenso de la obra original. No quieren hacer una película de festival, quieren hacer sólo un gran melodrama. No pretenden modificar ni rehuir las felices coincidencias para darle mayor verosimilitud; saben muy bien que el sentido de la obra no se finca en su verosimilitud argumental ni en la construcción de personajes de carne y hueso; ¡no!, los personajes no deben ser de carne y hueso, grita Tito Davison, los personajes deben tener sentimientos esquemáticos: personaje-odio, personaje-abnegación, personaje-cobardía; es necesario que la obra conserve su simplicidad, su ingenua estructura, su ambiente color de rosa. El reparto es internacional: Aurora Bautista (Elena), Julio Alemán (Albertico, hijo de mis entrañas), Fernando Soler (don Rafael del Junco), Jorge Salcedo (Jorge Luis Armenteros) y... y... ¿quién para mamá Dolores? Mamá Dolores debe ser una negra, una negra auténtica y no una mujer blanca embadurnada de negro como Lupe Suárez.

Alguien pronuncia el nombre de Eusebia Cosme —declamadora de poesía afroantillana— y Díez Barroso se trae corriendo de Nueva York a Eusebia Cosme una vez convencido de que la maternal mujer no se limitará a interpretar a mamá Dolores, sino que se convertirá (*acorde musical impresionante*) en la auténtica mamá Dolores.

Y así es porque apenas el público la observa en el cine y en la TV, Eusebia Cosme no puede salir a la calle.

Eusebia Cosme (*sorprendida, graciosa*): Sí, señor, es cierto, no puedo salir a la calle. El otro día fui a comprar pan a la tienda y ¿vas tú a creer que no me quisieron cobrar? Ni tampoco cuando fui a comprar leche, chico, ni cuando fui al mercado. Todos me ven y me dicen: allí va mamá Dolores, allí va mamá Dolores... y corren, y me preguntan por Albertico, hijo de mis entrañas, y yo pues les digo, pues les cuento. Sí, señor, es cierto, yo creo que ya

se me está metiendo un poco en la sangre el alma de mamá Dolores.

FINAL FELIZ

Igual que para la versión cinematográfica de Tito Davison, para la versión en TV se escogió lo mejor del medio. Ernesto Alonso como director y productor y en el reparto: ¡María Rivas! (Elena), ¡Enrique Lizalde! (Albertico, hijo de mis entrañas), ¡Enrique Rambal! (Don Rafael del Junco) y ¡Jacqueline Andere! (Isabel Cristina).

Félix B. Caignet puede estar contento. No sólo porque su enfermedad ocular ha tenido un final feliz (lo operaron en Boston con éxito completo), ni sólo porque los derechos de cine y televisión le producirán un total de dos millones y medio de pesos (*acorde musical apoteósico*), sino porque al fin sus adaptadores han entendido el sentido de su obra y se la han transmitido así a ese público sencillo, ingenuo, ansioso de apechugar con problemas que no son los propios y de ir a echar la lágrima frente al aparato de radio o frente a la pantalla del cine o del televisor.

El corazón de todos los hombres tiene una cáscara de sensiblería; todos somos —quién más, quién menos, ¡bendito sea Dios!— un poco cursis. Todos nacimos (*acorde musical heroico, de final de obra*) con el derecho... ¡con el sagrado derecho de llorar!

[De *La Zona Rosa y otros relatos*. 1970]

□ *Últimas confesiones de Rousseau (1778-1978)*

Parece mentira: doscientos años han transcurrido desde mi muerte y aún no me libro del odioso Voltaire. Me llamó "sombrío energúmeno, padre desnaturalizado, hipócrita, amigo traidor": dijo que mis libros eran contra el género humano y que al leerlos daban ganas de andar en cuatro patas. Sus ataques me hicieron escribir las *Confesiones*. Llegan nada más hasta 1765; para enterarse de mis últimos años ustedes tendrán que leer mis *Ensoñaciones del paseante solitario*. Tampoco alcancé a terminarlas. Un perro-guarura que abría paso al coche de un influyente me atropelló y dejó malherido. Tuve fuerzas para despedirme de Voltaire, simultáneamente en apoteosis y agonía. Viejo y gotoso como estaba, quiso abrazarme. Me limité a darle la mano. Harto del humo, el lodo y el estruendo de París, fui a Ermenonville a morar de aploplejía ante mi fiel Thérèse Levasseur. De ningún modo me suicidé como dijeron mis viles calumniadores Diderot, Grimm y Hume. Tampoco estaba paranoico: de veras fui víctima de una conjura. Luego me enterraron en el Panteón como "Padre de la Patria y de la Revolución", junto con Mirabeau y, otra vez, Voltaire. Después de Waterloo los restauradores echaron nuestras cenizas a los cuatro vientos. Mejor así: estoy en todas partes y en ninguna, como el viento soplo por donde quiero, soy libro abierto en que cada época y cada persona lee lo que desea leer.

EL PRIMER MODERNO

No voy a contarles, mi vida. Lean si no lo han hecho mis *Confesiones*. Son el verdadero comienzo del romanticismo. En ellas descubrí la intimidad y hablé de cuanto había quedado en silencio. En el siglo de la razón encontré un lenguaje para el sentimiento. Fui sensitivo entre los inteligentes, débil entre los fuertes, contradictorio entre los dogmáticos. Dejé los salones para andar por el campo. Usé el vestuario como instrumento de protesta. Los libros que ustedes consumen hoy en vez de novelas, serían impensables sin mis *Confesiones*, sin mi absoluta afirmación del *yo*. Orgulloso y humilde, les

diré que son una obra maestra. Si no hubiera escrito otros libros geniales —yo, el pobre diablo que no sabía manejar los cubiertos— esta crónica de mis humillaciones y fracasos me aseguraría un sitio entre los grandes escritores. El ingenioso Voltaire no escribió nada semejante. Por eso Goethe dijo que Voltaire era el fin del mundo antiguo y yo el comienzo del nuevo. Mis contemporáneos me persiguieron con su envidia pero, modestia aparte, la lista de mis amigos póstumos es impresionante: Hegel, Kant (para quien fui "el Newton del nuevo orden moral"), Marat, Robespierre, Napoleón, Hölderlin, toda la juventud europea de 1830 a 1870, Byron, Stendhal, Saint-Beuve ("Todos somos nietos del oscuro ciudadano Rousseau"), Nietzsche ("Rousseau fue el primer hombre moderno, idealista y canalla"), Levi-Strauss que me reconoce como fundador de las ciencias sociales pues dije que el ser humano no existe sin la sociedad y hay que estudiar a ésta en aquél y viceversa.

DE APATZINGÁN A LA ENAJENACIÓN

Si no estuviera tan ocupado, Jesús Reyes Heroles podría hablarles de mi definitivo influjo entre ustedes. Lean su libro *El liberalismo mexicano* para comprobar mi presencia desde la Constitución de Apatzingán hasta la reforma política pasando por 1917. Y ¿qué son los Derechos Humanos sino un resumen de mis ideas? Otro compatriota de ustedes, Octavio Paz, me ha visto como antecesor de André Breton y de los surrealistas. Yo abrí para Occidente el camino de la pasión.

Me acusaron de "hacer arrogantes a los pobres" y atentar contra la perpetuación del orden fundado en la desigualdad. Excomulgaron a mis lectores y así propiciaron el contrabando de mis libros en Hispanoamérica, donde resultaron fuentes ideológicas de la independencia. Ahora algunos dicen que al postular la entrega total de cada ciudadano con todos sus derechos a la comunidad, fundé la supremacía del Estado sobre sus miembros y me convertí en primer ideólogo del totalitarismo y el justificador de la dictadura jacobina.

Monárquico y democrático, liberal y conservador, católico y protestante, *outsider* e *insider*, misántropo y fraterno, egoísta y solidario, tracé la primera crítica radical de la civilización y sus malestares. No conforme con rechazar el presente ofrecí remedios eficaces para el futuro. Intuí la enajenación al escribir que las ciudades son abismos, no estamos hechos para vivir en hormigueros y en ellos nos convertimos en algo distinto de lo que somos: por nuestra servidumbre ante necesidades artificiales la sociedad nos da un ser diferente del nuestro.

Engels encontró en mí no sólo un desarrollo de las ideas idéntico en su sentido al sentido de *El capital* sino, hasta en los detalles, una serie de los mismos giros dialécticos de que se sirve Marx. Pero a Marx mi teoría del Estado le pareció otra ilusión estética, otra de las robinsonadas que se anticipan a la sociedad burguesa. Hay quien cree que mi vitalismo convoca al asalto a la razón, o bien que le di los planos a John Stuart Mill para su gran diseño de un mundo burgués individualista. Ustedes léanme y díganme qué piensan.

LITERATURA Y DESESCOLARIZACIÓN

Mis obras políticas ustedes las conocen mejor que yo pues también han leído a mis críticos, divulgadores y comentaristas, ¿por qué en cambio no leen ya *Julia o la nueva Heloísa?* Fue la *Love Story* de 1761 y al narrar los amores entre un plebeyo y una aristócrata instituyó el arquetipo de la novela rosa. Pero también fundó nada menos que lo que ustedes llaman literatura: no, como antes, la obra del culto para otro culto, sino el trabajo de un productor que se dirige al público. Mis lectoras y lectores acababan de conquistar el derecho y el goce de leer. No distinguían entre realidad y ficción: creyeron que Julio y Saint-Preux eran personas reales. Gracias a mi Heloísa nació una institución democrática: el gabinete de lectura, medio de satisfacer al público que no tenía para comprar mi *best seller*. (Perdón, amigo Étiemble, por el *franglais*.) Una edición actual de mi novela podría llamarse *A calzón amarrado*, como el libro de la Tigresa que, sin saberlo, también es mi nietecita.

Hay un Rousseau para cada uno. Los musicólogos hablarán de cuánto me debe la difusión de la música italiana. Los comunicólogos pueden aplicar a la tv la crítica al teatro contenida en mi *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*. Verán que las teleseries son tan perniciosas como las comedias de Voltaire. Y si toda la pedagogía posterior, de Pestalozzi a Summerhill, deriva de mi *Emilio*, Iván Illich acaso leerá en él un discurso desescolarizador. Yo también combatí "esos ridículos establecimientos llamados colegios", postulé que la educación no termina con un título ornamental sino debe prolongarse toda la vida. Si mi proyecto de preparar el camino a la razón mediante el buen ejercicio de los sentidos se hubiera realizado, ustedes no estarían en el atolladero en que se encuentran, ni hubiesen tenido necesidad de surgir mis otros discípulos con su vestimenta de "buen salvaje", y su retorno a la naturaleza para vivir en comunas y tomar alimentos orgánicos. Por cierto, recomiendo a los vegetarianos el empleo agitacional del texto de mi maestro Plutarco que incluyo en *Emilio*. Transcribirlo me puso tan nervioso y me sentí tan culpable que me comí un filete sangrante (aún no recibía el

nombre de mi discípulo Chateaubriand).

EL CONTRATO MEXICANO

Ustedes han sido muy hospitalarios conmigo durante dos siglos. Sé que son ultrasensibles a la crítica de sus amigos extranjeros. No quisiera ofenderlos antes de despedirme y darles las gracias por todas sus atenciones. Pero como también soy el inventor de la sinceridad debo decirles que su país me ha hecho una impresión terrible. Parece que aquí nadie hubiera leído *El contrato social*, el *Discurso sobre las ciencias y las artes* ni sobre todo el *Discurso sobre la desigualdad*. Fui plebeyo y lacayo: siempre seré la encarnación del descontento, jamás aceptaré las honras del soberano, en todo momento estaré del lado de los pobres. No soy filósofo pero amo la verdad y admito como evidente lo que pasa por mi corazón. Me recojo en mí mismo y escucho la voz de mi conciencia en el silencio de las pasiones.

Vi en el México de 1978 una desigualdad más atroz que la padecida en la Francia de mi tiempo. Vi la miseria de muchos y la opulencia de unos cuantos. Vi la ley distante del interés común y flexible a los intereses de los pocos. Vi la política separada de la moral de que debiera ser inseparable. Vi amos y esclavos y en ningún lado pueblo soberano. Vi ansiedad, deseo de perjudicarse unos a otros, alcanzar el propio beneficio a expensas de los demás y obtener la abundancia y lo superfluo a cambio de la desgracia de muchos. Vi que entre ustedes en vez de menguar con el relativo desarrollo, la desigualdad sólo ha adquirido fuerza y se ha acrecentado. Vi débiles, ambiciosos, codiciosos, en guerra de todos contra todos. Vi un valle de lágrimas fabricado por la avidez y la soberbia. Vi el fraude de los ricos a expensas de los pobres que no han ganado sino esclavitud permanente, servidumbre y sufrimiento. Pero vivimos en el reino de la posibilidad. Somos seres históricos capaces de corrompernos pero también de perfeccionarnos y no hemos desarrollado aún nuestras capacidades. Mi intención fue devolver a la humanidad paz, libertad y justicia. A ver ustedes cómo le hacen. (Por la transcripción mediumnímica: JEP.)

[De *Proceso*, 10 de julio de 1978]

□ *17 de julio, 1928: Toral, una imaginación*

Llegaron del desierto y no eran como nosotros. Inundaron nuestra tierra con su caballería, bañaron en sangre nuestras montañas, colmaron de cadáveres nuestros valles, quitaron de sus templos a Cristo

Rey. Señor, mira la soberbia de los asirios y apiádate de tu siervo. Dios mío, escúchame. Tú ejecutas las hazañas, las antiguas, las de ahora, las que vendrán después. Heme aquí. Todos tus caminos están dispuestos y previstos tus juicios. Mira que tienen un ejército poderoso, se engríen de sus caballos y jinetes, se enorgullecen de sus infantes, y no saben que tú eres el Señor de las Batallas y tu Nombre es Yahveh.

Quebranta su fuerza con tu poder, pulveriza su reciedumbre con tu ira. Porque han violado tu santuario y profanado el Tabernáculo en que se posa la gloria de tu Nombre. Pon los ojos en su soberbia, descarga tu cólera sobre su cabeza, da a la mano del último de tus siervos el poder de ejecutar lo que ha premeditado. No está en los valientes tu fuerza: Tú eres el Dios de los humildes, el defensor de los pequeños, el amparo de los débiles, el refugio de los desvalidos y el salvador de los que no tienen esperanza. Escucha mi plegaria en esta hora. Déjame cortar la cabeza del jefe supremo de los asirios que vino del norte con sus miriadas de tropas. Déjame aniquilarlo, Señor omnipotente. No caerá el caudillo a manos de los guerreros, no será herido por los titanes ni lo derribarán gigantes altivos. Seré yo, el más débil de los humildes, quien haga a los asirios estremecerse de espanto. Los persas temblarán con mi audacia y los medos se pasmarán por mi temeridad. Apenas soy nada para serte ofrecido en holocausto. Déjame aniquilarlo, Señor Omnipotente, y sea mi martirio para tu eterna gloria.

El río de la Piedad, el Parque de la Lama, la Calzada Nueva, los maizales, los pirules, las ladrilleras, el Ajusco Azul en este mediodía clarísimo y abajo está San Ángel y en San Ángel yo sé lo que me espera. Él no. Él no sabe que lo he seguido desde que regresó. De la estación Colonial al Centro Obregonista, del Centro al Parque Asturias, del Asturias a Avenida Jalisco 85, diciéndome: en algún momento, cuando menos se piense, seré el arma de Dios para cobrar la sangre derramada que clama venganza.

Pero la duda pero la indecisión pero la cobardía ¿no van a dejarme nunca? ¿Estaré temblando? El chofer del libre me mira por el espejo. Nadie va en libre a San Ángel y no le dije exactamente adónde. ¿Será un agente de la reservada? Es imposible que a Obregón no lo cuiden después de los atentados. La ciudad entera sabe que el Manco está en peligro. Una y otra vez me lo han dicho. ¿Cómo pueden saberlo si yo a nadie he hablado de lo que voy a hacer? Hay tantas cosas que no entiendo. Sólo sé que Dios me ha escogido y en el Libro de Judit escribió lo que está a punto de suceder.

Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo espera pero yo ignoro incluso si Obregón está en el "Treppiedi" o en "La Bombilla". Lo

encontraré, la mano de Dios me llevará hasta él. No debo tener miedo. Sé que voy a morir. Saber la hora de nuestra muerte tranquiliza. Allí mismo me ejecutarán, estoy seguro. Conocerán mi nombre por las iniciales de mi anillo. Jota ele te. Juré Eliminarte, Tirano. Lo siento por mis padres, tan buenos. Cómo sufrirán ellos y Paz y los niños. En cambio qué orgullosa de mí se sentirá la Madre Conchita. Dios mío, perdóname. Es pecado, es vanidad que lo que más me importe en este momento sea la opinión de la Madre Conchita. Ella en el fondo nunca me ha creído capaz de hacer lo que no lograron ni siquiera los valientes como Castro Balda, ni los mártires como Segura Vilchis y Tirado Arias.

El Padre Pro era un santo. Me estará viendo desde su gloria. Si no hubieran matado a Miguel Agustín yo no estaría en este viaje sin regreso. Siempre lo admiré y quise ser como él. Tuvo todas las cualidades, yo ninguna. Ni siquiera estaba dispuesto a derramar sangre mía o ajena por Cristo. Mira cómo son las cosas, Padre Pro: yo que en nuestro equipo jamás metí un gol, siempre puse la otra mejilla en los pleitos y fui débil de espíritu y de cuerpo, ahora voy a matar al caudillo poderosísimo, al general que jamás perdió ninguna batalla. Asesino lo es, enemigo de Cristo Rey lo es (¿aunque menos que Calles?) pero también es gente y como yo tiene una esposa y unos hijos sin culpa. Pobrecitos, sufrirán por lo que yo haga. Quisiera pedirles perdón. Y dicen que es valiente, inteligente y simpático y puede ser generoso y quiere arreglar el conflicto. Pero nada se arreglará mientras él viva: eso me dio a entender la Madre Conchita. Jamás me ha dado órdenes. La única orden la recibí de Dios y está escrita en el Libro de Judit.

Dios me eligió por mi fe como arma de su justicia. Ya no soy yo, ya no soy Pepe ni Toral: soy todos, soy mucho más que yo mismo, soy los cristeros del campo, los acejotemeros de las ciudades, los mártires, los torturados, los presos, la comunión de los santos, la Fe que no morirá nunca y saldrá de esta persecución como salió más fuerte del circo romano.

A medida que me acerco pierdo el miedo, qué extraño. ¿Traigo todo? Lápiz, block de dibujo, pistola. Pistola. Manuel Trejo, que trabaja en las fábricas del Ejército, me dio la pistola. La bendijo el padre Jiménez. ¿No saben? ¿Será posible que ellos dos no lo sepan? No no: si supieran, los de la Liga vendrían conmigo, me estarían cuidando para que nada fallase, o hubieran mandado a alguien con experiencia, a un valiente como Carlos y no a mí, no a *Pepito* a quien nadie ha tomado nunca muy en serio. Claro, es lógico. Si supieran vendrían conmigo, habría otros coches, como en Chapultepec

cuando la bomba. ¿O es precisamente por eso que me han dejado solo?

Dios mío, ¿por qué ahora me quitas el miedo y me traes la desconfianza? Es otra prueba, Señor: no me crees digno. No, no soy digno de lo que me encomendaste. Lo reconozco. Sé que no he sido nada. Pero nací, Señor, para este día, sólo para ser este día instrumento de tu justicia. Tú guías mi mano y están conmigo los mártires de la Fe. Dios mío, es tarde para retroceder, tarde para dudar. yo que siempre dudé, nunca me decidí a nada, jamás quise hacer daño a nadie. no fui lo que quise ser: un buen futbolista, un gran dibujante, un guerrillero de Cristo Rey.

¿Y si esto fuera una enorme trampa en que, movidos por la Fe. caímos todos? ¿Y si nadie, ni siquiera la Madre Conchita, supiese a quién estamos sirviendo, a quién conviene la muerte de Obregón a manos de un militante católico, quién dijo en público que el Manco jamás recobraría la presidencia, quién tiene hombres en todas partes, maneja todos los hilos, escucha todas las conversaciones, lee nuestros pensamientos, vigila nuestros actos, sabe encauzarnos sin que nos demos cuenta. nos conoce tan bien que nos hace avanzar por donde quiere?

No no no no. Es natural: en condiciones así los perseguidos sospechamos hasta de nosotros mismos, nos preguntamos de dónde sale el dinero para las armas para las casas clandestinas para las misas para tanta gente que vive de nada. Pero debo rechazar las dudas y disipar las sospechas contra personas a quienes no puedo ofender. Si dudo no actuaré nunca. Judit no dudó en el campo de los asirios. Son incertidumbres que me manda el Señor para tentar mi fortaleza antes de la máxima prueba.

¿Cuánto es? aquí tiene, muchas gracias y buenas tardes. Qué extraño: pensé que habría guardias, temí que me cachearan a la entrada. No hay nadie. Llego a la barra, pido una cerveza, la tomo. pregunto por algún asesino de cristeros, por ejemplo Cedillo. No sé. debe estar en el banquete al señorpresidentelecto. En cuál cenador del restaurante. En el kiosco central por supuesto. De allá viene la música. Esa cancioncita. Qué curioso. *Al pasar por la ventana, me tiraste un limón. El limón me dio en la cara, el zumo en el corazón.*

Y me acerco y paso y nadie impide mi entrada, qué raro. Saco el cuaderno. Dibujo. El pulso no tiembla. Allí está: no es un monstruo como me lo imaginaba. De cerca no es tan viejo. Parece buena persona. Se ríe pero está como triste. Ese hombre, ¿será Topete?. se me queda mirando mientras dibujo y busca a alguien: no hay policías ni guardaespaldas. es increíble pero todo puede pasar.

Antes que me pregunte le ofrezco los dibujos. Topete señala uno sin hablarme, susurro: voy a mostrárselos al señor general, me abro paso por detrás de las sillas, compermiso por favor compermiso muchas gracias compermiso muchas gracias, cómo estorban los adornos florales, *Homenaje de honor de los guanajuatenses al C. Álvaro Obregón.* Parecen ofrendas fúnebres de la avenida Hidalgo. Ahora está por debajo de mí el rayo de la guerra, el general que jamás perdió una batalla, el joven al lado suyo es Aarón Sáenz, y Obregón levanta la cabeza me mira y sonríe. ¡Qué amable! No tenía por qué sonreírme. Pudo ser altivo como Topete. Lástima. Pero ya es tarde. Heme aquí, Señor. Cambio de mano el block y saco la pistola. Ese que abrió la boca debe ser Padilla. Sólo se escucha la música. La primera en la frente, las otras cuatro balas en todo el cuerpo rociándolo. Y cae de bruces y gritan y ya me están golpeando. Gracias por darme fuerzas, Señor. Sea mi martirio para tu eterna gloria. Dios mío. ¿Qué pensará de mí la Madre Conchita?

[De *Proceso*. 17 de julio de 1978]

□ *Ese maldito polvo que no deja de caer*

Vito, Hidalgo, 1o. de febrero. La mujer gritó:

—Mi marido se está muriendo, señor... Mírelo cómo está con las calenturas y los dolores y la tos que no lo dejan... Cada día más desmejorado, flaco y nervioso. Sin poder curarse, sin poder comer. Y ese maldito polvo que no deja de caer. Es la silicosis, señor. La misma enfermedad que mató al difunto Melitón y a muchos hombres de este pueblo. Este polvo nos va a matar a todos...

Entonces, Irene Sosa comenzó a llorar.

A su lado, Gregorio Fuentes permanecía con la mirada clavada en el piso. Turbado, el hombre jugueteaba distraídamente con el ala de su sombrero.

—Y cómo quiere usté que se cure si el Seguro Social le "pasa" 1 417.50 al mes. Y ora suspendieron el pago "quesque" porque van a revalorarlo... Yo tuve que irme de recamarera a una casa de La Tolteca. Me pagan 50 pesos diarios. Es poco. Pero sería peor nada. Y luego con cuatro hijos que mantener... Mis niños están chiquitos, señor, y con todo y eso, no nos alcanza para nada. Y ahí está él...

Gregorio Fuentes Martínez tiene 28 años de edad. Sólo terminó el segundo año de primaria. De tez intensamente morena, el bigote se le convirtió en promesa. Ahora, recuerda:

—Tenía 17 años cuando empecé a trabajar en la Minera Mercantil El Palizar. Eso fue en 1967. Yo era peón. Digo que cargaba y descargaba la "sílica" de los camiones o de los furgones del ferrocarril. La "sílica" y el caolín se usan en la cosa de los plásticos y los detergentes. Me pasé un año de peón, ganaba 19 pesos al día. Luego me aceptó el sindicato y fui operador de molienda. El polvo hay que molerlo y secarlo. Y ahí estuvo lo malo. El patrón Arcadio Hernández y sus hijos Sergio y Gerardo se negaron a darnos mascarillas. Bueno, con decirle que Juan Hernández, que era el líder, se murió de silicosis...

Corta Irene Sosa:

—...Y hasta la fecha eso no se ha arreglado. Había de ver, señor, las tolvaneras que nos cubren cada mañana...

El marido la mira. Irene baja la cabeza, se retuerce las manos,

raspa, con las uñas, la deteriorada pintura de una cama de metal.

...Era relevo de operadores de envasado cuando me empezó la tos. Sentía caliente la espalda. No podía dormir. Siempre andaba todo sofocado. Sólo al principio arrojé sangre. Entonces me fui al Seguro Social. "Tienes tos", me dijo el médico y me dio medicina. Pero nada. Yo seguía igual. Así, como desguanzado, sin ganas de nada. Entonces que me voy a Atotonilco de Tula y el médico me "sacó" unas radiografías del pulmón. "Ni modo, ya estás afectado por el polvo", me dijo y me incapacitó por cinco semanas y me dio mis medicinas...

Lo platica Abel Gil Rodríguez, presidente municipal de Atotonilco de Tula:

—Los polvos de las cementeras nos tienen fregados. A los niños se les enferma la piel. Parecen sarnosos. Llenos de grietas, descoloridos, polveados. Cementos Tolteca, división Atotonilco, Cementos Portland-Blancos de México y la Minera El Palizar lo contaminan todo. Los polvos llegan hasta Atitalaquia, que está a 5 kilómetros de aquí y hasta a Tlaxcoapan. Muchos se enferman. Usted los mira y piensa: "este muchacho está medio desnutrido". Pero no. La verdad es que ya está bastante mal. Es la silicotuberculosis. Y los mata jóvenes. Aquí en Atotonilco de Tula hace poco se murieron más de 30...

Irene Sosa se excusa, abre los brazos y dice:

—Perdóneme que no le "oferte" nada, señor. Pero...

Y Gregorio Fuentes Martínez, su marido:

—...Yo ya no me sentía competente para trabajar. Me ahogaba al subir una escalera. Usaba la mascarilla pero era muy corriente. Todo el polvo se pasaba. De vuelta con el médico me dijo que "los medicamentos no servirían de nada si continuaba trabajando en esas condiciones". Y hasta me advirtió: "no tendrás más incapacidades si no abandonas ese trabajo". Entonces yo le dije: "no quiero que me pase lo que al finado Agustín que se murió de lo mismo. Deme tiempo para que me alivie. Déjeme sano y me salgo de ahí". Y el médico que se me queda mirando y que me dice: "tú ya nunca te vas a aliviar..."

Irene, su mujer, la madre de sus cuatro hijos lo mira con ternura. Escucha todo lo que ha vivido. Las imágenes de su existencia desfilan ante sus ojos. Todo lo tiene presente. Ningún detalle olvida. A veces, corrige e incita a su marido a revelar detalles. Jaime Andrés Arroyo echa mano de su tercer ojo para captarlo todo...

—...Y me iban a incapacitar seis meses y me dieron las "formas". Pero las llevó un empleado de confianza y habló con los doctores. Quién sabe qué tratarían, el caso es que luego el médico quería que yo renunciara al trabajo. Total que después de muchas discusiones aceptaron que lo que yo tenía era un "riesgo profesional".

Y que si las cotizaciones y que si los porcentajes... Total que de los 100 pesos diarios que yo ganaba, todo quedó en 1 417.50 al mes. Y aquí estoy. Desde 1975 no trabajo...

En Atotonilco de Tula, Abel Gil Rodríguez observa:

—Es el problema económico el que orilla a trabajar en lo que sea. Muchos que quisieron ser "braceros", trabajar "del otro lado", vinieron a parar aquí. Les pagan bien. 120 pesos diarios. Y cuando uno les dice que se van a morir muy pronto, ellos responden: "¿Y qué? Es mejor trabajar que morirse de hambre..."

Gregorio Fuentes Martínez habla sin énfasis. Voz sin matices, la suya. Tampoco gesticula. Ni se altera ninguna de sus facciones. Habla:

—...Una vez se formó una Comisión Contra la Contaminación. Querían que Arcadio Hernández pusiera filtros para evitar las "polvaredas". Fueron a México. Arcadio dijo que no. Que eran muy caros. Cuando yo me salí ya se habían muerto cinco trabajadores y diez más están en las últimas. Total que clausuraron El Palizar. Luego vino una huelga y el patrón corrió a todos. Tuvo que indemnizarnos. A mí me tocaron 25 000 pesos. Esa vez salimos 50 trabajadores. Ahora la fábrica trabaja con gente que viene de fuera. Desde Ajacuba, Tezontlale, Tetepango, viene la gente a trabajar. Pero Arcadio Hernández ya no le da trabajo de planta a nadie. A'i se los lleva con contratos de 28 días... Nada de derechos...

(Tierra seca y avara. Magueyes. Pirules. Nopales. Yuca. Cardos. Eso es lo único que se ve por el camino. Todo es gris. Gris el paisaje, grises los rostros de los niños. La grisura lo domina todo. Y donde corren las aguas del Tula, la espuma de contaminantes y el hedor impresionan. Aguas rebotadas, sucias, pestilentes. En las afueras de las fábricas de cemento, gruesas lonas protegen la pintura de los automóviles de los ejecutivos. Así se ve.)

Gregorio Fuentes Martínez se excusa un momento, hurga en un ropero. Busca en una repisa. Escudriña debajo de un cuadro. Mira un retrato coloreado torpemente.

—Mire, aquí está el recibo de lo que me da el Seguro Social. Yo digo que es muy poquito. Y es que en poco más de ocho años yo dejé la vida. ¿Cómo me voy a curar? Me dicen que me nutra, que coma bien, que repose y que no me angustie. ¿Cómo? ¿Con qué compro la comida? Y tengo que darle de comer a mi mujer, a mi mamá y a mis cuatro hijos...

En la miscelánea La Popular, en Vito, Hidalgo, el tendero Felipe Fuentes dice mientras mide un cuarto de aceite:

—...Aquí se han muerto más de 25. ¿Usted viene del periódico? Oiga, diga lo que pasa aquí. Yo creo que si pavimentáramos el pueblo, como que el polvo se aplacaría. Mire, aquí adelantito están

varios que ya se van a morir.

Y en un pedazo de papel de estraza anota:

—Gregorio Fuentes, Lorenzo Fuentes, Salustio Sánchez, Ricardo Martínez...

El reportero tiene en su poder un *Estudio integral de los municipios de Atotonilco de Tula y Atitalaquia*, realizado por la Secretaría de Salubridad y Asistencia. La obra abarca los años de 1971 a 1975. En su página 16 revela: "En la población de Vito, existe un problema epidemiológico de tuberculosis..."

Y en la página 17: "Son las industrias de El Palizar y Cementos Portland-Blanco en donde se presenta el mayor número de sospechosos a padecimientos pulmonares, de tuberculosis, silicosis y silicotuberculosis. Esto nos obliga a proponer el cierre de la industria El Palizar, el cierre de la nave de Portland-Blanco *en definitiva* hasta que no se reúnan las condiciones para proteger la salud del trabajador."

Irene Sosa, en Vito:

—Y mi marido se agrava cuando sabe que alguno de sus compañeros ya se murió...

Y en Pachuca, enfundado en un traje de casimir gris a rayas azules, cortado a medida, el gobernador de Hidalgo, José Luis Suárez Molina, dijo:

—Las cementeras son un problema. En Jasso acabaron con 3 kilómetros de fresnos. Pero... ¿Qué quiere que haga? No puedo cerrarlas. Al fin y al cabo son una fuente de trabajo.

[De *El Universal*, 2 de febrero de 1978]

□ *Todo queda en la tienda de raya*

Pochutla, Oax., 16 de marzo de 1978. Arrodillada sobre la tierra húmeda, rodeada de hojarasca, Fidelina García dijo:

—...Esta finca se llama El Olivo. La viuda Ricarda Luján es la patrona. No, no es regañona, ni nos maltrata... Un poco enérgica nomás. Orita estoy en "la pepena". Es la costumbre. Cuando termina la pizca del café, doña Ricarda nos regala el que se cayó al suelo. Lo que encontramos es para nosotros. No es mucho... Rosario Luna, mi marido, trabaja aquí. En este lugar vivimos con nuestros siete hijos. Mi marido gana 120 pesos a la semana... Yo no sé si sea mucho o poco. No me doy cuenta.

Tierra de los Luján. La finca cafetalera El Olivo tiene 300 hectáreas. Doña Ricarda Luján es la dueña. El Fénix también produce café en igual extensión. Virginia Luján es la propietaria. Y La

Sirena cultiva cafetos en sus más de 1 000 hectáreas, Aniceto Luján manda ahí.

Tierra de los Luján. Tan ricos son que la gente dice:

—...Los Luján tienen pacto con el Diablo...

Fidelina García hundía las manos en la tierra. Cuando sus dedos daban con "un cerezo", un movimiento avaro lo llevaba pronto a un bote de hojalata. Detrás de la cerca de púas que delimita El Olivo reveló:

—Hace mucho tiempo que vivimos aquí. Casi no salimos. Aquí, doña Ricarda nos vende el jabón, el azúcar, la sal, la cerveza, el maíz... Todo lo descuenta después. Nos deja vivir aquí. Ora casi no hay gente, ya terminó la pizca y los "vallistas" y sus familias se fueron. Volverán el año que viene. No, ellos no tienen casa. Los meten a todos en unos corralones...

Mario Díaz miraba el filo de su machete. Se volvió, sonrió cortés y desgranó:

—Ya llevo ocho años aquí. Soy de Miahuatlán. Nunca fui a la escuela. Estoy para lo que se ofrece. Ora en la pizca me fue bien. Me pagaron a 12 pesos el almud. Apurándome y si las matas están cerca me llenaba 10 almudes por día. Ora verá usted, más o menos un almud son como 15 kilos. La patrona nos da los canastos. Cada canasto es un almud...

Y ofreció su casa. Petates, piso de tierra suelta. Haces de ocote para iluminarla. Antonio, su hijo, lo miraba. Casucha de cartón. Justo enfrente, sólida, bien construida, amplia y cómoda la casa de doña Ricarda...

El Olivo está a la mitad del camino que une a Pochutla con Pluma Hidalgo. Ruta de 75 kilómetros y 4 horas en un "safari". El camino se enrosca en la sierra. El Olivo verdea.

En las fincas cafetaleras los patrones venden el kilo de maíz a 6 pesos. A 12 el de azúcar. Una cerveza cuesta 10 pesos. Lo mismo que un kilo de frijol...

—...Pos se come poco —dice este hombre que está en los huesos que cubre apenas con un pantalón que no resiste un remiendo más y una camiseta que "se cae de mugre"—, un poquito de sopa, un poquito de frijol, algo de maicito... Ai la pasa uno... Hasta que se enfada uno y se va a otro lado. Pero por aquí todo es igual...

Aquí están las matas de florifundio. Curiosas flores que crecen en árboles muy altos. Flores blancas que miran a la tierra.

—Ora viene la limpia. Hay que quitarle las yerbas al cafeto. Le hacen daño. Si me hago 1 000 matas en una semana, entonces me pagan 200 pesos. Mi hijito me ayuda. Poco, porque está muy chiquito. No, a él no le pagan nada... Ora que ya esté mayorcito entonces sí...

Sierra arriba está Pluma Hidalgo. Ahí está Anatolio Cruz. Mira cansado los sacos que dicen *Café Mexicano*. Está en el centro de recepción de Inmecafé. Dice:

—No, por orita no compramos. Es que no hay dinero. Toda esta semana no pudimos comprar. Yo trabajo aquí con mi tío Sabino Cruz que es el encargado del centro. Viene la gente, me ofrece el café. Pero ¿qué hago ... No hay dinero y la gente se va. Le vende el café a los acaparadores...

Guilebaldo Aragón llegó junto con Sabino Luján. Iban a ofrecer café. Se quedaron a platicar.

—...Hace tiempo el Inmecafé nos pagaba con "vales". Ora ni con eso. Y luego los vales tardaban mucho tiempo en hacerlos efectivos. A veces tiene dinero y adelanta un poco. Y no es nada más aquí, en Pluma Hidalgo... Lo mismo sucede en San Pedro Piñas, en Candelaria... Vaya y lo verá... No nos queda otra. Hay que ir con los coyotes, con los acaparadores que se aprovechan. ¿Qué se le hace? Uno tiene que comer... Y lo agarran "ahorcado" a uno... Ora como el café está a la baja...

Los hombres exponen:

—Mire, el Inmecafé de plano nunca nos ha servido. Ni los bancos oficiales. Ponen muchas trabas para dar el dinero. Y los coyotes no. Con ellos hay compromiso y sanseacabó. Hace poco estuvimos aquí a pedir que el ingeniero Victorino Maldonado, del Inmecafé, nos diera asistencia técnica y consejos para combatir las plagas. ¿Sabe qué nos dijo? "A mí no me molesten señores, los cafeticultores son ustedes y ya deberían conocer su negocio"... Así nomás no se puede...

—¿Quiénes son los acaparadores?

Guilebaldo y Sabino intercambian miradas cargadas de sentido. Socarrón, Guilebaldo dijo:

—¡Uh! Pos el mero mero es Florentino Audello Galguera. Nadie como él. Es dueño de la finca Dolores. Hasta beneficio de café tiene. En Pochutla es el amo. Y también en Oaxaca. Tiene pesos. Él compra todo. Que el ajonjolí, que el café, que el maíz. Pa todo tiene don Florentino Audello. Y ahí está don Gregorio Ordaz el dueño de Independencia. Y en El Refugio el mandamás es Medardo Rodríguez Pérez. Y en Santa Cruz don Sabino Ordaz... Ellos no necesitan al Inmecafé para nada. Son gente que exporta por su cuenta...

Y los coyotes son Odilón Silva, Pedro García, Juan Hernández Ruiz, Mario Pérez Franco, Guillermo García.

Y luego las fincas de los alemanes. De hombres que llegaron a estos lugares en el paréntesis de la primera y la segunda guerras mundiales. Los Scheremberg. Esperanza Scheremberg de Ricárdez.

Juan Scheremberg Santos y su hermano Gustavo. Y Martín Matter. Y don Alberto Matter... Cerros y cerros destinados al cultivo del café...

—Y luego la forma en que trabaja el Inmecafé. Usted entrega su café. Cada costal pesa un kilo exacto. Así el Inmecafé nos descuenta 200 gramos. ¿Quién se beneficia con esos 200 gramos extras en cada costal de 50 kilos? —se pregunta Guilebaldo Aragón.

Anatolio Cruz, el encargado del centro, desvía la vista...

En Pochutla los hombres pelean. Se disputan el poder. Hace semanas que nadie gobierna el pueblo. La tropa custodia el palacio municipal. Muchas comisiones han ido y venido de y a Oaxaca en busca de una solución.

Lo que pasa —explica Servando Álvarez Veraza— es que el PRI escogió como con lupa al más malo. Y aunque somos priístas no estamos de acuerdo en que nos gobierne un hombre como Feliciano Chano Martínez, sobre el que pesan órdenes de aprehensión por invadir tierras y repartirlas arbitrariamente.

Don Servando Álvarez es un hombre que no se va de la lengua. Inteligente, calcula el efecto de sus palabras. Tiene fama de ser el asesor de los adinerados de Pochutla. Huidizo, lo rechaza. Se dice comisionista. Acepta que hace tiempo representó aquí a AeroMéxico y que era el concesionario de la Cervecería Modelo. "Ahora el servicio aéreo anda muy mal", se queja.

Y dice que el Chano perdió aquí la elección. Y que ganó sin fraudes ni triquiñuelas Sadot Gabriel, a quien apoyó el PARM. Servando propone:

—Que no sea Sadot Gabriel. Que sea otro. Pero Chano no, jamás.

Y cuando cae la noche el reportero se encuentra con Adalberto Gutiérrez Cruz. Gente de Chano. Aspirante a síndico municipal. Dice:

—Pos aquí estamos "calientes". Defendiendo a nuestros hermanos los campesinos. La gente está con Chano. Lo que pasa es que los ricos no lo quieren porque él sí ve por el indio...

Adalberto Gutiérrez Cruz calza guaraches y lleva ropa muy usada. No da la cara. Oculta el rostro a la cámara de Jaime Andrés Arroyo.

—¿Y usted es campesino?

—Bueno, orita soy presidente de una cooperativa pesquera en Puerto Ángel. Yo no quería pero me obligaron mis compañeros. Es que yo les arreglé todo. Me pagan 3 000 pesos al mes. Tengo también un tallercito de herrería. Y una granjita donde engordo pollos. Pero aquí me tiene sacrificándome por mis hermanos los campesinos.

[De *El Universal*, 17 de marzo de 1978]

☐ *El Desengaño: hablan los campesinos*

De El Desengaño, ese ejido de apenas 50 hectáreas al norte de Oaxaca: un caserío campesino de 34 chozas, una pequeña escuela y una tienda, no queda nada. Sobre la loma de Buena Vista —donde se localizaba el ejido— policías de Tuxtepec vigilan día y noche impidiendo que los campesinos se acerquen: entre las siembras de maíz, frijol y chile, las reses acaban con la cosecha a punto de ser levantada.

Sus antiguos moradores, un grupo de 44 campesinos y sus familias, se refugiaron primero bajo los árboles de Zacate Colorado, ejido vecino de El Desengaño; luego vinieron a la ciudad de México y se metieron a las oficinas de la Secretaría de la Reforma Agraria en busca de justicia.

Habían esperado durante diez días bajo los árboles a que se les restituyeran sus tierras, se les indemnizara por los daños cometidos y se castigara a los terratenientes y a sus cómplices. Como nada de eso ocurrió, demandaron personalmente el cumplimiento de sus derechos con la "autoridá" agraria. Luego de dos días de permanecer en las oficinas de la Secretaría de la Reforma Agraria, fueron desalojados brutalmente por granaderos. Una vez más fueron golpeados en una madrugada (la del 26 de abril), y llevados a los separos de la policía en Balbuena, de donde los trasladaron —"dicen que a Oaxaca", relató uno de los campesinos que logró escapar—. Hoy, ni siquiera la libertad que conservaban tras el despojo, les pertenece.

Aquella madrugada santa, encabezados por el terrateniente Leonardo Rueda Reyes —que presenció el desalojo— pistoleros y policías robaron cuanto encontraron a su paso. Además de las modestas pertenencias de los campesinos, se llevaron 50 650 pesos que había colectado la comunidad, así como las mercancías de su tienda colectiva.

Luego, los dos tractores —propiedad de Luis Corro Muñoz, ejidatario de Zacate Colorado, y otro del terrateniente Roberto Moreno Sada— se fueron sobre el caserío, destruyendo 34 viviendas, la escuela con su pizarrón, mesabancos y demás utensilios escolares, así como sobre la tienda. "Ni la bandera nacional que teníamos en la escuela respetaron", comenta uno de los ejidatarios.

De inmediato, los policías soltaron al ganado, que se fue sobre las siembras.

A partir de esa madrugada, los campesinos se fueron a refugiar al lugar más próximo: Zacate Colorado. Ahí, sin más comida que la que les daban sus compañeros y vecinos se mantuvieron a la espera de una intervención gubernamental que esta vez no la emprendiera contra ellos. Sin una casa, sin las tierras por las que tanto habían luchado, permanecieron diez días.

Ahí los encontramos, conteniendo la rabia a la hora de denunciar. Avergonzadas por la humillación sufrida, las mujeres bajan la cabeza y no hablan de las violaciones cometidas en su persona por los pistoleros. Sólo mencionan las golpizas y cómo las fueron echando a culatazos dentro de las camionetas; cómo las forzaban a dejar sus casas. "Valientes ellos con las armas" narra Lidia, una de las mujeres más golpeadas.

Muestran a los niños, uno de los cuales —hijo de Margarito Sánchez Lozano, su representante— fue a dar bajo una de las camionetas tras los empujones de los policías. El pequeño, de apenas dos años, lleva en su cara las heridas que le hiciera el chasís del vehículo. "El diferencial fue el que acabó rompiéndole la cabeza", explica otro de los campesinos.

Luego trata de explicar las razones del brutal desalojo: "No sabemos, pues, a lo mejor es porque el terrateniente no quiere que estemos viviendo aquí y por eso nos deja en la calle". Dicen que Leonardo Rueda lo quería hacer desde mucho antes. Pero que esperó a la Semana Santa, "cuando no hay servicios ni a quién recurrir".

Responsabilizan al gobernador del estado, Eliseo Jiménez Ruiz y a Luis J. Garza Torres, delegado agrario en el estado, pues supuestamente la orden del desalojo estaba firmada por ellos, según dijeron los agresores.

Pero quizá lo que más duele a los campesinos es lo que está sucediendo con sus siembras, a punto de ser cosechadas, y entre las que ahora anda el ganado. Durante meses tuvieron que sembrar de noche para evitar a los policías que durante el día vigilaban las 50 hectáreas de los campesinos, para que no sembraran.

Luego pasan a relatar algunos pormenores de su larga lucha por esas tierras que desde siempre les han pertenecido.

Dicen que fueron despojados de sus tierras comunales cuando el Valle de Tuxtepec sufrió fuertes inundaciones en 1944 y 45. Entonces latifundistas de la región, protegidos por el recaudador de rentas Francisco Moreno, se aprovecharon del traslado forzoso de los verdaderos propietarios, para comprar ilegalmente las tierras.

Desde su regreso a la región, los campesinos intentaron recuperar

las tierras de El Desengaño, nombre simbólico que les recuerda cómo las autoridades agrarias los trajeron durante mucho tiempo de una oficina a otra, sin darles una solución y engañándolos con que ya no hay tierras que repartir. "Con la toma de las tierras los desengañamos" y fue así como surgió el nombre del ejido ahora desaparecido.

AVECINDADOS EN ZACATE COLORADO

La lucha por las tierras de El Desengaño en Tuxtepec, Oaxaca, la empezamos en 1971. En ese tiempo estábamos avecindados en el ejido Zacate Colorado y no sabíamos nada de lo que era la verdadera lucha por la tierra; no conocíamos siquiera los trámites que les dicen burocráticos.

Seis años nos pasamos mandando comisiones a México y Oaxaca. En este tiempo se cambió tres veces el expediente porque dizque "no procedía". Primero lo empezamos por vía de titulación de bienes comunales, hicimos gestiones y gestiones y no pudimos llegar a nada, dijeron que no se podía hacer nada porque nosotros no estábamos en posesión de la tierra y que era mejor que se cambiara el expediente por la vía de restitución; y así se hizo. Seguimos luchando y tampoco nos hicieron caso porque dizque "nos hacía falta una acta en donde se hiciera constar la fecha y forma en que despojaron a nuestros antepasados de sus tierras". Eso nos dijeron en la Comisión Agraria Mixta, y a la vez nos dijeron que por derecho se necesitaba hacer una solicitud por la vía de dotación; y se hizo, no recordamos la fecha, pero fue por junio de 1977.

Ya se había hecho la lucha por todas las vías que se pueden seguir para conseguir las tierras según la Ley Agraria, y nomás no se veía ningún resultado. Ya estábamos cansados, pues las comisiones eran cada ocho o quince días. Ya verdaderamente no hallábamos la puerta, pero la necesidad nos hizo ver un nuevo camino: la toma de lo que por derecho nos pertenecía, la toma de la tierra que fue de nuestros antepasados y que ahora será nuestra cueste lo que cueste. Y así fue como el día 9 de agosto de 1977 nos metimos en las tierras de El Desengaño.

EL FRENTE CAMPESINO INDEPENDIENTE

Para cuando nos metimos en las tierras ya teníamos más abiertos los ojos. Desde abril de 1976, junto con 22 grupos de campesinos nos reunimos en Oaxaca para fundar el Frente Campesino Independiente, la mayoría eran de Tuxtepec como nosotros, aunque también

había campesinos de otros lugares de Oaxaca. Todos los grupos éramos solicitantes, puros campesinos sin tierra.

Decidimos unirnos en este Frente para tener una organización campesina de lucha, porque las organizaciones charras como la CNC, verdaderamente no ayudan a uno. Cuando un expediente está muy adelantado, con su intervención tratan de desorientar y de atrasar. Porque esas organizaciones están con los señores terratenientes, los señores latifundistas; y les gustan mucho los billetes. Ellos son los que verdaderamente tienen engañados a los campesinos por todo el país; nosotros no queríamos que interviniera ninguna organización charra de ésas. Se llegó a la conclusión de que solamente formando un frente independiente se le podía exigir al gobierno y a las instituciones como la Reforma Agraria, que se resolvieran las exigencias que en ese momento estaban golpeando y siguen golpeando al campesino.

Los objetivos del Frente desde su fundación fueron: luchar contra el latifundismo y el acaparamiento, contra el caciquismo, contra la represión y por la obtención de crédito, agua y técnica para los campesinos.

LAS PRIMERAS MOVILIZACIONES

El 15 de julio de 1976, sabiendo que Barra García iba a venir a Oaxaca para ver lo del latifundismo y el cacicazgo, los que estábamos en el Frente decidimos hacer una movilización para presionar juntos y obligarlo a que atendiera nuestros problemas. Y es que habíamos visto que separados no adelantan los expedientes de cada agrupación, porque cuando uno va de comisión los señores funcionarios no lo atienden, sólo se pasan dando vuelta de allá para acá y a uno lo ven como nada.

Estuvimos en Oaxaca dos días y Barra no llegó, sólo mandó un representante que hizo puras promesas. No se logró mucho, pero demostramos nuestra fuerza y unidad.

Luego, en diciembre de ese año, nos fuimos a México como 400 campesinos a hacer una toma de la Secretaría de la Reforma Agraria, nos estuvimos trece días en México y es que sólo de esa manera entienden, es como se ponen a trabajar un poquito. Para algunos ejidos les comisionaron personal para que hicieran investigaciones de fraccionamientos simulados, a otros les comisionaron ingenieros para que vinieran a levantar censos básicos, y a otros ejidos ingenieros para que fueran a hacer trabajos técnicos informativos.

Con todo y el montón de comisiones, se pasó un año y nosotros seguíamos sin tierra y los otros grupos del Frente andaban igual.

EL DESENGAÑO

Como las autoridades agrarias no querían resolver positivamente nuestras demandas tuvimos que actuar por nosotros mismos. El 9 de agosto de 1977 tomamos las tierras que habían sido de nuestros antepasados y de las que se decían propietarios los terratenientes Pilar Velázquez, Leonardo Rueda y Petra Arroniz. Los terrenos que tomamos estaban baldíos, no tenían ninguna siembra, había puro monte, puro zarzal. Levantamos unos jacales y así fue que nació la comunidad a la que le pusimos por nombre El Desengaño.

En seguida los latifundistas nos quisieron sacar con amenazas, diciendo que nos iban a matar con todo y familias. Seguro creen que todavía estamos en los tiempos de antes, cuando los ricos mataban a sus trabajadores como matar a cualquier perro; pero no, esos tiempos ya se acabaron. Ahora los ricos matan a uno y el gobierno nada que dice, pero nosotros no nos quedamos con los brazos cruzados.

Cuando entramos en la tierra tuvimos apoyo de la COCEO, COCEI, normalistas, casas de estudiantes de provincia, promotores indígenas y de mucha gente. Por eso no fue fácil que el gobierno o los terratenientes nos sacaran. Si no fuera por las movilizaciones que se han hecho y la difusión que ha tenido a nivel nacional la toma de El Desengaño ya nos hubieran golpeado, nos hubieran matado a algunos compañeros campesinos. Ahí se está notando que sí hay alguna diferencia del gobierno con nosotros, que no puede actuar como ha acostumbrado siempre con los grupos aislados.

También nos apoyaron campesinos de diferentes grupos; los compañeros de La Coraza nos dieron una camionada de cañas para fabricar los jacalitos que teníamos. Los compañeros de La Joya también nos dieron una poca de madera. Los compañeros de Chiltepec nos ayudaron con un saco de azúcar cuando nosotros no teníamos nada para endulzar y otras ayudas más que hemos recibido de ellos mismos, de alimentación. Algunos otros compañeros también nos han apoyado con ayudas económicas porque están algo retirados y no pueden traer ni maíz, ni frijol. Hemos mirado que todos nos han ayudado cuando de veras se ha necesitado.

LAS PROMESAS DE LA SECRETARÍA

Para octubre el Frente Campesino Independiente realiza una jornada de lucha que dura tres días. Tomamos la delegación agraria de Oaxaca y se hizo una parada permanente en el Palacio de Gobierno. En esa movilización fueron del FCI de Tuxtepec, campesinos de la Mixteca, Valles Centrales y el Istmo; obreros de Cha-

neque Verde; la COCEI; los normalistas de Oaxaca, de Tuxtepec y de Tamazulapan; la Unión Independiente de Estudiantes Democráticos y otras gentes de lucha. Éramos como 2 000 y ahí fundamos la Coordinadora de Organizaciones Populares Independientes del estado de Oaxaca. Las demandas de esa movilización fueron: Una reforma universitaria y aumento de subsidio. Expedición del decreto de autolegislación universitaria; solución a los problemas agrarios del Istmo y Tuxtepec; salida de los acaparadores de tierras comunales de Juchitán; destitución de Tomás Vicente, promotor agrario del Istmo; compra de tierras a los campesinos de El Desengaño; ejecución de la resolución presidencial de Fortino V. Pinacho. También se exigió la salida del ejército de Juchitán y la compra de tierras de Arroyo Águila y San Juan Bautista.

El día 20, mientras la policía rodeaba a los manifestantes que estábamos rodeando el Palacio Municipal, Bulmaro Morales que era el delegado de la Secretaría de la Reforma Agraria dijo que no tenía autoridad para solucionar las demandas campesinas. Se exigió que si no servía para nada lo quitaran de delegado y se logró. Su puesto lo ocupó Pablo Arboleida. Con el nuevo delegado se firmaron varios convenios favorables, entre los cuales la Secretaría aceptó comprar las tierras de El Desengaño. Arroyo Águila y San Juan Bautista.

Sin embargo los acuerdos no fueron respetados. Pasaron los meses y en ese tiempo en El Desengaño sufrimos constantes amenazas; mientras tanto el gobernador Eliseo Jiménez Ruiz negó el expediente en primera instancia y se puso de acuerdo con los terratenientes para sacarnos de la tierra.

Los que salimos de la cárcel nos fuimos a las tierras donde se habían logrado quedar las mujeres y los niños. Y ahí nos quedamos dispuestos a defenderlas.

Así pasaron los días y los "chaparros" [policías del estado] no se aparecieron por El Desengaño hasta el día 25, que fue cuando vinieron y se llevaron a otros diez compañeros. Pero esa vez tampoco lograron que nos fuéramos de las tierras. A los dos representantes los tuvieron presos más de seis meses en la cárcel de Tuxtepec. Les acumularon una serie de delitos que no habían cometido. pero los terratenientes tienen el poder, son los que realmente tienen la Ley en la mano. Para los campesinos no hay ley.

Desde entonces se sucedió que día tras día, mañana y tarde se tenía que trabajar con la presión permanente de tener la presencia de la policía ahí en El Desengaño. Y todo precisamente manejado por el señor terrateniente y las autoridades de Tuxtepec. El terrateniente en el momento que creía oportuno agarraba y mandaba un piquete de policías del estado a patrullar. dizque a cuidar a la co-

munidad para que no surgiera algún problema, para que la gente tuviera una protección. Digamos una protección totalmente a su manera, porque se comprobó totalmente que no era más que una especie de medida de presión, digamos sicológica, que estaban utilizando para amedrentar a los compañeros y a las compañeras. Para no dejar trabajar tranquilamente.

A pesar de la presencia de la policía sembramos las tierras de chile, maíz y frijol. Los trabajos del campo los teníamos que hacer por la noche y cuando no nos andaban vigilando. Nos echaron ganado en las siembras y llegaban con camiones que metían dentro de la milpa sin importarles las siembras. Por ningún motivo querían los señores latifundistas que nosotros trabajáramos las tierras. De todas maneras pudimos mantener la tierra sembrada y hasta pudimos levantar una cosecha.

OTRA VEZ EN MÉXICO

Necesitábamos que la Reforma Agraria nos cumpliera lo que había prometido, que comprara las tierras de El Desengaño como nos había prometido desde octubre, y que salieran nuestros presos. Como no veíamos solución el día 8 de junio, más de 100 campesinos de diferentes grupos del FCI y otros nos fuimos a México para tomar la Secretaría de la Reforma Agraria y que se nos hiciera caso. Del 3 al 22 de junio nos la pasamos en México. Hicimos tres intentos para tomar la Secretaría, dos veces nos recibieron pero nada nos resolvieron. A la tercera ni siquiera nos recibieron porque el mentado Toledo Corro acababa de entrar y nomás estaba recibiendo a sus amigos. Nos dejaron en la calle y nos echaron a los granaderos. El día 15 nos fuimos a parar al Zócalo para que nos viera López Portillo, pero ni nos vio, ni nos oyó, porque estaba muy ocupado.

Lo bueno de todo esto fue que todos los días conocimos a más compañeros que también están luchando, y conocimos de cerca lo que son los que se dicen gobierno, y todos los días salía nuestro problema en uno o dos periódicos de México.

TOMAS DE TIERRAS Y REPRESIÓN

Otros ejidos y comunidades del FCI empiezan a realizar tomas de tierras: el 10 de abril de 1978 se lleva a cabo una en El Mirador, municipio de Loma Bonita. Ahí los campesinos se mantuvieron varios días en las tierras pero fueron desalojados por el ejército. El 20 de abril se realiza otra toma de tierras en Arroyo Águila, municipio de Chiltepec ocupándose cinco hectáreas y lográndose un amparo

para cuatrocientas hectáreas.

El primero de mayo se logró hacer otra concentración de cuatro o cinco mil campesinos en Tuxtepec. Al término de la manifestación, es decir, cuando regresaban los compañeros campesinos de la comunidad Paso de Águila, ya los estaba esperando la policía del estado atrincherados a la orilla de la carretera para apresarlos. Precisamente en ese momento se recrudece la represión, agarran presos a cuarenta campesinos y catorce compañeros de la escuela normal; se los traen andando hasta Tuxtepec y en la prisión los encierran. Les hacían la acusación de que esta gente iba con armas de alto poder y que iban dispuestos a asaltar el cuartel que tenía la policía del estado en la comunidad, algo que es totalmente falso, porque en ningún momento utilizamos como una táctica la cosa de intimidar a través de armarse, a través de atacar a la policía. Porque si en algo se distinguían las movilizaciones es que todo se hizo debidamente ordenado.

El 3 de mayo los campesinos de El Mirador vuelven a meterse a las tierras y son desalojados de nuevo el día 4. El día 5 se realiza otra toma de tierras en La Joya, municipio de Tuxtepec.

El 5 de mayo, día nacional, llegaron a El Desengaño unos 80 "chaparros". Eran como las 6.30 de la mañana cuando yo me iba a trabajar pa' la loma, cuando dijeron "¡Juan, ahí vienen los pelones!". Al momento ya estaban ahí y se botaron para abajo, cuando gritó uno, allá en el carro: "Ése es, agárrenlo"; estaba el compañero representante en el pozo dándole agua a la yegua. Allí mismo le echaron mano. A mí me quitaron el hacha y dijeron: "Vámonos, ya sabías a qué te metiste ¿verdad?" "Sí", les dije, "yo sé". "Vamos caminando" y me llevaron del brazo encañonado. Allá nos sentaron y dijeron: "Crucen las patas". Así nos sentaron hasta cuando llegaron los demás que se habían ido temprano a cortar caña, que como les avisaron de esto regresaron y también se los llevaron. Ese día nos llevaron a 14 a Tuxtepec. Voltearon todo lo que teníamos, agarraron dinero, comida, herramientas, juguetitos de los niños... amenazaron a las compañeras de desalojarlas, de quemar las casas y a ellas de llevárselas en camiones de redilas para regarlas sin rumbo fijo por las carreteras. Amenazaron también a los niños. Cuando nos llevaron a Tuxtepec nos iban vacilando, nos decían "qué tal ahora allá encerraditos y sin comer y el sancho por acá comiendo bien". No les hacíamos caso. Luego allá nos quitaron parte de la ropa y nos tuvieron parados todo el día en el purito sol, pasándonos a tomar declaraciones.

Ya en la tarde que nos dicen: "Pues miren, a ustedes los vamos a dejar en libertad —fue un viernes en la mañana— pero para el sábado a mediodía necesitamos que todas sus cosas estén fuera y

ustedes también. Porque el domingo en la mañana ahí estaremos y donde los volvamos a agarrar ahora sí se pudrirán en la cárcel y vamos a quemar todas las casas, las vamos a tumbar". A los compañeros dirigentes les dijeron que ni iban a salir porque tenían orden de aprehensión.

NUEVOS ENGAÑOS

Al regresar a Oaxaca nos encontramos con que el gobierno ya nos tiene mil hectáreas de tierra en un lugar que se llama Laguna Escondida, Ojitlán. Y el crédito y camiones para que nos larguemos. Esto tuvimos que discutirlo muy bien.

Lo primero que hicimos fue formar dos comisiones, una para que fuera a ver las tierras para ver de qué calidad eran y si es cierto que no tenían dueño. La otra para ver al delegado agrario para que viniera y ante una asamblea nuestra nos barajara más despacio esta proposición.

La comisión que fue a ver las tierras nos trajo la noticia de que parece que las tierras sí son buenas, pero que están ocupadas por siete campesinos a los que el gobierno quiere sacar a la fuerza y mandarlos a Uxpanapa, porque ahí se va a inundar por la presa Cerro de Oro.

A los pocos días vino el delegado agrario para tratar de convencernos, traía tres "choferes", con pistola debajo de la camisa. Ese mismo día también nos cayó del cielo un tal Tamayo que se decía dueño del Papaloapan, llegó en helicóptero. Nosotros ya estábamos preparados para recibirlo con una asamblea del Frente Campesino Independiente de Tuxtepec; en donde cada grupo expuso su problema. Por nuestra parte, expresamos que esas tierras que el gobierno quería darnos serían inundadas por la presa Cerro de Oro, y entonces cuando subiera el agua solamente se mantendrían los peces y las ranas. El delegado manifestó que allá se podría mantener una cooperativa pesquera. La contestación nuestra fue que nuestra ocupación ha sido hacer producir la tierra y por ese motivo estamos tratando que el gobierno nos reconozca lo escrito en el Artículo 27 constitucional que dice que a los campesinos sin tierra se les dotará de las propiedades que haya de inmediato. Tal parece que el gobierno pasa por alto los artículos que favorecen al campesino, pero el que se hace pasar por pequeño propietario sólo tiene la tierra de lujo.

Entonces se nos presenta que las organizaciones dependientes coludidas con los terratenientes, son utilizadas para enfrentarlas o buscar motivos para reprimir a las organizaciones independientes. Como es el caso de la toma de tierras de El Recreo, que se realiza dentro de la zona que se considera de afectación por El Desengaño

y organizada por gente que trabaja dentro de la CNC. Llegan, entonces improvisan sus casitas de palo. Los empiezan a amenazar que les van a quemar las casas, que los van a desalojar. Y efectivamente, los desalojaron cuando en El Desengaño privaba la presión debido a la presencia de la policía. En este momento surge la quema del caserío de gente que había tomado El Recreo. Como está aledaño a El Desengaño, empiezan los comentarios de que ya quemaron el caserío de los compañeros que apenas acaban de tomar las tierras, ahora sí nos van a partir a nosotros, seguro que van a venir a pegar. Ahí se ve la manera de cómo la policía es manejada por los terratenientes, la llevan a desbaratar esa toma de tierras, que por otro lado no tenía nada de sincera, que bien la pudieron haber improvisado por parte del estado o de los terratenientes para iniciar una serie de represiones que sería propiamente la guerra que les estaban declarando al FCI y en particular a El Desengaño.

LLEGA EL EJÉRCITO

También el 7 de diciembre de 1978, precisamente para tronarnos empezaron a llegar soldados y se empezó a poner la situación bastante grave. Todo eso vino a desembocar en la práctica que hicieron veintitantos mil soldados y todo el equipo haciendo un desfile militar en Tuxtepec.

Luego, el 27 de diciembre del año pasado, se vino otra agresión contra la comunidad; la policía balaceó un tractor con el que se estaba trabajando ponchándole las llantas a boca de jarro. Esa vez se llevaron a un campesino de Hidalgo, Gerardo Cerón, que comenzaba a trabajar acá por Tuxtepec. Lo golperon para que confesara que era un agitador, lo acusaron de daños en propiedad ajena y hasta le inventaron un volante de la Liga 23 de Septiembre Todo para perjudicarlo y perjudicar El Desengaño. Hasta el día 3 de marzo lo soltaron, pero bajo fianza.

ACABAR CON LAS TIERRAS LATIFUNDISTAS

Pero eso sí, no estamos dispuestos a perder El Desengaño. No estamos vencidos y nos suponemos que si la organización sigue un poco fuerte y que el gobierno no ponga obstáculos tan grandes como nos está poniendo, tendremos que despojar a todos los terratenientes, y posiblemente vaya a haber algunos muertos de nosotros los campesinos. Porque ellos tienen un gran poder, a ellos los apoya mucho el gobierno, y nosotros para el gobierno somos un cero a la izquierda. Según él, nosotros no le damos ninguna ayuda econó-

mica como se las están dando los latifundistas, los propietarios.

Pero la idea de nosotros es de que se tienen que acabar todas las tierras latifundistas. Todas esas tierras que tienen esos señores. tienen que pasar a manos de los campesinos para mantenimiento de sus familias. Porque verdaderamente muchos compañeros tienen a sus familias muertas de hambre por no tener dónde trabajar.

[De *La Cultura en México, Siempre!*, 1979]

□ *Nicaragua, "en el peor momento de su historia"*

Managua, 8 de julio. Como el hombre de la parábola al que mataron a palos ante la indiferencia de los demás, Nicaragua vive hoy "el peor momento de su historia", sin que, al menos en apariencia, su situación conmueva lo suficiente al resto de las naciones.

En San José nos lo habían comentado ya los ex-guardias nacionales que desertaron del ejército somocista; ha sido el reproche constante de los sandinistas, y este día lo fue de monseñor Miguel de Obando y Bravo, arzobispo de Managua, durante la misa que celebró en la iglesia de Santo Domingo, allá en La Sierrita, por la carretera a Mazaya.

La última crisis de Nicaragua rebasa ya el mes, sin que siquiera puedan entrar en vigor los acuerdos tomados por los países miembros de la Organización de Estados Americanos, en el sentido de que abandone el poder el dictador Anastasio Somoza y cese de una vez por todas el baño de sangre en la nación centroamericana.

Hoy aparecieron en esta capital nueve cadáveres más frente al teatro Rubén Darío, en las orillas del lago. Su estado era tal. que las agencias de noticias se negaron a transmitir al mundo sus fotos, como lo han hecho antes con las de otros seis encontrados en ese mismo lugar en los últimos cinco días.

A partir de antenoche, ni siquiera los campamentos de refugiados de la Cruz Roja son lugar seguro para los aterrados nicaragüenses que huyen de la Guardia Nacional en busca de techo, alimentos y atención médica: elementos del ejército somocista han comenzado a violarlos.

Hace dos noches ametrallaron las puertas del campamento de Belmonte, sede de la Cruz Roja, localizada al sur de la ciudad. Entraron violentamente y tras dejar un herido se llevaron siete jóvenes elegidos al azar. Hoy, sus madres se pasaron el día clamando por ellos, sin que nadie pudiera dar respuesta.

Desde hace varios días nadie puede desplazarse de un lado a

otro de la población, particularmente en el rumbo oriente, donde hasta la semana pasada se apostaron sandinistas, antes de su retirada táctica.

Cada cien metros, por la avenida que conduce del aeropuerto al centro de la ciudad, retenes de la Guardia Nacional detienen a todo transeúnte, bajan de los autos y camiones a todos los hombres y las mujeres, les levantan la ropa hasta los muslos buscando heridas de "charnel" o cualquier raspón sospechoso que los acredite como sandinistas, en una acción por demás humillante que irrita y a la que nadie acabará de acostumbrarse, mucho menos los que resultan "extraños" y son detenidos y desaparecidos.

Llegar a Managua al caer la tarde, hora y media antes del toque de queda (19 horas), es verdaderamente aterrador.

Los aviones bombarderos salen constantemente y efectúan pruebas que se antojan acrobáticas, pero que nadie sabe en qué van a parar.

Disparos de ametralladoras se escuchan de vez en cuando por distintos rumbos; pocos son los vehículos que transitan a esa hora, y los que se atreven, aumentan la velocidad para llegar a tiempo a los refugios.

Dentro de las casas, sólo el silencio se escucha. Los padres viven pendientes de cualquier ruido que anuncie la llegada de la Guardia Nacional en busca de sus hijos, como ha ocurrido en los últimos días, sobre todo en los barrios de la zona oriente de la ciudad, donde todo mundo resulta sospechoso, pues allí pelearon fieramente los "muchachos" —como se llama a los sandinistas— durante la semana que permanecieron en Managua.

No lo creímos, o más bien no lo quisimos aceptar cuando nos lo advirtieron en el aeropuerto de San Salvador: "¿A Managua? ¿Pero de veras van ustedes a Managua?... ¡Qué locos que son! ¿Qué no ven que a ese lugar no va nadie y más bien todos quieren salir?" nos decía la gente a los siete mexicanos que nos trasladamos ayer a la capital nicaragüense, y los únicos del vuelo vespertino de Lanica. Reímos incluso —a lo mejor de nervios— cuando un numeroso grupo salió a la terraza del aeropuerto a vernos partir, al tiempo que movía la cabeza, en señal de desaprobación por nuestra "osadía".

—Ahí van los pendejos esos —creyó imaginar que decía la gente de nosotros, uno de nuestros compañeros de viaje...

Ya en el interior del avión, el abandono y la abulia en que han caído los empleados del régimen somocista se advierte a la primera ojeada: basura en el piso, vasos de cartón y colillas en los asientos, cuyas fundas hace muchos vuelos que no se cambian y mucho menos se lavan. El olor a desperdicio de comida inunda el ambien-

te, haciendo imposible que uno duerma para olvidar lo que le puede esperar ya en Managua.

Desde la entrada al avión, un sobrecargo rubio y desaliñado advierte a los dos fotógrafos y otros tantos camarógrafos que no deben filmar sobre la capital nicaragüense. Luego nos evita y se niega a charlar con nosotros. Se limita a llevar al piloto de la nave unos sandwiches que compró a última hora en el aeropuerto de San Salvador. Para nosotros no hay nada, ni un refresco. Sin embargo, a la llegada a Managua nos dirige una mirada cargada de pesar y nos desea suerte.

Alrededor de cuatro técnicos reciben el avión, el único que arriba a esa hora al desolado aeropuerto de Las Mercedes con su ligerísima carga; son sólo tres los empleados de migración y aduana los que revisan nuestros documentos y equipajes en la sala presidida por un gran retrato de Anastasio Somoza en sus años mozos, sin bigote y con un habano en la mano derecha.

Una caravana de desesperados se acerca a nosotros en busca de dólares para poder salir del país: a doce, luego que a quince córdobas nicas, cuando bien sabemos que se llega a pagar cada dólar a veinte y hasta treinta córdobas.

Fuera del aeropuerto y a pesar de las seguridades que en ese sentido nos dieron dentro, no hay un taxi, un camión, un solo vehículo que nos lleve ya no a la ciudad, sino al refugio más cercano. Y hay que cargar las maletas e irse a pie, o pedir "posada" en los terrenos de al lado del aeropuerto, donde permanecen día y noche miles de nicaragüenses en espera de un lugar en algún avión de la Cruz Roja o en el Hércules español que ha reanudado sus vuelos de evacuación.

Debemos ser todo un espectáculo, a juzgar por la risita maliciosa de las mujeres que van en la camionetita que nos ofreció un "aventón" al fotógrafo Pedro Valtierra y mí. Imposible llevarnos al centro: van por otro rumbo, dicen. Seguimos a pie hasta el primer hotel, donde sus dueños, sabedores de lo solicitado de su establecimiento en esta época, cobran a 40 dólares la oscura habitación y exigen un depósito por el triple.

Hay que esperar a que despunte el día, en medio de la más peligrosa oscuridad, con hambre, pues no hay nada que comer, e intentar dormir dentro de sábanas sucias y malolientes. Por la mañana nos despiertan varios disparos dentro del mismo jardín del hotel.

En camino a la ciudad, varios retenes nos detienen, y mientras groseramente nos levantan la ropa, como a toda la gente, en busca de "charnelazos" o de cualquier raspón, intentamos hacer soportable el momento leyendo las pintas de los insurgentes.

"Bendito el vientre de la madre que parió un hijo sandinista", reza una que leí en silencio durante el manoseo del Guardia Na-

cional sudoroso y exhausto.

Luego a Belmonte, el más grande campamento de refugiados que tiene aquí la Cruz Roja, donde se apiñan en tiendas de campaña mil doscientas personas. —Vaya donde las letrinas —nos piden algunos hombres—. Es una "chanchada", dicen, por la insalubridad.

También para los chanchos debía ser el pan que sacó del lodo y se llevó a la boca el niño que vi esta mañana. Estaba con aquella multitud reunida en esa especie de tianguis levantada en una esquina de la ciudad a donde la gente acude en busca de algo que comer.

En la sede de la Cruz Roja advertimos las huellas del ataque de la Guardia Nacional hace dos noches. Trece perforaciones en la reja, varias en los platanales del jardín y en una tienda de campaña. "Tanto buscar para venir a perecer aquí", dice una mujer. Nos cuenta cómo suplicó por su vida y la de sus hijos a los hombres llegados en dos vehículos militares: "Por caridad, no nos maten", les imploró.

La gente hace venir al joven herido por los agresores somocistas. Era tipógrafo, el trabajo se acabó y buscó refugio en este campamento con otros ocho de su familia: "No, antes no lo habían hecho, pero ahora es diferente. Ya ni en la Cruz Roja hay seguridad y garantía", explica con un hilo de voz, profundamente triste y apenado.

A las orillas del lago, frente al teatro Rubén Darío, yacen deformes por las torturas, abiertos en canal como las reses en los mataderos y quemados, los nueve cadáveres.

Una hora más tarde, en la misa de las 10.30 de la mañana Monseñor Miguel de Obando y Bravo habla de la agresión de la Guardia Nacional contra los campamentos de refugiados y de la gravedad del momento.

El arzobispo relata la parábola del hombre al que mataron a palos ante la indiferencia de los demás, y que un buen samaritano llevó a lugar seguro. Añade: "Sería triste que en estos momentos no se respetaran los hospitales, los refugios, en un país cristiano como éste"... "No, quienes así actúan —dijo lenta y penosamente— no tienen derecho a llamarse cristianos."

Su mensaje se dirigió, agrega, a los que están en los campos de batalla y en sus hogares; a sus "hermanos" de Mazaya y de León, "bárbaramente bombardeados" por la Guardia Nacional.

La gente canta después del sermón, comulga y permanece hasta el final del acto. Monseñor de Obando termina pidiendo al "Señor" porque "este pueblo que tanto ha sufrido encuentre al menos al buen samaritano de la parábola".

[De *Unomásuno*, 8 de julio de 1979]

□ *Ataca matraca*

En el principio era el PRI y el PRI era el Palacio de los Deportes y el ruido de las matracas en el estacionamiento ritmando como una granizada la marcha de Zacatecas: ese aire de feria de pueblo, de fiesta mexicana en cuya periferia se obtiene la primera noción de ser un intruso, de asistir a un acto público secreto, al ritual tumultuoso de una cofradía cuyo sentido sólo es inteligible para los iniciados. Que no nos engañen los veinte o treinta mil "hinchas" que llenan las graderías, pulcramente segregados entre sí por sus refulgentes disfraces populares y por los estandartes de los sectores en que ha sido incorporada su capacidad para el ruido y la porra. Ellos son a su vez la periferia que exalta, apaga y oculta con su estruendo, con su infatigable disposición a portarse según los impulsos aprendidos en los estadios de futbol, la intimidad prodigiosamente exhibida del acto. Lo único evidente, lo único verdaderamente público aquí, son las marchas que tocan sin cesar las orquestas, el aporreo de las tumbadoras y los solos de rumba rubricados con cencerros multitudinarios en las gradas que ocupan los billeteros de México; las brillantes bocas de las tubas y la banda de la CTM, uniformada en rojo (de lucha) bermellón. Lo evidente son los emblemas y las mantas gigantescas de los cuatro organismos que han movilizado a sus bases para llenar el Palacio de los Deportes y darle sentido a la presencia de los líderes respectivos en el Presídium. (Las siglas unidas del Pacto de Ocampo: CNC, CCI, CAM, UGOCM; el blasón del Congreso del Trabajo, la manta del ANFER y el MNJR, el escudo de la CNOP.) Las mantas informan de y certifican la dimensión nacional del acto. Por riguroso orden alfabético, en inmensas tiras que penden de lo alto del techo, los estados militan desde las letras de sus nombres. El bullicio es total y gratuito: cientos de ferrocarrileros disfrazados de tales agitan a la menor provocación otras tantas matracas simultáneas; cientos de billeteros pregonan desde sus espaldas: *Los billeteros con José López Portillo,* y mecen sus cencerros con igual periodicidad inexplicable; los disfrazados de la CNC (camiseta blanca y sombrero de palma) veneran los recientes prestigios de las "porras con mensaje ideológico" (Contigo López Portillo la Revolución Mexicana seguirá ade-

lante en el campo síií). El efecto de las bandas y las matracas y las luces hirientes que bajan del techo y los balcones por el haz de grandes reflectores, es abusivo y estimulante. La certidumbre (sonora) de que la ocasión es de fiesta, no admite comentarios: impide el diálogo, sume a quien la soporta en un mutismo azorado y vacuo que se resuelve en la consigna de que se trata sólo de esperar; esperar el acto magno que justificará, exaltará y —con suerte— apagará el escándalo: la presencia del candidato, su aura ya prodigiosa.

> Somos una nación síntesis por vocación de origen. Águila aguerrida y serpiente sabia. Vuelo y repto. Horizonte abierto y contacto total con la tierra. (JLP: Discurso en la toma de protesta como candidato.)

Pero eso es arriba, en los lados, en esa otra periferia del interior del Palacio. Acá, frente al presídium, en la sección deparada a senadores y diputados (y a la fauna varia de licenciados, jóvenes tecnócratas, secretarios privados); acá, donde los disfraces giran del sobrio traje negro del senador Luis M. Farías a la corbata sicodélica y el democrático saco imitación de mezclilla, las cosas son distintas. No hay gritos ni matracas ni uniformes: hay manos en el aire, comentarios al oído, sonrisas cautas aunque generosas, asentamientos de cabeza, corrientes humanas que fluyen por los pasillos buscando asientos vacíos y encontrando conocidos, saludos, abrazos que certifican en cada cual que pertenece al Caucus, al círculo del secreto, a la trama invisible del tejido, para cuya mayor gloria existen arriba las matracas, los cencerros, las danzoneras, las mantas, los militantes y las bases del Partido. Aquí, por estos pasillos, naufragando en el desconcierto de los cuerpos (la política mexicana también conjuga el verbo *frotar*), percibiendo la (todavía) limpia rudeza de los agentes que hacen selectivo el paso al estrado (plataforma situada justamente abajo del presídium, para fotógrafos, periodistas y colados audaces), aquí se obtiene la segunda noción de no pertenecer. Esto no tiene una razón ideológica. Uno no pertenece a este sitio porque no es blanco de los saludos, porque no alza una mano y obtiene en respuesta otra mano o una sonrisa, porque no conoce los nombres. La impresión es haberse atravesado en un bosque que sólo en apariencia es también una muchedumbre; un mar de rostros y actitudes que sólo pueden descodificar quienes lo cruzan a diario, un elenco masivo cuyas partes son absolutamente individualizables para los iniciados; una masonería ávida cuya marca de fábrica, cuya identidad ontológica reside —contra toda metafísica— en la posesión de dos atributos simples: nombre y puesto. Todos tienen aquí nombre y puesto, pueden referir unos de otros estas condiciones, pueden leer en sus caras o sus ropas o sus abrazos,

mensajes sobre el estado de ánimo, las esperanzas fallidas, los futuros promisorios u oprobiosos que les deparó la sucesión a cada uno. No sólo no hay matracas ni porras. Uno diría que la zona está cargada de cierta gelidez, un desánimo, ausencia de grandes risas o ceñidos abrazos; una parquedad desangelada, sin nervio. Interrogo a un experto que estuvo presente en el mismo rito hace seis años:

—En estos sectores había mucho más entusiasmo —responde.

—¿Como cuántos más?

—Como que todos tenían al *bueno.*

Como que esta vez, no.

Cuando llega Jesús Reyes Heroles (pasa por nuestro pasillo hacia el estrado), este soso desánimo vuelve plomo el intento de algunas militantes del sector femenil de desatar una ovación. "Se ve fatigado", dicen atrás. Hablan quizá de lo mismo que en cualquier ocasión daría la impresión de fatiga en Reyes Heroles: los hombros vencidos, las arrugas profundas que bajan de una nariz que la edad ha afilado y ciñen bajo unos labios caídos —el dibujo de la máscara griega que llora—, y ese acezar enfisemático que acentúa la impresión de un reciente esfuerzo físico. Alguien pregunta a cuenta de qué va a ocupar un lugar en el presídium.

—Como expresidente del partido —le explican.

—Ah sí, como expresidente.

Una vez fue el mismo candidato quien interrumpió su discurso —después de referirse al plan básico, obra de los mejores hombres del partido— para retirarse de los micrófonos y dirigirse al expresidente del Partido, Jesús Reyes Heroles y estrecharle la mano. (Crónica de Enrique Loubet Jr., *Excélsior,* 6 de octubre de 1975.)

Reyes Heroles: la dura jornada del 22 de septiembre para el entonces presidente del Partido: el desgarramiento sorpresivo, casi brutal, de todos los calendarios anunciados para el destape. Uno recuerda la insistente campaña de meses en torno a la extensa auscultación de las bases para integrar un Plan Básico de Gobierno, a cuyas exigencias el Partido ajustaría la selección de su candidato: no un plan para un hombre, un hombre para un plan. El intento de poner de nuevo al Partido en el centro del juego político nacional; darle un peso, una interioridad; un papel propio, clave, en el problema de la sucesión. Eran fintas, pero fintas para restituir de algún modo a la maquinaria del Partido el prestigio que el estilo presidencial de Echeverría había ido desbaratando en forma sistemática. Reglas para desbaratar el PRI (entre otras): a] Ser presidente de la república, b] omitir la militancia en sus filas como requisito para nombrar colaboradores próximos, c] improvisar, de

hecho, desde el principio, un gabinete, d] arrebatar al Senado la condición tradicional en el juego electoral del Partido que lo volvía en muchos casos antesala de gubernaturas, e] crear a dedazos, por la libre, una nueva generación de funcionarios de poca o nula tradición priísta cuyo único respaldo político es la simpatía presidencial, de ningún modo el juego interno del PRI (el largo *training* que suponen el discurso diario, los acarreos, la lucha con la pancarta, las campañas políticas de todo nivel, la organización local, municipal, estatal; las reglas de la disciplina y el cohecho, la manipulación, los clichés). El régimen de Echeverría logró hacer obvio en muy poco tiempo para los jóvenes políticos mexicanos que la carrera dentro del PRI podía ser prescindible si tenían apoyos —amigos, prestigios, grados o postgrados que ostentar— en las altas esferas del poder ejecutivo. No que antes pudiera ascenderse sin apoyos en esas altas esferas, sino que también era necesario el adiestramiento intrafilas priístas. En cierto modo era impensable un secretario súbito del corte de Javier Alejo o un gobernador *neoleonés* de la nula experiencia en puestos de "elección popular" de Pedro Zorrilla Martínez. Uno recuerda el gran desayuno de la generación de funcionarios jóvenes ofrecida al presidente en el Museo de Antropología, el espaldarazo de Echeverría a su juventud, su inexperiencia, sus errores; y piensa luego en los cuadros típicos del PRI, en el sector político clásico, los escolapios y decanos de la vieja escuela priísta; tiene que imaginarlos escupiendo sarcasmos, rumiando insatisfacciones, envidias; atesorando pasiones duraderas contra esos cachorros advenedizos y petulantes. Luego piensa en el mismo Reyes Heroles echando discursos a todas horas, espulgando en los retazos inertes de la retórica del Partido nuevos fluidos que galvanizaran el Frankenstein ideológico que había heredado; ese esfuerzo de Sísifo doctrinario, tan cercano siempre al trabalenguas y el *calembour* ("llegamos hoy a la etapa de una revolución en evolución revolucionaria"; "sólo quien conserva sabe cambiar, mas sólo puede conservarse lo que cambia"); un *tour de force* intelectual que sólo la lectura corrida de sus discursos hará perceptible en toda su magnitud, i.e., en toda su pretensión de refundar la ideología de la Revolución Mexicana.

> Así, si el licenciado José López Portillo y Pacheco llega con el voto de todos a la presidencia, tendremos un ejecutivo que le dice a las cosas por su nombre, le pega al costal por las mañanas, nada, hace pesas; es activo, rápido y preciso; no le gustan las genuflexiones: disfruta su vida familiar, gusta desde la buena lectura hasta los comics, dibuja bien, oye música, escribe y se levanta con los gallos ¡Uf! (Comic del IMESPE.)
> ¡¡¡Yaaa vieeeeneee!!!

Y sí viene, pero no él —que mientras yo tejo estos disparates

termina de desayunar en una humilde casa próxima, de la familia Chaparro, y pregunta al hijo del jefe de la casa qué quiere ser de grande; escucha una respuesta: —Mordelón. No él, sino la primera oleada que lo anuncia: la comitiva que salió hace media hora. Quienes están junto al pasillo se suben a las sillas para ver, la comitiva pasa.

¡¡Yaaa vieeeenneee!!

Los fotógrafos aprestan sus cámaras, la televisión apunta al túnel de acceso y entonces, de pronto, aparece por el túnel una bola resplandeciendo de flashazos y el Palacio de los Deportes vuelve a vivir, se desbordan los cencerros, las matracas, las porras, las bandas, los aplausos, las pancartas, manos, cuerpos y brazos hacen un arco sobre el pasillo, la valla se monta en sí misma, es una sustancia viscosa y parpadeante que se abre empujada por el hueco de relámpagos en cuyo centro José López Portillo camina sonriente con la mano en alto, mirando a las gradas, asintiendo con una gran sonrisa, celebrando el tumulto como si se tratara de una chiquillada, de un exceso comprensible cuya impertinente tenacidad le agradaba.

—Aceves, súbete a la silla.

Conforme avanza hacia la recta final del estrado, el espacio se reduce; entre cabezas y brazos que se estiran buscando tocar lo que pasa, uno distingue la cadena que lo encierra y va abriendo camino, ese flaco prógnata y enjundioso —no un agente— aferrado a sus compañeros con una expresión inolvidable de escolta de Madero en su último viaje a Palacio, de escolta de Obregón en su camino a La Bombilla, de escolta de Cárdenas en su ofensiva contra las compañías petroleras. Ese flaco enjundioso, olvidado de sí, jadeante, metido en la única consigna de mantener sus brazos enlazados con los de sus compañeros: sumido, perdido, fanatizado, fetichizado en ese acto supremo, absoluto, interior, de división del trabajo: —Por aquí señor, por aquí señor. Véngase por aquí. Y por ahí va el señor arriesgando el físico, esquivando manos que quieren saludarlo y lo golpean, dedos que amenazan los rabillos de sus ojos, los huecos de sus narices, saludando y protegiéndose de los manotazos de adhesión. "Arriba López Portillo", "Arriba, licenciado", "Pepe, Pepe, aquí, Pepe, mírame". Y dos senadores viejitos, engarrulados sobre sus sillas, trepando por las espaldas de otros para poner también su mano ahí en el paso sagrado, violento, de los seis años que siguen. Cuando López Portillo dobla el pasillo y va hacia la escalerilla del estrado, el espacio se ha vuelto pura adhesión: cuerpos, golpes, frotes, voracidad estricta de su cuerpo, de su tacto, de su costado, de sus manos y brazos: hambre de él. Los últimos diez metros se bestializan, la escena es imborrable y total. Los fotógrafos apiñados dos metros arriba disparan sus cámaras, untan la cara al aparato

y sus caras son muecas y sus manos son garras asidas al teleobjetivo para mantenerlo firme y resistir el empuje de sus colegas en las segundas, terceras, cuartas filas; los flashes estallan sin interrupción y la jauría se cierra sobre López Portillo, lo hace trastabillar, seis agentes lo esperan limpiando a golpes la escalerilla, pero él va como entre piedras sueltas apartando senadores, mujeres, colaboradores, hasta que de costado, casi en vilo, llega a la asidera en la orilla, al agente que le extiende el brazo y resiste los empujones, "Véngase, véngase, por aquí licenciado, véngase, agárreme, eso, duro, por aquí, véngase". Por ahí se va, sube. Atrás de él, imantada, incontenible, avanza contra nosotros, por el pasillo, la última oleada; derriba sillas y nos arrincona contra las hileras de enfrente.

—No hay lugar, no hay lugar.

—Jóvenes, calma.

—Calma, calma.

No hay calma, hay inercia, la atracción mecánica, fija, hipnótica, de querer ir veinte centímetros, un metro, dos metros más allá y estar cerca. Todavía palpita esa entidad newtoniana atrás de nosotros, cuando la ovación cerrada empieza. Entonces volteo. Como si fuera a surgir de bambalinas, el candidato se arregla el saco en un extremo del pasillo que separa la mesa del presidium del atril con micrófonos donde habrán de tomarle la protesta. Todos los reflectores apuntan hacia esa zona exclusiva.

Se jala el faldón del saco en la espalda y da el primer paso.

De los cien millones de mexicanos que han fatigado el país, de Cárdenas a la fecha, sólo a siete les ha sido concedido este momento. Aquí está al fin con los brazos en alto, girando sobre sí mismo en un embriagado ballet bajo algo que es más que un júbilo estruendoso, más que una plaza enloquecida o un estadio electrizado. Los aplausos y las matracas y los cencerros duran y duran y en el corazón de esa locura uniforme José López Portillo gira y levanta los brazos como quien es ungido por una tempestad liberadora, salvaje, cuyos alcances eufóricos no puede expresar un solo cuerpo que a la vez haya empezado a ser el del candidato del PRI a la presidencia de la República. Pero el brillo en la cara y en los ojos está ahí, ahí hierven y pisan el abismo los espíritus recónditos e insaciables del poder y la gloria, los dioses sublevados de la desmesura; el éxtasis terrenal, espúreo y purificador del triunfo. Deslumbrado por la escena interrogo a mi experto de seis años atrás:

—¿Y Echeverría, hace seis años? ¿Igual?

—No, no. Muy hierático.

Herático estamos todo el tiempo que sigue porque la última oleada sigue cargando hipnótica, milimétrica, fatal. El presidente del Partido avanza hasta el atril y lee con pausas, pero sin solemnidad

excesiva, la fórmula de la protesta. Los micrófonos del atril sirven algo más que los de la mesa, pero igual la fórmula es ininteligible: "Protestáis cumplir..."

—¡Sií protesto!

La segunda oleada ha empezado a poner en peligro nuestras tibias, apresadas por sillas que no pueden utilizarse ya, cuando José López Portillo acomoda las cuartillas de su discurso en el atril de plástico:

> "Amo entrañablemente a mi patria. Creo en ella. Toda mi fe, toda mi esperanza, toda mi solidaridad y buena voluntad, en ella están significadas. A la causa de su pueblo, que es la de nuestro Partido, entrego todo lo que soy y lo que pueda ser."

Se oye mal, aunque suficiente, pero no queremos pensar en lo que sucederá con nosotros cuando José López Portillo termine su discurso y la segunda oleada decida escoltarlo a la salida. El comentario de un diputado acaba con nuestra moral: —Oigo bien las palabras pero no los conceptos.

Brincamos dos sillas y tratamos de salir; previsiblemente, atrás de la segunda oleada hay lugar de sobra, huecos, hasta asientos vacíos. Salgo melancólico y con hambre al estacionamiento, reducido por los hechos y mis asociaciones a repetir la paráfrasis de una paráfrasis: "Tengo veintinueve años y no conocí el PRI". Luego pienso en mi hermano, que gusta de Eliot.

Mistah Pri —he dead.

[De *La Cultura en México, Siempre!*, 1975]

□ *En un palco y al pie de la grilla*

TERCER INFORME PRESIDENCIAL

¿Cómo pueden colarse justamente al mejor sitio que hay frente al Palacio de Bellas Artes los billeteros de Veracruz y exigir desde su manta la mediación de López Portillo para que la Lotería les dé el 10 por ciento sobre las ventas, igual que se hace con los billeteros del DF? ¿Cómo pueden ocupar ese sitio estratégico para recibir la mirada presidencial y derrotar la fuerte competencia de la FSTSE —que ha llenado de banderines todo Cinco de Mayo— o de la Federación de Trabajadores del DF, que acude con sus banderas y sus *ñeros* echadores y desmadrientos ("Aquí viene el mero mero, hijines".)? Misterios de la Lotería, pero ahí están, con el lugar ganado en la mañana limpia que una banda militar mexicaniza con el son de *La Negra* o entristece con *El sauce y la palma.*

Ahí están, y a su lado, sus colegas del sindicato Lázaro Cárdenas, solidarizándose con la política nacionalista y antimperialista que el Presidente de México defenderá en la ONU. La manta ratifica el hecho: al revés del triunfo escenográfico de estos contingentes, hay partes centrales del tercer informe presidencial que han dejado de ser secreto o de levantar expectativas en los últimos días: la posición mexicana respecto a la venta de gas a Estados Unidos, por ejemplo, o su actitud ante las posibles demandas con motivo de la supuesta contaminación por el derrame del Ixtoc 1. La tradición quiere, sin embargo, que los terceros informes de gobierno sean los de las definiciones significativas. Para este primero de septiembre hay sólo una zona expectante. No se refiere en lo fundamental a la política exterior ni a la marcha de la administración pública, sino a la situación económica y a la respuesta presidencial a los planteamientos del movimiento obrero: nacionalizaciones y salarios.

Entre las charreteras de los cadetes que hacen valla a la entrada de Bellas Artes —menos interesadas en estas revelaciones que en el deporte popular de *mirar al Presidente*— varias mujeres cetemistas atisban el movimiento en Cinco de Mayo. Adentro, inmensos reflectores prendidos al tercer balcón dan a la sala un aire de acalorado *set* televisivo; su luz blanca, intensa y sofocante, abrillanta calvas y atuendos, pelos recién lavados y sonrisas que de otro modo tendrían un grado menos de *charm* y de blancura. Abajo, una rampa roja cruza por el centro del lunetario y asciende hasta lo que normalmente es el proscenio —también alfombrado en rojo. Al fondo de ese ardiente derroche de color, tres bloques monumentales de madera levantan el presídium de la LI Legislatura que hoy inicia sus sesiones. De los flancos del presídium salen las hileras de butacas donde se sentarán los secretarios; en los palcos de los lados se distribuyen los jerarcas (del movimiento obrero, del PRI, de la empresa privada, del sector campesino, de la judicatura). Lo mismo en el primer piso. Los palcos del segundo están reservados a la prensa y el centro a los representantes de las fuerzas armadas, a los invitados diplomáticos —los de la Junta de Reconstrucción Nacional de Nicaragua entre ellos— y a los CC subsecretarios, los CC directores de medios de comunicación y los CC de otro tipo que no viene al caso enumerar (como el que esto escribe).

Uno se instala entre los CC y reconoce de inmediato la posibilidad naturalista de aquellas largas escenas de intrigas y grillas y galanteos que Balzac obtenía de la vida en la ópera. Bellas Artes es inmenso, pero igual uno puede distinguir en los palcos de enfrente al general Durazo conversando animadamente... ¿con quién, sobre qué asunto?; y en los de abajo a Gustavo Carvajal secreteándole a Fidel Velázquez y señalando hacia un balcón de arriba don-

de está quién sabe. En el lunetario de abajo, se agitan los diputados-masa, los 400 nuevos, los testigos vivientes de una reforma política en marcha. Al pie del presídium, en el escenario rojo y flamante, se van agrupando los secretarios, los directores de paraestatales, Zabludovski y López Dóriga jalando sus micrófonos y sus cables, alternando entrevistas, saludando funcionarios y apartándolos para las preguntas habituales (la misma entrevista veinte o treinta veces, las mismas palmadas mutuas al terminar). Los secretarios se reúnen en grupos de tres o cuatro y hablan sin parar entre ellos, ríen sin parar, asienten ceremoniosamente o se echan hacia atrás para celebrar el gracejo que el de enfrente les propina, cambian de grupo, acceden con gran seriedad a la entrevista solicitada diez minutos antes, vuelven a la chacota.

Hablan y hablan. Hay esa mano a medio alzar que va puntuando la explicación, ese ademán enérgico que la concluye, esa inclinación del cuerpo que celebra el encuentro súbito con alguien, ese abrazo ceñido que dura varias frases amigables y apapachadoras. Hablan y hablan. ¡Cómo hablan entre sí los secretarios antes del tercer informe! Cualquiera diría que no son ellos quienes libran la guerra feroz que en México se llama futurismo, que no son sus respectivas caballerías administrativas y políticas las que se atropellan entre sí como rivales, que no son ellos quienes se disputan a muerte el favor y el beneplácito presidencial, los que se despedazan y desgastan en la carrera por La Banda, los personajes centrales de esa larga historia de emboscadas y traspiés y adelantamientos y audacias que los va enconando hasta volverlos enemigos irreconciliables, duelistas que se van jugando entre ellos la vida y el triunfo políticos, la muerte y la derrota civiles. ¡Cómo hablan y ríen y se dicen chusquerías los secretarios antes del informe! ¡Y cómo hablan todos los que se encuentran hoy en Bellas Artes, qué murmullo agresivo e interminable de tantas voces sobre el domo y en la excelente acústica del hoy expectante y repleto Palacio de Bellas Artes!

Suena la campanita de la presidenta de la sesión, Beatriz Paredes, y se oye la voz de la nueva diputada rogando a todo mundo que ocupe sus lugares. El murmullo se apaga, el hervidero amorfo de cabezas y cuerpos fluye en arroyos por los cauces simétricos de las butacas, las cabezas se alínean en los palcos, los secretarios en sus asientos. Esperamos. Luego de un aplauso fallido, viene el bueno: López Portillo cruza por la rampa saludando sin efusión, el brazo que agradece la bienvenida no muy alto. Las manos que le aplauden y lo siguen parecen desde arriba una imitación de pajaritos. Cuando el Presidente sube al estrado, hay una ovación cerrada. Le ponen los seis micrófonos enfrente, y el cartapacio sobre la tribuna. Se inicia el tercer informe, documento habitual de las

definiciones sexenales.

He aquí las de López Portillo: que México renazca en su modernidad, una modernidad surgida de su propia voluntad y esencia, que acabe su descolonización rompiendo adentro los feudos del caciquismo y estableciendo afuera relaciones no entre súbdito y amo sino entre seres iguales. Una modernidad que continúe "el rico caudal de nuestra Constitución, con el régimen de economía mixta"; que descentralice y fortalezca el federalismo; que revierta la tendencia a la urbanización irracional y haga eficiente la agricultura; que reindustrialice el país con base en una política coherente de energéticos; que garantice a los mexicanos trabajo y capacitación para el trabajo, bienes básicos de consumo, educación permanente, justicia equitativa y expedita, honradez en sus gobernantes y oportunidades de una vida digna para todos. Una modernización que redima la validez universal de los orígenes de México, que reconozca la capacidad de sus logros y sus fracasos, y que extermine los estigmas de la incompetencia, la corrupción y la dejadez; una modernidad, en fin, que acerque a los mexicanos al umbral del siglo XXI como ciudadanos de lo mejor que puedan ser: una república nacional, democrática y representativa.

Modernizar: erradicar de una vez por todas esas voces negras donde sigue aullando la Malinche que brota desde el fondo de accidentes como el Ixtoc 1, "pidiendo sacrificios humanos para apaciguar al dios del fuego". Modernizar: acabar con nuestra "incapacidad de sentirnos prósperos", con "nuestra falta de solidaridad para las derrotas"; con "nuestra incredulidad ante nuestras certezas". Sí, acabar con esas mismas actitudes que provocaron algunos de los aplausos más largos en Bellas Artes para celebrar justamente algunas de nuestras mayores lacras: el hecho de nuestro vociferante malinchismo, el hecho de que los precios de garantía no beneficien a los campesinos sino enriquezcan a los intermediarios, el hecho de que la corrupción invada a todos los sectores y el gobierno tenga que empezar a combatirla por casa y de que la libertad de expresión haya llegado a convertirse en sensacionalismo, morbo, chantaje, difamación y calumnia (con Blanco Moheno aplaudiendo).

Paradójico y dramático, en cierto modo inevitable, que las definiciones del tercer informe hayan girado sobre esta apetencia de modernización justamente en medio de la gran ceremonia que la niega, que repite los rasgos premodernos de un sistema político fincado en la adhesión a la figura del Presidente-Padre, del que otorga y da, consagra o excomulga, ama o reprime y hace girar en torno al poder de su investidura y de su presencia toda la constelación de una compleja red de subordinaciones políticas y desigualdades sociales.

Porque aquí están los aplausos rituales, las adhesiones incondicionales, el coso de Bellas Artes levantándose como un solo coro que parecería no albergar en su seno diferencias políticas, morales o humanas, contradicción económica alguna; aquí está ese tránsito mágico a la unidad y al consenso por la sola virtud del poder prelógico de la figura y el carisma presidencial. Allá, en un rincón, díscolo e inconmovible, el grupo de diputados de la oposición que no aplaude la primera vez, ni la segunda, ni la última —que simplemente no aplaude—, introduce el rasgo inusitado por moderno en ese espectáculo del consenso ritual, el rasgo del que disiente con su actitud y promueve con ella la diversidad efectiva, la democracia posible en la moral piramidada de las instituciones políticas mexicanas.

Al salir, la manta de los billeteros de Veracruz había desaparecido y ahora estaba la de sus colegas de otro estado pidiendo la remoción del "injusto líder Alfonso Castillo Puertas". Camino a Palacio, el presidente López Portillo se puso al frente de una escolta de cadetes montados. Mientras sonaba una marcha que yo supongo militar aunque no carecía de acentos melancólicos, descubrí el mucho confeti que pueden echar al aire sólo dos personas si se les da suficiente y se les trepa en las azoteas de los edificios del Banco de México en 5 de Mayo. Y recordé que no hubo en el tercer informe ni adopción ni respuesta a las insistentes voces de reforma económica venidas del Congreso del Trabajo.

[De *Unomásuno*, 2 de septiembre de 1979]

□ *Plaza Satélite*

A Luis Miguel Aguilar

Uno pudo hacer nacido, crecido y jurado no abandonar esta ciudad, y sin embargo, apenas conocerla: vivir en ella es sólo *ejercer* (el verbo, deslumbrante, es de Salvador Novo) algunos de sus lugares, los más solidarios con el propio temperamento. Novo tenía veintiocho años y no conocía el mar; Monsiváis tenía veintiocho años y no conocía Europa; Aguilar Camín tenía veintiocho años y no conocía el PRI. Y yo pertenecía a la más modesta población que se acerca a esos evaluativos veintiocho años sin conocer Plaza Satélite —por haberse felizmente demorado en rincones rancios y entrañables de esta ciudad ineficiente, pero en ellos familiar: la colonia Roma, el centro, Iztacalco, la cantinera Zona Rosa, Nueva Anzures, San Ángel, Condesa... y una tarde ociosa y sabatina del final del verano me trepé en Chapultepec a un pesero rumbo a Satélite, dispuesto a tachar uno de los múltiples ítems que conforman la lista de lo que aún desconoceré cuando cumpla veintiocho años.

Creía prever esta crónica: durante el trayecto casi la había redondeado mentalmente; una diatriba contra el consumo, centrada en un lugar tan obvio que no requiere el insulto: basta el registro objetivo de algunos de sus detalles —ser una cámara, a la Isherwood. Y efectivamente anoté en una libreta de bolsillo con mi lápiz mirado mediano: un lugar para dueños de coche (en los enormes y bodegueros estacionamientos el peatón se siente chinche; entra a la plaza previamente menospreciado, casi mutilado: como un cojo en la Ciudad Deportiva o un manco en el abigarrado Metro cachondón); es una plaza *cerrada*: en cualquier lado uno está dentro de una propiedad privada, a diferencia de la plaza del Metro o incluso de Plaza Universidad (donde los espacios al aire nos permiten la sensación de libertad de la calle colectiva). Se ostentan el lujo y el "buen gusto" chafas característicos de esa clase media alta que se siente culta (cafés que se llamen Mozart; pósters de Beethoven en las tiendas de aparatos) y refinada (reproducciones de pintores galantes del siglo XVIII: damas lánguidas en su *boudoir* con encajes desceñidos; pastoras, etcétera). La Editorial Aguilar expone un letrero: "Un

jardín lleno de flores y una casa llena de libros". Las peluquerías se llaman, hegelianamente, "Estéticas", y cortar el pelo es —¡oh Laocoonte!— "esculpir". Los maniquíes guapísimos y sofisticados a cuya torpe calca se fía la clientela; los pisos imitan el mármol; las esculturas geometristas y metálicas; enormes espejos ubicuos; adornos vegetales (macetones transportables con plantas acabadas de instalar, y seguramente desechadas y remplazadas la semana siguiente; los trajes Roberts se anuncian, eucarísticamente, con ramitos de espigas); la lustrosa limpieza general...

Esta plaza cerrada es muy abierta en su interior, casi no se advierten límites entre una tienda y otra, ni donde terminan o comienzan los pasillos; si uno va correctamente vestido, peinado, silueteado —casi no hay panzones—, puede andar por todos lados como Pedro por su casa; tampoco se ven policías; la gente no se pelea ni apretuja en las colas de los cines. Se vende ropa, y ropa, y ropa; joyería, cristalerías, artesanías sofisticadas; aparatos eléctricos, aparatos eléctricos y aparatos eléctricos; tan al alcance de la mano que parecería posible comprarlo todo (a diferencia de las tiendas de nacos donde hay tal sobrevigilancia que los productos se antojan menos asequibles). "Todos aquí somos ricos, nada tenemos que temer unos de otros: honestos, pulcros, caballerosos; si algún barbaján se atreviera a llegar hasta aquí, de inmediato sonaría alguna alarma con sones de Bach o de Vivaldi", sería el pensamiento unificador.

Las cosas están planeadas —diseñadas, pintadas, pulidas, situadas— con eficiente armonía; tan tranquila se siente la plaza, que ofrece amplio espacio a los niños, domesticados, de sus clientes (dibujitos de Walt Disney en las neverías, animales y coches mecánicos donde montarse mientras los papás compran lentamente). En ningún otro lugar he visto manera tan distendida de consumir. Un restaurante alemán se siente casita confitada de Hansel y Gretel; otro, de mariscos se disfraza como carabela de dibujos animados: anclas, remos, escalas de palo y lazo, acuarios en las claraboyas. Sólo encontré una ironía, por supuesto involuntaria: una película de Shirley Mac Laine se anunciaba en un póster que decía *The generations change, but the choices remain the same.*

Pero estas anotaciones no describen la plaza; aunque en concentrado y ostentoso, reiteran a otros almacenes de prestigio. Lo particular eran las personas: se paseaban tan arrogantemente saludables, limpias, perfumadas; tan soberana y ajustadamente vestidas; los grupos familiares parecían tan hogareños, alegres y cariñosos; se veían tan lúcidos al escoger productos; los novios se querían tanto, los amigos se reían tan cálidamente; era tan espectacular el éxito de la monogamia en la intensa comunicación de ese padre y ese hijo al examinar un cuadrafónico. Ni pensar que alguien se echara

un pedo, eructara, escupiera, se rascara el pito o el culo. Ninguna utopía se parangonaba con Plaza Satélite; ya hubieran querido los gringos ese garbo, esa pulcritud, ese suave aire de dominio, esa serenidad.

Pero tampoco esto particulariza a la plaza; nuevamente, sólo en concentración y en ostentación se diferencia de lo visto en otros lugares. Gente tan sin mancha, tan inmune a los traumas y a la letra impresa; tan desahogada y deportiva, deambula en otros almacenes. y no hubiera sido necesario echarse el viaje a Satélite para verla, ni para meditar melancólicamente en que esta población financiada con el hambre de millones de trabajadores y desempleados, tan sobreprotegida por todos los hallazgos modernos de la ciencia y la técnica, no produce, ni crea cultura, ni siquiera inventa los diseños de las cosas que tan naturalmente consume: ni vive, piensa o siente más que las elementales recetas adquiridas.

Lo particular era, creo. la sensación de *impunidad*: al ver a esta gente uno pensaría que pasarán aperturas democráticas, vendrán alianzas para la producción; transcurrirán crisis, devaluaciones, siglos, dinastías; atlas, cosmos y cosmogonías, y *otros* seguirán pensando, trabajando por ellos, *otros* se enfermarán, producirán, se desesperarán; a través de *otros* reprimirán a sus enemigos; y ellos seguirán impune, graciosa, sofisticada, soberanamente de tienda en tienda, sin siquiera las presiones que otros países imponen a sus figurines.

Salí con la cola entre las patas, sin mi diatriba beligerante; mi lápiz mirado mediano, mis anotaciones (caligrafía palmer) en la libretita de bolsillo, se parecían en su fatigada inutilidad a las escenas que, en el camión apretujado (sólo obreros y sirvientas me acompañaban en la ballena cafre), leía una trenzada chaparrita en una fotonovela donde irrealmente fotogeniaba el galán Jaime Garza. La vencida expresión después de turistear por la "opulencia" de los otros.

Doblemente vencida frente a la ejemplar atención con que un trabajador sexagenario leía, en un ejemplar forrado con plástico, un manual sudamericano de sociología, que seguramente le había prestado un hijo o un nieto desamparadamente inscrito en algún CCH.

[De *Unomásuno*, 1o. de agosto de 1978]

□ *Panorama bajo el puente*

A María Elena Madrid

Desde hace años se han venido imponiendo en la ciudad espectaculares medidas viales que privilegian el transporte individual de los

automovilistas; este hecho, de suyo grave, se ve enfatizado por aspectos más alarmantes: las construcciones para el transporte individual de los privilegiados no sólo posponen y soslayan el transporte colectivo de las masas, sino que lo dificultan, lo vuelven más moroso y molesto; destruyen el modo de vida de los lugares por donde cruzan y, además, tienden a demarcar tajantemente, a manera de ghettos, las poblaciones pobres (algunas de las cuales disfrutaban de cierto desahogo por una revoltura social que les atraía mayores servicios) que así se transforman en una casi *subterránea ciudad de la miseria,* sobre la cual se levantan rápidos, eficientes puentes, que permiten a los privilegiados cruzarla sin tocarla, incluso sin mirarla, transportándose por ellos en cosa de minutos de zonas residenciales a zonas residenciales. La función de los circuitos, periféricos, ejes viales, viaductos, vías rápidas, etcétera, resulta, pues, doble: *comunicar* entre sí a la ciudad del privilegio, y *aislarla* de la ciudad de la miseria, gracias a esas verdaderas murallas urbanísticas de las construcciones viales, un ejemplo perfecto: Tacubaya.

En los alrededores de la estación del metro Tacubaya, pongamos un kilómetro cuadrado, más o menos, hay dos enormes redes de transporte: una arriba de los puentes y otra debajo de ellos. Cruzan en un desmadejadero de túneles, pasos a desnivel, camellones, alambradas, puentes, accesos, escaleras, túneles, *free ways,* etcétera, todos a la vez y al mismo tiempo, el viaducto, el periférico, las carreteras llamadas avenidas Jalisco, Revolución, Parque Lira y Observatorio. Excepto en los momentos de atascamiento, el automovilista puede cruzar la red privilegiada en cosa de segundos. Con las sobras de esas medidas viales, se organiza debajo de los puentes un enorme tránsito masivo: miles, quizás millones de personas, diariamente hacen colas en las docenas de terminales de camiones (urbanos y foráneos), peseros y el metro. Esas terminales están situadas al aventón y en desorden a la vera de puentes y avenidas, extraviadas entre armatostes de escaleras, túneles, camellones de tierra polvosa y cientos de puestecillos del comercio de la miseria, toreando a los rápidos vehículos y conductos del transporte privilegiado. Esa subterránea terminal de masas está improvisada y atenida a las necesidades del superior transporte individual, de modo que los pasajeros pueden perder más de media hora de una terminal a otra (el transporte colectivo exige, además, muchos trasbordos), entre trepar, bajar, cruzar. Todo esto, añadido al tiempo de hacer cola, y al congestionamiento brutal de camiones y peseros (que no cuentan con ejes rápidos, sino con tortuosas calles estrechas por las que van desahogándose), suma un infierno de tiempo perdido, neurosis, calor, polvo, etcétera. Los segundos del transporte sobre el puente equivalen a más de una hora terrible debajo de él.

Estas dos redes de transporte destruyeron el modo de vida de la zona. Las construcciones del privilegio hicieron picadillo el asentamiento; casi no se puede avanzar cien metros sin toparse con una barrera urbanística. Se volvió lugar de paso. Las molestias del tránsito hacen que quien puede se largue a otro sitio; con ello la zona se proletariza y lumpenproletariza, y deja de recibir los servicios que la población anterior más revuelta socialmente, atraía: menos limpieza, menor salubridad, menos vigilancia, etcétera, etcétera. Se resignan a seguir viviendo ahí quienes de plano no tienen más remedio; viven desarraigados y a disgusto, e incluso con el miedo de que se les desaloje para continuar las obras. El desclasamiento de la zona cuenta su crónica viva en la Avenida Jalisco, que empieza en la esquina con Franklin, durante tres calles intenta sobrevivir con sus viejos comercios pequeños, ya en la esquina con Observatorio es calle de la miseria y sigue cuesta arriba, arruinándose entre carbonerías y destartaladas vecindades hasta lindar con el Periférico.

El tránsito masivo cambia la economía del lugar. Proliferan cientos de vendedores ambulantes y puestecitos. Cunden los hoteles de paso. Mientras en una zona "decente" actual difícilmente se encuentra un baño público, aquí levantan sus aventureras chimeneas, como de barcos de vapor en el Mississippí, los Lupita (con su fachada llena de muralescos galanes musculosos pintados a colores, en la culminación más espontánea de arte naif; gimnasio y box), los Tacubaya, los La Morena, los 1o. de Mayo, los Cartagena y así hasta pasar de la docena. Taquerías, mercados, almacenes de la miseria (El Taconazo, bodegas de ropa y discos, impresionantes expendios de cómics, publicaciones pornoamarillistas, esotéricas y religiosas; baratijas metálicas, lentes, peines y cosméticos; morrales y petaquines; aguas, fritangas, frutas... Todo se anuda en las salidas del metro a una placita sucia en la que lo único que funciona eficientemente es una placa enorme, esa sí lujosa, en la que nos enteramos del amor con que el presidente —letras doradas— GUSTAVO DÍAZ ORDAZ la dedicó a su solidario pueblo y tuvo a bien imponerle el preciso nombre de, oh, Charles de Gaulle.

Esa placita no muestra revolturas sociales; nadie que no esté jodido tiene qué hacer debajo del puente, y no hay vigilancia: ¿para proteger a quién? Dejad que los nacos entierren a los nacos. Por ello abundan, tirados por ahí, fugitivos de otros lugares donde la policía los atraparía de inmediato, los indigentes ebrios, motos o cementos, sobre todo los ancianos; es muy alta la proporción de borrachos en pleno mediodía, y abrumadora la de los desempleados que se pasan las horas haciéndose guajes a ver qué transa agarran... contra sus semejantes sociales. El cálculo es evidente: las zonas con revolturas de clase provocan problemas sociales, obligan a gastar mu-

cho en servicios públicos y escapan al control político; es más rentable y seguro transformar —mejor dicho ratificar— la ciudad de México en un lago de ghettos miserables, del que escapen, aéreos, intercomunicados entre sí por altos, eficaces, veloces puentes, los islotes del privilegio.

La placita Charles de Gaulle, con sus menesterosos juegos de feria, su abrumador comercio ambulante, sus cómicos maquillados con gises de colores, va creciendo en tensión social conforme avanza la tarde. Ahí, y sobre todo en otra placita aún más pequeña, encerrada y absurda, junto al Taconazo, ocurre cualquier cosa y abundan las broncas. De hecho, no fueron construidas por amor al género humano, sino porque sobraron esos pedazos de terreno al construir las obras de transporte automovilístico. En algunas bancas circulares en torno a desastrados arbolitos o en plena banqueta, los más jodidos de los jodidos matan el tiempo, se conocen, se drogan o emborrachan, platican y, ¿de qué otra manera terminar su día?, discuten y se dan en la madre con cualquier pretexto.

[De *Unomásuno*, 23 de noviembre de 1978]

□ *La plaza del Metro*

A Miguel Rodríguez

Los memoriosos recuerdan la propaganda que precedió a la construcción de la plaza del Metro, estación Insurgentes. Estaba de moda el geometrismo: los pósters de la olimpiada, la Ruta de la Amistad, palabras como abstracto, cinético y computación; composiciones y desintegraciones en alucine electrónico. El deseo de una capital lujosa y modernísima a niveles de ciencia ficción: rascacielos, vidrios enormes, metales y plásticos; la desnudez masiva del concreto, una arquitectura austera de rectas y curvas monumentales, en diseño llano. En la publicitada maqueta, la plaza del Metro no se asociaba a los vetustos edificios que habrían de rodearla, sino a esas escenografías de otros planetas, como las de las ciudades de las historietas de Supermán y de los marcianos: circuitos, niveles, superficies amplias.

Diez años después uno puede sentarse en el borde del sucio y seco espejo de agua que rodea la curva entrada al Metro: entran y salen por sus puertas muchedumbres intermitentes que ya conocíamos en San Juan de Letrán, se riegan por la plaza; hay quienes vagan, se agrupan en corrillos; quienes encuentran a sus novias, las besan y sin más se las llevan; los apresurados que de inmediato desaparecen por los túneles de la circunferencia. Como

en toda la ciudad, predominan los adolescentes morenos uniformados en el vestuario juvenil que disimula el desempleo: morrales con algún libro (de Mao a Og Mandino, del *Manifiesto comunista* a Gibrán Jalil Gibrán, de Juan Salvador Gaviota a Herman Hesse); tenis, jeans, el semblante de relajo y la ropa deportiva les dan un vago aire de estudiantes de cualquier cosa; camisetas rotuladas: *Voulez vous coucher avec moi ce soir, I'll try everything once* (esto en el pecho, y en la espalda:) *Maybe twice; ¿Qué me ves?, Je suis MAGNIFIQUE, Gallina vieja hace buen caldo, Usted decide si la embarazo...* trece, quince, diecisiete años: andan primero en grupos, con la alegría de un día de pinta, convenciéndose de que el mundo es suyo y de que terminarán por huir de los insalubres cuartitos familiares de las afueras (donde cada vez estorban más en el sueldo o subsueldo del único pariente empleado, que mantiene a diez personas). Las camisetas se aguadan, se decoloran; se adornan con parches de dibujitos, con colgajos, collares, broches chistosos.

Los muchachos de mayor edad andan solitarios; se les vuelven graves los rostros, más precisas las miradas: transar, traficar, mayatear, madrear, sablear, después de meses o años de no afianzar un empleo. Un novelista cursi los compararía con perfiles hieráticos de aztecas salvajes. Las facciones distantes dibujan otra forma de conciencia: cuando la supervivencia exige ver la vida más allá del bien, del mal, de los sentimientos y hábitos de las personas con ingresos suficientes; y así como de niños adquirieron una vivacidad a la que los hijos de familia llegan más tarde, en mitad de sus veintes se van descomponiendo en figuras envejecidas, engordadas, chimuelas, marcadas por accidentes, enfermedades, pleitos.

La ciudad (su miseria, sus masas, el modo de vida de sus barrios, su violencia) convirtió la escenografía futurista de la glorieta del Metro en una plaza más, de ésas en día de feria: sucia, abigarrada, multicolor; a pesar de su contorno aristocrático ya es sólo una sucursal de Garibaldi. Los bares se hicieron cantinas. Los restaurantes finos que servían al aire libre aceptaron su destino de fondas: en los platos y tarros caían polvo, colillas, basura de los automovilistas que circulaban ruidosamente por el congestionado circuito superior (ese que, al bloquear su tránsito continuo en redondo, la define como la glorieta que *no* es).

Desencajados y tirados por ahí, ductos de lámina. Los túneles traseros de los comercios se vuelven refugio continuo de indigentes que continuamente son desalojados por la policía: gateantes niños indígenas forrados en manta, marías recelosas; hombres con mugre de meses, imbecilidad por desnutrición, harapos y toda una variedad de tics y comezones. Las plantas de las jardineras no resisten a la multitud que las pisotea, orina, agobia entre basura: se secan

cerca de un grupo de florecientes macetones transportables, con sofisticada jardinería, que se distribuyen cuando hay eventos. En las escaleras y los túneles se acendra el olor a orines. Masas van y vienen eludiendo, ya por actos reflejos, a limosneros, bravucones, vendedores ambulantes, agentes secretos, conectes, mayates, putas, proxenetas. Los comercios se abaratan o clausuran; hay locales comerciales vacíos durante meses; el gobierno tuvo que ocupar varios: Conasupo, Injuve, Boletrónico, exposiciones fotográficas y de garabatos infantiles. Para paliar la tensión social, se contrata a rondallas, mariachis y conjuntos modernos: un contrapunto de fiesta.

La plaza no modificó futuristamente su alrededor (aunque algún alto edificio sí ha querido acompañarla); no surgieron en torno suyo las construcciones de historietas interplanetarias. Priva el panorama ruinoso de edificios truncos, con los enladrillados muros que apenas disimulan su aire de zona bombardeada con espectaculares murales geometristas. Proliferan terminales de peseros y camiones; letreros, carteles, volantes, publicidad de escuelas chafas: entretener la desesperación y el desempleo juveniles con esperanzas de llegar a técnico en IBM, "cursos rápidos, cuotas módicas"; dianética, mecanografía, inglés intensivo, contabilidad por correspondencia, secundaria en un año, dibujo comercial, radio-TV, "agronometrista: la carrera del futuro". Escondida entre tantas ofertas superpuestas, asoma una frase: "Tú sabes lo que Cristo espera de ti".

Después de medianoche, cuando las masas han desaparecido en los últimos convoyes del Metro, la plaza vuelve a parecerse a las maquetas que recuerdan los memoriosos; la oscuridad oculta los detalles de la gente que ha pasado por ella; los reflectores —a la luz y sonido teotihuacanos— acentúan los rasgos de su circular construcción llana, monumento planetario o antiquísima pirámide. Deambulan por ella —casi insignificantes— los aislados desechos del día social: los borrachos, los amorosos, los delincuentes, los drogados, los sentimentales solitarios. Todo mundo cuidando el reloj y la cartera. La plaza se ve sólida; no la sobresaltan gritos, ruidos aislados, carcajadas misteriosas. Sombras en la sombra general: grupos de policías. Las siluetas de los policías ahí encuentran su medio natural, y el muro curvo de la entrada al Metro podría simular un paredón. Y amplia y solitaria, la plaza, sería en la noche la escenografía perfecta para una escena climática de peligro: recupera su aire ceremonial, ahora el de un templo a la violencia, entre cuya penumbra —macanas en rehilete, pistolas al cinto— los policías fuman, conversan, aguardan el momento de oficiar.

[De *Unomásuno*, 24 de agosto de 1978]

☐ *Iztapalapa, otra vez*

En verdad, en verdad os digo que ayer, ante millones de ojos peregrinos que buscaban consuelo y amparo del polvo enceguecedor, el Hijo del Carpintero y de María, por Pilatos llamado de los Judíos el Rey, recibió en el madero la más afrentosa de las muertes —la lenta agonía del clavo que desangra y desazona— pero aquesta vez, agobiado por el peso de su carga (99 kilos de roble) y sofocado por la tierra que le emporquecía los pulmonares alveolos, desmayó, de roja anilina cubierto, en las faldas del cerro de Iztapalapa, a las 17:23 del Viernes Santo, y hubo de ser bajado de la cruz, para caer al poco tiempo en manos de otra, la Cruz Roja, que lo condujo en ambulancia, con presteza y celeridad, al año 1979 de la Era en curso.

Abajo, en el tranquilo poblado que su nombre asemeja (hasta el colmo de la exactitud) con el del cerro arriba no descrito, la gente se había conglomerado desde la noche anterior, para presenciar el desarrollo de la Última Cena, en la que el nefando Tomás Alvarado Cedillo, como Judas, traiciona y vende, por 30 monedas de cinco pesos de plata, la vida de Roberto González (en el papel de Jesús), quien al mediodía de ayer, en pos de los soldados del ejército romano, fue paseado por los barrios de Iztapalapa, horas antes del momento crucial en que sería juzgado por los siervos de Tiberio y condenado a fenecer, en actitud ejemplificadora, entre los ladrones Dimas y Gestas, que cara, bien cara, pagaron su bajeza.

Y fue así como las 15:11 en punto, custodiado por la intangible presencia de un ángel guardián que tenía las etéreas alas confeccionadas con plumas de pollo y los gráciles pies bañados en lodo de los caminos, el Redentor, escoltado por una treintena de gladiadores que llevaban los penachos de sus cascos guerreros imitados con cerdas de escobas, y en compañía de María del Pilar Corona —quien actuó, simplemente, como María— empezó su penosa ascensión al monte, en medio de una barahúnda de codos y pies desesperados, que los no menos heroicos y estoicos gladiadores de la Dirección General de Policía y Tránsito —a caballo y con macana— fueron apenas capaces de contener, sin lograr, empero, evitar los empellones que habrían de enviar a más de cuatro al nosocomio.

Trescientos *nazarenos* —hombres y niños— de túnica morada y

corona de espina, que habían pagado 200 pesos *per cápita* para representar su papel con la venia del Comité Organizador, escoltaron al Cristo hacia la muerte, y era una lástima ver a los pequeños de 7 años, por ejemplo, y a los obesos de 40, ascender las veredas del cerro acongojados por el esfuerzo; y era admirable el número de mercaderías que había en oferta —fruta, cerámica, juguetes, sombreros, golosinas, varias, básculas que daban el peso a cambio de otro peso—; y era enloquecedor el gentío que subía como lava que regresa al corazón del volcán, y era pasmoso advertir cómo el maquillaje de los actores, aplicado por Matías Guillén, resistía los embates del polvo, del polvo innúmero.

Hubo, pues, de acontecer lo que se esperaba. Todo el pueblo de Iztapalapa relató la Pasión. Pero no estaba previsto que al fin del drama, cuando el ángel intangible subió a la cruz y soltó un pichón al cielo, un viento furioso azotó los rostros y levantó más polvos, mientras un helicóptero de la Policía batía sus aspas en suspenso para darle un toque de misterio abismal que, en verdad, en verdad, la representación no hacía menester. Era, por sí misma, demasiado. Y ya para terminar, en ausencia de la lluvia inexplicable que cada año corona el acontecimiento, los camilleros de la Cruz Roja y los Doce Apóstoles dieron en disputarse el derecho de bajar el cuerpo exangüe de Jesús, al tiempo que en la Cruz, extraída de la iglesia de San Lucas, quedaba el crucifijo de Nuestro Señor de la Cuevita para enfrentarse a las sombras promisorias de la noche.

Cuando la gente inició el descenso al viernes de vacaciones, después del Angelus luctuoso, comenzó, horrísono, el ulular de las espectrales ambulancias.

[De *Unomásuno*, 14 de abril de 1979]

□ *"Padre, quiero conocerte"*

El padre David Moreno volvió a mirar el reloj bajo su manga de olanes... Iban a dar las dos de la tarde y, cosa más rara, no llegaban los novios, que debían casarse precisamente ayer, a la una. "¿Se habrán arrepentido?", preguntó entonces una segunda cara. Y de pronto, desde al atrio, andanadas de gritos, agudos e infantiles, comenzaron a invadir el templo: "¡Mami-mami-no-me-mates! ¡Mami-mami-no-me-mates!".

Sin alterarse, el párroco leyó una vez más la tarjeta con el nombre de los futuros, aunque morosos, contrayentes: Humberto Gallegos Moreno y Silvia Moreno, quienes, según las averiguaciones, no guardan parentesco ni con el cura ni entre sí. "En esta basílica

de Guadalupe sólo hay dos morenos: la virgen y yo", comentó el padre David.

"¡Se siente-se siente-la Iglesia está presente! ¡La Iglesia-unida-jamás será vencida!" Formados en columnas de diez en fondo, con estandartes, banderas mexicanas y pancartas, los grupos estaban comenzando a prepararse para entrar a oír misa. Al frente del contingente, una imagen de Nuestra Señora del Rosario y en la retaguardia una manta inmensa y tajante: "Aborto, ¡nunca! Juventud X la Vida".

Más de dos mil quinientas personas, pero ni por asomo las 50 mil que habían prometido reunir los organizadores (la Asociación Nacional pro Vida y la Asociación Nacional Cívica Femenina, que congregan a 30 agrupaciones "cívico-apostólicas" en todo el país), entraban en la basílica al cabo de una marcha iniciada noventa minutos antes en la glorieta de Peralvillo.

Los Caballeros de Colón, la Adoración Nocturna, la agrupación Paulo VI, la Juventud Lasallista, el Colegio Simón Bolívar, la orden "Cristianismo sí...", la Unión de Formación Integradora, las parroquias de Don Bosco, Papantla, Guadalajara, Cuernavaca, Romero Rubio y Romero Blanco —de San Ángel y Coyoacán—, así como delegaciones de la Asociación Nacional Cívica Femenina, procedentes de Monterrey, Guanajuato, Querétaro, Valle Ceylán y otros lugares del bajío, se anunciaban en la manifestación por medio de carteles y mantas.

(Algunas leyendas: "Padre, quiero conocerte; madre, déjame ¡¡¡nacer!!!", "Queremos una sociedad responsable, no asesina", "La píldora mata", "Satán, ¿por qué estás triste? Porque con el aborto no pudiste", "Los animales mueren por sus crías, los niños por capricho de sus padres", "Se buscan médicos y mujeres asesinas: recompensa, 800 mil vidas: grupo Dios y Montaña", "México siempre fiel", "México católico, comunista nunca", "México está cansado: no queremos aborto", "Médicos, pónganse con unos de su tamaño", "Primero morir que abortar". "Año Internacional del Niño, no al aborto").

Tranquilo, a pesar del plantón, el padre David resolvió subir al altar, a las dos y veinte, para participar en la misa con que culminaría la Segunda Marcha Nacional pro Vida, que se produjo al comenzar el segundo año de monseñor Corripio Ahumada como arzobispo primado de México, aunque en esta ocasión no asistió. "¿Qué es esto? Hombre, es una manifestación de protesta y de fe", dijo, pues, el padre David.

No acababa de dar principio la misa (la Juventud Lasallista. 20 adolescentes ataviados con boina y pantalones negros y camisa azul, a la vieja usanza falangista, había penetrado al templo cantando el

himno de Cristo Rey con redoble de tambores), cuando llegaron los novios, pálidos, nerviosos igual que sus invitados, relamidos por la contrariedad.

"Es que chocó el taxi, caray, qué mala pata", declaró la novia, en entrevista exclusiva. "Ora sí que a ver cómo le hacemos", dijo. Y sus primas, Elizabeth y Pilar Loeza, también preocupadas, le sonreían.

—¿Ustedes están en pro o en contra del aborto?

Y se rieron las tres. La novia afirmó que en contra, las primas que a favor, y una pequeñita, por su parte, contestó que pus quién sabe. A pesar de las bromas, el cuadro era angustioso. El novio, traje gris, zapatos de plataforma, greña recién podada, parecía un fumador que acabase de dejar el cigarro. Y los parientes, ni se diga.

En casa del novio, confió la prima Pilar, habría mole para el banquete y mañana (hoy, pues, a las 6:00 horas) la pareja saldría a Cancún con boletos de avión regalados. Entre tanto, en el cerrito del Tepeyac los turistas admiraban el sábado nublado y caluroso lamiendo barquillos de limón o chocolate, de a 10 y 15 maracas, respectivamente. A su vez, en la Fuente de los Deseos, un viejo recogía "como ochocientos pesos", depositados por la gente. Dos charolitas, en el fondo del agua, desafiaban el pulso de los visitantes: hay que lanzar la moneda como en rayuela, y si ésta cae en el trastecito, se cumple el deseo. Un hombre llevaba errados cinco tiros y se veía picadísimo, dicho sea sin exageración marsellesa.

A las tres y media de la tarde acabó la misa. El coronel Orandé, de la policía, estaba diciendo: "Fueron 5 mil 550 manifestantes, pero no hubo problemas; estas marchas son más pacíficas que las de los comunistas; en éstas se grita a nivel de rezo y en las otras ofenden al gobierno y la gente se desajusta mentalmente". Entonces aumentó el calor.

Después de hora y cuarto de espera a la entrada de la nave, la novia empezó a lucir, quizá, aburrida. Para su fortuna, en ese instante comenzaron a retirarse los peregrinos del templo, mientras un sacristán lamentaba desde el púlpito: "No vinieron todos los que debían nutrir esta asamblea. Hagamos esfuerzos para que en los próximos años seamos cada vez más. Felicito a los que asistieron". Y en la algarabía de los que felices se iban a comer, los niños del grupo "paraescout" de Don Bosco, menores de 12 años, volvían a corear: "¡Mami-mami-no-me-mates!".

Y hete aquí que cuando avizoraban el fin de este apasionante capítulo de su incertidumbre, los novios recibieron el golpe final. Salió el padre David y les dijo: "Lo siento mucho, hermanos, pero es muy tarde. Yo les sugiero que como sacrificio para ofrecérselo a Dios

tengan ustedes paciencia y esperen una semana... Si quieren los caso el otro sábado, ¿no?".

—Pus... sí —pronunció la novia. indecisa.

[De *Unomásuno*, 29 de abril de 1979]

□ *Yoko: historia de un impune crimen policial*

I

Yoko murió el martes pasado en el interior de un autobús.

Llamémosle simplemente así: *Yoko,* que es el nombre que tenía inscrito en la pulsera de fantasía que resaltaba en su brazo izquierdo.

Yoko murió baleado. Murió ante más de 30 personas, a bordo de un autobús, agobiado por la agresión de varios policías. Su cuerpo quedó inerme, allá, en la parte trasera del *delfín,* junto a la puerta de salida.

Los brazos casi en cruz, las manos sobre el abdomen, cubriendo la región en donde hizo impacto la bala que él mismo se disparó. De cara al techo, con las piernas estiradas. Su playera y su suéter, tintos en sangre, y con un par de orificios. Uno de ellos, a la altura de la tetilla izquierda. Quedó sin uso del boleto que le amparaba, por la línea Autobuses de Oriente, un viaje México-Huehutla. Y de su suéter cayeron los chacos de metal. De los bolsillos del pantalón de mezclilla azul se deslizaron tres monedas de un peso y una de cincuenta centavos.

Los últimos minutos de la vida de Yoko fueron intensos, según los testimonios de aquellos que los presenciaron. Minutos de angustia. Terror. Brutalidad. Y silencio...

Fueron así. Más o menos:

Yoko, ¿estudiante?, ¿empleado?, ¿terrorista?, ¿ladrón?, ¿vagabundo?... Se apoderó de la pistola del sargento Rufino Nicolás Mendoza. La sustrajo de la funda y echó a correr. En la esquina de Avenida Politécnico e Insurgentes, abordó la que sería su trampa mortal: el autobús número 91 de la Ruta 7 (Guerrero-San Lázaro). Pagó el pasaje y fue, nervioso, agazapado, volteando hacia todos lados, hacia la puerta trasera del camión. Su extraña actitud llamó la atención de los demás pasajeros.

Casi las ocho de la noche en la tumultuosa glorieta de Potrero. Sonido de cláxones, rugidos de motores. Conductores impacientes porque el tránsito se apretuja, se eterniza. Parece que los semáforos están siempre en rojo. El camión tuvo que frenar. Se escucharon los

silbatazos de los policías. Gritos. El chofer recibió la orden: "¡Siga de frente!" Otros agentes quitaron una valla que impide el paso a la circulación por la avenida Robles Domínguez, y el camión se detuvo totalmente. Rufino Nicolás Mendoza apareció por la puerta de entrada. "¡No abra la puerta trasera!", ordenó al conductor. Con serenidad, el policía se dirigió a los pasajeros: "No vayan a intentar salir del camión. Voy a tener que revisarlos, porque a bordo hay un individuo armado. Los que porten pistola, entréguenmela". Murmullos. Las luces son apagadas. "¡Todo el mundo al piso!" *Yoko* trató de meter la pistola en una bolsa de plástico que portaba un pasajero, pero falló en su intento. Se acercó a una ventanilla del costado izquierdo y gritó: "¡Aquí está la pistola!", mientras, por fuera, otros policías se acercaban corriendo. Después, confusión. Un par de detonaciones. Hay quien afirma que *Yoko* hizo fuego contra el policía. Hay quien dice que el agente lanzó dos disparos; uno hirió a Álvaro Bustamante en un pie, y el otro hizo blanco en el pecho de *Yoko*.

Según esto, hubo tres detonaciones. Pero hay quienes escucharon cuatro.

Yoko cayó al piso. La gente gritó: "¡Ya, ya no tiene la pistola!"... Rufino Nicolás Mendoza avanzó por el frente. Y por la puerta trasera entraron otros tres policías. Ruido de sirenas de patrullas. Yoko se sintió rodeado. ¿Perdido, tal vez,? Estiró el brazo derecho, empuñó el arma, colocó el cañón en su abdomen y jaló el gatillo. Los policías se acercaron cautelosos. Le quitaron el arma. Pero uno de ellos, reconocido como el sargento Félix Ortega, furioso gritó: "¡Pinches estudiantes, tenía que ser!", y comenzó a patear a *Yoko*, que agonizaba. La gente intervino. O trató de hacerlo. Un hombre recibió un manazo en la mejilla. "¡Lo van a matar!", protestó una señora. "¡Que se muera el hijo de la chingada, aquí mismo!", respondió Félix Ortega, mientras seguía golpeando... "A ver, qué tal, qué tal que hubiera sido usted la herida", argumentaba. La señora fue empujada. "¡Llamen a una ambulancia!", suplicó, "¡Se va a morir!" Y la voz burlona de un agente no identificado: "Sí, mejor, aquí mismo le ponemos sus flores..."

Instantes después, *Yoko* murió.

Llegaron más policías. Uno de ellos tomó fotografías del cadáver. Los flashazos de la cámara rompían, con esa su luz enceguecedora, la oscuridad del interior del *delfín* en el que un crimen fue cometido.

Yoko, ¿murió del balazo del agente o del que él mismo se dio, o quizás de la golpiza que recibió en los momentos que más necesitaba el auxilio médico?

El resultado de la autopsia señala con la frialdad de las iniciales

escritas en un largo registro: "murió por herida de balas, que penetraron por el tórax y el abdomen". Ambas heridas, mortales, explican en el Servicio Médico Forense.

Yoko: de edad aproximada de 21 años, 1.62 metros de estatura, pelo castaño oscuro, cejas pobladas, ojos cafés, boca grande, nariz recta, barba bien recortada en forma de candado, es hoy un cadáver que reposa en el anfiteatro del Servicio Médico Forense. Su hedor contribuye al hedor que golpea a los sentidos. Está allí, en ese cuarto en el que otros cuerpos sin vida son amontonados en el piso que acumula enormes charcos de sangre... Piso por el que caminan estudiantes de medicina que no toman ninguna precaución. Que ven. Que analizan. Que buscan cuerpos... Porque *Yoko*, sin identificación alguna, sin pariente alguno que reclame sus restos, tendrá tres días más de plazo. Si nadie se presenta por él, será llevado a la Universidad Nacional Autónoma de México, y será material de práctica. De "estudio".

II

De entre el grupo de quince hombres cansados, sucios en su aspecto y en su vestimenta, —policías vestidos de civil— se apartó él: delgado, alto, moreno. Cara larga y afilada. Cicatrices de sarampión en las mejillas y una singular expresión en el rostro; de bonachón, podría decirse. Cabello corto, peinado todo hacia adelante. Gruesos espejuelos. Y voz muy suave, tímida, como de timidez es la imagen que proyecta. Sobre él puede pesar una condena, porque él puede ser el responsable de un crimen: el de *Yoko*.

Este hombre, que está muy lejos de parecer un agente policiaco, empuñó su arma y lanzó un disparo mortal, contra *Yoko*. Está confeso, sí, pero tiene listo un argumento: "¡Le disparé en defensa propia!"

Él es el policía Ernesto Camacho Pérez, hoy desprovisto del azul uniforme y de la placa 2571. Está confeso de abrir fuego contra *Yoko*, y fue consignado al Reclusorio. Y es esa, su tímida voz, la que se escucha débil, muy débil, cuando Ernesto Camacho acepta que está confeso; que la prueba *Harrison* que le fue practicada resultó positiva... "Sí, sí señor —se desespera, casi—, todo es cierto, señor. Yo disparé, sí, ¡pero era su vida o la mía!"

Está sentado sobre el sillón de una de las salas de espera de la Procuraduría. Las manos, que frecuentemente acomodan esos gruesos espejuelos, se entrelazan y descansan sobre las piernas. La situación es desesperada, pero él quiere aparentar tranquilidad. "Sí, señor, estoy tranquilo. Sé que esto se aclarará. La justicia está conmigo."

Tan tranquilo está, que cuando le preguntamos cómo se llama su esposa, su mano derecha sube a acomodar los espejuelos y su rostro es, todo, una gran interrogación. "¿Cómo se llama?", se pregunta a sí mismo. Y no sabe qué contestar. La mano cubre la frente. Algo está fallando. "¿Cómo?", vuelve a preguntarse.

Y de entre el grupo de quince hombres se escucha una voz, la del también agente Merced Torres: "Dolores..."

—Dolores... Ah ¡Ah, sí!, señor, Dolores. Dolores Islas de Camacho.

Ese gesto que parece un hábito en él, se repitió una y varias veces durante la entrevista. En especial cuando pedimos a Ernesto Camacho Pérez que recuerde, que hable de lo que sucedió aquella noche.

—¿De aquella noche, señor?...

—Sí, de aquella noche.

—Hummm... ¿Es usted de la Procu?

—No, soy periodista.

—Hummm.

La mano derecha vuelve a subir a la frente. "Hummm." Duda, medita varios segundos. Su expresión refleja incertidumbre. Pareciese como memorizando un *script*. Los segundos se hacen largos.

Hasta que, al fin, Ernesto Camacho comienza su relato. Es éste:

—Aquella noche, señor, yo venía caminando con mi sargento Rufino Nicolás Mendoza, cuando ese individuo le arrebató la pistola de la funda y salió corriendo. Vimos cómo se subía a ese autobús, y pudimos alcanzarlo con el alto. Cuando el camión arrancó, mi sargento se subió al estribo. Yo llegué al camión cuando ya estaba parado. Yo venía corriendo, señor, acercándome por el costado izquierdo del *delfín*, cuando ese individuo se asomó por una ventanilla y me disparó. Yo, la verdad, señor, sentí miedo, mucho miedo. Me pegué hacia la puerta, que estaba medio abierta, saqué la pistola, y le disparé. Eso es todo, señor, eso es todo.

—¿Qué tan cerca le pasó la bala que le fue disparada?

—No podría precisarlo, pero hasta oí el zumbido.

—¿Qué sucedió después?

—No sé, señor. Yo me quedé afuera del camión.

—¿No subió a recoger la pistola?

—No.

—¿Qué sabe de los puntapiés que le dieron al individuo?

—No sé nada, señor. Yo estaba abajo. Pero no éramos quince, como dijeron los periódicos. Al camión subieron tres o cuatro. Yo me quedé abajo. Después vi cómo bajaban el cadáver. No sabía qué hacer.

—¿Sintió remordimientos?

—Tal vez, señor, pero recordé que era su vida o la mía. No había alternativa.

Ésta fue la primera ocasión, durante tres años de servicio, en la que Ernesto Camacho Pérez hace uso de la pistola. Hasta la noche del martes, el hombre de 27 años de edad que se siente orgulloso de ser policía, de portar el uniforme, y que quiere ser "alguien" en la corporación, sólo había disparado durante aquellas largas prácticas de tiro en la academia.

—¿Nunca estuvo en peligro su vida?

—No, señor, jamás, principalmente porque yo soy agente de tránsito, no preventivo. Eso es lo que me gusta: dirigir el tránsito. Y se necesita carácter, se necesita paciencia, señor, porque con esas aglomeraciones, a cada rato se la refrescan a uno...

—¿Qué piensa en esos momentos?...

—En lo que tantas veces nos decían en la academia: que teníamos que aguantar, que somos servidores públicos, que tenemos que poner buena cara, que teníamos que tratar bien a la gente. Por eso, yo no voy de acuerdo con esa consabida frase de que aquí hay brutalidad policiaca. Nosotros somos sutiles, señor.

Ernesto Camacho Pérez; hombre de estudios primarios y primer año de secundaria; un hombre que se metió a policía "porque le gusta", y a quien no costó mucho trabajo hacerse de un uniforme. Fue así de simple: "Me inscribí y esperé a que me llamaran". Cuando se produjo esto, hizo un curso de seis meses en la Academia de Policía, en donde aprendió reglamentos, partes de armas, y, sobre todo, como dice él: "Cómo tratar a la gente".

¿Y qué se necesita, además de todo esto, para ser policía?

El hombre que viste una camisa deportiva con las faldas fuera del pantalón, y una gruesa chamarra de pana, sonríe al fin. Le gusta el tema. Porque está convencido de esto: "Sobre todo, señor, mucho valor. Demasiado valor. Los policías somos el blanco perfecto..."

Tras la respuesta, una mueca de desagrado.

—¿Qué pasa?

—Pues nada, señor, que no es justo...

—¿Qué no es justo?

—Pues ya lo ve: estamos en peligro a cada momento, y ni siquiera podemos defendernos. Para nosotros, el arma es como un lujo, o un adorno. No podemos usarla, ni siquiera contra quien nos agrede, contra quien pone en peligro nuestra vida. Ya lo ve, ya lo ve usted; yo la usé, y aquí estoy.

—Y usted, acostumbrado a estar del otro lado de la mesa, ¿qué siente al ingresar a la cárcel?

—No, pus la verdad es que se siente canijo, señor, muy canijo. Pero saldré, señor, yo sé que saldré...

Tan agazapados como algunos dicen estuvieron aquella noche del martes, catorce policías sin uniforme esperaban a Ernesto Camacho. Casi con ansiedad. Tal vez con la misma que exhibieron numerosos jefes de la corporación en sus frecuentes visitas a la Procuraduría, para entrevistarse con sus muchachos.

Al verlos así, despojados de sus uniformes, nadie podría imaginarse que en ese separo disfrazado de sala de espera se encontraba un grupo de agentes de la ley. Prominentes abdómenes, mejillas sin rasurar, ropas desaseadas, cabellos por los que hace tiempo no pasa un peine. Uno o dos eran la excepción. Sus nombres fueron conocidos por la opinión pública; se les involucró a todos en el crimen de *Yoko*.

Unos protestan, porque en aquella noche ni siquiera se encontraban en la *fatiga* (palabra del argot policiaco que podría interpretarse como número de agentes comisionados a determinada área). "A mí me fueron a sacar de la casa", dice Amadeo González. Merced Torres y Pedro Arias ni siquiera trabajaron ese día. Vicencio García y Modesto Rojas estaban en otros semáforos.

—Y, entonces, ¿por qué están aquí?

—Pos no lo sabemos —es la respuesta. Se miran unos a otros. Uno se atreve: "A lo mejor se equivocaron los jefes". Pero otro reacciona de inmediato: "No, cómo crees... los jefes no se equivocan". Hay otro que tercia: "Yo creo que nos llamaron a todos para hacer mejor la investigación".

Pero hubo otros que sí estuvieron. Como el sargento Rufino Nicolás Mendoza, a quien le fue sustraída la pistola, y quien detuvo el camión; como Faustino Tapia, como el sargento Félix Ortega, acusado de dar puntapiés sobre un hombre moribundo...

Félix Ortega...

—¡Yo sí subí al camión, pero es falso eso de que patié al individuo. Todo es una mentira, inventada por algunos periodistas. Nadie agredió físicamente al individuo —dice el sargento, hombre muy moreno, obeso, de ojos que parecen escapar de las enrojecidas pupilas escleróticas.

—Pero hay muchos testimonios que lo condenan.

—¡No, qué caray!... Ésos son de los estudiantes. Ya ve que los estudiantes no quieren a los policías. Además, estaba muy oscuro. ¿Cómo pueden afirmar semejante cosa?... Yo estoy con la conciencia tranquila. Por eso fui puesto en libertad.

—¿Sólo los estudiantes no quieren a los policías?

—Tiene usted razón. La gente no nos quiere. Creo que porque somos la primera autoridad a la que tienen que enfrentarse cuando cometen un delito. La gente siempre está a la defensiva contra uno. Cree que siempre se acerca uno para fastidiarla.

Todos están de acuerdo en que es una exageración eso de que quince policías mataron a un hombre dentro de un camión. Concuerdan, también, en que nadie pateó a *Yoko*. El único disparo, afirman, fue hecho de fuera del autobús, y como respuesta al que hizo *Yoko*. Nadie golpeó a éste. Y sólo cuatro subieron al autobús.

—¿Quiénes fueron los cuatro?

Sólo Rufino Nicolás Mendoza y Félix Ortega admiten haber trepado al camión.

—¿Y los otros dos?

Mutismo total como respuesta.

Merced Torres cruza miradas con un compañero. Va a hablar. Va a decir algo. "Algo de lo que se ve por aquí"... Pero intervienen voces autoritarias. "No es que no queramos hablar, señor, nos lo prohíben nuestros superiores. Sólo ante ellos hablaremos", explican.

—¿Van a ocultar algo?

—No, señor. No ocultamos nada. Al menos, nada de lo que sucedió aquella noche. De eso ya lo sabe usted todo —es la voz, concluyente de Félix Ortega.

III

Punto 12 del informe de balística sobre la muerte de *Yoko*. Dice así, textualmente, con letras negras y subrayadas:

"Tocante a la segunda lesión, localizada en el abdomen, consideramos que es posible pero muy poco probable que se la haya inferido él mismo, por la gravedad de la primera lesión y por la forma forzada y rebuscada que se necesitaría para accionar el arma."

Informe firmado por los peritos ingeniero Jerónimo Lamas, teniente coronel Reynaldo Aguilar G., y doctor Lino Michelini.

Conclusión que desbarata un argumento; el argumento esgrimido —"suicidio"— por un grupo de policías involucrado en un crimen.

Conclusión con la que está plenamente de acuerdo el doctor Ramón Fernández Pérez, director del Servicio Médico Forense, quien también participó en los estudios de este caso.

—Sí, efectivamente —dice el médico—, todo entra dentro de lo posible, pero es muy poco probable que el individuo haya podido hacerse a sí mismo ese segundo disparo después de recibir el primero. Ese primer impacto fue demasiado grave...

Punto número 9 del mismo informe:

"Tomamos en consideración dos impactos por proyectil de arma de fuego. El primero descrito en dicho documento se localiza en el hemitórax izquierdo, siguiendo el proyectil causante de esta lesión un trayecto de adelante hacia atrás, de izquierda a derecha y de arriba a abajo, encontrándose la víctima al recibir esta primera lesión de frente a su victimario, con el tronco flexionado hacia adelante y ligeramente hacia la derecha. En el impacto descrito, en segundo término y que se localizó en la región abdominal, el proyectil siguió un trayecto de adelante hacia atrás, de derecha a izquierda y de arriba a abajo, encontrándose la boca del cañón del arma en el momento del disparo al frente de la víctima y con una dirección de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda."

—¿Trayecto de arriba hacia abajo, cuando se supone que el policía disparó desde abajo del camión?

—Puede ser —responde el doctor Fernández Pérez—, sobre todo si el sujeto estaba agachado. Con lo que no voy de acuerdo es con el orden cronológico de los disparos.

Advierte nuestro gesto de sorpresa. Y ya está de pie en esa pequeña, alargada oficina del director del Semefo. Adopta un tono doctoral y explica:

—Mi experiencia de 30 años como médico forense, y de cinco en el laboratorio criminalístico, me hace suponer que el primer impacto que el sujeto recibió, fue el del abdomen...

Entonces abunda:

—Al parecer, por los orificios en el cuerpo del sujeto, recibió dos impactos de bala de calibre .38, o su equivalente. Éstas tienen una presión de 400 libras por pulgada cuadrada, lo que quiere decir que al momento de recibirlas sobreviene una proyección del individuo. Además, por si esto fuera poco, la bala cruzó los dos lóbulos del pulmón izquierdo. Esto quiere decir que, al caer, el sujeto debió de haber quedado total e instantáneamente inmovilizado. Entendámonos: las dos lesiones fueron mortales, pero ésa de la penetración de la bala por la tetilla actuaría mucho más rápido y privaría al individuo de la fuerza necesaria para intentar otro disparo, y menos contra sí mismo...

Es la hipótesis de un experto.

Si ésta fuese cierta, significaría que el primer disparo contra *Yoko* fue hecho a quemarropa: la boca del cañón de la pistola en el abdomen. Cuando *Yoko* giró, y al ir hacia atrás, pudo haber recibido el segundo, de arriba hacia abajo, posición que concuerda más con el trayecto que fue descrito en el informe de balística.

Pero hay más. El doctor Fernández Pérez informa que en el cuerpo de *Yoko* no aparecieron huellas de contusiones. Lo que hace tambalearse, también, la versión de que *Yoko* fue salvajemente pateado.

Pero da paso a otra posibilidad: la posibilidad de un asesinato a sangre fría que pretendían disfrazar como riña.

Y es que sucedieron cosas muy "raras" en la muerte de *Yoko*. Cosas que dejan volar la imaginación, o que permiten todo tipo de especulaciones.

"Raro", fue una palabra que utilizó el doctor Fernández Pérez. Pero también fue usada por el licenciado Francisco Antonio Karam, agente del Ministerio Público que estaba de turno esa noche en la decimotercera delegación. Entrevistado ahí, en la misma mesa en la que recibió la notificación de que un individuo había sido asesinado en un autobús, y la cual abandonó hasta las 6:30 horas del día siguiente, este hombre corpulento de rojiza barba dice:

—Cuando llegué al autobús para tomar conocimiento de los hechos, se me hizo raro que junto al cadáver del individuo no estaba la pistola que supuestamente había sido robada y con la que se infirió el segundo disparo. Me la entregaron después. Me la dio el agente Faustino Tapia.

Desaparición de una pistola. Cosa "rara". Fue la primera de ellas. Luego sobrevino una larga cadena.

"Raro", también, que en la noche del asesinato el capitán Dimas, quien dirige al Segundo Batallón —al que están adscritos todos los policías involucrados en este caso—, puso a éstos a disposición del MP, así como a los testigos que presenciaron el crimen. Lo hizo sin necesidad de que le fuera solicitado. Y algunos policías se presentaron ante Karam en parejas, en tanto que otros iban solos.

Raro, que los policías hayan limpiado sus armas antes de presentarlas para la investigación... *Raro,* que en el informe de balística no esté incluido el resultado de la prueba de *Harrison* que se le practicó a *Yoko,* y que, según los portavoces de la Procuraduría, resultó positiva... *Raro,* que los funcionarios de esta corporación no acepten una entrevista para hablar del caso... Y *raro,* también, que los 14 policías libres, así como sus jefes inmediatos, hayan sido llamados ayer a la Dirección de Policía y Tránsito, y que nadie, en ese edificio, haya sabido siquiera de su presencia.

IV

Yoko no era terrorista: Tampoco *porro,* ni guerrillero, ni ladrón. Era estudiante: cursaba el último semestre en el Colegio de Bachilleres. Le gustaba la natación, la pintura y la fotografía. Con el grupo teatral de la escuela participó en varias obras en provincia. *Yoko* era el apodo que le gustaba, adoptado del nombre de su abuelo paterno: Yocundo. Así, *Yoko,* le decían sus amigos. Así era conocido en los círculos estudiantiles, porque en casa era Martín... Martín Martínez

Rivera. Tenía sólo 21 años de edad.

Ayer, *Yoko* salió del atestado anfiteatro del Servicio Médico Forense donde reposan los cadáveres desconocidos. Le lavaron el rostro y lo vistieron con un traje porque su madre, doña Sidonia Rivera de Martínez, debió viajar desde Huehutla —para ella era el boleto de autobús que fue encontrado en el pantalón del estudiante asesinado— para ver por última vez al que, según don Martín Martínez Reyes, era su "hijo consentido".

Ayer, hace una semana, *Yoko* salió de su casa —en Argentina y Donceles— para dirigirse a la Central de Autobuses Norte y comprar el boleto del viaje de su mamá. Nunca más volvió. "Posiblemente vaya más tarde con una amiga", dijo a su madre. Doña Sidonia viajó al día siguiente a la población veracruzana, pensando que su hijo habría tenido una aventura. Jamás hubiera podido imaginarse de qué tipo.

Hoy, don Martín Martínez pasa dificultades para hablar. La voz es a veces firme y a veces entrecortada; los ojos, enrojecidos, contienen apenas el llanto, que quiere explotar. El dolor le aturde. Y da paso a la indignación, a la cólera. Y la voz es, entonces, trémula. Porque pregunta, porque protesta, porque no comprende...

—¿Qué es eso, señor?... ¿Por qué tanto pelado vistiendo un uniforme?... ¡Lo que hicieron a mi hijo fue una bestialidad!... No hay justificación, no, señor...

Habla a sólo unos metros del lugar en el que volverá a reunirse con su hijo, después de una semana exacta de haberlo visto con vida por última vez. Moreno, pelo lacio que es peinado hacia atrás, no muy alto, don Martín hace esfuerzos por contenerse. No ha pronunciado una mala palabra, pero la indignación lo vence... "¡Cabrones!", grita casi, y mira al cielo. La boca se tuerce y las mandíbulas son apretadas.

Y sigue recordando. Le viene a la mente el recuerdo de una escena que tuvo que haber dibujado en su imaginación: la de un policía llamado Félix Ortega, quien, según varios testimonios, pateó a su hijo; pateó a *Yoko,* quien agonizaba.

Dice, entonces, vigorosamente:

—Si ya hay un policía en prisión, ¡también deberían de haber encarcelado a ese otro que mancilló a mi hijo, golpeándolo cuando estaba caído y herido!... Ése, señor, es un energúmeno; ése es indigno de llamarse policía; ése, señor, parece un animal sediento de sangre... No es justo que ande libre por las calles, gozando de impunidad para matar. ¡Esto ya no es el Distrito Federal, señor! ¡Esto es una selva...!

Y sigue. Despotrica. Habla como si lo hiciera para sí mismo; con pequeñas frases ininterrumpidas. Así: "No, señor; ésos son unos

monstruos, unos abusivos de su placa y de su pistola... Ni a un delincuente se le puede tratar así... Y mi hijo, señor, era un muchacho decente, muy decente —los ojos se encienden en esta parte del relato—... No tuvo vicios. Buen hijo, muy respetuoso con sus padres. Las chicas lo querían mucho, porque era muy cordial. Tuvimos nuestros problemas, como en todas las familias, pero salvo un año que reprobó en Bachilleres, era un chico dedicado a su estudio, señor. ¡No es justo que haya muerto!... Él iba a ser, ya era un buen elemento para el país... ¿De dónde sacan eso de que traía *chacos* y que era terrorista?... Mi hijo nunca tuvo problemas económicos; en casa tuvo lo necesario; con modestia, pero lo necesario... Eso de que se robó una pistola es una fantasía, es una forma de justificar un crimen...

El prolongado exabrupto opera como un desahogo para este hombre, jefe de almacenes de una compañía lechera; para este hombre que durante diez años fue jefe de cobranzas del diario *Ovaciones*. Ya más calmado responde a nuestras preguntas.

—¿Su hijo tuvo algún problema con la policía?

—Sí, señor, pero ocasionado por el tipo de gente al que permiten vista un uniforme: un 15 de septiembre el policía que cuida la puerta del edificio donde vivimos se emborrachó con tres cuates, y cuando mi hijo llegó, en la noche, no lo reconoció. Le dijo que era un ladrón y que lo iba a matar si quería pasar. Los gritos nos hicieron bajar y mi hijo Ricardo controló a ese otro energúmeno. ¡Ay, señor...! Ya mero y me lo matan.

—¿Qué hará, don Martín?

—Pedir que esta investigación continúe, que se castigue a quien resulte responsable. No es posible que nos pase lo que al pueblo nicaragüense, señor; ya se acuerda del caso del uniformado ése que a sangre fría mató al periodista...

Don Martín calla. Se dibuja en sus labios una sonrisa de ironía, casi una mueca, porque recuerda que el día en que leyó que un joven desconocido había sido asesinado a bordo de un autobús, allá por el rumbo de la Central Norte, sintió un dolor en el pecho; tuvo una fatal corazonada. Y a partir de ese momento, pidió a su hijo Ricardo que investigara sobre el paradero de su hermano.

Ricardo Martínez Rivera: 17 años de edad, estudiante de ingeniería eléctrica, delgado, cabello castaño claro, hirsuto. Ricardo: compañero de cuarto de *Yoko*. "Fuimos buenos hermanos; no intimamos demasiado, pero sí convivimos bien... Nos gustaba jugar futbol, frontón, ir a nadar..."

La búsqueda de Ricardo, a instancias de su padre, comenzó el viernes. Primero, Locatel, en donde contestaron que la computadora no tenía registrado a nadie con las características de *Yoko;* después,

a la delegación de la DIP, y de ahí a los separos de la Procuraduría General de la República, y, por fin, como última y tétrica esperanza. al Servicio Médico Forense. Una breve hojeada —la fotografía de su hermano era la tercera en el álbum—, y el sobrecogimiento: al fin lo había encontrado. Era el lunes en la tarde... "Pude suponer cualquier cosa, pero jamás pensé en que mi hermano estaría muerto. Tuve náuseas toda la noche, ayer, y todo el día de hoy. Recordaba la fotografía del cadáver de mi hermano, y me sentía mal, muy mal", dice Ricardo, quien ahora guarda una actitud serena. Su mente parece despejada. "El dolor es muy fuerte —explica—, pero hay que estar bien, estar fuerte, porque mis padres necesitarán ayuda, sobre todo moral."

—¿Cómo era tu hermano?

—Era un muchacho normal. Sano, estudioso, un poco reservado, pero muy educado. Tenía muchas amigas. Cuando intenté localizarlo hablé con 38 chicas. También revisé algunos papeles suyos y me encontré con cartas de amigos que viven en el extranjero. Nunca fue peleonero, pero jamás se dejó molestar de nadie. No tenía miedo a los golpes. Lo voy a extrañar. Sí, lo voy a extrañar...

—¿Qué razón podría existir para que tu hermano robara a un policía su pistola?

—¡Ninguna!... Ésos son cuentos.

Y allá van, Martín y Ricardo Martínez, por el cuerpo de *Yoko*. Doña Sidonia Rivera de Martínez debió haber llegado ayer por la tarde para estar presente en el velorio de su hijo, cuyos restos serán sepultados hoy en Jardines del Recuerdo.

V

Un policía, Ernesto Camacho Pérez, placa 2571, se defiende: "¡Maté en defensa propia!"

Un peritaje de balística, realizado por la bióloga Lourdes Robledo, de la Dirección General de Servicios Periciales del Laboratorio de Criminalística e Identificación, y con oficio 5809, dice que, después de hacerle la prueba *Harrison* a *Yoko*, el resultado fue negativo en ambas manos. Y ofrece la siguiente conclusión, textualmente: "No se identificaron los elementos investigados en las zonas más frecuentes de maculación".

O sea que *Yoko* no hizo ningún disparo.

Más de 50 personas —entre ellas los 15 policías involucrados en el crimen— coinciden en que aquella noche se escucharon tres detonaciones; al parecer, dos de la pistola que supuestamente *Yoko* quitó al sargento Rufino Nicolás Mendoza y una del arma del policía Ernesto Camacho.

Pero en el dictamen de balística elaborado por los peritos de la Procuraduría del Distrito Federal se asienta que, al revisar una pistola marca *Smith & Wesson* calibre .38 *Special*, con matrícula D439283 y con orden 2528 —el número de placa del sargento Nicolás Mendoza—, encontraron tres cartuchos útiles y que les fueron proporcionados tres cascos percutidos (tres cascos de balas disparadas). Este punto, el 7 del informe, dice a continuación: "Con el arma y con un cartucho proporcionado (que recibirá el nombre de cartucho *testigo*), hicimos un disparo y obtuvimos un proyectil y un casco *testigo*, pintado de amarillo. Con el casco *testigo* y con los tres proporcionados para comparación (cascos que se llamarán *problema*) pintados de rojo, efectuaron un análisis microcomparativo, observando que las huellas dejadas por la parte del cierre de la recámara sobre el capsul de los cuatro cascos, se corresponden, por lo que los tres cascos *problema* sí fueron percutidos por el arma antes descrita. Se anexan fotografías del estudio realizado".

Lo que quiere decir que del arma que la policía afirma fue robada por *Yoko*, salieron los tres disparos... Y como hay un peritaje de balística que concluye en que *Yoko* no disparó, se abre la puerta para que penetren por ella todo tipo de especulaciones, o de teorías.

Y cobra fuerza, así, la que surgió a raíz de la declaración del doctor Ramón Fernández Pérez, director del Servicio Médico Forense, quien dice que, para él, está invertido el orden cronológico de los disparos. Supone que el primer balazo fue a quemarropa, y que cuando *Yoko* caía, fue rematado con un proyectil que entró por la tetilla izquierda y cuya trayectoria es coincidente con la señalada por los peritos; es poco probable, prosigue, que *Yoko* se haya inferido el segundo impacto, y es muy difícil que un disparo hecho de abajo de un autobús a un individuo que está arriba del mismo siga un curso de arriba hacia abajo.

Esto implicaría un asesinato a sangre fría, un asesinato en una riña disfrazado de robo y agresión a un agente de la ley...

Lo que no parece ilógico sobre todo al recordar la declaración del general Durazo —grabada— a uno de nuestros reporteros: "...Es que uno de los policías, quien precisamente cogió a un ratero, el ratero le dio de manazos y el policía quiso agarrarlo, y verdaderamente someterlo al orden, y se le fue un balazo... Se le fue un tiro, ¿verdad? y, y... mató al delincuente. Los demás, fueron gente que quiso a sacar, a ayudarlo, y entonces se quedaron en investigación. Ya están todos en la policía y se quedó detenido el verdadero responsable".

El *verdadero responsable*, por lo que puede desprenderse de los acontecimientos y de sus propias palabras, es un policía de aspecto bonachón que fue disfrazado de homicida en defensa de su vida...

Como él dijo, en su declaratoria inicial: "Yo estaba como a 120 metros de donde sucedió todo, y fue imposible darme cuenta de algo; ni siquiera oí algún disparo"... Este verdadero responsable, es quien, en su segunda declaración, hecha tras una prolongada reunión con sus compañeros y con algunos superiores, dijo: "Acompañaba al sargento Rufino Nicolás Mendoza, cuando vi que un sujeto desconocido le robó su pistola, que estaba entreabierta. Después vi cómo el sargento placa 2582 (Félix Ortega) subía al automóvil, pateaba al sujeto, y me fui al lugar en donde estaba comisionado"... Este *verdadero* responsable declaró a este diario: "No supe nada de lo que pasó adentro del camión. Sólo vi que subieron tres o cuatro compañeros"... Este hombre es Ernesto Camacho Pérez, placa 2571.

Camacho Pérez recibió ayer, en su celda del Reclusorio Oriente, la notificación de que se había declarado el auto de formal prisión en su contra. La licenciada Guillermina Contreras Wuingartz, juez del recinto, declaró: "El caso apenas empieza... Se harán todas las averiguaciones que sean necesarias, y se castigará a quien resulte culpable". Hay un año, un largo año como plazo máximo para que se dicte una sentencia.

QUIEN RESULTE CULPABLE...

¿Quién?

Uno de ellos puede ser el sargento Félix Ortega, señalado por muchos testigos y por su propio compañero como quien, en el mejor de los casos, agredió a puntapiés a *Yoko* cuando éste se encontraba agonizante.

Los funcionarios de la Procuraduría del D. F. no aceptaron la entrevista solicitada. Interpusieron al licenciado José Antonio Vallarta, jefe de prensa, quien admitió:

—No se trata de justificar a nadie, pero tal vez por lo largo de los testimonios, y por el afán primordial de aclarar un homicidio, nuestras autoridades no hayan reparado en la gravedad de este asunto. Está [Félix Ortega] en libertad, pero si existe responsabilidad, y se comprueba realmente que existió la agresión, lógicamente deberá haber una sanción para este sargento.

—¿Solamente le dio puntapiés?

—¿Hubo un asesinato a mansalva...?

Son preguntas que quizá nunca sean respondidas; preguntas que se perderán, tal vez, en ese mundo de papeles y papeles.

[De *Unomásuno*, 5-9 de agosto de 1979]

→ Manuel Payno

Nace y muere en la ciudad de México (1810-1894). De su biografía, previsiblemente azarosa, algunos datos: secretario del jefe del Ejército del Norte, general Mariano Arista; administrador de rentas; diplomático en Sudamérica y Europa; enviado de Santa Anna a los Estados Unidos; combatiente guerrillero durante la invasión norteamericana; ministro de Hacienda del presidente José Joaquín Herrera; exiliado político; secretario de Hacienda de Comonfort y golpista en 1857; preso en San Juan de Ulúa por los franceses; uno de los regidores de México en el Imperio de Maximiliano. Al restaurarse la República, es cuatro veces diputado por Tepic y diplomático en Francia y España.

Payno es también periodista y narrador prolífico. Él inicia en México la novela por entregas (*El fistol del diablo*) y de él es la mejor novela mexicana del XIX, *Los bandidos de Río Frío*.

Los textos seleccionados son muy representativos de las memorias o crónicas de viajero, género decimonónico predilecto.

→ Guillermo Prieto

Nace y muere en la ciudad de México (1818-1897). Político (varias veces ministro de Estado, legislador del Constituyente), héroe liberal, poeta popular de resistencia, creador del cuadro de costumbres y dramaturgo, Prieto es escritor intenso y desigual a quien debemos extraordinarios recuentos de la vida de su tiempo: *Memorias de mis tiempos*, *Viajes de orden suprema* y numerosas crónicas, la mayoría ya recopiladas por María del Carmen Ruiz Castañeda pero aún no publicadas en libro. De su poesía destaca *La musa callejera*, recolección de letrillas satíricas y captaciones del habla (la tipología) popular.

En la crónica, a Prieto lo norman las predilecciones épicas. Todo

lo que evoque será hazañoso: de una conversación a la resistencia contra los yanquis, de un paseo citadino a una comida de invitados deslumbrantes y únicos, de las modas en el vestir a la salvación de Benito Juárez. Lo suyo es, típicamente, una visión fundadora: el costumbrismo que, inspirado en la obra de Larra, entusiasma a Prieto no es devoción de aldea sino inicio beligerante: nuestras costumbres son la primera utopía que inadvertidamente habitamos, molde imprescindible para averiguar nuestra identidad y vislumbrar nuestro porvenir. No será posible integrar la nacionalidad sin saber cómo vestimos, qué comemos, cómo disfrutamos de las tertulias, de qué manera encarnamos el sentimiento heroico, qué leemos, qué nos apasiona, qué bailamos, qué tipos populares admiramos o tenemos o nos divierten, en qué muebles distribuimos nuestros afanes de conversación memorable y sociedad esplendente.

→ Francisco Zarco

Nace en Durango en 1829 y muere en la ciudad de México en 1869. Escritor político, biográfico y costumbrista, Zarco es también el periodista satírico de *Las cosquillas* (ocho números en 1852 que envían a prisión a su redactor) y el promotor del gusto literario entre mujeres (dirige durante años un anuario, *Presente Amistoso*). Gracias a los vuelcos políticos, Zarco, liberal intransigente, conoce varias veces la cárcel, el destierro, la vida del periodista fugitivo que defiende su causa escribiendo y fundando publicaciones (*Boletín Clandestino, La Independencia Mexicana, La Acción*). Su obra definitiva es la *Historia del Congreso Constituyente de 1856-1857*. Muere siendo director de *El Siglo XIX* luego de haber contribuido, a lo largo de su admirable militancia, a hacer de la crónica parlamentaria género estelar del periodismo.

→ Ignacio Manuel Altamirano

Nace en Tixtla, Estado de México, en 1834 y muere en Italia en 1893. A la causa liberal le aporta sus múltiples vocaciones: poeta, novelista, orador, historiador, costumbrista. La figura cultural más

significativa de su época, teórico del nacionalismo literario y periodista. Altamirano dirige *El Renacimiento* (1869) la gran publicación de la República Restaurada que llama a la concordia de los bandos en pugna, y en donde él colabora con sus "Crónicas de la semana", apuntes costumbristas cuyo enorme éxito le ratifica a su autor la fe en los espectáculos como "lección moral" que alertará al pueblo contra la embriaguez y el crimen. "La tarea de cronista —apunta Huberto Batis— quedó fijada como educadora del público, para que apreciara el buen teatro y la buena música." Altamirano, moralista de tiempo completo, cree que "los males sociales se combaten con la sátira", lo que le provoca nutridos ataques de los conservadores y resistencia entre los afrancesados. "En sus crónicas —afirma Francisco Monterde—, adopta una actitud original, que va unida a la novedad de la forma. No son ya los artículos tradicionales que sólo informan o comentan, sino algo más ligero y grato: es la crónica, en su amanecer. Con ella el maestro prepara el advenimiento de Gutiérrez Nájera, que sabrá ser más ágil y exquisito, como correspondía al cronista de una sociedad que mostraba preocupaciones por la elegancia, en la vida y en las letras."

→ Manuel Gutiérrez Nájera

Nace y muere en la ciudad de México (1859-1895). Iniciador del modernismo, es poeta y narrador, periodista precoz (se inició a los 16 años en *El Porvenir*), inventor sistemático de los encantos cosmopolitas de la capital y divulgador de la cultura francesa, entendida como "disfrute de la civilización". En sus crónicas "al estilo parisién", la tendencia anunciada por Altamirano (y de la que derivarán Amado Nervo y Luis G. Urbina entre otros) llega a su esplendor: Gutiérrez Nájera le regala a sus lectores sensaciones de brillo, la felicidad de asomarse a un mundo dedicado profesionalmente a la felicidad, la pasión por apoderarse de una sensibilidad europea a través de un idioma chispeante, divertido, desbordado que se multiplica en notas de teatro, de costumbres, de vivencias citadinas, de ideas "a la moda", de humor como elogio y burla de las pretensiones arribistas. Extraordinariamente prolífico, usó de diversos seudónimos: *El Duque Job*, *Puck*, *Junius*, *M. Cancan*, *Perico el de los Palotes*, *Recamier*, *El Cura de Jalatlaco*, *Ignotus*, etcétera. "Pero aún en su propia encarnación —anota Salvador Novo— *El Duque Job*, o escuetamente Manuel Gutiérrez Nájera, solía olvidar-

se de sí mismo, o digamos de su persona; y conceder su espontánea atención a los estímulos iletrados que no se hallaban en los libros. sino en la vida: en el México del que advierte que crece 'hasta la calzada de la Reforma', y que día llegará que se una a aquellas lejanías que eran Tacubaya y San Ángel; del que este hombre cuyo itinerario podemos imaginar que consistiera en ir de su casa —por Plateros— hasta Vergara, el Colegio de Niñas, la Calle de las Damas, a escribir o a entregar su artículo; y de vuelta acaso por el Coliseo, al café de la Concordia, en camino al Teatro Nacional; a los trasnochadores billares de Iturbide; alguna vez toma un tranvía o un coche: y entonces sus ojos observan y absorben; y su pluma nos deja descripciones vívidas, rápidas. firmes de la ciudad."

→ Luis González Obregón

Nace en Guanajuato en 1865 y muere en la ciudad de México en 1938. Discípulo de Altamirano, es precursor de la moda colonialista y recreador magnífico de la vida virreinal con técnica que entrevera erudición y fábula, costumbrismo y crónica histórica. Entre sus obras: *México viejo y anecdótico*, *Las calles de México* y *La vida en México en 1810*.

→ Ángel de Campo, *Micrós*

Nace y muere en la ciudad de México (1868-1908). Periodista y narrador, publica tres libros de relatos (*Ocios y apuntes*, *Cosas vistas*, *Cartones*) y, por entregas en el diario *El Nacional*, la novela *La Rumba* que sólo se editará como libro en 1951. Colabora semanariamente en *El Imparcial* con una sección de crónicas y relatos. "Semanas Alegres", del 21 de enero de 1900 al 26 de enero de 1908. Usó los seudónimos de *Micrós* y *Tic-Tac*.

En su momento, se vio en Ángel de Campo un "fustigador social". el tierno y áspero costumbrista ocupado en captar lo "pintoresco" de la miseria y sus habitantes. Hoy. leemos más bien al crítico no de costumbres sino de prácticas sociales, al amargo testigo del ascenso de una oligarquía ignorante y rapaz. el espectador rencoroso

de hipocresías e inercias porfirianas. Si *La Rumba* es un relato precursor del entendimiento feminista de la literatura, "El fusilado" es la gran crónica de la muerte como show morboso de una sociedad atrasada y autocomplaciente.

→ Amado Nervo

Nace en Tepic, Nayarit, en 1870 y muere en Montevideo en 1919. En las primeras décadas del siglo XX (e incluso en muchos sectores hasta el día de hoy) Nervo es el poeta por excelencia, quien supo conciliar la expresión memorable con la incitación espiritual justa. quien —símbolo de la poesía modernista— se transfigura por el poder de la inspiración. En el periodismo literario, Nervo se hace notar por su arrebatada defensa de lo francés como la cultura a la que tenemos derecho. Esta tarea de corresponsal desde París se sostiene en una prosa exaltada, de conquistas verbales pregonadas en cada párrafo, que se usan para agregarles encantos definitivos a las frivolidades descritas. En la crónica, el estilo de Nervo se confunde en momentos con el de Rubén Darío. a quien llegó a suplir en diversas publicaciones.

→ Crónica policial del siglo XIX

De este género, indispensable en la historia del periodismo mexicano (los asesinatos famosos, casi en cualquier sociedad, suelen ser el trance por excelencia, una insustituible catarsis por contagio), se han elegido, para ilustrar atmósferas del XIX, dos crónicas sobre el mismo homicidio: la del historiador Luis Pérez Verdía, de su *Historia general de Jalisco*, y la de Gerardo Murillo, el Dr. Atl (1875-1964). Atl, innovador artístico, agitador revolucionario, paisajista, vocero de la extrema derecha, fue también escritor y en los tres tomos de *Cuentos de todos colores* (de donde se tomó la crónica del crimen de Ramón Corona) se hallan pruebas suficientes de su eficacia narrativa.

→ Martín Luis Guzmán

Nace y muere en la ciudad de México (1887-1976). En cualquier lista de los grandes cronistas de la revolución mexicana figurarán siempre Guzmán, Mariano Azuela, José Clemente Orozco (como dibujante), John Reed, Rafael F. Muñoz y el cineasta Fernando de Fuentes (*El prisionero 13, El compadre Mendoza, Vámonos con Pancho Villa*). La obra de Guzmán gira obsesivamente en torno a las relaciones del Poder y los individuos, de la fatalidad y la suerte como los otros nombres de la ubicación histórica. La fuerza de *La sombra del caudillo*, sin duda su libro capital, se debe al equilibrio perfecto entre una prosa clásica y una rencorosa pasión política.

En *El águila y la serpiente* (entre otras cosas, suma de crónicas revolucionarias) Guzmán, intelectual formado en el porfiriato nos da su versión, tan prejuiciada como admirable, de un movimiento popular y de las distancias entre el caos de la Bola y las ensoñaciones de un humanismo de clase. Otras recopilaciones: *A orillas del Hudson, Crónicas de mi destierro* (de donde proviene el texto sobre Valle-Inclán) y *Muertes históricas*, relato de las últimas horas de Porfirio Díaz y Venustiano Carranza.

→ Artemio de Valle Arizpe

Nace en Saltillo, Coahuila, en 1888 y muere en la ciudad de México en 1961. Tuvo un tema obsesivo: la vida en la Colonia (leyendas y realidades, fantasmas y virreyes) que, al liberarlo de una época que le resultaba antipática, le permitió inventar o casi un idioma churrigueresco que extenúa el diccionario, pleno de alusiones y ambigüedades hirientes y sardónicas. "El colonialismo —afirmó— para mí fue una sustitución. Vivíamos los años tremendos, desastrosos de la Revolución. Como era imposible conseguir la tranquilidad con los ojos puestos en el hoy, le di la espalda al presente y me instalé en los siglos de la Colonia. Fue indudablemente lo que ahora llaman acto evasivo."

El *revival* que hoy gozan muchos de los libros de don Artemio se origina en cualidades que hipérboles y erudiciones amenazaron con ocultar: anacronismo desafiante donde se mezclan la reverencia y el filo irónico, gozo de la picaresca y de la historia entendida como chisme, fantasías eróticas transmitidas en el lenguaje del respe-

to, humor a contracorriente. La imagen del Cronista de la Ciudad respetuoso y arcaico, anegado en fatigosos detalles, no logra disminuir la intensidad malévola del autor de *El Canillitas* y *La Güera Rodríguez*. Entre sus numerosos libros: *Hernán Cortés, Historia de la ciudad de México según sus cronistas, Virreyes y virreinas de la Nueva España* y *Calle vieja y calle nueva*.

→ Renato Leduc

Nace en la ciudad de México en 1897. Heredero del modernismo, profundamente contaminado de Lugones y López Velarde, Leduc magnifica sus aparentes debilidades románticas para disolverlas en ironías siempre insólitas, el humor de una gran poesía popular.

Como Francisco Martínez de la Vega en el artículo político, Leduc representa en el periodismo lo mejor de una tradición que alía a las exigencias constantes de compromiso crítico y calidad literaria una actitud que no moraliza ni se pretende ejemplarizante. Como José Alvarado, Leduc carece de cualquier dejo de superioridad o patrocinio ante sus temas. Finalmente, nada tan admirable como el periplo de Leduc por vivacs revolucionarios, burdeles más allá del contagio venéreo, restoranes estrafalarios, seres insólitos, situaciones típicas renovadas por la mirada sardónica, personajes cuya excentricidad es un equilibrio de viejos y nuevos comportamientos. Sin decirlo, sin ostentarlo, Leduc —al lado de sus comentarios políticos— ha escrito una prolongada y magnífica crónica del mundo marginal y de los seres que son anacronismos vivientes. Novo animó con agudeza y elocuencia el tedioso encuentro de reflejos y apariencias de la burguesía. Hacia Leduc confluye una diversidad anecdótica: toreros, jefes de policía que lloran para no tener que ir al baño a orinar, líderes electricistas, generales retirados, machos profesionales, prostitutas francesas, pintoras surrealistas, alcohólicos que desatan su inspiración al filo de un mezcal, criadores de chivos, periodistas gangsteriles. "*No queremos obra perdurable. No tenemos de la mosca la voluntad tenaz.*" Nada de lo comúnmente "respetable" o "digno de aplauso" le interesa a Leduc, quien ni discrimina medrosamente sus compañías ni tiene jamás conciencia de presenciar "hechos anómalos".

De su poesía existen numerosas ediciones. De sus crónicas, sólo una recopilación: *Historia de lo inmediato*.

→ Mario Gill

Nace en Guadalajara en 1900 y muere en la ciudad de México en 1973. Militante comunista, participa activamente en el periodismo de resistencia, como lo prueba *La huelga de Nueva Rosita*, libro que él compila ("breve homenaje al grupo glorioso de mineros que en su mayor parte permanece en pie de lucha reclamando justicia y respeto a los derechos de los trabajadores") con textos de Agapito Maltos Ruiz, Horacio Quiñones, Manuel J. Santos, Armando Rodríguez y Juan José Morales, y al que contribuye con el hermoso texto aquí recogido. A la crónica histórico-política, Gill contribuye ampliamente: *Sinarquismo, Episodios mexicanos* (libro injustamente desconocido), *Nuestros buenos vecinos, Los ferrocarrileros.*

→ Ortega

Gregorio Ortega nace en San Francisco Soyaniquilpan, estado de México, en 1902. En los veintes como reportero de *El Universal* y *El Universal Ilustrado*, logra notoriedad con entrevistas-crónicas a manera de breves y eficacísimos retratos. Desde hace años, Ortega dirige la revista *América*. Los textos seleccionados pertenecen a *Hombres, mujeres* (1926), que publicó el Instituto Nacional de Bellas Artes en 1966.

→ Salvador Novo

Nace y muere en la ciudad de México (1904-1974). Al periodismo mexicano Novo le agrega una diversificación temática y una riqueza estilística que se nutren en la presentación divertida de la vida diaria de un escritor burgués, en la asimilación del *wit*, del ingenio anglosajón (Wilde y Bernard Shaw especialmente) y en el conocimiento de los clásicos. En su prosa —flexibilizada por la poesía— el temperamento barroco actúa redistribuyendo los elementos cotidianos en la absoluta despreocupación ante los riesgos de lo banal y lo frívolo. Así, las perfectas o prescindibles revelaciones

del detalle se vierten en todos los géneros: la crónica política y social a la manera de Janet Flanner (Genet) en el *New Yorker;* el ensayo brevísimo, descripción histórica o reflexiva sobre lo cotidiano y la moda (a lo Charles Lamb o Chesterton); la divulgación erudita de temas históricos, literarios y gastronómicos; la columna de comentarios epigramáticos ("Side-Car" en *Excélsior*); las exhibiciones y obsesiones autobiográficas (las "Cartas a un amigo" o el "Diario").

Apenas una parte de la cuantiosa producción periodística de Novo se ha recogido en volúmenes. De lo publicado destacan *Toda la prosa* (que reúne libros excelentes: *Return Ticket, Continente vacío, Este y otros viajes, En defensa de lo usado*), *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas* (recopilación de "La semana pasada" en la revista *Hoy* y a la que pertenece el texto sobre Bassols), *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Avila Camacho,* y *Las locas, el sexo y los burdeles.*

→ José Alvarado

Nace en Lampazos, Nuevo León, en 1911 y muere en la ciudad de México en 1974. Maestro, narrador, periodista, Alvarado dedicó la mayor parte de su obra a perfeccionar una visión elegiaca de la crónica, que prescinde de cualquier tentación narrativa para centrarse en impresiones y contrastes de épocas, atmósferas, individuos. Si Berenson creía que la cultura consiste sobre todo en lo que se ha olvidado, Alvarado vio en la cultura el ordenamiento selectivo del recuerdo, que es crítica y agradecimiento y gozo ante la tradición recuperable y que reagrupa los elementos centrales de una colectividad en obras, tendencias, imágenes, adjetivos insustituibles. Para Alvarado, la añoranza fue siempre principio de entendimiento del presente.

Del Alvarado narrador se han publicado *Memorias de un espejo, El personaje* y *Cuentos.* Recopilaciones de artículos y crónicas: *Escritos, Tiempo guardado* y *Luces de la ciudad.*

→ Ricardo Cortés Tamayo

Nace en Guadalajara en 1911. Periodista profesional desde 1928. Publica en *El Día*, una columna *Del Zócalo al Periférico*, retrato puntual de personajes, conflictos, diálogos y situaciones populares cuyo punto de partida es una constancia: "a la mayoría de estos personajes, ayer y ahora, los creó la circunstancia económica y sus ropajes o desnudeces obedecieron la orden de este alcance vital, luego añadieron la limitación o el desbordamiento de la sensibilidad y la imaginación". Y, cabe agregar, de un finísimo sentido de reproducción del habla.

Cortés Tamayo ha publicado *Los mexicanos se pintan solos* y *Tipos populares de la ciudad de México*.

→ Fernando Benítez

Nace en la ciudad de México en 1912. Periodista y escritor, Benítez se inicia como reportero en *El Nacional*, que dirigirá (1947-1948) y en donde creará su (el) primer suplemento cultural, tarea de estímulo y creación en la que ha persistido: *México en la Cultura* (1949-1961, en *Novedades*), *La Cultura en México* (1962-1972, en *Siempre!*) y *Sábado* (a partir de 1977 en *Unomásuno*).

Novelista (*El agua envenenada, El rey viejo*), cronista histórico (*La ruta de Hernán Cortés, Los primeros mexicanos*, los tres tomos de la biografía de Lázaro Cárdenas), a Benítez se le conoce sobre todo por la calidad y combatividad de su serie de reportajes *Los indios de México* (cuatro tomos publicados, el quinto en preparación) donde funde procedimientos del reportaje, la crónica, la historia, la antropología y la sociología y los integra en un gran fresco y un vehemente alegato político a favor de las especificidades y riquezas culturales indígenas y en contra del etnocidio contra ellos largamente ejercido.

→ Arturo Sotomayor

Nace en Veracruz en 1913. Poeta, narrador, maestro rural, juez,

profesor universitario. Periodista desde muy joven, se ha centrado, obsesiva y exhaustivamente, en temas, desarrollo histórico y problemas de la ciudad de México. Su estilo, naturalmente barroco, se vierte en exaltaciones líricas y denuncias políticas y urbanísticas, en viñetas e inventarios de costumbres. Colabora en *Diario de la Tarde* y *Unomásuno*.

Entre sus libros: *Los bárbaros sobre la ciudad de México, Viajes al pasado de México, De la famosa México el asiento, La metrópoli mexicana y su agonía* y *México, donde nací*.

→ José Revueltas

Nace en Durango en 1914 y muere en la ciudad de México en 1976. Narrador y militante radical, vio en el periodismo otro espacio natural de sus obsesiones políticas, filosóficas y literarias, y de su prosa febril y bíblica. La reconsideración masiva de la obra de Revueltas se origina en sus admirables vida y leyenda, pero se consolida gracias a la calidad de sus novelas (*Los muros de agua, El luto humano, Los días terrenales* y *El apando*) y libros de cuentos (*Dios en la tierra, Dormir en tierra, Material de los sueños*).

La crónica del Paricutín interesa por lo que condensa y anticipa de las visiones totalizadoras y atmósferas líricas de su autor, pero también importa por su valor literario intrínseco. Se han incluido (en tipo menor), por su carácter complementario, los pies de foto escritos por el propio Revueltas.

→ Gabriel Vargas

Nace en Tulancingo, Hidalgo en 1918. Desde muy joven se dedica al dibujo de historietas y a fines de los treintas inicia en *Pepín* como dibujante y como argumentista las series *Los Superlocos* (posteriormente *Don Jilemón*) y *El Señor Burrón o Vida de perro*, posteriormente *La Familia Burrón*, empresa satírica en la que persiste hasta hoy apoyado por el espléndido portadista Agustín Vargas y por Miguel Mejía.

Durante cuatro décadas, un sentido del humor propio o caracterís-

tico de nuestra sociedad (no idiosincrático, tan sólo originado en la observación regocijada e inclemente de usos, tipos y tradiciones) halla en Vargas un intérprete o traductor formidable, capaz de imaginar semanal y diariamente tramas delirantes, sostenidas y vivificadas por un empleo filoso (invención y recuperación) de un habla a la vez ofensiva, cariñosa, aduladora y distante, el sonido de la supervivencia en el trato forzado o voluntario. Los héroes de Vargas —doña Borola, don Jilemón— son pícaros genuinos a quienes no afectan los finales admonitorios y en cuyas hazañas o antihazañas actúan los elementos más vivos (más hostiles) de la cultura popular, en una dilatada crónica fantástica y realista de costumbres, giros idiomáticos, centros habitacionales, vida en torno a la carestía, sueños de grandezas, diversiones contradictorias y frustrantes.

→ Ricardo Garibay

Nace en Tulancingo, Hidalgo en 1923. Cuentista, novelista, dramaturgo, periodista, Garibay se distingue entre otras cosas por su aptitud para reproducir de modo esencial las variedades del habla mexicana con exactitud que incluye y rebasa lo textual. Entre sus novelas destacan *La casa que arde de noche, Bellísima bahía, Beber un cáliz* y *Verde Maira.* Crónicas: *Diálogos mexicanos, Lo que ve el que vive, Cómo se pasa la vida, Las glorias del Gran Púas* (texto magistral a través de cuyo diálogo cruel e impiadoso, Garibay describe un mundo donde la marginalidad es, reiterativamente, ronda de expulsiones y en donde la complacencia en el insulto hace las veces de ternura y punto de vista), y *Acapulco,* amplio recuento periodístico y novelístico de una ciudad definida siempre por sus apariencias y su incapacidad para mantener "vicios privados". *Acapulco* es, quizás, la crónica mural más ambiciosa del periodismo mexicano en los años recientes.

→ Julio Scherer García

Nace en la ciudad de México en 1926. Julio Scherer García forma parte de un grupo de reporteros que, iniciados en los años cincuen-

ta, optan por una nueva práctica de su oficio, crítico y al margen de la reverencia. En 1968, el equipo de Scherer, Manuel Becerra Acosta, Miguel López Azuara, Enrique Loubet, Hero Rodríguez Toro, Eduardo Deschamps, etcétera, llega a la dirección de *Excélsior* modificando drásticamente las reglas de juego en lo que había sido recinto tradicional de la derecha, el anticomunismo profesional y el oportunismo y ese equipo, de 1968 a 1976, lleva a cabo una gran renovación de nuestro diarismo.

Scherer ha publicado *La piel y la entraña,* conversaciones con el pintor Alfaro Siqueiros en la cárcel. Actualmente, dirige el semanario *Proceso* y la agencia Cisa.

→ Elena Poniatowska

Nace en París en 1933. Se inicia en el periodismo en 1954. Entrevistadora singular (*Palabras cruzadas,* única recopilación existente) ha trabajado también la crónica urbana (*Todo empezó en domingo*) y el *profile,* género que mezcla entrevista, recreación biográfica y retrato verbal. Narrativa: *Lilus Kikus, Hasta no verte Jesús mío* y *Querido Diego, te abraza Quiela.* Su gran montaje coral, *La noche de Tlatelolco,* obra maestra del periodismo participatorio, registra las múltiples voces de la hazaña de masas del Movimiento Estudiantil de 1968 y los ecos, la rabia, el heroísmo y la impotencia que sucedieron a la matanza del 2 de octubre. Lo "sentimental" de *La noche de Tlatelolco* —libro que desde el instante de su publicación se convirtió en *hecho político*— es exigencia del material mismo: al Movimiento Estudiantil lo dotaron de vigor y sentido épico el espíritu de resistencia cívica, las adhesiones voluntariosas, las certidumbres instintivas de la democracia enfrentadas, desde la inermidad, al aparato represivo.

→ Vicente Leñero

Nace en Guadalajara en 1933. Novelista (*Los albañiles, Estudio Q, El garabato, Redil de ovejas*) dramaturgo (*Los albañiles, Pueblo rechazado, Compañero*) y guionista de cine y televisión. En el perio-

dismo, Leñero se inicia en la revista *Señal*, pasa a dirigir *Claudia* y *Revista de Revistas* y actualmente es subdirector de *Proceso*. *Los albañiles* es, quizás y hasta el momento, el mayor logro de Leñero, el ejemplo más claro de su maestría técnica y su variedad de registros idiomáticos.

La Zona Rosa, es su única (excelente) recopilación periodística. En Leñero, la crónica es, a un tiempo, investigación exhaustiva y relato, experimentación narrativa y voluntad testimonial, como lo muestra *Los periodistas* reconstrucción novelada del golpe contra el *Excélsior* dirigido por Julio Scherer García.

→ José Emilio Pacheco

Nace en la ciudad de México en 1939. Poeta (*No me preguntes cómo pasa el tiempo, Irás y no volverás, Islas a la deriva*), narrador (*Morirás lejos, El viento distante, El principio del placer*), ensayista y crítico literario (recuérdense su indispensable *Antología del modernismo* y sus antologías de la poesía mexicana del XIX), Pacheco ha sido también desde hace más de veinte años, un excelente periodista cultural. En sus columnas de *La Cultura en México, El Heraldo, Excélsior* y (ahora) *Proceso*, él ha conjugado información, amenidad, calidad prosística, entusiasmos históricos y permanente recuperación crítica del pasado. En sus "exhumaciones" o "efemérides" un agradecible espíritu de síntesis maneja la presentación cronicada de procesos y figuras históricos y culturales.

→ Miguel Reyes Razo

Nace en el Distrito Federal en 1939. Ha colaborado en *Diario de la tarde, Claudia, Dos, Él y ella*, y, en los años recientes, en *El Universal*. En 1979, obtuvo el Premio Nacional de periodismo en la rama de crónica. Técnicamente, a Reyes Razo le entusiasma la *puesta en escena* de sus trabajos, la transformación de entrevistas y reportajes en breves episodios narrativos (o teatrales) donde el acontecimiento o el personaje descritos resultan claramente parte del relato

más amplio de la explotación, el heroísmo subterráneo o la irrisión de nuestros días.

→ Carmen Lira

Nace en el Distrito Federal en 1942. En la promoción de reporteros y cronistas dada a conocer por *Unomásuno*, Carmen Lira se distingue por sus intereses específicos: movimiento obrero, represiones y combates agrarios, luchas políticas en América Latina. Su reportaje sobre El Desengaño desencadenó una amplia respuesta periodística y sindical y, en la versión aquí incluida, es ejemplo excelente del *periodismo participatorio*, donde el reportero organiza y distribuye las voces de aquellos tradicionalmente relegados al silencio. Se agrega también un fragmento del trabajo de Carmen Lira en Nicaragua durante las últimas semanas de la dictadura somocista.

→ Héctor Aguilar Camín

Nace en Chetumal, Quintana Roo, en 1946. Historiador, narrador, periodista político. Su investigación *La frontera nómada, Sonora y la Revolución Mexicana* se aprovecha vastamente de los recursos narrativos. En la crónica Aguilar Camín multiplica enlaces (del dato histórico al informe subrepticio al fenómeno sociológico) y muestra, de un solo golpe prosístico, los vasos comunicantes entre historia e individuo, líderes y masas, intenciones y ceremonias, voluntad personal y estructuras dominantes. Influido por atmósferas estilísticas como las de Mailer (que la escritura fluya para que aprese y exprese las atmósferas), Aguilar Camín acude indistintamente a la investigación, el retrato político y el impulso lírico. En la actualidad, es coordinador editorial de *Unomásuno* y subdirector de *Nexos*.

→ José Joaquín Blanco

Nace en el Distrito Federal en 1951. Poeta y novelista, Blanco derivó inicialmente en sus ensayos y crónicas de un modelo clásico: Edmund Wilson, de quien obtuvo "los trucos, las perspectivas y el tono", el deseo de un trato democrático entre autor y lector. Blanco ha publicado diversos libros de poesía, una novela (*La vida es larga y además no importa*), una biografía (*Se llamaba Vasconcelos*), la *Crónica de la poesía mexicana*, un espléndido ensayo sobre política sexual (*Ojos que da pánico soñar*) y dos recopilaciones: *La paja en el ojo* y *Retratos con paisaje*. En sus crónicas urbanas en *Unomásuno*, Blanco maneja el desenfado, la ironía sin coartadas intelectuales, la descripción por acumulación y el continuo refrendo de un hecho: la vida cotidiana es también un arduo ejercicio político.

→ Jaime Avilés

Nace en el D. F. en 1954. Se inicia como reportero en *Unomásuno*, donde alterna el reportaje político con crónicas irónicas, cuya aparente levedad le permite un alejamiento crítico y un amplio juego prosístico.

→ Crónica policial del siglo XX

En la última década, la crónica policial ha sufrido cambios considerables. A lo largo del siglo, dispone de una zona central: el asesino como antihéroe, el asesinato como pasión pública, la noticia como morbo legalizado. Este proceso conoce un clímax en los veintes (el crimen de Chinta Aznar) y se puntúa de *casos célebres*: el estrangulador Goyo Cárdenas, los asesinatos de los hermanos Villar Lledías, el psicópata Sobera de la Flor, el sacerdote Fullana Taberner victimado por el luchador Pancho Valentino. Ahora, al lado del morbo inevitable, casi monopolizado por las revistas *Alerta* y *Alarma* (con su linchamiento moral de las víctimas: "*El mujercito ahorcado se la te-*

nía merecida), se usa también la crónica policial para denunciar represiones y ocultamientos, el crimen judicial que continúa el crimen físico. Óptimo ejemplo de esta tendencia es la crónica aquí incluida de Ramón Márquez.

Bibliografía básica

Altamirano, Ignacio Manuel, *Crónicas de la semana*. Ed. Instituto Nacional de Bellas Artes, 1969.

Alvarado, José, *Escritos*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1976.

Alvarado, José, *Tiempo guardado*. Ed. Sep-Setentas, 1976.

Alvarado, José, *Luces de la ciudad*. Ed. Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978.

Benítez, Fernando, *Los indios de México*, 4 vol. Ed. Era, 1967-1972.

Benítez, Fernando, *Viaje al centro de México*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1975.

Blanco, José Joaquín, *Crónica de la poesía mexicana*. Ed. Jalisco, 1976.

Carrasco Puente, Rafael, *La prensa en México*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.

Cortés Tamayo, Ricardo, *Tipos populares de la ciudad de México*. Ciudad de México, 1974.

Cuéllar, José Tomás de, *Historia de Chucho el Ninfo, La Nochebuena*. Ed. Porrúa, 1947.

Díaz de Ovando, Clementina, Glantz, Margo y Ruiz Castañeda, María del Carmen, *Guillermo Prieto. Tres semblanzas*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1977.

Garibay, Ricardo, *Diálogos mexicanos*. Ed. Joaquín Mortiz, 1975.

Garibay, Ricardo, *Cómo se pasa la vida*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.

Garibay, Ricardo, *¡Lo que ve el que vive!* Ed. Excélsior, 1976.

Garibay, Ricardo, *Las glorias del Gran Púas*. Ed. Grijalbo, 1978.

Gill, Mario, y otros, *La huelga de Nueva Rosita*, 1952.

González de Alba, Luis, *Los días y los años*. Ed. Era, 1971.

González Obregón, Luis, *México viejo*. Ed. Manuel Porrúa, 1976.

González Obregón, Luis, *Las calles de México*. Ed. Botas, 1947.

González Obregón, Luis, *Cronistas e historiadores*. Ed. Botas, 1936.

Gutiérrez Nájera, Manuel, *Divagaciones y fantasías*. Ed. Sep-Setentas, 1974.

Gutiérrez Nájera, Manuel, *Obras* (t. III, Crónicas y artículos sobre teatro). Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

Guzmán Martín, Luis, *Crónicas de mi destierro*. Empresas Editoriales, 1964.

Guzmán, Martín Luis, *El águila y la serpiente*. Compañía General de Ediciones, 1956.
Guzmán, Martín Luis, *Muertes históricas*. Compañía General de Ediciones, 1968.
Leduc, Renato, *Historia de lo inmediato*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1976.
Leñero, Vicente, *La Zona Rosa y otros relatos*. Ed. Instituto Nacional de la Juventud, 1970.
López, Rafael, *Prosas transeúntes*. Ed. Instituto Nacional de Bellas Artes, 1976.
Martínez de la Vega, Francisco. *En la esquina*. Ed. Samo, 1972.
Molina, Daniel, *La caravana del hambre*. Ed. El Caballito, 1978.
Nervo, Amado, *Semblanzas y crítica literaria*. Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, 1957.
Novo, Salvador, *Toda la prosa*. Empresas Editoriales, 1964.
Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas*. Empresas Editoriales, 1964.
Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Manuel Ávila Camacho*. Empresas Editoriales, 1965.
Novo, Salvador, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*. Empresas Editoriales, 1967.
Novo, Salvador, *Las locas, el sexo y los burdeles*. Ed. Novaro, 1972.
Novo, Salvador, *Un año hace ciento (La ciudad de México en 1873)*. Ed. Porrúa, 1973.
Ortega, Gregorio, *Hombres, mujeres*. Ed. Instituto Nacional de Bellas Artes, 1966.
Peza, Juan de Dios, *Memorias, reliquias y retratos*. Ed. Nacional, 1961.
Prieto, Guillermo, *Viajes de Orden Suprema*. Ed. Patria, 1970.
Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*. Ed. Patria, 1969.
Prieto, Guillermo, *Guillermo Prieto* (antología). Ed. Club de Periodistas de México, 1962.
Poniatowska, Elena, *Todo empezó en domingo*. Ed. Fondo de Cultura Económica, 1963.
Poniatowska, Elena, *La noche de Tlatelolco*. Ed. Era, 1971.
Reed, John, *México Insurgente*. Ed. Fondo de Cultura Popular, 1958.
Ruiz Castañeda, María del Carmen, Reed Torres, Luis y Cordero y Torres, Enrique, *El periodismo en México*. Ed. Tradición, 1974.
Scherer García, Julio, *La piel y la entraña*. Ed. Era, 1965.
Sotomayor, Arturo, *México donde nací*. Ed. Porrúa, 1975.
Urbina, Luis G., *Ecos teatrales*. Ed. Instituto Nacional de Bellas Artes, 1963.
Valle Arizpe, Artemio de, *Calle vieja y calle nueva*. Compañía General de Ediciones, 1962.

Valle Arizpe, Artemio de, *Historia de la ciudad de México, según los relatos de sus cronistas*. Ed. Pedro Robredo, 1946.
Varios autores, *Viajes en México* (crónicas mexicanas). Ed. Secretaría de Obras Públicas, 1964.
Varios autores, *Viajes en México* (crónicas extranjeras). Ed. Secretaría de Obras Públicas, 1964.
Zarco, Francisco, *Escritos literarios*. Ed. Porrúa, 1968.

Impresión:
Editorial Melo, S. A.
Av. Año de Juárez 226-D
09070 México, D. F.
25-III-1991
Edición de 1 000 ejemplares